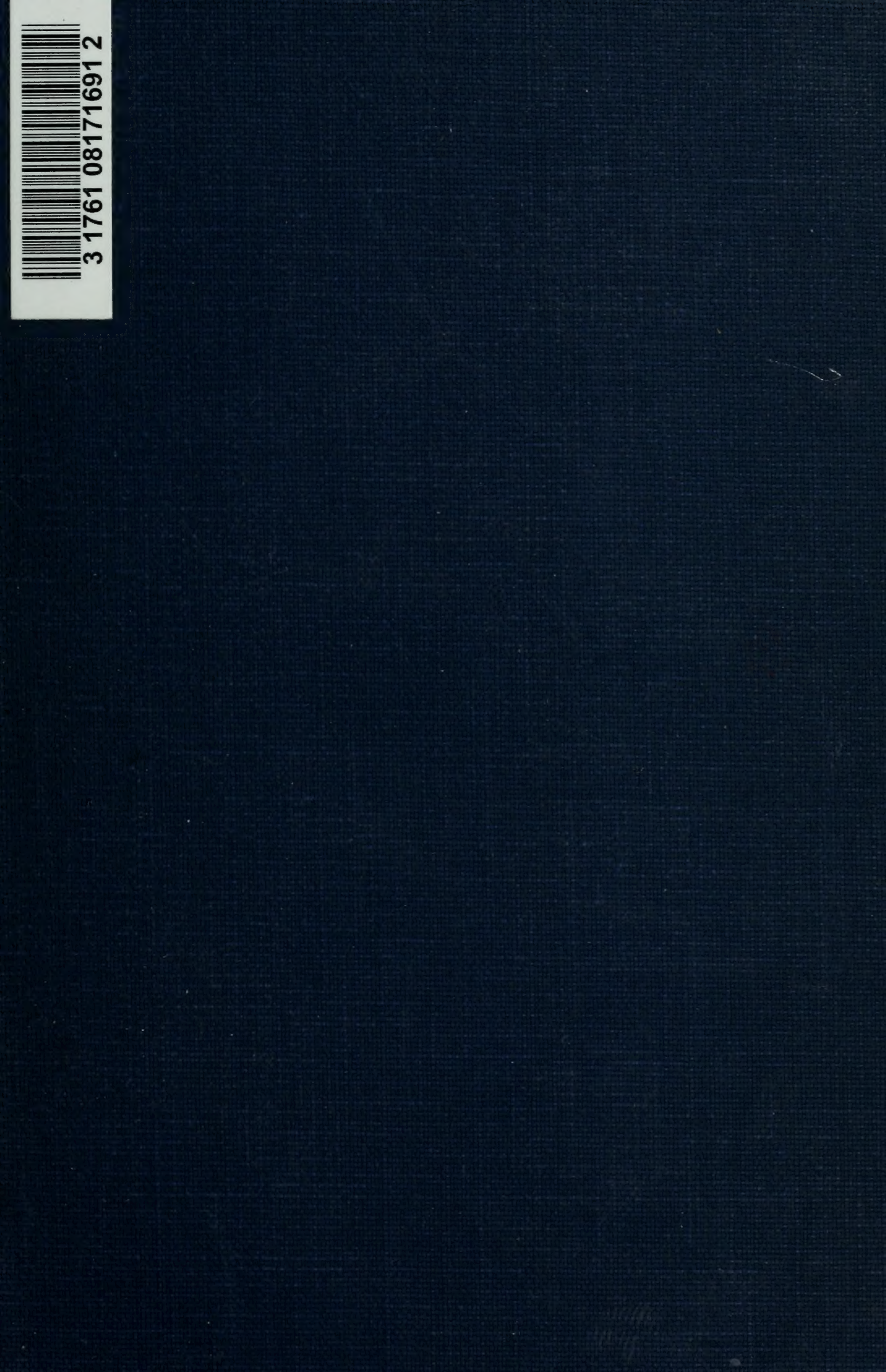

3 1761 08171691 2



HISTORIA

DE

SAN MARTÍN

PARIS. — IMPRENTA P. MOUILLOT, 13, QUAI VOLTAIRE.



SAN MARTIN

LIBERTADOR DE CHILE Y EL PERU

Reproduccion fototipica del retrato original al oleo hecho en Bruselas en 1827

HISTORIA

DE

SAN MARTÍN

Y DE LA

EMANCIPACIÓN SUD-AMERICANA

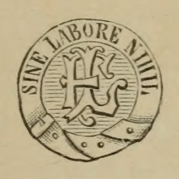
POR

BARTOLOMÉ MITRE

Serás lo que debes ser
y si no no serás nada.
(*Máxima de San Martín.*)

SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA

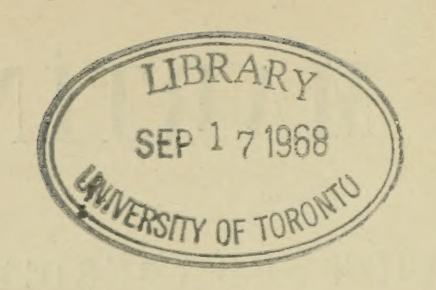
TOMO TERCERO



BUENOS-AIRES

FELIX LAJOUANE, EDITOR

1890


LIBRARY
SEP 17 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

HISTORIA DE SAN MARTÍN

Y DE LA

EMANCIPACIÓN SUD-AMERICANA

CAPÍTULO XXX

EXPEDICIÓN LIBERTADORA DEL PERÚ

(Segunda campaña de la Sierra)

AÑO 1821

Retrospecto. — Las quebradas centrales de la cordillera. — Explicaciones estratégicas. — La resistencia de Aldao en la Sierra. – Gamarra es nombrado comandante general de la Sierra. — Ricafort y Valdez expedicionan á la Sierra. — Resistencia de los indígenas. — Combate de Ataura. — Retirada desastrosa de Gamarra. — Repliegue de Ricafort y Valdez á Lima. — Combate de Quiapa. — San Martín resuelve posesionarse sólidamente de la Sierra. — Expedición de Arenales y sus objetos. — Atraviesa la cordillera y se posesiona del valle de Jauga. — El armisticio de Punchauca suspende sus operaciones. — Refriega de Huando. — Prórroga del armisticio y violación accidental de él en la Sierra. — Arenales reconcentra sus fuerzas en Jauja. — Pinceladas complementarias al retrato de Arenales.— Los realistas se disponen á evacuar Lima. — Planes de Arenales para batirlos èn su retirada. — Marcha en busca de Canterac. — Conflicto en que se encuentra y contra-marcha. — Correspondencia entre Arenales y San Martín sobre operaciones de guerra. — Situación lamentable de Canterac al cruzar la cordillera. — Retirada del virrey La Serna y su rechazo por los Yauyos. — Reunión de La Serna y Canterac. — Arenales se retira de la Sierra y repasa la cordillera. — San Martín le previene tardíamente permanezca en la Sierra. — Nuevos planes de Arenales. — La división de la Sierra se reconcentra á Lima. — Consecuencias de un error.

I

Hemos apuntado en el capítulo anterior, que al mismo tiempo que San Martín estrechaba el bloqueo de Lima é iniciaba las negociaciones de Punchauca, abría otras dos cam-

pañas, una sobre los puertos intermedios al mando de Miller y bajo la dirección de Cochrane, y otra á la sierra al mando de Arenales. Nos ocuparemos de ésta, dejando para después la otra, que fué simultánea y respondía al mismo plan combinado. Pero para la inteligencia de los complicados movimientos que seguirán, se hace necesario dar una idea de los caminos que desde los campos de los dos ejércitos beligerantes — Huaura y Lima, — conducen á la cordillera y á las provincias montañosas del interior que van á ser teatro de las nuevas operaciones.

Al dar una idea general del territorio del Perú, hemos dicho antes (véase cap. XXVIII, § 1), que de la región de la costa á la de la sierra sólo puede penetrarse por anfractuosidades ó *quebradas*, que son como brechas ó portadas plutónicas abiertas en una muralla ciclópea, que conducen por caminos estrechos y laderas escarpadas á los pasos precisos de la cumbre de la cordillera, del otro lado de la cual se encuentran al oriente, Pasco, Jauja, Tarma, Huancayo, Huamanga y Huancavelica, de cuya posición central se ha dado ya noticia (véase cap. cit.). Los independientes en las posiciones que ocupaban antes de la evacuación de Lima, entre Huaura y Chancay, dominaban dos quebradas por su flanco izquierdo: la del valle de Huaura, que conduce directamente á Pasco, por el paso de Oyón, y la de Canta al noroeste de Lima, que lleva al mismo punto ó á Jauja y Tarma. Por aquí descendió Arenales al cerrar su marcha de circunvalación en la primera campaña de la sierra. Al este de Lima está la quebrada de San Mateo, que va directamente á Jauja y Tarma, y más al sudeste se halla la de Yauyos, que por la quebrada intermedia de Huachirí comunica con el paso de Yauly en la cordillera y va á los dos preindicados puntos. Este fué el camino que siguió el virrey en su retirada de Lima. Estas dos quebradas, aunque dominadas por los españoles, estaban ocupadas por las guerrillas patriotas que bloquea-

ban á Lima, así como la de la Canta en la zona neutral, circunstancia que debe tenerse presente para darse cuenta de algunos hechos de armas de que fueron teatro. Siguiendo el camino de la costa hasta llegar al valle de Cañete se penetra á la cordillera por el camino de Lanahuaná, cuyos desfiladeros conducen á Huancavelica y Huamanga al oriente de la cordillera, y este fué el itinerario seguido por Canterac.

Con esta breve descripción á vuelo de pájaro, se comprenderá, que las quebradas eran como caminos cubiertos ó trincheras laterales para ambos beligerantes, y que Arenales subiendo por la de Huaura, ocupase á Pasco libremente, al atacar á los españoles en el valle de Jauja por el frente, y que al descender por la de Canta se diese la mano con el ejército patriota avanzado en Retes hasta el valle de Chancay. Vése también, cómo los españoles, subiendo por San Mateo y por Yauyos podían comunicarse con Jauja, y converger en un punto á la subida, —Yauly, — al amagar el flanco ó la retaguardia de la división de Arenales avanzada sobre Huancayo, y cómo al subir ó descender podían encontrarse con las guerrillas que ocupaban los desfiladeros. Por último, que una división retrocediendo desde Lima á lo largo de la costa al remontar la cordillera por el camino Lanahuaná hasta Huancavelica, podía encontrarse al frente de las fuerzas que, partiendo de Pasco á lo largo del valle de Jauja se avanzasen hacia el sud. Como precisamente fué todo esto lo que sucedió. trazamos las líneas y los puntos de intercepción, como se marcan sobre un mapa con alfileres de distintos colores las marchas de las diversas divisiones de un ejército.

En la posición estratégica que ocupaba San Martín con su ejército, tenía el dominio de Pasco, y por esto en la línea de demarcación de oeste á este de los armisticios se comprendía dentro de las posiciones de los patriotas. Al contrario, la comunicación por Canta con Jauja era contingente, á menos de estar en posesión de Lima. Á su vez, los españoles podían

ser simultáneamente amagados por el frente desde Huaura y por una fuerza que dueña de la sierra se desprendiese por las quebradas de Canta y San Mateo, y aun por Yauyos, aunque más difícilmente. Combinados estos movimientos con una expedición por los puertos intermedios, á la vez que avanzase la columna de Arenales hasta Huancayo, se interceptaban los caminos del sud, y por consecuencia el de Lima con Huancavelica. Este era el plan de San Martín. De aquí el empeño de ambos beligerantes por dominar la sierra, que además de ser un clima en que se reponían sus tropas, les proporcionaba el contingente de buenos y numerosos reclutas para remontar sus cuerpos, diezmados por las fiebres mortíferas de la costa.

Comprendiendo San Martín el error cometido al ordenar el retiro de Arenales de la sierra, la contraorden para enmendarlo no llegó á tiempo, según antes se explicó. Mientras tanta Aldao, como queda relatado, mantenía el terreno conquistado por Arenales, y con el apoyo de las poblaciones indígenas sublevadas, reconquistaba el valle de Jauja hasta Iscuchaca y Huancayo. Ricafort, vencedor de los indios en Huamanga, se replegaba á Lima, al mismo tiempo que Arenales, vencedor en Pasco, se reconcentraba al ejército independiente en Huaura y Retes. Carratalá con su división, quedaba al oeste del Río Grande y en posesión de Huancavelica y Huamanga, hacía frente á la insurrección avivada por Aldao. (Véase cap. XXVIII, § V). Llegados á este punto, volvemos á tomar el hilo de la narración en las operaciones de la sierra.

II

La resistencia de Aldao, tan valerosa como era, carecía de consistencia y no llenaba los objetos de una campaña seria, empero él se empeñaba en darle una semblanza de organización militar, á que eran refractarios los elementos que acaudillaba. San Martín lo comprendía bien, y le escribía, que no se alucinase con la idea de tener batallones y regimientos nominales, previniéndole que no comprometiese con ellos ninguna acción. Para enmendar el error cometido y reparar el contratiempo de la tardía contraorden, se propuso sistemar la insurrección de la sierra y darle un carácter permanente, de manera de privar al enemigo de los recursos á la vez que de nacionalizar la guerra, haciendo intervenir el elemento peruano más directamente en ella por medio de la creación de un ejército popular de reserva. Al efecto, nombró comandante general de las fuerzas de la sierra al coronel Agustín Gamarra, peruano, natural del Cuzco, que había militado en las filas españolas y pasádose á los independientes al tiempo del avance de San Martín sobre Retes. Éste, gozaba de gran crédito entre sus paisanos, y se le suponían aptitudes militares que no acreditó al servicio de la causa de su patria. Provisto de algunos elementos de guerra y con un cuadro de oficiales y clases, marchó á ocupar su puesto (20 de febrero de 1821) posesionándose tranquilamente de Jauja y de los depósitos de armas dejados por Arenales en Tarma. Aldao se puso á sus órdenes. Las tropas colecticias á que éste había dado una organización regimentaria, entraron á figurar en el cuadro del ejército : la caballería con la denominación de « Granaderos á caballo del Perú », y la infantería, con la de « Leales del Perú ». Éstos

fueron los primeros cuerpos peruanos organizados, que con las armas en la mano sustentaron la independencia de la nueva nación.

Para los españoles, la posesión de la sierra era cuestión de vida, así por lo que respecta á las subsistencias cuanto á las comunicaciones con el sud. Así fué que, inmediatamente después de la deposición de Pezuela, el virrey La Serna dispuso por su parte, que una división de 1,200 hombres al mando de Valdez, marchase de Asnapuquio á reforzar á Ricafort que había vuelto á Huancavelica y Jauja, y que unidos ambos con Carratalá, reconquistasen sólidamente y pacificasen las provincias centrales de la Sierra (25 de marzo de 1821). En el intermedio, Ricafort había obtenido algunas ventajas parciales sobre Aldao, sorprendiendo una de sus avanzadas y tomándole una pieza de artillería, pero sólo pudo avanzar hasta Iscuchaca, sin poder franquear la línea del Río Grande. Su situación no dejaba de ser algo apurada. Valdez y Ricafort reunidos, se hallaron al frente de 2,500 hombres ; pero encontraron cortados todos los puentes de maromas del río á la sazón muy crecido, y alzados los indios que dominaban su margen oriental. Ricafort vadeó atrevidamente el obstáculo con la caballería, obligó á los indios á retirarse, y restablecido el puente de Concepción, afluente del Jauja, todas las tropas expedicionarias ocuparon el oriente del valle. Los indios, que se habían replegado al puente de Ataura, — otro afluente del mismo río por el oriente, — esperaron el ataque á pie firme, en número de 4,000 hombres, sin más armas que sus hondas y macanas. No fué un combate ; fué una nueva carnicería. Los vencidos dejaron en el campo más de 400 cadáveres. Los vencedores sólo tuvieron algunos muertos y unos pocos heridos.

Mientras tanto, Gamarra, á los primeros rumores de que iba á ser atacado, antes de que nadie lo hostilizara, hizo desprender una descubierta sobre las fuerzas enemigas, evacuó

Jauja y se replegó á Pasco con 600 hombres de las tres armas de las fuerzas organizadas por Aldao. San Martín sabedor del movimiento de Valdez, le previno que no comprometiera acción formal (9 de abril) hasta ser reforzado por una división de línea que iría en su apoyo. Gamarra, continuó en retirada y repasó la cordillera por Oyón, perdiendo sin combatir, la mayor parte de sus tropas y los elementos de guerra que se le confiaron.

Los realistas triunfantes, avanzaron por Tarma y Jauja, arrollando la insurrección, y se posesionaron de Pasco. Aquí cometió La Serna el mismo error de San Martín, ordenándoles que se replegasen á Lima. Carratalá, al frente de una división de infantería y caballería, quedó ocupando la sierra, en observación sobre el paso de la cordillera en Oyón, que era la llave de las comunicaciones del ejército independiente con las provincias centrales del interior. En consecuencia, Valdez y Ricafort se pusieron en marcha con dirección á la quebrada de Canta. Al descender las vertientes occidentales de la cordillera, se encontraron con las guerrillas volantes mandadas por Vidal, asistido de los partidarios Quirós, Elguera y Navajas (2 de mayo de 1821). Estas guerrillas, aunque colecticias, tenían á raya las tropas veteranas de Lima, estaban bien mandadas y regularmente armadas, poseían una organización apropiada á su objeto y una táctica especial que les daba grandes ventajas en las fragosidades del pie de la sierra que ocupaban. Posesionados de un angosto desfiladero al este de la villa de Canta en el punto denominado la Quiapa y coronadas sus alturas, la vanguardia de la columna española, compuesta de la compañía de cazadores del Alejandro, fué atacada y tomada prisionera con su capitán herido, después de un vivo fuego en que agotó sus municiones. Cuando la reserva acudió en su auxilio, ya era tarde. Dejando entonces su caballería á retaguardia, que no podía maniobrar por el terreno, Valdez y Ricafort pretendieron flanquear la posición

con dos columnas de infantería mandadas personalmente por ellos. Los guerrilleros se replegaron sobre Canta por las alturas y tomaron nuevas posiciones. Aquí se trabó nuevamente el combate, con pérdidas por una y otra parte, siendo Ricafort gravemente herido y las guerrillas se retiraron con su presa á las escabrosidades inaccesibles de la montaña. Más adelante se renovó el ataque al día siguiente (3 de mayo) en otro desfiladero, cuyo camino estaba cortado en tres puntos; pero la posición fué flanqueada como la anterior, y sus defensores se dispersaron con alguna pérdida (1). Los españoles se dieron el aire de triunfadores y entraron á Lima con Ricafort tendido en una camilla, mientras las campanas se echaban á vuelo en su honor para cubrir este pequeño contraste, infligido por los *montoneros*, como ellos los llamaban.

Tal era el estado de la guerra en las cordilleras al tiempo que Arenales se dirigía nuevamente á la sierra, para abrir su segunda campaña.

III

La segunda campaña de la sierra, como concepción amplia relacionada á un plan general, corresponde en sentido inverso al atrevimiento y precisión de la primera. Como operación de guerra en sus objetivos inmediatos, era perfectamente calculada para llenar los dos fines que se buscaban: obligar al enemigo á la evacuación de Lima y ocupar el punto

---

(1) Seguimos el parte del mismo Valdez, 8 de mayo de 1821, publicado en la « Gaceta Ext. » del Gob. de Lima de 9 de mayo de 1821, que dice sustancialmente lo relatado en el texto, teniendo presente la concisa versión de Camba, un poco más franca, en sus « Memorias », t. I, pag. 385. Torrente, más modesto, no canta el triunfo, y se limita á deplorar la desgracia de los heridos españoles. Es el testimonio de tres adversarios.

de retirada en que podía rehacerse, ganando durante las negociaciones pacíficas que iban á abrirse posiciones ventajosas. Como ejecución, no correspondió á su concepción ni á los cálculos que la aconsejaron, pero obtuviéronse algunos de sus resultados, como más adelante se verá.

El objeto principal de la expedición de la sierra, era batir las divisiones de Ricafort y Valdez, marchando decididamente sobre ellas. Logrado esto, posesionarse de Jauja y Tarma, avanzar hasta Huancayo y extender la insurrección hasta Huamanga y Huancavelica. Una vez obtenido el objeto principal, abrir comunicaciones por Ica con la expedición de puertos intermedios y cortar las comunicaciones del enemigo por el sud, ó bien, si las circunstancias lo aconsejasen, amenazar con toda su masa á Lima, cerrando todas sus avenidas á la sierra, á cuyo efecto las guerrillas que cubrían las quebradas quedaban prevenidas para « obedecer ciegamente las órdenes de Arenales ». Se preveía la eventualidad de que el ejército se trasladara á Ica, y entonces debían combinarse las operaciones para cortar la retirada al enemigo, encerrándolo en las gargantas áridas de la cordillera. En caso de contraste, debía la división expedicionaria replegarse á Catajambo (provincia de Huaylas á retaguardia de la posición de Huaura) donde quedaba establecido el parque de reserva. Los objetos, que serían la consecuencia de estas operaciones, eran, privar á Lima de recursos, reparar la salud de los soldados inutilizados por el clima malsano de la costa y remontar los cuerpos que se hallaban muy disminuídos, concurriendo á la vez á formar el plantel de un ejército nacional en la sierra, sobre la base de la insurrección (2).

---

(2) Esta sinopsis del plan de la segunda campaña de la sierra, es tomada ó deducida de las instrucciones de San Martín á Arenales, de 20 de abril de 1821 en Huaura, que se conservan autógrafas en borrador. Arenales, en su « Mem. Hist. », cit. sobre la segunda campaña de la sierra, pág. 14, dice, que « San Martín no le hizo extender instruc-

La división destinada á realizar este plan, constaba de 2,132 hombres, y se componía de los cuerpos siguientes: batallones núm. 1.° y 7.° de los Andes y el Numancia, regimiento de Granaderos á Caballo y 32 artilleros con cuatro piezas de montaña, sin contar jefes y oficiales, ó sea como 2.200 hombres, que reunidos á las fuerzas salvadas por Gamarra, alcanzarían á 2.500 hombres (3). Como el ejército independiente constara á la sazón como de 5,800 hombres, y desprendiese al mismo tiempo 600 hombres á la expedición de puertos intermedios, el general en jefe sólo quedaba con 3,000 enfermos y convalecientes para hacer frente al ejército de más de 7,000 hombres que tenía arrinconados en Lima y el Callao y se proponía reducir á la última extremidad con sus combinaciones, « sosteniendo, según la enér» gica expresión de los peruanos contemporáneos, el cadá» ver de un ejército desaparecido al rigor del clima » (4).

---

nes expresas », á su padre el general Arenales. Si la palabra *expresas* no implica una reserva mental, para que se entienda que las instrucciones eran amplias y le dejaban libertad de acción, como le dejaban en efecto, es un error ó una reticencia, según lo demuestra el documento citado. — Con este motivo debemos hacer una aclaración. — En el Prólogo se dijo, que en los legajos de San Martín, no se encontraba ningún documento con relación á la segunda campaña. Posteriormente encontramos entre los papeles del general, algunos de bastante interés, como son, las instrucciones citadas y una parte de su correspondencia oficial y confidencial con Arenales, que hemos podido completar con la que Paz Soldán trae en su « Hist. del Perú Indep. », y formaban parte de su colección de manuscritos originales. Estos documentos los hemos incluído en el índice que sirve de complemento al prólogo, y nos referimos como comprobantes, al Arch. San Martín, vol. XL, núm. 3, M. S. S.

(3) Este cómputo es tomado de las mismas instrucciones antes citadas, en que se detalla del modo siguiente : Núm. 1 de los Andes, 400 plazas ; núm. 7 de idem, 600 id. ; Numancia, 800 id. ; Granaderos á caballo, 300 id. ; Artilleros, 16. Total 2,116, á que se adicionan 16 artilleros para dos piezas más de artillería que luego se le agregaron. — Ningún historiador trae este dato. (« Arch. San Martín », vol. LX, núm. 3, M. S.)

(4) Impugnación á la Abeja Limeña », antes citada.

Los soldados que componían la división destinada á la sierra eran « espectros en lugar de hombres », según el testimonio de uno de sus generales (5). Ante estos hechos hay que reconocer, que á pesar de sus errores, y del sistema lento y espectante de conducir la guerra, — impuesto por otra parte por la exigüidad de sus medios, — el genio del general de los Andes conservaba todavía toda su inspiración y fortaleza primitiva.

Arenales, tan resuelto en la acción como cauto en la preparación, situó su campamento en el pueblo de Oyón sobre las vertientes occidentales de la sierra, á suficiente altura para aclimatar gradualmente á las tropas en la región en que iban á operar (26 de abril de 1821). Allí se contrajo á su organización y disciplina, y cuando todo estuvo pronto, atravesó la cordillera por el paso de Oyón (9 de mayo). Las alturas estaban cubiertas de nieve. Hacia la parte oriental, al descender la cuesta, el camino se extendía á lo largo de vastas llanuras cruzadas por numerosos arroyos, y las cadenas de montañas nevadas que se sucedían en lontananza agrandaban y embellecían este sorprendente espectáculo. El frío era intenso. Aldao con los restos de su división marchaba á la vanguardia (6). En este día, tuvo Arenales noticia de que Ricafort y Valdez se habían replegado hacia Lima, y que sólo había quedado Carratalá con su división para hacerle

(5) Alvarado : « Mem. Hist. biog. », antes citada. M. S. — En cuanto al número que asignamos al ejército español se demuestra con exceso en las cifras que hemos presentado antes. Hallábase á la sazón en Lima, el primer cuerpo de ejército de 3,000 á 3,500 hombres, con que Canterac inició después la evacuación de dicha ciudad, y el segundo cuerpo de 2,500 á 3,000 con que el virrey se retiró, que forman la suma de 5,000 á 6,000 hombres disponibles, y á más la guarnición del Callao y 1,000 que quedaron en los hospitales, ó sea un total de 8,000 á 9,000 hombres, y por eso, descontando los enfermos, y rebajando mil, ponemos sólo 7,000.

(6) Arenales : « Mem. Hist. », pág. 21.

frente en Pasco, y en consecuencia, se dirigió á este punto en su busca. Pocos momentos después, sintióse en la vanguardia un tiroteo. Era una partida de Aldao que se había encontrado con una avanzada realista, la que transmitió la alarma al campo de Carratalá, quien se puso luego en retirada. Arenales ocupó sin resistencia á Pasco el 11 de mayo á las 2 de la mañana, marchando sobre la nieve, y desprendió un destacamento sobre el pueblo de Reyes á 62 kilómetros á vanguardia, con el objeto de sorprender al enemigo; pero éste lo había evacuado, incendiando el pueblo. Quince días después la división de la sierra se hallaba en Tarma, é inmediatamente se posesionaba de Jauja, con un aumento de 600 soldados (20 á 23 de mayo). Carratalá, disputando el terreno, se retiró con serenidad á Concepción, con 400 hombres de infantería y 300 hombres de caballería (7). Arenales intentó por segunda vez sorprenderlo en esta posición. Al efecto, destacó 200 cazadores de infantería montada y 500 hombres de caballería al mando de Gamarra. Este jefe peruano, de quien tanto se esperaba, llegó al amanecer del 25 de mayo á la margen derecha del río de Concepción, y esperó la salida del sol para cruzarlo, dando así tiempo á Carratalá á retirarse tranquilamente por la margen opuesta. Las fuerzas patriotas se extendieron á lo largo del valle hasta Huancayo.

Un vasto campo se abría á las operaciones de la división de la sierra. La división volante de Carratalá en retirada, sin más punto de apoyo que la débil guarnición de reserva de Arequipa, no podía oponerle resistencia hasta Huamanga y Huancavelica. Las fuerzas del general Ramírez en Puno, eran de poca consideración, y además tenían la atención de la

---

(7) Es la fuerza que le da Torrente: « Hist. de la Revol. H. A. », t. III, pag. 165, y la que le asigna genéricamente Camba, « Memorias », t. I, pag. 385, de 4 compañías de infantería y 2 escuadrones.

expedición á puertos intermedios. El ejército del Alto Perú, debilitado y fraccionado, y con otras atenciones, estaba lejos. Arenales dándose cuenta de la situación, sometió al general en jefe un nuevo plan de campaña. Previendo la evacuación inmediata de Lima por el enemigo, y partiendo de la base de que dominadas las aguas y ocupada la sierra por los independientes, los realistas quedaban sin teatro si se obstinaban en mantener sus posiciones en la costa, concibió la idea de trasladar el teatro de la guerra á la cordillera, donde debía decidirse la cuestión. En consecuencia proponía, en primer lugar: que pasase inmediatamente á la sierra toda la parte del ejército independiente que había quedado en la costa, — salvándolo así de la mortandad que lo diezmaba, — con excepción de las fuerzas necesarias que con auxilio de las guerrillas entretuviesen el bloqueo de Lima; formar un ejército respetable en la sierra que les aseguraba la victoria, é insinuaba á San Martín la conveniencia de que se trasladase á la sierra para dirigir en persona las operaciones (8). En segundo lugar proponía, avanzar hasta el Cuzco con rapidez, penetrar hasta el Desaguadero y regresar á Lima por el mismo camino, ó bien buscar los puertos intermedios en combinación con la expedición de Miller, respondiendo del éxito de esta operación con su cabeza en tres semanas (9). Estos planes no tuvieron la aceptación de San Martín, cuya atención estaba concentrada sobre Lima y el Callao, á cuya posesión daba mayor importancia, no considerando la campaña de la sierra y la expedición á puertos intermedios sino como concurrentes al logro de este objetivo.

Situado Arenales en Huancayo, abrió comunicaciones con las guerrillas de Yauyos y Huarochirí, que cerraban al sud-

---

(8) Arenales: « Memoria Hist. », pág. 41-44.
(9) Arenales: « Memoria Hist. », cit., pág. 44-46.

este de Lima el paso de Yauly en la cordillera. Mientras tanto Carratalá se había replegado á Huanta, y posesionado del puente de Iscuchaca. El porfiado general se propuso atacarlo por tercera vez, antes que fuera reforzado. Calculando que la atención del jefe español estaba sobre Iscuchaca, amagó un ataque por el frente, mientras Alvarado con la vanguardia cruzaba el río y atravesando caminos que se reputaban inaccesibles, con el auxilio de buenos guías de la comarca, caía sobre su flanco izquierdo. Estaba á punto de realizarse la combinación, cuando Arenales recibió la notificación del armisticio de Punchauca, que suspendió el curso de sus operaciones. Esta tregua, si bien fué favorable para los realistas, fué más provechosa aún para los patriotas, según San Martín lo había calculado desde su cuartel general en Ancón, y lo reconoce el historiador de Arenales, quien pudo entregarse con desahogo y confianza á la remonta y organización metódica de sus tropas, á la reparación y aumento de sus medios de movilidad y al establecimiento de talleres y maestranzas para la recomposición de su material (10).

IV

Transcurrido el término del armisticio, Arenales volvió á su plan de destruir á Carratalá. Alvarado renovó el movimiento antes suspendido, y el 29 de junio cayó sobre el batallón Imperial Alejandro, que se hallaba en Huando, en el fondo de una quebrada, cubriendo el flanco izquierdo de la posición de Iscuchaca, y al frente del Numancia tomó prisionera una compañía de 120 plazas. Carratalá que estaba más

(10) Arenales: Memoria Hist., cit., pág. 57.

á retaguardia, hacia Huancavelica, recibió al batallón en fuga, formó su caballería y emprendió la retirada. La caballería patriota iba á dar alcance á su retaguardia, cuando se presentó un oficial parlamentario, haciendo saber la prórroga del armisticio por ocho días más. Esto ha dado lugar á acusar á los independientes de violación de las leyes de la guerra. En efecto, la prórroga del armisticio había sido antes notificada por Carratalá; pero por un cúmulo de circunstancias no llegó oportunamente á conocimiento de Arenales. Á tiempo que Alvarado ejecutaba su movimiento de flanco, presentóse en el puente de Iscuchaca un oficial español parlamentario, exigiendo de Aldao que lo vigilaba, se diese por notificado. El jefe patriota contestó que no reconocía otras órdenes que las que recibiese de su general, y le negó el pase por no venir munido de los documentos necesarios. En esos momentos tenía lugar el ataque sobre Huando. Irritado el oficial español, regresó al puente, y se dirigió por la ribera opuesta del río en dirección á Jauja donde se hallaba Arenales. Al llegar al pueblo de Moya, por donde Alvarado había pasado poco antes, los naturales, al ver acercarse por un desfiladero un oficial con cinco húsares y un corneta, que reconocieron ser realistas, cayeron furiosos sobre ellos sin respetar la bandera blanca que llevaba. Dos de los soldados fueron muertos á pedradas, y el oficial habría corrido la misma suerte sin la interposición de unos artilleros que por acaso pasaban por allí conduciendo una carga de municiones (11).

Después de la refriega de Huando, Carratalá se retiró á Huamanga, y Arenales reconcentró todas sus fuerzas en Jauja, al mismo tiempo que San Martín con el convoy naval se re-

---

(11) Véase Camba: « Memorias », t. I, pág. 393.— Arenales: « Mem. Hist. », pág. 67-69.— Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. », pág. 177. — Nota de los comisionados de paz del virrey de 28 de junio y contestación de los de San Martín del 30 del mismo de 1821, bajo los números 47 y 48 del « Manifiesto, etc. de Punchauca », pág. 59-68.

plegaba de Ancón á Huacho y el virrey se preparaba á evacuar la capital (principios de julio).

Había llegado el momento de prueba, el momento de los grandes y bien combinados esfuerzos para poder « terminar » la campaña en cuarenta días » como lo había indicado San Martín en su proclama. Aquí es donde se puso de relieve la figura de Arenales, el segundo cabo del ejército libertador del Perú, y el único que después de Cochrane comparte con San Martín, como general, la gloria de esta campaña. Hemos trazado antes su retrato (véase cap. V, § VII). Es el caso de agregarle algunas pinceladas complementarias. Austero, estoico, adusto, tan precavido como audaz en sus concepciones militares como metódico y tenaz en su ejecución, reunía á un carácter recto un sentimiento profundo de la justicia y del deber. Era duro en el mando con sus subordinados, y todos le temían y respetaban; pero cuando cometía alguna injusticia, se apresuraba á darles una satisfacción (12). Cuidaba de los intereses públicos más que de los suyos propios, que se reducían á bien poca cosa. No tenía más escolta que un ordenanza para su servicio y custodia, ni más tren que un caballo de batalla y una mula de marcha, en que llevaba su ligero equipaje. Él mismo ensillaba y desensillaba sus cabalgaduras, y no consentía que ninguno lo hiciera. Sabía herrar como un herrador de oficio. Él mismo remendaba sus botas y su uniforme. Cuidaba muy poco de su vestido, y San Martín

(12) En una ocasión, prevenido contra Lavalle por falsos informes, después de una expedición que le había confiado, Arenales le dijo, en rueda de oficiales : — « Usted, señor capitán, no ha cumplido con su deber ». — Lavalle, arrebatado, le tomó del brazo, y sacudiéndolo le repuso : — « Señor general, es una impostura que yo he de vengar con sangre ». — La interposición de los presentes previno un lance. Lavalle fué arrestado; pero mejor informado el general, lo puso en libertad y le dió una completa satisfacción por medio de una orden general, haciendo pedazos la sumaria que le había levantado por su desacato. Véase Roca : « Apuntes póstumos », página 46-47.

tenía cuidado de preguntar á uno de sus hijos en qué estado se hallaba el guardarropa de su padre, para hacérselo reponer sin que él lo notara. Jamás recibió regalos ni obsequios de nadie, ni siquiera un ramo de flores. Él mismo conducía sus provisiones en una alforja, que se reducían á queso y un pedazo de carne fría. San Martín le llamaba « compañero » y respetaba mucho sus opiniones, permitiéndole franquezas que no toleraba en ninguno de sus subordinados. Él, á su vez, le correspondía con la lealtad propia de su carácter, y no le escaseaba verdades en materia de operaciones de guerra, salvo obedecer estrictamente sus órdenes, bien que resguardando confidencialmente su responsabilidad moral cuando disentía de los planes de su general. De estas relaciones entre los dos generales van á verse algunas muestras características.

En Jauja tuvo noticia Arenales, de que los enemigos se preparaban á evacuar á Lima para trasladarse á la sierra y que tenían el propósito de dividir su ejército, que computaba en 5,000 hombres, en dos divisiones iguales, con el objeto de atacarlo por el frente marchando por Huancavelica para unirse á Carratalá, y á su vez por su flanco á retaguardia atravesando la cordillera por San Mateo ó Guarochirí. Inmediatamente, y sin trepidar, escribió oficial y confidencialmente á San Martín como hombre que tenía su resolución tomada y sus ideas hechas (7 de julio de 1821). « Ya se deja » ver, que La Serna, si logra la reunión de sus fuerzas con » Carratalá, debe venir á ocupar en masa los puntos que yo » ocupo. Si no se embaraza esta operación concentrada, las » consecuencias son claras. Supuesto esto, resulta serme ne- » cesario abandonar la sierra ó decidirme á batir esas » fuerzas, con que lo menos se aventura un ataque. Evacuar » yo la sierra y atravesar la cordillera, trae el preciso resul- » tado de perder la opinión, perder la caballería, estropear » la tropa, perder 1,500 reclutas, todos los recursos, y por » último esta división. Vamos claro. Ha llegado el caso en

» que es de extrema necesidad que obremos con todo nuestro
» poder sobre la sierra. Abandonada la capital por los ene-
» migos, ya no se necesita fuerza para tomarla y poseerla.
» Basta tener una fuerza embarcada en la costa para prote-
» gerla en su caso. Toda la demás fuerza debe venir en
» masa á este país para prevenir el cambio del teatro de la
» guerra meditado por los enemigos. De lo contrario, la
» guerra se va á dilatar mucho por un orden regular, y el
» resultado se pone en duda. Por todas estas razones, en
» fuerza de los intereses del país y del honor de esta divi-
» sión y de todo el ejército, debo decidirme á dar el golpe,
» cuyo éxito aparece más probable y menos aventurado.
» Una de dos: ó yo emprendo mi retirada por Pasco ó por
» Oyón ó Canta, con la precisa condición de que venga á
» reunírseme toda la fuerza disponible del ejército, sin
» dilación y antes que los enemigos reunan aquí el suyo: —
» ó es inevitable que avance sobre Huancavelica, ó tal vez
» hasta Huamanga, á batir las primeras fuerzas que vienen
» por allí á reunirse á Carratalá, y en caso apurado, pasar
» la cordillera por Castro-Virreina. — El objeto más intere-
» sante en el día, es impedir la reunión de las dos divisiones
» enemigas y cortar su comunicación, mientras no se pueda
» batir con éxito una de ellas. Para esto es indispensable
» también, que sin pérdida de momentos se haga venir toda la
» fuerza del ejército de la costa, á reunirse conmigo por La-
» nahuaná. Para entonces daría mis instrucciones para sus
» marchas, de tal manera, que aun en el caso de serme
» preciso ponerme por la parte de Huamanga entre el gene-
» ral Ramírez y todas las fuerzas de Lima, cortada la comu-
» nicación de aquél y éstos, quedarían aislados y nuestro
» término se hacía más probable y seguro » (13). No hay una

(13) Of. de Arenales á San Martín de 7 de julio de 1821, apud Paz Soldan: « Hist. del Perú Indep. », pág. 178-179.

palabra perdida en este despacho militar, en que se establece el problema de la situación y se da una solución con tanta resolución como claridad de vistas.

El general de la sierra, á la espera de nuevas instrucciones y contando que sería apoyado, ó por lo menos, que el general en jefe maniobraría de modo de concurrir á sus operaciones, se aconsejó de sí mismo al resolverse á seguir adelante así que tuvo noticias de que Canterac venía en su busca con el primer cuerpo de ejército de evacuación de Lima. Su propósito era atacar á Canterac al pasar éste la cordillera y cuando descendiese su vertiente oriental hacia Huancavelica con sus tropas fatigadas y sus cabalgaduras postradas. En consecuencia se púso en marcha por la ruta de Huancayo é Iscuchaca, siguiéndole la reserva. El ejército de Arenales constaba á la sazón de cuatro batallones, seis escuadrones y cuatro piezas de montaña, que sumaban un total de 4,300 hombres, bien disciplinados y muy decididos, con suficientes medios de movilidad para la operación calculada (14). El 11 de julio estaba el cuerpo de reserva reunido en Huancayo, donde se hizo alto hasta tener noticias exactas del rumbo que traía el enemigo. Á las 10 de la noche llegaron los vaqueanos y espías y avisaron que Canterac pasaba la cordillera con dirección fija hacia Huancavelica. Á las 2 de la mañana se puso en movimiento la infantería para alcanzar á la vanguardia, llevando á retaguardia el parque y la artillería. El general habitualmente poco expansivo, aseguraba que antes de cuarenta y ocho horas la cuestión quedaría decidida. Todo prometía un triunfo, que se habría probablemente alcanzado, á haber seguido Arenales sus inspiraciones.

No había amanecido aún (12 de julio), cuando Arenales

(14) Arenales : « Mem. Hist. » cit., pág. 96. — Las memorias contemporáneas y los historiadores americanos y españoles, repiten la cifra apuntada en el texto.

recibió la noticia de la evacuación de Lima por el virrey, y juntamente una carta de San Martín en que le recomendaba que no comprometiese combate mientras no tuviera completa seguridad de vencer, y que si era buscado por el enemigo se retirase hacia el norte por Pasco ó hacia Lima por San Mateo (15). Para mayor confusión, el general en jefe, no le daba noticia alguna de los movimientos del virrey, y se limitaba á insinuarle, que dejando á los enemigos de su propia cuenta, privados de toda comunicación marítima y en el centro de un país que los rechazaba, no tardarían en verse anulados (16). Esta comunicación paralizó los bien concertados planes del general de la sierra.

V

Dejemos hablar al mismo Arenales en este trance. « A las » 5 de la mañana, con el pie en el estribo en el alcance de » la vanguardia al punto de Iscuchaca, he recibido la de V. » del 6, y con ella dos extremos opuestos. Me dice que los

---

(15) La cronología de Arenales en su « Mem. Hist. », está equivocada de un día. Dice que el 10 de julio de 1821 salió la vanguardia de Jauja, que el 11 estaba la reserva en Concepcion, el 12 en Huancayo y que el 13 á las 2 de la mañana se recibió la noticia de la evacuación de Lima y la carta de San Martín á que se hace referencia en el texto. Mientras tanto, en carta del general Arenales, que se citará más adelante, de fecha 12 de julio en Huancayo, escribe á San Martín haber recibido la suya a las 5 de la mañana con el pie en el estribo y cuando ya estaba en marcha su división para reunirse con la vanguardia y marchar en busca del enemigo. — Además en otra carta inédita que original tenemos á la vista de fecha 12, avisa á Arenales haber recibido una segunda de San Martín que le da más luces acerca de la situación del cuerpo, y que obrará de conformidad á sus instrucciones.

(16) Arenales : « Mem. Hist. », pág. 93.

» enemigos acabaron de abandonar Lima y se dirigían á la » sierra. Ni siquiera me indica qué rumbo hayan tomado. » En esta duda, si vienen á reunirse con Canterac, no puedo » hacerles frente arreglándome como debo á sus prevencio- » nes. Si vienen á caer sobre mi flanco y retaguardia, debo » retroceder, hasta el punto en que deje franca mi retirada. » Siento este acontecimiento por las consecuencias que pre- » cisamente vamos á tocar, muy á costa nuestra y de los sa- » crificios del país. Hablo con franqueza. ¿ Que ganará nues- » tro ejército con entrar á Lima á apestarse y acabar de » destruirse, cuando con grande actividad podía estar ya » convalecido en las inmediaciones de la sierra? ¿ Que suce- » derá de las tropas de esta división con mil y quinientos » reclutas, si tienen que hacer una deshonrosa retirada para » donde le esperan los hospitales y el sepulcro ? Doloroso es » tener que hablar en estos términos! Estas expresiones no » tienen ningún espíritu de reconvención ; y sólo son impul- » sadas por el sentimiento de que nuestra empresa va á pos- » tergarse incalculablemente ó á poner en duda nuestro » feliz éxito. Ya me parece que veo á ese nuestro ejército » que embelesado en Lima, no se acuerda, al menos por lo » pronto, de otras cosas que nos traerán amarguras, conten- » tándose por ahora con calcular, que la división de la » sierra debe batir y acabar con los enemigos, para después » decir, si tenemos contraste, que por qué abandonamos la » sierra, como lo dijeron antes aun aquellos que votaron » por que debía reunirse al ejército. Lo bueno es que estoy » cubierto con mis comunicaciones y con sus preceptos » que obedezco ciegamente. Á otra cosa. Si en mi lenta » retirada me encontrase con la fuerza de retaguardia, » la batiré, y procuraré sostenerme lo que pueda, y si me » viene refuerzo que lo espero muy remotamente ó nunca, » tal vez podamos remediar algo ; pero si no, la divi- » sión va á perderse con su retirada á la costa. Sea lo que

» Dios quiera » (17). Arenales veía más claro que San Martín.

Pocas horas después recibió Arenales otra carta de San Martín en que al darle algunas explicaciones respecto de sus planes y de los movimientos del enemigo, le decía, que su objetivo inmediato era la rendición del Callao, repitiéndole sus anteriores recomendaciones. Arenales repuso: « Su carta » me da más luces que las que yo tenía. Aunque mis pensa» mientos son desemejantes con los que V. me inspira, po» dré acertar á obrar mejor en conformidad con los designios » que nunca quisiera contrariar. Si los enemigos me fuerzan » á retirarme, ha de ser en regla, sin que se burlen de esta » división. Como pueda lograrles algún lance de los que » busco en mis movimientos, unos ficticios y otros verdade» ros, he de aprovechar la ocasión con fruto. Este es mi » intento: procuraré siempre consultar con la prudencia: » pero ni por falta de fibra ni por atolondramiento me la » han de llevar. Supuestas las advertencias que me hace » acerca del batallón núm. 11 (de refuerzo), sería conveniente » que todas las partidas de guerrillas se recuesten sobre mí » por Yauly. En tal caso, emprenderé una guerra distinta » de la que en el día puedo hacer, para llamar la atención » de los enemigos por diversas partes, y confundirlos para » que se vayan destruyendo, sin poder reponerse » (18).

En el conflicto en que se hallaba Arenales reunió una junta de guerra para aconsejarse. Hizo presente: que tenía la probabilidad de vencer á Canterac forzando sus marchas, pero ante las instrucciones confidenciales del general y en la incertidumbre de la dirección que llevaba la columna del

---

(17) Carta reservada de Arenales á San Martín de 12 de julio de 1821, apud Paz Soldan: « Hist. del Perú Indep. », pág. 184 *nota*).

(18) Carta de Arenales á San Martín de 12 de julio de 1821 en Huancayo. M. M. (Arch. San Martín, vol. LX, núm. 3.)

virrey, no podía cargar con tan grave responsabilidad obrando por su propia inspiración. La discusión se entabló sobre dos bases conjeturales : ó bien el virrey se hallaba en aquel momento sobre alguno de los pasos de la cordillera, de San Mateo, Yaurochirí ó Yauyos, ó había seguido el movimiento de Canterac. En el primer caso, la división de la Sierra podía ser cortada, dirigiéndose el virrey á Jauja ó Huancayo, y se encontraría entre dos fuertes cuerpos de ejército. En el segundo caso, Canterac amagado, podía evitar el lance y replegar sobre el virrey que le seguía, afrontando así fuerzas igualmente superiores y reunidas. Acordóse al fin el regreso á Huancayo (19).

Mientras tanto, hé aquí la situación en que se encontraba Canterac y de La Serna. Salido Canterac de Lima el 25 de junio siguiendo el camino de Lanahuná, atravesó la cordillera por Huancavelica casi al mismo tiempo que Arenales marchaba á su encuentro, sin noticia de la posición y fuerzas de éste, ni de la fuerza de Carratalá que se había replegado á Huamanga, como antes se explicó. En el tránsito había experimentado considerables bajas por muertes, rezagados y desertores, y al transponer la cumbre, su tropa y sus cabalgaduras se hallaban en el más lamentable estado y sin víveres ni forrajes, á punto de no contar con 1,500 hombres en condiciones de batirse, y no poder esquivar el lance si era atacado (20). Él mismo ha confesado, que no sabe por qué Arenales no lo atacó en tan crítica situación, y se asombra de su retirada cuando tenía por cierta su derrota (21). Por lo que respecta á La Serna, salido el 6 de julio de Lima, penetró

(19) Arenales : « Mem. Hist. », pág. 94-95.
(20) Camba : « Memorias », pág. 599-600. — Torrente : « Hist. de la Indep. H. A. », t. III, pág. 165. — Arenales : « Mem. Hist. », pág. 98-99.
(21) Arenales : « Mem. Hist. », cit., pág. 99.

á la sierra por Yauyos, como queda dicho. Esta quebrada es la más fragosa de la cordillera occidental, y lo mismo que la contigua de Yaurochirí conduce directamente á Jauja. Los naturales de estas dos quebradas estaban insurreccionados : retiraron los víveres y ocuparon en son de guerra los ásperos desfiladeros, rechazando por tres veces á los españoles con gruesos peñascos desprendidos de lo alto de las montañas inaccesibles. La Serna ante esta resistencia, vióse obligado á retroceder con bastantes pérdidas y echar al río algunas piezas de artillería y pertrechos que no le era posible salvar por falta de animales. Volvió á desandar su camino desde el promedio de la quebrada y tomó el de Lanahuaná antes seguido por Canterac (22), á quien se reunió el 4 de agosto. Las pérdidas en el paso de la cordillera fueron tan considerables, que ambos cuerpos de ejército, apenas alcanzaban á formar 4,000 hombres, incluso los enfermos (23).

VI

Simultáneamente Arenales se replegaba á Huancayo. Aquí le esperaba otra sorpresa. El general de la sierra había contado con la eficaz cooperación de las guerrillas que ocupaban las avenidas de Lima á la sierra y los pasos de la cumbre de la cordillera, que según el tenor de sus instrucciones, debían « obedecerle ciegamente ». Pocas horas después de la carta de San Martín que paralizaba sus planes, recibió un pliego del comandante Villar que dirigía esas guerrillas, en que le avisaba haber recibido orden directa del general en jefe para

(22) Arenales : « Mem. Hist. », p. 116-117.
(23) Torrente : « Hist. de la Revol. H. A. », t. III, pág. 168, repetido textualmente por Camba : « Memorias », t. I, pág. 399.

acercarse á la capital á fin de prevenir los desórdenes consiguientes á su desocupación, prescindiendo de hostilizar la columna del virrey. No había ya nada que esperar de la costa ; el enemigo se retiraba sin ser eficazmente perseguido, maniobrando libremente, y en combinación ó reunido á Canterac, todo el ejército de Lima venía compacto sobre la sierra. Arenales se replegó hacia el norte, á tiempo que la vanguardia realista aparecía á las inmediaciones de Huancayo, Río Grande por medio, sobre los altos de Moya (17 de julio), y esperó al enemigo en Concepción en actitud de combate ; pero Canterac no se decidió á avanzar. El 19 ocupó la villa de Jauja. Su resolución era mantenerse á todo trance en la sierra. En este día, dictó un informe motivado, en que recopilaba todas sus observaciones anteriores, y hacía presente : 1.° Que al abrirse la campaña de la sierra, habíase hecho entender á todos sus habitantes, que no serían abandonados, en consecuencia de lo cual se habían comprometido, y que la retirada de la división, — salvo que fuese exigida por consideraciones de un orden más imperioso, — produciría un desánimo de que los españoles sacarían partido ; 2.° Que si la división pasase al occidente de la cordillera, se pronunciaría la deserción de los naturales, que formaban la mitad de su fuerza en número de 2,000 soldados jóvenes, mientras que, manteniendo el terreno y auxiliado con los artículos de guerra necesarios, aumentaría inmediatamente las fuerzas á un número considerable ; 3.° Que el enemigo iba á quedar en el caso de la retirada, en pacífica posesión de un vasto territorio, de numerosas poblaciones y cuantiosos recursos, mientras la capital continuaría privada de éstos, y con poca diferencia en no mejor situación que cuando estaba en poder de los españoles ; 4.° Que reconcentrando todas las fuerzas en Lima, no tardarían en ser contagiadas por la lasitud ; el espíritu marcial declinaría, la disciplina se relajaría, las tropas sucumbirían á las enfermedades provenientes del clima, y en

definitiva, sería difícil sacar de la capital la mitad de los soldados que hubiesen entrado á ella (24). Arenales hablaba como un profeta.

En la noche del día en que dictaba este informe, recibió nuevas comunicaciones de San Martín, en que le daba noticia de la marcha de La Serna por Yauyos, y le reiteraba por tercera vez sus terminantes prevenciones de esquivar todo compromiso serio, indicándole los diversos caminos por donde podía ejecutar su retirada, lo que dejaba á su elección (25). Simultáneamente recibía comunicaciones de Necochea en que le avisaba que La Serna se había internado por la quebrada de Yauyos, á la vez que recibía parte de haber sido rechazado

---

(24) Seguimos el resumen que de este informe da Arenales en su « Mem. Hist. », pág. 102-104, á que asigna la fecha de 19 de julio de 1821, sin dar su texto. — Con diferencia de 24 horas, — el 18 de julio de 1821 — San Martín hacía publicar en el núm. 2 de la « Gaceta de Lima Independiente », un *Artículo de oficio*, en que decía : « Desde que el » ejército enemigo tomó medidas para abandonar la capital, el general » en jefe del ejército libertador expidió sus órdenes para frustrar los cál- » culos de los opresores. Ellos se lisonjeaban de concentrar sus fuerzas » en la sierra y destruir las tropas del general Arenales; pero S. E. se » ha propuesto no aventurar la suerte del Perú al éxito de una batalla : » ha tenido la satisfacción de recibir comunicaciones del señor Arenales » con fecha 12 del corriente, en las que acusa recibo de las últimas ins- » trucciones consiguientes á los movimientos de los enemigos, y dice, » que todo está dispuesto y pronto para replegarse oportunamente » y coadyuvar á la defensa de la capital, que será ya defendida á todo » trance. S. E. está tomando disposiciones eficaces para que el ejército » enemigo, colocado en el centro de pueblos que detestan la tiranía, » quede aislado allí mismo ». — En el núm. 5 de la misma *Gaceta* de 25 de julio, se rectifica la versión de esta noticia dada por el periódico *El Consolador*, en cuanto « á que la división de la sierra se replegase á la » capital por orden del general en jefe, siendo así, que lo dicho era, que » *estaba pronto á replegarse, caso que el enemigo pudiese retrogradar* », lo que indicaría vacilación ó confusión. Pero en el núm. 7 de la *Gaceta* de 1.° de agosto, se dice terminantemente : « El general Arenales, con- » secuente con los planes del General en jefe y en virtud de órdenes que » tenía, se ha replegado á esta parte de la cordillera, cubriendo con su » división la quebrada de San Mateo ».

(25) Carta de Arenales á San Martín de 20 de julio de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LX, núm. 3).

y que retrogradaba hacia Cañete. Arenales suponía que Necochea se hubiese mantenido en observación de los movimientos de la columna enemiga que perseguía, ó al menos permanecido en el valle de Cañete, y no podía persuadirse que el virrey retrogradara sin encontrarse con aquél, desde que nada le decía sobre el particular por lo que se inclinaba á creer racionalmente, que La Serna se hubiese recostado sobre su izquierda para tomar el camino del paso Yauly en la cordillera (26). Aquí se ve patente el error capital que cometió San Martín al no perseguir activamente á La Serna, y la falta de detalle de no observar siquiera sus movimientos al abandonar su caballería en el valle de Cañete. (Véase cap. XXIX, § XII). Inducido Arenales en error por esta falta, arregló sus marchas y tomó sus medidas.

Conciliando las órdenes de retirada con su anhelo de hacer algo útil, resolvióse á tomar el camino de Yauly con el designio de buscar á La Serna y batirlo antes que se reuniese con Canterac, siempre en el supuesto de que el virrey seguía esa dirección. Al efecto, se posesionó del puente de la Oroya al norte de Jauja, y franqueando el Río Grande al occidente, se situó en el páramo de Cachicachi (27). El 23 estaba en el fondo de la quebrada de Yauly, que conduce igualmente á la quebrada de Yaurochirí y á la de San Mateo, según se explicó antes. Aquí recibió la noticia de que el virrey había contramarchado y dirigídose á Huancavelica en pos de Canterac. Dirigióse entonces hacia el oriente de la cordillera para tomar la quebrada de San Mateo á fin de establecerse en una posición más segura y dar descanso á sus tropas fatigadas, desnudas y descalzas, que habían marchado varios días por entre la nieve

---

(26) Carta de Arenales al coronel Mariano Necochea de 20 de julio de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LX, núm. 3.)

(27) Carta de Arenales á San Martín en Cachicachi, de 20 de julio de 1821, cit. M. S. — Cartas del mismo al mismo de 21 y 22 de julio en la Oroya. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. LX, núm. 3.)

y bajo nevadas. Aquí le esperaba la última de las sorpresas. San Martín, reaccionando sobre sí mismo, comprendía como en la primera campaña de Arenales, el error de abandonar la sierra, y le prevenía, que era preciso se sostuviese en ella, aunque con la recomendación de no comprometer acción desventajosa, prometiéndole reforzarlo y auxiliarlo con todo lo necesario. Arenales contestaba con razón, con cierta ironía amarga : « No puedo dejar de admirar esta » advertencia, y me es sensible no poder conciliar, como quisiera, mis operaciones con sus deseos. Dije con repetición, lo digo y lo diré siempre, que si esta fuerza salía una » vez del centro de la sierra, y llegaban á ocuparla los enemigos, no seríamos capaces de recobrarla. Tengo bien presente, que en una de sus comunicaciones me decía V. en » contestación, que poco le importaba perder la sierra en » comparación con otras meditadas medidas. Pero dejemos » este punto : no me toca, ni trato de inculcar sobre las disposiciones de mi superior. Conozco que, rigurosamente y » sin remedio debemos adoptar otro sistema de guerra, por » otros lugares y con distintos designios. Por mi parte, yo » estoy bien desengañado, de que á pesar del empeño que he » puesto en observar lo que se me prevenía, todo, todo recae » contra mi opinión. Bien conozco, y le significué antes á V., » que si me dejaba estar en la sierra, y sucedía algún infortunio ó desventaja, lo había de pagar yo ; y si me retiraba, » del mismo modo. Convencido de que debo hacer lo que se » me manda, prefiero no obstante consultar lo más conveniente al buen éxito de nuestra empresa, aunque mi opinión, mi crédito y mi persona padezcan » (28).

La prevención de San Martín, que oportunamente habría

(28) Carta de Arenales á San Martín de 27 de julio de 1821 en San Juan de Matucana. M. S. (Arch. San Martín, vol. LX, núm. 3.)

decidido á Arenales á permanecer en la sierra, llegaba tarde, como la contraorden en la anterior campaña. No era posible reconquistar las posiciones perdidas sino abriendo una campaña formal de ejército contra ejército. La guerra divisionaria se había hecho imposible, ó por lo menos muy difícil y sin resultados. Además, como lo había previsto Arenales, la mayor parte de los naturales de la sierra habían desertado en la retirada, y su división, desprovista de lo necesario para emprender operaciones, estaba reducida á poco más de la fuerza con que abriera su expedición. Esto mismo representó Arenales oficialmente. Empero, dando forma práctica á su insinuación de « sostener la guerra por otros caminos y con otros designios », propuso un nuevo plan : — marchar con su división al puerto de Ancón, embarcarse allí en los transportes del ejército y dirigirse á Pisco ó puertos intermedios, á fin de hostilizar las costas del sud, con la mira de posesionarse de Arequipa y del Cuzco, y aun del Alto Perú, aunque fuese á costa de un combate, para tomar así por el flanco y la retaguardia al ejército enemigo situado en Jauja y Tarma, debiendo mientras tanto el grueso del ejército independiente operar de un modo análogo sobre Pasco y las alturas de la Oroya. Este plan, que en su sentir, podía dar la pronta terminación de la guerra, tenía por objeto preservar la fuerte división de la sierra de un desmembramiento y disminución sensible; pero por si esto no pareciese bien, pedía órdenes para ir con su división á tomar por asalto el Callao, las que cumpliría en el momento, para quitar ese estorbo al ejército. « Lo que importa, sobre todo, acababa diciendo, es no que- » darnos quietos, porque los enemigos no lo estarán un » instante » (29). Volvía á hablar Arenales, como un general, como un profeta y como un héroe.

---

(29) Arenales : « Memoria Histórica » etc., pág. 131-136.

El ayudante de Arenales, portador de estos despachos, y encargado de dar informes verbales, encontró á San Martín en su gabinete de trabajo, rodeado de gran cantidad de mapas y papeles. El general informóse minuciosamente de todo, y se convenció de la imposibilidad de que la división volviera á la sierra. Al día siguiente ordenó á Arenales que se replegase á Lima, y le escribió confidencialmente, que el Callao estaría pronto en su poder, y en cuanto á lo demás discutirían sus planes y otros que tenía entre manos. En consecuencia, la división entró en triunfo, con más de mil hombres de baja de los que había sacado de Jauja. El general de la sierra, se sustrajo modestamente á toda demostración pública, entrando de particular á Lima, en momentos en que se juraba la independencia del Perú.

Así terminó la segunda campaña de la sierra. « De este modo, — como lo observa un testigo presencial que militaba en las filas independientes, — los patriotas abandonaron las provincias del interior, de las que tomaron tranquila posesión los enemigos en divisiones aisladas; y este incomprensible error de parte de los patriotas, compensó á sus enemigos de la pérdida de Lima » (30). Este error debía costar cuatro años más de guerra.

---

(30) Miller: Memorias, etc., t. I, pág. 321.

CAPÍTULO XXXI

EXPEDICIÓN LIBERTADORA DEL PERÚ

(Expedición de puertos intermedios)

AÑO 1821

Los puertos intermedios. — Planes de Cochrane. — Tentativas para tomar e Callao por sorpresa. — Conjuraciones tramadas al efecto. — Nuevos planes de Cochrane. — Filiación de la expedición de puertos intermedios. — Desembarco en Pisco. — Retrato de Miller. — Conjuración de Lavin en el Cuzco. — Las tercianas. — Reembarco de Pisco. — Ataque y toma de Arica y Tacna. — Landa y Portocarrero. — Miller toma la ofensiva. — Acción de Mirave. — Resultados de la campaña de Miller. — Repliegue de Miller sobre Tacna. — Suspensión de hostilidades. — Reembarco de Miller. — Actos caballerescos de los beligerantes. — Nueva toma de Pisco. — Derrota de Santalla. — Miller se posesiona de Ica. — Terminación de la campaña. — Examen de la expedición de puertos intermedios.

I

Simultáneamente con el avance del ejército de Huaura sobre Lima, de la apertura de la segunda campaña de la sierra y el armisticio de Punchauca, se desenvolvieron las operaciones de la expedición á puertos intermedios, de la que vamos á ocuparnos, para llevar de frente la narración de los sucesos hasta el momento de la ocupación de Lima por las armas independientes.

Lo que en el Perú se conoce bajo la denominación vaga de « puertos intermedios », son los que se hallan situados á lo largo de la costa del sud de Lima, escalas entre el Callao y

Valparaíso, cuando el Pacífico era un mar cerrado y estos dos puntos extremos determinaban los lindes de su mundo comercial. Para nuestro objeto, basta conocer los principales puertos de esta zona intermedia, que son Arica, puerto de Tacna, que ya conocemos; Ilo, puerto de los valles de Moquegua y Torata, al pie de la cordillera; Islay, que corresponde á Arequipa, y la rada de Pisco con su bahía de Paracas, célebre por el desembarco de San Martín y la primera internación de Arenales á la sierra. Tal fué el espacio comprendido por las operaciones que vamos á narrar.

Cochrane, no habiendo conseguido comprometer á San Martín en empresas aventuradas sobre Lima, tenía fijos sus ojos en el Callao y en los puertos intermedios, como puntos objetivos de ataque y teatro de las excursiones á lo largo de las costas dominadas por su escuadra. El almirante en sus « Memorias », atribuye á emulación del general, que no le confiara fuerzas de tierra adecuadas para realizar sus planes, y contradiciéndose, á la vez que olvida mencionar un hecho que consta de documentos originales que llevan su firma, dice, que « por verse libre de sus importunidades », le confió una división con tal objeto. Este fué el punto de partida de la expedición á puertos intermedios, que formó parte de la combinación del avance sobre Lima y la apertura de la segunda campaña de la sierra al tiempo de iniciarse las negociaciones de Punchauca.

El almirante había proyectado apoderarse de las fortificaciones del Callao, por un golpe de mano de su invención. Al efecto, practicó personalmente un reconocimiento, y se persuadió de que su plan era practicable (1). No había empresa imposible para el genio audaz del vencedor de Valdivia y del captor de la *Esmeralda*, pero tal intento no era factible sin

(1) Cochrane: « Memorias », pág. 124.

inteligencias en la plaza, como él mismo lo comprendió. Esta es la parte de que San Martín se encargara, al continuar los trabajos de zapa iniciados en Pisco. Á este fin respondía el alarde de sus fuerzas en la bahía del Callao antes de desembarcar en Huacho, así como su aparición en el mismo punto antes de recalar con su convoy por segunda vez en el puerto de Ancón.

Los patriotas peruanos de Lima, dirigidos por Riva Agüero y López Aldana, provistos por San Martín de los fondos necesarios, habían iniciado de antemano trabajos secretos para poner en manos de los libertadores las fortalezas del Callao. Encontraron al parecer los hombres que necesitaban, en un español llamado Juan Santalla, comandante del batallón Cantabria, que guarnecía la plaza, y el caraqueño Juan de la Cruz Cortinas, que mandaba uno de los castillos. Era Santalla un tipo singular, que á pesar de su reputación de cobarde, dominaba por su soberbia á cuantos le rodeaban: tenía las fuerzas de un Hércules, que doblaba con sus dedos un peso fuerte, rompía una baraja con tanta facilidad como una hoja de papel, y con una sola mano lanzaba al aire un hombre cual si fuese una pelota. De ideas liberales, su gran pasión era el juego, y estos dos móviles le hicieron entrar en el plan por inclinación y por sórdido interés. En cuanto á Cortinas, era un patriota, que con más inteligencia que Santalla, obraba movido por su sentimiento de americano. El primer proyecto concertado, consistía en clavar los cañones de la cortina de las fortificaciones que cae á la mar brava, para facilitar el ataque de la escuadra. Al efecto, se fabricaron sigilosamente en Lima ochenta clavos arponados de las menas de los calibres que debían inutilizarse, y se distribuyó entre la tropa una fuerte cantidad de dinero. El virrey tuvo un conocimiento vago de esta conjuración (5 de diciembre de 1820) y cambió la guarnición de los castillos. Recomenzados los trabajos de zapa, se concertó un segundo plan que

consistía en posesionarse de los baluartes con una parte de la nueva guarnición sobornada, y por los puntos de acceso al mar, abrir paso á las tropas de desembarco destinadas á proteger la operación. Cuando todo estuvo dispuesto para dar el golpe, San Martín hizo embarcar en la escuadra (30 de enero de 1821) una división de 550 hombres al mando de Míller. El virrey tuvo noticia de este movimiento de fuerzas, y receloso, reforzó la guarnición del Callao, tomando nuevas precauciones. Todavía se concertó un tercer plan ideado por Cortinas, que podría servir de argumento de melodrama, más bien que de base á una operación militar, y que refleja el acaloramiento de imaginación de los agentes revolucionarios que trabajaban en las sombras del misterio. Forjáronse llaves falsas de todas las puertas de los castillos, — que se trabajaron en Lima como los clavos, — y con esto, y contando con algunos individuos de tropa seducidos, pensaban apoderarse de una de las patrullas que hacía la ronda exterior, y dar acceso á las tropas de desembarco ; pero relevado Cortinas del mando del castillo que estaba á su cargo, todo quedó en proyecto (2).

Es interesante confrontar la correspondencia entre San Martín y Cochrane con relación á estos planes, que hasta hoy ha permanecido inédita, y en la que puede seguirse la filiación de la expedición á puertos intermedios, á la vez que completan y corrigen las « Memorias » del ilustre almirante.

En los primeros días de febrero, cuando todo estaba preparado para ejecutar el segundo plan respecto del Callao, San Martín despachó un emisario llamado Martín Guarnís,

(2) Paz Soldán trae una parte de los documentos que se relacionan con estos trabajos, que se completan con los que más adelante citaremos. Véase « Hist. del Perú Indep. », pág. 177, apéndice núm. 3 y Cat. de manuscritos en idem. Véase también « Resumen de los servicios del General Miller en Sud-América, con documentos comprobantes », pág. 5.

con instrucciones para sus agentes secretos y encargo de trasmitir directamente los avisos convenientes á Cochrane, quien había entrado de lleno en el plan. « Por mis oficios, » decía al general (10 de febrero), verá que hasta ahora no he » podido emprender el golpe mortal que V. había dispuesto » contra el enemigo ; pero créame, que cuando llegue la » tropa, ningún esfuerzo que pueda hacer, faltará para lo- » grar este objeto importantísimo » (3). Una semana después (16 de febrero), escribía á Monteagudo, que habiéndose divulgado el secreto, el admirable plan fallaba totalmente, y le adjuntaba las cartas del emisario Guarnís (4). En el mismo día se dirigía al general diciéndole : « Hoy he visto, que » el enemigo ha sacado casi todos los cañones de las bate- » rías de parte del mar, y los han vuelto hacia tierra, » así como los de los torreones. Es por ahora impracticable » hacer tentativa alguna sobre el Callao » (5). Al día siguiente volvía sobre lo mismo, pero con otros objetivos : « Quisiera » que pudiese á V. explicar en español como en inglés, en lo » que fundo mis opiniones acerca de nuestra situación mi- » litar y política ; pero esto no es posible, y siendo así, per- » mítame asegurarle que mis motivos son el interés público, » la gloria de V. y mis propias esperanzas, tres objetos sufi- » cientes para no comunicarle sino lo que pienso. — El golpe » mortal al enemigo de la toma de los castillos, habiendo » sido frustrado inicuamente á causa de algunos que han » tenido noticia de sus acertadas intenciones, incapaces de » callarse, espero que en ningún caso comunicará V. sus re-

(3) Carta de Cochrane á San Martín de 10 de febrero de 1821. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LXII.)

(4) Cartas de Cochrane á Monteagudo en inglés y español, de 16 de febrero de 1821. M. SS. aut. (Arch. San Martín, vol. LXII.)

(5) Carta de Cochrane á San Martín de 16 de febrero de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXII.)

soluciones sino á los que quiera confiar la ejecución de sus futuras empresas. — El virrey ha creído que el destino de la tropa embarcada era á Cerro Azul, según voz y proclamas que esparcimos, y han salido para Chilca dos regimientos de infantería y tres escuadrones. — Lo que me parece debe hacerse por ahora, y hasta que el ejército pueda moverse, es fatigar los enemigos con marchas y contramarchas de Chorrillos á Cañete, de Cañete á Chilca, y de una parte á otra, para caer sobre ellos de improviso. — Acuérdese, mi estimado General, cómo han obrado los atenienses con el poderoso Filipo y los romanos con los cartagineses. Si V. quiere volver los quinientos de tropa á mi disposición, responderé con mi cabeza, de ocupar á lo menos la mitad del ejército enemigo, sin riesgo ninguno. Digo, si V. quiere volver la tropa, pues aunque está aquí, no quiero tomar sobre mi responsabilidad detener la que V. me ha confiado para un solo objeto, y así la envío á Huacho. Á su llegada será bueno mandar preparar transportes para 3,000 hombres á fin de distraer la atención del enemigo. Si esto se hace, yo respondo con los quinientos hombres de tener tan inquieto al enemigo que pueda dar los recursos para la subvención de la causa patriótica. Sus tropas se fatigarán en buscarnos inútilmente, no les quedará ninguna parte del norte, y no recibiendo recursos del interior, no tendrán más tierra que la que pisa su ejército ». Y terminaba su carta, protestando contra una imputación que le hacía el gobierno de Chile de haber permitido la introducción de víveres al Callao : « Ahora estoy sacrificándome sin provecho á la patria, y sin honor, en un bloqueo, que unos pícaros por su ganancia, inutilizan. — Lea V. el oficio que en copia incluyo ! El original es sin firma del Excmo. Sr. Director ! (*O'Higgins*). Debería yo ser ahorcado si hubiese permitido tal entrada. ¿Y qué castigo menor es debido al que ha inutilizado por dos meses los

» esfuerzos de V., del Ejército y de la escuadra? » (6).

Como San Martín preparaba por este tiempo la segunda campaña á la sierra á cargo de Arenales, puso á disposición de Cochrane la división de Míller, fuerte de 600 infantes escogidos y 80 granaderos á caballo (7) con el objeto de concurrir á ella, haciendo una diversión, á la vez de interceptar la comunicación de las provincias del sud de Lima. — Así fué acordada la expedición á puertos intermedios bajo la dirección de Cochrane (8).

II

La primera expedición á puertos intermedios está vinculada al nombre de Míller, y su figura en ella ha sido popularizada por el retrato de cuerpo entero que se encuentra al frente de sus « Memorias ». Esbelto, de rostro simpático, con patilla rubia á lo Wellington, con un anteojo de larga vista en una mano y apoyada la otra en una espada inglesa envainada, llevaba en la cabeza el sombrero elástico de ordenanza, y sobre su uniforme militar, el poncho americano, con grandes espuelas peruanas de plata en los pies: en lontananza vense los Andes, y á su pie una tropa que alista sus cabalgaduras para la marcha en la montaña. En medio de este paisaje, con ese traje y tales arreos, desembarcó Míller en Pisco y se posesionó de Chincha, ocupando el pueblo bajo la protección de los cañones del *San Martín*, la *O'Higgins* y la

(6) Carta de Cochrane á San Martín de 17 de febrero de 1821. M. S. aut. (Arch. San Martín vol. LXII.)

(7) Esta es la fuerza que el mismo Míller da en sus « Memorias », t. I, pág. 264.

(8) Compárese esta versión fundada en los documentos del mismo Cochrane con la que da en sus « Memorias », pág. 128 y sig.

Valdivia (22 de marzo). El coronel Loriga, que defendía el punto, pretendió sorprender la plaza cortando las avanzadas de caballería con 80 húsares, pero el capitán José Videla (argentino de Mendoza), « hombre de pocas palabras, pero de buenos hechos », según Míller, saliòles al encuentro con 43 infantes y algunos jinetes, y los derrotó, matando seis hombres en la persecución (9).

El mismo día y casi á las mismas horas en que Míller tomaba pie en Pisco, una tragedia tenía lugar en el Cuzco, donde se descubrió una conjuración militar, encabezada por un argentino á quien hemos visto antes figurar en las filas realistas como un perseguidor encarnizado de los americanos, y luego pronunciarse por la causa de la independencia. Como se recordará, el coronel José Melchor Lavin (entreriano), de acuerdo con los agentes secretos de San Martín al tiempo de emprender su expedición, había tramado una conspiración en Arequipa, á consecuencia de la cual fué trasladado preso al Cuzco, donde fraguó otra más seria. Descubierto en sus trabajos, precipitó su estallido y se apoderó por sorpresa y con unos pocos hombres de la guardia del cuartel de la guarnición. Atacado, intentó resistirse, y fué muerto junto con sus compañeros (10). Así murió mártir de una causa que había odiado, como su compatriota el salteño Castro, tardíamente arrepentidos los dos, sin que su sacrificio aprovechase á la causa de la revolución que combatieron con tanto valor como pasión, pero que la posteridad ha tomado equitativamente en cuenta.

(9) Parte de Videla de 26 de marzo, adjunto á ofi. de Cochrane de 3 de abril de 1821. (M. S. S. Arch. de San Martín, vol. LXII.)

(10) Camba: « Memorias », etc., t. 3, pág. 386-387. — Torrente en « Hist. de la Revol. H. A. », tambien menciona el hecho, pero confusamente. — « Manifiesto del jefe político del Cuzco », publ. en « Gac. Ext. del gobierno » de 15 de abril, núm. 21.

Echado Míller á tierra, el almirante se dirigió á Cerro Azul con el objeto de efectuar su desembarco, pero la fuerte marejada y la noticia de que una gruesa columna salida de Lima se dirigía sobre Pisco, le hizo desistir de su intento (11). Volvió entonces á insistir sobre su tema de tomar á Lima á viva fuerza, idea que no se ajustaba á los planes metódicos y á las miras políticas de San Martín, según en su lugar se explicó. « Ahora es tiempo, escribía al general (abril 8), de dar » al enemigo el golpe mortal. Con 4,000 hombres responderé » con mi cabeza, que desembarcando en Chorrillos, estará » V. en Lima en cuatro horas. Si se resuelve V. sobre esta » medida, bajaré mañana ó un día después para acompa- » ñarle en Chorrillos, ó bien á la caballería por tierra, si se » me permite. No se necesita más que presentarse para que » la capital del Perú caiga en su poder. — Los altos de Cho- » rrillos son defendibles contra 40,000 de tropa, y el desem- » barco es excelente » (12). Días después agregaba: « Si no » puede poner en ejecución el plan indicado en mi última, » y puede disponer de 500 hombres (ó trescientos además), » destruiré toda la división enemiga que se ha dirigido á » Cerro Azul » (13). Esta posición, en la extremidad del valle de Cañete, era la llave de los caminos adyacentes de Lima, que comunicaban con la sierra y con las provincias del sud, y debió ser el objetivo de la expedición, que el almirante había dirigido á Pisco, por considerar esta operación más provechosa.

San Martín, que había destacado 2,200 hombres á la sierra con Arenales y puesto 680 á disposición de Cochrane, que

(11) Ofi. de Cochrane á San Martín, de 3 de abril de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXII.)

(12) Carta de Cochrane á San Martín, de 8 de abril de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXII.)

(13) Carta de Cochrane de abril (sin día de la fecha) 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXII.)

representaban como la mitad de su ejército, no podía desprenderse de más fuerzas sin quedar reducido á la impotencia para obrar sobre Lima. El almirante, por su parte, que al principio había propuesto y aceptado una simple diversión, al verse al frente de una división regular, imaginó formar sobre esta base un nuevo ejército, proyectando un plan de operaciones más vasto por su cuenta. Su propósito, era expedicionar hasta el Alto Perú. Al efecto, se dirigió directamente al gobierno de Chile pidiéndole le mandase 1,000 hombres á sus órdenes, y si esto no era posible, por lo menos 500 con 1,000 fusiles para armar con ellos los reclutas que alistase en las provincias meridionales del Perú, que se proponía conquistar, sacando de ellas los recursos para su mantenimiento (14). Este pensamiento coincidía hasta cierto punto con el de San Martín, que comprendía la importancia de convertir la diversión en operación seria de guerra. « Qué » ventajas se reportarían, escribía á O'Higgins, si Chile pu» diese enviar á Miller, aunque no fuese más que doscientos » hombres y algún armamento á Intermedios! Este paso » aseguraba la campaña de un modo positivo » (15). El gobierno de Chile contestó á ambos que no le era posible hacer este nuevo esfuerzo, y era la verdad (16).

(14) Cochrane: « Memorias », pág. 133.

(15) Carta de San Martín á O'Higgins, de 26 de junio de 1821, apud Vicuña Mackenna « El Gral. San Martín », pag. 36.

(16) En un principio contestó O'Higgins con fecha julio 19 de 1821 á la carta de San Martín cit. en la nota anterior: « Por falta de transpor» tes, un buque de guerra y cincuenta mil pesos, no he remitido 300 » hombres á Intermedios, pues pudieran muy bien sin lo segundo haber » sido destrozados por un bergantín armado de pirata por Benavides, ó » por un buque enemigo que se dice haber sobre las costas de Interme» dios. Yo he empeñado á los amigos cuanto V. no se puede figurar » para este pago, y por toda contestación se me dice: no hay dinero. » Pero aunque sea vender la camisa (de lo que no estoy muy distante) » voy á hacer todo empeño: esto es, después de saber no existan los bu» ques de guerra de que he hablado ». — Pero posteriormente, en carta

El almirante, arrebatado por su genio impetuoso y movido por el anhelo de buscar botines de guerra, convirtió la diversión en una campaña de aventuras y en una especie de irrupción de merodeo, con grandes objetivos y pequeños medios, sin plan fijo y sin concierto. Empero, la habilidad de Miller salvó el honor de sus armas, alcanzando algunas ventajas considerables, pero sin trascendencia ulterior, como luego se verá. El desembarco en Pisco no respondía precisamente al objeto que se tenía en vista, á menos de tomar posesión permanente del punto para ejecutar correrías al interior, ó bien para dar un punto de apoyo á la columna de Arenales por la sierra, obrando en combinación. Así, la operación no produjo más resultado inmediato, que apoderarse de algunas especies de particulares que existían en aquel puerto con descrédito de la expedición (17).

---

de 6 de agosto de 1821, le dice: « *Reservado.* No puede V. figurarse lo » que me da que hacer nuestro buen Senado. Ellos me han quitado » todos los medios de auxiliar ese ejército, cerrando las puertas á un » sinnúmero de arbitrios que les he presentado, y últimamente, con la » baja de derechos de las harinas, del ramo de licores, del derecho del » carbón, agregándose la cesación de la contribución mensual en todo el » Estado, me han puesto al borde del precipicio. Ó me veo en la preci- » sión de disolver este cuerpo mauloso ó pierdo la provincia de Concep- » ción por falta de recursos. Hago á V. esta reflexión sobre el Senado » para que sirva á V. de experiencia: que cuando hombres selectos y » amigos presentan tan desagradable aspecto ¿qué harán los que son » indiferentes ó elegidos por la multitud desenfrenada? ». M. SS. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

(17) En 29 de noviembre de 1821 pidió San Martín informe á Miller de las especies tomadas en puertos intermedios, y éste, — que era amigo y admirador del almirante,— contestó con fecha 4 de diciembre de 1821: « En Pisco se tomaron quince arrobas y media de plata labrada, que se » redujo á barras; mil ciento veinte y tres pesos en dinero; de dos á » trescientas botijas de aguardiente; de seis á ochocientas de vino, y una » cantidad considerable de azúcar, fuera de una pequeña porción de ta- » baco y otras especies de poco valor, de que no tengo una noticia » exacta, por haberse perdido mis papeles en el navío *San Martín.* De » esto, sólo se dió á la tropa la plata sellada, como á razón de sueldo, » pasándose el resto á disposición del almirante á cuyas órdenes es-

Al norte de Pisco corren dos ríos paralelos, de cordillera á mar, á distancia de 26 kilómetros uno de otro, cuyos valles llevan la denominación de Chincha-Alta y Chincha-Baja. Míller se posesionó del segundo valle, y estableció su reserva en Pisco. Los españoles, que habían destacado desde Lima una división al mando de Camba en observación de los patriotas, se situaron en Chincha-Alta á 41 kilómetros de distancia. Ambas fuerzas permanecieron como un mes á la estricta defensiva, haciendo sus descubiertas en el terreno intermedio, que es un arenal árido, donde solían trabarse pequeñas escaramuzas. Un tercer enemigo invisible, más poderoso que los dos, los atacó y venció. La fiebre maligna de la costa, — las tercianas, — los redujo á una total impotencia. Á un mismo tiempo cayeron postrados los jefes de las dos divisiones, con casi todo el resto de su tropa. De los 600 hombres desembarcados, murieron 28 en un mes, y 160 de los enfermos más graves pasaron al hospital, los que fueron reemplazados por 100 esclavos reclutados en las haciendas inmediatas. En tan deplorable situación, se determinó el reembarco (22 de abril). Míller fué conducido á bordo en una camilla, con pocas esperanzas de salvarle la vida. La tropa al

« taba ». — El almirante en oficio de 3 de marzo de 1821 á San Martín, le dice haber tomado en Pisco cantidad de ganados, y vino y otros frutos necesarios para los buques, sin fijar número, ni mencionar otros objetos. — En nota de 13, al mismo, da cuenta de 459 botijas de aguardiente embarcadas en Pisco, y consumidas en la escuadra, y que el vino fué destinado á los enfermos, sin hacer mención de la plata. (M. SS. orig. Arch. San Martín, vol. LXIV). — En oficio posterior de 18 de abril, le avisa oficialmente haber abonado un mes de sueldo á la división de Miller, cuya suma ascendió á 1,140 pesos, sin expresar el origen de los fondos. — Miller, en sus « Memorias », t. I, p. 274, apunta « seis mil « duros, quinientas botijas de aguardiente, 1,000 cargas de azúcar, gran « cantidad de tabaco, y varios otros géneros sacados de las haciendas « pertenecientes á los españoles ó naturales del país al servicio de los « realistas », sin hacer tampoco mención de la plata labrada de que habla en su citado oficio.

tomar los botes, apenas podía sostener el peso de sus armas ni tenerse en pie. A este precio se conquistó el botín tomado en Pisco, dejando los expedicionarios en pos de sí una ingrata memoria.

El almirante se disculpaba de no haber llenado los primeros objetos de su expedición ni realizado su promesa de desembarcar en Cerro Azul, dando la preferencia á Pisco. « Era » imposible efectuar cosa alguna en los caminos contiguos á » Lima, con gente en tal estado, é imprudente permanecer » por más tiempo en Pisco, después de embarcar el vino y » aguardiente para la escuadra. Las causas para no desem» barcar en Cerro Azul, las he comunicado, manifestando » su imposibilidad. En lo tocante á obtener vino y aguar» diente, son artículos no solamente indispensables para la » comodidad, sino para la salud de la marinería, especial» mente la extranjera, que por el conocimiento que tengo de » sus costumbres, estoy persuadido que no serviría sin sus » acostumbradas raciones » (18). Esta nota, en medio de su trivialidad, es característica, y comparada con las anteriores promesas de Cochrane, en que respondía del éxito con su cabeza, aun con fuerzas menores que las que San Martín puso á sus órdenes, ofrece uno de esos contrastes propios de este héroe tan grande en su conjunto y pequeño en sus detalles.

III

Como el general diera al almirante facultades discrecionales, resolvió dirigir la expedición al sud. El 6 de mayo estaba sobre Arica. Este punto estaba defendido por 300 hom-

(18) Ofi. de Cochrane á San Martín. M. S. Arch. San Martín, vol. LXIV.

bres y una batería de 6 piezas, que barrían el desembarcadero. Intimada rendición á la plaza, con la promesa de respetar las vidas y los intereses particulares, el jefe de ella contestóla con desprecio. La escuadra rompió sobre la ciudad un inútil bombardeo. La tropa, conducida en dos goletillas, efectuó su desembarco sin resistencia, aunque con alguna dificultad, en el morro de Sama, 52 kilómetros al norte de Arica. La columna se componía de 250 hombres, — á quienes temblaban las piernas al pisar en tierra, de resultas de las tercianas, — y se dividió en dos destacamentos: uno, al mando de Miller, que se dirigió atrevidamente á la ciudad de Tacna, 62 kilómetros al interior: el otro, marchó sobre Arica siguiendo la costa del mar con el mayor Manuel José Soler, distinguido oficial argentino que mandaba los granaderos á caballo de la expedición, de que era segundo jefe. Los enemigos, al observar este movimiento, abandonaron la posición. La batería fué tomada con sus cañones. Soler persiguió á los fugitivos, que se retiraron en desbandada al contiguo valle de Azapa al sud, donde le tomó 100 prisioneros, interceptando una arria de mulas con 120,000 pesos que se dirigía á Lima. En el puerto, se tomaron considerables bastimentos, por valor de 300,000 pesos en mercaderías, pertenecientes á españoles residentes en Lima. Todos estos valores fueron trasladados á bordo de la escuadra y Cochrane dispuso de ellos (19).

---

(19) Miller, en su informe de 4 de diciembre de 1821, antes citado, dice: «Se tomaron por la tropa en tierra (en Arica) y piquete mandado » por el mayor Soler, ciento y siete mil pesos en dinero y seis barras de » plata, todo lo cual fué entregado al capitán del navío *San Martín* en » 11 de mayo. Igualmente remití de Tacna, á bordo del mismo buque, » cuatro mil pesos que hallé en las cajas, y un número de cajones y fon» dos cuyo contenido ignoro. Sé que en Arica se embarcaron otros ar» tículos por orden del almirante. De todas estas especies y dinero, la » división no ha recibido cosa alguna ». Cochrane en dos oficios á San Martín de 11 de mayo y otro posterior con la fecha del día en blanco,

Tacna, por la índole de sus habitantes y sus antecedentes revolucionarios (véase cap. XXV, § VII), era un pueblo con cuya opinión enérgica podían contar los expedicionarios. Míller fué recibido con entusiasmo, y se le presentaron inmediatamente numerosos voluntarios. La fuerza que guarnecía á Arica, compuesta en su mayor parte de tacneños, y la guarnición de la ciudad, pasóse á los patriotas, y con ellos se formó un nuevo batallón denominado « Leales del Perú », al que Cochrane entregó una bandera con un sol de oro en campo azul, símbolo del Perú y del elemento azulado de su inventor. Soler, con un destacamento y un piquete de 62 marineros con dos coheteras á la congreve, se reconcentró en Tacna.

El primer voluntario que se presentó á Míller, fué un peruano llamado Bernardo Landa, que había militado con los españoles y señaládose por sus persecuciones contra sus paisanos. Era un hombre decidido, de estatura gigantesca y conocedor de todas las personas y cosas y de todos los cami-

dice, « que el enemigo dejó en sus manos los cargamentos de varios » buques que estaban almacenados, un acopio de estaño traído del inte- » rior y como cien mil pesos que se remitieron á Chile, de lo cual parte » fué repartido en el campo y sirvió para alimentar la gente ». — En oficio posterior de 10 de julio en el Callao, de regreso de su expedición, dice : « Se tomó de unos arrieros una cantidad de dinero que se condu- » cía al interior, de la cual ciento y siete mil quinientos pesos fueron » embarcados en el *San Martín*, además de lo que en el mismo acto fué » distribuido á la tropa ». M. S. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LXII). — Míller, en sus « Memorias », fija la cantidad de dinero tomado en 120,000 pesos á más de las mercaderías; y Cochrane, en las suyas, sólo habla de las mercaderías, — que se perdieron con el navío *San Martín*, — sin mencionar el dinero. — En la « Contestación de lord Cochrane á los cargos que le hizo el general San Martín », pág. 10, dice : « Recuerdo á V. que es » extraño que no haya introducido en la lista de acusaciones la circuns- » tancia de que rehusé entregarle del dinero tomado en Arica, la parte » del gobierno y la del ejército, aunque V. me lo exigió el 9 de julio de » 1821, y repitió sus solicitudes en diferentes ocasiones. V. seguramente » no tenía derecho á un real de ese dinero, y yo rehusé entregarlo para » convencerle, que aunque hubiese tenido un derecho, no debía entregarse » ni tampoco se entregaría ».

nos de la provincia. « Usted necesita de un hombre, le dijo; » aquí me tiene. Le empeño mi palabra, de que no tendrá » por qué arrepentirse ». Y en efecto, Landa fué el hombre de la expedición; sin él habría fracasado desde el principio, y Míller no hubiera obtenido las señaladas ventajas que alcanzó. Otro hombre que prestó importantes servicios en esta ocasión, fué el coronel peruano Mariano Portocarrero, uno de los agentes secretos de San Martín antes de la invasión (Véase cap. XXV, § VII). Á él se debió el pronunciamiento de Moquegua más tarde, donde ocupaba el puesto de subdelegado, que continuó desempeñando para servir más eficazmente á los patriotas con sus trabajos secretos y sus oportunos avisos de los movimientos del enemigo (20). « Portoca- » rrero, escribía Cochrane á San Martín, está poniendo todo » en movimiento para levantar el interior. El efecto producido » con el desembarco de doscientos hombres es prodigioso. » Estas provincias darán muchos recursos porque son más » ricas que las del norte, y mucho más patriotas. Si tuviéra- » mos armas, toda la provincia de Arequipa sería nuestra en » pocos días. Todas las armas que teníamos y hemos reco- » gido, están empleadas, pero no son suficientes para mar- » char en derechura á Arequipa, á menos que sus habitantes » no se pronuncien, lo que, según estoy informado, es muy » probable » (21).

Míller llegó á tener bajo su bandera de guerrillero como 700 hombres, que sucesivamente aumentó á 900, pero el núcleo sólido de su tropa no pasaba de 400 hombres. Impulsado por Cochrane, animado por Landa y Portocarrero, llamado

(20) Camba: « Memorias », t. I, pág. 404, dice: « Vendida la causa » española hasta por las autoridades que se creían fieles, como Porto- » carrero, la lucha venía á ser conocidamente más desigual ».

(21) Carta de Cochrane á San Martín, de 4 de junio de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXII.)

por los habitantes de Moquegua, y siguiendo sus propias inspiraciones, se decidió á tomar la ofensiva, insurreccionar el interior del país, y convertir la diversión en una campaña formal.

IV

Á la noticia del desembarco de Míller, todo el sud se puso en alarma exagerando el número de sus fuerzas. El general Ramírez, para contrarrestar la invasión, dispuso desde Puno la marcha de 250 hombres del batallón Centro á órdenes del comandante Felipe Rivero, para que unidos á otros 200 veteranos que marcharían desde Oruro con el coronel Cayetano Ameller y 200 algo reclutas de Arequipa, á más de 100 hombres de la guarnición de Moquegua, convergiesen al valle de Tacna bajo el mando superior del coronel José Santos La Hera, formando un total de 800 hombres. La Hera bajó de Arequipa por el valle de Locumba, punto intermedio entre Tacna y Moquegua, con el río y valle de Ilo interpuesto, y se situó en Mirave sobre la margen derecha del río que riega la comarca, donde esperó la incorporación de la fuerza de Ribero.

Míller, bien informado por Portocarrero de los movimientos del enemigo y con los datos topográficos que le suministró Landa, comprendió, que antes que las tres columnas convergentes se reuniesen, podía batir aisladamente á cada una de ellas, y no trepidó en tomar la ofensiva. Con 350 infantes y un piquete de marineros, dos coheteras, 70 granaderos á caballo y 60 paisanos voluntarios bien montados, se puso en marcha. Guiado por Landa, situóse en Buena Vista sobre el río de Sama, á 78 kilómetros de Mirave (20 de mayo de 1821). Mediaba entre ambos puntos un desierto pedregoso sin agua ni vegetación, y un sendero escarpado y estrecho

conducía al pie de la montaña. La columna patriota salvó esta distancia en una marcha forzada de diez y ocho horas, y en la noche del 21 de mayo descendió al valle de Locumba por un despeñadero. por el cual sólo podía pasar un hombre de frente hasta llegar á la orilla izquierda del río.

La Hera había establecido su campamento en una hondonada el pie de la serranía sobre la margen derecha del mismo río, que forma un pequeño valle lateral, y dormía tranquilo dentro de los cercos del pueblecillo allí situado que lleva el nombre de Mirave, considerando imposible todo ataque. Eran las doce de la noche, y reinaba profunda oscuridad; una descubierta de cinco hombres que precedía la columna, encontróse en su camino con un piquete de caballería que pastaba unos caballos en un alfalfar cercado, de los que se tomaron tres prisioneros, pero los otros dieron la alarma en el campo realista. Miller, que no suponía á los enemigos tan cercanos, se encontró sorprendido á su vez, y sin conocer su exacta posición, mandó que los tambores y cornetas sonasen la carga, lanzando el alarido de guerra de los indios; pero se encontró con el obstáculo del río, que en aquel punto se divide en dos brazos. Los capitanes Hill y Hunn (ingleses), al frente de dos partidas de coheteros de 10 hombres cada una, sostenidos por la caballería, atravesaron el río que es allí muy torrentuoso, luchando contra la corriente que hubo de arrastrarlos. Mientras tanto La Hera, había formado su tropa y roto el fuego al abrigo de los cercos, rechazando la caballería patriota que se formó sobre el valle, mientras la reserva permanecía sobre la margen izquierda. Los dos valientes capitanes ingleses con sus coheteros tomaron posición en dos alturas á derecha é izquierda del valle, y llamaron la atención del enemigo, concentrando sobre ellos sus fuegos. Fué entonces cuando Miller pudo atravesar el torrente con su infantería, montada á la grupa de los voluntarios tacneños, cubriéndose con la boscosidad del terreno, y tendió su línea

de combate en una meseta, con uno de sus flancos sobre el borde escarpado del valle y el otro sobre una cadena de cerros. En esta actitud se pasó la noche.

Al amanecer (21 de mayo de 1821) se encontraban las dos líneas á dos tiros de fusil una de otra, en un declive de la montaña como de 1,700 metros de anchura. Miller dispuso inmediatamente el ataque, que se llevó con impetuosidad, frustrando los esfuerzos de La Hera que pretendió apoderarse de una loma dominante que tenía sobre su izquierda, y cortóle así su retirada. Desalojados los realistas de su posición y estrechados en la extremidad de un monte cortado á pique á sus espaldas, combatieron con valor desesperado, pero al fin fueron vencidos. Cuarenta y cuatro muertos, cincuenta y nueve prisioneros, la mayor parte heridos (22), y 400 mulas, fueron los trofeos de esta victoria escapando tan sólo sesenta infantes y 80 jinetes. La pérdida de los patriotas fué de 25 hombres entre muertos y heridos, siendo la más sensible la del joven Welsh (inglés), cirujano particular de Cochrane, que acompañaba á la expedición como voluntario y murió gloriosamente (23).

No habían aún desaparecido los últimos fugitivos de la Hera, cuando se presentó por el sud el comandante Ribero, con el destacamento de Puno montado en mulas, que había dormido á poco más de cinco kilómetros del campo de batalla, que al atravesar el río, y recibido por algunos disparos de cohetes, vió que llegaba tarde, y se puso en precipitada retirada.

---

(22) Estas son las cifras que da el mismo Miller en su parte oficial (en inglés) dirigido á Cochrane desde el campo de batalla, el 21 de mayo de 1821. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LXII). En sus « Memorias » da Miller 90 muertos y 156 prisioneros, y todos los historiadores americanos y españoles lo han repetido, sin fijarse que el parte oficial publicado en español en Lima, da las cifras del texto.

(23) Parte ofi. de Miller de 21 de mayo de 1821.

En la misma tarde continuó Míller la persecución y el 24 llegó á Moquegua. Landa, con una partida de paisanos armados, se había apoderado de antemano del único portezuelo de las alturas que rodean el sitio donde está situada la ciudad que toma su nombre del valle. Allí fué alcanzada la retaguardia de La Hera por el mayor Soler, y tomada casi en su totalidad prisionera. Fué entonces cuando Portocarrero dió la cara y se incorporó á las filas independientes. Mientras tanto, el destacamento de Ribero, llegado á última hora de la acción de Mirave, se retiraba hacia Arequipa por las alturas del valle contiguo de Torata al norte formado por el río Ilo, que desemboca en el mar y da su nombre al puerto. El 26 le dió alcance el activo Míller en un punto llamado la Calera, en las vertientes occidentales de la cordillera, á 312 kilómetros de Mirave, y casi todos fueron muertos ó prisioneros, escapando muy pocos.

Con legítimo orgullo y con verdad, dice el héroe de esta campaña, que en menos de quince días después de su desembarco, un puñado de patriotas, había muerto, aprisionado ó puesto fuera de combate cerca de mil hombres, incluyendo la guarnición dispersada en Arica. El almirante, entusiasmado por estos rápidos progresos, escribía á San Martín: « Los » aletargados se despiertan; los cobardes se vuelven va- » lientes; y el enemigo, intimidado y abatido. Si siguen las » cosas como hasta ahora, estaremos en Arequipa dentro de » ocho días. La pluma de Monteagudo y una imprenta, nos » hacen mucha falta, como también armas para los jóvenes » que se presenten » (24). Pero aquí terminan los triunfos y empiezan los contratiempos, propios de toda operación sin objetivo fijo y sin base segura, por felices que sean sus comienzos.

(24) Carta de Cochrane á San Martín, de 28 de mayo de 1821, M. S. (Arch. San Martín, vol. LXII.)

V

Las disposiciones del general español Ramírez, contando, como contaba, con fuerzas superiores y de mejor calidad para contrarrestrar la invasión, no correspondieron á su fama militar: á no ser así, ella no habría pasado de Tacna, y Miller hubiera tenido que reembarcarse. Afortunadamente para los españoles, las mismas fuerzas convergían espontáneamente hacia el punto del ataque. Muy luego La Hera se encontró con el aguerrido batallón Gerona que venía en su auxilio. Ribero, con sus restos, se incorporó con un destacamento de 100 hombres que llegaba de La Paz. El jefe realista, hallóse así al frente de una fuerte columna de 800 veteranos, y volvió á tomar la ofensiva, con el objeto de cortar á Miller su retirada á Tacna. Noticioso Miller de esta reacción y de este movimiento, adelantó sus partidas avanzadas hasta 75 kilómetros de Arequipa para distraer la atención del enemigo, emprendió su retirada descendiendo el río Ilo (4 de junio) y se reconcentró en Tacna, cuando La Hera se hallaba como á 21 kilómetros de distancia (12 de junio). El jefe español, considerando superiores las fuerzas patriotas, y llamada su atención á retaguardia por los partidarios, retrocedió remontando el valle hasta el pie de la sierra. En estas circunstancias se recibió oficialmente la notificación del armisticio de Punchauca, que suspendió las hostilidades.

Durante el armisticio, Miller se ocupó en dar organización á sus fuerzas, que alcanzaron á cerca de 900 hombres, regularmente armados y equipados, pero de los cuales sólo 300 merecían el nombre de soldados. Lleno empero de ilusiones, escribía en esta fecha á San Martín: « Estoy en comunica- » ción con el Alto Perú. El semblante de las cosas es lison-

» jero. El general Ramírez, sé positivamente está con un » miedo increible : me aseguran que tiene una porción de » mulas gordas, pronto para escapar. La llegada de unas » partidas mías, compuestas principalmente de milicianos, á » 14 leguas de Arequipa, ha causado mucha fermentación » entre los realistas, tanto que, el estado mayor y el general » en jefe, salieron á escoger mejor posición militar para el » caso de ser atacados por nosotros. — Todos los habitantes » del país, se hallan comprometidos, y aun cuando llegára- » mos á tener un suceso desgraciado, bastaría el auxilio de » los pueblos para continuar la guerra. — Sería fácil formar » un batallón de 800 plazas en dos meses, si hubiese arma- » mento suficiente » (25). Mientras tanto, Ramírez reunía como 2.000 hombres para caer sobre él así que se reabriesen las hostilidades. Por su parte, Cochrane, considerando la campaña del sud malograda, se dió á la vela con la escuadra hacia el Callao, y dejó á la columna invasora abandonada con sólo tres embarcaciones mercantes menores para el caso probable de un reembarco, las que también la abandonaron. Á la expiración del armisticio, la situación de Míller era crítica : una tercera parte de su tropa se hallaba enferma y no podía resistir ni á los 800 hombres de La Hera. En consecuencia vióse obligado á evacuar Tacna y replegarse á Arica (20 de julio). En este mismo día, la división de Arenales en la sierra evacuaba Jauja y se retiraba hacia Lima. En Arica encontró Míller cuatro buques mercantes, de que se apoderó de grado ó por fuerza, y en ellos embarcó su división con los emigrados comprometidos que le seguían. Cuando llegó La Hera al puerto, ya la expedición estaba á bordo pronta á darse á la vela.

---

(25) Comunicación de Míller á San Martín, de 18 de julio de 1821. M. S. Arch. San Martín, vol. LXII.)

Entre los hechos de esta campaña tan brillante como aventurera, deben mencionarse algunos que hacen honor á la caballerosidad de los dos beligerantes. Durante el armisticio, los jefes españoles manifestaron á Míller su admiración por sus rápidas marchas y afortunados golpes. Entre los prisioneros realistas tomados de Moquegua, lo fué un capitán Suárez, herido gravemente: sus compañeros de armas solicitaron que pasara á curarse á Arequipa, bajo promesa de que volvería á entregarse luego que se restableciese, y el jefe patriota lo puso en libertad sin condiciones, proporcionándole lo necesario para su viaje, y los españoles agradecidos le enviaron en retribución un obsequio. El coronel Sierra y el alférez Ramírez, prisioneros en Moquegua, fueron puestos en libertad por orden del almirante: el jefe español, por una comunicación especial, agradeció este acto de espontánea generosidad, manifestando, que « así como era tan » estimable la liberalidad de sus procedimientos, así también » correspondía con la reciprocidad y buena fe en nombre del » gobierno español » (26). Al evacuar Míller á Tacna, escribió á La Hera, que confiando en su generosidad le recomendaba, tratase con humanidad á los enfermos que dejaba, y La Hera le contestó, que los soldados que quedaban en el hospital serían asistidos con preferencia á los suyos, haciendo el elogio de la disciplina de las tropas patriotas. Estos actos, que dignifican la especie, fueron frecuentes en la guerra de la independencia del Perú, y forman contraste con las crueldades de Ramírez, Ricafort y Carratalá que por parte de los españoles han dejado en aquel país sangrienta memoria.

---

(26) Ofi. de Cochrane á San Martín de 2 de julio de 1821, incluyendo otro del jefe español en Arequipa de 20 de junio de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXII.)

VI

Míller, ascendido por sus recientes hazañas al empleo de coronel, levó anclas y puso la proa al norte con viento favorable (22 de julio). Su intención era desembarcar en la caleta de Quillca cerca de Islay, y dirigirse á Arequipa, cuya ciudad estaba sin defensa por la reconcentración de las fuerzas españolas sobre Tacna; pero lo recio del viento que dificultaba el desembarque y la falta de provisiones, le impidieron llevar á cabo esta nueva aventura (27). Entonces, resolvió volver á Pisco bajo su responsabilidad, y se apoderó del pueblo sin resistencia haciendo huir 50 hombres que lo guarnecían. Á inmediaciones de Ica hallábase acantonada una fuerza al mando de Santalla, — el mismo de las conjuraciones para entregar el Callao, — quien intentó replegarse á Huancavelica; pero hostigado por los indios de la sierra sublevados, vióse obligado á regresar á la costa y seguir en fuga el itinerario en que se había perdido Quimper. Tenazmente perseguido, fué alcanzado en el camino y deshechos sus últimos restos cerca de Nasca, tomándole 180 prisioneros. En medio de estos sucesos, Míller tuvo la primera noticia de la ocupación de Lima, y posesionado de Ica, asumió el mando polí-

(27) Esta era una idea concebida por Cochrane, antes de hacer abandono de la expedición. En una carta dirigida á él por Miller en 26 de julio de 1821, frente á Quillca, le dice : « Mis comunicaciones llevadas « por el mayor Soler, le habrán informado de nuestro reembarco en « Arica y salida de este puerto el 22 del corriente, como también de mi « intencion de tomar tierra en Quillca, y poner en ejecución el plan « anterior de operaciones de V. S. ya fuese para marchar sobre Arequipa « ya para revolucionar el departamento de Condesuyos ». M. S. Arch. de San Martin, vol. LXII.

tico y militar del distrito. En Ica comenzó y terminó la campaña de puertos intermedios (28).

Se ha dicho, que la expedición á puertos intermedios, bien apoyada, habría producido resultados decisivos. Para esto, fuera necesario que respondiese á un plan general, con otros medios y bajo una dirección combinada. Concebida como diversión para inquietar á los enemigos de Lima por uno de sus flancos, é interceptar sus comunicaciones con el sud, su teatro de operaciones eran las costas, y su objetivo ulterior, obrar en combinación con la expedición de la sierra, caso que ésta avanzase hasta Huancavelica. Entonces, unidas ambas, formaban un ejército de cerca de 5,000 hombres á retaguardia del enemigo, ligando los movimientos de todas las fuerzas disponibles. Este era el mejor apoyo, y el único que podía dársele dentro de lo posible y del radio estratégico de las operaciones generales. San Martín no podía disponer de más fuerzas que las que desprendió, al lanzar 2,200 hombres sobre la sierra y 600 sobre las costas del sud, quedándose tan sólo con 3,000 soldados convalecientes para obrar sobre Lima, contra un ejército superior en número. Es evidente, que, á pesar de esto, debió reforzar á Arenales en la sierra, y aun pudo trasladar el teatro de la guerra á ella, ó por lo menos maniobrar de modo de no perder las ventajosas posiciones reconquistadas en el interior del país, que prometían más ventajas que las del sud. No haciéndose esto, la expedición del

(28) Para el relato de esta campaña, nos hemos servido : 1.° De un legajo de 33 documentos con 17 anexos, de puño y letra de Cochrane y Miller. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. LXII). — 2.° « Memorias » de Miller el héroe de la campaña, t. I, cap. XIV y XV. — « Memorias » de Cochrane, caps. V y VI. — Camba : « Memorias », cap. XVIII. — Torrente : « Hist. de la Revol. H. A. », t. III, cap. VIII. — Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », cap. XII. — Vicuña Mackenna : « El general San Martín », cap. VI. — Ofi. sobre la campaña de intermedios, insertos en Odriozola : « Docs. Hist. », t. IV, pág. 273. — « El Pacificador del Perú », núm. 9 y 10.

sud, como movimiento excéntrico, no tenía objeto sino como mera diversión, tal como la propuso el mismo Cochrane, que fué su inventor, y tal como la aceptó San Martín. Desnaturalizada como lo fué, exagerada en sus dimensiones con medios exiguos y lanzada en aventuras, debió dar los resultados que dió, y eso que, por un cúmulo de circunstancias felices y merced á la actividad de Míller, alcanzó ventajas que no eran de esperarse. La prueba está, en que, á pesar de esas ventajas, tuvo al fin que reembarcarse en presencia del primer núcleo de fuerza sólida del enemigo que le hizo frente, aun después de una victoria considerable y la decisión de las poblaciones. Esto, por lo que respecta á lo que se ha dicho, sin fundar el aserto.

Puede decirse, que habría sido de todos modos conveniente robustecer la columna de Míller, para convertir la diversión en operación formal de guerra, dadas las ventajas alcanzadas; pero aparte de que esto no era posible por falta de tropas para reforzar á la vez á Arenales y á Míller, como numéricamente queda demostrado, tal operación no hubiera podido ajustarse al plan general de campaña, á menos de trasladar el teatro de la guerra al sud con elementos poderosos, como lo propuso Arenales al retirarse de la sierra. Se requería para ello tres á cuatro mil hombres bien organizados, y abandonar al enemigo las provincias del centro, á fin de tomarle la retaguardia ocupando Arequipa, el Cuzco y Puno, y aun esto mismo no daba el resultado de buscar una batalla decisiva. Se dividían las fuerzas, que unidas ó combinadas podían dar el último golpe; el ejército de Lima quedaba sin papel, y la internación por esa parte reducida á una diversión en punto mayor. Suponiendo que hubiese sido posible elevar la columna de Míller hasta el número de 1,000 veteranos, esto era estrictamente lo necesario para hacer frente á la fuerza que podía oponerle el enemigo, mientras no se alejase de las costas; y como se ha visto,

podía encontrarse con doble número al penetrar á la sierra. Elevada esa columna á 2,000 hombres, de manera de bastarse á sí misma en sus primeras operaciones, desde que ella no hubiese de obrar en combinación con Arenales, en el caso que éste adelantase hasta Huamanga y Huancavelica, era una operación eventual y aislada, que sólo prometía mayores ventajas á condición de formar un nuevo ejército sobre la base de las poblaciones insurreccionadas, como lo había hecho Arenales en la sierra, para que obrase en combinación con el de Lima y la expedición de puertos intermedios por Ica, cerrando el círculo de las operaciones dentro de sus límites, y decidir la cuestión en su punto estratégico, que era las provincias centrales del interior. Dilatado el círculo de las operaciones fuera de estos radios precisos, aun formando un nuevo ejército en el sud, la internación no tenía objeto, ó si lo tenía, no era decisivo, desde que le faltaba base y objetivo determinado. Dos ejércitos relativamente débiles, que á tan largas distancias no podían combinar operaciones, en presencia de un enemigo interpuesto y reconcentrado, con un ejército de reserva en el Alto Perú sobre la retaguardia de los invasores por el sud, era lo mismo que renunciar á la ofensiva eficiente, y peor que correr dos liebres á la vez, disminuir las probabilidades de alcanzar una de ellas.

El plan más seguro para dar mayor consistencia á la expedición de puertos intermedios, sin alterar su carácter de diversión concurrente, era ocupar Arica, fortificándolo, para proporcionar una base á la insurrección y á las operaciones en los valles de Tacna, Tarapacá, Moquegua y Torata hasta el pie de la sierra y quitar al enemigo un puerto importante, amenazando á Arequipa, y aun atacándola, como lo intentó Miller á última hora. Para esto habría sido necesario, que Chile hubiese auxiliado la expedición, como lo pedía Cochrane y lo indicaba San Martín, desde que en el Perú fal-

taban las fuerzas y el armamento suficientes. La ocupación de Pisco y de Ica, no tenía objeto una vez retirado Arenales de la sierra ó de no obrar en combinación con el ejército de Lima caso que éste tomase la ofensiva avanzando al interior.

Vése en suma por este metódico examen fundado en cifras y hechos exactos, que la expedición á intermedios, concebida como simple diversión para llamar la atención é interceptar los caminos del sud sacando ventaja del dominio de las costas, debió mantenerse dentro de sus límites, para lo cual tenía medios suficientes. Para convertirla en una diversión concurrente, era indispensable que la división de Arenales en la sierra, avanzase hasta Huancavelica. No era materialmente posible reforzarla, y aun siéndolo, no pasaba de una diversión en punto mayor. Para darle consistencia, como medio de promover la insurrección, se necesitaba el concurso de Chile, que faltó. Reforzada la expedición hasta el número de 2,000 hombres, de modo de bastarse á sí misma en sus primeros movimientos, era una operación aislada. Aun formando sobre esta base un nuevo ejército, no respondía á un plan serio de campaña que pudiese dar un resultado decisivo. Por consecuencia, ni mil ni dos mil hombres hubiesen alterado las condiciones de la lucha, tal como estaba empeñada, desde que, ensanchado el círculo de las operaciones fuera de sus radios estratégicos, las fuerzas se debilitaban al dividirse y desligarse, sin obrar en combinación, perdiéndose el poder de la ofensiva uniforme y eficiente.

Todo esto no quita que la expedición fuese tan hábil como brillantemente conducida por Miller, aunque mal dirigida por el almirante, que al fin la abandonó á su suerte, cuando dió los resultados que necesariamente debió dar una vez desnaturalizada, no obstante sus primeras victorias. San Martín, comprendiendo las ventajas que de ella podrían reportarse, con las lecciones de la experiencia, pensó renovarla después

de su entrada á Lima, pero sus disidencias con el almirante, de que se dará cuenta después, le impidieron llevar á cabo este pensamiento (29).

Esta campaña, terminó con un siniestro marítimo. El navío *San Martín*, depósito del botín de intermedios, que en violación del armisticio se había apoderado de un cargamento de trigo en el puerto de Mollendo, y al desembarcarlo en Chorrillos, se fué á pique, como augurando el naufragio del nombre que llevaba.

---

(29) «Pensaba hacer una expedición á Intermedios, pero los terribles » disgustos que me ha dado Cochrane, me han hecho suspenderla ». (Carta de San Martín á O'Higgins de 23 de setiembre de 1821, apud Vicuña Mackenna « El Gral. San Martín », pág. 39.

CAPÍTULO XXXII

LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ

AÑO 1821

La toma de Lima y la batalla de Carabobo. — Corolario histórico. — Estado de la opinión de Lima al tiempo de la ocupación. — Situación compleja de San Martín. — Síntesis política. — Declaración de principios de San Martín. — Convocatoria de una asamblea de notables para declarar la independencia del Perú. — Declaratoria, jura y proclamación de la independencia peruana. — Sitio del Callao. — Cochrane estrecha el bloqueo del Callao é insiste sobre el ataque. — Crosbie se apodera de los últimos buques españoles en el Callao. — Golpe de mano de los independientes sobre el Callao y sus resultados. — Negociación irregular de Cochrane con el gobernador del Callao. — Condiciones y objetos de esta negociación. — Síntomas de ruptura entre San Martín y Cochrane. — San Martín se declara Protector del Perú. — Examen de este acto. — Ministerio protectoral. — La Logia de Lautaro en el Perú. — Chile aplaude el acto de San Martín. — Primer acto del Protector. — Persecuciones á españoles. — Extrañamiento del arzobispo de Lima. — Apogeo de San Martín. — San Martín como hombre de gobierno. — Nueva fase de San Martín. — La obra reformadora de San Martín en el Perú. — El Estatuto provisional. — El Consejo de Estado. — Primer síntoma aristocrático. — La *Orden del Sol* y la creación de una nueva nobleza. — La orden patriótica de las damas peruanas. — El delirio de las grandezas y modestia de San Martín. — Achicamiento de un grande hombre.

I

Al volver á tomar el hilo de la narración de los acontecimientos generales (véase cap. XXIX), nos encontramos en presencia de más vastos horizontes. La toma de posesión de Lima por los independientes (6 de julio de 1821), coincidió con la batalla de Carabobo (24 de julio de 1821), el Waterloo de los realistas en Colombia, que aseguró definitivamente la

independencia de esta república. El gran plan de campaña continental soñado por el libertador del sud estaba realizado á hora fija y en la medida proporcional. El libertador del norte, realizando los mismos planes y los mismos sueños en sentido opuesto, convergía hacia el centro de atracción común, donde las armas continentales se reunirían para dar el golpe final al poder español. No quedaban sobre el haz de la América más tropas que mantuvieran alzado el estandarte del rey, sino las que aun resistían en las montañas del Perú y en Quito, y una fortaleza aislada que pronto se rendiría. En los mares, tan sólo tres buques, últimos vestigios del poder marítimo de la metrópoli anonadado por Cochrane en el Pacífico, vagaban como buques fantasmas. El triunfo definitivo era cuestión de tiempo y del esfuerzo combinado de los dos libertadores. Jamás se realizó en tan vasta escala, en tan largo espacio de tiempo y con tanta precisión matemática una empresa, que al principio pareciera un sueño, y que obedecía, empero, á una idea preconcebida con unidad de acción, compacta y persistente en las fuerzas concurrentes, y á una atracción recíproca de las masas impulsadas por las fuerzas del destino. Es que, como lo ha dicho el primer capitán del siglo y lo observa un pensador americano « todos los grandes capitanes que han emprendido grandes cosas, las han llevado á término de conformidad á las reglas del arte, proporcionando el esfuerzo al obstáculo, convencidos que los acontecimientos no son la obra del acaso, sino de la tensión de las leyes que gobiernan los destinos humanos ». Á esto debieron su éxito los dos libertadores sud-americanos. El día que violaron esas leyes, extraviados en su camino ó cegados por la ambición, ambos cayeron como caen los cuerpos muertos que pierden su velocidad inicial : el uno, deliberadamente, al sentir que le faltaban las fuerzas eficientes para cumplir su misión; el otro precipitado de la altura por las fuerzas irresistibles que contrariaba.

La emancipación de la América estaba fuera de cuestión: la independencia del Perú estaba asegurada, cualesquiera que fueran los errores de los hombres y las vicisitudes de la lucha que aún se prolongaría por algunos años más. Pero esto, que veían claro los hombres de acción impulsiva ó los espíritus superiores que dominaban el gran escenario, no lo percibían bien todavía las colectividades encerradas en campos circunscriptos de lucha, por más que estuviesen en la corriente de los acontecimientos en paralelismo con las leyes de la naturaleza. Y era en el Perú donde este fenómeno se producía, precisamente en el momento supremo en que sus destinos estaban fijados para siempre por la lógica de esas leyes. Un penetrante observador imparcial, que á la sazón se encontraba allí, ha fijado en rasgos concretos el trasunto de esta situación transitiva. « La ciudad de Lima se hallaba en » un extraño estado de confusión, por efecto de los inespera- » dos sucesos que estaban en la naturaleza de la revolución, » y la heterogeneidad de los elementos que obstaculizaban » el acuerdo. Nadie veía claro en su camino. Los españoles » todos, estaban perplejos : constituían la clase pudiente, y » su posición era delicada. Si se negaban á abrazar el partido » de San Martín, corrían el riesgo de ver confiscados sus » bienes : por otra parte, debían temer la venganza del anti- » guo gobierno, que podía reconquistar el poder y castigar » su defección. Los naturales del país, bien que confiados en » la bondad de su causa, estaban alarmados por las conse- » cuencias de su conducta : muchos dudaban de la sinceridad » de San Martín, y muchos también, dudaban que tuviese » los medios para cumplir sus promesas. En general, las cir- » cunstancias eran nuevas para la mayoría de los habitantes » de Lima. — La alarma y la incertidumbre estaba en todos » los corazones. — En esta confusión de ideas y de intereses, » el más embarazado quizás, era el gran motor de este con- » junto de quien cada uno, cualquiera que fuera su partido,

» esperaba protección y seguridad. En tales momentos se re-
» quería una mano experimentada para dirigir la nave del
» Estado » (1). Es que el Perú no era todavía un país hondamente revolucionado, y por eso la opinión pública carecía del nervio y consistencia que sólo da la posesión plena de la nacionalidad y la decisión de alcanzar el triunfo á toda costa. San Martín quiso imprimirle ese carácter, declarando solemnemente su independencia.

La situación de San Martín era compleja, como libertador ante la América, como árbitro de los destinos del Perú, como general de dos repúblicas cuyas armas le estaban confiadas, y como hombre público ante su propia conciencia. Estaba en el apogeo de su poder y de su gloria : el sueño de ocho años estaba realizado, al entrar triunfante en la Ciudad de los Reyes. Sólo le faltaba un último esfuerzo para terminar su obra. El momento de prueba de la potencia de su genio y de su equilibrio moral había llegado. Como lo observaba el banquero Rothschild, se necesita diez veces más habilidad y prudencia para conservar una gran fortuna que para ganarla. Los hombres que se elevan á las grandes alturas, pierden con frecuencia las nociones que dirigieron con seguridad sus pasos, y el delirio ó el cansancio se apodera de sus almas. Lo que pasó en ese momento en el alma de San Martín, nunca lo dejó entrever. Reconcentrado por temperamento, reservado por sistema, las palabras con que anunció en la intimidad su triunfo, — en una carta, que es relativamente la más enfática que de él se conozca, — son lacónicas y sencillas como de costumbre : « Al fin, con paciencia y movimientos, hemos
» reducido á los enemigos á que abandonen la capital de los
» Pizarros : — al fin nuestros desvelos han sido recompensa-

---

(1) Basil Hall : « Extracts from Journal on coast of Perú » etc., en 1820-1821, ed. de 1826, pág. 231-232.

» dos con los santos fines de ver asegurada la independencia » de la América del Sud. — El Perú es libre. — En conclu» sión, ya yo preveo el término de mi vida pública, y voy á » tratar de entregar esta pesada carga á manos seguras, y re» tirarme á un rincón á vivir como hombre » (2). Su actitud fué modesta, sin esa afectación con que se disfraza el orgullo; sus declaraciones públicas, fueron graves y moderadas, y todos sus actos revistieron un carácter serio como inspirados en el bien público, que revelaban el dominio de sí mismo, con ideas hechas y propósitos al parecer maduramente deliberados. Empero, notábase un síntoma de delirio pasivo, en la exagerada importancia que daba á la posesión de Lima y cierta inercia militar que era su consecuencia, aparte de dar ya la guerra casi por terminada, y hacerle abandonar la expedición de la sierra donde únicamente podía decidirse; pero estos errores no afectaban sino su previsión como general.

El hombre político y moral era como siempre un enigma, así para él como para los que lo observaban. Tenía que resolver silenciosamente los arduos problemas de una situación compleja y complicada, y no los encaraba de hito en hito. Fiaba más en la acción del tiempo, que en la acción propia. Tal vez llegó á considerar insuficientes las fuerzas de que disponía, al menos para terminar por sí solo su obra. De aquí ese optimismo y ese fatalismo, que se traducía en inacción y buscaba la solución por medios indirectos.

---

(2) Carta de San Martín á O'Higgins. (Arch. Vicuña Mackenna.)

II

Al tiempo de la ocupación de Lima, San Martín hizo publicar en su campamento á manera de boletín, un artículo doctrinario, escrito por Monteagudo en estilo sentencioso, que era una declaración anticipada de principios y pauta de su conducta política ulterior. « El 6 de julio de 1821, alcanzará » á la posteridad de cien generaciones que se sucedan, si es » que los hombres no vuelven atrás en la marcha que han » emprendido, y pierden la experiencia y el poder intelectual » que hoy poseen. — Vasto campo se presenta á los perua» nos que desean empezar á ejercitar su energía, y hacer » con menos peligros que otros pueblos el ensayo de sus ap» titudes sociales para una nueva forma de gobierno, que » ponga los cimientos de una obra, que deben perfeccionar » las costumbres y no las leyes. El vencimiento de los espa» ñoles ha entrado ya en la clase de los esfuerzos subalter» nos que exige la independencia, dirigiendo con método las » operaciones militares y buscando al enemigo cuando con» venga. — Los españoles son impotentes para esclavizar» nos. — La obra verdaderamente difícil, que es necesario » emprender con valor, firmeza y circunspección, es la de » corregir las ideas inexactas que ha dejado el gobierno anti» guo impresas en la actual generación. La dificultad no » consiste tanto en la ignorancia de los medios adecuados » para conseguir tal fin, cuanto en la peligrosa precipitación » con que de ordinario intentan los nuevos gobiernos refor» mar los abusos. Empezando por la libertad, que es nues» tro más ardiente anhelo, ella debe concederse con sobrie» dad, para que no sean inútiles los sacrificios que se han

» hecho para alcanzarla. — Todo pueblo civilizado está en » aptitud de ser libre ; mas el grado de libertad de que goce, » debe exactamente ser proporcionado á su civilización : si » aquélla excede á ésta, no hay poder que evite la anarquía, » y si es inferior, es consiguiente la opresión. — En todos » los ramos de la prosperidad, hay grandes reformas que » hacer : en general puede decirse, que es preciso despojar » nuestras instituciones y costumbres de todo lo que sea » español, é infundir á nuestra constitución política una » nueva salud, para que resista sus enfermedades, según la » expresión de lord Chatham. Hacer todas las reformas sin » discreción, es un defecto en que debemos precavernos de » incurrir, y preparar las mejoras á que está dispuesto el » país, y de que es tan susceptible por la docilidad y ten- » dencia que trae al adelantamiento de su carácter so- » cial » (3). Era un programa revolucionario-conservador, en que al dar casi por concluída la guerra y perseverando en hacerla lentamente, se ofrecía una libertad moderada para fundar el orden y prevenir la anarquía. Estas fueron en todos los tiempos las ideas políticas de San Martín, ideas disciplinarias, á que Monteagudo daba forma dogmática. Pero este escrito, que llamó entonces la atención del mundo por la espectabilidad de su editor responsable, y que la historia ha recogido, no tenía profesión de fe política y bajo la forma genérica de un « gobierno nuevo » envolvía una incógnita, que podía acomodarse á todos los sistemas, desde el despotismo militar por el momento hasta el estableci- miento ulterior de una monarquía constitucional, sobre la

(3) « El Pacificador », núm. 11 de 20 de julio de 1821, impreso en el campamento de Barranca. — Basil-Hall en su « Journal », pág. 212 y sig., extracta el artículo citado que considera como una proclama de San Martín, elogiándolo como « exento de la jerga revolucionaria, tan común en los españoles y en sus descendientes de América ».

base de la independencia, único punto que ponía fuera de cuestión.

El primer acto de San Martín al establecer su cuartel general en el palacio de los virreyes, fué disponer que el cabildo convocase « una junta general de vecinos de conocida pro» bidad, patriotismo y luces, que en representación de los » habitantes de la capital expresase si la opinión general se » hallaba decidida por la independencia, cuyo voto le servi» ría de norte, para proceder á su proclamación ó ejecutar lo » que ella dictare » (14 de julio de 1821). Era con el mismo fin, el mismo proceder empleado en Chile para constituir un gobierno : un cabildo abierto que estatuyese en nombre del común, con simple voto consultivo en un punto determinado para evitar la convocatoria de un congreso deliberante de elección popular. La junta, compuesta de notables de Lima designados por el cabildo, respondió á las veinte y cuatro horas : La voluntad general está decidida por la Independencia del Perú de la dominación española y de cualquiera otra extranjera. Tal fué la fórmula de la soberanía de una nación nueva, sancionada por aclamación dentro de los límites de un municipio. El pueblo confirmó la deliberación con su aplauso, suscribiendo el acta de su emancipación. Simple formalidad que registraba un hecho, este documento y esta fecha, marcan una época : la declaratoria solemne de la independencia ante el mundo de la última colonia española en América, donde iba á librarse la batalla final, según las previsiones de su libertador.

La proclamación y jura de la independencia peruana, fué otra formalidad, pero no por eso menos memorable. El 28 de julio de 1821 una brillante cabalgata salía del palacio secular de los virreyes. Precedíanla, la universidad de San Marcos con sus cuatro colegios, las corporaciones religiosas, los jefes militares, los oidores, el ayuntamiento y los principales representantes de la nobleza indígena. Seguía el libertador con su

estado mayor, acompañado del gobernador político de la ciudad. Á su retaguardia marchaba la guardia cívica y los alabarderos de Lima, y la escolta de húsares del general. Por último, el batallón núm. 8 de los Andes, vencedor en Chacabuco y Maipu con las banderas de las Provincias Unidas del Río de la Plata y de Chile, y más á retaguardia, la artillería con los cañones que debían saludar el advenimiento de la nueva nación.

San Martín subió á un tablado levantado en la plaza mayor, y desplegó por la primera vez la bandera nacional del Perú inventada por él en Pisco. Fué saludado con un inmenso aplauso. Acallado por un momento el bullicio por el ademán del libertador, exclamó con voz sonora y firme: « EL » PERÚ ES DESDE ESTE MOMENTO LIBRE É INDEPENDIENTE POR LA VO- » LUNTAD DE LOS PUEBLOS Y DE LA JUSTICIA DE SU CAUSA, QUE DIOS » DEFIENDE ». Batió el pendón por tres veces, y prorrumpió en un: ¡ *Viva la Patria*! ¡ *Viva la libertad*! ¡ *Viva la Independencia*! que el pueblo repitió en medio del estampido de los cañones. La comitiva de la proclamación recorrió las calles en medio de una entusiasta ovación, bajo una lluvia de flores y de esencias aromáticas. De regreso á la plaza, saludó con estruendosas aclamaciones al almirante Cochrane, el héroe que compartió con San Martín la gloria de la redención del Perú, y que desde una de las galerías del palacio presenciaba aquel espectáculo, en que era uno de los primeros actores.

Un célebre testigo extraño que por acaso asistió á esta ceremonia, la encontró imponente y pintoresca. « La actitud de » San Martín, en este acto, dice, fué correcta y sin afecta- » ción. Los rasgos de su fisonomía revelaban al principio li- » geros movimientos de impaciencia: diríase que no se per- » donaba á sí mismo prestarse á una escena de aparato. Si » este embarazo fué real, pasó rápido como el relámpago. No » tardó en recobrar su acostumbrada serenidad y paseó una

» mirada benévola por todos los que le rodeaban » (4). En seguida se distribuyeron al pueblo medallas conmemorativas: — en el anverso un sol, símbolo tradicional del Perú, con esta inscripción al contorno : LIMA LIBRE JURÓ SU INDEPENDENCIA EL 28 DE JULIO DE 1821 : en el reverso, al centro, en medio de laureles, esta leyenda : BAJO LA PROTECCIÓN DEL EJÉRCITO LIBERTADOR DEL PERÚ MANDADO POR SAN MARTÍN.

Como homenaje á los dos pueblos que habían concurrido á este resultado con sus armas, su sangre y sus tesoros, y un recuerdo á la lejana patria, San Martín devolvió á Chile, con honores, las banderas enlutadas de Rancagua, y envió á Buenos Aires cinco banderas y dos estandartes españoles conquistados por el ejército unido argentino-chileno (5).

---

(4) Basil Hall : « Journal », etc., pág. 215-216.

(5) Hé aquí el oficio de San Martín, remitiendo las banderas á Buenos Aires, que nunca ha sido publicado : « En la campaña que ha decidido » de la independencia del Perú, ha tomado el ejército libertador, entre » otros varios trofeos, cinco banderas y dos estandartes que se hallaban » en poder de los enemigos de la América. Recobrados ahora por el » valor del Ejército Unido, es muy justo ofrecer este monumento de glo» ria á aquellos pueblos que han contribuído á los progresos de la causa » pública con su energía, decisión y constancia ; y ocupando entre ellos » un lugar distinguido la ilustre Buenos Aires, tengo el honor de remi» tir á V. E. con el coronel don Juan O'Brien las mencionadas banderas » y estandartes, que suplico á V. E. se sirva aceptar como un tributo de » consideración que le presentan las tropas de mi mando, y disponer que » sean depositadas donde V. E. tenga por conveniente. — Lima, no» viembre de 1821. — José de San Martín. — Excmo. Cabildo, Justicia » y Regimiento de la ciudad de Buenos Aires ». — M. S. (Arch. San Martín, vol. LX). Cuando llegaron estas banderas á Buenos Aires, el Cabildo había sido extinguido, y se entregaron al gobierno de la provincia, quien ordenó se depositasen en la catedral. *El Argos de Buenos Ayres* publicó una descripción de estas banderas que correspondían á los siguientes cuerpos realistas : « Batallón ligero de África », ídem « Granaderos de reserva », « Regimiento de Chaupiranga », ídem de « Talavera », ídem « Caballería de Tarma », y una bandera sin nombre de cuerpo con un escudo real en cada esquina, y la inscripción al centro : *Por el rey, por la fe y la patria.*

III

En medio de estas pomposas proclamaciones y ceremonias, se continuaba el sitio de las fortalezas del Callao, dirigido por el general Las Heras, en su calidad de segundo jefe del ejército unido. La posición era intomable á viva fuerza, dados los medios de ataque, pero su resistencia estaba tasada. San Martín, previendo este obstáculo en Mendoza tres años antes (1818), había incluido en su plan de campaña un tren completo de sitio, que echó de menos en esta ocasión (véase cap. XIX, § VI). El ejército independiente situó su reserva en la Legua, y sus puestos avanzados en Bella-Vista á 2,500 metros de los fosos. Los sitiados hicieron varios amagos de salida, y el 25 de agosto intentaron una salida bastante formal, que fué rechazada. — La plaza bloqueada por mar y tierra contaba apenas con víveres para dos meses.

Cochrane estrechaba el bloqueo por la parte del mar. Los defensores del Callao, desesperados de su salvación, se resolvieron á echar á pique los buques que tenían en el puerto, recelosos de que cayesen en manos de sus enemigos, y empezaron por la corbeta *San Sebastián*. « Son las 2 de la tarde » (10 de julio), escribía el almirante al general, y el enemigo » empieza á echar á pique sus buques: temo que esta noche » vuelen los castillos. Venga, mi general, con la tropa que » tenga para salvar esta plaza, que importa más que Lima. » Que no se pierda momento, á lo menos para cortar su reti- » rada » (6). Días después instaba á San Martín para que diese el ataque. « He recibido noticia, que los españoles han

(6) Carta (*duplicada*) de Cochrane á San Martín de 9 de julio de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXV.

» determinado enviar buques de guerra á estos mares. Mucho » importa la rendición de los castillos antes que lleguen. » Aquí donde está la escuadra, y con mar tan manso, se pue- » den desembarcar los cañones de á 24 para abrir una brecha. » Si V. quiere, no tiene más que ordenar » (7). Con la vista fija sobre los torreones, observó un día una abertura en las perchas y cadenas que rodeaban los buques enemigos, y resolvió apoderarse de ellos como de la *Esmeralda*. En la noche (24 de julio), el capitán Crosbie, con ocho botes tripulados con gente de pelea se apoderó bajo el fuego de los castillos y de la fusilería de la plaza, de la corbeta de guerra *Resolución* de 34 cañones, del *San Fernando* y la *Milagro* armadas en guerra, y de varios botes y lanchas, saliendo triunfante de la bahía con sus presas, sin pérdida alguna por su parte (8).

El 14 de agosto, el general Las Heras intentó apoderarse por un golpe de mano de la plaza del Callao. Habiendo observado que los rastrillos del Real Felipe permanecían con frecuencia abiertos y bajados los puentes levadizos, reconcentró en Bella-Vista, una división de 1,150 hombres de infantería y caballería, con el objeto de apoderarse por sorpresa de la entrada. La operación, aunque difícil, era posible. La distancia á recorrer (2,500 á 2,600 metros) podía ser salvada en 10 á 12 minutos por la caballería al galope marchando á vanguardia, y en menos de 20 minutos por la infantería en reserva á paso de trote. Á pesar de la bizarría y la velocidad con que se llevó el ataque, los enemigos tuvieron tempo para levantar el segundo puente que cerraba el recinto fortificado.

---

(7) Carta reservada de Cochrane á San Martín, de 22 de julio de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXV.)

(8) Ofi. de Cochrane á San Martín de 30 de julio, adjuntando otro de Crosbie de 25 de julio de 1821. M. S. orig. (Arch. San Martín, volumen LXV). — Pub. en el « Supl. al núm. 7 de la Gaceta del Gob. Indep. de Lima ».

La caballería se derramó por la población del Callao sableando dispersos, y causó al enemigo una pérdida de 41 hombres, de los cuales 5 oficiales, contándose entre los prisioneros el general Ricafort herido, que á pesar de sus crueldades fué asistido con todo cuidado. La infantería alcanzó hasta el glacis, y hubo de retroceder bajo el fuego de las murallas con pérdida de 10 muertos y 17 heridos. Las tropas que tomaron parte en este ataque, fueron los batallones Numancia, núm. 11 de los Andes y 4 y 5 de Chile, y el regimiento de Granaderos á caballo de los Andes con la escolta de húsares del general (9).

En el mismo día en que este atrevido golpe se ponía en ejecución por las tropas de tierra, el almirante preparaba una celada, sugerida por la codicia y el despecho, indigna de sus heroicas hazañas. Persuadido que en el Callao estaban encerradas todas las riquezas de los españoles de Lima, especialmente en plata labrada, cuyo valor estimaba en treinta millones de pesos, propuso á su gobernador La Mar hiciese entrega de los castillos y de una tercera parte de los caudales, ofreciéndole su protección y garantiendo la extracción de los dos tercios restantes previo pago anticipado de las cantidades que se embarcasen, con libre pase para las personas, fuera de Chile y del Perú, en buques que se comprometía á proporcionar, mediante justo precio (10).

---

(9) Parte ofi. de Las Heras y relaciones adjuntas de 14 de agosto de 1821, pub. en « Gac. Ext. del Gob. de Lima Indep. » de 17 de agosto de 1821.

(10) Ofi. de Cochrane á La Mar de 9 de julio de 1821, en que hace la propuesta extractada fielmente en el texto con sus propias palabras, y contestación de La Mar, de 14 de julio de 1821, en que le dice lacónicamente : « Excmo. señor : En toda la correspondencia seguida hasta el » día entre el Excmo. Sr. D. José de San Martín y este Gobernador, no » se halla alguna que pueda referirse á la propuesta que V. E. se sirve » hacerme en su honorable oficio de 9 del corriente. — Dios guarde á » V. E. — Agosto 14 de 1821. — *José de La Mar*. — Excmo. Sr. Lord » Cochrane, Almirante de Chile », M. S. S. (Arch. San Martín, vol. LXIV.)

Cochrane en sus manifiestos de la época y en sus « Memorias », ha procurado cohonestar esta negociación irregular y sospechosa, diciendo que era para atender á las necesidades de su escuadra, que carecía de lo necesario y pagar á los marineros con los diez millones de pesos en que estimaba el precio de rescate, y niega, — contradiciéndose á sí mismo, — que su intención fuese apoderarse de las fortalezas por su autoridad bajo el nombre de Chile, para dictar leyes al Perú. Su propósito, por él mismo declarado, era ejercer un acto de guerra independiente é imponer á San Martín condiciones respecto de la política que según él debía observar en el Perú. « Si me hubiera posesionado de las fortalezas, — ha declarado en dos ocasiones, — habría dictado una ley al general San Martín; le habría exigido el cumplimiento de sus compromisos, y persistido sobre todo, en que ejecutara sus promesas para con los peruanos, de dejarlos libres de escoger su propio gobierno » (11).

Estos documentos en copia, están autorizados con las firmas de García del Río y de Monteagudo, que garanten su autenticidad, y en su tiempo fué reconocida por el mismo Cochrane, no habiendo por otra parte negado él el hecho á que se refieren, y sí confirmádolo. En 1824 declaró públicamente bajo su firma : « Ofrecí al gobernador de la plaza del Callao, mi protección y segura conducción para cualquier país con las » dos terceras partes de las propiedades existentes en los fuertes, con » tal que lo remanente y la posesión de los castillos fuesen entregados » á la escuadra de Chile ». (*Contestación de lord Cochrane á los cargos que le hizo el general San Martín*, pág. 34). En esta misma complicación confiesa haber « permitido que algunas personas partiesen del Callao » con sus propiedades, durante el bloqueo, pagando un tanto por ciento » de éstas », justificando el cargo de este modo : « La culpa no fué mía, » habiéndome dado V. la norma, y obligádome á recurrir á esa medida » por su mala conducta hacia la escuadra; porque la venta de pasaportes en cuestión fué en una época en que era esencial al servicio público » el conseguir dinero, y di pasaportes á los españoles á precios moderados á cuenta de ese servicio ». (Id. pág. 29-30). En sus « Memorias », confirma todo lo dicho en el texto. Véase « Memorias de lord Cochrane », pág. 171, 172, 177 y 182.

(11) « Contestación de lord Cochrane », cit. pág. 33. — « Memorias » de id. pág. 172.

La desinteligencia latente entre Cochrane y San Martín, incubada desde Chile cuando el primero pretendió suplantar al segundo en la expedición libertadora del Perú, y ahora acentuada por la elevación del uno y las exigencias del otro, había llegado á su período álgido. La ruptura no tardaría en producirse estruendosamente entre los dos héroes, con depresión del carácter histórico de ambos, con escándalo del mundo y en menoscabo de la causa americana.

IV

La gloria de San Martín, había llegado al grado culminante de la declinación de los astros que han recorrido su curva ascensional. Propagador triunfante por la fuerza de su genio de los principios emancipadores de la revolución de la República Argentina, su patria; libertador de Chile y del Perú, y fundador de sus respectivas nacionalidades; era por sus grandes planes de campaña continental, por sus combinaciones estratégicas y por sus victorias, el primer capitán del nuevo mundo. De todos los sud-americanos hasta entonces nacidos, era el más grande, y el más genuinamente americano. Para ser más grande sólo le faltaba completar su obra. La inmortalidad le estaba asegurada de todos modos. Su medida histórica en los sucesos contemporáneos, únicamente podía compararse con la de Bolívar, libertador de Venezuela y Nueva Granada, y fundador de la República de Colombia. Bolívar había sido aclamado libertador, y este título lo investía de la dictadura revolucionaria en su patria. San Martín, sin punto de apoyo en la patria propia, se nombró á sí mismo Protector del Perú. Ni antes ni después de Crómwell, nadie en el mundo había tomado este título. La América alarmada, creyó entrever en el libertador del sud, un ambi-

cioso vulgar ó un déspota en germen. No era ni lo uno ni lo otro; pero al asumir la dictadura fatal que las circunstancias le imponían, se inoculó el principio de su decadencia militar y política.

La declaración de independencia del Perú, traía por consecuencia lógica y necesaria el establecimiento de un gobierno propio; pero un gobierno, que á la vez de ser nacional, se subordinase á las exigencias de la guerra, y fuese una fuerza eficiente y no un estorbo ó un peligro, y era difícil, por no decir imposible, conciliar estas dos exigencias supremas.

San Martín, generalísimo de la República de Chile, bajo cuya bandera realizaba la expedición libertadora combinada; general en jefe del ejército de la República Argentina por aclamación de sus soldados sin patria y sin gobierno, representaba la antigua alianza argentino-chilena, que tenía en sus manos las últimas fuerzas emancipadoras de los dos pueblos. Era además, un adepto de la Logia de Lautaro, llevada misteriosamente al Perú en los pliegues de sus banderas, á cuyas reglas disciplinarias estaba subordinado. Su posición para con Chile, sin un gobierno regular con quien entenderse en el Perú, era la de un procónsul ó la de un combatiente en palenque neutral, y esto era inconciliable con su carácter de libertador, y anómalo respecto del derecho de gentes. El simple generalato en calidad de beligerante, sin más atributos que las armas, después de los actos soberanos, diplomáticos y gubernativos á que había presidido á título de libertador, era mantener una situación oscilante entre el dominio extraño y el despotismo militar sin formas definidas. El Perú no tenía personalidad política, y apenas una sombra de administración: su libertador no era ante él sino un conquistador en nombre de la independencia y la libertad prometida. Los recursos de que podía disponer para llevar á buen término su empresa, eran exiguos en proporción del obstáculo á remo-

ver, y tenían necesariamente que gastarse por la simple acción del tiempo. Ni de Chile agotado, ni de la República Argentina de que estaba divorciado, podía esperar auxilio. Tenía que buscar nuevas fuerzas y retemplar las viejas dentro del país libertado, identificarlo con el ejército vinculado á su carrera y su fortuna, y dar á éste el mero carácter de auxiliar, como lo había hecho antes en Chile, fundando un gobierno nacional que le sirviese de punto de apoyo.

Pero el Perú no era Chile, ni sus condiciones eran las mismas. El Perú carecía de elementos de gobierno propio y no estaba en condiciones de fundarlo, ni aún provisionalmente todavía, como el desarrollo de su historia revolucionaria lo demostrará. Apenas si la mitad de su territorio estaba redimido del dominio español, y dos ejércitos superiores en número mantenían todavía la lucha en nombre del rey. Su opinión era inconsistente, y en medio de sus razas antagónicas y elementos heterogéneos, no existía un núcleo social, político ni militar en torno del cual pudiera condensarse su nebulosa flotante. No tenía un solo hombre, ni como acción ni como pensamiento que tuviese prestigio ni autoridad moral ante sus compatriotas. Unanue, el hombre más sabio y más puro del Perú, no era más que un sabio, de carácter indeciso y sin fortaleza para sobrellevar el peso del gobierno ó para dominar ni aun dirigir la opinión. Torre-Tagle, el único peruano vinculado á la situación por un acto de iniciativa nacional, era un mero figurón desacreditado por sus disipaciones. El único hombre de guerra del país, Gamarra, que hubiese aparecido en la escena militar, con algún crédito, había resultado una nulidad. El candidato que con cierta aureola de popularidad se diseñaba en la penumbra por sus aspiraciones personales más que por sus cualidades, era Riva Agüero, espíritu inquieto y taimado, que sin la virtud ó el poder ni la ecuanimidad de O'Higgins en Chile, se presentaba más como una complicación, que como una solución.

según el tiempo lo confirmó. El gobierno, pendiente la cuestión del éxito de las armas, no podía fiarse á manos ineptas, inseguras ó peligrosas, y el Perú no tenía en su cohesión, en sus hombres ni en su espíritu político los elementos de un gobierno cooperador, siquiera fuese transitorio y de circunstancias. Pero debía tener un gobierno, y esta necesidad se imponía. Las reglas dictadas á San Martín por el gobierno argentino para constituir el gobierno nacional de Chile al tiempo de su reconquista, no eran aplicables al Perú en las condiciones en que se encontraba, y el Senado chileno al copiarlas con espíritu liberal, organizaba inconscientemente la impotencia ó la anarquía con una ficción, que comprometía el éxito de la misma expedición libertadora. Un llamamiento al pueblo, habría dado por resultado el nombramiento del mismo San Martín, y si no era él el que mandase, ninguno podía mandar, á menos de contrariar ó neutralizar su acción eficiente. Los mismos peruanos le brindaban á porfía el poder.

En tal situación, decidióse á fundar una nueva nación, bosquejar su constitución y declarar su independencia; darle un gobierno civil á título de libertador y ponerse á su frente como Protector independiente; asumir con franqueza la dictadura, al constituirse moralmente responsable ante la América y políticamente ante el Perú, mientras durase la guerra y hasta tanto llegara el momento de entregar al pueblo libertado sus destinos asegurados.

V

Declarada la independencia, una diputación del Cabildo se presentó á San Martín, ofreciéndole el gobierno del Perú y rogándole lo aceptara en nombre del pueblo. Él contestó con

una sonrisa enigmática, pero seria y benévola, que, hallándose en posesión del mando supremo por el imperio de la necesidad, lo conservaría si lo juzgase conveniente al bien público, evitando la convocatoria intempestiva de juntas y congresos, que no harían sino embarazar la expedición de los negocios públicos con vanas discusiones, retardando el triunfo de la independencia, que era ante todo (12).

La Logia Lautaro trasplantada al Perú, que la componían en gran mayoría los jefes del ejército de Chile y las Provincias Unidas, le exigieron en nombre de la seguridad común se pusiese á la cabeza de la administración general del país, como único medio de dar vigor y punto de apoyo sólido á las operaciones militares. Al someterse á esta exigencia, convencido que el Perú se anarquizaba sin una autoridad fuerte, escribía confidencialmente á O'Higgins : « Los *Amigos* (la logia) » me han obligado terminantemente á encargarme de este Go- » bierno : he tenido que hacer el sacrificio, pues conozco que » de no ser así, el país se envolvía en la anarquía. Espero » que mi permanencia no pasará de un año, pues usted » que conoce mis sentimientos, sabe que no son mis deseos » otros que vivir tranquilo y retirarme á mi casa á descan- » sar » (13).

Al reasumir públicamente por medio de un decreto suyo el mando político y militar de los departamentos libres del

---

(12) Stevenson : « A. hist. and descrip. narrat », etc. t. III, página 348.

(13) Carta de San Martín á O'Higgins de 10 de agosto de 1821. (Arch. Vicuña Mackenna, M. S. aut.). — Según Monteagudo en su « Memoria » sobre los principios políticos que seguí en el Perú », pág. 23 (1ª. edic.), la resolución de los jefes del ejército de que San Martín asumiese el mando supremo es de época anterior : « Los jefes del ejército saben, » que cuando llegamos á Pisco, exigimos del general San Martín el sacri- » ficio de ponerse á la cabeza de la administración, si ocupábamos á » Lima, porque creímos que este era el medio de asegurar el éxito de » las empresas militares. El se resignó á esto con repugnancia, y siem- » pre por un tiempo limitado ».

Perú, con el título de Protector, dirigió al pueblo la palabra en términos que la historia debe recoger íntegramente para darse cuenta de su criterio político y confrontarlo con sus actos posteriores (3 de agosto de 1821). « Al encargarme de la empresa de la libertad de este país, no tuve otro móvil que mis deseos de adelantar la causa sagrada de la América y de promover la felicidad del pueblo peruano. Una parte muy considerable de mis deseos se ha realizado ya; pero la obra quedaría incompleta, y mi corazón poco satisfecho, si yo no afianzara para siempre la seguridad y la prosperidad futura de esta región.

» Desde mi llegada á Pisco anuncié, que por el imperio de las circunstancias me hallaba revestido de la suprema autoridad, y que era responsable de su ejercicio. No han variado las circunstancias, puesto que aun hay en el Perú enemigos exteriores que combatir; y por consiguiente, es de necesidad que continúen reasumidos en mí el mando político y militar.

» Espero que al dar este paso se me hará la justicia de creer, que no me conducen ningunas miras de ambición, sino la conveniencia pública. Es demasiado notorio que no aspiro sino á la tranquilidad y al retiro después de una vida agitada; pero tengo sobre mí la responsabilidad moral, que exige el sacrificio de mis más ardientes votos. La experiencia de diez años de revolución en Venezuela, Cundinamarca, Chile y Provincias Unidas del Río de la Plata, me ha hecho conocer los males que ha ocasionado la convocación intempestiva de congresos, cuando aun subsistían los enemigos en aquellos países. Primero es asegurar la independencia; después se pensará en establecer la libertad sólidamente.

» La religiosidad con que he cumplido mi palabra en el curso de mi vida pública me da derecho á ser creído, y yo la comprometo ofreciendo solemnemente á los pueblos del Pe-

rú, que en el momento en que sea libre su territorio, haré dimisión del mando para hacer lugar al gobierno que ellos tengan á bien elegir. La franqueza con que hablo debe servir como un nuevo garante de la sinceridad de mi intención. Yo pudiera haber dispuesto que electores nombrados por los ciudadanos de los departamentos libres designasen la persona que había de gobernar, hasta la reunión de los representantes de la nación peruana; mas como por una parte, la simultánea y repetida invitación de gran número de personas de elevado carácter y decidido influjo en esta capital para que presidiese á la administración del Estado (14) me aseguraba un nombramiento popular; y por otra había ya obtenido el asentimiento de los pueblos que estaban bajo la protección del ejército libertador, he juzgado más decoroso y conveniente el seguir esta conducta franca y leal, que debe tranquilizar á los ciudadanos celosos de su libertad.

» Cuando tenga la satisfacción de renunciar el mando, y dar cuenta de mis operaciones á los diputados del pueblo, estoy cierto que no encontrarán en la época de mi gobierno rasgos de venalidad, despotismo ni corrupción. Administrar recta justicia á todos, recompensando la virtud y el patriotismo, y castigando el vicio y la sedición en donde quiera que se encuentren, tal es la norma que reglará mis acciones, mientras esté colocado á la cabeza de esta Nación » (15).

Debe creerse racionalmente en la sinceridad de estas protestas, abonadas por sus antecedentes, y en la lealtad de estos propósitos justificados por actos posteriores. Si hubo

(14) Hace alusión á la oferta del Cabildo de que se ha hecho mención antes.

(15) Preámbulo del decreto, de 3 de agosto de 1821 declarándose Protector. (« Gaceta del Gobierno de Lima Independiente », núm. 10 de 11 de agosto de 1821.)

en ello ambición, fué legítima, porque era más digno que la de usurpar el poder de una nación informe para perpetuarse en él á título de conquistador apoyado en fuerzas extrañas, buscarlo en combinación con las fuerzas nativas. Si la prudencia y el éxito de la lucha empeñada imponía la dictadura que de hecho ejercía, hasta el instinto, cuando no la previsión y la aspiración á la gloria, aconsejaba la línea de conducta que se trazó.

El Protector, nombró ministro de Hacienda al doctor Unanue, en homenaje á la nacionalidad que fundaba, y que sólo le llevaba por contingente su fama científica y su carácter moral, pero cuyas ideas económicas eran atrasadas. García del Río y Monteagudo, sus dos secretarios en la campaña, fueron nombrados ministros en los departamentos de relaciones exteriores y de guerra y marina, animados ambos de principios liberales y anhelos de progreso, aunque con tendencias monarquistas. Monteagudo de más voluntad y con más ideas teóricas en su cabeza, que revestía con un estilo lapidario y conceptuoso, se hizo el inspirador de la reforma y fué el nervio civil del nuevo gobierno. Como merecido premio de patrióticos servicios y para halagar el sentimiento local, Riva Agüero fué nombrado jefe político del departamento de Lima con el título de presidente, que era la más alta dignidad administrativa. Las Heras se encargó del mando inmediato del Ejército Unido, á que se agregó la bandera del Perú sostenida por sus soldados nativos.

Restábale regularizar su posición para con Chile, de quien hasta entonces se declaraba dependiente, explicando y justificando este cambio fundamental en el orden político y militar de las relaciones internacionales, y lo hizo en términos explícitos. « Al confiárseme la dirección de las fuerzas para libertar » al Perú, — decía al gobierno de Chile, — se dejó á mi » cuidado la elección de los medios para emprender, conti- » nuar y asegurar tan grande obra. — En el estado en que

» se hallan mis operaciones militares, faltaría á mis deberes, » si dejando lugar por ahora á la elección personal de la » suprema autoridad del territorio que ocupo, abriese un » campo para el combate de las opiniones y choque de los » partidos, para que sembrase la discordia que ha precipitado » á la anarquía á los pueblos más dignos del continente » americano. — Destruir para siempre el dominio español en » el Perú, y poner á los pueblos en el ejercicio moderado de » sus derechos, es el objeto de la expedición libertadora. — » Es necesario purgar esta tierra de la tiranía y ocupar á sus » hijos en salvar á su patria antes que se consagren á bellas » teorías y se dé tiempo á sus opresores para reparar sus » quebrantos y dilatar la guerra. Tal sería la consecuencia » necesaria de la convocación de asambleas populares. — » Apoyado en estas razones, he asumido la autoridad suprema » del Perú con el título de Protector, hasta la reunión de un » congreso soberano de todos los pueblos, en cuya represen- » tación depositaré el mando y me resignaré á residencia. — » Las tropas de ese Estado siguen con entusiasmo, y auxilian » mi afán por la emancipación del Perú, y si la fortuna pro- » tege mis designios, mi mayor gloria será restituirlas á su » patria cubiertas de laureles » (16). El gobierno de Chile, en una nota laudatoria, abundando en sus vistas y haciendo honor á sus rectas intenciones al reasumir el mando, le decía: « No era bastante, para dar libertad al Perú, arrojar de su » capital á los funcionarios del gobierno español, era indis- » pensable poner á esos pueblos á cubierto de la anarquía, » preservarlos de la guerra civil, y evitar el desenfreno de » las pasiones al tratarse de elegir la autoridad suprema. » Más difícil es conservar la libertad que adquirirla » (17).

---

(16) Nota de San Martín al Director Supremo de Chile de agosto de 1821. (Odriosola : « Docs. Hist. », pág. 337-338.)

(17) Contestación del Director Supremo de Chile á la nota anterior, datada en 6 de abril de 1821. (Odriosola : « Docs. Hist. », pág. 339-340.)

Por su parte, O'Higgins le escribía aplaudiendo efusivamente como amigo su resolución : « Millones de veces bendita » la Eterna Providencia por ver los días del 10 de julio y del » primero de la Libertad de la capital de los Pizarros. Toda » la amargura y desconsuelo de una cansada administración » que luchaba con la incertidumbre, lo ha deshecho su carta » del 19 del pasado. Transportado de gozo, he sentido los » momentos más plausibles de mi vida. Quisiera estuviese » usted presente para darle mil abrazos ; pero recíbalos » desde este asiento de miserias y trabajos, que ahora con» vierte en plácemes la resolución más grande y sabia, de » encargarse usted del mando del Perú. Una nueva vida » recibe la América meridional en el nuevo empeño que han » de coronar las glorias á que la Providencia lo ha destinado. » El bien más grande que usted hace á esos pueblos, es de » regirlos. Se va á economizar mucha sangre, que la anar» quía no tardaría en derramar en gentes bisoñas y nuevas » en la revolución. Asegúrole que más de una vez he tem» blado en la desconfianza de su resolución, pero desde ahora » confío en que todo se ha de acertar » (18).

El virrey La Serna á quien San Martín comunicó la jura de la independencia y su reasunción del mando del Perú, le contestó irónicamente: « Permítame le diga, que el haberse » elegido á V. E. mismo por suprema autoridad del país que » llama libre, es en mi concepto un acto de aquellos que » sólo en un sistema despótico puede ser admitido ; que las » mismas personas que en esa capital acaban de jurar la » independencia, libre y espontáneamente, como dice V. E., » puede ser que vuelvan dentro de poco tiempo á jurar la » constitución de la monarquía española con más libertad y

---

(18) Carta de O'Higgins á San Martín de 6 de agosto de 1821. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

» voluntad ; en fin, que el tiempo hará conocer, si el nuevo » título de Protector del Perú que ahora ha tomado V. E., es » tan adecuado como el de Libertador » (19).

VI

El primer acto oficial del Protector al día siguiente de asumir el mando, fué un bando contra los españoles, riguroso en su parte dispositiva y violento en su forma, que acusaba el temperamento arrebatado de Monteagudo, quien lo aconsejó y redactó, á la vez que la pasión y el cálculo de San Martín, según sus instintos de criollo americano y de enemigo de raza, toda vez que los intereses de la revolución se encontraban en pugna con los de aquéllos.

Desde Valparaíso, al tiempo de darse á la vela la expedición libertadora, San Martín se había dirigido en una proclama á « los españoles europeos residentes en el Perú », declarando, que quería ser generoso antes de verse obligado á reclamar todo el rigor del derecho de la guerra, y que los convidaba á la paz y á la concordia, siempre que no se opusiesen á la independencia. « Vuestro destino está en vuestras » manos, les decía. No vengo á hacer la guerra, á las fortu- » nas y personas de los hombres. Sólo el enemigo de la liber- » tad y de la independencia de la América será el objeto de la » venganza de las armas de la patria. Abandonad, pues, el » proyecto culpable de dominación ó servidumbre. Haceos » americanos : tiempo es ya de acabar esta contienda escan- » dalosa de pocos contra todos. Yo os prometo del modo » más positivo que vuestras propiedades y personas serán » inviolables, y que seréis tratados como ciudadanos respe-

---

(19) Ofi. del virrey Là Serna á San Martín, de 22 de agosto de 1821 en Jauja. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXI.

» tables si cooperáis á esta grande obra. Pero si sordos á mi » voz os encaprichàis en oponer una resistencia temeraria, » yo tendré que ceder á la necesidad de ser un ministro » riguroso de las leyes de la guerra ». Durante las negociaciones de Miraflores y Punchauca, había procurado propiciarse el elemento civil español, en la esperanza de hacerlo servir á sus planes y miras, y como se ha visto, no le faltaron cooperadores espontáneos; pero rotas las hostilidades y dueño de Lima, en presencia de la actitud retobada de los españoles, que por su riqueza y posición social constituían una potencia, decidióse á darles un golpe de maza que los anonadase.

El Protector, al recordar sus promesas á los españoles, les manifestaba en un bando, que sabía que « murmuraban en » secreto, difundiendo con malignidad la idea de que sus » designios eran sorprender su confianza ». En virtud de este considerando trivial, « declaraba — para poner el sello á las » garantías dadas »: — que serían amparados en sus personas y propiedades los españoles que permanecieren en paz y juraren la independencia. Los que no fiasen en esta promesa debían presentarse á pedir sus pasaportes y salir del país con todos sus bienes muebles. Los que sometiéndose al gobierno « trabajasen ocultamente contra el orden, experimentarían » todo el rigor de las leyes y perderían sus propiedades ». El bando terminaba con estas palabras: « Bien conocéis el » estado de la opinión. Entre vosotros mismos hay un gran » número que acecha y observa vuestra conducta. Yo sé » cuanto pasa en lo más recóndito de vuestras casas. Tem» blad, si abusáis de mi indulgencia. Sea esta la última vez » que os recuerde que vuestro destino es irrevocable y que » debéis someteros á él » (20).

---

(20) Bando del Protector del Perú de 4 de agosto de 1821. (« Gac. del Gob. de Lima Indep. », núm. 10.)

La seguridad pública no justificaba tanto rigor, y violaba moralmente la promesa dada, aunque de su letra pudiera deducirse una condición de sumisión absoluta como medida de guerra. Además, la oportunidad era mal elegida al inaugurar una época de reparación, y sobre todo, el tono airado y la sombra del espionaje de los hogares tan siniestramente evocada por el gobernante, empero fuera un dictador, deprimía su carácter moral. Pero en este decreto había algo más que excesiva severidad é intemperancia de lenguaje : era una medida de terrorismo, que respondía á un plan financiero. La guerra es la guerra, y la de la independencia sud-americana habíase sostenido en gran parte pesando sobre las fortunas de los españoles, por medio de empréstitos forzosos y confiscaciones. Iniciado este sistema de expoliación bélica en las provincias del Río de la Plata, y practicado por San Martín en Cuyo, de donde lo trasplantó á Chile, el Perú no podía escapar al código draconiano que se escribe con la sangre mezclada al sudor de los vencidos. En el fondo del fulminante bando del Protector, estaba la confiscación de las propiedades de los españoles enemigos de la independencia, como medida y recurso de guerra, revestido de las formas del terrorismo de la revolución francesa contra los sospechosos, de que estaba imbuído Monteagudo. No importa esto eximir á San Martín de su responsabilidad, pues además de que, como criollo apasionado y calculador, respondía á sus instintos é intereses, era su regla sistemática hacer la guerra á todo lo que directa ó indirectamente pudiese hacer daño á la causa de la independencia que sostenía. Según Cochrane en uno de sus violentos panfletos contra San Martín, éste había dicho en Pisco, que su intención era dejar á los españoles « sin camisa con que mudarse » (21). Cierta ó no la especie, estaba en

(21) « Contestación de Lord Cochrane » etc., cit., pág. 21.

el temperamento y en el sistema del general de los Andes, y lo cumplió al pie de la letra como lo había hecho en Mendoza y aconsejado en Chile. No son los hombres sentimentales los que hacen triunfar las grandes causas en la lucha por la vida; pero aun cuando desde el punto de vista de la necesidad ó la conveniencia, tuviese su razón de ser, debió armonizarse con los términos de la palabra empeñada, y en todo caso, no proceder al secuestro de los bienes de los españoles, sin que éstos hubiesen cometido un delito posterior violando una regla fija establecida, como se lo aconsejó Cochrane, bien inspirado en esta ocasión (22).

Hemos insistido sobre este punto al parecer incidental, no sólo porque la historia debe poner de relieve como lección los errores y los lunares de los grandes hombres, sino también porque esta medida en sus consecuencias ejerció una influencia funesta sobre el destino de sus autores, como se verá á su tiempo.

Otro episodio que se liga con el sistema de persecuciones contra los españoles y el establecimiento del protectorado en el Perú, fué el extrañamiento del virtuoso arzobispo Las Heras, de edad de 80 años, que había cooperado con San Martín al aquietamiento de Lima al tiempo de la evacuación por los españoles, sin abandonar á su grey, y que autorizó con su presencia el congreso municipal en que se declaró la independencia, asistiendo al *Te Deum* con que se solemnizara. Español de origen, con ideas liberales, era en el fondo realista. Aun cuando se doblegase ante el hecho que no podía contrarrestar, obedecía á los impulsos de su conciencia y á los mandatos del Papa, cuando « recomendaba la fidelidad » al monarca español y desarraigar y destruir completamente » la cizaña de alborotos y sediciones que el hombre enemigo

(22) Cochrane : « Memorias », pág. 155-156.

» sembró en América, inspirando á su grey el justo y firme » odio, sin perdonar esfuerzo » (23). El clero peruano en general, y especialmente los curas, eran decididos partidarios de la independencia. No así sus altos dignatarios. El obispo de Trujillo había pretendido reaccionar contra el movimiento patriótico allí iniciado, y San Martín, por respeto á sus canas, no ejerció contra él ningún acto de represión. El arzobispo de Charcas, los obispos del Cuzco, Maynas, Huamanga, y encubiertamente el de Arequipa, habíanse constituído en promotores de la reacción contra la independencia y en predicadores ardientes de la causa realista. El arzobispo de Lima, no podía sustraerse á las influencias que lo rodeaban y atraían. Un incidente produjo el estallido. El Protector, por medida de orden público, en momentos en que el enemigo al bajar de la sierra amagaba la capital, dispuso se cerrasen temporariamente las casas de ejercicios de mujeres. El prelado se resistió á dar cumplimiento á la orden. Se le significó que la orden era irrevocable. Él contestó: que sólo los decretos del Ser Supremo eran irrevocables; y reiteró su renuncia de la dignidad archi-episcopal, con solicitud de pasaporte para España, el que le fué otorgado, fijándosele el plazo de 24 horas para salir del país. El arzobispo, por su parte, aunque realista de corazón y por deber, era un hombre de juicio sano. « Al dejar este país, — escribió á » lord Cochrane agradeciendo sus buenos oficios, — estoy » convencido de que su independencia está sellada para » siempre. Yo manifestaré esta opinión al gobierno español » y á la Santa Sede. Haré al mismo tiempo cuanto pueda » para vencer su obstinación, mantener la tranquilidad y

(23) Encíclica de Pío Papa VII, de 30 de enero de 1816. — Posteriormente el Papa León XII, expidió en 1824 otra encíclica contra la independencia sud-americana.

» secundar los votos de los habitantes de la América que » tanto aprecio » (24).

Así se inauguró el protectorado del Perú, asumiendo el carácter de perseguidor implacable de los españoles y ejerciendo el Protector las prerrogativas del Papa, al aceptar la renuncia de un ministerio espiritual, al mismo tiempo que la más mansa de sus víctimas, al negar lo irrevocable de sus decretos temporales, reconocía como irrevocable la independencia de la América, que era en gran parte la obra de su perseguidor.

VII

Al presentar á San Martín bajo su nueva fase, en el apogeo del poder y de la gloria, y como libertador del sud del continente y árbitro de los destinos del Perú, realizados sus planes y hasta sus sueños, hemos observado, que había llegado el momento de prueba de la potencia de su genio y de su equilibrio moral, por cuanto los hombres que se elevan á las grandes alturas, pierden con frecuencia las nociones que dirigieron con seguridad sus pasos, y el delirio ó el cansancio suele apoderarse de ellos. (V. § I de este cap.) Antes habíamos dicho al marcar los puntos de partida de su carrera en Cuyo, que debían tenerse presentes para comparar al hombre á sí mismo, cuando en más vasta escena, con más grandes recursos y el auxilio de mayor cúmulo de luces, le veamos relativamente empequeñecerse como político y como gobernante, porque era un fenómeno que estaba en la natu-

(24) Cochrane : « Memorias », pág. 169-170. — Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », pág. 214.

raleza de su genio concreto, que su potencia individual se desenvolviese con más amplitud y eficacia unipersonalmente en un medio análogo, en esfera circunscripta, con un objetivo determinado, para llegar á resultados precisos, previstos en la medida de sus facultades. San Martín en Cuyo es un verdadero creador, que remueve y maneja hombres y cosas, y lo dispone todo según un plan preconcebido, que coordina elementos contados, disciplina voluntades subordinadas, realiza por instinto utopías y planes, y hace brotar legiones y tesoros del suelo erial que pisa, como un Hermes Trimegisto, para fundar nuevas naciones, haciendo dar á los hombres y las cosas todo lo que podían dar de sí y á sus cualidades todo su temple y elasticidad como la hoja de una espada de Toledo. El secreto de su potencia como hombre de acción y pensamiento, según se apuntó entonces, consistía más que en su inteligencia, en la fuerza de su voluntad concentrada y puesta en tensión, que le hacía ver claro su objetivo en su círculo de actividad, sin vacilaciones ni desperdicio de fuerzas, obrando por cálculo más que por inspiración, más por instinto que por su escasa instrucción, porque sabía lo que quería y cómo lo quería y adónde iba, como el buen tirador práctico, que con el arma que sabe manejar hiere el blanco en el punto de su visual (véase cap. IX, § V y VI).

No era San Martín un hombre de gobierno, propiamente hablando. No poseía los grandes talentos del administrador ni tenía las largas vistas del político en la curva trascendental. No estaba preparado para el manejo directo de los variados negocios públicos, que por otra parte le eran antipáticos, cuando no tenían un objeto determinado en que interviniera su pasión ó la ejecución de sus planes. Era indiferente en cuanto á formas de gobierno, que subordinaba á la independencia y al orden, sin perder de vista la libertad. Por eso tal vez no tenía la ambición del mando en el gobierno, y con

su temperamento de libertador se adaptaba á la índole de todas las nacionalidades que fundaba, sin imprimirles un sello personal, dejando á su espontaneidad desenvolverse en su medio, sin violentarlas. Verdad es que su escasa instrucción al servicio de sus raras dotes naturales, le bastaba como hombre de guerra y administrador militar. Era un político de instinto, un observador penetrante de los hombres y los hechos, con ideas propias y criterio seguro, que se daba exacta cuenta de las situaciones y trazaba sin confusión sus líneas en el mapa intelectual de su cabeza, cuando sus facultades estimuladas por un fin más ó menos inmediato se aplicaban á un objeto determinado ó á una situación dada. Un nuevo itinerario militar al través de un continente, el paso de los Andes combinando sus movimientos con la configuración de las montañas, la marcha estratégica de Chacabuco, las maniobras tácticas sobre el campo de batalla de Maipu, la dilatación de las armas independientes al través del mar Pacífico, las complicadas marchas y contramarchas en las costas y sierras del Perú, y sus proyecciones para determinar el punto de convergencia de las armas independientes en el centro de la América, cerrando el círculo de la lucha con la espada del libertador, hé ahí las grandes líneas definidas en que su genio se dilata dentro de la medida de su compás, á que debe agregarse su ingenio fecundo en expedientes, su voluntad potente y su carácter equilibrado.

Llamado por la primera vez á presidir directamente un gobierno en su complicado mecanismo, en teatro más vasto que el de Cuyo, y con múltiples objetivos que dividen su atención y su actividad, ya no se bastaba á sí solo, y de aquí la necesidad de auxiliares que despojan su obra de su original unidad. San Martín, protector del Perú, no se agranda, y se muestra inferior á su misión. Su genio militar no toma nuevo vuelo; sus planes espectantes y negativos parecen inspirarse en el fatalismo más bien que en la previsión que

pone los medios para alcanzar los fines que se buscan; y si se dilatan más allá de su esfera, es contando con otros elementos, otras fuerzas y otras combinaciones fuera de su alcance. Su voluntad parece que se destempla, y busca la solución de los arduos problemas de una situación por él creada, por medios y modos que contrarían la corriente de los acontecimientos, que ya no domina. Al ir á tocar el término de su gran jornada, hace un alto, y su cuerpo enfermo, que encierra un espíritu más inquieto que activo, se enerva en la inacción y comunica á la masa á que debe dar impulso, la fuerza de inercia, que resiste, pero no obra. Por eso decíamos, que su gloria había llegado á la culminación de los astros que declinan.

Al mismo tiempo que San Martín se elevaba al apogeo del poder, moría maldiciéndolo en Mendoza, la cuna de su gloria, su antiguo enemigo José Miguel Carrera (4 de setiembre de 1821), ejecutado como un bandolero en el mismo patíbulo de sus desgraciados hermanos!

CAPÍTULO XXXIII

EL PROTECTORADO DEL PERÚ

AÑOS 1821-1822

Carácter del protectorado del Perú. — Enervación de las fuerzas libertadoras — Situación política y militar. — Los realistas de la sierra reabren las hostilidades. — Canterac con 4,000 hombres invade el valle del Rimac. — Alarma y entusiasmo en Lima. — San Martín con su ejército se pone en campaña cubriendo á Lima. — Hábiles maniobras tácticas de los dos ejércitos beligerantes. — Prudencia de San Martín. — Retirada de Canterac. — Rendición del Callao. — Examen de la conducta militar de San Martín en esta ocasión. — Duplo papel del Protector. — La obra reformadora de San Martín. — Nuevo estatuto provisional. — Creaciones aristocráticas. — La Orden del Sol. — Planes monarquistas. — Cuentas del Protector. — El rey José.— Bases del protectorado.— Constitución americana del ejército argentino-chileno. — Conato de coniuración militar contra San Martín. — Plan monarquista de San Martín. — La *Sociedad Patriótica* de Lima. — Misión secreta de García del Río y Paroissien para buscar un rey en Europa. — Estado de la opinión en Chile contra San Martín. — Rechazo de la política monárquica de San Martín por O'Higgins. — García del Río aconseja á San Martín resignar el mando político y convocar un congreso. — Caducidad del protectorado. — Luces convergentes que explican un misterio histórico.

I

El protectorado de San Martín hace época en los anales del Perú. Declaró su independencia, fundó su primer gobierno nacional y bosquejó su constitución política. Pero la independencia era todavía una cuestión á resolver por las armas; el país no estaba preparado para el ejercicio de su propio gobierno; sus fuerzas no habían concurrido hasta entonces

de una manera eficiente á este doble resultado, y su organización definitiva, en medio de las tendencias monarquistas del poder que lo regía y los instintos democráticos del pueblo, era un problema oscuro, complicado con los elementos que mantenían esta situación incierta. El Perú, como antes de la expedición de San Martín, se encontraba en las condiciones de no poder libertarse por sí solo, por las causas ya señaladas, ni tampoco de reasumir su propio gobierno, y necesitaba por lo tanto del auxilio extraño para independizarse y organizarse como nación, según los hechos lo demostrarán. Así, el poder del Protector era un hecho que dependía del concurso del país libertado y del apoyo de los dos ejércitos con que se había lanzado á su atrevida empresa, que hasta entonces sólo le daba el dominio disputado de la mitad del territorio, con la espina del Callao clavada en un pie del triunfador, como antes lo había sido Talcahuano en Chile. Algunas fuerzas morales y materiales del país se habían asimilado al protectorado, y las fuerzas militares que lo sostenían mostrábanse al parecer compactas; pero unas y otras empezaban á ser trabajadas por un espíritu de resistencia nacional latente y por un fermento de indisciplina sorda, que era la consecuencia de la desobediencia de San Martín para con su patria, del origen de su mando que tenía por título el acta revolucionaria de Rancagua y de su independización del gobierno de Chile, que lo constituía en entidad aislada, dependiente del concurso de voluntades difíciles de amalgamar, y sobre todo, del concurso eficiente del país mismo, cuyos elementos orgánicos aun no habían tomado la suficiente consistencia.

San Martín, al declararse Protector del Perú, abdicaba en cierto modo su gran papel de libertador americano, en el hecho de nacionalizarse como gobernante peruano, y se enajenaba la voluntad y el concurso directo de los pueblos y gobiernos cuyas armàs mandaba, á la par que no satisfacía

del todo las aspiraciones del pueblo libertado, y más bien las contrariaba con sus planes de tendencias monárquicas. Su punto de apoyo sólido era el ejército de los Andes y el de Chile, pues la organización del ejército peruano, era todavía un embrión que apenas podía contarse como elemento auxiliar. Lo único que daba cierta cohesión política á estos elementos de fuerza, que tenían que hacer frente al enemigo dueño de la mitad del territorio, era la institución secreta de la logia Lautaro, compuesta de los jefes de los mismos ejércitos y de algunos peruanos nuevamente afiliados, de la que San Martín dependía con arreglo á su ley disciplinaria. No era ya el libertador, aquel general de los Andes, que reconquistaba á Chile, y asumía el papel de auxiliar y director de la guerra ; ni el generalísimo de dos repúblicas, que aliadas libertaban el Perú ; ni tampoco el gobernante nacional con fuerzas propias del país libertado. No obstante que la reasunción del mando supremo en su persona fuese una necesidad y una conveniencia, y que en tal acto no interviniese ni la ambición personal ni el desconocimiento absoluto de los derechos de los naturales, el Protector, al asumir esta actitud anormal, se presentaba al parecer ante el Perú como una imposición de fuerzas extrañas ; ante éstas, como un general aventurero y un compañero de fortuna de sus comilitones, y ante las naciones á que pertenecían, como un desertor ó un súbdito emancipado. Era una de esas situaciones en la historia que no tienen sino tres salidas : ó el triunfo sobre el enemigo, que todo lo resolvía, ó la identificación con el país libertado por medio de la creación de nuevos elementos nacionales, ó la conservación en el mando por medio de la violencia, quedando una cuarta salida, que era la abdicación del poder ó por la fuerza de las cosas ó por voluntad deliberada. Tales eran los complicados problemas que entrañaba el protectorado en medio de su aparente grandeza y su real debilidad orgánica.

Lo más grave de esta situación era, que el nervio militar se había destemplado física y moralmente. Los ejércitos concentrados en Lima sin más objetivo que el Callao, por efecto del abandono de la campaña de la sierra y de la expedición de puertos intermedios, participaban de las influencias del clima y del medio social, y como lo había pronosticado Arenales, la inacción, las enfermedades y la desmoralización lo consumían. Lima se había convertido en la Capua de los libertadores, y el Aníbal de los Andes languidecía como el vencedor de Canes, bien que como se ha dicho no fuese el placer sino sus dolencias físicas lo que embotaba sus fuerzas. Todo parecía entregado á la acción lenta del tiempo, en el doble sentido de la acción eficiente y de la descomposición recíproca de los elementos que debían concurrir á ella. Mientras tanto, los jefes murmuraban y conspiraban, y Cochrane al frente de la escuadra de Chile se resistía á ser absorbido por la atracción que peruanizaba los elementos militares de la expedición libertadora.

En esta situación, los realistas reabrieron las hostilidades, tomando decididamente la ofensiva sobre Lima.

II

Mientras los independientes permanecían en la inacción reconcentrados en Lima, descuidando las operaciones militares, los realistas se rehacían en la sierra con un tesón que hace grande honor á los jefes que los dirigían. Dueños de un país militarmente fuerte por la naturaleza del terreno, salubre y abundante en recursos; con una opinión á su favor, á que daban tono los escarmientos de que había sido teatro y la retirada de las armas independientes así de la sierra como de la costa del sud, el general La Serna estaba en actitud

de volver á tomar la ofensiva á los cincuenta días de haber evacuado casi deshecho la capital del Perú. La idea de volver á Lima, no era popular en el ejército realista : el recuerdo de las pestes de la costa, de las miserias sufridas allí y del terrible paso de la cordillera en pleno invierno, lo amedrentaba, además de que la operación se consideraba muy arriesgada (1). Pero la plaza del Callao, con una guarnición numerosa — 2,000 hombres, — que interesaba salvar, y escasa de víveres, tendría necesariamente que rendirse por hambre si era abandonada, y el virrey había prometido socorrerla. Por otra parte, existía allí un gran depósito de armamento, de que carecían las tropas del rey, bloqueadas como estaban en medio del continente. Si la expedición lograba penetrar á la plaza sin combatir, podría extraerse la guarnición y el armamento, é inutilizar las fortificaciones en último caso; y si la ocasión se presentaba propicia, era factible decidir la cuestión en una batalla con probabilidades de buen éxito, aun cuando se arriesgase algo. Estas consideraciones prevalecieron y la expedición quedó decidida (2).

El general Canterac, llevando por jefe de estado mayor al coronel Valdez, fué encargado de ejecutar la difícil operación, con una columna selecta del ejército de las mejores y más probadas tropas realistas, compuesta de 2,500 infantes, 900 jinetes y 9 piezas de artillería. El virrey, con el resto de su ejército, debía permanecer en Jauja. El 25 de agosto (1821) movióse Canterac y atravesó en masa los Andes de oriente á occidente, descendiendo por la quebrada de San Mateo con dirección á Lima, sin encontrar en su tránsito un solo enemigo. En Santiago de Tuna, á 83 kilómetros de la

(1) Camba : « Memorias », t. I, pág. 413.
(2) Camba : « Memorias », etc. t. I, pág. 414. — Torrente : « Hist. de la Revol. H. A. », t. III, pág. 175-176.

capital, dividió su fuerza en dos columnas, dándoles por punto de reunión la Cienaguilla sobre el río Lurín, como á 30 kilómetros al sud de Lima. La columna de la izquierda á órdenes de Loriga, con el grueso de la caballería, tomó la quebrada contigua del Espíritu Santo, que conduce al valle de Lurín, y en su tránsito batió un destacamento patriota, tomándole 26 prisioneros y haciéndole como 50 muertos. La columna principal continuó su marcha durante el día hasta el promedio de la quebrada de San Mateo, con el objeto de persuadir al enemigo que era su ruta para descender al valle del Rimac; pero en la noche se inclinó sobre su izquierda en busca de la del Espíritu Santo, que conduce á la Cienaguilla. Con ciega temeridad se lanzó á rumbo, sin conocimiento del terreno, por un camino hasta entonces nunca transitado, en que se despeñaban los jinetes con sus caballos y la infantería rodaba por sus ásperas pendientes hasta el fondo de los precipicios. La impopularidad de los españoles era tal, que según confesión de uno de sus historiadores, no pudieron encontrar un solo guía en todo el país. Al amanecer el día 4 encontróse la columna en medio de las áridas fragosidades de la montaña, sin senda practicable, en un terreno arenoso, sin agua y bajo el sol abrasador de los 12° de la equinoccial. La sed empezó á acosar á hombres y bestias. Para mitigarla, algunos mascaban balas de plomo ó la corteza de los arbustos que por acaso encontraban, y otros bebieron hasta sus propios orines. Llegó un momento en que la voz de mando de sus jefes fué desoída. Los soldados, exánimes unos, estropeados otros, se tendían en el suelo, prefiriendo la muerte á dar un paso más. Al aproximarse al río de Lurín, cuando apenas faltaban dos kilómetros para llegar á él, se ofreció un grado á nombre del rey al primero que encontrase agua, y no hubo uno solo que se moviese. Dos compañías habrían bastado en aquel momento para rendir toda la infantería expedicionaria. Canterac, que llevaba la cabeza de aquella dispersión produ-

cida por su imprudencia, fué el primero que descubrió el agua, después de una desesperada marcha de 50 kilómetros. Esta nueva reanimó los espíritus, y se estableció un servicio de cantimploras llenas de agua, que alcanzaban á los más postrados, llegando una de ellas á Valdez, que cubría la retaguardia de la columna, en momentos en que iba á perecer de sed. El 5 estaban las dos columnas reunidas en la Cienaguilla, con algunas pérdidas de desertores, muertos ó estropeados. Los soldados españoles en su enérgico lenguaje, bautizaron por antítesis á la quebrada del Espíritu Santo, con el nombre de la « Bajada de arrastra-culos » (3).

III

San Martín al recibir la noticia de la invasión, en la noche del 4 de setiembre, hallábase en el teatro, y la anunció desde su palco á los espectadores, llamando al pueblo á las armas, y pidióle orden y unión para triunfar en los momentos en que iba á decidirse de la suerte del Perú. En medio de un gran entusiasmo, entonóse la nueva canción patriótica decretada por el Protector, por los jefes del ejército que se hallaban presentes, haciendo el pueblo coro, y todos prorrumpieron en vivas estruendosos. Mal preparado San Martín para la ofensiva, y apenas para la defensiva aun contra fuerzas inferiores en número, pero de mejor calidad que las suyas, expidió al día siguiente una proclama sin bríos, que indicaba una

(3) Para relatar esta parte, nos hemos guiado por los documentos é historiadores españoles : 1.° Parte de Canterac de 30 de setiembre de 1821 inserto en el « Boletín del Ejército Nacional (español) de Lima », núm. 15. — Camba : « Memorias », t. I, cap. XVIII. — Torrente : « Hist. de la Revol. H. A. », t. III, cap. VIII.

resolución pasiva más bien que una decisión heroica ó una confianza deliberada. Su ignorancia de los movimientos era tal, que el mismo día en que los españoles se concentraban en el valle inmediato de Lurín (5 de setiembre), él sólo anunciaba la presencia de dos avanzadas de 300 y 200 hombres en la quebrada de San Mateo. « Los bravos que liberta- » ron á Lima, decía, sabrán preservarla del furor del ejército » español. Mis tropas no os abandonarán. Vamos á triunfar » de ese ejército que viene sediento de sangre y propiedades, » ó á perecer con honor. Nunca seremos testigos de nuestra » desgracia. Unión, tranquilidad y eficaz cooperación es lo » que necesito para asegurar al Perú su felicidad y su esplen- » dor ».

Sus obras fueron mejores que sus palabras. Su actitud resuelta y serena y sus bien calculadas medidas militares, infundieron confianza, y eficazmente ayudado por Riva Agüero, gobernador civil y tribuno de la plebe, logró entusiasmar al pueblo á fin de hacerlo concurrir á la defensa de sus hogares amenazados. La milicia se reunió en sus cuarteles y acudió la de los alrededores, aunque sin armas ; los sacerdotes arengaban á la multitud en las calles con el crucifijo en una mano y el puñal en la otra ; las murallas de la ciudad fueron cubiertas por los voluntarios, confiando la guarda de las portadas á oficiales veteranos con los grupos mejor armados y organizados de la milicia cívica. « Todo lo demás era jarana », según la expresión de Monteagudo, y lo repite un historiador peruano (4). Era todo lo que se necesitaba para asegurar su base de operaciones contra un golpe de mano y producir efecto moral. Canterac al saber la decisión de Lima,

(4) Cartas de Monteagudo de 5 á 15 de setiembre de 1821. M. S. S. cit. por Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », pág 207 y catálogo de M. S. S. núm. 239.

desistió de todo intento contra la población, y se limitó á maniobrar, tomando por objetivo el Callao.

El núcleo sólido de los combatientes patriotas, lo formaba el ejército chileno-argentino, que aunque disminuído por la deserción y las enfermedades, y llenadas sus bajas con reclutas, conservaba siempre su antiguo espíritu. Numéricamente era superior al ejército invasor, pero inferior en la calidad de las tropas. En cuanto al mando, puede decirse que estaban equilibrados. Canterac, con su audacia y habilidad, se mostró digno émulo del genio militar de San Martín. El ejército independiente, sin contar las comparsas militares que sólo hacían bulto para el efecto teatral, é incluyendo la guardia cívica de la ciudad, regularmente armada y organizada y un cuerpo de línea peruano de reciente creación, constaba de 5,870 hombres, de los cuales 2,125 militaban bajo la bandera argentina, 1,595 bajo la chilena y 1,410 eran peruanos (5).

---

(5) Stevenson en su « A hist. and descript. narrat. » etc., ha dicho, y Cochrane lo ha repetido en sus « Memorias », que el ejército de San Martín en esta ocasión « se componía de 12,000 hombres, *incluso las gue-» rrillas* », siendo los únicos que tal aseveran con el objeto de hacer aparecer al general como tímido ó incapaz. La misma exageración refuta por sí misma el desautorizado aserto. El general más vulgar, al frente de tres hombres contra uno, no habría trepidado en probar la suerte de las armas; y si hubo excesiva prudencia, no fué por exceso de fuerza. El mismo traductor de las « Memorias » de Cochrane, que siempre apoya sus asertos, lo rectifica esta vez, fundándose en un estado de fuerza comunicado por el general peruano Mendiburu, historiador y coleccionista de documentos originales. Hé aquí, según ese estado, el detalle de las fuerzas regulares con que contaba San Martín en esta ocasión : — ARGENTINOS : Batallón núm. 7 de los Andes, 560 plazas ; — Bat. núm. 8 de idem, 460 ; — Bat. núm. 11 de idem, 325; — Artillería de los Andes, 180; — Granaderos á caballo de los Andes, 350; — Cazadores á caballo de los Andes, 250. — *Suma*, 2,125 plazas. — CHILENOS : Bat. núm. 2 de Chile, 260; — Id. núm. 4 de idem, 615; — Id. núm. 5 de Chile, 390; — Artillería de Chile, 330; — *Suma*, 1,595. — PERUANOS : Bat. núm. 1 del Perú, 350; — Cívicos de infantería de Lima (guarnición de la ciudad), 1,000; — Escolta del Protector, 60. — *Suma*, 1,410. — Á más, Batallón Numancia, 740 plazas. — *Total general* : 5,870 hombres, incluso guardia nacional organizada.

El Protector concentró su ejército de operaciones argentino-chileno-peruano, de 4,800 hombres, tres kilómetros al sud de las murallas de la capital. Tendió su primera línea con frente al sud-este, cubierto por el río Surco, afluente del Rimac, que aunque de poca anchura, sólo era vadeable entonces por tres puentes, á causa de sus bordes escarpados y rápida corriente. En esta actitud cerraba los caminos del sud y del este de Lima y amagaba por el flanco el del Callao. Su flanco izquierdo se apoyaba en un recodo del mismo río, y el derecho en un relieve del terreno poblado de edificios fuertes en medio de una llanura llamado pampa de San Borja, que cruza el camino real. Su infantería estaba parapetada por tres órdenes de tapias, á que sólo daban acceso estrechos callejones, lo que impedía que pudiese obrar la caballería enemiga. Á su retaguardia, se extendían las alturas llamadas del Pino, que se ligaban con las defensas de la ciudad. La caballería se situó á retaguardia de la derecha, que era el único punto por donde el enemigo podía intentar un ataque ó una marcha de flanco para dirigirse al Callao ocupando los campos de San Borja. Las guerrillas ó montoneras estaban esparcidas en todos los caminos. Canterac reconoció la posición de San Martín, y por confesión propia la consideró inatacable (6). El primer objeto del gerál independiente estaba llenado : que era cubrir la ciudad, contener al enemigo por el frente, cerrarle el acceso del este al pie de la sierra para impedirle contornear su posición, y obligarlo á maniobrar por su izquierda encerrándose sobre la faja árida de la costa en el pequeño triángulo que limita la corriente del Rimac, á menos de tentar un ataque sobre el flanco derecho de los patriotas, que era el más débil una vez

(6) Parte oficial de Canterac, cit.

salvado el obstáculo del río Surco. Esto fué lo que hizo Canterac, porque era lo único posible (7).

El general español, desistiendo de todo ataque por el frente y la espalda, formó el día 9 á las 7 de la mañana en tres columnas paralelas: la de la derecha con su caballería, la del centro con la infantería y artillería y la de la izquierda con los bagajes, cubriendo la retaguardia con un escuadrón. En esta disposición, emprendió una marcha de flanco sobre su izquierda costeando á la distancia el río Surco. Al llegar á la altura del tercer puente situado á dos tiros de cañón de la derecha patriota, varió rápidamente á su derecha y desembocó en la espaciosa llanura de San Borja, que ocupó la caballería primero y sucesivamente la infantería, pasando por los claros de la primera para tomar la primera línea, que se estableció sólidamente parapetada de unos tapiales que flanqueaban el camino real. San Martín, que había previsto este movimiento, hizo un cambio de frente central, retirando su derecha, que apoyó en las alturas del Pino, y avanzó su izquierda, cubierta siempre por el río Surco, en un terreno que se desenvolvía en anfiteatro, á cuyo pie se extendían otras tres órdenes de tapias como las que anteriormente resguardaban su infantería. De este modo, ambos ejércitos volvieron á quedar formados en orden paralelo. En esta disposición permanecieron observándose, sin intentar ningún movimiento por una ni otra parte, hasta las 3 de la tarde.

---

(7) El mismo Canterac lo declara en su parte oficial antes citado: « Como sin una gran desventaja no podía atacarse al enemigo por su » frente, resolví marchar por líneas por el flanco izquierdo, aparentar » dirigirme á Surco, y de pronto variar la derecha y apoderarme de » los campos de San Borja, y puesto en ellos atacarlo por su flanco » derecho si permanecía en la misma posición que ocupaba. Me parecía » expuesto este movimiento, pues que á la distancia de dos tiros de » cañón del enemigo era preciso pasar dicho río y desembocar por un » solo puente; pero era indispensable practicarlo para interponernos » entre el enemigo y el Callao y poder comunicar con éste ».

Á esta hora, el ejército independiente empezó á desfilar por su derecha, y tendió una nueva línea, apoyando su izquierda en las alturas del Pino y su derecha sobre las murallas de Lima, amagando la izquierda enemiga, para obligarlo á atacar con desventaja ó encerrarse forzosamente en el triángulo del Callao. Canterac, operó al anochecer un cambio de frente perpendicular, rehuyendo su derecha y avanzando su izquierda, y dió frente á Lima. Así se pasó la noche.

En la mañana del 10, apareció el ejército de San Martín con su derecha avanzada, flanqueando el camino de Lima al Callao. Canterac, temiendo que los caminos de su retaguardia fuesen interceptados, emprendió definitivamente su marcha hacia la costa, para situarse bajo el amparo de los fuegos de los castillos del Callao (8). San Martín, al ver moverse las columnas españolas hacia el triángulo estratégico previsto en su plan defensivo-ofensivo, restregóse las manos, como lo hacía toda vez que estaba satisfecho ó decía algo con marcada intención, y exclamó en su estilo cortado, dirigiéndose á Las Heras, que estaba á su lado, á caballo como él: — « Están perdidos! El Callao es nuestro! No tienen víveres » para quince días. Los auxiliares de la sierra se los van á » comer. Dentro de ocho días, tendrán que rendirse ó ensar- » tarse en nuestras bayonetas » (9). En ese momento se hizo sentir un murmullo en el campo, y poco después se presentaba Cochrane á caballo. Las Heras que se adelantó á recibirlo, le pidió se esforzara en persuadir al general que atacase. El

---

(8) Es el mismo Canterac quien lo dice en su citado parte: « Viendo » á las 10 de la mañana del 10 que el enemigo no indicaba querernos » atacar, y que podía correrse á Bellavista y hacernos más difícil nues- » tra comunicación con el Callao... acampé las tropas bajo los fuegos » del Real Felipe ».

(9) El mismo general Las Heras nos ha relatado esta escena, de que fué testigo el coronel Pedro José Diaz, quien nos la confirmó con otros detalles interesantes.

almirante, que estaba siempre por las resoluciones atrevidas y se avenía mal con el sistema espectante de San Martín, cogióle de la mano y le instó encarecidamente en tal sentido : pero recibió por única respuesta : « Mis medidas están tomadas ». Un campesino se acercó al general poco después, trayéndole noticias de los movimientos del enemigo, y calculadamente ó porque le interesara, escuchaba con atención sus divagaciones. Cochrane, impacientado, increpó al campesino, diciéndole que el tiempo del general era muy precioso para emplearlo en escuchar tonteras. San Martín miró al almirante con ceño adusto ; dió vuelta al caballo sin decir una palabra, y se dirigió á su alojamiento. Cochrane solicitó entonces una audiencia, y volvió á insistir en el ataque, rogándole no perdiese aquella oportunidad, y hasta se ofreció á ponerse personalmente á la cabeza de la caballería. La respuesta del Protector fué : « Yo solo soy responsable » de la suerte del Perú ». — Esta fué la última vez que se vieron en la vida San Martín y Cochrane (10).

El general de los Andes jugaba su última partida de ajedrez militar sobre el tablero del Rimac, haciendo mover según sus cálculos las masas propias y ajenas. Y como quien mueve sucesivamente los peones, los caballos y las torres para dar jaque-mate, adelantó su ejército hasta el promedio del camino de Lima al Callao, que era un verdadero desfiladero, cortándolo en el punto medio denominado La Legua ó Tambo de Mirones, y apoyó su derecha sobre el Rimac. Allí levantó una batería, con dos parapetos laterales, que artilló con 6 cañones de batalla y 2 obuses. La operación de la sierra había fracasado, el Callao estaba perdido irremisiblemente por los realistas, y el ejército de Canterac en riesgo inminente de perderse totalmente.

---

(10) Véase : « Memorias de lord Cochrane », pág. 175-177.

IV

El éxito de la operación de Canterac dependía de abastecer de víveres las fortalezas del Callao, y éstos no podían sacarse sino de Lima apoderándose de la ciudad, ó bien dominando sus alrededores del este y del norte para proveerse de ganados. Lo primero era imposible, sin vencer el ejército de San Martín. Para lo segundo, le estaban cerrados todos los caminos. Así lo comprendió Canterac, y desde entonces sólo pensó en la retirada, abandonando el Callao á su suerte (11).

En los primeros días de setiembre, el gobernador del Callao, La Mar, había celebrado una junta de guerra con el objeto de disminuir la ración, en vista de la escasez de víveres; pero se acordó no hacer innovación á la espera del auxilio prometido por el virrey. Así, al ver aparecer bajo sus muros el ejército expedicionario de la sierra, la esperanza renació en la guarnición. Pero pronto, el júbilo se convirtió en desesperación al saber que los auxiliares no traían recurso alguno, y que eran otras tantas bocas hambrientas que iban á devorar

---

(11) En su parte oficial ya citado, dice Canterac : — « Proveer de » víveres al Callao sacándoles de Lima para poder continuar su defensa, » no era posible, pues para ello era preciso antes batir al ejército (de » San Martín), operación en extremo aventurada contra un enemigo que » tenía reunidas sus fuerzas, en una posición naturalmente fuerte, y en » la que no podía obrar nuestra caballería, no reconociendo en mi » posición otro punto de retirada en caso de desgracia que la misma » plaza del Callao, y falta ésta de víveres, era consiguiente la pérdida de » mis tropas y la del Perú. Como mi división carecía absolutamente de » todo artículo de subsistencia, y para la caballería y mulas ya no había » forraje en la inmediación de los fuertes del Callao, tuve por indispen- » sable moverme alejándome de ellos ».

en pocos días sus escasas provisiones. Para este caso, Canterac tenía instrucciones del virrey de arrasar las fortificaciones y recoger su guarnición, extrayendo de los depósitos el mayor número de armamento posible. El general La Mar se opuso á tal medida, haciendo presente, que esto equivalía á entregar á discreción á los españoles refugiados con sus familias en los fuertes, y se desistió del intento. Entonces se procuró abastecer la plaza por medio de una contrata con varios comerciantes ingleses, que se ofrecieron á introducir víveres por agua, mediante el abono de 500,000 pesos, pagaderos 100,000 al contado y 400,000 en las cajas de Arequipa (12). Las cajas reales del Callao estaban casi exhaustas por efecto del rigoroso bloqueo marítimo y terrestre, así es que fué necesario acudir al peculio particular de los refugiados y de los jefes y oficiales, y para llenar el cupo, la misma tropa de Canterac tuvo que devolver 2,000 onzas de oro que había recibido á cuenta de sus sueldos (13). Antes de abandonar el Callao á su suerte, discutióse en junta de guerra la idea de atacar el ejército independiente en sus posiciones, estable-

---

(12) Paz Soldán dice, en su « Hist. del Perú Indep. », que las cantidades estipuladas fueron 100,000 pesos al contado y 400,000 en libranzas; pero Camba en sus « Memorias », que formaba parte de la expedición de Canterac y fué uno de los contribuyentes, asegura que la cantidad al contado fué sólo de 80,000 pesos.

(13) Stevenson ha dicho en su « Hist. Narrat. » y Cochrane ha repetido en sus « Memorias », recalcando sobre el punto, que los españoles extrajeron del Callao el inmenso tesoro que tenían depositado allí, el cual hace ascender á 20 millones de fuertes. Como se ve, lejos de extraer ningún dinero, los españoles dejaron el que habían traído de la sierra. Camba, en sus « Memorias » etc. t. I, pág. 432, bien informado, dice con este motivo: « Véase cómo aun los extranjeros entendidos suelen » escribir de las cosas de España que ellos mismos presencian. Lejos de » haber extraído Canterac *armas y tesoros* del Callao, quedaron en ella » cinco piezas de artillería de las siete que había sacado de Jauja, y » 2,000 onzas de oro que se habían repartido, y el dinero particular de » algunos jefes y oficiales, para que tuviera efecto la contrata de víveres » entablada para abastecer la plaza ».

ciendo baterías de grueso calibre sobre su línea; pero excepto tres jefes, todos los demás opinaron por la retirada, y así quedó acordado. Al principio se pensó que cada soldado, además de sus armas, condujese colocado á la espalda un fusil, á fin de extraer algún armamento; pero no sólo se desistió de este propósito, sino que se resolvió que de las siete piezas de montaña que habían bajado de la sierra, se dejasen cinco en el Callao para aligerar la marcha. La posición de los realistas era crítica. La deserción empezaba á pronunciarse en sus filas: en dos días se pasaron á los independientes ocho oficiales y 200 soldados (14). Las cabalgaduras se iban consumiendo. El hambre era la única perspectiva que se les presentaba. Tres días más de inacción, y hasta la retirada era imposible, y tenían que capitular sin combatir. Canterac, tomando consejo de su resolución y confiado en la solidez de sus tropas, decidió retirarse por camino opuesto al que había traído, por una atrevida marcha de flanco, fiando la salvación á los pies de sus soldados, pero resuelto á combatir si era necesario para ganar la sierra.

El 16 á las 4 de la tarde, el ejército expedicionario de la sierra, vestido de gala, se movió en masa del Callao, y avanzó sobre el camino de Lima en campo abierto dando vivas al rey. Canterac, con una división ligera y sus dos piezas de montaña, hizo un amago de ataque sobre la posición de La Legua, para ocultar su movimiento retrógrado; pero se mantuvo fuera del tiro de cañón. Mientras tanto, el grueso de su ejército desfilaba á retaguardia por su izquierda á banderas replegadas, vadeaba el Rimac á inmediación de la playa en Bocanegra, y se ponía en salvo, tomando la dirección del norte. Al ponerse el sol, la división destacada seguía el movimiento

(14) Carta de San Martín á Cochrane de 16 de setiembre de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LX.)

general, cubriendo la retirada. Á esa hora se hizo sentir un cañoneo. Era un bergantín de la escuadra chilena, que barría el camino de la playa, y hacía fuego sobre la columna española, causándole algunos muertos.

Canterac, protegido por las sombras de la noche, vióse obligado á seguir el camino de la costa del mar, por un terreno montuoso y pedregoso, en que se le inutilizaron sus cabalgaduras, maltratándose los soldados, que con el cansancio y el hambre empezaron á perder sus bríos; pero tenía que esquivar su flanco derecho amenazado, y esto le hizo apresurar su marcha, dejando muchos rezagados. El 17 al amanecer se posesionó del valle de Carabaillo, como á 15 kilómetros al norte de Lima, por cuyo fondo corre el río Chillón que baja de Canta, y conduce al paso de la cordillera camino de Jauja. Aquí hizo alto y se proporcionó algunas reses para comer, descansando en tanto de sus fatigas.

V

San Martín había presenciado el desfile de Canterac desde la batería de Mirones. Impasible y silencioso, asistía á un nuevo triunfo sin combate, perseverando en su nuevo sistema de guerra de *victor sine sanguine*. Su ejército ardía en deseos de pelear, y creía segura la victoria; pero después de la escena con el almirante Cochrane, nadie se atrevía á darle consejos. Si obraba por exceso de prudencia, orgullo ó desconfianza, al permanecer en esta actitud pasiva con las armas descansadas, lo examinaremos después; pero este habría sido el momento de arriesgar algo, aprovechando la oportunidad para completar el triunfo, ya asegurado en gran parte. San Martín, fija su atención en la rendición del Callao, que de suyo se rendía, hizo las cosas á medias, y tardíamente des-

prendió á Las Heras (17 de setiembre) con el grueso del ejército en persecución de Canterac.

La persecución, no bien combinada, floja en un principio, é imprudente al fin, brindó al enemigo algunas ventajas en su retirada. El 18, se hallaba el ejército perseguidor á tres kilómetros de Canterac, situado en Macas, en la prolongación ascendente de la quebrada de Carabaillo. Los partes oficiales de Las Heras acusan cierta irresolución. « Los enemigos (escribe el 18 á las 9 de la mañana), acamparon anoche en » Pueblo Viejo. Á las 7 de esta mañana, aun no se habían » movido, y yo marcho sobre ellos consecuente á las órdenes » de V. E. » Á las 3 de la tarde del mismo día, decía : « Ha » resultado que la verdadera posición del enemigo, era la de » San Lorenzo, sobre un cerro. Cargado por nuestras guerri- » llas por su derecha, hizo una salida con una columna de » infantería y mucha parte de su caballería, rechazando to- » das nuestras guerrillas. Me vi en la necesidad de reple- » garme y proteger la dispersión con toda nuestra caballería. » Nuestros montoneros se han rehecho. Pareciéndome sos- » pechosa, como asimismo fuerte su posición, he determi- » nado que el ejército permanezca en los puntos que ocupa » hasta que decida completamente el enemigo su movimien- » to ». Á las 9 de la noche del mismo día : « Al fin decidió el » enemigo un movimiento á las 4 1/2 de la tarde, corrién- » dose sobre su izquierda. En su consecuencia, la posición » que ocupamos es la mejor, como asimismo para perseguir- » lo, según pienso » (15). Al día siguiente (19 de setiembre), Las Heras no había emprendido ningún movimiento decisivo, ni tenía un plan hecho de persecución (16). Á la altura de

---

(15) Ofis. de Las Heras (son cinco) de 18 de setiembre de 1821. M. S. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LX.)

(16) Cartas de Las Heras á San Martín (son dos) de 19 de setiembre de 1821, á las 6 y 9 de la mañana. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. LX.)

Caballeros, á 47 kilómetros de Lima, desistió de continuarla en masa, y desprendió á vanguardia la división de Míller, compuesta de 700 infantes, 125 granaderos á caballo y 500 montoneros, que después de un retardo de diez horas, sólo se movió á las 9 de la mañana del 20 (17).

Un esfuerzo vigoroso habría dado en aquellos momentos un triunfo completo al ejército independiente; pero la inacción en Lima había relajado su fibra, y además estaba sordamente trabajado por causas que á su tiempo se explicarán. El ejército de Canterac se le deshacía entre sus manos. Precisamente, el día 18, al tiempo de rechazar en San Lorenzo el ataque desconcertado de los independientes, se le desertaron 30 oficiales y 500 soldados de las tres armas (18). Los españoles, según confesión propia, habían perdido casi la mitad de su infantería (19). Al emprender Míller su marcha, se le presentaron 100 pasados más de los realistas (20). Alucinado, ó como se ha creído generalmente, á causa de la grave enfermedad de tercianas contraída en la expedición de puertos, que por momentos le privaba de calcular con exactitud lo que convenía, se lanzó en una persecución temeraria, pretendiendo no sólo hostilizar la retaguardia del enemigo, sino también contener su marcha hacia la sierra. Con tal objeto, en la madrugada del 22, trató de apoderarse de la altura de Porochuco; pero al llegar á su cumbre, después de una fatigosa mar-

(17) Míller: « Memorias », t. I, pág. 326.
(18) Míller: « Memorias » t. I, pág. 326.
(19) Camba: « Memorias », etc., t. I, pág. 429.
(20) En su parte oficial citado, dice Canterac: « Desde este día (18 de » setiembre) me vi precisado á abandonar la idea de volver al Callao, y » me decidí á alejarme cuanto antes de Lima, pues la más inaudita y » escandalosa deserción de más de 30 oficiales y 500 soldados de todas » armas, iba á exponer á un grande contraste las tropas de mi mando. » En este compromiso, que tanto minaba mi fuerza y me ponía al borde » de otros males, resolví replegarme sobre la sierra ».

cha de 10 kilómetros, le salió al encuentro una emboscada mandada por el brigadier Monet, que lo obligó á replegarse, con algunas pérdidas. El 23 se adelantó de nuevo Míller hasta Huamantanga, y tomando la izquierda del enemigo, pretendió cerrarle el camino de la montaña con 400 cazadores, sostenidos por una columna de reserva. Á las 11 de la mañana se trabó de nuevo el combate. Los españoles cargaron con denuedo. La división de Míller fué desalojada de la fuerte posición que ocupaba, dejando en el campo armas, muertos y prisioneros. Este fué el último zarpaso del león en retirada. Aquí terminó la persecución. Míller se limitó desde entonces á hostilizar la retaguardia del enemigo con partidas volantes de caballería, y acompañó á la columna fugitiva hasta pasar la cordillera, donde encontró el cadáver del famoso coronel Sánchez, el héroe de San Carlos y Chillán en Chile, abandonado en una choza por sus compañeros de armas (27 de setiembre).

Treinta y cinco días después de haber emprendido Canterac su expedición (1.° de marzo) estaba de regreso en Jauja, deshecho, con un tercio menos de la fuerza que había sacado, y dejando perdida la plaza que había ido á salvar. Empero, el general español acreditó en esta ocasión las dotes de un consumado táctico, y de un general intrépido en medio de los grandes peligros que lo rodearon, á que supo sobreponerse, salvando el honor de sus armas y sus últimos soldados.

VI

Aislado el Callao y abandonado á su suerte, con sólo tres días de víveres, San Martín le intimó rendición, ofreciendo respetar las personas y los equipajes. El general La Mar, aceptó la proposición para tratar, proponiendo por su parte

una suspensión de hostilidades; pero pidió cerciorarse del estado el ejército realista en retirada, antes de entrar á negociar. San Martín le contestó : « Como hombre público y privado he tenido siempre derecho á ser creído. Los jefes del » ejército español se equivocaron en los cálculos y han tenido que retroceder á la sierra desorganizada toda su fuerza » y huyen perseguidos. Si esta explicación aun requiriese » más autenticidad, un oficial de la guarnición del Callao » puede venir á informarse de ella ». La Mar replicó : « No » me considero en el caso de haber ofendido su delicadeza, » dejando de dar crédito á sus aserciones, pero permítame » manifestarle, que en situación como la mía no es nueva » toda detención de esta especie sin nota de agravio. Bajo » este concepto y de la misma invitación que se sirve hacerme, pasa el brigadier don Manuel Arredondo á hablar con » algunos de los oficiales del ejército nacional ». Cerciorado La Mar de que nada tenía que esperar, formuló sus capitulaciones de acuerdo con una junta de guerra, con arreglo á la intimación del vencedor, recomendando á su generosidad « la » benemérita guarnición del Callao » y la población refugiada bajo su amparo.

Por parte del Protector fué comisionado para tratar el coronel Tomás Guido, nombrando el gobernador de los castillos al brigadier Arredondo y al capitán de navío José Ignacio Colmenares. Estipulóse en consecuencia una capitulación honrosa para vencidos y vencedores. La guarnición debía salir por la puerta principal de las fortalezas con todos los honores de la guerra, dos cañones y bandera desplegada. La tropa veterana que voluntariamente lo quisiera, podría transportarse á uno de los puertos de intermedios y reunirse al ejército de Arequipa, pero no á ningún otro punto. Los milicianos, se restituirían á sus hogares. Los generales, jefes y oficiales, empleados de hacienda y marinos, serían tratados con dignidad, pudiendo usar de su uniforme y espada por el

término de tres meses, en que se restituirían á España si así lo prefiriesen, con facultad de disponer de sus bienes. Se pactó el olvido recíproco de las opiniones y servicios prestados á los distintos gobiernos. Bajo estas condiciones, se convino, que las fortalezas se entregarían por inventario, y que las capitulaciones se ejecutarían por una y otra parte á las dos horas de ratificadas. La Mar pretendió introducir un artículo, permitiendo extraer del Callao 4,000 fusiles con bayonetas y fornituras, 200 mil cartuchos y catorce piezas de artillería de campaña con su correspondiente dotación de municiones; pero fué negado. Por un artículo secreto adicional estipulóse, que los jefes y oficiales sueltos de la plaza, podrían trasladarse al destino que tuviesen por conveniente, auxiliándolos el gobierno peruano con lo necesario para el transporte de sus familias y equipajes (21). El día 21 de setiembre (1821) se enarboló la bandera peruana en los castillos del Callao, perdiendo el rey de España su última almena al sud del continente americano. La Mar, que en su calidad de criollo simpatizaba en el fondo con la causa de la independencia, renunció en manos del virrey su grado y honores, pero por el momento se retiró á la vida privada.

El general de los Andes, libertador de Chile y del Perú, triunfaba así sin combatir, y conservaba intacto su ejército, fiel al plan sistemático de campaña que se había propuesto: realizando, según la expresión que hace suya un historiador peruano, « el fenómeno más extraordinario en la guerra : » derrotar un ejército poderoso, con la fuerza sola de la opi-

(21) Documentos sobre las capitulaciones del Callao en 1821, que se componen de la correspondencia oficial y confidencial de San Martín con La Mar en los días 17 á 19 de setiembre: credenciales respectivas, capitulación propuesta por La Mar y capitulaciones definitivas concedidas, modificadas ó negadas por San Martín, y en pliego separado, el artículo secreto. (Archivo San Martín. vol. LX). M. S. S. orig.

» nión y de la táctica, sostenido con ardides bien maneja- » dos » (22). La más formidable fortaleza de la América del Sud estaba en su poder, con centenares de piezas de artillería de plaza y campaña, millares de fusiles y grandes depósitos de municiones; una guarnición de cerca de dos mil hombres se había rendido y como mil hombres de la expedición de la sierra que pretendió salvarla, habíanse dispersado ó pasado á su bandera; los ejércitos realistas, enflaquecidos y sin armas, estaban aislados en las montañas del Alto y Bajo Perú, en impotencia absoluta para retomar la ofensiva; y dueño de la mitad del territorio y de toda la costa del Pacífico, sin temor de que nadie le disputase su dominio, podía dirigir libremente sus armas hacia el norte para libertar á Quito, respondiendo á la demanda de Bolívar, y volver con nuevos recursos á terminar la guerra continental en su último teatro. Una gran batalla campal no le habría dado más con menos pérdidas. Pero el papel de Fabio Cunctator, impone al que lo ensaya la obligación de triunfar, y aun triunfando, la opinión suele negarle la gloria del vencedor, confundiendo la prudencia con la pusilanimidad. El general que toma por atributo de combate el escudo con preferencia á la espada, confiesa en el hecho su impotencia para cortar el nudo, y sus ventajas negativas humillan el orgullo de sus soldados, como sucedió al dictador romano, cuando desde sus posiciones atrincheradas veía al enemigo á su frente dueño de un campo que no le disputaba.

El sistema de guerra adoptado por San Martín, dados los escasos elementos con que se lanzó á la atrevida empresa de libertar el Perú, había sido prudente y necesario, y producido grandes resultados; pero sin obtener ninguna ventaja decisi-

---

(22) Véase Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. », pág. 211.

va. El problema de la guerra quedaba siempre insoluble. Los medios triunfos, y sobre todo los que se alcanzan sin el concurso activo de los soldados, y dejan las cosas más ó menos como estaban antes, no satisfacen á nadie, y con frecuencia se vuelven contra su autor, porque siempre se supone que pudieron ser más grandes peleando. Tal había sucedido á San Martín al tiempo de la ocupación de Lima, y tal le sucedía al rendirse las fortalezas del Callao y retirarse deshecha la expedición de la sierra por sus hábiles maniobras sin disparar un tiro. Ganó la fama de gran táctico; pero comprometió su renombre de general resuelto, que sabe combinar sus cálculos metódicos con las inspiraciones del campo de la acción, en los momentos decisivos en que la fortuna brinda la corona ensangrentada del triunfador al coraje de generales y soldados.

VII

Todos reconocían que jamás el General se había mostrado más hábil, más dueño de sí mismo y de las voluntades de sus subordinados, pero muchos le acusaban de exceso de prudencia, y aun de timidez, por no haber comprometido el ataque cuando las probabilidades del éxito parecían estar de su lado; ó por no haber buscado más decididamente las ocasiones de obtener una victoria completa. Es un punto histórico que merece examinarse.

La responsabilidad de San Martín es grave por el estado de inacción en que dejó caer la guerra después de la ocupación de Lima y la retirada de la sierra y puertos intermedios. Sus armas se habían destemplado y su inteligencia militar parecía adormecida. Así, al descender la expedición realista de la sierra, no estaba preparado para la ofensiva, y malamente para la defensiva. Pero desde que vuelve á sonar el primer

toque de tambor anunciando la aproximación del enemigo, el general vuelve á ser dueño de sí; todo lo domina y todo lo prevé; infunde á todos entusiasmo y confianza y todos sus movimientos tácticos, perfectamente combinados para alcanzar un resultado preconcebido, revelan el genio del vencedor de Chacabuco y Maipu. Nada fía á la fortuna, y juega su gran partida, moviendo con aplomo magistral, á la manera de piezas de ajedrez, las masas propias y las del contrario, según un plan que se desenvuelve matemáticamente. Sus tropas, aunque algo más numerosas, eran en su mayoría reclutas, y las del enemigo, sólidas y selectas, mandadas por un general eximio, que podía medirse con él, como lo mostró (23). Además, debe tenerse en cuenta, que los realistas tan sólo arriesgaban una división, contando con fuertes reservas que les permitían rehacerse, mientras los independientes jugaban á un albur el único ejército de que dependía la suerte del Perú, y quizás de toda la América. Así, cuando se negó á las instancias de Cochrane para que atacase, en el momento en que Canterac iba á encerrarse en el triángulo estratégico, obraba con acierto y veía claro, pues ese movimiento obligado le aseguraba la rendición del Callao, quedando á su elección en todo caso buscar el combate en mejores condiciones, si así lo quería. Cuando avanzaba hasta Mirones y cerraba el camino del Callao á Lima, procedía con igual acierto, en el supuesto de que el enemigo pretendiera mantener una posi-

---

(23) Todos los generales que concurrieron á aquella campaña, á quienes he consultado sobre el particular, y especialmente á Las Heras, Guido, Olazabal, Dehesa, Aldunate, Pedro José Díaz y otros, eran de opinión, que á pesar de la superioridad numérica de los independientes, que no era mucha, — 1,500 hombres á lo sumo — la calidad superior de las tropas españolas, hacía muy dudosa una batalla. Por eso Canterac la provocaba en campo abierto, [y San Martín se limitaba á esperarla en sus fuertes posiciones, manteniéndose á la defensiva y maniobrando con seguridad ofensivamente.

ción insostenible ó se rindiese al fin, ó que desesperado se lanzara sobre sus fuertes posiciones, aceptando entonces el combate con la seguridad de triunfar. Hasta aquí la prudencia sanciona la conducta de San Martín, y lo reconoce como el primer táctico de la América del Sud en su tiempo.

Pero una vez ejecutado el plan táctico, que daba por resultado determinar las últimas posiciones estratégicas en las situaciones extremas, había que prever el caso de la acción para la defensa ó el ataque y debió y pudo prepararse todo en consecuencia. Encerrados los realistas bajo las murallas del Callao, sin víveres ni forrajes, San Martín debió prever, que con generales tan resueltos y avisados como Canterac y Valdez, no podía esperar ni una rendición cobarde ni un ataque á la loca, antes de ensayar otras medidas de salvación. Debió prever además la retirada, ya fuese por el camino que había traído el enemigo, ya por el del norte de que era dueño, y que era el más probable. En este punto parece que fallaron las previsiones del gran capitán. Pudo haberse preparado á cerrar estratégicamente el camino de la retirada, previendo la salida como previó la entrada. Pudo prepararse á caer con toda su masa sobre el enemigo en retirada, cuando éste, hambriento y sin esperanzas, se lanzara en busca del camino de la sierra. Pudo, en fin, organizar de antemano metódicamente la persecución, como había organizado la defensiva-ofensiva, hasta reducirlo á hacer lo que él quería y había previsto. Nada de esto se hizo, ó al menos se hizo incompletamente. Cuando el enemigo amagó un ataque, que no podía engañar á un general tan experto como el de los Andes, y emprendió su retirada en desfilada vadeando el Rimac por su embocadura, era el caso de tener prevenida la escuadra sobre la costa para cañonearlo, ó bien salir á batirlo por el flanco que le presentaba á descubierto. Si no quería comprometer batalla formal, pudo anticiparse al enemigo por cami-

nos mejores y más cortos, cerrando la entrada de la quebraba de Carabaillo, con más ventajas que la persecución por retaguardia; ú obligarlo á un combate en las condiciones más ventajosas para él. Emprendida la persecución tardíamente y de mal modo, se hizo sin plan, y no dió sino los resultados que ofrecía la desmoralización espontánea del enemigo, brindándole ventajas parciales en los únicos combates en que se cambiaron balas. Si bien de la ejecución de algunas de estas operaciones son responsables sus subalternos, que no supieron responder á sus planes, la responsabilidad mayor recae sobre él, pues les ordenó perseguir y no pelear, cuando debió ordenarles pelear y vencer, y así como el honor de la jornada era todo suyo, así también debe ser la censura ó el galardón que le toque en lote.

VIII

Estos triunfos, á pesar de no ser decisivos, consolidaban al parecer el protectorado de San Martín, aumentando su popularidad ostensible; pero los cimientos en que se apoyaba, estaban minados por un trabajo subterráneo, y la política exterior que empezó á desenvolver desde entonces, lo divorció de la opinión del país; á lo que se agregaba un fermento de espíritu nacional que conspiraba contra su autoridad moral. El papel de San Martín, como Protector del Perú, es duplo y complejo: hay una parte que es suya, otra que es de mero reflejo, y otra peruana; pero en su conjunto, tiene la unidad del carácter del hombre, de sus ideas políticas y de sus vistas americanas.

La obra reformadora del Perú, que lleva el nombre de San Martín, fué grande y fecunda; pero mero adorno de su corona de libertador, es la obra de sus ministros, — y princi-

palmente de Monteagudo, — que concibieron las reformas y las plantearon. Á él le corresponde su parte como hombre de progreso, animado del anhelo del bien público, con ideas liberales, aparte de lo que era de su especialidad en el orden militar, y además, la mayor responsabilidad ante la historia, respecto de las instituciones ó trabajos políticos que respondían á un plan secreto de organización gubernamental, á cuyo servicio puso conscientemente su poder de acuerdo con sus ministros y su consejo de estado.

El primer semestre del protectorado de San Martín en el Perú, ha quedado como la base fundamental de su organización administrativa y de su constitución política. Por eso ha merecido el título de « Fundador de la libertad del Perú », que la gratitud póstuma le ha dado con justicia. Faltaba al Perú independiente el atributo de la fuerza. No tenía ejército y los ejércitos extraños que lo libertaran, lo defendían dominándolo. Uno de los primeros trabajos de San Martín, fué darle un ejército nacional. Creó con el nombre de Legión Peruana una división de naturales del país, compuesta de un regimiento de infantería, al mando de Míller, otro de caballería al de Brandzen, y una compañía de artillería con cuatro piezas. Se organizó la hacienda pública y se reformó el sistema colonial de comercio, pagando empero su tributo á las erróneas ideas económicas de la época, de que estaba imbuído Unanue. Abolióse el servicio personal de los indígenas, los tributos de capitación, las encomiendas, los repartimientos y las mitas, « como un atentado contra la naturaleza y la libertad. » Se declaró la libertad de vientres, emancipando á los esclavos (cuyo número llegaba á 40,000), que tomasen armas por la independencia. Los azotes en las escuelas quedaron suprimidos. Fundóse una biblioteca nacional, repitiendo San Martín el acto que ha vinculado su nombre en Chile y el Perú á la difusión de las luces por medio del libro. La libertad de imprenta fué organizada, aboliendo la censura

previa, sin más restricciones que las que reclamaban las circunstancias, pero sometiendo en todo caso la calificación y el juicio á la deliberación del jurado. Se abolieron los tormentos y se prohibieron las penas trascendentales. La inviolabilidad del domicilio fué consagrada como « base de buen gobierno ». Estas ideas con sus fórmulas y fundamentos teóricos, eran importaciones de la revolución argentina de que Monteagudo había sido colaborador en el Río de la Plata (24).

Ensanchando el círculo de la vida pública, dictó un nuevo « Estatuto Provisional », que resumía todas las facultades y derechos, en que el dictador se daba su propia regla, ofreciendo, según sus palabras, « lo que juzgaba conveniente » cumplir, nivelando los deberes del gobierno con la ley de » las circunstancias, para no exponerse á faltar á ellos ». Consagrábanse en términos absolutos las garantías individuales ; manteníase la institución de las municipalidades por elección popular ; creaba un consejo de Estado con voto consultivo ; confirmaba la libertad de imprenta, siempre sobre la base del jurado, y fundaba la administración de la justicia independiente « como una de las garantías del orden social », protestando que el poder ejecutivo « se abstendría de mez- » clarse jamás en las funciones judiciarias, porque su inde- » pendencia era la única y verdadera salvaguardia de la » libertad del pueblo, pues nada importaban las máximas » liberales, cuando el que hace la ley es el que la ejecuta y » aplica. » Reconocíanse por justicia y equidad todas las deudas del gobierno español que no hubiesen sido contraídas para esclavizar el Perú ú hostilizar á los pueblos independientes de América, y quedaban en su fuerza y vigor las leyes

---

(24) Decretos del Protector del Perú, insertos en la « Gac. del Gob. Ind. de Lima », núms. 12 á 27. — « Colección de leyes y decretos desde la jura de la Independencia », Lima 1825. — Véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Ind. », cap. XVI.

preexistentes en cuanto no contrariasen la independencia del país y las formas del Estatuto. Nadie podía ser privado de sus derechos garantidos sino por sentencia de autoridad competente conforme á las leyes, y es de notarse, que en una época de revolución en que las pasiones de la lucha estaban encendidas, se declarase que « por traición, sólo se comprendía » conspirar contra la independencia, y por sedición, el re- » unir fuerza armada para resistir las órdenes del gobierno, » conmover el pueblo ó parte de él con igual fin, sin que na- » die pudiese ser juzgado como sedicioso por opiniones po- » líticas ». El Protector juró públicamente el Estatuto, empeñando su honor de cumplirlo fielmente, hasta que declarada la independencia en todo el territorio se convocara un Congreso general que estableciese la constitución permanente según la voluntad de la nación. « Con estos sentimien- » tos, — decía en tal ocasión, — me atrevo á esperar, que » podré devolver en tiempo el depósito que se me ha encar- » gado, con la conciencia de haberlo mantenido fielmente. Si » después de libertar al Perú de sus opresores, puedo de- » jarlo en posesión de su destino, consagraré el resto de mis » días á contemplar la beneficencia del grande Hacedor del » universo, y renovar mis votos por la continuación de su » próspero influjo sobre la suerte de las generaciones veni- » deras » (25). El protectorado entraba de este modo en el orden de los gobiernos regulares por la puerta de la dictadura.

Este plan elemental de organización política, sin forma de gobierno definida, ni más principio fundamental que la independencia como hecho, la división de los poderes como teoría

(25) « Estatuto Provisional dado por el Protector de la libertad del Perú, para el mejor régimen de los departamentos libres, ínterin se establece la constitución permanente del Estado », de fha. 8 de octubre de 1821. (Imp. en pliego suelto, fol.)

y la proclamación de la soberanía popular como base del derecho constitucional, era el esbozo de una democracia en embrión, tal como existía, dentro de cuyos vagos lineamientos podía dibujarse, así una república como una monarquía liberal. Tal es el pensamiento oculto que entrañaba el Estatuto al no proclamar francamente la república como forma definitiva de gobierno, librando al futuro la solución del problema bajo la invocación de la soberanía nacional. Este pensamiento ulterior empezó á diseñarse en los primeros actos orgánicos del protectorado.

El Consejo de Estado, quinta rueda de la nueva máquina improvisada, fué constituído, teniendo en vista, no la capacidad administrativa de los nombrados, sino su representación externa. Siendo miembros natos de él, los ministros de Estado, el general y el jefe de estado mayor del ejército, el presidente de la cámara de justicia y el deán de la catedral en ausencia del obispo, lo completaban tres condes y un marqués de la nobleza indígena. Era así, más bien que una institución republicana, una corporación jerárquica y aristocrática, propia para servir de coronamiento ó adorno á una monarquía, y calculada para autorizar moralmente las medidas extraordinarias de una dictadura, sin profesión de fe política declarada en cuanto á la forma de gobierno. El elemento aristocrático le daba su colorido. San Martín pensaba, que la nobleza peruana, si bien no era una institución social, era una influencia que debía utilizarse. Como general, al tiempo de emprender su expedición, habíase dirigido á ella por medio de una proclama, manifestándole, que la revolución política de la América del Sud no se dirigía contra sus verdaderos privilegios. « El primer título de nobleza, — le decía, — fué
» siempre el de la protección dada al oprimido, y su dignidad
» jamás se ha conciliado con una oscura molicie ó un servil
» abatimiento ». « Separada del trono español por miles de leguas, agregaba, estaba reducida á una clase inerte y sin

funciones en medio de un pueblo esclavo que obedecía; era una corporación sin los medios reales de la grandeza verdadera, sin base, sin funciones ni lugar preciso en el cuerpo social, que sólo presentaba el escándalo de un sistema opresor, con exclusión de los demás hombres, siendo las frívolas condecoraciones, no recompensas á la virtud y al mérito, sino á la vanidad y al favoritismo » (26). Como Protector, mandó hacer desaparecer las armas de la monarquía española y todos los signos de su dominación en América « como símbolos de esclavitud », autorizando á todos los ciudadanos para destruirlos, al mismo tiempo que declaraba subsistentes los títulos de Castilla en el Perú, con el derecho de lanzas y medias anatas, por cuanto decía « la nobleza peruana tiene » sus timbres, y justo es que los conserve », con variación únicamente en sus blasones de los jeroglíficos opuestos á los principios proclamados (27).

IX

Á la vez que así mantenía el aparato de la nobleza peruana y la nacionalizaba, propendía á crear en otra forma una aristocracia nacional, dándole por base los grandes servicios á la patria. En el mismo día en que juraba el Estatuto, instituyó la « Orden del Sol », imitación de la de « Cincinnatus », repetición exagerada de la « Legión de Mérito de Chile », y de la de « Libertadores de Bolívar », imitación á su vez de la

---

(26) Extracto de la proclama de San Martín « Á la nobleza peruana », de julio de 1820 en Valparaíso, al zarpar la expedición del Perú.

(27) Decretos del Protector del Perú de 27 de diciembre de 1821 (« Gaceta del Gobierno », núm. 50). — Véase por via de ilustración « Tratado del derecho de medias anatas y del servicio de lanzas en el reino del Perú ».

« Legión de Honor de Napoleón ». Al fundar este nuevo patriciado, con prerrogativas personales vitalicias, las hizo hereditarias hasta la tercera generación, copiando los primeros estatutos de la asociación de Estados Unidos, que el mismo Washington borró con su mano ante la repugnancia que tal cláusula despertó en el sentimiento público. « He » contemplado, — decía fundando este privilegio, — hacer » hereditario el amor á la gloria, porque después de derogar » los derechos hereditarios, que traen su origen de la época » de nuestra humillación, es justo subrogarlos con otros, » que sin herir la igualdad ante la ley, sirvan de estímulo á » los que se interesen en ella. La *Orden del Sol*, patrimonio » de los guerreros libertadores, y premio de los hombres » beneméritos, durará así mientras haya quien recuerde los » años heroicos, porque las instituciones que se forman al » empezar una grande época, se perpetúan por las ideas que » cada generación recibe, cuando pasa por la edad en que » averigua con respeto el origen de lo que han venerado sus » padres ». Sobre esta base histórica, la orden se dividía en tres clases: *Fundadores*, *Beneméritos* y *Asociados*. En cada cuerpo del ejército se conferiría la condecoración á tres oficiales, desde teniente coronel á alférez inclusive, excluyendo la clase de tropa, que la « Legión de Mérito » incluía en sus filas. Los *fundadores*, gozaban del derecho de preferencia á las grandes dignidades del Estado: los *beneméritos*, serían preferidos para los empleos de segundo orden: los *asociados*, serían atendidos en primer lugar en los empleos que ocuparan. La orden tenía su Gran Consejo, y además de sus funciones administrativas, la facultad de acordar pensiones anuales á sus socios. Se aplicaba un fondo especial y una renta perpetua á su mantenimiento. Se instituía un colegio especial para la educación de los descendientes de esta raza privilegiada. Como complemento de tan extravagante creación, se declaraba patrona y tutelar de la Orden á Santa

Rosa de Lima, instituyendo una fiesta anual en su honor (28). Jamás sobre bases más falsas se instituyó una asociación con objetos menos elevados. Su fundador, consignaba empero en su decreto : « La *Orden del Sol* será en el Estado Pe- » ruano la primera en dignidad ilustre, y se espera de la » imparcial posteridad, que la conservará con el religioso » respeto que merece por su origen, y por la grande época » que recordará á los siglos futuros ». La Orden del Sol fué inaugurada en consecuencia con gran pompa, como una institución eterna. Sus contemporáneos la condenaron, y la posteridad sólo la recuerda como una triste lección (29).

San Martín, como general, había dirigido antes una proclama « Á las limeñas », llamándolas á cooperar á la independencia con su atractiva influencia, al mismo tiempo que á los peruanos, á los españoles europeos y á la nobleza del Perú. Como complemento de su plan de aristocracia indígena, hizo extensivos á la mujer sus honores y sus privilegios. Partiendo de la base de que « el sexo más sensible debe ser el más patriota », decretó más tarde una orden de otra especie, pero análoga. « Las patriotas que se hubiesen distinguido por su adhesión á la causa de la independencia del Perú, usarían el distintivo de una banda bicolor, blanca y encarnada, con una medalla de oro con las armas nacionales en el anverso y en el reverso una inscripción : *Al patriotismo de las más sensibles* ». Los parientes inmediatos de las que obtuvieren esta distinción, serían preferidos para los

(28) « Institución de la *Orden del Sol*, sancionada por el Protector de la libertad del Perú », el 8 de octubre de 1821. (*Suplemento* al núm. 30 de la « Gaceta de Gobierno »). — Véase por vía de ilustración, « Considerations sur l'ordre de Cincinnatus » par le comte de Mirabeau.

(29) La Orden del Sol fué extinguida bajo la dictadura de Bolívar por el congreso constituyente del Perú, por ley de 9 de marzo de 1825, « como poco conforme á las bases de la constitución de la república ». (« Col. leyes y decretos del Perú » cit.)

empleos que pretendiesen en igualdad de circunstancias (30). Esta orden femenina se distribuyó con más galantería que discreción, haciéndola extensiva á las bellas y amables damas, lo que dió motivo á murmuraciones mujeriles que el tiempo no ha apagado todavía.

Estas invenciones, al parecer de mero aparato, incluso las que revestían carácter gubernativo, respondían á un plan: eran semillas estériles de una aristocracia, atributos de una monarquía quimérica, que se esparcían en la sociabilidad peruana y se depositaban en el seno del sexo fecundo. Hasta el mismo San Martín, no obstante su sencillez espartana, acusó en su representación externa esta influencia enfermiza. Su retrato reemplazó el de Fernando VII en el salón de gobierno. Para presentarse ante la multitud con no menos pompa que los antiguos virreyes, y deslumbrar á la nobleza peruana que consideraba poderosa en la opinión, se dejaba arrastrar en una carroza de gala tirada por seis caballos, rodeado por una guardia regia, y su severo uniforme de granaderos á caballo se recamó profusamente de palmas de oro. Empero, nada indica que el delirio de las grandezas se hubiese apoderado de su cabeza. En medio de este fausto de oropeles, conservó su modestia y su ecuanimidad. Si buscaba la monarquía constitucional, era sin ambición personal, anteponiendo, como lo decía, á sus convicciones republicanas lo que consideraba relativamente mejor para coronar la independencia con un gobierno estable, que conciliase el orden con la libertad y corrigiese la anarquía. Al establecer jerarquías fundadas en títulos cívicos y viejos pergaminos renovados, lo guiaba un espíritu conservador para dar á la sociedad según lo entendía,

---

(30) Decreto del Protector del Perú, de 21 de enero de 1822, inserto en el núm. 4, t. II de la « Gaceta del Gobierno ». — Algunos han dicho que San Martín confirió la Orden del Sol á algunas señoras, confundiendo dos instituciones diversas, aunque análogas.

la garantía de una clase gobernante y responsable. El sueldo de 30,000 pesos que se hizo decretar, — lo que en su tiempo fué muy criticado, y con razón, — lo empleaba en su mayor parte en regalos y gastos de representación (31). En su conjunto todo esto indicaba un principio de descomposición.

Á medida que la fortuna del libertador crecía, el grande hombre se achicaba, y en su escala marcaba su decadencia militar y política, aun conservando su nivel moral.

---

(31) Se conservan algunas de las cuentas mensuales y diarias del palacio del Protector, pagadas con sus sueldos. Según ellas, el gasto de su servidumbre en 1822, importaba 66 pesos al mes. El gasto diario de su cocina, con mesa de estado, era de 20 pesos con sus accesorios. La cuenta mensual del panadero solía ascender á 83 pesos. Entre las partidas de las cuentas, acompañadas de los correspondientes justificativos, es curioso apuntar los siguientes: « El Sr. Protector ha gastado anoche » siete vasos de helados á cuatro reales cada uno y seis reales de dulces. » — Á una negra que vino con fruta, 2 pesos. — Á una negra que trajo » un canasto muy grande, 2 pesos. — Al clérigo Tramarría (obsequio) » según cuenta 155 pesos. — Á los muchachos que cantaron la canción » de Bella-Vista, 2 pesos. — Costo de la cera de las iluminaciones puestas por la noticia de Quito, 49 pesos (en los dias ordinarios se alum- » braba con velas de sebo). — Dado á un oficial de la Legión, para » completar 150 pesos que dió de donativo S. E. á dicho cuerpo, 7 pe- » sos. — Al sastre, por género, galón, botones, becerro y hechura del » uniforme del Sr. Protector, 42 pesos. — Al platero, á cuenta de las » cucharas, 12 pesos. — Por entrada en la comedia, 1 peso 2 reales. » (Algunas veces el costo de la entrada era de catorce reales). — Por » refresco en la comedia, 4 pesos 2 reales ». La única partida de espirituoso que se registra en estas cuentas, es la siguiente: — « Por vino para el oratorio, 1/2 real ». El balance del mes de junio de 1822, tres meses antes de su abdicación, y formado por su mayordomo, que percibía todo el sueldo, es como sigue: — « Quenta de los gastos de la casa » del Sr. Protector desde el 1.º á 30 de junio 1643 pesos 6 1/2 reales. — » Recibí el 14 de junio el sueldo de S. E. del mes de abril (atrasado), » que importaba, 707 pesos 4 reales. — Se me restan, 756 pesos 2 1/2 rea- » les. — *Salvador Iglesias* ». M. S. S. (Arch. San Martín, vol. LXVII). — Por aquí se ve, que su sueldo estaba reducido á la tercera parte, que estaba atrasado de dos meses en su abono, que se alumbraba con velas de sebo y sólo gastaba cera en iluminaciones patrias, que pagaba su entrada al teatro, y que haciendo regalos munificentes de su peculio, sus entradas no alcanzaban á cubrir sus gastos ordinarios. — No se extrañe la extensión de esta nota, que da por resultado numérico una

X

Por este tiempo empezó á atribuirse á San Martín por la vulgaridad la ambición insensata de coronarse rey. El pueblo en sus canciones y yaravis le aclamaba *Emperador*, evocando los antiguos recuerdos incásicos, en circunstancias que los imperios de Méjico y del Brasil se diseñaban en América (32). Los principales jefes de su ejército, miembros todos ellos de la Logia de Lautaro, ligados hasta entonces á su destino, empezaban á conspirar contra él, y en sus conversaciones íntimas sólo lo designaban con la denominación burlesca de *El rey José*. La descomposición se iniciaba.

Como lo hemos apuntado antes, los fundamentos en que se apoyaba el protectorado estaban minados por un trabajo subterráneo. La autoridad de San Martín como Protector del Perú, reposaba sobre dos bases : una de fuerza, que era el ejército argentino-chileno, que constituía el núcleo de su

---

probanza histórica, si se recuerda que el gran historiador Carlyle, para probar que Juan Sin Tierra estuvo en Inglaterra, en su famosa « Historia de Crómwell », emplea una página en analizar y comentar una cuenta de cocina de importe de *tredecin stirlingi* (trece peniques).

(32) Una de las más populares de estas canciones es la que lleva por título *La Palomita*, que circuló por este tiempo con este encabezamiento: « Letra de *La Palomita*, que se cantó en celebridad de nuestro Protector y Emperador del Perú, el lunes 8 de octubre de 1821 ». Hé aquí algunas de sus estrofas : « Palomita hermosa, — de todo mi amor, » hagamos memorias — del Inca Señor. — La sagacidad — con Ñustas » y Chimos — como los miraba — como á hijos y amigos. — Diles que » gozamos — de la Libertad, — bajo del amparo — del buen General.— » Vuela, vuela alegre — aplaudiendo al fin, — y dale las gracias — á » mi San Martín. — Toma el corazón, — dividido en tres, — ponle uno » en las manos — y dos á los pies. » — La circulación de esta canción fué prohibida, y el mismo Protector rechazó sus conceptos (20 de octubre de 1821).

poder militar; la otra moral, que era la opinión del Perú, que hasta entonces sólo había intervenido como auxiliar de la acción revolucionaria, y que al tomar consistencia empezaba á asumir formas definidas con marcadas tendencias nacionales. El ejército de los Andes con que San Martín libertara á Chile, impregnado del espíritu de la revolución argentina, se inoculó desde un principio la pasión americana de su creador, identificándose con sus planes y su fortuna, y le fué constantemente fiel desde Mendoza hasta Rancagua. El ejército de Chile, vaciado en el mismo molde del de los Andes, para servir á los mismos propósitos, recibió el mismo sello típico. Ambos ejércitos formaron el Ejército Unido, creación de carácter internacional, con proyecciones americanas. Trasladados esos ejércitos al Perú, obedecieron á la impulsión inicial de la alianza chileno-argentina, y prevaleció en ellos el sentimiento internacional, y así, aunque desprendidos de la patria, de la que sólo tenían la bandera y la escarapela, continuaron como auxiliares á órdenes de un gobierno extraño presidido por su generalísimo, constituyendo el nervio del poder militar del libertador del Sud, y una de las bases de su poder político en el país libertado ocupado por sus armas. Como los soldados griegos y macedonios después de atravesar los Balkanes y el Helesponto, fatalmente destinados á esparcirse por la superficie del Asia sin volver á ver el humo de sus hogares, los soldados argentinos y chilenos, después de atravesar los Andes y el Pacífico, estaban destinados á marcar con sus huesos el itinerario de otra gran campaña al través de otro continente; y apenas si un puñado de sus últimos sobrevivientes encanecidos, después de asistir á las últimas batallas de la independencia, volvería á la patria con su bandera hecha jirones. Tal era la constitución americana que San Martín dió á sus ejércitos, al inocularles una pasión para servir á un gran propósito, y esto explica su cohesión en países extraños en la buena como en la mala fortuna.

Como él mismo lo ha dicho, al indicar este fenómeno : « La » política que me propuse seguir, fué mirar á todos los estados » americanos en que las fuerzas de mi mando penetraran, » como estados hermanos interesados en un mismo y santo » fin. Consecuente á este justísimo principio, mi primer paso » era hacer declarar su independencia y crearles una fuerza » militar propia que la asegurase » (33). Pero esta máquina de guerra calculada para la propaganda armada, se complicaba con otra máquina oculta, traída en los bagajes de la expedición, cuyo mecanismo secreto manejaban los mismos jefes de los ejércitos unidos en territorio extraño, y así, su cohesión dependía de la buena voluntad y de la fidelidad con que los comilitones del nuevo Alejandro, continuasen identificados á los planes y la fortuna de su gran caudillo, independizado de Chile y de la República Argentina en su calidad de Protector del Perú.

Hasta entonces había bastado para mantener la cohesión del ejército argentino-chileno la pasión por la independencia y el amor á la gloria, combinándose en ella el patriotismo con el americanismo. Jamás el oro entrara como liga en el metal heroico de sus armas. Á ración escasa, medio sueldo por acaso y mal vestido, sufriendo pestes y miserias, jamás recibió ninguna recompensa pecuniaria. Sólo una vez, el gobierno de Chile prometió á los vencedores de Maipu, el campo en que combatieron y triunfaron ; pero esta promesa quedó sin efecto. La municipalidad de Lima, movida por Riva Agüero, arrogándose facultades soberanas, fué la primera en decretarle un premio de este género, que se hizo en parte efectivo. Dispuso que de las fincas del Estado, — confiscadas á los españoles, — se distribuyese entre los jefes la cantidad de quinientos

(33) Carta de San Martín de 11 de setiembre 1848 al presidente del Perú, Ramón Castilla.

mil pesos, prometiendo á los oficiales y soldados que continuasen en servicio, las tierras vacantes en las provincias que se conquistaran (34). San Martín aceptó la oferta, y distribuyó el medio millón entre veinte de los principales jefes y empleados de la expedición libertadora, asignando á cada uno de ellos la cantidad de veinticinco mil pesos (35). Esta dádiva, que era entonces una fortuna, cuando el dinero tenía doble valor que al presente, en vez de vincular á los jefes argentinos y chilenos á la suerte del Protector, fué causa de que surgiesen resentimientos y rivalidades, como sucede cada vez que el interés interviene en las relaciones de los hombres (36). Una conjuración en que aparecían complicados varios jefes superiores del ejército de los Andes, hizo sentir á San Martín que ya la voluntad de sus antiguos compañeros de armas no le pertenecía, ó que al menos empezaba á vacilar.

---

(34) Nota de la municipalidad de Lima de 21 de noviembre de 1821, y contestación de Monteagudo de 26 del mismo (« Sup. á la Gac. del Gob. » núm. 42).

(35) Los agraciados fueron: Aldunate, Alvarado, Arenales, Borgoño, » Correa (Cirilo), Fóster, Guido (Tomás), García del Río, Guise, Las Heras, Heres (Tomás), Lemos, Luzuriaga, Monteagudo, Martínez (Enrique), Miller, Necochea, Paroissien, Sánchez (Santiago), etc.

(36) En carta de San Martín á O'Higgins, de 31 de diciembre de 1821, dice: « Las Heras, Enrique Martínez y Necochea, me han pedido su se-
» paración, y marchan creo para esa. No me acusa la conciencia haber-
» les faltado en lo más mínimo, á menos de que se quejen de haber
» hecho partícipes á todos los jefes del ejército y marina en el reparto
» de los quinientos mil pesos. Según he sabido, no les ha gustado que
» los no tan rancios veteranos, como ellos se creen, fuesen igualados á
» Sánchez, Miller, Aldunate, Borgoño, Fóster, Guise, Dehesa y otros
» jefes, cuya comportación ha sido la más satisfactoria. — En fin, estos
» antiguos jefes se van disgustados. Paciencia! » M. S. (Pap. de O'Higgins, Arch. Vicuña Mackenna orig.) Véase « El Gral. San Martín », por Vicuña Mackenna, pág. 41.

XI

En la noche del 15 de octubre el batallón Numancia se ponía silenciosamente sobre las armas. Al mismo tiempo, el coronel Francisco Antonio Pinto, jefe del núm. 5.° de Chile, que guarnecía con su cuerpo las fortalezas del Callao, recibía un billete urgentísimo : — « Estoy impaciente por hablar con » V. sobre un asunto que nos es sumamente interesante. No » conviene que vaya yo al Callao. Véngase lo más pronto que » pueda, y véngase á saber cosas desagradables; pero cosas á » que es menester oponer la razón, la justicia, la conveniencia » y mil y mil muertes si son precisas. Véngase, véngase. — » *Heres* ». Los coroneles Necochea y Gamarra, comandantes de Granaderos á caballo de los Andes y del batallón núm. 1.° de cazadores del Perú, recibían otro billete así concebido : « Conviene que nos veamos, porque interesa á nuestra felici- » dad y á la de toda la América. — *Tomás Heres* ». — Reunidos en el cuartel del Numancia, Pinto, Gamarra y Necochea, el coronel Heres, les informó : que tenía conocimiento de una conspiración que preparaban los principales jefes del ejército de los Andes (que nombró), con el objeto de deponer al Protector y aun de atentar contra su vida, la que debía estallar muy pronto, y que él estaba resuelto á contrarrestarla con la fuerza. Aunque Heres se negara á entrar en explicaciones, como asegurase que tenía datos positivos, todos fueron de opinión de participarlo al general, á fin de que tomase las medidas del caso. San Martín, que por otro conducto había recibido aviso de lo que pasaba, escuchó tranquilamente la denuncia, y contestó: « ¡No hay cuidado!. . » En vano el jefe del Numancia le instó para que le permitiese ocupar con su batallón el cuartel fortificado de Santa Catalina, — la ciudadela

de Lima, — ó que por lo menos hiciera relevar la guardia de palacio, que daba la tropa del núm. 11 de los Andes, que se decía complotado. No quiso tomar providencia alguna. Pocos momentos después, se presentaba el coronel Paroissien en nombre del general en jefe del ejército unido, Las Heras, avisándole, que el batallón Numancia estaba sobre las armas, y que se decía era con el objeto de deponerlo del mando. Contestóle lacónicamente como al primer denunciante, que no tuviese cuidado. Así se pasó la noche en medio de la doble alarma producida por la actitud al parecer agresiva del Numancia y la preventiva tomada en consecuencia por los demás cuerpos de la guarnición.

Al día siguiente, San Martín recibía á Las Heras con una sonrisa benévola, aunque algo enigmática, y tendiéndole la mano, díjole : — « El coronel Heres me ha declarado que los jefes de los Andes conspiran contra mí ». — Las Heras protestó de su fidelidad en su nombre y en el de sus compañeros. El Protector pareció darse por satisfecho, no volvió á insistir más sobre el punto, y todo quedó en calma por el momento. Generalizada la noticia, con comentarios desfavorables para los jefes de los Andes, á quien se acusaba de ingratitud é infidencia, Las Heras se presentó al Protector, manifestándole que estos rumores menoscababan su decoro, y solicitó en representación de ellos, que los llamara á su presencia para averiguar el origen de tan grave acusación. San Martín le contestó que lo pensaría. Dejó transcurrir diez días, y á fines de octubre convocó á todos los jefes en el palacio de gobierno. Reunidos todos en su despacho, á puerta cerrada, presentes el coronel Heres y el ministro de la guerra Monteagudo, abrió la sesión, previniendo, que todo lo que iba á pasar allí tenía un carácter de profundo secreto, que interesaba al bien de la América y al honor del Ejército Unido. En seguida, interpeló á Heres, — quien le había manifestado estar dispuesto á sostener su denuncia, — exigiéndole manifestase sus pruebas. El

denunciante, —que según algunos fué invitado indirectamente para que se mantuviese neutral, —manifestó : que había sido instruído de la conjuración por voz pública, y especialmente por el deán, gobernador del arzobispado, quien tenía la noticia de otro clérigo de su diócesis; así como por el coronel Miguel Letamendi, segundo jefe del batallón núm. 5 de Chile. Llamados los dos testigos, y careados con Heres, Letamendi negó el testimonio. El deán, que lo era el Dr. Francisco Javier Echagüe (argentino) y en cuyo palacio se alojaba el estado mayor, comentó confusamente el suyo, trasmitido oportunamente á San Martín, diciendo que tal noticia tenía por origen la misma actitud sospechosa asumida por el Numancia en la noche del 15. Increpado Heres por todos les jefes presentes y renegado por sus testigos, y hasta por los mismos Pinto, Gamarra y Necochea en quienes se había confiado, por considerarlos no complicados en la conjuración, guardó silencio.

Á esta altura de la sesión, los jefes formularon la proposición de que el asunto se esclareciese por medio de un juicio formal, que decidiera de la conducta de cada uno. San Martín, tomando la palabra, les recomendó tratasen al coronel Heres con equidad y consideración, salvando sus leales intenciones; y les exigió arbitrasen un medio menos ruidoso, que no redundara en daño de la causa de la independencia que todos sostenían. Entonces todos convinieron unánimemente, en que el Protector resolviese por sí solo la cuestión conforme á su alta prudencia y bondad.

XII

San Martín tenía su conciencia hecha antes del juicio contradictorio provocado por los jefes, y suficientemente edificado, no quiso llevar adelante la investigación, que lo conduciría á un camino sin salida. Su objeto estaba llenado. Había

dominado la situación y hecho entrar á todos sin violencia en el camino del honor y del deber, y obrando con prudencia, decidióse á sacrificar á Heres. Para averiguar, tenía que comprometer públicamente su prestigio y deshonrar á sus compañeros. Para castigar tenía que decapitar su ejército, y aun para esto, sus manos estaban atadas, pues siendo los acusados miembros de la logia lautarina, que era el nervio oculto de su autoridad, en cierto modo anormal, no podía hacerlo sin previo acuerdo de ella. Así, Heres fué intimado de dirigirse á Colombia, su patria, en el término de cuatro días, manifestándole, sin embargo, por medio de una nota oficial, que si bien su presencia en el país no era conveniente á los intereses públicos, y á pesar de los sucesos desagradables ocurridos entre él y el resto de los jefes del ejército, como Jefe del Estado y como General en jefe, debía darle las gracias por sus servicios en favor de la libertad del Perú.

Después de esto, dejó pasar otros diez días, y el 10 de setiembre dirigió un oficio á Las Heras, ordenándole que recabase de los jefes presentes en la junta de guerra un informe por escrito, exponiendo cada uno de ellos lo que le constase sobre los antecedentes y ocurrencias de la denuncia del coronel Heres. Doce jefes de cuerpo informaron en consecuencia, y sus atestados, suministran la prueba moral de que en efecto, varios de los jefes superiores de los Andes conspiraron en aquella ocasión contra la autoridad de San Martín, ó por lo menos estaban predispuestos á ello. El hecho es evidente; pero nada induce á creer que el plan estuviese maduro, ni acordada su ejecución, y mucho menos que se pensase atentar contra la vida del libertador, como lo insinuó Heres en su denuncia. Estaban en realidad descontentos ó quejosos de él, precisamente por los favores que les había hecho ó por faltas de que ellos eran también responsables; murmuraban en secreto, apellidándolo rey por burla; le atribuían algunas ambiciones egoistas ó planes políticos que les repugnaban, y con

razón, y algunos lo deprimían como general por su conducta en la invasión, y sobre todo, en la retirada de Canterac, calificándole de incapaz y hasta de cobarde. La tremenda responsabilidad que asumirían con tal escándalo ante la América, el hecho de no contar con los segundos jefes ni con la tropa que permanecía fiel á su antiguo capitán, y la convicción de que no tenían con quien reemplazarlo, los había contenido hasta entonces, no obstante estar sublevados moralmente. En cuanto á San Martín, con los documentos firmados por ellos que le garantían su obediencia, adquirió la triste conciencia de que su ejército ya no estaba identificado con él, como lo estuviera en Rancagua. Desde entonces meditó separarse de la vida pública, porque según lo manifestó « su corazón estaba dila- » cerado con tantas ingratitudes y desengaños. » Algunos de los jefes superiores se retiraron del ejército con tal motivo; los más, arrepentidos ó avergonzados, permanecieron reunidos en torno de la bandera libertadora; y Alvarado, uno de ellos, según parece, fué nombrado general en jefe del Ejército Unido en reemplazo de Las Heras. Empero, la indisciplina latente quedó inoculada, y más adelante se verá brotar (37).

---

(37) Esta conspiración ha sido hasta hoy un misterio histórico. Vicuña Mackenna en « El General San Martín », pág. 41-42, y Paz Soldán en « Hist. del Perú Indep. » pág. 225, se ocupan vagamente de ella, dando el segundo detalles inexactos. Cuando el año 1849 interrogué sobre este punto en Chile al general Las Heras, — á quien algunos han atribuído participación en este conato de conspiración, — se manifestó reservado, no obstante la íntima amistad y la confianza con que me honró hasta el fin de sus gloriosos días. Sin embargo, me dió la evidencia del hecho. Díjome: que desde que Canterac bajó la sierra, ya los jefes del ejército conspiraban, y que él había neutralizado estas tendencias subversivas, siendo ésta una de las causas por la cual la persecución que hizo á Canterac en la retirada, no fué más activa y eficaz. Me agregó, que por esto, se separó del ejército después de la rendición del Callao, para no verse envuelto en estos siniestros manejos. No me manifestó contra San Martín resentimientos, que el tiempo había borrado, pues admiraba su genio político y militar y sus grandes cualidades morales; pero es la verdad,

XIII

El acto más trascendental, que decidió fatalmente del destino del protectorado y del Protector, fué el malhadado plan de monarquizar el Perú, que le enajenó hasta la opinión del mismo país libertado, y aflojó más los vínculos de la disciplina militar ya relajados. Como se ha visto, este plan, iniciado confidencialmente en Miraflores, formulado diplomáticamente en Punchauca y preparado al tiempo de promulgar el nuevo Estatuto, era una idea fija en San Martín, á la que

---

que se retiró profundamente resentido, según consta de una carta que escribió á Álvarez Condarco, en que le decía : « Estoy cansado de servir » á ingratos, y no á la patria ». (Arch. San Martín. M. S.) El hecho de la conspiración me fué posteriormente confirmado por el general Rufino Guido, comandante entonces de Granaderos á caballo, en carta autógrafa en que decía, contestando á una serie de preguntas históricas : « En » cuanto á la persecución á Canterac, si no se hizo como debió, fué por- » que los jefes tramaban contra el general para separarlo del mando, y » buscaban los medios de desacreditarlo, como si alguno de ellos fuera » capaz de reemplazarlo ; y si no se atrevieron á dar el golpe, fué porque » nunca contaron con los segundos jefes y menos con la tropa ». (Arch. San Martín, vol. XII, M. S.) — Los documentos de que nos hemos servido para relatar esta conjuración, son : doce informes originales de fha. 10, 14, 15 y 23 de noviembre de 1821 de otros tantos jefes, y un borrador de la nota dirigida por San Martín á Heres de 26 de octubre del mismo año. Los jefes informantes fueron los siguientes : Las Heras, general en jefe ; Alvarado, jefe de E. M. Gral. ; coronel Henrique Martínez, jefe del Bat. núm. 8 de los Andes ; coronel Francisco Antonio Pinto, jefe del núm. 5 de Chile ; comandante Eugenio Necochea, de los Húsares del Perú ; coronel de Granaderos á Caballo de los Andes, Mariano Necochea ; coronel Cirilo Correa, jefe del núm. 7 de los Andes ; comandante del núm. 11 de los Andes, Ramón Antonio Dehesa, (que entonces firmaba *Desa*) ; comandante del núm. 4 de Chile, J. Santiago Sánchez ; comandante del núm. 2 del Perú, J. Santiago Aldunate ; coronel Guillermo Miller, jefe de la Legión Peruana ; coronel Agustín Gamarra, jefe del batallón de cazadores núm. 1 del Perú ; y sargento mayor del batallón de nueva creación núm. 10 de los Andes. M. S. S. orig. (Arch. San Martín, vol. LX). Véase apendice.

atribuía la virtud de una solución interna y externa por el golpe mágico de un cetro prestado por los reyes del viejo mundo. Europeo por educación, criollo por instinto, libertador de pueblos de índole diversa, sin patriotismo exclusivo, sin doctrina política confesada, genio concreto y sistemático como lo hemos definido, tenía las preocupaciones del medio en que se criara, las pasiones de un revolucionario de raza, el método del gran capitán que todo lo subordina al cálculo, y así, su objetivo inmediato no iba más allá de la independencia como hecho, y su ideal era el orden regular como ley disciplinaria. Ambas cosas creía alcanzar por medio del establecimiento de una monarquía liberal, solucionando á la vez los problemas de la guerra y de la paz, ó por el apoyo de una gran potencia europea ó por un acomodamiento dinástico con la madre patria. Su razón le enseñaba, y él lo declaraba, que la república era la forma más lógica de gobierno ; « pero sacrificaba sus principios » á lo que consideraba si no lo mejor, lo más práctico, y así decía : « Los males que afligen á los nuevos estados de » América no dependen de sus habitantes, y sí de las constitu- » ciones que los rigen. Creo que es necesario que las consti- » tuciones que se den á los pueblos, estén en armonía con su » grado de instrucción, educación, hábitos y género de vida, y » que no se les deben dar las mejores leyes, pero sí las más » apropiadas á su carácter, manteniendo las barreras que se- » paran las diferentes clases de la sociedad, para conservar la » preponderancia de la clase instruída y que tiene que per- » der » (38). Como se ve, su ideal de legislador era, tomando por base una lección de Solón aprendida en la lectura de los Hombres de Plutarco, una oligarquía ilustrada ponderada por una plutocracia conservadora.

(38) Carta de San Martín. Véase Vicuña Mackenna, « Ostracismo de O'Higgins », pág. 380.

Al discurrir así, desertaba su misión, renegaba de su obra, y se aislaba del movimiento revolucionario en América, que tan vigorosamente impulsaba por las armas, y que políticamente representaba al sud del continente. Olvidaba que en un momento supremo para su propia patria, no había visto la salvación sino en la reunión de un congreso, como la « última ancla de esperanza » echada en una tempestad, y que un congreso la había salvado. No recordaba que los planes monarquistas que él había propiciado, aunque pasivamente, en el Río de la Plata, habían dado por resultado enardecer la anarquía que quería evitar, y que por salvar de su contagio, tuvo que desobedecer cuando fué llamado á sostener el monarca decretado en conciliábulo secreto por el mismo congreso, que infiel á su origen contrariaba las tendencias del pueblo inconsulto. No veía que al declarar la independencia de Chile, había fundado una república, obedeciendo á las mismas leyes de adaptación natural que invocaba para hacer prevalecer un plan artificial, y que al organizar políticamente el Perú y bosquejar su constitución, fundaba otra república nativa, á la que daba por atributo la soberanía del pueblo en el hecho de entregar los destinos de un pueblo democrático á las deliberaciones de un congreso libre. No tomaba en cuenta un hecho capital, á que las formas convencionales se subordinaban : que toda la América, con excepción de Méjico (que era una combinación de circunstancias pasajeras), había adoptado la república democrática como sistema necesario de gobierno, y que después de diez años de revolución en nombre de su credo político, confesado ante el mundo, no se podía imponer á los pueblos una institución que las conciencias repugnaban, que sus pasiones abominaban, que sus instintos repudiaban, y que dar á la independencia hispano-americana una monarquía, y una monarquía de estirpe colonial, era renegar de la misma revolución proclamada en nombre de la república democrática, y esterilizar los sacrificios hechos en

nombre de un gran principio nuevo, que en esos momentos triunfaba en el mundo, merced á esa revolución radical.

No era más abierto ni claro su horizonte externo. No veía que Bolívar, que disponía de una fuerza poderosa, con una base firme, había ya fundado la república constitucional de Colombia por el voto de los pueblos, y que tenía que proceder de acuerdo con el libertador del norte, que venía á completar su obra como libertador del sud, bajo la bandera republicana levantada por los dos.

No veía que se ponía en pugna con la gran potencia democrática de los Estados Unidos de América, que al amparar la independencia de las colonias hispano-americanas, en vísperas de proclamar la doctrina de Monroe ya enunciada, se había pronunciado por la republicanización del nuevo mundo haciendo frente á la Europa monárquica y absolutista coaligada contra la libertad humana.

No veía, que en esos mismos momentos la Inglaterra, reaccionaba contra la Santa Alianza de los reyes de acuerdo con los Estados Unidos, y estaba dispuesta á reconocer la república pre-establecida como hecho irresistible que se imponía y como forma inseparable del reconocimiento de la independencia sud-americana.

Su ministro Monteagudo, su inspirador, que de demagogo exaltado había pasado á ser conservador ultra y después monarquista de oportunismo; talento más brillante que sólido y de más superficie que fondo; con espíritu más bien sistemático que lógico, con ideas propias y teorías incoherentes asimiladas, que aplicaba esporádicamente según sus impresiones sin tener en consideración los hechos superiores que las dominaban, Monteagudo, no veía más claro que San Martín en el desenvolvimiento genial de la revolución sud-americana ni en las complicadas y trascendentales cuestiones que por este mismo tiempo (fines de 1821) trabajaban á la

Europa y á la América asumiendo un carácter universal (39). Los dos estaban ciegos y sordos.

Para preparar el terreno que debía recibir la semilla monárquica, imaginó Monteagudo fundar una asociación literaria, á imitación de la que en 1812 había establecido en Buenos Aires para propagar los principios de la democracia, contra

---

(39) Dos años después (1823), cuando los hechos que en 1821 se diseñaban habíanse consumado y los destinos republicanos de la América estaban irrevocablemente fijados, todavía no veía claro Monteagudo ni se daba cuenta de los fenómenos políticos de que el mundo era teatro, y él, testigo inconsciente. En su « Memoria sobre los principios políticos que seguí en la administración del Perú », — obra brillante de sofista y de retórico con frases lapidarias, — Monteagudo, al hablar de la monarquía en América, la hace bajar de las nubes en un canasto, como la república de Aristófanes, y se empeña en demostrar, por el simple raciocinio, con abstracción de lo que pasaba en la tierra y en la conciencia humana, que la democracia era imposible y mala en el Perú. « El » principio que seguí, dice en su cit. Memoria, en mi administración del » Perú, fué restringir las ideas democráticas; quise hacer el peligroso » experimento de sofocar en su cuna la causa que en otras partes había » producido tantos males ». Sentada esta premisa, discurre largamente: 1.º Que en sus condiciones morales el Perú, por el hecho de haber salido de la esclavitud « era incapaz de gobernarse democráticamente » : — 2.º Que el estado de su civilización, inhabilitaba al pueblo para el ejercicio de la democracia, por cuanto « el pequeño número de los que cul- » tivaban las ciencias, no era capaz de suplir el déficit de la totalidad de » la población » : — 3.º « Que la distribución de su riqueza, centralizando » los capitales en el menor número de individuos, no aseguraba la inde- » pendencia individual de sus habitantes, ni era adecuada al espíritu de » las instituciones democráticas » : 4.º Que la diversidad de condiciones, de castas y el antagonismo de intereses de su sociabilidad « eran ente- » ramente incompatibles con las ideas ». De aquí se deducía por conclusión, que el Perú, independiente y constituido en república « acabará » de conocer los infernales efectos del espíritu democrático, desplegando » las varias razas el odio que se profesan », y concluye calificando la república democrática de « peligroso experimento ». Con estos mismos argumentos metafísicos, podría probarse que la república era mejor que la monarquía, así racional como prácticamente; pero como se ve, toda la argumentación prescinde de los hechos contemporáneos que dominaban el mundo y de las fuerzas superiores que gobernaban los acontecimientos, que el teorizador ni veía ni comprendía, y esto es lo que hemos demostrado en esta nota, en comprobación del aserto del texto, que tal vez cause novedad en algunos.

los que se proponía reaccionar. Denominóla *Sociedad patriótica de Lima*, y le encomendó « discutir todas las cuestiones » sobre interés público, en materias políticas, económicas ó » científicas, sin otra restricción que la de no atacar las leyes » fundamentales del país » (40). Compúsose de cuarenta miembros, como los inmortales de la academia francesa, elegidos por el gobierno, y cuidóse que la mayoría de ellos, incluso cuatro condes que recibieron por razón de nobleza título de sabios, perteneciesen á las ideas que formaban el programa secreto del protectorado en materia de forma de gobierno. Instalóse solemnemente en el aniversario de la batalla de Chacabuco, y como á la Orden del Sol, se le atribuyó la inmortalidad en la oración inaugural : « para que el pueblo pe- » ruano en posesión de sus derechos, pudiese celebrar por » más de cien siglos sus aniversarios, juntamente con el de » la gran batalla en cuyo campo quedó trazada la unión perpe- » tua entre los estados independientes del Perú, Chile y Pro- » vincias del Río de la Plata ».

Monteagudo, que en su calidad de ministro de gobierno era el presidente, formuló y puso á discusión las siguientes cuestiones : « ¿ Cuál es la forma de gobierno más adaptable al » estado peruano según el grado que ocupa en la escala de la » civilización? — ¿ Qué causas han retardado la revolución, » según comprobación de sucesos posteriores? — Necesidad » de mantener el orden público para terminar la guerra y per- » petuar la paz ». Uno de sus miembros, sacerdote de reputación literaria, dilucidando el primer punto, sostuvo : que el sistema democrático no era adaptable al Perú, y desenvolvió el tema de Homero, de que « no es bueno de que muchos man- » den, y sí que uno solo impere y haya un solo rey ». San Martín y Monteagudo se manifestaron satisfechos; pero el

(40) « Gaceta del Gobierno », t. II, núm. 13.

discurso produjo desagradable impresión en muchos de los socios y en el auditorio, sublevando la opinión de los patriotas, que al refutar por la prensa sus doctrinas, preconizaron el sistema democrático como el único adaptable al Perú y á la América, como consecuencia de su revolución. El autor vióse obligado á dar una explicación, diciendo que era una simple teoría, lo que no impidió fuese recompensado con una alta dignidad de la iglesia en premio de su iniciativa monárquica. Desde entonces todos pudieron ver los hilos secretos que movían aquellos títeres políticos (41).

XIV

En el vacío que el Protector se había hecho en la opinión patriótica del país, decididamente republicana; en suspenso la guerra con la España, de cuyo resultado dependía todo; ocupado por el enemigo la mitad del territorio que se pretendía monarquizar; en vísperas de celebrar una alianza ofensiva y defensiva con Bolívar, y acordar en una entrevista con él, según sus propias palabras, « la estabilidad del destino de la América del Sud »; pendiente el congreso nacional que había prometido, y al cual según el Estatuto que se impusiera como ley, competía únicamente « establecer la constitución permanente y forma de gobierno del Estado luego que se declarase » la independencia en todo el territorio del Perú », San Martín resolvió por sí y ante sí, con el acuerdo secreto de los figurones políticos de que se rodeaba, que el Perú sería una monarquía. Aun cuando se haya dicho en su descargo, que tal resolución era un mero proyecto, que debía ser sometido en

(41) Véase Paz Soldan: « Hist. del Perú Indep. », págs. 269-270.

todo caso al voto del Congreso, ese es el hecho descarnado, según va á verse, que acusa tanta precipitación como falta de cordura.

El protectorado, tenía por condición expresa de su fundador, al reasumir el mando supremo en su persona, « hacer lugar al gobierno que los pueblos del Perú tuviesen á bien elegir, cuya forma y modo determinarían los representantes de la nación peruana ». Antes de cumplirse los cinco meses de su instalación, el Protector convocaba su consejo de estado, compuesto del modo aristocrático que antes se explicó, y acordóse enviar una misión á Europa para negociar la alianza ó la protección de la Gran Bretaña, y aceptar un príncipe de la casa reinante de ella para ser coronado emperador de una monarquía limitada en el Perú, con la condición de aceptar la constitución que le diesen los representantes de la nación. En el caso de encontrar obstáculos insuperables por parte del gabinete británico, se haría la misma proposición al emperador de Rusia, como único capaz de rivalizar con la Inglaterra, aceptando un príncipe de su dinastía, ó el candidato á quien el emperador asegurase su protección. En defecto de un príncipe de la casa de Brunswik, de Austria ó de Rusia, se declaraba aceptable alguno de Francia ó Portugal; y en último caso, al príncipe de Luca, antiguo soberano imaginario de Río de la Plata, éste, con la condición de no ser acompañado de la menor fuerza armada (42).

Nombróse para desempeñar esta misión á García del Río y

---

(42) Sesión del Consejo de Estado del Perú el 24 de diciembre de 1821, publicada por la primera vez por Vicuña Mackenna : « El ostracismo del general B. O'Higgins », págs. 372-374. Este documento, escrito en clave, fué descifrado oficialmente por orden del congreso del Perú en 1822 con vista de la clave original que se conserva en su archivo, empleando al efecto la misma persona que la escribió. Su autenticidad consta además por otro documento correlativo firmado por Monteagudo, de que se hará mención luego.

á Paroissien con el encargo conjunto y ostensible de negociar el reconocimiento de la independencia del Perú y un empréstito en Lóndres (43). La redacción de las instrucciones se encomendó al mismo consejo de Estado. Como si no bastasen los términos explícitos del acuerdo y para comprometer más á San Martín en el sostén del insipiente plan, Monteagudo dirigió un oficio á esta corporación, diciéndole : « El Protector » me ha encargado manifieste al Consejo no eche en olvido en » las instrucciones de los comisionados, como punto esencial, » el autorizarlos para que soliciten, de una de las casas reinan- » tes, un Príncipe de aptitud y prepotencia que rija los desti- » nos del Perú, pues está altamente penetrado, que el gobierno » conducente á su felicidad es el monárquico constitucional, » sistema que él sostendrá en caso necesario con toda su fuerza » física y moral » (44).

Hay momentos de descreimiento ó cansancio en la historia de los grandes hombres, en que no encontrando inspiraciones dentro de sí mismos, se entregan al acaso de los acontecimientos ó eligen ciegamente el peor de los caminos sin medir sus proyecciones. San Martín pasaba por uno de esos momentos. Estaba triste y enfermo, y pensaba en su muerte ó en su abdicación. Los términos en que confidencialmente instruyó de su plan á su aliado y amigo el director de Chile, dan testimonio de ello. « Al fin (y por si acaso ó bien dejo de existir » ó dejar este empleo) he resuelto, escribía á O'Higgins, man- » dar á García del Río y á Paroissien á negociar, no sólo la » independencia del Perú, sino también dejar puestas las

(43) Véase : « Justificación de la conducta pública seguida por D. Juan García del Río y D. Diego Paroissien, ex-ministros plenipotenciarios del Perú cerca de las cortes de Europa ». *Londres* 1825.

(44) Ofi. de Monteagudo de 2 de abril de 1822 al Consejo de Estado del Perú. Este documento fué publicado por la primera vez por Córdoba y Urratía en sus « Tres épocas del Perú ». Véase Col. Odriozola : « Doc. Lit. » t. VII, pág. 197.

» bases del gobierno que debe regirlo : marcharán á Ingla-
» terra, y desde allí, según el aspecto que tomen los negocios,
» procederán á la Península. Á su paso, le instruirán verbal-
» mente de mis deseos ; si ellos convienen con los suyos y los
» intereses de Chile, podrían ir diputados por ese Estado, que
» unidos con los de éste, harían mucho mayor peso en la
» balanza política, é influirían mucho más en la felicidad de
» ambos Estados. Estoy persuadido que mis miras serán de su
» aprobación, convencido de la imposibilidad de erigir estos
» países en Repúblicas. Al fin, yo no deseo otra cosa sino que
» el establecimiento del gobierno que se forme sea análogo á
» las circunstancias del día, evitando por este medio los ho-
» rrores de la anarquía » (45). Aquí se siente, como se ha dicho al comentar estas palabras melancólicas, el vacío de una carrera que la conciencia y el espíritu daban ya por cumplida.

El almirante Cochrane se alzó en esos momentos con la escuadra, retirándole el concurso del poder marítimo de Chile. Los comisionados del Protector se encontraron en Chile en una atmósfera contraria, preparada por los oficiales de los Andes que se habían separado del ejército y por los rumores que circulaban. Decíase, — y la generalidad lo creía, tal era la mala predisposición, — que los batallones expedicionarios de Chile en el Perú, iban á ser disueltos para distribuirlos en el ejército de los Andes, y que se iba á hacer cambiar de bandera á la escuadra chilena. Así, cuando se recibió la noticia del alzamiento de Cochrane, todos aplaudían la decisión del almirante, y murmuraban del Protector (46). Decíase, — y esto era cierto, — que en una conferencia di-

(45) Carta de San Martín á O'Higgins. (Pap. de O'Higgins en arch. Vicuña Mackenna. M. S.) Véase Vicuña Mackenna : « Ostracismo de O'Higgins », pág. 371.

(46) Carta de García del Río á San Martín de 21 de marzo de 1821 en Santiago de Chile. M. S. aut. (Arch. San Martín, LXI.)

plomática, del enviado chileno en Lima, que solicitaba algunos auxilios pecuniarios del Perú por vía de indemnización de los gastos de la expedición libertadora, San Martín le había contestado, que el « gobierno del Perú abonaría esos » gastos cuando el de Chile hiciese otro tanto por los erogados por las Provincias del Río de la Plata en la expedición » que libertó el país en 1817 » (47). Esto había herido á tal punto á los chilenos en su sentimiento y en sus intereses, que el mismo O'Higgins en el primer momento, ordenó que se diese una contestación enérgica al Protector, y costó trabajo apaciguarle. Bien se comprende que la negociación no podía iniciarse bajo más desfavorables auspicios.

García del Río y Paroissien, en cumplimiento de sus instrucciones manifestaron al director O'Higgins el objeto de su misión, y le pidieron su apoyo en el sentido indicado por San Martín. O'Higgins, con su buen sentido, les contestó lo que les habría contestado el último patán americano, que viera las cosas que pasaban á su alrededor: que « no dudaba que el plan pudiera ser ventajoso y adaptable al Perú; pero que en cuanto á Chile, en donde no había opinión formada sobre el sistema de gobierno, en donde apenas uno ú otro noble estaba por la forma monárquica, lo mejor era dejar las cosas en el estado en que estaban, pues quedaba tiempo para constituirse según mejor les pareciese, después de observar las medidas de los otros gobiernos de América y la marcha política de los gabinetes europeos. » Los comisionados, al ver frustrado en su primer paso el éxito de su misión, atribuyeron la negativa indirecta del director al deseo de retener el mando de que estaba en posesión, — que aun en este supuesto era un interés más legítimo que el de la monarquiza-

(47) Ofi. de García del Río y Paroissien de 18 de marzo de 1821. Véase Paz Soldán « Hist. del Perú Indep. », págs. 23-24 (*nota*).

ción de la América, — y no insistieron, limitándose á pedir que la comunicación se considerase como puramente confidencial, reservándola de los ministros y del Senado, y así lo prometió y cumplió O'Higgins (48). Pero como en 1818 hubiese entrado en el proyecto de monarquía fraguado en Buenos Aires cediendo á la influencia de San Martín, según se explicó antes (V. cap. XIX, § VI y VII), bien que luego se apartara de él, habíase anticipado á escribir al enviado chileno en Londres, — que era el mismo Irisarri encargado entonces de proceder de acuerdo en tal sentido con las Provincias del Río de la Plata, — que « aquel plan había quedado completamente deshecho, y que no habiéndose desde » entonces resuelto nada en materias tan difíciles como espinosas, é ignorándose la forma de gobierno que adoptarían » en definitiva los mejicanos, los de Colombia, las Provincias » del Río de la Plata, y aún el Perú, era necesario considerar y conciliar la que Chile adoptase con las demás del » continente americano, pues esta era la opinión general, que » distaba mucho del proyecto sugerido por la cobardía que » tanto detestan los pueblos » (49). De este modo, el plan de que San Martín se prometía un milagro, era estigmatizado por su más fiel amigo al solo recibo de su carta, y le daba por primer resultado enajenarse la voluntad y la cooperación de su mejor aliado. El círculo se iba estrechando.

---

(48) Conferencia de los comisionados García del Río y Paroissien con el Director de Chile el 19 de marzo de 1822. Véase, Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. » págs. 273-274.

(49) Carta de O'Higgins á Irisarri de 16 de marzo de 1822. Véase Vicuña Mackenna : « Ost. de O'Higgins », págs. 377-378.

XV

Cuando el libertador del Sud, parecía no creer en sí mismo, no era extraño que los que tomaban su temple de su fortaleza de ánimo, no creyeran ni en la estabilidad de su poderío García del Río, uno de los inspiradores del plan monárquico y el encargado de propiciarlo en Europa, con todo su talento y habilidad, era un espíritu descreído y un carácter flexible, y parece, que después del primer contratiempo ya no tomó á lo serio su misión diplomática. Consideraba casi caduco el poder del Protector, y presintiendo su desaparición, más ó menos cercana, aconsejaba al mismo San Martín por este mismo tiempo, anticiparse por una retirada voluntaria, á una retirada que podría ser forzosa. « Aquí llegan, le escribía, » las noticias más interesantes y reservadas del Perú, y » también las más triviales : unas exactas, otras exageradas » y otras enteramente desfiguradas. Personas hay aquí que » creen que V. se ha ido de puro aburrido, y que en lugar » de tener la entrevista con Bolívar, sólo ha sido este un » pretexto para marcharse á Europa. Otros creen, que V. » ha tenido que ceder á la necesidad y aparentar que renun- » ciaba para evitar el golpe de una revolución. Como la » causa perdería mucho con que esto se generalizase, y por » otra parte, no hay que dar margen á que se alegren » nuestros enemigos, me parece absolutamente indispen- » sable, que cuando V. regrese de su viaje, entre otra vez en » el mando y se reciba de él con la mayor solemnidad po- » sible. En seguida proceda V. á la apertura del Congreso, y » allí puede renunciar el mando político, sin que entonces » tenga nadie que morderle, ni quede lugar á creer que el » paso ha sido forzado. Esta es mi opinión : V. resolverá

» sobre ella. » Con estos presentimientos, y más literato que político, no veía más prospecto á su misión que la publicación de una revista pintoresca en Europa, para llenar el vacío diplomático: « Pienso publicar en Londres un periódico » mensual, adornado con grabados; y al efecto le suplico » me envíe una copia de su mejor retrato, acompañándola » con algunos detalles sobre su vida, para dar á luz un artí- » culo biográfico. Que la modestia no impida acceder á mis » deseos: la patria y la amistad se interesan en que se » ilustre su nombre » (50). Diríase un marinero acobardado, desertando la maniobra de la nave empavesada, que cree próxima á naufragar.

La carta de García del Río, escrita en su calidad de consejero de Estado del Protector y confidente de San Martín, encargado de una misión que debía cambiar según su ilusorio plan los destinos de la revolución sud-americana, y á que el enviado no daba más valor que el de un viaje literario, aconsejando á su sostenedor entregase el poder en manos del congreso peruano, que debía tener conciencia lo repudiaría, prueban que el protectorado estaba moralmente perdido á los ocho meses de nacer, y que no le quedaba más salida que la abdicación ó el despotismo, á menos de reaccionar contra su propia política. Esta carta, la conjuración latente de los jefes del ejército argentino-chileno, la sublevación de la opinión patriótica del Perú con motivo de la propaganda monárquica de Monteagudo, el plan de monarquización propiciado por el Protector, agregado á esto el descrédito en Chile, el rechazo de su política por O'Higgins, su más constante amigo y aliado, son otras tantas luces convergentes, que unidas á otras

(50) Carta de García del Río á San Martín de 21 de marzo de 1822 (tres días después de la conferencia con O'Higgins). M. S. aut. (Archivo San Martín, vol. LXI.)

iluminan por su afocamiento, el gran misterio de la retirada de San Martín de la vida pública, que se ha explicado de tantos y tan diversos modos, cuando la explicación está en los hechos mismos una vez coordinados. El alzamiento del almirante Cochrane con la escuadra de Chile, que privó al libertador del sud de un poderoso elemento militar, y los incidentes depresivos del carácter moral que con tal motivo mediaron, aun estando la razón de parte del Protector, acabaron de consumar el desprestigio del protectorado, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXIV

EL PROTECTORADO DEL PERÚ

(*San Martín y Cochrane*)

AÑOS 1821-1822

El pugilato de dos hombres ilustres. — Antecedentes sobre las desavenencias entre San Martín y Cochrane. — Cochrane reclama el pago de los sueldos y gratificaciones debidas á la escuadra. — Tempestuosa conferencia entre San Martín y Cochrane. — Notables cartas cambiadas entre ambos. — Negociaciones oficiales sobre las disidencias entre San Martín y Cochrane. — Estado de las cosas al tiempo de la invasión de Canterac. — Última entrevista en la vida entre San Martín y Cochrane. — Cochrane se apodera de los caudales del gobierno y de los particulares de Lima. — Discusiones con este motivo. — Atentado de Cochrane. — Correspondencia entre San Martín y O'Higgins sobre estos incidentes. — Cochrane condenado por O'Higgins y aplaudido por el pueblo chileno. — Último crucero de Cochrane en el Pacífico. — Rendición de los últimos buques de guerra españoles en el Pacífico. — Nuevo conflicto entre Cochrane y San Martín. — La escuadra del Perú.

I

La historia querría en vano borrar de sus páginas las invectivas con que los dos héroes de la expedición libertadora del Perú, — el uno en tierra y el otro en los mares, — se han vilipendiado recíprocamente, en un innoble pugilato, con escándalo de la América, con menoscabo de la causa que sostenían y depresión de su carácter moral. Pero como ellos mismos las han consignado en documentos ruidosos á que han dado la solemnidad de apelaciones á la opinión del mundo, y como sus reyertas, aparte de lo que tienen de personal, for-

man parte de la trama de los acontecimientos generales de una época, hay que tomarlas en cuenta al diseñar estas dos grandes figuras bajo la luz siniestra en que se presentaron á sus contemporáneos, para colocar á ambos en el verdadero punto de vista en que los contemplara la posteridad equitativa.

Cochrane ha insultado y calumniado á San Martín en vida y en muerte, llamándole ambicioso vulgar, tirano sanguinario, general inepto, hipócrita, ladrón, borracho, embustero, egoísta y desertor de sus banderas, tan cobarde como fanfarrón (1).

---

(1) Véase : « Contestación de lord Cochrane » etc., cit., y « Memorias de lord Cochrane », passim. — Stevenson, secretario de Cochrane, escribió bajo el dictado del almirante, adulterando los hechos, las diatribas contra San Martín que se registran en su « Hist. and descript. narrat. » cit., que Cochrane reproduce en sus « Memorias » como testimonios extraños. — La viajera María Graham (después lady Calcot) que viuda de un compañero de armas de Cochrane, vivió en su casa en Chile en 1821, y regresó con él á Inglaterra, reproduce en su « Journal of á residence in Chile during the year 1822 », los juicios de Cochrane contra San Martín. — El viajero John Miers en « Travels in Chile and La Plata », vivió en Chile con su familia en comunicación íntima de vecindad con Cochrane y su familia, inspirándose á la vez que María Graham, á quien trató, de las prevenciones de Cochrane contra San Martín. — Estos tres escritores, que constituyen la literatura de difamación de San Martín en sus reyertas con Cochrane, fueron los primeros europeos que proyectaron sombras en el viejo mundo sobre el carácter y la carrera del libertador del sud de América, contribuyendo á extraviar el criterio de algunos historiadores extranjeros y la opinión póstuma de la Europa. — El célebre historiador alemán Gervinus en su « Hist. du XIX^{e} siècle », recusando el testimonio de Miller, Gay, Basil-Hall, dice que debían confrontarse con los de Stevenson y Miers, á los que da más crédito, así como al libelo difamatorio de Pruvonena (Riva Agüero) que con frecuencia le sirve de guía con preferencia. — Treinta y ocho años después de las disidencias entre San Martín y Cochrane, el *Times* de 13 de enero de 1859, con motivo de la repercusión dada á las invectivas contra el primero por la aparición de las « Memorias » del segundo, decía : « El bravo almirante » prueba que San Martín, su compañero de armas, era un monstruo ex- » traordinario. Decir que era embustero, es nada. Con la gravedad más » extraordinaria, decía mentiras de una absurdidad palpable. Era al mis- » mo tiempo cobarde y fanfarrón, y totalmente incompetente, que sin » embargo, siempre consiguió salir bien, y que hizo peor que no hacer » nada, traicionando todos los intereses, menos los suyos ». — Así era

San Martín, protector del Perú, apostrofó á Cochrane por medio de sus ministros, como un depredador asimilable en cierto modo á los piratas, un detentador de los intereses públicos, un traficante con la fuerza marítima de su mando, como un verdadero criminal deshonrado por sus hechos; y por el órgano autorizado de sus diplomáticos lo ha calificado ante el gobierno de Chile como el « hombre más perverso que existiera en la tierra » (2).

El almirante, para quien no había nada grande sino sus propias hazañas y sus pasiones rencorosas, extremado en todo, así en el heroísmo como en el desprecio, juzgaba á la Inglaterra de su tiempo (1818), su propia patria, como una nación degradada, gobernada por un parlamento de bribones y á sus primeros hombres de estado como una plaga de insectos dañinos, dignos de perpetuo destierro y prisión, como los más grandes tiranos de la tierra (véase cap. XX, § VI). No es extraño, pues, que en más pequeño escenario, con su intemperancia de lenguaje, exaltado por la emulación de gloria, la vanidad, la codicia y á veces el despecho, juzgase la revolución sud-americana, — con sinceridad quizá, — como la liquidación de una campaña mercantil, y pintase á sus actores como un hato de pillos, intrigantes, rateros, ineptos, cobardes y ladrones, aunque algunas veces se inclinase con altivez ante el ascendiente del genio y la voluntad de San Martín. Implacable en sus odios, con un pie en la tumba, ha reproducido sus invectivas y calumnias para reclamar el precio de sus glorias en

---

juzgado diez años después de su muerte por el primer diario del mundo, el primer capitán sud-americano y uno de los más grandes caracteres de la revolución de la independencia del nuevo mundo!

(2) Véase : 1.° Ofi. del ministro Monteagudo al vice-almirante Cochrane de 9 de octubre de 1821. — 2.° « Minuta de conferencia » de los comisionados del Protector, García del Río y Paroissien, con el Director de Chile el 17 de marzo de 1822, reclamando de los avances de Cochrane. — 3.° Ofi. del enviado del Perú cerca del gobierno de Chile de 26 de junio de 1822.

oro, negando la gloria de sus compañeros de armas con hechos adulterados ó con documentos comprobantes truncados por él mismo, como luego se verá (3).

San Martín, más frío y prudente, y tambien más modesto, excedió la medida de las recriminaciones, y devolvió por mano ajena dirigida por él, ultraje por ultraje; pero si cargó de sombras el retrato de su antagonista, no le calumnió ni se enzañó con su nombre. Pasado el momento de la exaltación del pugilato provocado, en que recibía y daba golpes, no volvió á ocuparse de él en el resto de sus días, y al morir, limitóse á dejar coleccionados los documentos cambiados entre ambos durante cuatro años de amistad y compañerismo hasta su ruptura, sin comentarios ni anotación alguna.

II

Los antecedentes de las desavenencias entre San Martín y Cochrane, son conocidos ya, así como las causas y los móviles que pusieron al fin en abierta pugna á una y otro. Cochrane, como en su lugar se explicó, sediento de gloria y de riquezas, aspiró á reemplazar á San Martín en la conquista de la tierra de los Incas, cuyos proverbiales tesoros le quitaban el sueño, y no pudo perdonarle jamás la defraudación de sus ambiciones, y que se sobrepusiera á él en el mando de la expedición

---

(3) Vicuña Mackenna en su opúsculo « El General San Martín », etc., con vista del archivo de O'Higgins, que hemos compulsado, ha dicho : « Para destrozar todo el relato de lord Cochrane, sería más que suficiente » medio, reproducir su numerosa correspondencia autógrafa con el Di- » rector, la que consta de más de cien cartas ». — Esto es lo que haremos con algunas de las cartas de Cochrane que figuran en el Archivo San Martín.

libertadora del Perú. Desde entonces, le profesó un odio concentrado, que sólo esperaba una ocasión para estallar. Más tarde, al ver desatendidos sus planes aventureros, juzgó que la prudencia de San Martín era timidez, y su sangre fría indolencia, llegando á menospreciarle como general con su acostumbrada soberbia, y empeñóse por noble emulación en eclipsar su fama con hazañas portentosas como la de la *Esmeralda*. El generalísimo, que en su ecuanimidad no se violentaba para hacer justicia al héroe y al consumado marino, empeñóse en vincularlo á su fortuna, fiel á la promesa que le había hecho en Valparaíso de que la suerte de ambos sería la misma, cuando lo salvó del oprobio, — según confesión del mismo almirante, — de una destitución por el gobierno de Chile, provocada por sus imprudencias. Empero, nególe siempre su plena confianza, y aun su estimación. Tenía pobre idea de él como cabeza militar en la guerra terrestre, y cuando cediendo á sus instancias le confió los elementos necesarios para una operación, que requería método y atrevimiento, tuvo que arrepentirse de ello por los trastornos que le causó y por las exacciones que cometió. El almirante, en su vanidad, creía que procedía así por mezquinos celos, y se atribuía una importancia exagerada, hasta el extremo, — como ya se relató, — de pretender apoderarse por sí solo de las fortalezas del Callao por una negociación, que era casi una infidencia, con el propósito codicioso de apropiarse grandes caudales públicos y privados, y la mira ulterior de dictar la ley política á San Martín respecto del Perú, según él mismo lo ha declarado ; y tal vez con la de poner á contribución al Perú mismo, acaparando sus rentas bajo la protección de su escuadra, una vez dueño de su único puerto (V. cap. XXXII, § III).

Un incidente de carácter nacional, en que toda la razón estaba de parte del almirante, contribuyó á hacer más tirantes las relaciones entre él y el generalísimo. En la escuadra había dos partidos : uno que tenía por su Neptuno al héroe del mar

Pacífico, y era más fuerte: el otro, que acaudillaban Guise y Spry, enemigo declarado del almirante el primero, con quien estaba en constante pugna. Con motivo del nombre dado á la *Esmeralda*, Guise promovió una protesta suscrita por varios oficiales, con alusiones ofensivas al vencedor de Valdivia y en términos contrarios á la severidad de la disciplina. Los culpables fueron sometidos á juicio. Guise y Spry, nombrados para un servicio de guerra, desobedecieron. Sometidos á su vez á juicio con arreglo á ordenanza, San Martín, que veía en Guise un futuro almirante, trató de mediar en el asunto, y lo amparó al fin con su autoridad, dejándolo en libertad en tierra, y nombró á Spry su ayudante de campo. Arrestados nuevamente á bordo los dos oficiales por Cochrane, exigió éste se les expidieran pasaportes para Valparaíso. San Martín, sin tomar ninguna resolución, autorizó tácimente la insubordinación con menoscabo del prestigio del jefe superior de la escuadra, quien se consideró justamente agraviado. No obstante esto, las relaciones amistosas entre ambos no se alteraron, y al emprender lady Cochrane su viaje á Inglaterra, no trepidó el almirante en dirigirse al general, pidiéndole la cantidad necesaria para sufragar los gastos (4).

En la ocasión de jurarse en Lima la independencia del Perú, el almirante, al leer la inscripción de la medalla conmemorativa, que atribuía toda la gloria de ese hecho á los esfuerzos del ejército de tierra, con olvido de la escuadra, y

(4) Hé aquí la carta del almirante solicitando el préstamo: — « *Reservado*. — Mi estimado General: Como no está muy seguro que Lady Cochrane podrá obtener del Gobierno de Chile los cinco mil pesos, además de los que ya ha dado para su viaje, me hará V. un gran favor de prestarme esta (cantidad) en plata piña ó en dinero — lo que devolveré tan pronto que pueda. — Tengo ahora 23,090 pesos en papel de Chile, que no quiero cambiar á causa de la pérdida enorme que padeceré antes de la toma de Lima. Como siempre, mi caro General, su afmo. amigo. — *Cochrane*. — Al Excmo. Sr. D. José de San Martín, Capitán Gral., etc., etc. » M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LXIV.)

sobre todo de su nombre, — que juzgaba, y con razón, digno de perpetuarse en metal duro, — no pudo contener su disgusto, y reclamó en nombre de la marina, que había abierto y enseñado el camino de la expedición libertadora. San Martín le dió la razón, en cuanto la tenía, y le manifestó que así debiera haberse grabado, explicando la involuntaria omisión; pero herido en lo más vivo de su amor propio, no se dió por satisfecho. Desde entonces, empezaron á acentuarse sus reclamaciones por los sueldos y gratificaciones que se adeudaban á la escuadra : al principio, en términos moderados, y luego en tono más alto, augurando sublevaciones de sus tripulaciones como presagio de tempestad (5).

Al tiempo de equipar en Valparaíso la escuadra y el convoy de la expedición libertadora del Perú, tocóse con la dificultad de que los marineros extranjeros no querían reengancharse, disgustados de que no se les hubiesen cumplido las promesas hechas. El tesoro de Chile estaba exhausto, y su gobierno no tenía crédito. En tal situación, se arbitró que San Martín expidiese una proclama, prometiendo pagar con puntualidad después de su entrada á Lima, los sueldos de los que se alistasen voluntariamente, y á más la paga entera de un año por vía de recompensa. Así se hizo, y Cochrane firmó

---

(5) Hé aquí un párrafo del oficio de Cochrane á San Martín de 4 de agosto de 1821 : « He tenido lugar para conocer un disgusto estudiado y » una reluctancia general, aun para el cumplimiento de los deberes ordi- » narios, tanto, que estoy persuadido, que se prepara algo de una natu- » raleza semejante á aquello del año pasado, tan subversivo de la disci- » plina, en que los marineros objetaron levar anclas ó hacer cosa alguna » en la escuadra, hasta que sus haberes fueron satisfechos. Mi respeto á » los intereses del Estado, y especialmente los de V. E., me induce á im- » plorarle que haga lo posible para impedir que los casos lleguen á esta » crisis, porque si los marineros logran sus sueldos de un modo como » éste, considerarán que la satisfacción de sus haberes no ha nacido » de la buena fe y justicia del gobierno, sino arrancada de él á des- » pecho de sus deseos de retenerlos ». M. S. (Arch. de San Martín, vol. LXV.)

conjuntamente con él la proclama, allanándose de este modo la dificultad. Posteriormente, acordó cincuenta mil pesos de gratificación á los captores de la *Esmeralda*. Una vez en Lima, no atendió con la debida preferencia estos compromisos, aun cuando contase con dinero suficiente para atender su ejército y otros gastos extraordinarios. De esto se quejaba el almirante, y no sin razón. En vísperas de fenecer los empeños de los marineros enganchados (junio 30) bajo la fe del general, el almirante se lo recordó, y formuló su cuenta, incluyendo en ella, además de las gratificaciones oficiales, el valor de la *Esmeralda* estimada en 110,000 pesos, la cantidad de 150,000 pesos por haberes atrasados durante año y medio y dos años, lo que la hacía montar á 420,000 pesos fuertes. Un mes después (julio 30) reiteró sus exigencias, haciendo presente que « sería imposible manejar la escuadra si no se pagaba en el Perú, ó se enviaba á Chile para que allí se hiciera » (6). Á la vez se quejaba de escasez y miserias en la escuadra, pero sin hacer mención del valor de las presas hechas ni de los artículos y caudales tomados en los puertos del Perú, que si bien no se apropió, empleó discrecionalmente en beneficio de la escuadra, y cuyo importe debía por lo menos figurar en el debe. San Martín se resistía al abono de los sueldos atrasados, fundándose en que era deuda que correspondía al gobierno de Chile y no al Perú, en lo que podía tener razón; pero su propia conveniencia y los deberes de la gratitud para con el

---

(6) Ofi. de Cochrane á San Martín de 30 de julio de 1821, en que dice: « Á los tenientes y otros oficiales de la escuadra se debe cerca de dos » años de sueldos. El plazo de tiempo que los marineros se obligaron á » servir, se ha cumplido con la mayor parte de ellos, y el 20 del próximo » mes, no habrá hombre alguno á quien no se le deba un año ó año y » medio de haberes. Ignoro si V. E. podrá remediar esto; pero debo » asegurarle que será imposible manejar la escuadra si no se hace aquí, » ó se manda á Chile para que esto se haga ». M. S. (Arch. San Martín, vol. LXV.)

país que costeara los gastos de la expedición, le aconsejaban reconocerla. De aquí una discusión agria y un sordo descontento, fomentado por el mismo almirante, que empezó á sentirse en las tripulaciones, con síntomas de sublevación.

Tal era el estado de las relaciones entre San Martín y Cochrane, al tiempo de declararse el primero Protector.

III

El 4 de agosto (1821), un día después de declararse San Martín Protector del Perú, se presentó el almirante en el palacio de gobierno en Lima, con el objeto de renovar verbalmente sus reclamaciones, ignorando ó afectando ignorar el nuevo carácter de que el general se había investido. La versión de la conferencia que entre ambos se siguió, dada por el secretario de Cochrane y que éste reproduce en sus « Memorias », aparece confusa ó contradictoria cotejada con los documentos que él mismo trascribe, y no puede tomarse por guía, por lo que el historiador tiene que limitarse á mencionar lo que está fuera de cuestión ó se deduce del propio contexto de los recíprocos testimonios no contradichos. Según el almirante, San Martín contestó á su reclamación, declarando : que no reconocería los sueldos debidos á la escuadra, sino entrando como parte del precio de venta de ella al Perú (7). Los ministros Monteagudo y García del Río, que asistieron á la conferencia, califican de calumniosa esta aserción, y arguyen, que teniendo San Martín la escuadra á sus órdenes, no necesitaba comprarla. Según se deduce del tenor de la versión aceptada por Cochrane, es que los términos en que for-

(7) Véase Stevenson : « Hist. and descript. narrat. », t. III, pág. 352 y sig., y « Memorias de lord Cochrane », pág. 148 y sig.

muló su reclamación, ofendieron á San Martín, quien frunciendo el entrecejo, pidió á sus ministros que se retirasen. Alarmado el almirante, hizo presente, que « no hablando » bien el español, deseaba quedasen los ministros como in- » térpretes, por temor de que pudiese considerarse ofensiva » cualquiera expresión mal entendida » (8). San Martín volvióse entonces á él y le interrogó : — ¿Sabe V. milord, que soy el Protector del Perú ? — No señor, respondió. — Pues he ordenado á mis secretarios lo informen á V. de ello. — Es inútil ahora, pues V. mismo me lo comunica personalmente : pero espero que la amistad que ha reinado entre San Martín y yo, continuará existiendo entre San Martín y mi persona (9). El general, según Cochrane, limitóse á contestar, que no tenía nada que decir, sino que era el Protector del Perú.

Cochrane, que desde este momento empezó á afectar un chilenismo exagerado, y que como almirante de Chile creía no deber ver en el Protector sino un general alzado del país á que servía, ó un gobernante extranjero no reconocido por él (10), repuso : — Entonces, es á mí á quien compete, como oficial de Chile, y por consiguiente el más caracterizado para representar la nación, pedir se cumplan todas las promesas hechas á Chile y á la escuadra : pero ante todo á la escuadra » (11). Á este discurso falta la intimación final, consecuente con la representación internacional que se atribuía, de acuerdo con su anterior insinuación de llevar la escuadra á Chile para pagarla y concordante con las palabras que pone en boca de

(8) Cochrane : « Memorias », pág. 148.
(9) Cochrane : « Memorias », pág. 148-149.
(10) El mismo declara en sus « Memorias », pág. 105 : « Conociendo el Protector mi ánimo de no reconocer su autoridad usurpada ».
(11) Cochrane : « Memorias », pág. 149.

San Martín, que era declararse desatado de toda obediencia y retirar al Perú el apoyo de su armamento naval (12).

San Martín repuso con reconcentrada irritación : — He ofrecido á la tripulación de la marina de Chile un año de sueldo de gratificación, y lo cumpliré. Reconozco también por deuda la gratificación de cincuenta mil pesos ofrecida á los marineros que apresaron la fragata *Esmeralda*, y no solamente estoy dispuesto á cubrir este crédito, sino en recompensar como es debido á los que han ayudado á libertar el país. Los sueldos de la tripulación no están en igual caso, y no habiendo respondido yo jamás de pagarlos, no existe de mi parte obligación alguna. Supongo justo en la escasez del erario de Chile, se le indemnicen de algún modo los gastos expedicionarios, lo que será para mí una agradable atención; pero de ningún modo reconoceré el derecho de reclamarme los sueldos vencidos (13). En cuanto á la escuadra puede V. llevársela adonde guste y marcharse cuando quiera : con un par de bergantines tengo lo bastante (14).

Al observar el giro tempestuoso que tomaba la conferencia, los dos ministros se retiraron discretamente. San Martín, se levantó de su asiento, y paseándose con agitación por el

---

(12) No tendrían de otro modo explicación ni sentido, las palabras subsiguientes, que Cochrane atribuye á San Martín, ni tampoco los conceptos insertos en la carta que él mismo reproduce en su « Contestación », pág. 4, en que éste le dice : « Si á pesar de todo, deliberase V. » tomar el partido que me *intimó* en la conferencia que tuvimos ahora » días, este sería para mí un conflicto á que no podría sustraerme. Mas » espero, que entrando V. en mis sentimientos, consumará la obra que » ha empezado y de la que depende nuestro común destino ».

(13) Carta de San Martín á Cochrane de 9 de agosto de 1821, inserta por el segundo en sus « Memorias », quien en la versión de la conferencia por su secretario le atribuye estas palabras : « Yo nunca pagaré un real á Chile ».

(14) Versión de Cochrane en sus « Memorias », pág. 149. Estas palabras están confirmadas por una carta inédita, que se citará más adelante, quien se manifiesta amistosamente muy lastimado por ellas.

salón, volvióse súbitamente al almirante, le dijo : — Olvide mylord lo pasado (15). — Lo olvidaré cuando pueda. — Así terminó la conferencia. — El Protector acompañó al almirante hasta la meseta de la escalera, y ofreciéndole francamente la mano, repitió lo que le había dicho en Valparaíso : que su suerte sería igual á la suya.

IV

El almirante, al regresar á bordo, encontró un oficio del ministro de guerra del Protector, ordenándole « hacer recono- » cer el nuevo gobierno por las fuerzas navales de su mando, » dependientes de la república de Chile ». El almirante se sometió, aunque aparentemente, en la esperanza de obtener algunas ventajas pecuniarias, pues él mismo confiesa, que « su » ánimo era no reconocer la autoridad usurpada del Protec- » tor » (16). En seguida, tomó la pluma, que manejaba como una espada de dos filos, y se dirigió privadamente en inglés á San Martín, aunque esta vez, conteniendo sus ímpetus, acompañó sus golpes encubiertos con pérfidos saludos.

Llamábale por « última vez, mi querido General », y recordando la antigua amistad, reconocía que « San Martín lo había » salvado en otro tiempo de ser expulsado del servicio de » Chile ». « En manos de V. está, le decía, ser el Napoleón de » la América del Sud ó uno de los hombres más grandes que » en el día figuran en la escena del mundo. Tiene V. la facul- » tad de elegir su carrera. Si los primeros pasos que dé son » falsos, la altura á que se encuentra contribuirá á hacerle » caer de una manera más violenta y segura, como del borde

(15) Cochrane « Memorias », pág. 149.
(16) Cochrane « Memorias », pág. 106.

» de un precipicio. — Excepto V., no ha surgido un hombre
» capaz de elevarse sobre los demás y de abrazar con mirada
» de águila la extensión del horizonte político. Mas si va
» fiado en las alas de la fortuna, cual otro Icaro con alas de
» cera, su caída pudiera aplastar la libertad naciente del Perú,
» y envolver á toda la América del Sud en anarquía, guerra
» civil y despotismo. — La fuerza de los gobiernos está en la
» opinión pública. — Nadie puede engañarse acerca de los
» sentimientos que abrigo en mi pecho; de los de los otros
» juzgo por los míos propios, y como hombre honrado no
» tengo embarazo en expresarlos. — Si los reyes y príncipes
» tuviesen en sus dominios un solo hombre que en todas las
» ocasiones les dijeran la verdad desnuda, se habrían evi-
» tado errores frecuentes y menores habrían sido los
» males que experimenta la humanidad. — Si yo fuera
» capaz de bajezas é interesado, con el paso que acabo de dar,
» bastaría para arruinar mi porvenir, pues al darlo no he
» tenido otra seguridad que la buena opinión que tengo de su
» discernimiento y de su corazón » (17).

---

(17) Carta de Cochrane á San Martín de 7 de agosto de 1821. M. S. autógrafo en el Arch. San Martín, vol. IV. M. S. Ha sido publicada por su autor en sus « Memorias », pero suprimiendo de ella un párrafo, que es el siguiente : « Yo llenaré siempre un deber de amistad en pago del » apoyo que V. me prestó cuando en otro tiempo se tramaban planes y » complots viles para expulsarme del servicio de Chile, no por otra razón » que la que hombres de entendimiento superficial y por medios de mala » ley, aborrecen á los que desprecian actos indignos llevados á cabo por » pasiones bajas; — porque tal calificación corresponde á la conducta » observada por el Senado (*de Chile*) y por Zenteno. Tal también fué el » proceder del ministerio inglés, cuando intentara establecer un despo- » tismo militar. Si por haber dicho verdades incurrí en desgracia, me » expuse á su resentimiento y experimenté un tratamiento hostil de su » parte, sin embargo, recibí una recompensa que estimo sobre todas las » demás : la aprobación de mi propia conciencia, á la que se agregaba » la del pueblo inglés en general, de los que, en número de cuarenta » mil electores que eran del municipio Westminster, el más ilustrado » de todos en el asiento del gobierno, en dos ocasiones me eligieron

San Martín sintió los golpes en medio de las fintas encomiásticas de su antagonista, y contestó con moderada dignidad: « Conozco Mylord, que la buena fe del que preside á una » nación es el principio vital de su prosperidad. Un orden sin» gular de sucesos me ha llamado á ocupar temporalmente la » suprema magistratura de este país, y renunciaría á mis senti» mientos, si una imprudente presunción ó una servil deferen» cia á consejos ajenos me apartase de la base del nuevo » edificio social del Perú, exponiéndolo á los vaivenes que con » razón teme V. en tal caso. Conozco que no se puede volar » con alas de cera; distingo la carrera que tengo que empren» der; y confieso, que por muy grandes que sean las ventajas » adquiridas hasta ahora, restan escollos que sin el auxilio de » la justicia y de la buena fe no podrán removerse. Nadie más » que yo desea el acierto en la elección de medios para con» cluir la obra que he emprendido. Arrastrado por el imperio » de las circunstancias á ocupar el gobierno, libre que sea el » país de los enemigos, deseo volver con honor á la simple » clase de ciudadano. Estoy pronto á recibir de V., mylord, » cuantos consejos quiera darme, porque acaso el resplandor » que de intento se me presenta delante de los ojos, me des» lumbre sin conocerlo » (18).

Cochrane, que no quería romper del todo, no obstante estar resuelto á asestar á su rival un golpe mortal que lo desprestigiara y paralizase su carrera (19), replicó en tono senti-

---

» miembro del parlamento, después que el gobierno me había puesto en » la cárcel ». (Véase el texto de esta carta en inglés y español en el Apéndice.)

(18) Carta de San Martín á Cochrane de 9 de agosto de 1821. Inserta en las « Memorias de Cochrane ». (Véase el texto íntegro en el Apéndice.)

(19) « El objeto del Protector era, acelerar el desmembramiento de la » escuadra, que yo rehusaba poner á órdenes de sus miras ambiciosas. » — Adhiriendo á mi propio deber (*después de la conferencia y cambio » de las primeras cartas*), me sentí fuera de su autoridad, y determiné no

mental, para reanudar con quejas la ya extinguida amistad y le llamó otra vez « mi querido general », invocando hasta los recuerdos de la esposa ausente. « Quisiera Dios, que el » sábado 5 de este mes hubiese sido borrado de los días de » mi vida, porque ha dejado tan profundas impresiones en » mi alma, que desearía poder desarraigarlas. Oh! las peno- » sas impresiones que todavía vibran en mí, me hacen des- » graciado. ¡Cómo! San Martín el justo y honorable, ha podido, » aun en un momento de exasperación, expresar sentimientos » que no debían haber tenido cabida en su espíritu liberal! » ¿Y no lo ha hecho así? San Martín á quien creía mi amigo » ¿ no me ha dicho con fría indiferencia, que mande la es- » cuadra donde me plazca y vaya donde se me ocurra? No me » ha dicho : *Puede usted irse cuando guste?* Ah! General! » ha sido un doloroso día para mí! No podré volver á verlo » jamás mientras no sienta que pueda hacerlo sin una lágri- » ma en los ojos. Siento deseos de evitar la sociedad de los » hombres, porque todos hasta ahora me han hecho sufrir » desengaños. Me retiraré donde la amistad de lady Cochrane, » venga á agregarse al consuelo que siento, pues no he » dañado ni pretendido dañar á hombre alguno, ni cometido » acto que mi conciencia me reproche. — Que tenga V. éxito » en todos sus esfuerzos por el bien de la humanidad ; que » sea V. tan grande como pueden hacerle la justicia, el honor, » la sabiduría y todas las virtudes! » (20).

San Martín, refiriéndose á su vez á la intimación de retirarse que provocaron las palabras duras de que su glorioso compañero se quejaba, decíale : « Nada tengo que añadir, si

---

» seguir otra conducta sino la de sostener el cumplimiento de las pro- » mesas (*políticas*) hechas al Perú por el gobierno de Chile ». (Memorias de Lord Cochrane », pág. 163.)

(20) Carta inédita de Cochrane á San Martín de 9 de agosto de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXIV). Véase el texto íntegro de esta carta aut. en inglés y español en el Apéndice.

» no es la protesta de que no he mirado ni miraré jamás con » indiferencia cuanto tenga relación con V. Yo le dije en Valparaíso, que su suerte sería igual á la mía, y creo haber » dado pruebas de que mis sentimientos no han variado ni » pueden variar, por lo mismo que cada día es mayor la trascendencia de mis acciones. Si á pesar de todo deliberase » tomar el partido que me intimó (*retirarse con la escuadra*) » en la conferencia que tuvimos, este sería para mí un conflicto á que no podría sustraerme. Mas yo espero, que » entrando V. en mis sentimientos, consumará la obra que » ha empezado, y de la que depende nuestro común destino » (21).

Este duelo cortés de juego tan cerrado con puntas embotadas, entre los dos grandes antagonistas que cambiaban con enojos concentrados, pero con decoro, sus sentimientos y sus agravios, y que debía degenerar más tarde en un sangriento pugilato en que ambos quedarían mal parados, terminó con una cordial y encomiástica carta del almirante, quien llamando por última vez « mi caro General » á su futuro enemigo, refuta, —como en la anterior,— con su propia pluma, todas las difamaciones y calumnias estampadas contra él en sus *Memorias* : « Volveré á escribir á V. en español, no » siendo de importancia si *no* me expreso en términos propios, pues creo me entenderá cuando le aseguro de mi gratitud personal por sus cariñosas promesas. He apreciado » sus intereses más que los míos propios. De esto se convencerá cuando reflexione sobre aquella línea recta que he » creído ser un deber seguir, con el riesgo de incurrir en su » desagrado para siempre. Esto habría sucedido inevitablemente, si el talento de V. no le hubiese hecho ver las co-

(21) Carta de San Martín á Cochrane de 13 de agosto de 1821, publicada por el segundo en su « Contestación », cit., pág. 4.

» sas con sus verdaderos colores, cuyo conocimiento ha ad-
» quirido V., afortunadamente, no habiendo nacido rey,
» pero sí para gobernar. Creeré para siempre que ha sido
» una de las ocurrencias más felices de mi vida, si la fran-
» queza con que le he hablado ha impedido que se ejecuta-
» sen consejos contrarios á su nombre y opinión universal,
» sin esperar por la astucia, aquello que se debe adquirir de
» un modo franco y honorable : el único digno de un gobier-
» no que debe servir de norma á todos los de la América, y
» aun al mundo entero » (22).

V

Simultáneamente con esta singular correspondencia íntima, seguíase otra oficial de carácter más agrio, en que se ventilaban los asuntos de la escuadra que motivaron las disidencias. Sería tan inútil como enojoso reproducir las disputas que ambas partes han consignado en sus panfletos y documentos, en que la razón y la sinrazón de una y otra parte se confunden, y el encono, la imprudencia, los términos medios ó las recíprocas desconfianzas precipitan el conflicto. El almirante, á la vez que hacía alarde de chilenismo en sus reclamaciones, atribuyéndose una representación externa ante el gobierno del Perú, al dirigirse al director de Chile, le anunciaba que su escuadra estaba á merced del beligerante que le diera de comer : — « Me parece muy probable que antes que pueda
» recibir los víveres que solicito, la escuadra estará á la dis-
» posición de cualquier gobierno que tenga en sus manos

(22) Carta inédita de Cochrane á San Martín, de 19 de agosto de 1821. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LXIV). Véase el texto íntegro de esta carta en el Apéndice.

» recursos del país, ya muy agotados con el doble consumo
» de las dos partes contendoras » (23).

San Martín, con justicia y prudencia, reconoció al fin, aunque tardíamente, los haberes de la marinería por cuenta del gobierno de Chile, garantiendo su pago, además de las gratificaciones á que por su palabra empeñada estaba obligado, y aun cuando estas promesas no se hubiesen hecho efectivas, los ánimos estaban más apaciguados al tiempo de la bajada de Canterac de la sierra (1.° de setiembre). Así, Cochrane escribía á Monteagudo, ministro de la Guerra, al presentarse los realistas frente á Lima : « Ojalá que las circunstancias me
» hubiesen permitido, llevarles no solamente la tropa de ma-
» rina, sino también los marineros. El movimiento del ene-
» migo parece dictado por la desesperación.—Quisiera acom-
» pañar á Vds. á cosechar los laureles que les aguardan;
» pero si esto no puede ser, es debido á lo que tanto tiempo
» he previsto y deseado evitar, cuando estaba en su poder
» remediarlo. — El cuidado de los castillos del Callao, si su
» guarnición saliese á ayudar á sus compañeros, es impor-
» tante, y yo haré todo lo que pueda en este caso, así como
» para pagar á los marineros con lo que hay aquí » (24).

---

23 Ofi. de Cochrane al ministro de Marina de Chile de 12 de agosto de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXVI). — O'Higgins, interpretando este oficio en un sentido siniestro, que podria desprenderse de él, pero que no puede suponerse en la espectabilidad de Cochrane, escribió al Protector oficialmente : — « *Muy reservado* : — Me ha sido tan sor-
» prendente la énfasis con que vierte el lord Cochrane en su descripción
» animosa la falta de víveres, que dice experimenta la escuadra, que me
» apresuro á poner á la vista de V. E. en copia, la nota que el citado
» almirante ha dirigido al ministro de Marina, fha. 12 de agosto último,
» á fin de que, penetrándose V. E. del verdadero sentido de su contenido,
» se sirva estar á la mira del accidente misterioso que presagia el lord,
» y darme sobre ello oportunos avisos, bien entendido que he dispuesto
» no se conteste por ahora á su comunicación. — Palacio Directorial en
» Santiago de Chile á 4 de octubre de 1821 — *Bernardo O'Higgins* —
» Excmo. Sr. Protector del Perú. » M. S. (Archivo San Martín, vol. cit.)

24 Carta de Cochrane á Monteagudo de 4 de setiembre de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXVI.)

Después de la adusta escena entre San Martín y Cochrane antes relatada (10 de setiembre) en que estos dos personajes se vieron por la última vez, el almirante retiróse airado á su bordo, y su escuadra se puso en verdadero estado de motín. Dos días después escribía al Protector : « Permanezco á bor- » do con la mira de guiar la tempestad que está formándose » contra V. », palabras que él explicó más tarde diciendo, que era para evitar que las tripulaciones se alzasen con los buques y « cometiesen piraterías en alta mar, para aliviarse de » sus necesidades y obtener un equivalente de lo que tan » justamente se les debía » (25).

El Protector, por precaución, al poner la ciudad en estado de guerra á la aproximación del enemigo, había hecho depositar los caudales de la tesorería y las pastas preciosas de la casa de moneda, en un buque surto en Ancón, permitiendo se trasladasen á los trasportes de guerra y á otros con bandera neutral, dineros de los particulares. Cochrane, aprovechándose de los conflictos que rodeaban á San Martín, así que lo supo, se apoderó por la fuerza de toda la plata y oro pertenecientes al Estado y á los particulares, como artículos de contrabando, limitándose por toda formalidad á dar un recibo en globo de los bultos secuestrados (26). Se le ordenó inmediatamente que restituyese las especies, que se hallaban en un puerto de la dependencia del gobierno del Perú, sin violar

(25) Ofi. de Cochrane de 12 de setiembre de 1821, cit. por él en su « Contestación, » cit. p. 15.

(26) Hé aquí el recibo de Cochrane, copiado del original : — « Sepbre. » 15th. 1821. — Received from on board the ship Louisa, captain Worthy, » Bags Box Pachages as pin margin, said contain plata piña, etc., money, » which has been found on board the Louisa without a Custom House » permit, or bill of lading, or other customary document. — *Cochrane.* » Marks surrons : M. P... 8 — f. M... 1 — No mark... 7 — M... 14 — f... » — f... 10 — 1715... 1 — Surroons : 51 — Surrons of round lumps... 22 » — P. D. — M. H. one case — P. » M. S. (Arch. San Martín, vol LXV.

ninguna disposición aduanera, á cuyo efecto se le acompañó nota de sus procedencias y propietarios (27).

En la imposibilidad de sostener la ficción del comiso, escribió confidencialmente á San Martín, y le volvió á llamar « mi caro amigo », diciéndole que después lo instruiría de todo de oficio, y en tanto, le declaraba que se apropiaba las especies para la escuadra : « Me es sensible que la necesidad » imperiosa me haya obligado, para impedir una sublevación » y la pérdida total de la escuadra, satisfacer á los marine» ros, quienes empezaban á considerarme como implicado en » alucinarlos, tomando á bordo de esta fragata la plata piña » y dinero que he encontrado en los transportes, de todo lo » que soy responsable. — El mal de la necesidad es grande, » pero un motín, y la pérdida de los buques hubiera sido mil » veces peor. Las dudas que suscitó el envío del dinero á » este puerto, añadido al prospecto de un largo bloqueo, qui» zás ha sido la causa de sus recelos de no ser jamás paga» dos.—V. ha tenido que pagar su ejército, sin duda porque » conocía que las promesas no eran premio suficiente, y así, » no puede V. esperar que la marina dejaría de esperar los » sueldos que se les deben » (28).

Al día siguiente (16 de setiembre) recargando la ironía, le escribía en la misma forma : « He tomado sobre mí una res» ponsabilidad enorme, para cortar consecuencias fatales á » V. y quizás á los demás gobiernos independientes de Amé» rica que dependen principalmente del éxito de V. Si no hu» biese dado este paso, el menor que podía esperarse hubiera » sido levantar el bloqueo y la entrada de víveres en el Ca» llao, que como V. sabe tiene dinero para pagarlos bien.

(27) Ofi. del Protector al almirante de 15 de setiembre de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXVI.

(28) Carta de Cochrane á San Martín de 15 de setiembre de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXVI.

» Como he dicho antes, soy responsable de hecho, ante todo
» el mundo y ante V. ¿Piensa V. que su ejército le hubiese
» servido con el entusiasmo que vi el otro día, si no hubiesen
» sido pagados sus sueldos? Esto no ha podido esperarlo, y
» por consiguiente ha tomado las medidas sabias de seguir
» otro camino. Estoy cierto que su deber público le hubiera
» hecho tomar el dinero de su mismo hermano, si hubiera
» visto en el ejército el espíritu de motín que existía en la
» escuadra, cuando los marineros veían que tenían una se-
» guridad mayor que las promesas, que dicen ellos han sido
» tantas veces burladas. Dicen que V. y yo firmamos un pa-
» pel en Valparaíso asegurándoles su paga y además una
» gratificación á su llegada á Lima, y que esto no se ha cum-
» plido : que lo prometió para mes y medio después de la to-
» ma del Callao, y que ya ven al Callao socorrido por el ene-
» migo : y dicen, que luego les prometieron pagarles para
» cuando no haya enemigos en la América. Así raciocinan y
» nada puede convencerlos de lo contrario. — De los dos
» males mencionados y otros muchos, he escogido el menor,
» y no dudo que al fin pensará V. que este hecho es el mejor
» que como amigo podía hacerle » (29).

VI

Como el Callao aun resistía y su pronta rendición dependiese de la carencia de víveres de que el bloqueo marítimo le impedía surtirse, la cooperación de la escuadra chilena era indispensable, y San Martín hubo de contemporizar, limitándose á insistir en la devolución de los caudales de los particu-

---

(29) Carta de Cochrane á San Martín de 16 de setiembre de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXVI.)

lares, lo que se verificó según el criterio y beneplácito del almirante. Rendido el Callao, la discusión oficial se reabrió, asumiendo por parte de Cochrane un carácter más agresivo y sarcástico. El gobierno le indicó, que para salvar el mutuo decoro, se formasen presupuestos, á fin de pagar las tripulaciones en la bahía del Callao con intervención del Intendente de guerra, á cuya caja pertenecían los fondos secuestrados (30). La contestación fué : « El honor del gobierno está mucho más » comprometido, que en la detención del dinero hallado á » bordo de los buques en Ancón sin ningún documento legal, » en su aplicación á pagar los marineros, cuando se ve que » pertenecía á un gobierno que se había abstenido de darles » pan que comer. La necesidad carece de ley. Por más penoso » que me haya sido recurrir á una medida que sabe Dios » hubiese querido evitar, es el gobierno quien tiene la culpa » y no yo. — La transferencia de ese dinero al Intendente, en » nada contribuiría al objeto que se busca, y sólo serviría » para renovar en la escuadra la insubordinación y la rebelión, » de la que mi juramento de fidelidad al gobierno de Chile, » — en oposición de las opiniones y de los hechos de el » del Perú. — me ha compelido á procurar salvarla » (31).

Viendo el Protector, que la resistencia del almirante de Chile á todo avenimiento, siquiera de forma, — aun satisfaciendo sus exigencias, — asumía el carácter de una intimación y de una reprobación internacional de su política y de los actos de su administración, cortó la discusión, y expidió una proclama á los marineros, en que confirmaba la distribución que de los dineros del gobierno extraídos en Ancón iba á hacerse. Á Cochrane le escribió, que « podía emplear la plata

(30) Ofi. del ministro de la Guerra del Perú al almirante, de 24 de setiembre de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXVI.)

(31) Ofi. de Cochrane al ministro de Marina del Perú, de 25 de setiembre de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXVI.)

del modo que le pareciera » (32). El almirante, solicitó la presencia de un comisionado que autorizara el pago, y no recibiendo contestación, procedió por sí al abono de un año de sueldo, y el resto lo reservó, según confesión propia, para necesidades de la escuadra (33).

Hasta aquí los procederes del almirante, si bien irregulares y violentos, podían hasta cierto punto justificarse por la ley de la necesidad que invocaba. Al fin, los dineros del tesoro público se aplicaban con más ó menos formalidades en beneficio de la escuadra que había prestado tan grandes servicios y merecía ser atendida, aprobando el mismo Protector la inversión. Pero deprimida la autoridad del gobierno del Perú, alterada la paz pública, desmoralizadas las tripulaciones de la escuadra que desertaban en grupos ó promovían conflictos diarios en tierra, el Protector hizo ordenar á Cochrane por medio de su ministro de marina, en virtud de las instrucciones de Chile que lo autorizaban á disponer de parte ó el todo de la escuadra, que se retirase inmediatamente con ella de las aguas del Perú para dar cuenta de su conducta á su gobierno, agregando, que deploraba tener que tomar esta resolución con quien había hecho célebre su nombre por acciones señaladas (34). Despechado Cochrane, cometió nuevos atentados, asumiendo una actitud abiertamente hostil. Formó su escuadra en línea como

---

(32) Cochrane : « Memorias, » p. 189.

(33) Cochrane : « Memorias, » p. 188. Cochrane confiesa haber retenido la cantidad de 285,000 pesos, después de devolver las pertenencias de los particulares, en vista de testimonios que él estimó, y además 40.000 pesos pertenecientes á la caja del ejército. El gobierno del Perú le hizo cargo por valor de más de 400,000 pesos, según documentos que se publicaron en el « Suplemento al núm. 27 de la Gac. de Gob. » y el número 31 de la misma de 24 de octubre de 1821, incluso lo correspondiente á particulares, que formaba la mayor cantidad, y se devolvió en gran parte.

(34) Ofi. del ministro de Marina del Perú á Cochrane, de 25 de setiembre de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXVI.)

en actitud de combate frente á las baterías del Callao, intentó apoderarse bajo sus fuegos de un buque que estaba á las inmediatas órdenes del Protector, y puso el puerto en una especie de bloqueo, poniendo en consternación al pueblo. Por último, llegó hasta desconocer el derecho de San Martín como generalísimo para impartirle órdenes, fundándose en que había faltado á la fidelidad que debía á Chile, y que por lo tanto no le competía darlas á su escuadra (35). Reiterada que le fué la orden (3 de octubre), se retiró cuando le pareció bien, pero no para dirigirse á Chile, sino para emprender de su orden un nuevo crucero, como más adelante se dirá.

El alzamiento del almirante Cochrane con la escuadra chilena, fué un golpe para el Protector, que desprestigió considerablemente su autoridad ante propios y extraños, lo privó del concurso de un elemento poderoso de que necesitaba para terminar la guerra en el Perú, y cortó en parte su vuelo como libertador para adelantar sus planes hacia el norte en combinación con Bolívar, según después se verá. Puede, pues, considerarse como una de las causas concurrentes, que determinaron más tarde el retiro de San Martín de la escena americana.

VII

La correspondencia confidencial de O'Higgins con San Martín, esparce una nueva luz sobre las desavenencias del Protector con el almirante. El director de Chile, presintiendo la ruptura, escribía en vísperas de producirse (6 de agosto de 1821): « Yo he tenido que humillarme ante los jefes británi- » cos con tal de conciliar las locuras de Cochrane con la

(35) Cochrane: « Memorias », pág. 202.

» marcha de nuestra revolución. Le he escrito sobre la nece-
» sidad de guardar moderación y tino en lo que á él toca.
» Ojalá tenga en consideración mis reconvenciones y ayude
» á V. en sus trabajos! » (36). Producido el hecho, no le tomó de nuevo. « No me sorprende, decía, la conducta de
» lord Cochrane. Debe V. acordarse muy bien, que repetidas
» veces conferenciamos y fundadamente recelábamos se veri-
» ficasen alguna vez los desgraciados acontecimientos suce-
» didos con todo dolor nuestro y descrédito de la revolución,
» aunque esta parte no quepa á nosotros. ¡No nos quejemos
» de falta de previsión, y sí de resolución! Todos tenemos la
» culpa, y la Logia en la mayor parte. Lo más temible por
» último resultado será que ese mismo dinero que ha tomado
» y la escuadra no nos pongan en nuevos trabajos » (37).

Como San Martín irritado y mal aconsejado, indicase la medida de poner á Cochrane fuera de la ley, O'Higgins, no obstante creer á su almirante hasta capaz de convertirse en merodeador, le observaba con más serenidad : « De ningún
» modo conviene poner á Cochrane fuera de la ley, porque
» entonces, apoyándose en cualquiera provincia indepen-
» diente, enarbolaría nueva insignia, nos bloquearía los
» puertos, destruiría el comercio estableciendo aduanas en
» las islas y situaciones más análogas, y últimamente,
» uniendo sus intereses á los de los comerciantes extranjeros,
» convendrían en ideas. No debe esperarse ventaja alguna de
» las disposiciones de sir Thomás Hardy (el comodoro inglés
» en el Pacífico), que hoy corre muy bien con él, constán-
» dome hasta la evidencia, que trabaja por ganarlo entera-
» mente para afianzar la utilidad del comercio británico y

(36) Carta de O'Higgins á San Martín, de 6 de agosto de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

(37) Carta de O'Higgins á San Martín, *muy reservada*, de diciembre 12 de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

» darnos la ley en punto á derechos. Así, nuestra declaración
» fuera de la ley además de no tener efecto alguno, aparece-
» ría desairada por no tener fuerza para ejecutar nuestra
» resolución, y en tal caso conviene más probar otros medios
» que alcancen á tan grave mal » (38).

Pero si el director condenaba á Cochrane, el pueblo chileno, cuyo sentimiento halagaba, aunque exagerándolo, no sólo lo absolvía, sino que lo aplaudía. Por otra parte, el almirante, antes de lanzarse de su cuenta á un nuevo crucero, había regularizado su posición ante el gobierno de que dependía, de manera que, ni aun la reprobación oficial de su conducta era posible. « Cochrane protesta volver á Valparaíso, — escribía
» O'Higgins, — después de carenar la *O'Higgins* en Guaya-
» quil, y destruir, si aún existen, las fragatas *Prueba* y
» *Venganza*. Estas promesas lisonjeras nos obligan á variar
» nuestra política y esperar sucesos menos desagradables
» que los de Ancón. En Chile se ha aprobado generalmente
» el uso de los caudales en cuestión, para víveres y sueldos
» de los marineros, y las opiniones sobre esta materia se han
» avanzado más allá de los límites de la moderación. Hay
» lances en que es forzoso que el disimulo obre en el nivel de
» la ley y de las circunstancias. — Creo, pues, debe llamarse al
» orden al almirante, tocando cuantos medios nos pueda
» sugerir la política. Al efecto, se le han remitido víveres y
» marineros para que pueda navegar la escuadra de regreso
» á este Estado. Su bajada á Guayaquil remueve los temores
» de V. acerca del embarazo que le oponía para la expedición
» á Pisco » (39).

Cuando los enviados del Protector, García del Río y Pa-

(38) Carta de O'Higgins á San Martín, cit. en la nota anterior.
(39) Carta de O'Higgins á San Martín cit. en las dos notas anteriores.

roissien se presentaron á O'Higgins con el objeto de reclamar contra los procederes de Cochrane y pedir su desaprobación, encontráronse en presencia de esta situación compleja. El director de Chile, les manifestó sin embozo, que « convenía con ellos que Cochrane era el hombre más perverso de la tierra, y que estaba convencido de que era un criminal y un impostor que trataba de alucinar al gobierno y á los chilenos con gruesos paquetes de correspondencia llenos de calumnias contra el Protector, quien contra sus consejos y dictamen se había empeñado en llevarle en la expedición; pero que era preciso contemporizar, por no ser conveniente la reprobación pública, ni posible dar una satisfacción al gobierno del Perú sino de una manera reservada, como se había hecho oficial y confidencialmente » (40).

Los conflictos entre San Martín y Cochrane no habían terminado. El almirante triunfaría al fin de la influencia del Protector ante su único aliado y su conducta sería oficialmente aprobada por él, infligiéndole nuevas humillaciones.

VIII

Cochrane no era capaz de traicionar la causa que había adoptado, como llegó á sospecharlo O'Higgins, ni convertirse en un merodeador marítimo como lo suponía el director de Chile. Naturaleza desequilibrada, intemperante y arbitrario, impulsado por sus pasiones impetuosas, ensimismado y valeroso á la par que codicioso, era siempre el mismo héroe, con todos sus defectos y sus grandes cualidades. Había conquis-

(40) Conferencia de García del Río y Paroissien con el director O'Higgins en 17 de marzo de 1822, cit.

tado el predominio del mar Pacífico para la independencia sudamericana, y quería terminar su obra barriendo con su escoba vencedora las últimas naves españolas que aun flotaban errantes en sus aguas. Las fragatas *Prueba* y *Venganza*, que formaron parte de la escuadra del Callao, unidas á la corbeta *Alejandro*, buque mercante de 22 cañones armado en guerra (41), aun mantenían alzado el pendón del rey de España, habiendo escapado hasta entonces á la persecución del almirante. Era un trofeo que faltaba á su corona naval y una presa que prometía rico botín de guerra. Así, al dejar las playas del Perú (6 de octubre de 1821) el soplo de la gloria y del interés inflaba sus velas.

El almirante despachó á Chile la *Lautaro* y el *Galvarino*, y con la *Valdivia*, comandante Cobbets, la *O'Higgins*, comandante Crosbie, la *Independencia*, comandante Wilkinson, y las presas *San Fernando* y *Mercedes*, puso rumbo al norte. En Guayaquil (18 de octubre) embonó y avitualló sus maltratadas naves, pagándose los gastos con los premios de presas, incluso el dinero tomado en Arica que permanecía á bordo en depósito (42). Al dejar á Guayaquil (3 de diciembre) la capitana hacía seis pies de agua por día. Empeñado en dar caza á las fragatas, continuó su navegación, registrando todas las bahías y caletas á lo largo de las costas hasta Panamá, Tehuantepec y California (enero de 1822). Nadie le daba noticia de las misteriosas naves españolas. De regreso, supo en Atacame (costa de Esmeraldas), que desde Panamá se habían dirigido á Guayaquil, y continuando á toda vela su rumbo al sud se dirigió á este puerto.

---

(41) Este buque que se menciona por la primera vez, fué armado en Chile por cuenta del gobierno colombiano, en 1821; hallándose en Guayaquil, sublevóse, y pasó al servicio de los realistas en Panamá, donde se reunió con las fragatas *Prueba* y *Venganza*.

(42) Cochrane: « Memorias », pag. 184 y 205-206.

Las fragatas *Prueba* y *Venganza*, desprendidas de la escuadra del Callao, sirvieron para trasportar las tropas españolas que del Alto Perú se embarcaron por Arica para reforzar el ejército de Lima. En diciembre de 1820 se avistaron por la última vez frente á Cerro Azul al sud de Lima. En virtud de órdenes secretas del virrey, dirigiéronse al sud y se refugiaron en los puertos de Méjico. Puestas á órdenes del capitán general de Nueva Granada en 1821, acudieron á Panamá, donde se reunieron con la corbeta *Alejandro*, en circunstancias que las provincias del Istmo, — Panamá y Veraguas, — se declaraban independientes (28 de noviembre de 1821), como partes integrantes de la República de Colombia. Los capitanes, viéndose aislados en medio de los mares, á lo largo de una costa enemiga, sin medios de proporcionarse ni siquiera víveres, celebraron con los independientes un convenio de suspensión de hostilidades (4 de diciembre de 1821) á trueque de algunos auxilios, y en seguida se dirigieron al sud á buscar fortuna y bloquearon el puerto de Guayaquil.

Hallábanse á la sazón en Guayaquil los generales Francisco Salazar y La Mar, el primero, en calidad de agente diplomático del Perú, y el segundo, incorporado ya á las filas independientes como comandante de armas de la provincia. Ambos, de acuerdo con el gobierno, entraron en negociaciones con los capitanes españoles, y los convencieron de que estaban perdidos, pues si no perecían de hambre, caerían irremisiblemente en poder de Cochrane que los perseguía. En consecuencia, las dos fragatas capitularon con el representante del Perú, obligándose á entregarlas en el Callao por sus mismos oficiales, mediante el abono de sus sueldos devengados y la garantía de ser trasladados á su país los que no prefiriesen alistarse en las filas independientes con un ascenso en sus respectivas clases (15 de febrero de 1822). La *Prueba* se hizo inmediatamente á la mar bajo la fe de las capitulaciones, y cumplió su compromiso. La *Venganza* quedó reparándose en Guaya-

quil. Estos fueron los últimos buques de guerra que con la bandera soberana del rey de España flotaron en las aguas territoriales del Pacífico. La independencia marítima de la América meridional estaba consumada.

De regreso Cochrane á la isla Puná en el golfo de Guayaquil (13 de marzo), supo que las codiciadas presas que con tanto tezón perseguía, se habían entregado al Perú. Herido en su orgullo y defraudado en sus intereses, penetró á la ría con sus buques en son de guerra, y ordenó al capitán Crosbie que ocupara á mano armada la *Venganza*, izando en ella el pabellón chileno al lado del peruano que llevaba. Así se hizo. El gobierno de Guayaquil reclamó, invocando los respetos á la bandera peruana y al territorio en que se hallaba el buque bajo los fuegos de las baterías, y al interpelar sus sentimientos de confraternidad americana, le manifestó que cualquier procedimiento en contrario se tendría por acto hostil, de que le hacía responsable (marzo 14). Cochrane contestó: que de los asuntos navales del mar Pacífico, él solo era el encargado, en los que no tenía que mezclarse el gobierno de Guayaquil; y que habiéndose rendido las fragatas refugiadas, á consecuencia de la persecución de su escuadra, las presas le correspondían legítimamente. En precaución de mayores avances, el pueblo se armó, las baterías desmanteladas se guarnecieron y alistóse la flotilla de lanchas cañoneras de la ría. Al fin Cochrane convino en que la *Venganza* quedara como propiedad de Guayaquil, con su bandera, la que sería saludada juntamente con la de Chile, con prohibición de enajenarla, bajo la garantía de cuarenta mil pesos, mientras los gobiernos de Chile y del Perú decidían la cuestión, y que la corbeta *Alejandro* se entregase á sus primitivos dueños. El general Salazar protestó contra el convenio; pero el gobierno de Guayaquil contestó que después de haber intimado á Cochrane, al anuncio de romper el fuego, la resolución en que estaba de destruir las fragatas, antes de dejarlas arrebatar de

la bahía y obtener con esta actitud salvar los derechos del Perú, había hecho cuanto era posible para evitar mayores males y escándalos, conciliando todos los intereses (43).

IX

La nueva odisea del almirante del Pacífico no debía terminar sin otra tempestad, promovida por su genio turbulento. Al tocar otra vez la costa norte del Perú (abril 12), le fué negado proveerse de víveres y hasta hacer aguada, con arreglo á las órdenes anticipadas que del Proctector tenían sus autoridades. Irritado por esta negativa, dirigióse al Callao. Su aparición causó grande alarma (abril 25). La *Prueba*, bautizada con el nombre de *Protector*, y mandada por el capitán Guise, se guarneció con tropas y púsose bajo el amparo de las baterías de los castillos. El almirante dirigió un oficio al ministro de Marina, quejándose del procedimiento hostil de negar víveres y aguada á su escuadra, después de ejecutar la última hazaña naval que daba á los independientes el dominio absoluto del Pacífico, y renovó sus reclamaciones sobre los premios y haberes que se le debían por el Perú, con la misma acritud que antes. El gobierno del Perú declinó entrar con él en transacciones respecto de un punto que debía arreglarse amigable-

(43) Este relato se funda, además de las « Memorias de lord Cochrane », cap. IX, y en la « Hist. Narrat. » de su secretario Stevenson, t. III, cap. XII, en los siguientes documentos inéditos : 1.° Correspondencia del agente diplomático Salazar con el gobierno del Perú, sobre los incidentes entre el gobierno de Guayaquil y el almirante, con motivo del apresamiento de la *Venganza*. 2.° Correspondencia entre el gobierno de Guayaquil y Cochrane, con motivo de la ocupación de la *Venganza*. 3.° Negociaciones entre el gobierno de Guayaquil y la *Venganza*, y capitulaciones ajustadas en consecuencia. 4.° Correspondencia entre el agente del Perú y el gobierno de Guayaquil con motivo de estos diversos incidentes. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. LXVI.)

mente de gobierno á gobierno (44). El ministro se trasladó á bordo de la capitana chilena con el objeto de traer á Cochrane á sentimientos de moderación y amistad; ofreciéndole una recepción honrosa en Lima, y encomendarle el mando de una expedición sobre las Filipinas, con las escuadras combinadas de Chile y el Perú. El almirante, intransigente y altivo, contestó que: « No era su ánimo causar al Protector ningún perjuicio, porque no le temía ni odiaba, aunque desaprobase su conducta; y que no aceptaría honores ni recompensas de un gobierno constituído con menosprecio de solemnes promesas, ni pisaría un país gobernado contra toda ley » (45).

No pararon en esto los arrogantes alardes del almirante. Pocos días después, la goleta *Montezuma*, buque que había pertenecido antes á la escuadra chilena, pasaba por su costado sin saludarle. Este desaire, que hería su vanidad de marino, puso el colmo á su irritación. Mandó hacer fuego sobre ella, la obligó á echar el ancla á su costado y abordándola con gente armada, arrió el pabellón peruano que llevaba, substituyéndolo con el de Chile (46). Las hostilidades estaban á

---

(44) Correspondencia oficial entre Cochrane y el ministro de guerra del Perú en los días 26 y 27 de abril de 1822 (son nueve oficios). M. S. S. (Arch. San Martín, vol. LXVI.)

(45) Cochrane: « Memorias », pág. 226.

(46) Hé aquí el extracto de una carta que el director O'Higgins dirigió á San Martín, en 26 de junio de 1822, dándole satisfacción por el incidente con la *Montezuma*. « De todas las amarguras que me ha presentado Cochrane, ninguna me había incomodado tanto como el acontecimiento de la *Montezuma*. Da vergüenza hasta la repetición de un acto tan ridículo como impropio. Yo lo he reconvenido; observándole, que aquella goleta había sido entregada por mí á V. para que dispusiese de ella á su arbitrio, con independencia de la escuadra. Además, él no podía ignorar el derecho que particularmente tenía yo al expresado buque por la parte que me correspondió en su condena conforme á las leyes, cuya cantidad, con otras más considerables, no había cobrado de la tesorería, para poder disponer libremente de su casco, como lo hice en la forma que fué á V. entregada. Me contestó: ¿que cómo podía haber sufrido, que un buque de Chile que llevaba la bandera de

punto de romperse, cuando Cochrane se dió á la vela (mayo 10). Recibido en triunfo por el pueblo chileno, su conducta fué aprobada por el gobierno. Poco después abandonó para siempre las aguas del Pacífico, cuyas ondas murmurarán eternamente su glorioso nombre.

Sobre la base de la *Prueba* empezó á organizarse la naciente escuadra peruana, de la que el almirante Blanco Encalada, el captor de la *María Isabel*, antecesor de Cochrane, fué nombrado almirante.

» Chile pasase por su costado sin siquiera saludar con su bandera, ni » menos hablarle? Que la decencia del pabellón requería la satisfacción » de examinarlo, de donde resultó no tener su capitán patente ni despa- » cho de ningún gobierno. También me representó, que Blanco había » pasado por su costado sin saludarlo, etc. Tales insignificancias las » hace valer entre las gentes que poco pierden y mucho esperan de des- » avenencias, que abultándose, pueden producir efectos amargos. El » resultado es que la goleta ha venido en muy mal estado y necesita » una formal reparación. Como he dicho á V. antes, el *Araucano*, y otro » buque menor de los mejores, le irá á V. para el proyecto que me anun- » ció en unión de la *Prueba*, y podrá llenar mejor el lugar que tenía la » *Montezuma* ». M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

CAPÍTULO XXXV

EL PROTECTORADO DEL PERÚ

(*Planes continentales. — Derrota de Ica*)

AÑOS 1821-1822

Estado de la guerra de la independencia en el Perú.— La insurrección peruana. — Actitud de los realistas en la sierra del Perú. — Derrota de Pasco. — Incendio de Cangallo. — Situación de los beligerantes en el Alto y Bajo Perú. — Planes americanos políticos y militares de San Martín. — Nuevo plan de política peruana. — Síntesis de la situación militar del Perú. — Graves errores militares de San Martín. — Una división independiente ocupa el valle de Ica. — Es atacada por los realistas. — Derrota de la Macacona. — Triunfos de las armas independientes en Quito. — La conferencia entre San Martín y Bolívar postergada. — San Martín procura reparar el error de Ica. — Medidas que dicta al efecto. — Misiones diplomáticas á Chile y República Argentina. — Se prepara á abrir campaña formal sobre puertos intermedios. — Maniobras misteriosas de San Martín. — Terrorismo sistemático de Monteagudo. — Acuerdos con Bolívar, Chile y Colombia. — San Martín se dirige á Guayaquil á conferenciar con Bolívar. — Momento histórico de la América meridional.

I

En el intervalo de los deplorables acontecimientos relatados en el capítulo anterior, que retardaban la marcha de la revolución sud-americana, habíanse desarrollado simultáneamente importantes sucesos que la encaminaban por vías nuevas y más seguras.

Después de la desastrosa retirada de Canterac, el virrey La

Serna llegó á temer por su seguridad en Jauja al frente de un ejército debilitado á 190 kilómetros de Lima. En consecuencia, decidió retirarse al Cuzco, antigua capital del imperio de los Incas, para establecer allí la sede del último gobierno colonial y dar á la administración militar y á la guerra dirección más conveniente. Hizo que el ejército del Alto Perú se concentrase en el Oruro y se pusiera en comunicación con el del Bajo Perú, encomendándole la defensa de la costa del sud. Reforzó la guarnición de Puno, Arequipa y Tacna, manteniendo su dominio sobre los puertos intermedios. Pidió reclutas para formar nuevos cuerpos y llenar los claros de los existentes, y se contrajo activamente á su organización y disciplina. El grueso del ejército á órdenes de Canterac, quedó ocupando el valle de Jauja, que como punto estratégico y centro de recursos, constituía la clave de toda combinación militar, la base de su seguridad y subsistencia en la sierra. En esta actitud se mantenía en una sólida defensiva para rechazar cualquiera invasión por la cordillera ó por los puertos intermedios, y se preparaba á tomar oportunamente la ofensiva con ventaja (diciembre de 1821).

Canterac, para asegurar su posición y proporcionarse recursos de que carecía, — hierro, municiones y medicinas, — desprendió sucesivamente al mando del coronel Loriga dos columnas ligeras sobre Pasco, donde aun ardía el no extinguido fuego de la insurrección. El presidente de la provincia, Otero, que después de la retirada de Arenales habíase mantenido en aquel punto al frente de 200 hombres de tropa veterana, reunió en torno suyo como 5,000 indios, y armándolos de hondas y palos se resolvió á salir al encuentro de Loriga en su segunda entrada. Los realistas habíanse establecido en el pueblo del Cerro, y se ocupaban en cargar 200 mulas con pertrechos de guerra, cuando inopinadamente fueron atacados á las 3 1/2 de la mañana, sublevándose contra ellos los indios de la población (diciembre 7). La confusión fué grande:

una parte del parque hizo explosión, el pánico cundió en sus filas al oir en la oscuridad de la noche el alarido de los asaltantes, y la dispersión iba á pronunciarse en la tropa, cuando el jefe español la contuvo con serenidad y energía. Se reconcentró sobre la iglesia, y ocupando las casas inmediatas, resolvióse á esperar el día á la defensiva. Con las primeras luces del alba, reconoció la posición de los independientes; los atacó con ímpetu, y casi sin resistencia los puso en completa derrota, matando más de 700 indios, con sólo la pérdida de un muerto, nueve heridos y dos dispersos. Fué otra carnicería como las de Cangallo, Huancayo y Ataura.

En el Alto Perú, el famoso caudillo José Miguel Lanza, se mantenía en armas en las inexpugnables montañas de Ayopaya, — entre Cochabamba y La Paz, — rechazando triunfalmente las expediciones de los realistas dirigidas contra él. Durante la expedición de Míller á puertos intermedios, le había ofrecido su cooperación, y en la época á que hemos llegado, renovaba su decisión de concurrir activamente á la guerra de la independencia, maniobrando con su división á retaguardia del enemigo. En Potosí estalló por este mismo tiempo una sublevación (2 de enero de 1822). Sofocada prontamente por el brigadier Maroto, á la sazón presidente de Charcas, el país volvió á quedar en quietud.

La insurrección indígena, tan inconsistente como era militarmente, volvió á retoñar en la sierra en el centro del poder español. El pueblo de Cangallo, unido á los indios de Huamanga, volvió á levantarse por tercera vez (diciembre de 1821). Carratalá acudió á sofocar la sublevación, señalando su trayecto con incendios y ejecuciones bárbaras. Cangallo, según sus propias palabras, «quedó reducido á cenizas y » borrado para siempre del catálogo de los pueblos » en castigo de su rebeldía (17 de enero de 1821). El virrey La Serna aprobó esta sentencia, prohibiendo que nadie pudiese reedifi-

car en el terreno que ocupaba (1). El gobierno del Perú decretó que se levantase un monumento en honor de la heroica villa (2), y la poesía vengó este ultraje contra las leyes de la humanidad, estigmatizándolo con marca de fuego (3).

Pero estas evoluciones dentro de los propios elementos, estas insurrecciones inconsistentes y estos triunfos sin trascendencia, en nada modificaban las condiciones de la lucha. La guerra se mantenía en balanza. La línea divisoria entre los beligerantes, era insalvable para uno y otro. Ambos eran impotentes para destruirse en sus posiciones. Una victoria ó una derrota parcial, no decidía nada. Los independientes eran invencibles en el territorio del norte del Perú que ocupaban, sobre todo, después del rechazo de Canterac y de la rendición del Callao. Los realistas, dueños de toda la sierra y del litoral del sud del Perú, si bien no eran inexpugnables en sus montañas y eran por un punto vulnerables, nada tenían que temer por el momento de los independientes, sobre todo, después de la retirada de Arenales, y del retroceso de la expedición de puertos intermedios. Aunque las fuerzas no estaban numéricamente equilibradas, la superioridad de los realistas, — más de dos contra uno, — estaba neutralizada por su diseminación en una vasta exten-

---

(1) Decreto de La Serna de enero 11 de 1822, en « Gac. del Gob. legit. del Perú ».

(2) Decreto de 26 de enero de 1822.

(3) En la « Lira Argentina », pág. 418 y 419, se registra la imprecación poética de Juan C. Varela contra el incendio de Cangallo :

Y entre ruina y ceniza
Un pueblo de patriotas agoniza.
. . . .
Cangallo miserable! Pueblo amigo,
Condenado á llenar en nuestra historia
Las páginas de llanto, tu memoria
No pereció contigo.

En memoria y desagravio de este incendio, dióse en Buenos Aires este nombre por decreto del gobierno de 28 de marzo de 1822, á la calle que hasta ahora conserva el nombre de Cangallo.

sión de territorio, desde Pasco hasta Humahuaca en la frontera argentina. La de los independientes en su totalidad, no era suficiente para emprender una campaña formal (4). Cualquiera de los dos que operase en masa sobre el territorio enemigo, no podía prometerse ventajas, y corría el peligro de tener que replegarse quebrado ó ser vencido.

El problema de la guerra del Perú estaba en la sierra, pero su solución dependía del acuerdo militar de la América insurreccionada, y sobre todo del de sus libertadores del sud y del norte, que tenían en sus manos su espada y sus destinos y se acercaban el uno al otro con sus masas compactas para operar su conjunción.

II

El Protector, reaccionando sobre sí mismo y sobre los acontecimientos, encaró con fijeza los arduos problemas de la situación. Cuatro grandes cuestiones la dominaban : la de Guayaquil, que estaba en suspenso ; la de la lucha continental por la emancipación, que tocaba á su término ; la guerra en el territorio del Perú, que se mantenía en estado crónico ; y el sistema político á adoptarse, respecto del cual se había comprometido en vías extraviadas. — Aquí el hombre de guerra y el político americano vuelve á reaparecer. — La cuestión de Guayaquil tenía tres nudos, que había que desatar sin romper : la independencia que había proclamado, su

(4) El 19 de agosto de 1822 escribía San Martín á Bolívar : « Las fuerzas realistas en el Alto y Bajo Perú montan á más de 19,000 veteranos, » los que se pueden reunir en el término de dos meses. El ejército patriota diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea 8,500 hombres, y de éstos, una gran parte reclutas ».

incorporación al Perú y su agregación á Colombia. Podía dar origen á un conflicto entre el Perú y Colombia, y resolvió prudentemente aplazarla, preparando la solución por la diplomacia, á cuyo efecto acreditó como ministro cerca de su gobierno al general Francisco Salazar, con instrucciones espectantes (30 de noviembre de 1821). Las otras tres cuestiones, eran irreductibles, y tenían que encararse y resolverse simultánea y armónicamente. La guerra americana tenía que terminarse en el Perú, y para terminarla, era necesario allegar todos los elementos activos de la América. Y para lo uno y lo otro, era indispensable uniformar el sistema político de todo el continente.

La guerra continental se había simplificado, y estaba circunscripta en dos focos: el Perú y Quito. Después de la batalla de Carabolo, la guerra por su independencia había terminado en Colombia, y sólo en un punto reducido de su territorio resistían aún los últimos restos de los ejércitos realistas derrotados en Costa Firme. El último ejército realista del norte, estaba aislado en Quito. Bolívar, á la vez que adelantaba sus marchas hacia el sud para tomar á Quito por la espalda, desprendía un cuerpo de ejército sobre las costas del Pacífico con el objeto de atacarlo por el frente sobre la base de Guayaquil, y escribía á San Martín (29 de octubre de 1821) buscando su acuerdo para terminar rápidamente la guerra continental en combinación con la escuadra del Pacífico. El alzamiento de Cochrane con la escuadra chilena, hizo abandonar este proyecto (5).

San Martín al darse cuenta exacta de la situación, aprovechó la abertura de Bolívar para buscar una conferencia,

---

(5) Véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », pág. 251 y cit. docs. M. S. S. núm. 155. — Restreppo : « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, pág. 152. — En su lugar se dará noticia circunstanciada de la combinación ideada por Bolívar.

con el designio de fijar la suerte de la América del Sud en el orden militar y político. (Enero 1822). Así lo anunció públicamente, al delegar el mando en el marqués de Torre-Tagle, determinando netamente los objetos de la entrevista. Éstos eran: el arreglo de la cuestión de Guayaquil, el acuerdo de las operaciones militares para decidir de un golpe la guerra de Quito y del Perú, y la fijación de la forma de gobierno que debían adoptar las nuevas naciones, una vez resuelta la cuestión de su emancipación. Anticipándose á los acuerdos que debían sellar la alianza ofensiva y defensiva de las repúblicas americanas, resolvió prepararlos á fin de unir de hecho sus armas con las de Colombia para terminar la guerra de Quito, y con el concurso de todas las fuerzas triunfantes rematar la guerra de la independencia en el Perú (enero de 1822). Más adelante se verá cómo se verificó este hecho preparatorio, y los resultados que dió.

Sea que al proceder así, meditase ya retirarse de la escena americana, — como lo declaró poco después, — dejando organizado el triunfo final, sea que mejor aconsejado reaccionara contra sus propias ideas, y procurase retemplar las fuerzas de la revolución al entregar al pueblo sus propios destinos, cambió de rumbo político, y á pesar de su repugnancia por las asambleas populares, de sus teorías sobre la unidad del poder en tiempo de guerra y los planes monárquicos que había iniciado diplomáticamente, decretó anticipadamente la convocatoria del congreso peruano (27 de diciembre de 1821) á fin de « establecer la forma definitiva de gobierno, y dar al » país la constitución que mejor le conviniese ». Al expedir este decreto dijo: « El alto fin de todas mis empresas después » de dar la libertad al Perú, ha sido consolidarla. Los ene- » migos, sólo son ya temibles donde no encuentran á quien » combatir, porque sólo buscan pueblos indefensos que de- » solar. La opinión pública ha progresado rápidamente. Es » tiempo de que se haga el primer ensayo de la sobriedad y

» madurez de los principios sobre que se funda » (6). En seguida, al anunciar su conferencia con el libertador del norte decía: « Yo volveré á ponerme al frente de los negocios » públicos en el tiempo señalado para la reunión del congreso: » buscaré al lado de mis antiguos compañeros de armas, si » es preciso que participe los peligros y la gloria que ofrecen » los combates; y en todas circunstancias seré el primero en » obedecer la voluntad general y en sostenerla » (7). Este programa constitucional, este prospecto militar y político, que despertaba nuevas esperanzas y aseguraba el triunfo, disipaba las últimas nubes que podían oscurecer el horizonte americano.

Quedaba la cuestión de la guerra peruana por resolver. Balanceadas las fuerzas, no obstante la desproporción numérica, inatacables los beligerantes en sus respectivas posiciones, mil ó mil quinientos más ó menos de parte de los independientes, no alteraban el equilibrio, mientras podían ser decisivos en la guerra de Quito, para traer después al Perú el concurso de las fuerzas triunfantes en el resto del continente independizado. De aquí la decisión de San Martín de unir sus armas con las de Colombia, aun antes de formalizar el pacto de alianza ofensivo y defensivo con Bolívar.

III

San Martín comprendió que el sistema de guerra expectante que hasta entonces había adoptado por necesidad al

---

(6) Decreto delegando el mando en Torre-Tagle, antes cit.

(7) Decreto de convocatoria del congreso peruano de 27 de noviembre de 1821, inserto en la « Gac. del Gob. », núm. 50, de 29 del mismo mes y año.

invadir el Perú ó seguido sistemáticamente después de su entrada á Lima, no le daría resultados, y que los realistas, posesionados de la sierra se reharían siempre en ella á pesar de sus derrotas, y podrían tomar nuevamente la ofensiva dada su superioridad numérica. Decidióse por lo tanto á iniciar por partes el plan de campaña que tenía estudiado y que por su insuficiencia de medios no había puesto en práctica, preparando así la reapertura de las hostilidades en escala mayor. En la imposibilidad de abrir desde luego operaciones decisivas, pensó, que llamar la atención de su enemigo por varios puntos distantes en su base y convergentes á uno solo, con la sierra por objetivo, era el mejor medio de debilitarlo y mantenerlo diseminado, mientras reunía mayores elementos para tomar la ofensiva y darle un golpe mortal, utilizando al efecto la ventaja de ser dueño de las costas. La insuficiencia de sus elementos no daba para más, y el genio no podía alterar la pesantez específica de las masas, que harto hacía en mantener relativamente ponderadas.

La guerra, como la lucha por la vida, es la combinación complicada y el choque simultáneo ó alternativo de las fuerzas de la naturaleza, dirigidas por la voluntad humana dentro de la órbita circunscripta de sus facultades. Ningún hombre de acción ha triunfado contra las leyes inmutables del mundo físico, que así determinan la gravitación de los astros como deciden de la suerte de las batallas. Las fuerzas naturales son los polos magnéticos á que concurren todas las acciones subordinadas á ellas. Sin el concurso de las fuerzas de la naturaleza combinadas con las fuerzas morales de las almas, jamás se alcanzó ninguna gran victoria. Lo que se llama la estrella ó la buena ó mala fortuna de los hombres de guerra, no es si no la combinación alternada de estos factores. El primer capitán del siglo fué vencido por la acción física de los fríos de Rusia y se estrelló contra la fuerza moral de la opinión popular de España. Una tempestad, lo mismo desgaja

una selva secular que mata un insecto. Como se ha dicho, en las balanzas del destino en que se pesa una libra, se pesa un pueblo con otro pueblo, una masa con otra masa. Es cuestión de fuerza de percusión que equilibra los pesos, ó de fuerza de inercia que no se deja penetrar ni por la percusión ni por el peso.

San Martín, en su expedición al Perú supo combinar las fuerzas físicas con las morales. Tocóle por base de operaciones un territorio malsano, escaso de recursos y pobre de hombres fuertes, en un país heterogéneo, dividido por el antagonismo de castas, con marcadas zonas étnicas que determinaban las de las operaciones de los beligerantes. La distribución de estos diversos elementos, imprimió su carácter á la lucha. Debido al concurso de la opinión, San Martín no fué arrojado al mar con sus cuatro mil hombres, cuando invadió sus costas defendidas por veinte y tres mil soldados. Merced á ella, Arenales efectuó su triunfante marcha de circunvalación por el interior del país. Con ella entró á la ciudad de los Reyes y la defendió contra la invasión de los realistas; consolidó la ocupación del norte del país, y con menos hombres equilibró la fuerza respectiva de los ejércitos. Pero la peste de Huaura enflaqueció su ejército, hasta reducirlo á la impotencia para la ofensiva. Lima, fué el sepulcro de la división vencedora en la segunda campaña de la sierra. Las fiebres redujeron á la mitad las tropas de la expedición de puertos intermedios. La molicie de la Capua americana y la enervación de la disciplina militar, hizo el resto. De aquí el sistema de guerra expectante de San Martín, que pudo ser una causa concurrente de la inacción, pero que era una consecuencia de la naturaleza del teatro de operaciones y de la distribución de los diversos elementos de acción del país.

El Perú no estaba militarmente revolucionado. Sus insurrecciones populares eran inconsistentes, como se ha visto.

Sus alistamientos regulares, apenas formaban un embrión de ejército, sin generales nativos ni espíritu nacional. El levantamiento patriótico del norte, y la organización espontánea de las guerrillas que tan eficazmente contribuyeron á la rendición y defensa de Lima, y el concurso prestado á Arenales en la sierra en sus dos campañas, habían sido hasta entonces los únicos síntomas que revelasen la existencia de una nueva nacionalidad con fuerza propia. El nervio de la guerra, lo constituían los ejércitos auxiliares de Chile y la República Argentina, como queda dicho. Mientras tanto, los realistas, vencidos en la mar, expulsados de la costa, perdidas sur fortalezas, organizaban militarmente la parte del país que ocupaban con sus armas, llenaban y aumentaban sus filas con hombres más aptos para la guerra y más avezados á las fatigas, á los que inoculaban su espíritu, en un clima más sano y en comarcas más abundantes; se rehacían por dos veces en la sierra, y por la tercera vez se preparaban en ella á tomar la ofensiva con dobles fuerzas físicas. Tal era la situación militar.

En tal situación, San Martín se convenció, que el sistema de guerra expectante no daba resultados, y si los daba, eran negativos. Era visto que el problema no estaba en la costa, sino en la sierra; pero para resolverlo era necesario mayor concurso de fuerzas combinadas. De aquí el empeño del general en dar consistencia política y militar á la nueva nacionalidad peruana, dotándola de todos los atributos de soberanía y de poder que la complementasen, y la hicieran concurrir más eficientemente á la acción conjunta de las demás secciones americanas que luchaban por su emancipación. Pero á la vez comprendía, que el Perú no tenía en sí los elementos militares suficientes para robustecer más la acción de los ejércitos auxiliares, y que era necesario buscarlos fuera del país. Empero, mientras tanto, era un deber y una necesidad que se imponía, desenvolver su acción con las fuerzas

con que contaba, y se decidió á adoptar un sistema de guerra defensivo-ofensivo, iniciando á medias el plan general de campaña que tenía meditado, y que más adelante se le verá trazar con todas sus líneas. De este modo, al consolidar su base de operaciones se preparaba mejor para atraerse el concurso de los aliados bajo cuyas banderas había realizado la expedición, y propiciarse otros nuevos al norte del continente, prestando el concurso de sus armas á Bolívar, á condición de ser á su vez auxiliado en el Perú, para terminar de un golpe la guerra continental.

IV

El hombre de guerra reaparecía, pero sin las previsiones del general de los Andes en la distribución y manejo de las fuerzas que tenía bajo su mano. Al poner en práctica su sistema de guerra defensivo-ofensivo para entretener las operaciones, mientras llegaba el momento de desenvolver en más vasta escala el plan de campaña ofensivo que tenía meditado, lo hizo cometiendo errores inconcebibles en un capitán tan experimentado, que había dado tan señaladas pruebas de su genio militar. Todo le aconsejaba adoptar una ofensiva sólida ligada á su reserva, que no lo comprometiese más allá de la expectativa que por necesidad y cálculo se imponía. Á menos de no estar dispuesto á empeñar el todo de sus fuerzas en una operación decisiva que las circunstancias le brindasen, debió limitarse á una defensiva segura y á una ofensiva volante. Dueño de las costas y de todos los caminos al occidente de la cordillera desde Pasco hasta Huancavelica y Huancayo, y aun de Arequipa, podía elegir sus puntos de ataque para abrir hostilidades parciales, sin ensanchar demasiado el círculo de sus operaciones. Debió evitar la ocupación de posiciones

avanzadas estables que no pudiera sostener, y en todo caso proveer á los medios de retirada de sus divisiones destacadas ó prever todas las eventualidades á que pudieran verse expuestas. Fué todo lo contrario lo que hizo, y lo que no previó, y agravó estos errores militares con otros no menos graves en la ordenación administrativa de las fuerzas.

San Martín decidió ocupar con una división destacada el valle de Ica, penetrando por Pisco á 286 kilómetros de su reserva en Lima, y con un desierto intermedio en la región de la costa. Ica no era una posición militar, sino considerada como punto de recursos para el avance ofensivo sobre la sierra de una columna que se bastase á sí misma, ú obrase en combinación con otra que por distinto punto amagase al enemigo posesionado de ella. Por consecuencia, la división independiente situada en Ica, desde que no concurriese directa ni indirectamente en su apoyo la reserva, estaba expuesta á ser envuelta por los españoles que ocupaban Jauja, Huancavelica, Huamanga y Arequipa, y por consiguiente su posición era tan falsa como precaria (8). Agréguese á esto, que la opinión del vecindario de Ica era contraria á la causa de los independientes, por las repetidas exacciones cometidas en sus propiedades por Cochrane y por el mismo San Martín, y se tendrá idea de la peligrosa situación de una columna así destacada.

La división destinada á ocupar á Ica, se compuso de los

---

8) Pruvonena: « Mem. y docs. para la hist. de la Indep. del Perú », t. I, pág. 84-85. Esta obra, que se dice póstuma, atribuída con fundamento á Riva Agüero, es un libelo difamatorio contra San Martín y Bolívar, con documentos apócrifos unos, y elegidos los que no lo son con el espíritu de difamación sistemática que campea en sus páginas desautorizadas, carece de valor como documento histórico. Empero, en este punto, el libelo tiene razón en lo que dice, y á estar á su testimonio, el el mismo Riva Agüero advirtió á San Martín del peligro que corría la división situada, aunque bien pudiera ser ésta una previsión *a posteriori*, después que el éxito desgraciado condenó la operación.

batallones núm. 1 y 3 del Perú y núm. 2 de Chile, con algunas compañías sueltas de infantería, y de los escuadrones de Lanceros y Granaderos á caballo del Perú, con 6 cañones de á 4, sumando un total de 2,111 hombres (9). En el empeño de San Martín de hacer surgir entidades peruanas, confió el mando de esta fuerza al ciudadano don Domingo Tristán y al coronel Gamarra, y este fué el más craso de todos los errores. Era Tristán natural de Arequipa, perteneciente á una familia noble, circunstancia que tal vez lo hizo preferir. En los primeros años de la revolución en el Alto Perú habíase pronunciado por ella; posteriormente volvió á servir con los realistas en puestos civiles, y á la sazón estaba alistado en las filas independientes. Condecorado con el título de general, se le confió el mando superior de la expedición. Siendo evidente su incapacidad militar, pues carecía de experiencia y hasta de conocimientos teóricos, puso á su lado como jefe de estado mayor y en calidad de coadjutor de guerra al coronel Gamarra, otra nulidad reconocida en todo sentido, como lo había mostrado en la campaña de la sierra.

Las instrucciones que San Martín dió á Tristán, se reducían á triviales preceptos de guerra, máximas morales sobre la combinación de la fuerza militar y la opinión y el estado social del Perú, prevenciones de cabo de escuadra sobre el orden disciplinario y mecánico de la tropa y armamento, y consejos más bien que órdenes sobre el sistema de hostilidades que debía seguirse. « Siendo el sistema de guerra que más » conviene á la localidad del Perú, decía en ellas, el de sor-

(9) San Martín, en las instrucciones que dió al jefe de la división con fha. 18 de enero de 1822, y de que se hará mención más adelante, dice que ella se compondría de 1,600 á 1,800 hombres, pero Paz Soldán, en su « Hist. del Perú Indep. » pág. 280, le asigna la fuerza apuntada en el texto, en vista de un estado de fuerza que cita, de fha. 2 de marzo de 1822, posterior á las instrucciones, firmados por el mayor Ramón Estomba, ayudante del Estado mayor de la división. (Véase Cat. de M. S. S. de Paz Soldán, núm. 427.)

» presas y posiciones, y aun más que éste el de recursos, se » tratará siempre de no comprometer ninguna acción, si no » es con conocida ventaja. Se podrá subdividir la división en » dos expediciones, si se creyese conveniente ». Á la vez anunciaba que daría por separado el plan de campaña que debía observarse, el cual nunca dió, porque no había plan posible sobre estas bases y con jefes reconocidamente tan ineptos. Para colmo de tantos errores, al mismo tiempo que encarecía « la unidad de acción y de mando » confiaba la dirección á la « unión fraternal entre Tristán y Gamarra », obrando en el orden político el primero según su prudencia, y en lo militar de acuerdo con el segundo, según las prevenciones verbales hechas á éste (10). Las instrucciones verbales que el general dió á Gamarra, se redujeron á la ocupación permanente de Ica, teniendo por objeto, hostilizar á los españoles dueños de la sierra y contenerlos en caso de que intentasen bajar á la costa, á la vez que impedir que el enemigo recibiera por los puertos auxilios de armas ó de otro género del exterior. Ninguno de estos objetivos podía llenarse. Una división, más débil que la que ocupaba la sierra, no tenía acción eficaz sobre ella para hostilizarla, y no podía sostenerse ni aún á la defensiva en posición aislada. Atender á la vigilancia de toda la costa, era debilitarse, perdiendo de vista el otro objetivo, con el riesgo de ser batida fragmentariamente, cuando por otra parte quedaba libre á los realistas el puerto de Arica, que era por donde recibían sus auxilios del extranjero.

Todo en esta malhadada expedición, confiada á la ineptitud, lleva el sello de la imprevisión. Los más renombrados generales han tenido eclipses de genio. Napoleón en la cam-

(10) Véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. » pág. 281 y sig., que trae el texto de las instrucciones.

paña de Rusia cometió los más groseros errores técnicos, aun en el arma en que era maestro. Pero verdaderamente no se concibe, dónde el gran capitán americano tenía la cabeza, cuando resolvió tal expedición y dictó tan insustanciales como mal calculadas instrucciones! La única explicación que tiene esta expedición, es, que con elementos nacionales se proponía fomentar la insurrección popular de la sierra, á la que daba mayor importancia de la que tenía, para aumentar el ejército peruano y mantener al enemigo en alarma, en la persuasión de que con esta atención no le sería posible tomar la ofensiva sobre la costa. Así lo indica el hecho de dotar el parque de la división de Tristán de armamento para cuatro mil hombres y de una imprenta para propagar las ideas de la revolución. Pero para el caso que el enemigo tomase la ofensiva con fuerzas superiores, nada serio había previsto.

V

Situado Tristán en Ica, permaneció en la inacción á que fatalmente estaba condenado. Limitóse á extender sus partidas hasta Nasca y á observar los caminos de la sierra, despachando espías y agentes al territorio enemigo, que le trasmitían avisos equivocados, cuando no falsos, pues como queda dicho, la opinión de la comarca le era contraria. Algunas guerrillas patriotas que por el valle de Cañete se habían acercado á Ica para cooperar á las imaginadas hostilidades de la columna de Ica, hicieron incursiones al oriente de la cordillera. Tal era su situación setenta días después de abierta esta singular campaña (principios de marzo de 1821). San Martín mientras tanto, anunciaba desde Lima una irrupción de Arenales sobre Jauja para mantener la alarma que se pro-

ponía; pero el tiempo se pasaba, y este vano alarde no podía engañar á los realistas, que tenían conocimientos exactos de su situación.

El virrey, que conocía la supina ignorancia de Tristán y la incapacidad militar de Gamarra, por haber tenido á ambos á sus órdenes, supo aprovecharse de la falta cometida por San Martín. El general Canterac, situado con el grueso del ejército en Jauja, y Valdez, ascendido á general, que guarnecía á Arequipa, recibieron órdenes para converger sobre Ica y destruir la división independiente allí situada. El 4 de abril movióse Canterac resueltamente de Jauja á la cabeza de 1,400 infantes y 600 jinetes con 3 piezas de artillería, casi al mismo tiempo que Valdez se ponía en marcha desde Arequipa con 500 hombres, para converger al objetivo de Ica. Tristán mientras tanto, suponía á Canterac en Huancayo, y según los informes falsos de sus espías, su fuerza no pasaba de 1,000 hombres. La división de Valdez fué la primera que se hizo sentir sobre la costa. Salióle Gamarra al encuentro, cuarenta kilómetros al este de la sierra de Nasca, y habría podido batirlo con ventaja, pero en esos momentos recibió orden de Tristán de replegarse á la reserva en Ica. Reunidos ambos jefes, que sumaban dos incapacidades antagónicas, supieron que Canterac avanzaba sobre ellos, pero según sus avisos, su fuerza no pasaba de 800 hombres. Convocada una junta de guerra, decidióse que la división debía retirarse al norte del río Chincha, que hubiera sido una medida prudente tomada en tiempo. Gamarra era de opinión de retirarse á un punto conveniente, 190 kilómetros al sud de Ica, donde podía batirse al enemigo si venía con fuerzas iguales, y en todo caso replegarse más al sud alejándole de su base de operaciones, mientras el ejército de Lima prevenido amagaba por su retaguardia cortarle la retirada de la sierra. Esto era lo más acertado en tan difícil trance. No se hizo ni lo uno ni lo otro, tal era la indecisión y el aturdimiento. Resolvióse espe-

rar al enemigo en Ica, y aun salirle al encuentro si su fuerza no pasaba de 1,500 hombres, á cuyo efecto atrincheróse la ciudad y se ocuparon los caminos de la sierra en un pequeño radio para prevenir una sorpresa sobre la plaza. Tan escasos estaban los independientes de noticias, que ni aun sabían que Canterac se había establecido en el Carmen Alto á poco más de doce kilómetros de la plaza al frente de dos mil hombres. Un asustado, trajo á Tristán la noticia de que la fuerza enemiga pasaba de cuatro mil hombres, y le hizo perder del todo la cabeza. En el acto reunió una junta de guerra y se acordó la retirada á Pisco, en la noche del sábado 7 de abril. Ya era tarde aún para esto.

Canterac, que con toda su inteligencia militar no marchaba menos á ciegas que su inepto contendor, procedía en el concepto de que Tristán hubiese evacuado Ica, y temía, que tomándole la vuelta invadiese á Jauja, por lo cual determinó con arreglo á sus instrucciones, retroceder á Huancayo con el grueso de su columna, avanzando un destacamento sobre Ica para ocuparla. Sus jefes, más avisores que él, lo persuadieron á efectuar un reconocimiento antes de emprender este movimiento retrógrado. El resultado fué, darse cuenta exacta de la situación de los patriotas y avanzar en consecuencia hasta el mencionado punto de Carmen Alto (6 de abril de 1821). Desde entonces, maniobró con seguridad y habilidad. En la persuasión de que los independientes se mantendrían en su posición atrincherada, situó sus tropas á ocho kilómetros de Ica, en un estrecho desfiladero de la hacienda denominada la Macacona, de manera de interceptar los caminos de Lima y de Pisco (11). Tristán y Gamarra ignoraban todos estos movimientos, y fué entonces cuando resolvieron reti-

---

(11) Véase Camba : « Memorias para la hist. de las armas españolas en el Perú », t. II, pág. 12-13.

rarse á Pisco, cubiertos por las sombras de la noche que ocultaban su vergüenza, y que como era de luna, debía alumbrar con pálida luz su ignominiosa derrota. Llevaba la cabeza de la división independiente en retirada, una vanguardia de tres compañías de cazadores. Al llegar á la altura del callejón de la Macacona, la infantería española situada tras de los cercos, emboscada y dueña de las alturas de la izquierda (sud del camino), rompió el fuego. Las tres compañías desaparecieron antes que se disipase el humo, esparciendo el pánico en la columna. El número 2 de Chile, mandado por Aldunate, quiso sostener el combate, pero acosado por los fuegos de flanco y atacado por la caballería que cerraba el camino, hubo de ceder. Desde este momento todo fué desorden y confusión. En menos de una hora, la división de Ica al mando de Tristán quedó destruída. No fué una batalla: fué una dispersión vergonzosa. Á las tres de la mañana (7 de abril de 1821) el campo estaba sembrado de cadáveres de los derrotados, y los realistas eran dueños de 1,000 prisioneros, entre ellos 50 jefes y oficiales, 2 banderas, 4 piezas de artillería, 2,000 fusiles, todas las cajas de guerra, y hasta de la imprenta propagadora de las ideas revolucionarias. Un escuadrón de lanceros del Perú, que venía en marcha por tierra á reforzar á Tristán, fué sorprendido y deshecho al día siguiente en Chunchonga (8 de abril) dejando en poder del enemigo 80 prisioneros y en el campo 50 muertos. Los oficiales del batallón Numancia que cayeron prisioneros, fueron quintados y fusilados por Canterac, con violación del compromiso celebrado por los beligerantes para la regularización de la guerra (en 25 de noviembre de 1820). Á consecuencia de estas derrotas, las partidas volantes de guerrilleros que se habían comprometido en la cordillera para cooperar á las imaginarias hostilidades de la división situada en Ica, fueron destruídas casi en su totalidad, fusilándose como bandoleros á los prisioneros. Después de esto, los realistas triunfantes y

cargados de trofeos, se replegaron á sus posiciones de la sierra.

Sometidos á un consejo de guerra Tristán y Gamarra, quedó evidenciado, que el desastre era exclusivamente el resultado de la ineptitud y de la cobardía, y que el responsable era el Protector del Perú, director de la guerra, que concertara tan mal sus planes y fiara á manos tan incompetentes como flojas, las armas y la bandera de la revolución (12).

VI

La derrota de Ica, aunque severa, no decidía nada. Casi simultáneamente (mayo de 1822), las armas unidas de Colombia, Perú, Chile y República Argentina, triunfaban en Quito y terminaban la guerra del norte de la América meridional, según se relatará después. La guerra en el Perú, permanecía balanceada.

San Martín, poco después de despachar la expedición de Ica, embarcóse en el Callao á fin de celebrar la proyectada conferencia con Bolívar (8 de febrero de 1822). En Huanchaco tuvo noticia de que el Libertador, ocupado en terminar la guerra de Quito, no bajaría por entonces á Guayaquil, y regresó á Lima (3 de marzo), pero no asumió el mando político, ocupándose exclusivamente de la guerra. En esta situación indecisa le encontró el suceso de Ica, que trastornaba sus planes. Había anunciado á la America, que él y Bolívar eran los responsables de la estabilidad de sus destinos, fijando la

(12) Véase las confesiones de Tristán y Gamarra en el proceso que se les formó, insertas en el Apéndice núm. 6 de la « Hist. del Perú Indep. » por Paz Soldán.

victoria, y el libertador del sud no podía presentarse ante el del norte con un poder amenguado, sin un plan hecho así en el orden político como en el militar y sin medios para concurrir eficientemente á su realización. Era necesario ante todo consolidar su propia base de poder, para responder á la expectativa que él mismo había creado, y de que todos estaban pendientes. Todos sus actos indican que así lo comprendió. Sin desanimarse por el severo revés sufrido, encaró con serenidad su situación: dió nuevo temple á los resortes de su máquina guerrera, redobló su actividad administrativa, dictó medidas más acertadas, y en poco tiempo todo el mal estaba reparado hasta donde era posible.

En el fondo de todo esto, había un pensamiento secreto; pensaba retirarse de la escena americana, pero no quería hacerlo sin dejar llenada su tarea. Asegurado el triunfo de la emancipación americana, quería dejar garantida la suerte del Perú, con medios propios para sostener la guerra y consolidar su orden interno, mientras le venían los auxilios que buscaba para terminarla de un solo golpe, y en seguida, eliminarse para facilitar este resultado, una vez organizados los elementos y encaminadas las cosas en ese sentido. Este pensamiento lo reveló públicamente por la primera vez al tiempo de anunciar la derrota y augurar el triunfo próximo. Al delegado le comunicó que « resolvía reasumir en su persona » la suprema autoridad militar, dejándole en ejercicio del » poder civil, por el tiempo que permaneciese en el territorio, » con el exclusivo objeto de dar dirección á las operaciones » de la guerra que debían acelerar su terminación, mientras » alguna importante atención no lo llamase fuera de los límites » del Perú por mar ó por tierra » (13). Al ejército le decía :

---

(13) Ofi. de San Martín al delegado Torre-Tagle, de 10 de abril de 1822. Arch. San Martín, vol. LVI M. S.

« Vuestros hermanos de la división del sud han sido dispersados. Á vosotros toca vengar el ultraje. Afilad vuestras bayonetas. La campaña del Perú debe terminarse este año » (14). Al pueblo le hablaba este lenguaje : « En una larga campaña no todo puede ser prosperidad. No intento buscar consuelo en los mismos contrastes, pero me atrevo á asegurar que el imperio de los españoles terminará en el Perú el año 22. Voy á haceros una confesión ingenua : pensaba retirarme á buscar un reposo después de tantos años de agitación, porque creía asegurada vuestra independencia. Ahora asoma algún peligro, y mientras haya la menor apariencia de él no me separaré de vosotros hasta veros libre » (15).

Antes de cumplirse dos meses del contraste de Ica, pasaba revista en el campo de San Borja á inmediaciones de Lima, á un ejército peruano-argentino-chileno perfectamente equipado, compuesto de 8 batallones de infantería, 2 regimientos de caballería y 20 piezas de artillería, anunciándole que la campaña iba á abrirse (4 de junio de 1822). Su plan era atacar de frente á los realistas con este ejército por puertos intermedios, con la cooperación de Chile, mientras otro ejército de igual número á órdenes de Arenales se organizaba para invadir la sierra central y tomarlos por el flanco, contando para el efecto con las tropas que tenía en Quito y el auxilio que esperaba de Colombia. Al efecto, estaban listos en el Callao diez trasportes convoyados por dos buques de guerra peruanos. Confirmando estas promesas y esperanzas, Bolívar le escribía : « Colombia desea prestar los más fuertes auxilios al gobierno del Perú, si ya las armas gloriosas del sud de América no han terminado gloriosamente la campaña que

(14) Proclama de 11 de abril de 1822, hoja suelta.
(15) Proclama « Á los limeños ». Gaz. del Gob. núm. 30 de 13 de abril de 1822.

» iba á abrirse en la presente estación » (16). San Martín le escribía á su vez : « El Perú es el único campo de batalla » que queda en América. En él deben reunirse los que quie- » ran obtener el honor del último triunfo, contra los que ya » han sido vencidos en todo el continente » (17). Este, acuerdo, más aparente que real, había sido precedido por un tratado firmado en Lima (6 de julio de 1822), entre el enviado del libertador don Joaquín Mosquera y el gobierno del Perú, por el cual se convino en « una liga de unión y confedera- » ción de paz y guerra, para poner prontamente término á la » lucha americana con todos los recursos de fuerzas maríti- » mas y terrestres de ambas partes, á fin de alcanzar la inde- » pendencia y garantirla mutuamente ». Empero, este tratado concebido en términos generales, dependía de otros acuerdos particulares, y ratificado por el gobierno del Perú no lo fué por el de Colombia hasta el año siguiente (18).

El Protector, buscando puntos de apoyo en todas partes, procuró fortalecer su relajada alianza con Chile. Al efecto, acreditó cerca de su gobierno un ministro diplomático con instrucciones para proceder de acuerdo con el enviado de Colombia y obtener auxilios de tropas y víveres, para la expedición á puertos intermedios que preparaba. O'Higgins se prestó con gran decisión, aunque por el momento no se formulase ningún acuerdo (19).

---

(16) Carta de Bolívar á San Martín de 17 de junio de 1822.

(17) Carta de San Martín á Bolívar de 13 de julio de 1822.

(18) « Col. gral. de los Tratados celebrados por Colombia y Venezuela », pág. 12 y sig.

(19) Cartas de O'Higgins á San Martín de 4 y 11 de julio, en que dice : « Los víveres para 2.500 hombres y cuanto yo tenga, están á su disposi- » ción. — Acabo de pedir una noticia para formar un escuadrón de ca- » ballería, y lo mandaré con sus correspondientes oficiales, armas y ves- » tuario. Cuente de todos modos con los víveres por seis meses. — » Hubiera dispuesto el embarque de un batallón si alguno de los que se » hallan en esta capital mereciera este nombre ». M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

Al mismo tiempo despachó un comisionado á las provincias argentinas, con una circular para todos sus gobernadores, solicitando su concurso para organizar una división de 500 hombres por lo menos, que amagase el Alto Perú por la frontera de Jujuy en combinación con el guerrillero Lanza y el ejército que debía invadir por puertos intermedios en el Bajo Perú. Encomendó la organización y mando de esta columna al coronel José María Pérez de Urdininea (alto-peruano) á la sazón gobernador de San Juan. En las instrucciones al comisionado le prevenía : « Procurará por todos medios hacer » presente á los respectivos gobiernos el interés general que » va á reportar á todas las Provincias Unidas de una coope- » ración activa sobre el Alto Perú para obrar de acuerdo con » el ejército que va á desembarcar en Puertos intermedios, » á fin de abrir su comunicación con aquéllas. Por este me- » dio la campaña debe terminar en el presente año. » Á Urdininea le escribía : « La campaña es segura, si V. me ayuda » con sólo 300 hombres de la provincia de Cuyo. Una divi- » sión de 4,500 hombres de mi ejército debe embarcarse » para Puertos intermedios al mando del general Rudecindo » Alvarado. Espero los mejores resultados. La patria así lo » exige y el honor de nuestras armas lo reclama. La coope- » ración de todas esas fuerzas con las de Tucumán, Salta y » Santiago del Estero á las de Alvarado, va á decidir de la » suerte de la América del Sud » (20).

Era, como se ve, una coalición de las cuatro repúblicas americanas entonces existentes, con un plan combinado sobre la base de los ejércitos del Perú y de Colombia, con la cooperación de Chile por el Pacífico y la de las provincias argenti-

(20) Correspondencia oficial sobre la comisión encomendada al comandante Antonio Gutiérrez Lafuente y coronel Urdininea en las provincias argentinas. Años 1822-1823. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

nas por su frontera norte. Á haberse entonces ejecutado este plan, que Bolívar juzgó admirable, con el auxilio eficiente de las fuerzas colombianas, es posible que la guerra americana hubiese terminado el año de 1823, aun cuando la combinación no era tan segura como lo pensaba San Martín, y tenía algo de ilusoria. Los hechos nada prueban por sí solos cuando no se relacionan con sus causas y efectos racionales; pero ellos muestran en definitiva, que el problema de la guerra estaba en la sierra central del Perú, y no en puertos intermedios. Ya llegará la ocasión de examinar el plan de San Martín puesto á prueba.

VII

San Martín tenía siempre dos cuerdas en su arco: una visible y otra oculta. Por una tendencia de su naturaleza compleja, — positiva y de pasión reconcentrada, — á la vez que todas sus ideas se traducían en acciones, se entregaba á elucubraciones solitarias, dando gran importancia á los manejos misteriosos. Su organización de la Logia de Lautaro, su plan de guerra de zapa antes de atravesar los Andes, sus trabajos secretos para preparar la revolución del Perú, sus tentativas de pacificación con los realistas haciendo intervenir las influencias de la masonería, y por último, sus planes secretos de monarquía, dan testimonio de esta propensión. Era, pues, natural que á sus trabajos públicos, acompañase algún trabajo subterráneo en la sombra del misterio.

Sea cálculo político, sea que en realidad esperase algo de los jefes del ejército español en el Perú vinculados al liberalismo por juramentos secretos, uno de los trabajos que persiguió con más persistencia, fué un arreglo de paz con los realistas, sobre la base del reconocimiento previo de la inde-

pendencia. En las conferencias confidenciales de Miraflores enunció por la primera vez esta idea, conciliándola con el establecimiento de una monarquía americana. En Punchauca la formuló netamente. Posteriormente, cuando O'Donojú reconoció el imperio megicano y se entendió con Itúrbide, dirigióse á Canterac, confidencial y oficialmente, invitándole á celebrar un armisticio y tratar sobre las mismas bases. La contestación fué que « los acontecimientos de Nueva España » en nada podían influir para aceptar condiciones contrarias » á la determinación de la nación española, en una contienda » que las armas debían decidir, desde que no se había acepta- » do someterla á la decisión del gobierno español » (21). Con motivo de la terminación de la guerra de Quito, que coincidió con una nueva resolución de las Cortes españolas para tratar con los gobiernos de América, renovó su tentativa, dirigiéndose al virrey La Serna. « El dominio español en América está » limitado á las provincias que ocupan sus armas en el Perú. » La España no puede ni quiere ya hacer la guerra á los ame- » ricanos ». Las proposiciones fueron : que el ejército realista en nombre de la nación española reconociese la independencia del Perú, ofreciendo á los españoles el reconocimiento de la deuda al tiempo de la ocupación de Lima, y algunas ventajas comerciales ; una amnistía general con la devolución recíproca de bienes confiscados, y pago del armamento de los realistas por su justo valor, á cuyo efecto se estipularía un armisticio por sesenta días, nombrándose comisionados por ambas partes que ajustasen un tratado sobre estas bases, bajo la garantía del congreso constituyente peruano que iba á reunirse. La contestación de La Serna fué la misma de Canterac : « Aun cuando se suponga ser un bien la independencia para el

---

(21) Carta y oficio de San Martín á Canterac de 11 de diciembre de 1821 y contestación oficial y confidencial de éste de 20 de diciembre de 1821. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. LXI.)

» Perú, ella no puede esperarse ni establecerse según el estado » del mundo político, sin que la nación la decrete y conso- » lide » (22).

Esto sucedía en vísperas de ir á celebrar San Martín su conferencia con Bolívar, y precisamente en esos mismos días (julio de 1822) el Libertador escribía al Protector, invitándolo á ponerse de acuerdo para tratar con los enviados españoles que en consecuencia de la resolución de las cortes nombrase el rey. « No puedo dudar, le decía, que la independencia será » la base de la negociación. Creo que no tendremos dificultad » en hacer reconocer nuestros gobiernos. Mucho debe importar » á la existencia de la América el manejo de este negocio, que » será probablemente una de las bases de nuestra existencia » política. Si los plenipotenciarios del Perú, Chile y Colom- » bia se aunan para entenderse con los enviados de España, » nuestra negociación tendría un carácter más imponente.—La » política mía es hacer la paz con todo decoro y dignidad, y » esperar del interés de las demás naciones y del curso de los » acontecimientos la mejoría de nuestro primer tratado con la » España » (23). La proposición de San Martín, era una mera ocurrencia sin ulterioridades. La idea de Bolívar, entrañaba el plan político de un congreso de plenipotenciarios americanos, cuyo germen estaba ya en su cabeza.

Perseverando San Martín en su imaginario propósito, pensó que el mejor modo de forzar la mano á los españoles, era llevarles la guerra á su territorio, y renovaba con variantes su plan de hostilidades marítimas, ideado en Mendoza

(22) Ofi. y proposiciones de San Martín á La Serna de 14 de junio de 1822, y contestación del segundo de 8 de agosto de 1822. « Gac. del Gob. », núm. 23, de 11 de setiembre de 1822.

(23) Ofi. del Libertador de Colombia al Protector del Perú, de 23 de julio de 1822, en el Arch. del Congreso del Perú, pub. por primera vez por Vicuña Mackenna.

en 1819: «El golpe feliz de la campaña de Quito, habia escrito » antes á O'Higgins, ha hecho tomar un nuevo aspecto á la » guerra. Sin embargo, como las posiciones que ocupa el ene- » migo en la sierra del Perú las puede disputar palmo á palmo, » y por otra parte, la terquedad española es bien conocida, el » modo de negociar la paz con ellos es llevarles la guerra á la » misma España. Por lo tanto, estoy siempre resuelto, á que las » fragatas *Prueba* y *Venganza* y la goleta *Macedonia*, salgan » con destino á Europa á arruinar todo el comercio español. » Sería muy del caso y por el honor de Chile, como por el » interés general, que si pueden unirse á estas fuerzas algunas » de ese Estado, la expedición tendrá el mejor resultado. De » la reserva en este negocio pende su buen éxito » (24). Si seriamente pensó San Martín en esta empresa, no tenía los elementos necesarios para llevarla á cabo, y no pasó de un tiento á la segunda cuerda oculta de su arco, ejercitando su propensión á lo misterioso.

Absorbido por estos trabajos públicos y secretos, el Protector había entregado ostensiblemente la dirección de la política interna al delegado Torre-Tagle, que no era sino un estafermo, siendo en realidad Monteagudo el árbitro del gobierno. Este ministro, sistemático por temperamento y terrorista por adaptación, pensaba que el más seguro medio de triunfar, era eliminar á los enemigos de raza, aunque no tomasen armas, por el hecho de no embanderarse contra la España. Ya se ha visto cómo San Martín, después de procurar propiciarse la opinión de los españoles europeos, inició un sistema de persecuciones contra sus personas y bienes, según el sistema adoptado por él en Mendoza y en Chile. (Véase cap. XXII, § VI). Monteagudo exageró este sistema, hasta el

---

(24) Carta de San Martín á O'Higgins, de 25 de junio de 1821. Arch. Vicuña Mackenna. M. S.

punto de convertirlo en arma contra la revolución. Primeramente se dispuso que salieran del país todos los españoles que no se hubiesen naturalizado (31 de diciembre de 1822). En seguida se decretó que los expulsados dejasen á beneficio del Estado la mitad de sus bienes, y los exceptuados no pudiesen ejercer el comercio ni aún por menor (20 de enero y 1.° de febrero de 1822). Los que no cumplieron estas prescripciones, fueron desterrados y secuestrados sus bienes (23 de febrero de 1823). Con motivo del constraste de Ica, arreció la persecución hasta la barbarie. Quedóles prohibido salir á la calle con capa, bajo pena de destierro. Toda reunión de más de dos españoles, era castigada con destierro y confiscación total de bienes. Todo español que saliese de su casa después de oraciones, incurriría en la pena de muerte, y al que se le encontrase un arma que no fuera cuchillo de mesa, en la de confiscación y muerte (20 de abril de 1822). Establecióse una comisión de vigilancia que conociese breve y sumariamente de sus causas con arreglo á este código draconiano, debiendo pronunciarse y confirmarse las sentencias en un mismo día (25). « ¡Esto es hacer revolución! » exclamaba Monteagudo al firmar estos crueles decretos (26).

---

(25) Decretos insertos en la « Gac. del Gob. », núms. 4, 8, 10, 16 y 33 de 1822.

(26) Monteagudo : « Memoria cit. ». En ella declara que procedía así sistemáticamente y por terrorismo, como lo dice en su texto : « El odio » á los desoladores del Nuevo Mundo, había sido en los demás países el » agente principal de la revolución. — Era preciso generalizar este sen» timiento en el Perú, y convertirlo en pasión popular. — Empleé los » medios que estaban á mi alcance para inflamar el odio contra los es» pañoles y siempre estuve pronto á apoyar las medidas de severidad » que tenían por objeto disminuir su número. — Este era mi sistema, y » no pasión. Yo no podía aborrecer á una porción de miserables que no » conocía, y que apreciaba en general. — Cuando el ejército libertador » llegó á las costas del Perú, existían en Lima más de diez mil espa» ñoles : poco antes de mi separación no llegaban á seiscientos. — Esto » era hacer revolución ».

VIII

Compensado el revés de Ica con los triunfos de Quito, preparada la alianza continental, consolidada la base del poder protectoral, reorganizado el ejército y arreglado un plan de campaña para poner pronto término á la guerra, San Martín se ocupó en verificar su postergada conferencia con Bolívar, para fijar la victoria final de acuerdo con él, como lo había anunciado públicamente, lisonjeándose de que ambos darían estabilidad á las cuatro repúblicas sud-americanas entonces existentes. Los resultados de la entrevista no debían dar inmediatamente estos resultados; pero la suerte de la América del Sud estaba asegurada por la solidaridad de sus destinos, en cumplimiento de las leyes de atracción y determinismo que gobernaban su revolución.

El momento histórico en el orden de los siglos, había llegado para la América del Sud, después de doce años de lucha por su emancipación. Nuevas naciones democráticas surgían del caos colonial. Su independencia, era un hecho consumado. Los Estados Unidos la reconocían, saludándola como una nueva aurora republicana. La Inglaterra la anunciaría á la Europa monárquica, como un acontecimiento que al restablecer el equilibrio de ambos mundos, dominaría en adelante sus relaciones. El mapa político de las futuras repúblicas estaba bosquejado, y sus líneas fundamentales se diseñaban netamente por agrupaciones de tendencias y voluntades espontáneas. Los dos focos revolucionarios, que simultáneamente se formaran en los extremos, se confunden en uno solo como las corrientes magnéticas. Las dos fuerzas emancipadoras se dilatan y condensan, siguiendo una dirección constante que revela el principio generador de que fluyen.

Las dos grandes masas batalladoras de las colonias insurreccionadas, como obedeciendo á una atracción, se adunan, por opuestos caminos, para producir la mayor suma de fuerzas vivas en acción. Resueltos los problemas parciales del sud y del norte de la América meridional, sus revoluciones, sus fuerzas y sus masas militares convergen á un centro común, para resolver el problema general de la independencia. El suelo americano ha sido barrido de enemigos de sud á norte y de norte á sud, y la lucha está circunscripta á un solo punto en que va á darse la batalla final « contra los vencidos en todo el continente », según la expresión de San Martín. Este es el nudo de la revolución sud-americana, cuya síntesis hemos dado antes. (Véase cap. I, § I.)

Los dos grandes libertadores, impulsados por estas fuerzas, van á operar su conjunción. Han medido la América de mar á mar, en un espacio que comprende la cuarta parte del globo, desde el Plata y el cabo de Hornos hasta el Ecuador el uno, y desde Panamá y las bocas del Orinoco hasta Quito el otro. Cada uno de ellos ha llenado su tarea en su esfera de acción. El uno lleva en alto los pendones de la República Argentina, de Chile y del Perú, que representaban la hegemonia americana de tres repúblicas independientes al sud del continente, que han concurrido á consolidar otras tantas repúblicas en el punto céntrico de la condensación de las fuerzas. El otro trae las banderas triunfantes de Venezuela y Nueva Granada, que simbolizan la hegemonia del norte, y viene á completar la grande obra de la emancipación sud-americana. De esta conjunción vendrá un choque entre las dos hegemonias concurrentes ; pero el principio superior á que obedecen los acontecimientos, prevalecerá al fin por su gravitación natural. El plan de campaña continental de San Martín, está ejecutado matemáticamente, y se combina con otro plan análogo que lo completa. El sueño épico de Bolívar está realizado. Los dos libertadores van á abrazarse repeliéndose, bajo el arco de

triunfo del ecuador del nuevo mundo, en la región de los volcanes y de las palmas siempre verdes.

Cómo se produjeron estos complicados fenómenos, coherentes entre sí, en tan vasta espacio y con tan diversos elementos; cómo se operó la condensación de las masas redentoras del sud y del norte del continente y cómo coincidieron los planes militares de los dos grandes libertadores que las dirigían; cómo se desarrollaron en el norte de la América meridional los acontecimientos que respondían á los del sud y los completaban; á qué ley determinante obedecían estas evoluciones parciales y generales y estas conjunciones en líneas convergentes, tal será la materia de los capítulos siguientes, para volver á tomar el hilo de la narración, después de establecer históricamente esta síntesis. De este modo, quedará completado el cuadro del movimiento multiforme de la emancipación de la América del Sud, coherente, colectivo y compacto, que forma el nudo de la historia de la independencia sud-americana y el fondo del asunto de este libro, en sus variados puntos de vista, su armonía de conjunto, sus lontananzas continentales y sus antagonismos también.

CAPÍTULO XXXVI

REVOLUCIÓN DE QUITO Y VENEZUELA. — PRIMERA CAÍDA DE VENEZUELA

AÑOS 1809-1812

Nuevo teatro de operaciones. — Enlaces étnicos y geográficos. — Los grandes valles del Magdalena, Cauca y Orinoco. — Quito, Nueva Granada y Venezuela. — Los llanos y los llaneros de Colombia. — Tipos de la caballería sud-americana. — Antecedentes revolucionarios. — Insurrección de Venezuela en 1810. — Política de la Gran Bretaña en Sud-América. — Aparición y retrato de Bolívar. — Influencia de su maestro Simón Rodríguez en sus ideas políticas. — Misión de Bolívar cerca del gobierno de Inglaterra. — Reaparición de Miranda. — La regencia española declara rebeldes á los revolucionarios de Venezuela. — Actitud que asume Venezuela. — Primeras hostilidades entre insurgentes y realistas. — Papel de Miranda en la revolución de Venezuela. — Reunión del primer congreso venezolano. — Venezuela declara su independencia. — Contrarrevolución de los Canarios en Caracas. — Reacción realista en Venezuela. — Miranda general en jefe de la revolución de Venezuela. — Venezuela se da una constitución federal. — Estado de la revolución venezolana en 1811. — Derrota de los independientes en la Guayana. — Progresos de la reacción al oriente de Venezuela. — Fenómenos revolucionarios y contrarrevolucionarios. — Aparición de Monteverde. — Terremoto de 1812 en Venezuela. — Contrastes de las armas independientes al oriente de Venezuela. — Miranda, generalísimo de la república venezolana. — Sistema defensivo que adopta. — La guerra á muerte recrudece. — Nuevos triunfos de la reacción. — Bolívar reaparece en la escena. — Los realistas se apoderan de Puerto-Cabello.— Enervación de la opinión pública. — Capitulación de Miranda. — Desorganización de la república de Venezuela. — Miranda entregado á los españoles. — Siniestro papel de Bolívar en esta emergencia. — Los realistas ocupan Caracas. — Sistema terrorista de la reacción triunfante. — Miranda y Bolívar. — Examen de la conducta de Bolívar en la prisión de Miranda. — Caída de la república de Venezuela.

I

El nuevo teatro de operaciones que va á abrirse en el extremo norte de la América meridional, presenta similitudes y contrastes con la naturaleza del extremo sud, que determinan

y explican los movimientos opuestos y concéntricos de las masas humanas agitadas por la revolución y atraídas por sus afinidades. Son dos sistemas geográficos y dos centros sociales, diferentes pero análogos, ligados por la continuidad territorial, en que se desenvuelven fuerzas espontáneas, tendencias uniformes, y proyecciones homólogas, que mancomunadas ó asimiladas, convergen á un punto por gravitaciones recíprocas. El común origen, la lengua materna, la identidad de condiciones y el gran sacudimiento que simultáneamente experimentan, pone en conmoción los diversos elementos de la embrionaria sociabilidad sud-americana que yacían adormecidos, dan su unidad á este movimiento multiforme, que se desenvuelve en virtud de una predisposición ingénita, y se subordina en definitiva á una ley físico-moral que rige hombres y cosas. Para mayor analogía y contraste entre la naturaleza física y la naturaleza humana, son dos hombres de carácter opuesto, pero con la misma intuición, los que se ponen al frente de las dos masas y se mueven impulsados por la fuerza de las cosas, modelan sus planes sobre el terreno en que operan y adunan las voluntades según la genialidad típica de las colectividades que representan. El uno, es un calculador sin ambición personal, que al trazarse un plan de campaña, liberta la mitad de la América. El otro, es un alma ardiente, una ambición absorbente, que sueña con la gloria y el poder, y liberta la otra mitad de la América. Ambos están animados de la pasión de la emancipación de un nuevo mundo, como hijos de una misma raza y campeones de una misma causa. San Martín se llama el uno. Bolívar se llama el otro. El teatro de acción de San Martín, es la República Argentina, Chile y el Perú, y penetra con sus armas en la zona del libertador del norte. El otro, representa la hegemonia colombiana de Venezuela, Nueva Granada y Quito, que dominará el Perú y coronará con el triunfo final las armas redentoras de la América del sud y del norte del continente, disciplinadas para la lucha.

El equilibrio estable será el producto de esta conjunción. La ley del territorio y los elementos orgánicos de la sociabilidad de cada uno de los particularismos, prevalecerá al fin, y las nuevas naciones se constituirán autonómicamente según su espontaneidad, determinando en el orden físico y político sus respectivas fronteras y su identidad democrática.

Una ojeada sobre el mapa de lo que se llamó Colombia, dará una idea de la configuración del territorio en que se desarrollarán los sucesos que van á relatarse; de la distribución geográfica de sus partes y de los particularismos étnicos, que al trazar las líneas estratégicas de la insurrección determinaron la amplitud de su potencia guerrera. Esta zona, que forma el extremo norte de la América meridional, se extiende como veinte grados á uno y otro lado del ecuador, desde el istmo de Panamá y el mar Caribe hasta la frontera septentrional del Perú. En ella se comprendían en 1810, el virreinato de Nueva Granada, la capitanía general de Venezuela y la presidencia de Quito dependiente de Nueva Granada. Estas tres divisiones políticas respondían á tres divisiones hidrogeológicas, en que los relieves del terreno y las grandes corrientes de agua con sus hondas cuencas cavadas por los fuegos volcánicos, dibujan otras tantas zonas de constitución física análoga, pero con caracteres distintos, pobladas por razas heterogéneas que un mismo espíritu ó instinto animaba. Al tiempo de estallar la revolución, estas tres secciones tenían una población de 3.900,000 almas, de las cuales 1.400.000 correspondían á la Nueva Granada, 900,000 á Venezuela y 600,000 á Quito, que se descomponían por razas, en 1.234,000 blancos (criollos y europeos), 913,000 indígenas, 615,000 pardos libres y 138,000 negros esclavos. En Santa Fe de Bogotá y Caracas, capitales de Nueva Granada y Venezuela, estaban afocadas las luces de ambas colonias. La ciudad de Quito, centro de una antigua civilización precolombiana, y satélite del

Perú ó Nueva Granada en la época colonial, era otro foco excéntrico.

La gran cordillera de los Andes, como una cadena de granito, con sus gigantes vestidos de nieves eternas y sus volcanes encendidos, liga las regiones de lo que fué Colombia con el resto de la América meridional. Quito, llamado el Tibet del nuevo continente, por ser su punto más culminante, está enclavado entre las dos ramificaciones montañosas que forman la continuación del valle longitudinal de Chile, se unen en las fronteras del norte argentino, sepáranse en el Alto y Bajo Perú y se prolongan hasta el Ecuador. (Véase cap. V y XIII, § I y I). Su litoral se abre sobre el mar del sud, como el de Chile y el Perú, y su territorio se extiende al oriente por las vertientes superiores del valle del Amazonas. Hacia el norte y bajo la línea, la doble cordillera ata otro nudo en el intermedio de Quito á Popayán, dentro del cual está la provincia de Pasto, límite de lo que propiamente se llamaba el nuevo reino de Granada, la que debía ser tan famosa como la Vendée, en la guerra de la independencia, por su porfiada fidelidad al rey de España. Siguiendo el mismo rumbo, la cordillera se divide en tres ramales, uno de los cuales forma la espina dorsal del istmo de Panamá, y los otros terminan en el golfo de Méjico. Dentro de esta triple cadena se diseñan tres valles; pero es uno el que imprime su sello á la región. La Nueva Granada está encerrada en la cuenca del gran valle del río de la Magdalena, separado del valle del Atrato por la cadena central hasta el golfo de Darien, que después de recibir el tributo del caudaloso Cauca, derrama sus aguas en el mar de las Antillas frente á las islas de Sotavento. Á lo largo de este litoral marítimo, que se prolonga hacia el oriente y dobla al sud, conocido con el nombre genérico de Costa-Firme, están situados los emporios comerciales y los puertos fortificados de Portobelo, Cartagena de Indias (la primera plaza fuerte de América), Santa Marta y Río-Hacha. La cor-

dillera oriental. que separa á una parte de la Nueva Granada de Venezuela, al este á la altura de Mérida, antes de tocar el litoral. traza con rasgos volcánicos las atormentadas costas venezolanas desde el golfo de Maracaibo hasta el de Paria y el delta del Orinoco. con las islas de Barlovento al largo del mar Caribe. Entre éstas, debe señalarse la isla de Margarita, que por su posición geográfica y la índole de sus habitantes, debía influir poderosamente en el éxito de la lucha colombiana por la independencia. Entre estos extremos marítimos, están situados los puertos comerciales y plazas fuertes de la costa-firme venezolana, que son : Maracaibo y Coro al occidente; Puerto-Cabello, La Guayra, Barcelona y Cumaná al centro; y en la parte opuesta abierta al sud-este, el Güiría en el golfo de Paria y la Bahía de los Navíos en las bocas del Orinoco. Dentro del trazado de estás líneas generales y de la serranía destacada de Parima al sud, se asienta Venezuela, en el extenso valle del Orinoco, con la Guayana española al oriente. limitada por impenetrables selvas seculares, tan antiguas como el mundo orgánico.

En las nacientes del Orinoco y dentro de la red que forman sus caudalosos tributarios, el Portuguesa, el Apure. el Caroní, el Meta, el Arauca, el Guaiviara y el Caquetá, se desenvuelven al pie de la cordillera oriental las inmensas sábanas ó llanos de las provincias de Casanare, de Barinas, del Apure y de Caracas, limitadas al sud por las selvas de las Guayanas, y al norte por las montañas que dibujan el litoral venezolano ya descrito. Esta llanura horizontal. que se divide en alta y baja. según sus respectivos niveles y declives, en un tiempo lecho de un mar. de confines monócromos y sin accidentes que la modifiquen, salvos sus dobles niveles. sus corrientes de agua, y algunos grupos aislados de árboles, — que los naturales llaman *matas*. — da su fisonomía al interior del país é imprime su sello al carácter de sus habitantes. En esta región situada bajo el trópico de Cáncer, el invierno no se

diferencia del verano, sino por las lluvias periódicas que hacen desbordar sus ríos, inundan sus praderas, dándole la apariencia de un mar sin horizontes (1). Cuando las aguas se retiran, el suelo se cubre de una rica alfombra de altas gramíneas, donde apacentan como en las pampas australes millones de ganado de la raza bovina y caballar. De la combinación de esta industria primitiva introducida por la colonización española, con el suelo y el hombre aclimatado, surgió una semi-civilización pastoril y una nueva raza de centauros, hija del desierto : el llanero colombiano y el gaucho argentino, que dió su tipo á la caballería revolucionaria del sud y del norte. El llanero era en 1810, una agrupación heterogénea de indígenas, negros, zambos, mulatos y mestizos mezclados con algunos pocos españoles, que la influencia del medio y las comunes ocupaciones habían refundido en un tipo carasterístico. Esparcidos en una vasta superficie, viviendo en chozas aisladas ó pobres caseríos, que los naturales llaman *hatos,* en comunicación tan sólo con sus ganados bravíos y las fieras, sin más medios de comunicación que el caballo, los llaneros endurecidos en las fatigas y familiarizados con los peligros, eran resueltos y vigorosos, diestros en el manejo de la lanza, jinetes, nadadores y sobrios. Una silla de montar de cuero crudo y una manta constituía todo su arreo ; un pedazo de carne de vaca sin sal ó leche cuajada era todo su alimento ; un calzón corto que no cubría la rodilla y una camisa amplia que le llegaba hasta la mitad de los muslos, con un sombrero de paja de alas anchas, todo su vestido ; y su arma su reducía á una lanza, compuesta de un rejón enastado en un gajo del bosque silvestre, construída por sus manos. Poseídos del fatalismo de los pueblos semi-civilizados, unido al estoicismo y la astucia del salvaje, acaudillados por héroes de

(1) La estación de las lluvias, llamada invierno en los llanos colombianos, comprende desde mediados de marzo hasta el fin de setiembre.

su estirpe mixta, eclipsarían las hazañas de los héroes épicos de la antigüedad.

Tal es el nuevo teatro de operaciones á que va á trasladarse la historia del movimiento simultáneo y convergente de la emancipación sud-americana (2).

II

La revolución que llamaremos colombiana, tuvo su origen en tres focos excéntricos : Quito, Venezuela y Nueva Granada, que al fin se refundieron política y militarmente en uno solo, comprendiendo el istmo de Panamá que la ligaba con la de la América septentrional. Como antes se dijo (cap. I. § XII), la primera revolución de Quito en 1809 (agosto) estalló casi simultáneamente con las primeras conmociones de Méjico al norte (agosto de 1809), y con las revoluciones de Chuquisaca y La Paz al sud (mayo y julio de 1809). Este movimiento ini-

(2) Compárese : — Caldas : « Geog. del virreinato de Nueva Granada », en « Semanario de Nueva Granada ». — Depons : « Voyage á la partie orientale de la Terre-Ferme », cap. III. — Humboldt : « Voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent », libro IV, cap. 12 y « Atlas » del mismo. — Codazzi : « Resumen de la Geografía de Venezuela », y « Atlas físico y político de la República de Venezuela », por el mismo. — Humboldt : « Tableaux de la Nature », lib. I y II. — Montenegro : « Geografía general, etc., para uso de la juventud de Venezuela », tomo IV. — Restreppo : « Hist. de la Revolución de la Rep. de Colombia », Int. — Villavicencio : « Geog. de la Rep. del Ecuador », y mapa por el mismo. — « Carta de la Provincia de Quito y de sus adyacentes de don Pedro Maldonado » MDCCL. — General Paez : « Autobiografía », cap. II. — « Carte générale de Colombia dressée par Brué d'après observations de Humboldt ». — « Carta geográfica de los Estados Unidos de Colombia, antigua Nueva Granada », por Manuel Ponce de León y Manuel María Paz, en 1864 y « Cartas departamentales » por los mismos.

cial, con tendencias políticas, que se diseñaba por la proclamación de una doctrina fundada en la razón de las razas y en los derechos del hombre (veáse cap. I, § XII), depuso al presidente y capitán general del reino, el conde Ruiz de Castilla, anciano de 84 años, quien fué sustituído por una junta popular de gobierno, que se atribuyó el título de « soberana ». Sofocada esta revolución por las fuerzas combinadas de los virreinatos contiguos de Santa Fe y del Perú, sus autores fueron asesinados en la cárcel (agosto de 1810), casi al mismo tiempo que los cabezas de los de La Paz morían en un cadalsc (enero de 1810). — Fueron éstos los primeros mártires de la emancipación sud-americana. — Estos estremecimientos sincrónicos en el centro y en los extremos del continente, con idénticas formas, iguales objetivos y análogos ideales, acusaban desde entonces — á pesar de las largas distancias y del aislamiento de las colonias,—una predisposición innata y una solidaridad orgánica, como resultado de las mismas causas, que sin previo acuerdo producían los mismos efectos, y que por lo tanto, tenían necesariamente que repetirse como un fenómo natural.

Las revoluciones de la Paz y Quito, gemelas por la iniciativa simultánea y por el martirio, tuvieron inmediata repercusión en el norte y el sud de la América. El 25 de mayo de 1810, se insurrecciona Buenos Aires, destituye al virrey, desconoce el Consejo de Regencia de España y elige popularmente su gobierno propio, proclamando la autonomía de las Provincias del Río de la Plata en ausencia del monarca cautivo. El 19 de abril del mismo año, —día de jueves santo, —la municipalidad de Caracas, asociada á los « diputados del pueblo », depuso al capitán general Vicente Emparán, desconoció la suprema autoridad que se atribuía la regencia de Cádiz, asumió la soberanía del rey de España, y nombrando una junta suprema para regirse por sí, decretó la formación de « un plan de gobierno conforme á la voluntad general del

» pueblo » (3), para las « Provincias Unidas de Venezuela » (4). El tribuno de esta transformación política, destinado á representar un papel de agitador parlamentario, fué el canónigo José Cortés Madariaga, natural de Chile, afiliado en la Logia americana de Miranda, á quien había conocido en Londres y del que era agente activo en Venezuela. Sus publicistas fueron: el Dr. Juan Germán Roscio, jurisconsulto y escritor, y Martín Tobar Ponte, hombre de pensamiento y de acción, dos nobles caracteres, de alma abnegada, dotados ambos de gran valor cívico, con sanas ideas liberales, pero políticos abstractos más teóricos que prácticos.

Las provincias venezolanas respondieron en su mayoría al llamado de Caracas, reconocieron su supremacía, y al deponer á sus gobernadores coloniales instituyeron juntas particulares de gobierno. De este modo, empezó á formarse de hecho una especie de confederación de provincias.

La junta, dando un paso más adelante en el camino de la propaganda revolucionaria, dirigió á las colonias hispano-americanas un manifiesto de principios, en que las invitaba á formar una liga continental en resguardo de sus libertades. « Caracas debe encontrar imitadores en todos los habitantes » de la América, en quienes el largo hábito de la esclavitud » no haya relajado los muelles, y su resolución debe ser » aplaudida por todos los pueblos que conserven alguna esti» mación á la virtud y al patriotismo ilustrado, para desper» tar su energía á fin de contribuir á la grande obra de la » confederación americano-española. No se prostituya su voz » y su carácter á los injustos designios de la arbitrariedad. » Una es nuestra causa, una debe ser nuestra divisa. Frater» nidad y constancia » (5). Todas las secciones americanas

(3) Acta de instalación de la Junta Suprema de Caracas, de 19 de abril de 1810.

(4) Proclama de la Junta Suprema de Caracas, de 20 de abril de 1810.

(5) Circular de la Junta Suprema de Caracas de 27 de abril de 1810.

proclamaban á la vez como si se hubiesen pasado la palabra de orden, la misma teoría política : la reasunción por el pueblo de la soberanía yaciente del monarca ausente, que se convertía en soberanía popular activa.

Consecuente con el principio político que daba su razón de ser al nuevo gobierno, convocó un congreso general de provincias, para dar unidad al poder y legitimarlo, á la vez que para establecer una constitución sobre la base del sistema representativo. « Sin una representación común, decía diri-
» giéndose á los ciudadanos, la concordia es precaria y la salud
» es peligrosa. El ejercicio más importante de los derechos
» personales y reales del pueblo, que existieran originaria-
» mente en la masa común y que le ha restituído el actual
» interregno de la monarquía, llama á los hombres libres al
» primero de los goces del ciudadano, que es concurrir con
» su voto para trasmitirlos á un corto número de individuos,
» haciéndolos árbitros de la suerte de todos. El suelo que
» habitáis no ha visto desde su descubrimiento una ocurren-
» cia más memorable ni de más trascendencia. Ella va á fijar
» la suerte de la generación actual, y acaso envuelve en su
» seno el destino de muchas edades. Ella va á ratificar, ó las
» esperanzas de los buenos ciudadanos ó el injurioso concepto
« de los bárbaros que os creían nacidos para la esclavitud » (6).
Según el plan de organización, la Junta Suprema de Caracas debía abdicar sus facultades supremas en el congreso y reasumir éste la representación soberana de todas las provincias venezolanas. Luego se verá el resultado que dió esta convocatoria.

Mientras la revolución seguía esta marcha expansiva, la reacción trabajaba por su lado en contener sus progresos. Las

---

(6) « Alocución y reglamento para la elección de diputados al primer Congreso de Venezuela de 11 junio de 1810 ». Véase « Vida pública del Libertador », t. II, pág. 504-512.

provincias de Maracaibo y Coro sobre el litoral del norte, con sus gobernadores los generales Fernando Miyares y José Ceballos á su frente, se pronunciaron decididamente contra el movimiento, siguiendo luego su ejemplo la Guayana. Para sostener su actitud, Miyares y Ceballos, reunieron tropas, pidieron auxilios á Cuba y Puerto Rico y se prepararon para resistir á los rebeldes ó someterlos por la fuerza. De este modo se diseñaron desde los primeros días los focos de la acción y de la reacción revolucionaria que debían mantener encendida la guerra civil por el espacio de doce años.

La Junta á su vez, se apercibió á la defensa en sostén de los fueros soberanos que había proclamado. Después de proveer á la seguridad interna y establecer los fundamentos de la constitución política, cubriéndose siempre con el nombre y la representación del monarca, decidió poner en ejercicio su soberanía externa, y abrió relaciones diplomáticas con los Estados Unidos para propiciarse su opinión, pero principalmente con la Inglaterra, á fin de estipular con el gabinete de Saint James una alianza para el caso de una invasión francesa á Venezuela, y sobre todo, buscar su mediación con el consejo de regencia que evitase una guerra con la metrópoli. La Gran Bretaña, á la sazón aliada á la España, al saber la revolución de Venezuela, había prevenido al gobernador de Curaçao, que estaba decidida á sostener la integridad de la monarquía española y á oponerse á todo género de procedimientos que pudieran producir la menor separación de sus provincias de América; pero que, si la España fuese subyugada, la Inglaterra auxiliaría á las colonias hispano-americanas que quisieran hacerse independientes de la España francesa, declarando, que renunciaba á toda mira de apoderarse de territorio alguno (7). Partiendo de esta base y con las instrucciones antes

(7) Instrucciones del ministro de la Gran Bretaña, lord Liverpool, al gobernador de Curaçao, de 29 de junio de 1810.

indicadas, acordóse enviar una misión diplomática á Londres. Fueron nombrados para desempeñarla, don Luis López Méndez y don Andrés Bello, conjuntamente con el coronel de milicias Simón Bolívar.

III

En 1810, al hacer su primera aparición en el escenario americano, que debía llenar con su gran figura histórica, Bolívar contaba veintisiete años de edad. Nada en su estructura física prometía un héroe. Era de baja estatura — cinco pies seis pulgadas inglesas, — de pecho angosto, delgado de cuerpo y de piernas cortas y flacas. Esta armazón desequilibrada, tenía por coronamiento una cabeza enérgica y expresiva, de óvalo alongado y contornos irregulares, en que se modelaban incorrectamente facciones acentuadas, revestidas de una tez pálida, morena y áspera. Su extraña fisonomía, producía impresión á primera vista, pero no despertaba la simpatía. Una cabellera renegrida, crespa y fina, con bigotes y patillas que tiraban á rubio, — en su primera época; — una frente alta, pero angosta por la depresión de los parietales, y con prematuras arrugas que la surcaban horizontalmente en forma de pliegues; los pómulos salientes y las mejillas marchitas y hundidas; una boca de corte duro, con hermosos dientes y labios gruesos y sensuales; y en el fondo de cuencas profundas, unos ojos negros, grandes y rasgados, de brillo intermitente y de mirar inquieto y gacho, que tenían caricias y amenazas cuando no se cubrían con el velo del disimulo, tales eran los rasgos que en sus contrastes imprimían un carácter equívoco al conjunto. La naríz, bien dibujada en líneas rectas, destacábase en atrevido ángulo saliente, y su distancia al labio superior era notable, indicante de noble raza. Las orejas eran grandes, pero

bien asentadas, y la barba tenía el signo agudo de la voluntad perseverante. Mirado de frente, sus marcadas antítesis fisionómicas daban en el reposo la idea de una naturaleza devorada por un fuego interno; en su movilidad compleja, acompañada de una inquietud constante con ademanes angulosos, reflejaban, actividad febril, apetitos groseros y anhelos sublimes; una duplicidad vaga ó terrible y una arrogancia, que á veces sabía revestirse de atracciones irresistibles que imponían ó cautivaban. Mirado de perfil, tal cual lo ha modelado en bronce eterno el escultor David, con el cuello erguido como lo llevaba por configuración y por carácter, sus rasgos característicos delineaban el tipo heroico del varón fuerte de pensamiento y de acción deliberada, con la cabeza descarnada por los fuegos del alma y las fatigas de la vida, con la mirada fija en la línea de un vasto y vago horizonte, con una expresión de amargura en sus labios contraídos, y esparcido en todo su rostro iluminado por la gloria, un sentimiento de profunda y desesperada tristeza á la par de una resignación fatal impuesta por el destino. Bajo su doble aspecto, sus exageradas proyecciones imaginativas que preponderaban sobre las líneas simétricas del cráneo, le imprimían el sello de la inspiración sin el equilibrio del juicio reposado y metódico. Tal era el hombre físico en sus primeros años, y tal sería el hombre moral, político y guerrero.

Huérfano á la edad de tres años y heredero de un rico patrimonio con centenares de esclavos como los patricios antiguos, tuvo como Alejandro por ayo y maestro á un filósofo, pero un filósofo de la escuela cínica, revuelta con el estoicismo y el epicurismo greco-romano. Según este mentor, el « fin de la sociabilidad era hacer menos penosa la vida », apotegma que contenía en germen la futura doctrina sansimoniana. Bien que fuera hasta cierto punto un sabio para su país, y un pensador original, sus ideas eran tan extravagantes, que á veces rayaban en locura. « No quiero parecerme



EL LIBERTADOR BOLIVAR
(Copia del medallón de David)

» á los árboles que echan raíces en un lugar, decía : sino al » viento, al agua, al sol, á todas las cosas que marchan sin » cesar ». Su pasión, eran los viajes. — Tenía como Platón una república ideal en su cabeza, que sólo tendría en el mundo un adepto. Partiendo de la base, que sentaba como teorema, de que la América no podía ser monarquía ni república semejante á las conocidas, ni gobernarse por reyes ó congresos, todo su plan constitucional consistía en hacer vitalicios los empleos desde el de presidente de la república hasta el alcalde de barrio, « para evitar, decía, los trastornos de » elecciones frecuentes, y no entregar los negocios públicos » á aprendices ». Este filósofo y pensador extravagante, llamábase Simón Carreño, y era natural de Caracas. Hijo bastardo de un sacerdote y estigmatizado con la calificación de sacrílego, cambió su nombre en el de Simón Rodríguez, con el que ha pasado á la historia unido al de su ilustre homónimo. El maestro depositó desde muy temprano en la cabeza de su joven discípulo estas ideas políticas que debían germinar más tarde y esterilizarse como las suyas. Así, su *novisima verba*, después de ver disipados todos sus sueños, fué : « Murió Bolívar y mi proyecto de república sepultóse con él». Bolívar conservó toda su vida el sello que le imprimió el filósofo caraqueño, modificando sus lecciones según su naturaleza. Estoico en la adversidad, cínico á veces en sus costumbres, independiente y móvil, con más imaginación y no con mucha más prudencia que su inspirador, convirtió sus extravagancias en delirios de grandeza; su actividad en acciones heroicas; sus sueños, en ambición de gloria y poderío; su república ideal, en monocracia vitalicia; y con él murieron las teorías políticas del reformador y los ensayos de gobierno del libertador, que según la fórmula : « no era ni monarquía ni república » (8).

---

(8) « Prodromo » impreso en Arequipa en 1828, é « Introducción » á

El mismo Bolívar reconoció siempre la influencia de su mentor en la dirección de sus acciones, de sus ideas y de sus sentimientos. « Las lecciones que me ha dado, — decía » catorce años después en el apogeo de la gloria y del poder, — » se han grabado en mi corazón : no he podido borrar una » sola coma de las grandes instrucciones que me ha regalado : » siempre presente á mis ojos intelectuales las he seguido » como guías infalibles. Mis frutos son suyos » (9). Pero Carreño-Rodríguez no sólo enseñó á pensar á Bolívar y formó sus sentimientos : le inoculó también una pasión generosa, que debía convertirse en fuerza. Rebeldes ambos por temperamento, la noción de la independencia estaba en sus mentes, y desde los primeros años del siglo, era tildado Rodríguez en Caracas, de hombre sospechoso al poder. La ocasión en que maestro y discípulo se comunicaron su secreta aspiración, es dramática, y ha sido relatada por el adepto en el lenguaje grandi-elocuente que es la antítesis del estilo algebraico del iniciador en el misterio de la emancipación de un mundo, que al fin fué verdadera república electiva en contradicción de su profecía.

No había cumplido aún los diez y siete años (1799), cuando Bolívar hizo un viaje á Europa.— Era entonces teniente de

---

la 4.ª parte del libro inédito de Carreño, en que bosqueja su plan de república ideal. Sus ideas están esparcidas en otros escritos sueltos : 1.° « El libertador del mediodía de la América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social ». 1828-1830. — 2.° « Carta á cinco bolivianos á la caída de la confederación perú-boliviana ». 1839. — 3.° Artículos en el « Mercurio » de Valparaíso 1840. — Véase Amunátegui : « Biografías de Americanos », art. « Simón Rodríguez ».

(9) Carta de Bolívar á Simón Rodríguez de enero 19 de 1824, en Pativilca (Perú). En ella le dice : « Ha visto usted mis pensamientos escritos, » mi alma pintada en el papel, y no habrá dejado de decirse : *Todo esto » es mío : yo sembré esta planta, yo la regué, yo la enderecé cuando tierna : » ahora robusta, fuerte, fructífera, he ahí sus frustos : ellos son míos.* » Formó usted mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo » grande ». Véase : O'Leary, « Cartas del Libertador », cit.

un regimiento de milicias de que su padre había sido coronel á título de señor feudal. — Visitó las Antillas y Méjico; recorrió toda la España y viajó por Francia (1801), coincidiendo su permanencia en París con la inauguración del glorioso consulado vitalicio de Napoleón Bonaparte, quien despertó en él gran entusiasmo. Formada su temprana razón por las impresiones que despertaba en su imaginación el espectáculo del mundo, más que por la observación y el estudio, regresó á su patria unido á la hija del marqués del Toro, nombre que figuraba en la alta nobleza de Caracas (1801). Antes de que trascurrieran tres años, era viudo. Emprendió entonces su segundo viaje á Europa (1803). Allí se encontró con su antiguo ayo, quien con su moral excéntrica, no era ciertamente el más severo mentor en una excursión de placer. En París cultivó el estudio de algunas lenguas vivas; visitó á Humboldt, que había hecho célebre su nombre ilustrando la geografía física y la historia natural del nuevo continente, que él ilustraría con otros descubrimientos no menos sorprendentes, en el orden de la geografía política y la historia universal; atravesó los Alpes á pie, con un bastón herrado en la mano y se detuvo en Chambery (1804), visitando como peregrino de la libertad y del amor, las *Charmettes* inmortalizadas por Rousseau, de cuyo Contrato Social tenía idea, pero en quien admiraba sobre todo por estilo enfático, su creación sentimental de la « Nueva Heloísa », que fué siempre su lectura favorita, aun en medio de los trances más congojosos de su vida (10). En Milán presenció la coronación de Napo-

---

(10) Véase Ducoudray-Holstein : « Memoirs of Simón Bolívar », t. I, pág. 344. — La Croix, en su « Diario de Bucaramanga » dice : « Des» pués de almorzar el Libertador fué á tomar su hamaca (el 23 de mayo » de 1828) y me llamó para traducir versos franceses al castellano. Tomó » la « Guerra de los Dioses » (de Parny), y la leyó como si fuera una » obra escrita en español. En la comida volvió á hacer el elogio de dicha » obra. Habló después sobre Voltaire, que admira, como á Walter Scott,

león como rey de Italia y asistió á los juegos olímpicos que se celebraron en honor del vencedor de Marengo. Con estas impresiones y estas visiones resplandecientes de gloria, en que se renovaban las festividades de las antiguas repúblicas griegas; llegó Bolívar á Roma. Después de admirar las ruinas del Coliseo, subió al monte Aventino, el monte sagrado del pueblo romano, en compañía de Carreño-Rodríguez. Desde allí contemplaron ambos el Tíber que corre á su pie, la tumba de Cecilia Metella, y la vía Apia al lado opuesto; y en el horizonte, la melancólica y solitaria campiña de la ciudad de los tribunos y los Césares. Impresionados por aquel espectáculo, que despertaba tan grandes recuerdos, hablaron de la patria lejana, y de su opresión. El joven adepto, poseído de noble entusiasmo, estrechó las manos del maestro, y cuenta que juró libertar la patria oprimida. Esta escena dramática, que tiene algo de teatral, jamás se borró de su memoria : « Recuerdo, decía veinte años » después, cuando fuimos al Monte-Sacro en Roma, á jurar » sobre aquella tierra santa, la libertad de la patria. Aquel » día de eterna gloria, anticipó un juramento profético á la » misma esperanza que no debíamos tener » (11).

Pasaron seis años, y la revolución venezolana vino por la fuerza de las cosas y no por acción individual. El papel que representó en ella Bolívar, no correspondió á sus entusiasmos juveniles ni prometía al héroe que debía hacerla triunfar.

» y concluyó diciendo : que la Nueva Heloisa de J. J. Rousseau no le » agradaba, pero que el estilo era admirable ». — En una carta suya á Sucre de fecha 7 de Julio de 1824, inserta en la colección de « Cartas del Libertador » (Memorias de O'Leary, t. XXIX), le dice : « Constesto la » carta que ha traído Escalona, con una expresión de Rousseau, cuando » el amante de Julia se quejaba de ultrajes que le hacía por el dinero » que ésta le mandaba : esta es la sola cosa que Vd. ha hecho en su » vida sin talento ».

(11) Carta de Bolívar á Simón Rodríguez, cit. en la nota anterior.

Después de su segundo regreso á Caracas, había vivido la vida sensual de un noble señor feudal de la colonia, alternando la residencia en sus haciendas en medio de esclavos que trabajaban para él, con sus mansiones placenteras en la capital. En 1809, al recibirse Emparán del mando de Venezuela, se le atribuye la duplicidad patriótica, — que le honra por un lado y lo sombrea por otro, — de haberse intimado con el nuevo capitán general para vender sus secretos á los que desde esa época preparaban la revolución. Así, su nombre se ve entre los conjurados que asistieron á las reuniones secretas; pero su persona no figura entre los que concurrieron al cabildo abierto en que Emparán fué depuesto por el voto del pueblo. Consumada la revolución, no se le ve asumir actitud definida. Nombrado coronel, á título de herencia, del regimiento de milicias que mandaba su padre, en la circunscripción de sus haciendas de campo, no tomó ninguna parte en los aprestos militares. Al fin, su figura se diseña vagamente en la escena política; pero no como hombre de pensamiento ó de acción, sino como diplomático en una misión equívoca, que tenía por objeto declarado buscar un *modus vivendi* pacífico con la antigua metrópoli. Volvemos aquí al año de 1810, en vísperas de su viaje á Inglaterra.

IV

La misión conjunta de los tres agentes venezolanos, solicitó una audiencia del ministro de relaciones exteriores, que lo era á la sazón el marqués sir Ricardo Wellesley, la que le fué concedida en carácter confidencial. Bolívar, como el más caracterizado y el que mejor hablaba francés, llevó la palabra en este idioma. Olvidando su papel de diplomático, pronunció

un ardiente discurso, en que hizo alusiones ofensivas á la metrópoli española aliada de la Inglaterra y expresó sus anhelos y esperanzas de una independencia absoluta de su patria, que era la idea que lo preocupaba. Para colmo de indiscreción, entregó al marqués, junto con sus credenciales, el pliego de sus instrucciones. El ministro británico que lo había escuchado con fría atención, después de recorrer los papeles que se le presentaban, contestóle ceremoniosamente : que las ideas por él expuestas se hallaban en abierta contradicción con los documentos que se le exhibían. En efecto, las credenciales estaban conferidas en nombre de una junta conservadora de los derechos de Fernando VII, y en representación del soberano legítimo, y el objeto de la misión era buscar un acomodamiento con la regencia de Cádiz, para evitar una ruptura. Bolívar no había leído sus credenciales ni sus instrucciones, ni dádose cuenta de su papel diplomático; así es que, quedó confundido ante aquella objeción perentoria. Al retirarse, confesó francamente su descuido y atolondramiento, y convino, que el plan de la misión de que no se había hecho cargo, estaba calculado con tanta perspicacia como sabiduría (12). Así sería siempre Bolívar, como político y como guerrero. Preocupado de una idea interna, personal; sin darse cuenta de los obstáculos externos, ni tomar en cuenta la opinión del medio en que se movía, iría siempre adelante, persiguiendo sus sueños ó sus propósitos; y vencido ó vencedor, perseveraría en ellos, cediendo á veces, para reaccionar después, sin leer « con sus ojos intelectuales », según su propia expresión, otros documentos que los escritos en su mente por su maestro Carreño-Rodríguez, ni ver otra

---

(12) Datos comunicados por don Andrés Bello, secretario de la misión conjunta y testigo presencial de la escena. Véase Amunátegui : « Vida de don Andrés Bello » pág. 88-89.

cosa que su « alma pintada » en ellos. Por el momento, era la idea de la independencia lo que lo llenaba, y allá iba por la línea recta.

Á pesar de estos traspiés diplomáticos, la Inglaterra que tenía su plan hecho respecto de las colonias hispano-americanas insurreccionadas, contestó á las proposiciones de los comisionados, redactadas en el sentido de sus instrucciones, que la Gran Bretaña no se consideraba ligada por ningún comprometimiento á sostener país alguno de la monarquía española contra otro, por razón de diferencias de opiniones sobre el modo con que debiera arreglarse un sistema de gobierno, con tal que convinieran en reconocer al soberano legítimo. Bajo esta base, ofrecía su mediación, para reconciliar á las colonias disidentes con su metrópoli. Á la vez, renovaba con más amplitud la anterior circular de lord Liverpool á los gobernadores y jefes de las Antillas inglesas, recomendábales proteger á los nuevos gobiernos sud-americanos contra toda agresión de la Francia, y les encargaba muy especialmente promover con las colonias amigables relaciones mercantiles, sea que reconociesen ó no la autoridad de la regencia de Cádiz (13). El resultado era satisfactorio y no podía esperarse más; pero como se ve, fué debido á los cálculos de la política inglesa más que á la habilidad de los noveles diplomáticos venezolanos.

Durante su permanencia en Londres, conoció por la primera vez al general Miranda, é iniciado en los misterios de su Logia, afilióse en ella, renovando el juramento del Monte Sagrado, de trabajar por la independencia y la libertad sud-

---

(13) Proposiciones de los comisionados de Venezuela, y contestaciones del gabinete británico de 21 de julio de 1821. Circular de lord Liverpool á los jefes de las Antillas de 7 de diciembre de 1810. (« Docs. para la hist. de la vida pública del Libertador », t. II, pág. 514 y sig., núm. 467.)

americana. Así se ligaron por un mismo juramento en el viejo mundo, con un año de diferencia, Bolívar y San Martín, según antes se relató. (Véase cap. II, § XII). Al contacto de la llama que ardía en el alma del precursor de la emancipación, la de Bolívar, encendida ya con las chispas de las ideas de Carreño-Rodríguez, se inflamó. Lleno siempre de su idea, volvió á olvidar sus instrucciones reservadas, que le prevenían, no recibir inspiraciones de Miranda ni tomar en cuenta sus planes, que podían comprometer la aparente fidelidad de la Junta de Caracas. Pensando que la presencia de Miranda en Venezuela, daría impulso á la idea de independencia, invitóle á regresar juntos á la patria para trabajar de consuno por ella.

Bolívar regresó á Caracas al finalizar el año de 1810 (5 de diciembre) conduciendo un armamento, y lo que creía más poderoso que las armas, al general Miranda, símbolo vivo de la redención del nuevo mundo meridional. Durante su ausencia la revolución venezolana había mudado de aspecto, y su horizonte empezaba á nublarse.

Al tomar conocimiento de la revolución de Venezuela, la regencia de Cádiz declaró rebeldes á sus fautores; y esquivando la mediación de la Inglaterra, le declaró la guerra con amenaza de severos castigos, decretando el bloqueo de sus costas. El consejero de Indias Antonio Ignacio Cortabarría, anciano respetable, con la investidura de comisario regio, fué encargado de intimar la sumisión, y en caso de resistencia someterlos por la fuerza. Miyares fué nombrado capitán general en reemplazo de Emparán. En las Antillas españolas se prepararon elementos de guerra para sostener el ultimátum. Esta provocación, rompió el primer eslabón de la cadena colonial. La Junta de Caracas, rechazó la intimación, reunió un ejército de 2,500 hombres para mantener su actitud, y confió su mando al marqués Fernando del Toro, rico propietario, improvisado general, ordenándole atacase la plaza de Coro, baluarte

de la reacción en la costa occidental de Tierra-Firme. Después de algunos combates parciales, el ataque sobre Coro fué rechazado (28 de noviembre de 1810). El ejército de la Junta, emprendió en consecuencia su retirada. Interceptado en su marcha, por una división de 800 hombres con un cañón y 4 pedreros, en el punto denominado la Sabaneta, la desalojó de su fuerte posición al cabo de dos horas de fuego, y continuó su marcha, perseguido de cerca por los corianos fanatizados, y hostilizado por las poblaciones del tránsito. El novel general, que había mostrado poseer pocas disposiciones militares, efectuó su retirada hasta Caracas, con pérdidas considerables. Por entonces las hostilidades quedaron suspendidas de hecho, por una y otra parte. Tal fué el resultado de la primer campaña revolucionaria de Venezuela, en que se cambiaron las primeras balas entre insurgentes y realistas.

Este era el estado político y militar de la revolución cuando á fines de 1810, Bolívar y Miranda llegaban á Caracas.

V

Al pisar de nuevo la tierra americana, el precursor de su emancipación contaba sesenta años de edad. El pueblo lo recibió con grandes ovaciones. El gobierno le confirió el título de teniente general de su ejército. La juventud vió en él un oráculo, de cuyos labios iba á brotar la palabra reveladora del destino. Los soldados, lo consideraron como un presagio de victoria. Todos cifraron en él sus esperanzas. Sin embargo, su influencia no se hizo por el momento sentir en la marcha de los negocios públicos. Grave, taciturno, de palabra dogmática y con opiniones intransigentes incubadas en la soledad, no admitía discusión, aunque buscaba prosélitos. Sus primeros actos no correspondieron á la expectativa pública.

El gobierno, considerándolo un genio enciclopédico, le encomendó, en unión de Roscio y de don Francisco Javier Ustariz, republicanos de la escuela norte-americana, la formación de un plan de constitución sobre la base de una federación de provincias, para ser presentado al primer congreso venezolano que iba á reunirse. El viejo soñador, imbuído en las ideas constitucionalistas que en su imaginación se había fraguado, amalgamaba las tradiciones precolombianas y las reminiscencias de la antigüedad clásica con las teorías norteamericanas mal aplicadas, pretendiendo combinarlas con las vetustas instituciones de la colonia, sueño retrospectivo, que como el ideal reaccionario de Carreño -Rodríguez, debía dar por resultado la negación de la república y el retroceso de la democracia. Según su plan, el gobierno debía confiarse á dos incas (cónsules romanos) nombrados por diez años, y en lo demás modelarse la república según el tipo municipal de las colonias (14). Los sucesos revolucionarios estaban más adelantados que él en teorías políticas. Para propagar su doctrina y fomentar el espíritu de independencia, organizó de acuerdo con Bolívar un club, á imitación de el de los girondinos, de que había sido miembro conspicuo durante la revolución francesa. Esta asociación se hizo el centro de la opinión avanzada de los patriotas, que querían romper definitivamente los vínculos de la colonia con su metrópoli.

Bajo estos auspicios se reunió el congreso venezolano convocado, en número de treinta diputados por las provincias de Caracas, Cumaná, Barinas, Margarita, Barcelona, Mérida y Trujillo, y tomó la denominación de « Cuerpo conservador de

---

(14) Carta de Roscio á Bello de 10 de diciembre de 1810 y 9 de junio de 1811 en « Vida de don Andrés Bello » por Amunátegui, pág. 95 y sig. — Burke : « Additional reasons for our immediately emancipating Spanish América ». — Correspondencia de Miranda con un extracto del libro de Burke, adjuntando un plan de constitución americana en 1808. M. S. del Arch. Gral. (Véase cap.I, § X de la *Introducción.*)

los derechos de la Confederación americana de Venezuela y de los del rey Fernando VII » (2 de marzo de 1811). Miranda, elegido popularmente, formaba parte de él como diputado. El congreso encomendó el poder ejecutivo á una junta de tres miembros, creó una alta corte de justicia en sustitución de la antigua audiencia, y nombró una comisión de su seno que redactara la constitución, compuesta de Ustáriz, Roscio y Tobar, las tres lumbreras parlamentarias de la revolución. La cuestión de independencia, fué la primera que ocupó al congreso. Miranda abogó resueltamente por ella en absoluto, apoyado por el pueblo, y arrastró tras sí la mayoría (5 de julio de 1811). En el mismo día se decretó que el pabellón nacional sería el amarillo azul y rojo, enarbolado por Miranda en 1806 en las costas de Venezuela descubiertas por Colón. Y para conmemorar estos tres grandes acontecimientos del nuevo mundo, se dispuso que á la era común se añadiese la colombiana. Fué así Venezuela la primera república independiente que se inauguró en Sud-América, como sería también la primera que cayese vencida, para resurgir al fin vencedora.

Á los pocos días de declarada la independencia estalló un movimiento reaccionario, promovido por los agentes del comisario regio Cortabarría, y encabezado por los colonos de las islas Canarias, que eran numerosos en Caracas (11 de julio). Reuniéronse en número de setenta en una altura que dominaba uno de los cuarteles, con el propósito de apoderarse de él. Iban armados de sables y trabucos, con planchas de lata sobre el pecho por corazas, y llevaban una bandera con la imagen de la virgen del Rosario y de Fernando VII. Su grito de guerra fué : « Viva el rey y mueran los traidores ». Atacados por el pueblo y una parte de la guarnición, hicieron algunos tiros ; pero fueron prontamente cercados y rendidos. Condenados á muerte los que se consideraron más culpables y desterrados los otros, las cabezas de los ajusticiados fueron expuestas en los caminos. « Castigo demasiado severo de un

proyecto extravagante y ridículo », dice el historiador más discreto de Venezuela, que un historiador universal señala como el fúnebre presagio de la guerra de exterminio que debía ensangrentar el suelo de Venezuela (15).

En el mismo día del tumulto de los Canarios de Caracas,

---

(15) Baralt y Díaz en « Resumen de la hist. de Venezuela », t. I, pág. 74, hace sólo mención de la ejecución de la sentencia de muerte como pronunciada por los tribunales. Restreppo en « Hist. de la Revol. de Colombia », menciona de paso las ejecuciones, cubriéndolas con una frase retórica de mal género, que parece un parche. Los escritores americanos en general, excepto dos, no mencionan el hecho de la exposición de las cabezas; pero no lo han contradicho. Además de José Díaz (venezolano decidido por la causa del rey) en sus « Recuerdos sobre la revolución de Caracas », pág. 34, y Torrente que lo repite en su « Hist. de la Revol. H. A. », t. I, pág. 224, lo mencionan varios escritores extranjeros. Poudeux y Mayer en « Mémoire pour servir à l'histoire de la capitanie générale de Caracas » (París 1815) y Flinter (parcial de España) en « History of revolution of Caracas » pág. 25 (London 1819), agregan que las cabezas fueron expuestas en cajas de madera. Gervinus, escritor imparcial y simpático á la causa de la revolución sud-americana, fundado en estas autoridades, acepta el hecho como cierto, y agrega: « Esta severidad dió á los españoles el horrible ejemplo de represalias » más horrible aún », t. VI, pág. 232 de la « Hist. des XIX siècles ». — Un escritor venezolano (Manuel Palacios), diputado al congreso de Venezuela de 1811 y patriota ardiente, publicó en 1817 un libro con el objeto de defender á los americanos titulado: « Outline of the revolution in Spanish America », que fué traducida al francés en el mismo año con el de « Esquisse de la révolution de l'Amérique espagnole », en el cual se lee lo siguiente: « Diez de los conspiradores fueron juzgados y con» denados á muerte. Las cabezas de estos desgraciados, conforme á la » sentencia, fueron clavadas en altas perchas á la entrada de la ciudad: » atrocidad inútil que prueba la poca influencia de los cambios políticos » de Venezuela sobre las costumbres, puesto que no había abolido la » práctica de exponer estos repugnantes testimonios de la vindicta pú» blica », pág. 76 de la ed. inglesa y 115-116 de la ed. francesa. — Otro escritor venezolano, Juan Vicente González, en una biografía encomiástica del general venezolano José Félix Ribas, publicada en la « Revista literaria de Caracas », ratifica el hecho, citando á Palacios, y agrega: « En un momento de invencible impaciencia, la revolución castigó á los » autores principales del movimiento de 11 de julio (de 1811) extrava» gante y ridículo. Puso sus cadáveres en una horca, y entristecieron » sus cabezas afrentoso palo en las inmediaciones de la capital ». Véase « Docs. para la hist. del Libertador », núm. 841.

estalló una revolución más formal en Valencia, ciudad importante á inmediaciones de Caracas al norte, fronteriza á Puerto-Cabello, ocupado por los patriotas. Promovida por los españoles reaccionarios, en obediencia á las instrucciones de Cortabarría, proclamó á Fernando VII, y desconoció la autoridad del congreso venezolano. Sus habitantes se armaron en defensa de la religión, según decían, y ocupando las posiciones que la dominan, se atrincheraron en su recinto con impávida resolución. Alarmado el congreso, dió facultades extraordinarias al poder ejecutivo. Un cuerpo de ejército á órdenes del marqués del Toro, salió á sofocar la sublevación. En los primeros encuentros obtuvo algunas ventajas, pero fué al fin rechazado. Nombrado Miranda general en jefe del ejército, avanzó sobre la ciudad rebelada, y le intimó rendición. La contestación fué romper el fuego con cuatro piezas de artillería desde el morro fortificado de la ciudad, ocupado por una división. Reconocida la posición, fué asaltada y tomada por los patriotas, apoderándose de su artillería. Halagado Miranda por este triunfo, penetró á las calles de la ciudad; pero fué rechazado por los valencianos, atrincherados en la plaza mayor. Bolívar mandaba las fuerzas de las tres armas, que sufrieron este rechazo. Miranda hubo de retroceder como su antecesor el marqués del Toro, que también asistió á esta función de guerra.

Reforzado Miranda, volvió á tomar la ofensiva. Procediendo entonces con más prudencia, apoderóse sucesivamente de los barrios exteriores de la ciudad, á pesar de la tenaz resistencia de los enemigos. Reducidos al fin á la plaza mayor y faltos de agua, viéronse obligados á rendirse á discreción. Esta campaña costó al ejército patriota como 800 muertos, sin contar los heridos, que han sido computados en casi doble número, lo que parece exagerado. Miranda no quiso manchar con sangre su victoria. El congreso, abundando en el espíritu generoso del vencedor, dió un indulto que comprendía hasta

los sentenciados á muerte por el tribunal marcial, clemencia que fué generalmente reprobada, y que contrastaba con el exceso de severidad en la conjuración de los Canarios.

Después de este sangriento paréntesis, abrióse el debate constitucional, que fué más laborioso que el de la independencia, aunque menos agitado. Las opiniones estaban divididas, entre federalistas y unionistas; pero la mayoría era decididamente federal. Todos tenían fijas las miradas en el gran modelo de la vecina república del norte de América. El proyecto, redactado por Ustáriz, fué calcado sobre la constitución de los Estados Unidos, y aprobado casi unánimemente. Miranda, ó viendo más claro ó lastimado de que no hubieran sido tomadas en cuenta sus peregrinas ideas de organización constitucional, le negó su voto como diputado, y al pronunciarse contra el sistema federalista á que parece se inclinaba antes al idear una confederación sud-americana, manifestó vagamente, que no la consideraba adaptable á las exigencias de la época, ni al estado social del país. Esta vez tenía razón el gran soñador retrospectivo, que por acción refleja veía más claro en el futuro. Era un código democrático muy adelantado en teoría, con su división de poderes coordinados, que consagraba todos los derechos humanos y afirmaba todas las garantías de la libertad; pero mal calculado para las circunstancias, y en realidad más ideal que revolucionario. Confundiendo el valor de las palabras, sus autores, daban el nombre de confederación á lo que debía ser una federación con arreglo al modelo que copiaban. Declaraban las provincias, soberanas, libres é independientes, en contradicción con su letra. Organizaban un poder ejecutivo de tres miembros, sin unidad de acción ni pensamiento. Era una máquina complicada y frágil, que no podía resistir á la prueba, como sucedió.

Valencia, la ciudad refractaria á la independencia, fué declarada capital de la nueva república.

VI

Un cataclismo de la naturaleza vino á poner fin á esta creación política, y producir una catástrofe, á que concurrieron más ó menos directamente causas de otro orden.

La opinión revolucionaria empezaba á enervarse; la miseria cundía por todo el país; el papel moneda decretado por el congreso y casi desmonetizado, contribuía á fomentar el descontento entre los que viven del estado, y especialmente de los soldados; Cortabarria, con una escuadrilla de seis buques y 1,000 hombres reclutados en Puerto Rico, al mando del brigadier Juan Manuel Cajigal, había reforzado á los realistas que mantenían alzado el pendón del rey al occidente de Venezuela. La reacción cobraba nuevos bríos.

El levantamiento de la Guayana española sobre la margen derecha del Orinoco, era otro peligro que llamaba la atención del nuevo gobierno por la parte del oriente. Una expedición de 1,400 hombres, á cargo del coronel Francisco González Moreno, español de origen, pero decidido por la revolución, logró establecerse en la margen izquierda del río cerca de su embocadura, pero careciendo de buques para dominar las aguas, nada serio podía emprender. Mientras tanto, los realistas, dueños de las plazas de Guayana-Vieja y de Angostura, fortificadas ambas, y de la marina, eficazmente auxiliados por los naturales que excitaban los frailes capuchinos directores de las misiones de aquella región, habían establecido su preponderancia en todo el país. Con estas ventajas, abrieron hostilidades sobre los destacamentos patriotas diseminados en la margen izquierda, y derrotaron sucesivamente tres de ellos, apoderándose de tres cañones de sus baterías (setiembre de

1812). Los coroneles Manuel Villapol y Félix Solá, españoles como González Moreno, acudieron con nuevas tropas en auxilio de éste. Reunidas las tres divisiones amagaron Angostura por agua y por tierra, mientras una expedición de diez y nueve lanchas cañoneras, había logrado penetrar al Orinoco, las que unidas á las que navegaban el río, sumaban un total de veintiocho embarcaciones, se situaron en observación de la plaza. Las fuerzas sutiles de los realistas, superiores en calidad, atacaron con nueve goletas, dos balandras y seis cañoneras á la escuadrilla independiente (25 de marzo de 1812) en la bahía de Sorondo, y después de un combate de dos días, la destrozaron completamente, con pérdida de todos sus buques, 32 piezas de artillería, 200 muertos y 150 heridos y todo su armamento portátil. Desanimado González Moreno y sus compañeros con este contraste, emprendieron la retirada (28 de marzo). Activamente perseguidos, intentaron fortificarse en el pueblo de Maturín, donde los restos de la expedición, abandonada por sus caudillos, se rindieron á discreción.

Al mismo tiempo que estos desastrosos sucesos tenían lugar en el oriente, la reacción avanzaba triunfante por el occidente. Como había sucedido en las secciones insurreccionadas del sud, la lucha tomaba el carácter de una guerra civil alimentada por los mismos elementos del país. Las autoridades oficiales de la colonia y las tropas regladas de que disponían, no podían contrarrestar el impetuoso movimiento revolucionario. De aquí la necesidad de buscar el punto de apoyo en la opinión y de reclutar los combatientes en la masa de la población, revolucionada en un sentido ó en otro. La reacción era una contrarrevolución con los mismos hombres y los mismos medios. Localizada la reacción española en la Guayana, en Coro y Maracaibo, sus habitantes se decidieron con verdadero fanatismo por la causa del rey, y aparecieron nuevos caudillos, que como en Concepción de Chile y en el Alto

y Bajo Perú; se pusieron á su frente, disciplinándolos y conduciéndolos al campo de batalla. Estos elementos, que así movidos, robustecieron en un principio la reacción realista, al revelar las fuerzas propias que el país poseía, debían servir más tarde para engrosar y dar su temple á los ejércitos independientes, cuando se pusieran á su servicio. De este modo, hasta la misma reacción contribuía á desarrollar las fuerzas revolucionarias, en el hecho de ponerlas en actividad en nombre de la autoridad que las había mantenido comprimidas hasta entonces. En Venezuela se produjo este mismo fenómeno, y debía dar el mismo resultado, como sucede toda vez que una guerra se convierte en planta indígena, sujeta á las influencias atmosféricas del medio en que se desarrolla.

Inmovilizada la guerra en el occidente, después del rechazo del ejército de la junta en Coro, y de una expedición marítima de los realistas frustrada sobre las costas de Cumaná, resolvió Miyares hacer una incursión al interior del país. Al efecto, alistó una columna de infantería de 230 hombres con 500 fusiles, 10,000 cartuchos y un obús, y confió su mando al capitán de fragata Domingo Monteverde, natural de las islas Canarias, que había militado con alguna distinción en la armada española, y se hallaba á la sazón de guarnición en Coro. Esta pequeña fuerza y este nuevo caudillo, variando las condiciones de la lucha, daría en tierra con la nueva república de Venezuela. Monteverde, eficazmente auxiliado por la propaganda de los curas, avanzó resueltamente hacia la frontera meridional de la insurrección, sublevó todo el país desde Coro hasta Barquisimeto, y batió una división patriota de 700 hombres en Carora, tomándole 90 prisioneros, 7 piezas de artillería, y lo que más necesitaba, fusiles y municiones. El pueblo de Carora fué entregado á saco y muertos varios patriotas sin forma de juicio (marzo de 1812). La guerra á muerte empezaba.

El 26 de marzo de 1813, día que correspondía al jueves santo, conmemorativo de la revolución, y en la misma fecha en que la escuadrilla independiente era anonadada en el Orinoco, un gran trueno que salía de las profundidades de la tierra, hizo estremecer toda la región de la sierra de Mérida. Eran las 4 y 7 minutos de la tarde. El cielo estaba sereno y una luz resplandeciente bañaba el horizonte. Á esa hora el suelo empezó á oscilar de norte á sud y de este á oeste, con violentas sacudidas. En menos de un minuto, el espantoso terremoto arruinó las ciudades de Mérida, Barquisimeto, San Felipe, la Guayra y Caracas, sepultando bajo sus escombros cerca de 20,000 almas. En la capital pereció casi toda su guarnición. En Barquisimeto, quedó enterrada con sus depósitos de armamento, la mayor parte de una división de 1,000 hombres que había salido á contener el avance de Monteverde. Bajo estas ruinas quedaría también sepultada la primera república de Venezuela.

VII

Esta catástrofe, acompañada de tan severas derrotas, infundió el pavor en las almas de las poblaciones y desanimó á los independientes. La circunstancia de haberse hecho sentir el terremoto tan solo en el territorio ocupado por la revolución, y de no sufrir nada las provincias de Coro, Maracaibo y Guayana, fieles al rey, fué explotada por el clero, propicio á la reacción, predicando que era un castigo del cielo contra los impíos y los rebeldes. El viento de la opinión comenzó á soplar del lado de la reacción. Monteverde extrajo de las ruinas de Barquisimeto, siete cañones, fusiles y municiones y armó la población sublevada, con lo que elevó su fuerza hasta el número de 1,000 hombres. Una fuerte columna de 1,300

reclutas, á órdenes del comandante Miguel Ustáriz, salió á su encuentro en el pueblo de San José, al norte de San Carlos. En medio de la pelea que se trabó, un escuadrón se pasó á los realistas. Los independientes fueron hechos pedazos (abril 25). Monteverde se apoderó de dos piezas de artillería y quinientos fusiles, reforzándose con 300 hombres más. Los rendidos fueron pasados á cuchillo, y el pueblo de San Carlos entregado al saqueo y á las llamas. Desde este punto destacó á su segundo el coronel Eusebio Antoñanzas, soldado grosero y tan cruel como él, á fin de sublevar los llanos de Caracas. Los pueblos de Mérida y Trujillo situados en la cordillera, se pronunciaron por el rey, asegurando su flanco derecho. Las poblaciones y los soldados desertaban en todas partes de las banderas de la independencia. Monteverde, impelido y llamado por los pueblos, avanzaba sobre Valencia, adonde el congreso y el poder ejecutivo habían trasladado su residencia después de sancionada la constitución. Á los cuarenta y cinco días de su salida de Coro (el 3 de abril de 1812) entraba Monteverde triunfante y sin oposición á la capital federal de Venezuela, victoreado como un pacificador y un libertador.

En tan crítica situación, nombróse á Miranda dictador, con el título de generalísimo de mar y tierra, delegando en él todas las facultades necesarias para salvar la patria (26 de abril). El gobierno federal se estableció en Victoria, entre Caracas y Valencia. Miranda comprendiendo la necesidad de sostener á Valencia como base de operaciones, para cubrir el flanco izquierdo de la importante plaza fuerte de Puerto-Cabello, al tiempo de ponerse en campaña desde Caracas, ordenó al gobernador de Valencia, que lo era el comandante Ustáriz, — antes derrotado en San Carlos,—que lo hacía responsable con su cabeza de la defensa de la capital. Al recibir esta orden, Ustáriz, desalentado por los reveses y las defecciones en masa, habíase retirado al simple amago de la invasión,

haciendo abandono de los depósitos militares que custodiaba (30 de abril). Obligado á reaccionar á impulsos del deber militar, atacó á Monteverde en Valencia, una hora después de su entrada; pero otra vez fué completamente batido.

Miranda avanzó con su ejército hasta las inmediaciones de Valencia, y situóse en Guácara, al oriente del lago á cuyas orillas se levanta aquella ciudad. Sus fuerzas se componían de dos batallones de línea, siete de milicias regladas, dos escuadrones de caballería, y algunas compañías sueltas de estas dos armas con 10 piezas de artillería, que con los restos de la división de Ustáriz que se le incorporaron, alcanzaba á cerca de 4,000 hombres. Confiado en la superioridad númerica, el generalísimo adelantó hasto Guayos, á cinco kilómetros de Valencia, un destacamento de 500 hombres. El enemigo salió á su encuentro. Trabado el combate, una compañía patriota se pasó en masa á los realistas, y decidió la victoria en favor de éstos. Descorazonado Miranda por este contraste, y con poca confianza en la lealtad de sus tropas, levantó su campo, y se replegó á la parte meridional del lago, donde éste y una serranía que corre al oriente, forman una estrechura fácil de defender llamada La Cabrera. En esta posición se fortificó el prudente general. Abrió fosos, clavó estacadas, estableció baterías y organizó en el lago una flotilla para mantener las comunicaciones de su campo atrincherado. Este sistema de inerte defensiva, que dejaba á Monteverde la libertad de sus movimientos, y nada prometía, empezó á minar el crédito del dictador en quien todos tenían cifradas sus esperanzas. Nadie reconocía en él al famoso guerrero de la república francesa, en Valmy y Jemmapes, cuyo nombre estaba inscripto en el arco de triunfo de La Estrella, y el general irresoluto de Maestrich y Nerwinde volvía á aparecer en nuevo teatro. Para dar mayor vigor á su autoridad, hízose investir por medio de una junta de notables, de las facultades políticas y milita-

res de un dictador, anulando todos los poderes públicos existentes. Publicó la ley marcial (mayo 20); ordenó que todos los ciudadanos en estado de llevarlas tomasen las armas; llamó al servicio á los esclavos, emancipando á los que se presentasen, medidas tardías é impolíticas, que produjeron más mal que bien.

Mientras tanto, la expedición de Antoñanzas á los llanos de oriente, había triunfado completamente. La villa de Calabozo fué tomada á viva fuerza, pereciendo en ella todos sus defensores. Unido Antoñanzas á un español llamado José Tomás Boves, destinado á alcanzar terrible celebridad, atacó á San Juan-de-los-Morros, pasó á cuchillo su guarnición, y hasta los ancianos, las mujeres y los niños fueron sacrificados (16). La guerra á muerte recrudecía. Alentado Monteverde por estos triunfos, por el pronunciamiento en favor del rey de la importante provincia de Barinas, que resguardaba su espalda, y sobre todo por la inacción de su contendor, atacó de frente por dos veces consecutivas las líneas atrincheradas de los patriotas; pero fué rechazado en ambas con pérdidas considerables (19 y 26 de mayo). No se desanimó empero el jefe español. Reforzado con tropas y municiones enviadas desde Coro, intentó un tercer ataque, en que nuevamente fué re-

---

(16) El intendente del ejército español en Venezuela, Domingo Díaz, en sus « Recuerdos sobre la revolución de Caracas », refutando una carta de Bolívar al gobernador inglés de Curaçao de setiembre de 1813, en la parte que se refiere á « incendios, saqueos y atropellos á las mujeres » dice : « Si Calabozo y San Juan-de-los-Morros fueron tratados por la » división de don Eusebio Antoñanzas con todo el rigor de la guerra, » deben quejarse á los que causaron su desgracia. Sería cosa graciosísima » exigir que fuesen tratados como hermanos esos dos pueblos, en » cuyas calles los rebeldes se defendieron con obstinación y temeridad. » Aun en la guerra legítima, hay ciertos casos en que la suerte de los pue- » blos queda por derecho de ella sujeta á la voluntad del vencedor », pág. 128. — Torrente, que repite á Díaz, en su « Hist. de la Revol. H. A. », excusa mencionar la campaña de Antoñanzas, apartando los ojos de esta página de horror.

chazado (junio 12). No desistió por esto de su empeño. Concibió la idea de flanquear las posiciones fortificadas que cerraban las avenidas de los valles de Aragua, por la parte meridional del lago, llevando el ataque por sendas extraviadas. El éxito coronó su audacia. Sorprendidos dos destacamentos que guarnecían la línea por el flanco, y ocupadas por los realistas las alturas de Maracay, Miranda, con un ejército superior en número, emprendió precipitadamente la retirada en la noche, incendiando sus depósitos de víveres y aun de municiones (17 de junio). Este movimiento retrógrado, que revelaba timidez, fué severamente criticado y aumentó el descrédito del generalísimo. Vióse claramente que en su cabeza no había inspiraciones salvadoras, ni en su alma la suficiente energía para infundirla á las tropas republicanas, tan desmayadas ya por las calamidades públicas y los repetidos contrastes.

Miranda se situó con su ejército en Victoria, cubriendo á Caracas. Hacía tres días que ocupaba esta posición, cuando inopinadamente fué atacada su línea de guardias avanzadas por algunas compañías dirigidas por Monteverde en persona. Los dispersos introdujeron la confusión en su campamento. Pero el generalísimo con gran valor y sangre fría, restableció el orden y repelió el ataque, obligando al enemigo á retirarse en desorden. Monteverde, débilmente perseguido, reunióse al grueso de sus fuerzas, que alcanzaban á 3,100 hombres; volvió caras, y se hizo fuerte en el Cerro-grande frente á Victoria. Miranda, persistiendo en su sistema defensivo, se encerró en Victoria, fortificando sus calles con trincheras y 28 piezas de artillería. Reforzado Monteverde con la división de Antoñanzas, que regresaba de los llanos, triunfante y manchada de sangre, emprendió un segundo y formal ataque sobre la ciudad fortificada. El resultado fué un rechazo completo, después de un día entero de pelea, en que los realistas sufrieron considerables pérdidas, agotando todas sus municiones

(29 de junio). Si Miranda hubiera sabido aprovecharse de esta ventaja, habría concluido quizás con el ejército realista. Tan debilitado quedó éste, que en una junta de guerra se resolvió la inmediata retirada á Valencia. Un consejero del jefe español, le persuadió á que aguardase tres días. Transcurridos los tres días, la revolución de Venezuela estaba perdida.

VIII

El 24 de junio (1812) estalló en los valles al sud-este de Caracas una insurrección general de los esclavos, promovida por las armas españolas, que antes de entregarlos libres para el servicio de la república, según el decreto dictatorial de Miranda, preferían ponerles las armas en la mano para que combatiesen contra ella. — La reacción continuaba desenvolviendo las fuerzas revolucionarias que debían volverse contra ella. — Los negros, entregados á sus instintos y sin dirección, cometieron todo genero de excesos; asaltaron varios pueblos, cebándose en la población blanca, y llegaron hasta la misma ciudad de Caracas indefensa, viéndose Miranda obligado á desprender algunas fuerzas para protegerla. Pocos días después (30 de junio) el pabellón español flotaba en las murallas de Puerto-Cabello, depósito de los elementos de guerra de la república. La custodia de esta importante plaza, había sido confiada al coronel Bolívar. Existía allí un número considerable de prisioneros españoles, los que, aprovechándose de una ausencia de Bolívar, sublevaron la guarnición de la ciudadela y se hicieron dueños de ella. El jefe de la plaza, con el resto de la guarnición acantonada en la ciudad, hizo varios esfuerzos por someter á los sublevados. Sus guardias avanzadas se pasaban en masa al enemigo. Á los tres días

(4 de julio), supo que Monteverde marchaba en sostén de la sublevación. Desprendió á su encuentro los últimos 200 hombres que le quedaban, los que fueron completamente batidos, regresando á la plaza tan sólo un jefe con 7 soldados. Bolívar tenía aún 40 hombres, que al saber este contraste lo abandonaron. Para salvar su vida, vióse obligado á embarcarse en compañía de 7 oficiales, y se dirigió á la Guayra. Desde Caracas, escribió al generalísimo dándole cuenta de este desastre: « Lleno de vergüenza, después de haber ago-
» tado todas mis fuerzas físicas y morales, ¿ con qué valor
» me atrevería á escribirle habiéndose perdido en mis manos
» la plaza de Puerto-Cabello ? Mi corazón está destrozado, y
» mi espíritu se halla de tal modo abatido, que no me hallo
» en ánimo de mandar un solo soldado. Ruego se me destine
» á obedecer al más ínfimo oficial, ó se me den algunos días
» para recobrar la serenidad que he perdido. — Después de
» haber perdido la primera plaza del estado ¿cómo no he de
» estar alocado ? De gracia, no me obligue á verle la cara !
» No soy culpable, pero soy desgraciado, y basta » (17). Al recibir esta infausta nueva, Miranda exclamó : « Venezuela
» está herida en el corazón ! »

Todo el occidente y los llanos de Venezuela estaban ocupados por las armas realistas, y al oriente, dominaban ambas márgenes del Orinoco, lo mismo que todas las costas marítimas. La insurrección de los negros esclavos, había avanzado á sangre y fuego, y amenazaba á Caracas con el exterminio. La opinión herida de pavor por la catástrofe del terremoto ó quebrada por los contrastes y la miseria, era una fuerza inerte contraria á la revolución. Apenas si un tercio del territorio quedaba á los independientes. En tan angustiosa situación,

(17) Ofi. y carta de Bolívar á Miranda de 12 de julio de 1812. Véase Rojas : « El General Miranda », pág. 646 y sig.

la pérdida de Puerto-Cabello, fué un golpe mortal. Si bien el ejército constaba de más de 5,000 hombres, una gran parte eran reclutas forzados, y la otra, gente acobardada, que desertaba diariamente en grupos al enemigo. El general no tenía confianza en sus tropas, ni sus subordinados en él. El desaliento ó la irritación era general. Todos acusaban á Miranda de ser el causante de las calamidades que sufrían, y algunos le llamaban traidor. El dictador desesperó de la causa de la república, y aconsejado por una junta de gobierno que convocó en su cuartel general, resolvió abrir negociaciones pacíficas con el enemigo.

Á fin de obtener mejores condiciones, Miranda llevó un ataque parcial sobre la línea avanzada del enemigo, y consiguió sorprender y derrotar algunas grandes guardias. En seguida propuso una suspensión de hostilidades para tratar de la pacificación. Monteverde aceptó, pero bajo la condición de que las tropas reales pudiesen continuar avanzando hasta Caracas. Miranda formuló nuevas proposiciones, autorizando á sus comisionados á firmar una capitulación que garantiese la libertad y las propiedades de los comprometidos en la revolución. Algunos oficiales del ejército, intentaron promover una protesta contra esta política que tachaban de cobarde. Propalaron que debía deponerse al generalísimo para emprender la guerra con vigor. Con seis mil hombres podía y debía atacarse al enemigo. La victoria salvaba la situación. En la derrota no se perdía más que lo que iba á perderse por la capitulación, que era la sumisión sin gloria y sin garantías. Los que así razonaban sobre una base numérica. sin tomar en cuenta las fuerzas morales, que era el factor que dominaba la situación, ó eran excepciones de la desmoralización colectiva ó se daban el aire de héroes á poca costa, con la conciencia de que todo estaba perdido, y que sus proclamas no encontrarían ecos. El generalísimo, que no había tenido inspiraciones para salvar una situación fatalmente

perdida, por complicaciones extraordinarias de que la historia presenta raros ejemplos, y que, aun habiéndolas tenido, probablemente no habría encontrado entusiasmo y brazos fuertes para ejecutarlas, tuvo la fortaleza de la tremenda misión que había aceptado. Fácil le fué al dictador dominar esta agitación facticia de última hora, imponiendo á todos la paz, que era lo que todos querían. Hay días nefastos en la vida de los pueblos, en que, ni aun fuerzas tienen para el sacrificio, cuando el sacrificio es preferible á la sumisión. Entonces eligen una víctima expiatoria á quien atribuir la cobardía de la colectividad impotente para pelear ó para morir. Venezuela pasaba por esos días, y necesitaba pasar por la dolorosa prueba de soportar el duro yugo de la reacción triunfante, para formar su conciencia, rehacer sus fuerzas y triunfar en la batalla por su independencia. La capitulación, con ser una triste derrota, haría más por ella que una victoria pasajera, que nada habría consolidado en la situación por que pasaba Venezuela en aquellos días.

Los comisionados del dictador, ajustaron con Monteverde una capitulación, sobre la base de la entrega del territorio independiente y de todo el material de guerra de la república; la seguridad para las personas y los bienes de los habitantes en el territorio no reconquistado; la concesión de pasaportes á los que quisiesen abandonar el país, y una amnistía general por opiniones políticas, poniéndose en libertad á todos los prisioneros de guerra de una y otra parte. Monteverde concedió cuarenta y ocho horas para aceptar ó denegar estas capitulaciones. Miranda no se atrevió á ratificarlas, y procuró modificarlas, pero al fin, tuvo que autorizar á sus comisionados á pasar por todo. El hecho quedó consumado, con la denominación de capitulaciones de San Mateo con que han pasado á la historia. Desde este momento, el dictador sólo se ocupó en proveer á la seguridad de la emigración de los patriotas, que era la consecuencia de un arreglo que no tenía

más garantía que el beneplácito del vencedor reconocido. Al efecto, mandó cerrar el puerto de la Guayra, para impedir la salida de los buques neutrales, que era el último refugio, y se trasladó á Caracas, para cumplir de buena fe el compromiso de la entrega pacífica de la ciudad, dejando órdenes para la evacuación de Victoria. El ejército que la ocupaba, una parte se pasó en masa al enemigo, y el resto se dispersó en la marcha hacia Caracas.

IX

El 30 de julio entraba Monteverde triunfante á Caracas, y rompía de hecho la capitulación, imponiendo la dura ley del vencedor, sin condiciones y sin misericordia. En el mismo día, era entregado á sus verdugos y consagrado al martirio por la mano de sus adeptos, el precursor de la emancipación del nuevo mundo meridional, y entre ellos, por el que debía coronar su obra, libertando toda la región equinoccial de la América del Sud.

Era comandante militar de la Guayra el coronel Manuel María Casas, y jefe político el doctor Miguel Peña, elegidos ambos por Miranda como patriotas probados, para asegurar la salvación de los comprometidos en la revolución. Abrumado de penas y fatigas, llegó Miranda á la Guayra, el 30 de julio á las 7 de la noche, y se hospedó en la casa del comandante. El capitán Haynes del buque inglés *Záfiro*, que había ofrecido á Miranda recibirlo á su bordo, donde tenía ya su equipaje, invitóle para que se embarcase esa misma noche, porque deseaba dar la vela antes que se levantara la brisa de tierra en la madrugada. Casas, Peña y Bolívar, que tenían su plan, dijeron que el general estaba muy fatigado para embarcarse, que la brisa no se levantaría antes de las 10 de la ma-

ñana, y lo persuadieron á que se quedase á dormir en tierra. El capitán inglés se retiró con un triste presentimiento, según lo manifestó después. Los cuatro camaradas sentáronse en seguida á la mesa, y juntos rompieron el pan de la hospitalidad. Después de la cena, que fué triste, y en que sólo Bolívar habló provocando explicaciones sobre la capitulación, que Miranda esquivó, retiróse éste á dormir en una cama preparada por su huésped, quien había tenido la precaución de elegir un aposento cuya puerta no podía cerrarse por dentro.

Mientras Miranda descansaba en el lecho preparado por la traición de sus amigos, reuniéronse Casas, Peña y Bolívar con los coroneles José Mires, Manuel Cortés y Juan Paz del Castillo, — el mismo que sirviera después en el ejército de los Andes, — y los comandantes Tomás Montilla, Rafael Chatillón (francés), Miguel Carabaño, Rafael Castillo, José Londaeta y Juan José Valdés. Constituídos por sí y ante sí en una especie de tribunal secreto, tomaron en consideración la conducta política y militar del desgraciado ex-dictador. Fué unánimemente condenado como autor de las desgracias sucedidas. Haciéndose eco de los calumniosos rumores que corrían, propalados tal vez por ellos mismos, que le atribuían haber recibido dinero de los españoles como precio de la capitulación, y hecho embarcar con anticipación tesoros usurpados, acordaron que debía detenérsele para dar cuenta de su conducta á sus compañeros y sincerarse ante ellos. Dijeron: que si pensaba que la capitulación había de ser cumplida, no debía anticipar su salida, y si no creía en ella, debía correr la suerte de todos, y que en ambos casos, su persona era una garantía del cumplimiento de lo capitulado. Bolívar, votó por la muerte de Miranda como traidor á la independencia, por haber tratado con los españoles. Quedó resuelto en definitiva, reducir á prisión á Miranda. Peña y Casas firmaron la orden como autoridades del punto. Bolívar en compañía de Mon-

tilla y Chatillón, encargóse de ejecutarla personalmente. No se atrevían á prenderlo á la luz del día, porque el ex-dictador aun contaba con amigos fieles, y sus antecedentes históricos y su desgracia, escudaban su persona, sagrada para todo americano. Por eso lo hacían cubiertos por las sombras de la noche. Á las 4 de la mañana Bolívar empujó la puerta del aposento en que dormía profundamente el anciano general, bajo la fe de la amistad. Apoderóse de su espada y sus pistolas, y lo despertó bruscamente. « No es muy temprano? » preguntó la víctima. Pero al recibir la orden de levantarse y seguirlos, comprendió que había sido traicionado por los suyos. No dijo una palabra y siguió resignado á sus carceleros, quienes lo condujeron al castillo de San Carlos. Mires se encargó de su custodia. Peña fué á dar cuenta del hecho á Monteverde, portador de comunicaciones de Casas, para congraciarse con el vencedor.

Al día siguiente, el puerto de la Guayra estaba cerrado por orden de Monteverde, y Casas cañoneaba desde sus fuertes á las embarcaciones cargadas de emigrados que intentaron hacerse á la vela á favor de la brisa matinal, echando á pique una goleta, en que se dice perecieron algunos. Tres días después (2 de agosto), el jefe español, dueño de Caracas, expedía una proclama en que ratificaba la amnistía, al mismo tiempo que encerraba en un calabozo á los mismos que habían prendido á Miranda, menos á Casas y Peñas, y á Bolívar que se ocultó. Sucesivamente, todos los comprometidos en la revolución que habían confiado en las falaces promesas de Monteverde corrían la misma suerte. La capitulación fué rota, imponiéndose la dura ley del vencedor, brutalmente y sin atenuaciones. Formáronse arbitrariamente listas de sospechosos ; los bienes de los proscriptos fueron embargados ; los domicilios violentamente violados ; las cárceles se llenaron de presos, hasta el número de mil y quinientos ciudadanos, muriendo algunos de ellos, hacinados y atormenta-

dos en los calabozos. La persecución iba acompañada por el escarnio y la rapiña. Los presos eran despojados de su dinero y alhajas, que se repartían los captores, y conducidos por las calles en bestias de albarda atados de pies y manos. Los Canarios, que tenían sangre que vengar, eran los agentes de estas persecuciones, constituídos en asociación espontánea con el título de « fieles servidores de Fernando VII ».

Miranda, trasladado á los calabozos de Puerto-Cabello, fué sometido á los más duros tratamientos, cargado de cadenas, insultado y atormentado por sus carceleros. Desde el fondo de su prisión, oyó por la última vez la América la voz del precursor de su redención. Con motivo de la reinstalación de la real Audiencia de Caracas, el pueblo concibió alguna esperanza de caridad, ya que no de justicia. El desgraciado cautivo, se hizo el eco de estas esperanzas, en un memorial que dirigió al supremo tribunal, abogando valientemente á costa de su propia seguridad, por la suerte de sus compatriotas perseguidos. Nada pidió para sí, de nadie se quejó, ni siquiera hizo la más remota alusión á su prisión ejecutada por sus mismos amigos. « He guardado el silencio más profundo, » decía, sepultado en estrecha y oscura prisión y oprimido » con grillos : he visto correr la propia suerte á un número » considerable de personas de todas clases y condiciones, y » ante mis propios ojos se han representado las escenas más » trágicas y funestas. Con inalterable sufrimiento he sofo- » cado los sentimientos de mi espíritu. Estoy ya convencido » de que por un efecto lamentable de la más notoria in- » fracción, los pueblos de Venezuela gimen bajo el yugo de » las más pesadas cadenas. Parece es tiempo ya de que por » el honor de la nación española, por la salud de estas pro- » vincias y por el crédito y responsabilidad que en ellas » tengo empeñados, tome la pluma en el único momento » que se me ha permitido para reclamar ante la supe-

» rior judicatura del país estos sagrados incontestables de-
» rechos ».

Después de hacer Miranda una exposición de su conducta como generalísimo y dictador y de los móviles que le impulsaron á ajustar la paz, bosqueja con colores sombríos el cuadro del terrorismo implantado por Monteverde, que acentúa con estas palabras: « Yo vi entonces repetirse con es-
» panto en Venezuela las mismas escenas de que mis ojos
» fueron testigos en la Francia ». Y recordando que estos escándalos se perpetraban al mismo tiempo que se promulgaba la constitución española, sancionada por las Cortes de Cádiz, que debía ser « iris de paz, áncora de libertad y escudo para todos », preguntaba con reconcentrada pasión y dolor al supremo tribunal á quien se dirigía : « ¿El interés de la
» península es por ventura sembrar en la América y la me
» trópoli las ruinas de un odio eterno y de una perpetua irre-
» conciliación? ¿Es acaso la destrucción de los naturales del
» país, de sus hogares, familias y propiedades? ¿Es á lo
» menos obligarlos á vivir encorvados bajo de un yugo mu-
» cho más pesado que el que arrastraban en tiempo del fa-
» vorito Godoy? ¿Es por último, que esta augusta, esta
» santa constitución sea un lazo tendido para encerrar á la
» buena fe y á la lealtad? » — Él mismo se contestaba : « La
» representación nacional de España ha invitado con la paz
» á la América. Caracas, después de haberla estipulado, es
» tratada como una plaza tomada por asalto en aquellos tiem-
» pos bárbaros en que no se respetaba el derecho de gentes.
» Venezuela es declarada de hecho proscripta de las leyes
» constitutivas y condenada á una degradación civil y abso-
» luta, y lejos de disfrutar la igualdad que se le ofrece, es
» casi tenido por delito el haber nacido en este continente ».
— Y terminaba : « La capitulación ha sido pública y eviden-
» temente violada. La constitución ha sido infringida en uno
» de sus principales fundamentos: la suerte de los ciudada-

» nos no está asegurada, y expuesta á todos los desastres
» que dictan las pasiones tumultuarias, el estado actual de
» estas provincias es la consecuencia de unos principios tan
» viciosos y opresores. — Yo reclamo el imperio de la ley;
» invoco el juicio imparcial del mundo entero; dirijo por la
» primera vez mis clamores en defensa de los habitantes de
» Venezuela para que no se les trate como criminales. —
» Así lo exige de seguro mi propio honor, lo enseña la
» sabia política, lo prescribe la moral y lo dicta la ra-
» zón » (18).

Este precursor de la emancipación de la América del Sud que así hablaba por la última vez, que tuvo la primitiva visión de los destinos del nuevo mundo republicano, y había sido entregado á sus verdugos por el adepto que debía realizar el pensamiento del Maestro, fué trasportado á Cádiz, donde pasó tres años de doloroso cautiverio, y murió, solo y desnudo en la más triste miseria en las mazmorras de las Cuatro-Torres, el 14 de julio de 1816, á la una y cinco minutos de la mañana, en vísperas del triunfo de la independencia americana, que soñó en vida. Su cadáver, envuelto por la inmunda ropa de cama en que expiró, fué sepultado en el fango de uno de los islotes de la Carraca de la playa gaditana, que la marea cubre ó abandona todos los días. *Gloria victus victor!*

Mientras las persecuciones contra las que reclamaba Miranda afligían á Venezuela, Bolívar permanecía oculto en Caracas, según antes se apuntó. En tal situación, solicitó por intermedio de un español amigo suyo y de Monteverde (19),

(18) Memorial dirigido por el general Francisco Miranda á la Audiencia de Caracas, de 8 de marzo de 1813, pub. en « El Repertorio Americano » de Londres en 1827, t. IV, pág. 264 y sig.

(19) Llamábase Francisco Iturbe. Parece también que debido á él sus propiedades no fueron secuestradas por entonces, aunque lo fueran poco

un salvo conducto para ausentarse del país, acogiéndose así á la capitulación violada, que había calificado de traición. Su protector, lo presentó á Monteverde: — « Aquí está don » Simón Bolívar por quien he ofrecido mi garantía. Si á él le » toca alguna pena, yo la sufro ». — Monteverde contestó: « Está bien ». Y volviéndose á su secretario: — « Se con- » cede pasaporte al señor (mirando á Bolívar), en recom- » pensa del servicio que ha prestado al rey con la prisión de » Miranda » (26 de agosto). Era la marca de fuego puesta por la mano brutal del vencedor. — Según uno de sus biógrafos, Bolívar repuso que « había preso á Miranda para castigar á un traidor y no por servir al rey », palabras que no tienen sentido, pues si Miranda hubiese sido traidor, habría merecido favores y no martirios de parte de los verdugos á quien él contribuyó á entregarlo. Sea que las pronunciase ó no en aquella ocasión, la única interpretación que pueden dársele, es la que el mismo Bolívar ha dado, al sostener hasta el fin de sus días, — confidencialmente, — que su ánimo había sido fusilar á Miranda en la mañana siguiente, y no el

---

después. En una carta que le escribió Bolívar desde Curaçao con fecha 10 de setiembre de 1812, le pide le envíe fondos por cuenta de sus bienes en Venezuela, y declinando toda solidaridad con el gobierno republicano caído, protesta que no toma ninguna parte en la política. « Amigos » como V. no los hay en el mundo. Si mi amigo Ascanio no tiene el » manejo de mis bienes, ruego á V. se sirva obtener por cualquier medio » algún dinero, y se sirva mandármelo con la precaución posible. — Sin » tener nada que hacer con Miranda ni con el antiguo gobierno, yo pago » sus deudas. Paciencia! — Si por allá llegaran algunos chismes contra » mi conducta política ó contras mis procedimientos, puede combatirlos » con la seguridad de que son falsos. Esta advertencia la hago, porque » aquí hay muchos malquerientes de los hijos de Caracas que desean ob- » tener favor del gobierno con delaciones ». (Cartas del Libertador, t. XXIX de las « Memorias de O'Leary », pág. 14). Posteriormente Bolívar, en agradecimiento á los servicios de Iturbe, interpuso su valimiento ante el congreso de Colombia, á fin de que fuese exceptuado en su persona y bienes, de las penas decretadas contra los españoles.

entregarlo á sus enemigos, y que sin la oposición de Casas, lo habria ejecutado (20). La defensa es tan siniestra como tremenda la acusación. Los más grandes admiradores de Bolívar, — incluso sus panegiristas, — jamás han pretendido excusar el hecho, que ha quedado como una sombra sobre la frente del libertador, que todas las luces de gloria no han podido disipar (21).

---

(20) Nos fundamos para poner en duda estas palabras, que le atribuye su panegerista Larrazábal, en un oficio que el mismo Bolívar dirigió al gobernador de Venezuela, que los bienes de D. Francisco Iturbe, pasasen exceptuados de la confiscación, en mérito del servicio que le prestara, obteniendo un salvo conducto. En él, al referirse á la entrevista con Monteverde, pone únicamente las palabras que damos como ciertas en el texto, y dice : « No pude evitar la infausta suerte de ser presentado á un tirano ». Nada dice de la réplica, que le haría honor, y que no habría omitido, á ser cierta, quien no pecaba de modesto.

(21) Para la crónica de este capítulo nos hemos guiado por los tres historiadores fundamentales de la revolución de Venezuela : Montenegro, Baralt y Diaz, y Restrepo, comparándolos entre sí, y con otros autores, pero consultando el texto de los documentos originales, que en su lugar se citan. Respecto al episodio de la prisión de Miranda, todos están contestes en cuanto á sus detalles y consecuencias, así como á la actitud de Bolívar antes y después de esta emergencia, sin excluir á sus panegiristas, y entre ellos, el más ciego de todos, Larrazábal, en su « Correspondencia general de Bolivar », t. I, pág. 120 y sig. que confirma las versiones de Montenegro, « Geografía » etc., t. IV, pág. 123 y sig., escritor imparcial, que como miembro de la Audiencia en esa época, merece entera fe ; de Baralt y Díaz, admirador de Bolívar , en su « Resumen de la historia de Venezuela », t. I, pág. 102 y sig. ; y por último, del amigo entusiasta y ministro de Bolívar, Restrepo en su « Hist. de la Revol. de Colombia », t. II pág. 87 y sig., que procurando atenuar el hecho, es el que más lo condena. Restrepo es quien dice : « Rechacemos la idea de que pudieran » meditar Bolivar y los que prendieron á Miranda) entregarlo á los es» pañoles, dejándole encerrado en el castillo (de la Guayra) ó que pensa» ron seriamente en castigarlo de muerte. Sin embargo, Bolivar, uno » de los más empeñados en esta prisión, decía hasta la última época de su » vida, que el proyecto había sido imponer á Miranda al siguente día la » pena capital, como traidor á la independencia, ejecución que impidiera » el coronel Casas ». En cuanto á la entrevista de Bolivar con Monteverde, es tomada literalmente de su mismo panegirista Larrazábal, doc. cit. Hemos citado á Ducoudray-Holstein, cuyas « Memoirs », etc., están escritas en un sentido desfavorable á Bolívar, y deben por lo tanto tomarse

Así nació y sucumbió Venezuela, acabó Miranda y apareció Bolívar.

---

con cautela, pero ha sido simplemente para consignar un dato incidental, que se refiere al capitán inglés Haynes, de quien dice el autor haberlo tomado, y que el mismo Larrazábal acepta. — El mismo Bolívar en su « Exposición á las naciones del mundo », inserta en « Vida pública del Libertador », etc., t. I, pág. 61 y sig., de 20 de setiembre de 1813, al hacer la historia de la caída de Venezuela, no hace alusión á la prisión de Miranda, y por el contrario se apoya en la capitulación para atacar á Monteverde, que justifica por las circunstancias, diciendo que fué ajustada « con el jefe de una nación civilizada de la Europa, que ha hecho » siempre alarde de buena fe ». También hemos tenido presente la « Defensa documentada » de los descendientes de Casas, inserta en « Docs. para la Hist. del Libertador ». t. III, pág. 14 y sig.. en que refutando á Montenegro, Baralt y Díaz y Restrepo, y al mismo Bolívar, trata de probar con testimonios contemporáneos, que Bolívar fué el principal instigador de la prisión de Miranda, y que si el fusilamiento no se ejecutó, fué por la oposición de Casas. — Todos los historiadores, sin excepción alguna, están contestes sobre este punto, que es una sombra en la vida de Bolívar.

CAPÍTULO XXXVII

REVOLUCIÓN DE NUEVA GRANADA Y QUITO

AÑOS 1809-1813

Marcha regular de la revolución sud-americana. — Centros regionales de insurrección. — Las dos hegemonias emancipadoras de la América del Sud. — Primera revolución de Quito. — Sus enlaces con la revolución de Nueva Granada. — Revoluciones de Cartagena, Casanare, Pamplona y del Socorro. — Carácter complicado de la revolución neo-granadina. — Revolución de Santa Fe de Bogotá. — Anarquía política. — Federalistas y unionistas. — Constitución republicano-monárquica de Cundinamarca. — Reaparición de Nariño. — Revolución interna de Santa Fe. — Nariño dictador de Cundinamarca. — Acta de federación de las provincias de Nueva Granada. — Cartagena y Santa Marta declaran su independencia de la metrópoli. — El federalismo y unitarismo conspiran contra la organización nacional. — El congreso federal se traslada á Mariquita. — Sombra de gobierno parlamentario. — Geografía de la reacción realista en Nueva Granada. — Guerra entre Cartagena y Santa Marta. — La reacción en el istmo de Panamá. — La reacción al sud de Nueva Granada. — Primer triunfo de la insurrección en Palacé. — Derrota de Tacón. — La guerra de Popayán contra Pasto y Patía. — Nueva revolución de Quito. — La guerra en Quito. — Quito declara su independencia. — Muerte de Ruiz de Castilla. — Campaña de Montes contra Quito. — Caída de la revolución quiteña. — Revolución interna de Nueva Granada. — Segunda guerra civil. — Situación política y militar de Nueva Granada á fines de 1812. — Los realistas de Quito invaden á Nueva Granada por el sud. — Nariño es nombrado general de la Unión. — Campaña de Nariño sobre Pasto. — Derrota del ejército de la Unión. — Nariño prisionero. — Reaparición de Bolivar. — Su campaña en el Alto Magdalena. — Segunda guerra de Cartagena y Santa Marta. — Bolivar concibe el proyecto de reconquistar á Venezuela. — Atraviesa los Andes. — Primera campaña de los valles de Cúcuta. — Memoria política y militar de Bolivar. — El Presidente Camilo Torres apoya el pensamiento de Bolivar. — Nueva Granada resuelve la reconquista de Venezuela.

I

Lo más notable en los movimientos concéntricos y excéntricos de la revolución hispano-americana, es la regularidad

de su marcha convergente y la simetría de sus líneas generadoras. Podría ser una mera coincidencia, que en 1809 se hiciesen sentir por la primera vez dos estremecimientos orgánicos y simultáneos en las extremidades del continente meridional, — La Paz y Quito, — que parecerían indicar desde su origen una solidaridad de la masa viva. Podría ser otra coincidencia que en 1810 naciesen dos revoluciones gemelas en dos hemisferios — Buenos Aires y Caracas, — con idénticas formas, iguales propósitos, análogos objetivos y hasta con la misma doctrina política, como hijas de una madre común. Pero cuando se observa que estos movimientos homólogos son espontáneos, que reconocen una misma causa, que tienden desde un principio á formar sistema y siguen por el espacio de quince años una dirección general en sus proyecciones iniciales, no es posible desconocer la existencia de una ley que la gobierna, y que la revolución sud-americana, fué verdaderamente una revolución orgánica que tuvo su razón de ser. Y lo más notable aún en esta evolución uniforme, es que, al insurreccionarse aislada y simultáneamente todas las colonias hispano-americanas como movidas por un mismo resorte interno, se diseñan desde luego dos evoluciones concéntricas, que tienen sus núcleos regionales y un centro común que responden á un plan general de insurrección, determinando los dos teatros de la guerra continental, en que se mueven táctica y estratégicamente dos grandes masas que parcialmente se condensan y que recíprocamente se atraen.

Vese así claramente, que las dos revoluciones simultáneas y gemelas que hemos señalado, se convierte cada una de ellas en centro de un sistema revolucionario, que en el orden internacional y nacional representan dos hegemonias emancipadoras, distintas en sus medios de acción, pero concurrentes en sus fines. Conocemos ya cómo se formó en el sud el gran grupo internacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Chile y Alto Perú, bajo la hegemonia argentina pri-

mero, y de la chileno-argentina después, con San Martín á su frente, y cómo su acción se extendió al Perú, penetrando en la región del norte. Va á verse ahora cómo se formó el grupo nacional del norte, que comprende á Venezuela, Nueva Granada y Quito, bajo la hegemonia colombiana acaudillada por Bolívar, y cómo se extendió á su vez hasta el Perú, operándose en un centro la conjunción de las dos grandes masas revolucionarias, animadas de una misma vitalidad. Entonces se verá, que los movimientos de los dos extremos en su afocamiento, responden á un sistema general de insurrección y son el producto de las idénticas causas que los engendran. Las revoluciones del norte siguen la misma ley que las del sud en sus enlaces recíprocos y en sus agrupaciones respectivas.

La revolución de Quito en 1809 tuvo una sorda repercusión en Nueva Granada, conmovida ya profundamente por los sucesos de que era teatro la metrópoli. El virrey Antonio Amar, hombre sin cualidades de mando, que la gobernaba desde 1806 al tiempo de la expedición de Miranda, alarmado por tan ruidosa novedad, reunió una asamblea de corporaciones y notables para aconsejarse (9 de setiembre de 1809). Los americanos que la integraron, no sólo apoyaban la creación de la junta quiteña, sino que también pidieron un gobierno análogo en la capital de Santa Fe de Bogotá, que rigiese todo el virreinato. Los españoles, en contrario, opinaron por la disolución del gobierno revolucionario. Amar se decidió por este partido. En consecuencia, despachó una expedición de 300 hombres de línea, con órdenes de disolver la junta á viva fuerza. Al mismo tiempo, el virrey del Perú desprendía desde Lima una columna de 800 hombres con el mismo encargo.

El nuevo gobierno de Quito, que había decretado la formación de tres batallones para sostener su autoridad, destacó hacia el norte dos compañías con tres cañones, para hacer frente á las tropas del virrey Amar, las que fueron completamente derrotados por los habitantes armados de la provincia

de Pasto, que desde entonces se pronunciaron decididamente por la causa del rey (16 de octubre de 1809). Este contraste, amilanó á los revolucionarios. Aislados, atacados por dos fuerzas que no podían contrarrestar, pactaron con el depuesto capitán general Ruiz de Castilla devolverle el mando, bajo la condición de una amnistía, la que se publicó solemnemente por bando. Reunidas en Quito las tropas expedicionarias de Nueva Granada y el Perú, empezaron las persecuciones contra los promotores de la revolución. Sometidos á juicio, fueron condenados á muerte unos y á presidio otros. Indignado el pueblo por esta violación de las capitulaciones, un pequeño grupo de hombres armados de cuchillos asaltó los cuarteles, y consiguió por un momento posesionarse de uno de ellos. Dominado este tumulto por la fuerza pública, la soldadesca, — y especialmente la de Lima, — asesinó en la cárcel á casi todos los presos políticos, en número de veinte y cinco, y se lanzó á las calles matando bárbaramente como ochenta personas, entre ellas tres niños y tres mujeres (1). El vecindario se armó de palos y piedras para defender sus vidas. La carnicería se habría prolongado, sin la interposición del obispo que consiguió apaciguar los ánimos de uno y otro lado (2 de agosto de 1810).

La noticia de los asesinatos de Quito, se difundió en todos los pueblos del virreinato, en momentos en que estallaba la revolución de Venezuela, ya relatada, y prendía la primera chispa de la insurrección en Nueva Granada. Aterrado Ruiz de Castilla, convocó una junta de autoridades civiles y eclesiásticas y de notables de la ciudad. En ella se acordó, bajo la denominación de « Tratados », ajustados con intervención de la real audiencia, un indulto general, y el sobreseimiento en

---

(1) Tal es el número que dan los historiadores americanos. Los historiadores españoles confiesan sólo veinte y siete muertos.

el proceso que se seguía á los revolucionarios sobrevivientes. Las tropas de Lima, que se habían acarreado el odio general, fueron despedidas y el pueblo volvió á entrar en sosiego (4 de agosto de 1810).

Al mismo tiempo que Quito se pacificaba, la Nueva Granada se conmovía de un extremo á otro. El virrey Amar había hecho reconocer y jurar el Consejo de regencia, á tiempo que arribaban á Cartagena, en calidad de comisarios regios, don Antonio Villavicencio y don Carlos Montufar, ambos hijos de Quito, y ligados por lazos de parentesco y afinidades políticas con los revolucionarios. Hallaron éstos la ciudad cartaginesa en gran efervescencia, á consecuencia de la revolución de Caracas. El pueblo, encabezado por el cabildo, pedía á gritos la instalación de una junta provincial. Resolvió al fin, con acuerdo del comisario regio Villavicencio, — que era el encargado de arreglar la cuestión de Nueva Granada, — que de conformidad á una ley de Indias, violentamente interpretada, el gobernador de la provincia ejerciese la autoridad, conjuntamente con el cabildo, quien nombró por su parte dos diputados al efecto. La municipalidad quedó preponderante en el gobierno. No aviniéndose el gobernador con este nuevo orden de cosas, pretendió reaccionar; pero depuesto por el cabildo apoyado por el pueblo, fué deportado á la Habana (14 de junio de 1810). Así quedó consumada en Nueva Granada, la primera revolución, que como se verá después, entrañaba un principio de prematura desorganización.

Un levantamiento parcial en los llanos de Casanare, respondió al movimiento de Cartagena. Dos jóvenes ardorosos, seguidos por algunos parciales, dieron el grito de insurrección al este de la cordillera oriental, y se apoderaron á viva fuerza de varios puntos. Atacados por tropas enviadas por el virrey, fueron aprisionados y condenados sumariamente á muerte. Sus cabezas, se condujeron á la capital para ser fijadas en escarpias en los lugares públicos. La agitación popu-

lar fué tal, que los mandatarios intimidados, mandaron enterrar furtivamente las cabezas. Casi simultáneamente, el corregidor de Pamplona fué depuesto por el cabildo, y se instaló una junta de gobierno (4 de julio de 1810). Pocos días después estallaba una verdadera revolución en la ciudad de Socorro, cuna de la formidable insurrección de los comuneros en 1781 (véase cap. I, § VIII).

Para mantener el orden alterado por el levantamiento de Casanare y las agitaciones de Pamplona, habíanse acantonado dos compañías de línea y de milicia en el Socorro, las que, en un momento de falsa alarma, hicieron fuego sobre el pueblo, encabezado por la municipalidad. Reunidos como ocho mil ciudadanos, sitiaron á la tropa en su cuartel, y la rindieron después de un combate. El gobierno se depositó en el cabildo, adjuntándole ocho diputados elegidos por el pueblo, los que se constituyeron en junta. Su manifiesto de paz ó guerra, fué formulado en una enérgica solicitud á la audiencia, en que á la vez de protestar los revolucionarios sostener la nueva situación á todo trance, y declarar que al efecto se aunaban todos sus habitantes, pedían, que para evitar mayores males, se autorizara la formación de juntas de gobierno, así en la capital como en las demás provincias (15 de junio de 1810). Cinco días después, estallaba la revolución de Santa Fe de Bogotá, que sucesivamente se extendió por todas las provincias.

II

La revolución de la Nueva Granada, es una de las más difíciles de caracterizar, por la complicación de sus evoluciones políticas en sus perturbaciones anárquicas, como consecuencia del orden administrativo de la colonia, de su estado

social, de su constitución geográfica y de la índole de sus habitantes. Vaciada en el mismo molde municipal y popular de las que la precedieron en Sud-América, con las mismas formas legales y los mismos objetivos inmediatos, mostró desde luego su carácter incoherente y civil, diseñándose muy tempranamente en ella dos tendencias opuestas y concurrentes: la autonomía elemental de las provincias y la centralización gubernamental, que envolvían los gérmenes de la unidad y de la federación. Estos dos principios existían latentes en el estado embrionario de la sociabilidad política, en los antecedentes históricos y en las leyes municipales, y puestos en actividad por la revolución, tenían necesariamente que intervenir como hechos preexistentes y elementos de organización y de desorganización á la vez. Dentro de este círculo giraron todos sus movimientos. Estas mismas tendencias habíanse manifestado en el Río de la Plata con los mismos caracteres y por las mismas causas; en Chile, con menos intensidad, y señaladamente en Venezuela; pero confundidas en el movimiento general ó tomadas en cuenta en la organización constitucional, no paralizaron la marcha revolucionaria, si bien la enervaron. En Nueva Granada, asumieron el carácter de fenómenos permanentes y fuerzas antagónicas, que inmovilizaron la revolución dentro de sus propios elementos, gastando en un roce estéril toda la energía que encerraba en sí. De aquí su debilidad militar y su fracaso en el primer ensayo constitucional.

Lo que propiamente se llamaba el nuevo reino de Granada al tiempo de estallar la revolución de 1810, — sin incluir la presidencia de Quito, — contaba con una población de 1.600,000 habitantes. Estaba dividido en catorce ó quince provincias, enclavadas en las tres cadenas de los Andes ecuatoriales, entre dos mares, con marcados rasgos étnicos y geográficos. Cuatro de ellas eran litorales, en la prolongación de la Costa Firme, sobre el gofo de Méjico: Cartagena,

Santa Marta, Río Hacha, Panamá y Veraguas. En la parte superior del gran valle de la Magdalena, estaba la extensa provincia central de Santa Fe. En su promedio se encontraban los corregimientos de Tunja, Socorro y Pamplona, sobre las vertientes occidentales de la cordillera del este, con los llanos de Casanare y los valles de Cúcuta al oriente. Mariquita y Neiva hallábanse en las vertientes orientales de la cordillera del medio, sobre el río Magdalena, y aunque se consideraban como subdivisiones administrativas de Santa Fe, tenían la importancia de verdaderas provincias. En el Alto Cauca, al norte del nudo andino que determina los dos grandes valles de Nueva Granada, — el Magdalena y el Cauca, — estaba enclavado Popayán comprendiendo los distritos de Pasto y Patía, limítrofes con Quito, y en el Bajo Cauca, la de Antioquía en contacto con las provincias del istmo. Sobre el litoral marítimo del Pacífico, paralelamente á los territorios de Popayán y Antioquía, se desarrollaba la región del Chocó, dividida en dos provincias: Citará y Novitas. Las provincias de Quito eran cinco: la capital del mismo nombre en la montaña; Cuenca, Loja y Jaén en su vertiente occidental limítrofes con el Perú, y Guayaquil sobre el mar del sud (2). Eran pues, — sin tomar por ahora en cuenta á Quito, — tres sistemas geográficos marcados, ocupados por razas diversas y con diversas costumbres, ligados por un plan de centralización política y subdivididos en administraciones municipales autonómicas, que si bien funcionaban con cierta regularidad bajo la dirección centralista de la metrópoli, encerraban en sí los gérmenes de la federación y de la disgregación, á la par de los antecedentes del unitarismo gubernativo.

Santa Fe de Bogotá, capital del virreinato, y la más importante de las provincias, donde se había afocado la raza

(2) Véase nota núm. 2 del cap. XXXVI.

criolla en toda su pureza y con mayor energía, representaba en Nueva Granada el mismo papel complejo que Buenos Aires en el Río de la Plata. Como metrópoli colonial continuaba la tradición centralista histórica, y tendía á la unidad gubernamental Como provincia autonómica, centro de un particularismo coherente, podía ser, ó el núcleo de una nación unitaria, ó una unidad típica en un régimen federativo. Menos feliz ó con menos poder de atracción que Buenos Aires, no fué ni lo uno ni lo otro, aunque repitiendo sus mismas peripecias ; y sí sólo, el punto donde se chocaron las dos tendencias, y el campo en que se trabó la discusión y la lucha, que dió por resultado final el anonadamiento de ambas. Pero lo singular en este movimiento complejo, es que, son los pensadores, divididos por opiniones abstractas, los que le imprimen carácter y lo impulsan; son los congresos los que llevan la palabra, y los que juntamente con las municipalidades autonómicas, dirigen los ejércitos, que aparecen en el segundo plano, siendo sus generales hombres civiles, que se arman de la espada para sostener sus ideas.

Era la Nueva Granada al tiempo de estallar la revolución, « una civilización mestiza, con elementos de semi-barbarie, » según la ha definido un escritor neo-granadino, en que to- » das las razas del globo se habían dado cita para mezclar » su sangre, sus tradiciones, sus fuerzas y caracteres, y con- » currían simultáneamente á la obra de la civilización » (3). Pero la raza blanca ó criolla, factor principal de la revolución, como instinto, como fuerza y como idea encarnada, prevalecía sobre las razas mixtas. Para 313,000 indígenas, 140,000 pardos y 70,000 negros esclavos, había 877,000 blancos, que no sólo los superaban por su número y su inteli-

---

(3) Semper : « Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas », págs. 78 y 79.

gencia, sino que además estaban condensados en los centros de la civilización, donde residía la potencia gubernamental á que se subordinaba la fuerza bruta. De aquí el carácter civil de la revolución, pero desgraciadamente, de aquí también su dispersión de fuerzas y su debilidad orgánica en la lucha por la independencia, que requería unidad de ideas y fuerzas compactas. Si á todo esto se agrega, la disidencia profunda de los directores de la revolución en principios fundamentales de gobierno y las aspiraciones excéntricas ó concéntricas de las provincias llamadas á una nueva vida autonómica, las rivalidades del litoral contra la capital y de las localidades según su situación geográfica, que determinaban otras tantas acciones y reacciones, y por último, el predominio y el aislamiento de la capital por consecuencia de estas complicadas emergencias, se tendrá en compendio la síntesis de la revolución neo-granadina, que explica la desorganización de su primera república y da la clave de los sucesos que vamos á narrar.

III

Todo estaba preparado en Bogotá para una revolución. Era una mina cargada. Los patriotas, bien dirigidos y apoyados por la opinión criolla, habían hecho varias tentativas para realizarla, pero sin resultados hasta entonces. La noticia de la revolución de Venezuela, á que se siguieron los movimientos de Cartagena, Casanare, Pamplona y el Socorro, y sobre todo, el arribo de los comisarios regios, Villavicencio y Montufar, cuyas buenas disposiciones en favor de los americanos despertaron nuevas esperanzas, los decidieron á dar el grito de insurrección en el mismo día de la llegada de éstos á la capital. La agitación era tan grande, que un incidente imprevisto la precipitó antes de la hora prefijada. El 20 de

julio (1810) por la mañana, un español profirió algunas palabras en menosprecio de los americanos. Esta fué la chispa que produjo el incendio. El pueblo se levantó en masa, se agolpó á la plaza, pidió un cabildo abierto y una junta de gobierno, apoyado en su exigencia por la municipalidad. Como el virrey se negase á la petición intimada por dos diputaciones de vecinos, el pueblo mandó tocar á rebato en todas las iglesias, y seis á siete mil hombres armados se reunieron al pie de las casas consistoriales para sostener la actitud del cabildo. La noche se acercaba; la fermentación crecía; el virrey contaba con 1,000 hombres de tropa, que permanecían fieles, y se temía de un momento á otro un conflicto. El virrey intimidado, cedió al fin, y autorizó la reunión de un cabildo extraordinario.

La sesión del cabildo popular se abrió á las seis de la tarde en la sala del ayuntamiento, bajo la presidencia de un oidor. Siguióse un debate borrascoso, en que se distinguió por su varonil elocuencia el doctor Camilo Torres, hombre de gran carácter y poderosa inteligencia, destinado á representar un notable papel en la nueva república. Los patriotas exigían la formación inmediata de una junta de gobierno, nombrada por ellos. Los españoles resistían, y procuraban ganar tiempo. Uno de los oradores populares de la asamblea, declaró traidor al que se moviera de su puesto antes de instalarse la junta. Así se decidió. Comunicado este acuerdo al pueblo por un regidor, que salió á los balcones á proclamarlo, fué saludado con grandes aclamaciones. El virrey, que por su prudencia se había captado la benevolencia general, fué nombrado presidente nominal de la junta, que se instaló á las 3 de la mañana del día 21 de julio de 1810.

En el acta en que se formuló el programa de la revolución se declaraba: que la junta investiría el carácter de gobierno general, para velar por la seguridad de la Nueva Granada y formar la constitución, mientras se pedían diputados á las

provincias, sobre la base de la libertad é independencia respectiva de ellas ligadas por un vínculo federativo, cuya representación debía residir en la capital del virreinato, con mandato de no abdicar los derechos imprescriptibles de la soberanía del pueblo en otra persona que en la del rey Fernando VII, siempre que éste fuese á reinar entre ellos, reconociéndose empero sujeto á la junta de regencia, con arreglo á la constitución que se diese, ínterin existiera aquella en la península (4). Con propósitos radicales en el fondo, era en la forma una transacción con el antiguo régimen, un acomodamiento provisional con el gobierno de la metrópoli y una concesión al espíritu federativo de las provincias, manteniendo de hecho la unidad del reino.

La junta, empuñó con mano incierta las riendas del gobierno. Mal compuesta, colocada en una situación equívoca bajo la presidencia del virrey y el reconocimiento de sujeción á la regencia española, y dominada por la multitud movida por demagogos exaltados, careció en los primeros días de unidad de acción y pensamiento, y fué el instrumento pasivo de las exigencias de lo que se llamaba pueblo soberano que continuaba gobernando á gritos desde la plaza pública. Al fin, el virrey fué depuesto, como debió serlo desde el primer momento; se anuló el juramento de obediencia prestado á la regencia española, y declaróse que la junta continuaría mandando á nombre del rey durante su cautiverio, manteniendo el vínculo de unión con la nación española, aunque sin depender de los gobiernos y autoridades de la península (5). Dos días después de este acuerdo arribaban á Santa Fe los comi-

---

(4) Acta del Cabildo extraordinario de Santa Fe de Bogotá en 20 de julio de 1810. (« Docs. para la Hist. del Libertador », t. II, págs. 555 y sig.)

(5) Acta de la junta de Santa Fe de Bogotá de 26 de julio de 1810. (« Docs. para la Hist. del Libertador », cit. t. II, pág. 565 y sig.)

sarios regios Villavicencio y Montufar, que sancionaron tácitamente lo hecho. Montufar, cuya comisión era especial para Quito, continuó su viaje, y luego lo veremos reaparecer representando el papel de revolucionario activo.

IV

La anarquía y la reacción no se hicieron esperar. Los antagonismos comprimidos por el centralismo colonial; las autonomías locales exageradas por la revolución; las disidencias profundas, teóricas y prácticas de los pensadores llamados á dar forma y dirección al movimiento; los intereses encontrados de americanos y españoles; los instintos de las masas que se agrupaban según su distribución geográfica bajo las banderas opuestas, hicieron su aparición en la escena, y determinaron las complicaciones políticas y las luchas civiles de que la Nueva Granada fué teatro, gastando estérilmente sus fuerzas, sin llegar por entonces á ningún resultado.

La junta de Santa Fe, consecuente con su programa, dirigió á las provincias una circular, llena de prudencia y moderación, invitándolas á reunirse en congreso. Sin pretender la supremacía que de hecho y por necesidad estaba depositada en sus manos, se daba el simple carácter de provisional al sólo efecto de mantener la unidad política y administrativa, reconociendo que debía ser subrogada por la autoridad que nombrasen los pueblos de común acuerdo. Dejaba á las provincias la libertad de dictar la regla para la elección de sus diputados. Protestaba renunciar á toda coacción para promover la unión, y terminaba: « La capital se anticipa á precaver la desunión y la guerra civil. Si alguna de las provincias intentase sustraerse á la liga general, tranquilos en la

» santidad de nuestros principios y firmes en nuestra resolu-
» ción, la abandonaremos á su suerte, y las consecuencias
» de la desunión serán imputables á quien la promovió » (6). Desgraciadamente, este plan de organización rudimental, quedaría tan sólo consignado en el papel : la capital concurriría en definitiva á la desunión tanto como las mismas provincias.

Casi todas las provincias del reino, siguieron el ejemplo de Bogotá, instituyendo juntas de gobierno, y uniformaron en este sentido su política revolucionaria con ella. No así en el orden político. La mayor parte de ellas se manifestó dispuesta á enviar sus diputados á Santa Fe, al reconocer dependencia; pero otras, pretendieron erigirse en entidades supremas ó republiquetas aisladas, y se resistieron á reunirse en congreso unionista. Cartagena, desligada del sistema geográfico del interior del país, que por su importancia comercial y su poder militar aspiraba á figurar como cabeza, fué la primera en dar la señal de la disgregación, rompiendo la tradición histórica. La junta cartaginesa, declarándose soberana é independiente, impugnó la convocatoria bogotana en un manifiesto, pronunciándose contra la institución de una junta central, que calificó de « gobierno monstruoso », á la vez que proclamaba la excelencia del sistema federal. En consecuencia, invitaba por sí á las provincias á reunirse en congreso con arreglo á esta base fundamental en Medellín, pueblo central del valle del Magdalena, nombrando un diputado por cada cincuenta mil almas, al que libraba la decisión del reconocimiento ó desconocimiento de la regencia de España, que por su parte continuaría reconociendo como lo había jurado (19 de setiembre de 1810). Sólo Antioquía respondió á la invitación de Cartagena ; pero bastó esta disidencia para paralizar la re-

(6) Circular de la Junta de Santa Fe á las provincias, de 29 de julio de 1810. (« Docs. para la Hist. del Libertador » cit., t. II, pág. 568 y sig.)

unión del congreso neo-granadino promovido por Bogotá, y retardar la formación de un gobierno general, que era la necesidad suprema del momento.

Varias tentativas patrióticas se hicieron para organizar al menos un núcleo de congreso, pero todas abortaron. En la primera de ellas, los diputados de sólo cinco provincias, reunidos en Bogotá, pretendieron reasumir el poder supremo en todas las ramas, dirigir la fuerza armada y centralizar la autoridad. La junta de Santa Fe le negó obediencia, y esta sombra de representación nacional desapareció. Así se formó un partido federal y separatista en el mismo centro unionista (fines de 1810). Los directores de la revolución, que habían establecido su base de operaciones en Bogotá, observando que todas las provincias concentraban su administración interior, y que la opinión estaba pronunciada por el sistema federativo, se decidieron á organizar la provincia de Santa Fe, que abrazaba la jurisdicción de la capital, bajo la forma de estado federal y crear la unidad que debía servir de tipo al conjunto. Reunida al efecto una asamblea popular con la denominación de « Colegio constituyente », en que figuraban los hombres más distinguidos de la Nueva Granada, y tomando por modelo la constitución de los Estados Unidos, crearon una república monárquica, bajo la denominación de « Estado de Cundinamarca », que era la que la provincia había tenido antiguamente. Según su constitución, se reconocía por rey á Fernando VII, quien sería admitido á ejercer el poder, toda vez que se trasladara al país. El poder legislativo se confiaba á una cámara popular y á un senado conservador. Durante el cautiverio del rey, el poder ejecutivo sería desempeñado por un presidente y dos consejeros. Fué elegido para desempeñar el puesto de presidente de Cundinamarca, el doctor Jorge Tadeo Lozano, un sabio, de ideas adelantadas en política, aunque sin el temple de carácter que requerían las circunstancias (abril de 1811).

El presidente Lozano, animado de propósitos conciliadores, propuso á las provincias un nuevo plan de organización nacional, sobre la base de la formación de cuatro grandes departamentos que se agruparían por zonas geográficas, teniendo cada uno de ellos un río navegable, de manera que en igualdad de condiciones, tuvieran todos y cada uno los suficientes medios y recursos para bastarse á sí mismos en su régimen interior (mayo de 1811). Este pensamiento, teóricamente bueno, fué un nuevo obstáculo para la instalación del proyectado congreso. Los diputados de ocho provincias,—incluso las de Cartagena y Antioquía, antes disidentes — al reunirse en Bogotá, se encontraron con la doble novedad de la organización parcial de Cundinamarca y el nuevo proyecto. La proposición de Lozano, no tuvo empero ulterioridad, y fué desechada por las provincias, declarando que « no tenían » autoridad para hacer una variación tan sustancial en el sis- » tema adoptado, que pertenecía á los pueblos, y que sólo el » congreso general podía decidir la cuestión. » Coincidió con este plan, otro análogo en más vasta escala, que encerraba el bosquejo de la futura república de Colombia. El famoso tribuno de la revolución de Caracas, Cortés Madariaga, había sido enviado por el gobierno de Venezuela cerca del de Nueva Granada, con el objeto de celebrar una alianza ofensiva y defensiva. En vez de esto, ajustóse un tratado de confederación, en que ambos estados se garantían mutuamente su integridad territorial y su seguridad, formando Cundinamarca y Venezuela dos grandes departamentos de ella, que admitirían á los demás en calidad de co-Estados con igualdad de derechos y representación, fijándose la capital de común acuerdo en un punto céntrico. Este proyecto tampoco tuvo efecto. Venezuela se constituyó federalmente, según se ha visto, como república soberana é independiente, y Nueva Granada siguió como antes.

V

Pensóse entonces seriamente en llevar adelante el propósito de reunir el Congreso nacional, que todos los pueblos anhelaban, fatigados por la anarquía y por el absolutismo sin ley ni regla de sus juntas locales. Lozano, siempre conciliador, sin insistir en su plan departamental, se puso decididamente al frente de este movimiento patriótico, y el congreso abrió sus sesiones preparatorias, protegido por su autoridad. Fué precisamente este el momento en que la anarquía hizo crisis. Su agente principal fué Antonio Nariño, el primer propagador de los derechos del hombre en Sud América y uno de los precursores de su emancipación á la par de Miranda, á consecuencia de lo cual había sufrido largas prisiones y destierros. Restituído á la patria, considerábase como el patriarca de la revolución, y redactaba á la sazón un periódico en Bogotá, con la pasión de tribuno y el talento de escritor que siempre lo distinguió, y que el pueblo leía con avidez. Hombre de un fogoso patriotismo nativo, aunque moderado en la acción : poseído de ambición flotante, manso en cuanto á los medios, pero sin escrúpulos legales para alcanzar sus fines, era en teoría un sectario intransigente en materia de organización del gobierno, que sacrificaba lo relativo á lo absoluto. Agitador por temperamento, convirtió sus ideas abstractas y de aplicación en elementos de disociación política y guerra civil. Adversario del sistema federal, pensaba seriamente, aunque sin tomar en cuenta la opinión de los pueblos, que lo único que podía dar consistencia y vigor á la revolución, era el centralismo gubernativo. Por una contradicción, que estaba en su naturaleza y en la influencia de su teatro de acción, al mismo tiempo que se presentaba como el apóstol de la unión nacional, se constituía en campeón del localismo de la provincia de Santa Fe. La capital era el núcleo en torno del

cual pretendía organizar la república, según un plan de agregación ó de absorción y supremacía metropolitana, que repugnaba así al patriotismo como al federalismo.

Los escritos de Nariño en oposición á la política constitucional del Congreso, las rivalidades que despertaban entre Santa Fe y las demás provincias, y las noticias alarmantes que les servían de corolario pintando á la Nueva Granada al borde de un abismo por falta de un vigoroso poder central, pusieron en conmoción la ciudad de Bogotá. La plebe, entre la cual era muy popular Nariño, movida por sus parciales, pidió tumultuariamente medidas prontas y enérgicas para salvar la patria en peligro. Bajo la presión de la multitud, reuniéronse los miembros de los tres poderes, y se pronunciaron violentamente contra la administración del presidente Lozano, á quien obligaron á renunciar. Nariño fué elegido en su lugar, pero aceptó bajo condición expresa de que se suspendiesen los artículos de la constitución que le impedían obrar con la fuerza y energía necesarias. Así se hizo, y Nariño quedó constituído en dictador de Cundinamarca (19 de setiembre de 1811).

El congreso nacional continuó sus sesiones preparatorias, y al constituirse en convención con los diputados de siete provincias, dió comienzo á su tarea constituyente. Después de maduras y tranquilas discusiones, resolvió adoptar el sistema federativo, bajo la denominación de « Provincias Unidas de la Nueva Granada », tomando por tipo el acta de confederación de los Estados Unidos en 1776. La forma que se dió á esta deliberación, fué la de un pacto constitutivo de las provincias representadas sujeto á su ratificación, invitando á las demás á adherirse á él, que fué formulado por la pluma magistral de Camilo Torres (7). Los diputados de Santa Fe y

(7) Véase : « Acta de federación de las Provincias de Nueva Granada », en « Docs. para la Hist. del Libertador», t. III, pág. 344 y sig.

de Chocó, obedeciendo á las sugestiones de Nariño le negaron su aprobación, y declararon que sólo el sistema unitario podía salvar la revolución. Suscribiéronlo solamente los diputados de Antioquía, Cartagena, Neiva, Pamplona y Tunja (27 de noviembre de 1811).

El federalismo triunfaba en la discusión, y era un hecho que estaba en los instintos; pero era otro hecho la anarquía, que conspiraba á la vez contra el federalismo y el unitarismo obstando á toda organización nacional compacta. Al mismo tiempo que se celebraba el pacto federativo, la provincia de Santa Fe declaraba, que sólo entraría en la federación, reservándose las rentas que debían ser nacionales, y cuando formaran parte integrante de ella los corregimientos de Tunja, Pamplona, Socorro, Mariquita y Neiva, que eran precisamente los que con el carácter de provincias habían suscrito el acta de unión. Cartagena, que hasta entonces reconocía el consejo de regencia de España, y después de promover la reunión de un congreso disidente había concurrido al congreso, declaró su independencia absoluta de la España, y dióse una constitución republicana como estado soberano (11 de noviembre de 1811). Casanare, Tunja y Pamplona, trataron de unirse á la confederación venezolana. El Congreso, coartado en Bogotá, y luchando con las resistencias que le oponía Nariño, se vió forzado á trasladar el sitio de sus deliberaciones al pequeño pueblo de Ibagué, en la provincia de Mariquita. Allí, constituyó una sombra de gobierno parlamentario, á la manera del de los Estados Unidos en la primera época de la guerra por su independencia, pero sin autoridad real ni moral, y sin un Wáshington que diese cohesión á sus elementos dispersos.

VI

La reacción realista en Nueva Granada, siguió el mismo movimiento que en Venezuela : desalojada del centro, se afocó en los extremos y en la parte occidental del país, para converger simultáneamente sobre el centro. Al sud de Santa Fe, se organizó militarmente en el valle del Alto Cauca, en Popayán, con los distritos de Pasto y Patía á su retaguardia y la costa de Chocó sobre su flanco por punto de apoyo, y Quito por base de operaciones, con Guayaquil como puerto en el Pacífico. Al norte, sobre el litoral marítimo del golfo de Méjico, operóse el mismo movimiento de Costa Firme en Venezuela, con las Antillas españolas por base. Mientras la plaza fuerte de Cartagena en Nueva Granada, como Puerto-Cabello en Venezuela, se pronunciaba por la revolución, Santa Marta reaccionó decididamente, y se convirtió como Coro en cuartel general de los realistas, en comunicación con Maracaibo al este de la cordillera oriental. Las provincias del istmo de Panamá, apoyadas en la plaza fuerte de Portobelo, dominaban el golfo de Darien y el bajo Cauca, en comunicación con las Antillas y la costa del Chocó. De este modo, la reacción realista, dueña de las costas del Atlántico y del Pacífico, envolvía la revolución neo-granadina, por el sud, el norte y el occidente, y Cartagena quedaba amagada por sus dos flancos sobre el Magdalena y por su frente marítimo.

Santa Marta, situada como Cartagena en las bocas del Magdalena, que al principio había formado su junta de gobierno como las demás provincias, hizo su contrarrevolución apoyada por los españoles europeos, y especialmente por los catalanes preponderantes allí (diciembre de 1810). Río Hacha siguió su ejemplo. Para sostener su actitud,

levantó un cuerpo de tropas de voluntarios españoles, y se fortificó en varios puntos sobre la margen derecha del Magdalena, interceptando el comercio de Cartagena con las provincias del interior, y extendió su línea militar desde la orilla del mar hasta Ocaña en los límites con Pamplona, en las vertientes de la cordillera oriental. Todos los realistas del virreinato, así americanos como europeos, acudieron á Santa Marta como punto de reunión, la que reforzada desde Cuba con un batallón español de línea (el Albuera) y tres buques de guerra, organizó un cuerpo de ejército de 1,500 hombres decididos, enrolando bajo su bandera las milicias del país (año de 1811). Cartagena dirigió una expedición fluvial con tropas de desembarco, á fin de apoderarse de la villa de Tenerife, situada en el punto medio de la línea enemiga. Fué completamente batida por los realistas, que echaron á pique gran parte de su escuadrilla sutil, apresando el resto (marzo de 1812).

La convención constituyente de Cartagena, para hacer frente á los peligros de la situación, nombró dictador al Dr. Manuel Rodríguez Torices, jóven de 24 años, inteligente, activo y resuelto, pero inexperto y desprovisto de prudencia. Los de Santa Marta por su parte, alentados por la victoria, tomaron la ofensiva y atravesaron el Magdalena, dominando las sabanas centrales del valle. Cartagena quedó aislada. El dictador Torices confió el mando de las tropas de la república á un aventurero francés llamado Pedro Labatut, hombre de empresa, pero duro y codicioso. Labatut, con una pequeña flotilla de lanchas cañoneras y una columna ligera, atacó sucesivamente las posiciones realistas tomándolas por asalto con toda su artillería, y se posesionó de la navegación del bajo Magdalena (noviembre de 1812). Después de destruir las fuerzas sutiles del enemigo, salió á la mar, y ocupó sin resistencia la capital de Santa Marta, evacuada por los defensores, que se refugiaron en Portobelo (enero de 1813).

Por la parte del istmo, la reacción se había establecido sólidamente en las provincias de Veraguas y Panamá, fieles á la causa del rey, y sostenidas por Méjico y la Habana. Su situación se vigorizó con la llegada de un nuevo virrey de Nueva Granada, nombrado por la regencia de Cádiz, que fué don José Domingo Pérez, quien le trajo algunos elementos de guerra, con que auxilió á los de Santa Marta, y estableció el asiento de su gobierno en Portobelo. Las provincias neo-granadinas insurreccionadas, desconocieron su autoridad. Esto sucedía, al mismo tiempo que la revolución venezolana sucumbía, y la reacción cerraba el círculo en contorno del virreinato (principios de 1813).

VII

Por la parte del sud la guerra se había encendido también entre patriotas y realistas, con los elementos del mismo país. Al tiempo de estallar la revolución, era gobernador de Popayán el coronel Miguel Tacón, que reunía á un carácter enérgico, bastante inteligencia y larga experiencia en la guerra. Sostenido por una parte de la opinión de la provincia y contando con la decisión de los habitantes semi-bárbaros de Pasto y Patía, se opuso decididamente al establecimiento de una junta patriótica, que los cabildos promovieron de acuerdo con la revolución de Santa Fe. El regidor Joaquín Caicedo, se puso al frente de los cabildos, formó una confederación de los pueblos del valle del alto Cauca, y reunió los diputados en el pueblo de Cali, donde se estableció la junta revolucionaria de gobierno. El gobernador mandó disolverla con tropa armada, declarándola rebelde al rey. Los confederados del valle levantaron tropas para resistirse y pidieron auxilios á Santa Fe, de donde salieron 300 hombres al mando del coronel Antonio

Baraya, con lo que se formó un ejército de 1,100 hombres, compuesto en su mayor parte de indígenas armados de lanzas. Tacón formó otro ejército de 1,500 hombres, y se situó sobre el puente del río Palacé, entre Popayán y Cali. Baraya lo atacó en sus posiciones con las tropas confederadas, y después de una obstinada pelea, lo obligó á retirarse en desorden sobre el Cauca, dejando en el campo setenta muertos y treinta prisioneros (28 de marzo de 1811). Esta fué la primera victoria de la insurrección neo-granadina. El jefe realista se replegó á Pasto con 700 hombres bien armados, donde se hizo fuerte en las gargantas que comunican á Quito con la Nueva Granadá. Por este tiempo, había reventado de nuevo la revolución en Quito, de la que nos ocuparemos después, continuando por ahora con las operaciones de la guerra del sud.

Dueño Tacón de las provincias de Pasto y Patía, cuyas poblaciones sublevó en masa, abrió hostilidades sobre Quito al frente de una columna de 600 hombres. El nuevo gobierno de Quito salió á su encuentro con 800 reclutas, al mando de don Pedro Montufar, quien después de un ligero combate, se estableció en un punto fuerte, y abrió comunicaciones con Popayán para obrar en combinación con sus fuerzas. Tacón, colocado entre dos fuegos, intentó cubrir su retaguardia amagada. Las tropas patriotas de Popayán, al mando de Baraya y el regidor Caicedo, avanzaron resueltamente y dominaron á Patía. Tacón, desamparado por los suyos, emprendió con sus restos su retirada hacia la costa del Chocó, y se posesionó del distrito de Barbacoas y de la isla de Chumaco donde auxiliado desde Guayaquil, organizó una división de 200 hombres, protegida por una escuadrilla de dos goletas y una lancha con algunas embarcaciones menores. Los patriotas de Popayán desprendieron una pequeña columna al mando del capitán José Ignacio Rodríguez, quien atacó decididamente á los realistas, dirigiendo personalmente una flotilla de canoas, sostenida por su tropa emboscada en los manglares de la

playa. Tacón fué derrotado en las aguas y en la tierra, con pérdida del bergantín y de la cañonera, y avergonzado de ser batido con canoas por fuerzas menores, se retiró al Perú, donde figuró en la guerra con distinción, aunque señalándose por su crueldad con los independientes.

Mientras tanto, la división de quiteños, mandada por Pedro Montufar, atravesó el río Guáitara, atacó á los pastusos en las márgenes del río Blanco y los dispersó completamente, entrando triunfante á su capital, que encontró casi totalmente abandonada por sus habitantes. Caicedo al frente de una columna de 600 hombres de Cauca, ocupó á su vez la ciudad de Pasto. Las tropas quiteñas se retiraron á su territorio. De este modo se abrieron las comunicaciones interceptadas entre Quito y Nueva Granada, y toda la provincia de Popayán quedó sometida á la ley de la revolución.

Aprovechándose los patianos de la dispersión de las tropas patriotas, volvieron á insurreccionarse desde Popayán hasta el río Juanambú, cometiento horribles asesinatos, estimulados por frailes fanáticos, que predicaban el incendio de las habitaciones y el degüello de los revolucionarios herejes. Al frente de un ejército de 1,500 hombres atacaron á Popayán, y aunque fueron rechazados en el primer asalto, consiguieron sitiar la ciudad, cortando la retirada á sus defensores. Hallábase por acaso allí un joven norte-americano llamado Alejandro Macaulay, quien al observar los movimientos de los sitiadores, y que sólo estaban armados de lanzas, propuso una salida nocturna con 400 fusileros, á cuyo frente se puso él mismo. Los patianos fueron sorprendidos y derrotados. viéndose obligados á emprender la retirada en desorden (abril 27 de 1811). La junta de Popayán desprendió en su persecución una columna de 600 hombres, y para vengar los asesinatos cometidos por los patianos, hizo fusilar á un cura que cayó prisionero, hecho que provocó nuevas y sangrientas represalias.

Los patianos derrotados, se rehicieron, y marcharon aceleradamente sobre Pasto en número de 200 hombres, con un obús sin cureña. Pusieron sitio á la ciudad, defendida por 436 fusileros de la expedición de Caicedo que la había ocupado, según antes se dijo. Reforzados por los pastusos, dieron el asalto, y cada casa se convirtió en una fortaleza contra los sitiados, que se vieron obligados á capitular, quedando prisioneros. La columna de Popayán, salida en persecución de los patianos, al mando de Macaulay, marchó en auxilio de Caicedo, pero llegó cuando éste se había rendido. Empero, consiguió rescatar á los capitulados por medio de un convenio. Sabedor Macaulay, de que una expedición de Quito marchaba sobre Pasto, determinó atravesar el Guáitara para incorporarse á ella, y al efecto, emprendió una marcha nocturna. Sentido por los pastusos, fué atacado en Catambuco (12 de agosto de 1811), triunfando en el campo los de Popayán, pero quedaron impotentes para tomar la ofensiva. Al día siguiente, celebróse un convenio verbal entre los beligerantes, en virtud del cual quedaba restablecida de hecho la paz. Aprovechándose de la tregua, los pastusos sorprendieron traidoramente el campo de Macaulay, mataron como 200 hombres y tomaron como 400 prisioneros, entre ellos, Caicedo y Macaulay. La expedición de Quito, después de obtener algunos triunfos efímeros, regresó á la capital, á la sazón amagada al sud por las tropas realistas del Perú y Guayaquil. Así volvió á quedar aislada la revolución de Quito y organizada y triunfante la Vendée neo-granadina de Pasto y Patía. Volvamos ahora á Quito, de nuevo revolucionado.

VIII

Dijimos antes, que el comisario regio Carlos Montufar, había continuado su viaje al sud en desempeño de su misión, después de sancionar con su colega Villavicencio la revolución de Bogotá. Montufar fué recibido con gran entusiasmo por el pueblo quiteño, y se hizo el árbitro de la situación. Bajo sus auspicios formóse pacíficamente una junta de gobierno, con Ruiz de Castilla por presidente, y de la que él formó parte como vocal nato, debiendo integrarla un diputado por cada cabildo (19 de setiembre de 1810). Esta transacción fué aprobada por un cabildo abierto, y acordóse al mismo tiempo continuar reconociendo al consejo de regencia, mientras funcionara en un punto de la metrópoli libre de enemigos. Sólo en la jurisdicción de la capital fué jurado el nuevo gobierno. Las provincias meridionales de Cuenca, Loja y Guayaquil, dominadas por el virrey del Perú, desconocieron su autoridad. La junta formó un ejército de 2,000 hombres para someterlas á la obediencia, y confió su mando á Montufar, que estableció su cuartel general en Ambato, cubriendo los desfiladeros de la gran cordillera del Chimborazo y del Pichincha. La primera sangre que corrió en esta guerra en perspectiva manchó la bandera revolucionaria. Uno de los oidores y el administrador de correo de Quito, acérrimos realistas, comprometidos en las mantanzas y procesos que habían exaltado al pueblo, intentaron fugar por el Amazonas. Traídos á la capital, la plebe de los suburbios, compuesta en casi su totalidad de indígenas, se amotinó, los mató á palos y arrastró sus cadáveres hasta el pretil de la casa de gobierno, pretendiendo hacer lo mismo con el presidente Ruiz de Castilla. La reacción mientras tanto se organizaba militarmente en el sud y el oeste.

Poco después de instalada la junta de Quito, llegaba á Guayaquil el jefe de escuadra Joaquín Molina, nombrado presidente y capitán general en reemplazo de Ruiz de Castilla. Auxiliado por el virrey Abascal, reunió un ejército no menos fuerte que el de la junta, y cubrió con él las provincias amenazadas. Montufar, para ganar tiempo á fin de dar alguna consistencia á sus tropas colecticias, abrió negociaciones con el enemigo, quien por su parte, poco confiado en las suyas, aceptó la abertura pacífica, que no dió ningún resultado. Rotas de nuevo las hostilidades, la campaña se redujo á pequeños encuentros y avances y retrocesos alternativos, quedando los beligerantes en las mismas posiciones. Por este tiempo se abrían las comunicaciones entre Quito y Nueva Granada, con la fuga de Tacón y la derrota de los patianos y pastusos.

La junta de Quito, que sucesivamente había reconocido á la regencia y á las cortes españolas reunidas en Cádiz, y depuesto á su presidente nominal Ruiz de Castilla, convocó un congreso y proclamó su independencia absoluta de la España (11 de diciembre de 1811). El populacho, cada vez más embravecido, extrajo al ex-presidente Ruiz de un convento en que se hallaba retirado, y como pretendiera resistirse, fué herido mortalmente á puñaladas. La discordia se introdujo en las filas de los revolucionarios. Mientras tanto, los realistas avanzaban de nuevo por el oeste. Nombrado presidente de Quito el mariscal Toribio Montes, soldado de ímpetu y general entendido, abrió de nuevo la campaña al frente de 2,000 hombres, y batió al ejército quiteño en Mocha, pasando á cuchillo á todos los vencidos para infundir espanto (2 de setiembre de 1812).

El general quiteño Carlos Montufar, con un nuevo ejército, se fortificó en las posiciones inaccesibles de Jalupana, profunda quebrada de costados perpendiculares y cruzada por torrentes, que cubría el camino preciso de la capital, y fué coronada con artillería. Montes, por medio de una hábil y

atrevida marcha de flanco, guiado por un práctico del país, tomó la ruta del pie de la cordillera occidental, de manera de envolver la izquierda patriota, evitando las fortificaciones. A la altura del nudo andino de Chisinche, que limita la meseta de Quito por el sud, trepó la montaña, y con los gigantescos picos del Chimborazo y del Cotopaxi á la vista, marchó durante nueve días por entre páramos y precipicios. Orilló el cráter del volcán de Ninahuilca, contorneó el cerro nevado de Corazón, y amagando la retaguardia del enemigo, lo obligó á replegarse sobre la capital, ocupando él los altos de Belén al pie del Pichincha (8).

Reconcentrados los independientes en la capital en número de seis mil hombres, se fortificaron con mucha artillería, ocupando todas las alturas del circuito. Montes intimó rendición. Los de la plaza, contestaron que se defenderían hasta el último trance, y en señal de desafío hicieron ejecutar á un ciudadano notable de Quito, Pedro Calixto, juntamente con su hijo llamado Nicolás, prisioneros hechos fuera de combate. Los realistas atacaron la ciudad por tres puntos, y se apoderaron de ella después de un reñido combate de tres horas (3 de noviembre de 1812). El general español se mostró clemente con los habitantes de la vencida ciudad.

Montufar, con las últimas reliquias del ejército quiteño, se retiró al norte. Alcanzado por una división mandada por el coronel Juan Sámano, destinado á siniestra celebridad, fué batido y dispersado en dos acciones sucesivas con pérdida de toda su artillería y armamento, dejando en el campo 100 muertos. Sámano continuó su persecución y con arreglo á

---

(8) Véase : « Carta orográfica de la República del Ecuador », delineada por Manuel Villavicencio. — « Carta de la provincia de Quito » por Pedro Maldonado. — Humboldt : « Esquisses hipsométriques, etc., de la cordillère des Andes » en Atlas « Voyages ». — Idem ; « Volcans et cordillères de Quito », etc.

sus instrucciones pasó por las armas á los jefes que cayeron en sus manos. Al llegar á Pasto, recibió órdenes de Montes, para quintar á los oficiales y diezmar á los soldados prisioneros de Popayán que allí se encontraban. Caicedo y Macaulay fueron fusilados junto con ellos (9). Así terminó á fines de 1812 la nueva revolución de Quito, domada por segunda vez, y cerróse el círculo de la reacción de la Nueva Granada por el norte, al mismo tiempo que la revolución de Venezuela sucumbía (principios de 1813).

IX

La revolución externa é interna de la Nueva Granada, giraba en círculos concéntricos. Á la par que el uno se estrechaba, el otro se dilataba, hasta casi confundirse. El antagonismo entre el federalismo y el centralismo, de Cundinamarca con las provincias, y de Nariño con el congreso nacional, había convertido el país en un caos político. Después de la retirada del congreso á Ibagué (véase § V. de este cap.), Nariño desarrollando su plan de absorción, agregó á lo que llamaba la « provincia legal » de Santa Fe, el corregimiento del Socorro, y los cantones de Tunja y Neiva, que ocupó militarmente, con amenaza de apoderarse de Pamplona. La provincia de Mariquita, había sido absorbida ya por Cundinamarca. El congreso reclamó contra estos actos violentos, y aunque en un principio fué desatendido, como las resistencias locales arreciaban, Nariño mejor aconsejado se prestó á entrar en arreglos. Contribuyó á esto la noticia de la caída de la revolución de Venezuela, que amenazaba á la Nueva Granada con una invasión por el oriente. En el curso de las negocia-

(9) Sentencia de Montes de 12 de diciembre de 1812. Véase Restrepo, t. I, págs. 171 y 172.

ciones que se entablaron, las tropas cundinamarcanas que ocupaban Tunja, al mando del brigadier Baraya, — el vencedor de Palacé, — se pronunciaron por la reunión del congreso. Nariño se puso inmediatamente en campaña al frente de 800 hombres y ocupó sin oposición la capital de Tunja; pero al mismo tiempo, separóse de Cundinamarca la provincia del Socorro, sostenida por la columna de Baraya, que batió á las tropas centralistas que la ocupaban en dos encuentros sucesivos. Estos contrastes, obligaron á Nariño á firmar un tratado con el gobierno de Tunja, en que se convino en la inmediata reunión del congreso, librar á su decisión la cuestión de las agregaciones territoriales de Cundinamarca, y poner sus armas y recursos á disposición del gobierno nacional contra los españoles (10). Nariño renunció en seguida la presidencia de Cundinamarca, y declaró, que aunque persistía en sus opiniones, no quería ser un obstáculo á la organización nacional.

Cuando todo parecía aquietado, alborotóse de nuevo la movible opinión santafecina, con motivo de esparcirse el rumor de que el gobierno general intentaba dominar militarmente á Cundinamarca. Nariño, que había ejercido su autoridad con gran moderación, y conservaba siempre su popularidad, fué aclamado de nuevo dictador con facultades absolutas (setiembre 11). Poco después, el congreso se instalaba en Leiva, punto intermedio entre Santa Fe y Tunja, con asistencia de once diputados en representación de siete provincias (11). Camilo Torres, antagonista de Nariño en ideas, y enemigo suyo, fué nombrado presidente y encargado del poder ejecutivo. El primer acto del nuevo gobierno general,

(10) Tratados entre Cundinamarca y Tunja, llamados de Santa Rosa, de 30 de julio 1812. Véase « Docs. para la Hist. del Libertador » t. III, pág. 660 y sig. y doc. adicionales, págs. 712 y 713.

(11) Eran éstas : Antioquía, Casanare, Cartagena, Cundinamarca, Pamplona, Popayán y Tunja.

fué intimar á Nariño que se arreglase al sistema representativo, y ordenarle que entregase quinientos fusiles para la defensa de las provincias del norte, previniéndole á la vez, que la villa de Leiva, abscripta á Cundinamarca, había sido declarada territorio federal por el congreso.

Nariño sometió la cuestión á una asamblea extraordinaria de corporaciones y notables padres de familia, de mil quinientas personas, la que resolvió confirmarlo en el poder, que no se obedeciesen las órdenes del congreso y que Cundinamarca no entrase en la confederación. El congreso contestó con una nueva intimación, emplazándolo para dentro del séptimo día, caso de no obedecer. Nariño replicó, haciendo responsable de las consecuencias al congreso. Éste lo declaró á su vez « usurpador y tirano de Cundinamarca ». En consecuencia, el presidente de la Unión fué autorizado para suprimir el gobierno dictatorial de Santa Fe, y restituir á la provincia su libertad. La guerra civil quedó declarada por una y otra parte. El congreso, que funcionaba en territorio enemigo, se trasladó á Tunja. Nariño, sin perder tiempo, se puso al frente de una columna de 1,500 hombres y marchó sobre Tunja. Derrotado completamente por las fuerzas federales, con la pérdida de diez piezas de artillería, replegóse á Bogotá, donde se fortificó. El ejército de la Unión mandado por Baraya, puso sitio á la ciudad, y se apoderó de algunas posiciones importantes de ella. Nariño ofreció capitular, con la condición de renunciar al mando, reconocer el congreso y poner á su disposición las armas, bajo la garantía de una amnistía general. Baraya desoyó estas moderadas proposiciones, exigió que se rindiera á discreción, entregándose á la clemencia del congreso, y dióle para decidirse el plazo de 24 horas. Ante tan duras condiciones, la opinión de Bogotá reaccionó, y entusiasmada por la actitud serena y resuelta del dictador, se apercibió á una defensa desesperada, á pesar de que sus fuerzas no alcanzaban á la mitad de las sitiadoras.

Baraya, que en el curso de esta campaña, mostró ser una nulidad militar, llevó un ataque desordenado á la plaza al frente de tres mil hombres, que fué rechazado, desbandándose el ejército de la Unión, que dejó en poder del vencedor, mil prisioneros, trescientos fusiles y veinte y siete cañones. Nariño no abusó de su triunfo. Limitóse á ajustar un convenio, en que salvando la autonomía de Cundinamarca bajo su presidencia, estipuló la paz recíproca, sin pactar nada respecto de organización nacional, que era el punto capital (30 de marzo de 1813). Coincidió esto con la llegada del mariscal de campo Francisco Montalvo, natural de la Habana, nombrado virrey en reemplazo de Pérez, que fué desconocido por los pueblos de Nueva Granada como su antecesor. El patriotismo enervado por la guerra civil se reanimó. Cundinamarca, que hasta entonces se regía por su constitución republicano-monárquica, anulada de hecho, declaró su independencia absoluta de la España (16 de julio de 1813), imitando el ejemplo dado antes por Cartagena. Antioquía hizo lo mismo. El país enarboló un nuevo pabellón nacional y acuñó su primera moneda en señal de soberanía.

X

En los tratados ajustados entre Cundinamarca y el congreso, Nariño había prometido reforzar las expediciones que debían marchar en auxilio de las provincias del sud y del norte, amenazadas por los realistas triunfantes en Quito y Venezuela, que ocupaban las fronteras. El estado de la Nueva Granada no podía ser más deplorable. La revolución, tan espontánea y llena de ideas y de bríos, se había mostrado orgánicamente débil, dando por único resultado negativo, una absoluta impotencia militar y una desorganización política. No tenía ejér-

cito ni gobierno; no se había preparado á la defensa, y ni de armas siquiera se había provisto. Todas sus fuerzas militares, se reducían á 300 hombres en Popayán, 500 en Tunja, 300 en Pamplona, 1,000 en Cartagena y otros tantos en Sante Fe, y estas mismas, dispersas, desorganizadas y en guerra entre sí algunas de ellas. Tampoco había aparecido un hombre capaz de dar dirección á los acontecimientos ó impulsar la acción revolucionaria (12). Lozano, la primera figura que apareció en su escena, con ideas conciliatorias, desapareció por su debilidad de carácter. Torices era un atolondrado de talento. Baraya como soldado, ya se ha visto que era una nulidad. Camilo Torres, noble carácter y clara inteligencia, era un hombre aferrado á sus ideas teóricas de federalismo que anteponía á todos los principios. Nariño, el único que por sus cualidades y su influencia, pudo haberse hecho el árbitro de la situación contemporizando con la opinión declarada de los pueblos, era la antítesis de Torres en punto á centralismo, y el papel contradictorio que representó, muestra que tampoco era el hombre que reclamaban las circunstancias; empero, era el único hombre, y lo probó como va á verse.

Montes, después de dominar á Quito, dispuso que el general Sámano, á la cabeza de una expedición de 2,000 hombres organizada en Pasto, invadiese la Nueva Granada. Popayán fué ocupado por los realistas del sud, y dominado todo el valle del alto Cauca, amenazando ocupar la provincia de Antioquía (agosto 1813). Nariño, que hasta entonces se había mantenido en una inacción egoísta, después de su victoria, movido por un impulso de enérgico patriotismo, se ofreció

(12) Es un historiador neo-granadino el que lo corrobora: — « Ninguno de los gobernadores de las provincias ni de la confederación había desplegado talentos políticos ni militares. Tampoco se veían medidas capitales y en grande ». Restrepo: « Hist. de la Revol. de Colombia », t. I, pág. 197.

á marchar en persona contra la invasión del sud con las tropas de Santa Fe, si el gobierno ponía á sus órdenes las de la Unión. El congreso aceptó su oferta y le proporcionó todos los auxilios necesarios al efecto. Nariño, sin innovar nada en el orden de la política nacional, abdicó la dictadura, y delegó el mando constitucional en su tío Manuel Bernardo Álvarez. Nombrado teniente general de la Unión, se puso en campaña en dirección al sud. Las primeras operaciones fueron felices. Reconquistó el valle de Cauca, su vanguardia batió la columna principal del enemigo mandada por el mismo Sámano, y el 31 de diciembre de 1813 entró á Popayán. Sámano reconcentró todas sus fuerzas, y se estableció en la hacienda de Calibio, á inmediaciones del Bajo Palacé. El general de la Unión, al frente de 1,800 hombres lo atacó en su posición por tres puntos. Empeñada la acción, y prolongándose por el espacio de tres horas, Nariño mandó á su infantería cargar á la bayoneta, y la victoria se decidió por los independientes. Los realistas dejaron en poder de sus contrarios, ochenta prisioneros y ocho piezas de artillería (13 de enero de 1814). Sámano se retiró á Pasto en fuga. Si Nariño hubiese sido un general experimentado con la inspiración de la guerra, y sabido aprovechar su victoria, habría podido dominar fácilmente á Pasto, y probablemente llegar triunfante hasta Quito. Desgraciadamente, se detuvo en Popayán más de dos meses. Este tiempo lo aprovecharon los enemigos para rehacerse.

El general Melchor Aymerich, reemplazó á Sámano en el mando, quien reorganizó activamente el ejército, preparándose á contener el avance de los independientes. Cuando Nariño reabrió su campaña al frente de 1,400 hombres, tuvo que abrirse paso por entre las guerrillas de Patía, que hostigaban día y noche sus flancos, y cortaron sus comunicaciones de retaguardia. Al llegar al Juanambú, encontró la margen opuesta fortificada en sus principales vados. Este río, que es la formidable barrera que defiende á Pasto por el norte, es

un torrente impetuoso que se precipita de la cordillera oriental en rumbo al occidente, y corre entre inaccesibles rocas escarpadas, arrastrando peñascos enormes. Raras veces da vado, y por lo general, sólo puede ser atravesado en puentes de taravitas (13). Á estas dificultades de la naturaleza, agregó el general que las defendía, las del arte. Cerró con trincheras los principales vados y estableció en ellos fuertes baterías, distribuyendo convenientemente sus tropas para cubrir toda la línea. Nariño consiguió plantar una taravita diez y seis kilómetros más abajo del campo atrincherado, en un punto en que el camino era tan acantilado, que sólo 45 hombres pudieron treparlo durante la noche, haciendo escalas con los porta-fusiles. Descubiertos con las primeras luces del alba, se lanzaron sobre una batería y tomaron un cañón ; pero atacados por fuerzas superiores, perecieron casi todos ellos. Al fin consiguió forzar uno de los vados, bajo la protección de una batería, asaltando la trinchera enemiga artillada, y establecerse con una división en la margen meridional del río. Aymerich acudió con sus reservas al punto atacado y se trabó la pelea. Los independientes fueron rechazados, y repasaron el Juanambú, con 50 heridos, dejando en el campo como 100 muertos y algunos prisioneros. Á pesar de esta ventaja, Aymerich resolvió levantar su campo y se replegó hacia Pasto.

El ejército independiente atravesó libremente el Juanam-

(13) La taravita es una ingeniosa invención de los indígenas americanos, y de ellos la tomaron los españoles desde los primeros tiempos de la conquista. Consiste en tender dos lazos ó cables entre las márgenes de un río, que se atan en árboles ó peñascos. De ellos se suspende una especie de canasto ó saco de cuero, con capacidad para contener dos personas, el cual es movido por otros dos lazos que lo transportan de una á otra margen. Las bestias también se transportan por este mecanismo primitivo, suspendiéndolas por medio de una ancha cincha, como las que se usan en los buques para embarcar caballos. Las taravitas pueden tenderse sin ningún punto de apoyo intermedio, en espacios de cien metros de longitud.

bú por medio de taravitas, después de veinte días de demora, y adelantó sus marchas en busca del enemigo. Aymerich, al frente de 1.600 hombres, de los cuales 800 fusileros, lo esperaba en una fuerte posición llamada el cerro de las Cebollas ó de Chacapamba. Al avistarse ambos ejércitos, los soldados realistas gritaron : « Este no es Calibio ». — El primer ataque sobre la posición, fué rechazado. — El espíritu de los invasores desmayó, y muchos opinaban por la retirada. Sabiéndolo Nariño, reunió á sus oficiales en junta de guerra, y los persuadió, que el más seguro modo de perderse y de perder el honor era retirarse. El ataque inmediato quedó decidido. Los independientes se movieron en tres columnas, y protegidos por los fuegos de su artillería que batía la falda del cerro, treparon un tercio de la áspera cuesta. Á esta altura, los realistas que estaban cubiertos por un espeso bosque, rompieron un vivo fuego, que los asaltantes recibieron al descubierto. El combate se prolongó por espacio de cuatro horas. Los independientes empezaban á cejar. Dos compañías del Cauca habían vuelto la espalda y huían en desorden. Nariño las contuvo ; les enrostró su cobardía, y espada en mano, las condujo de nuevo al fuego. Reanimados los patriotas con esta valerosa acción de su general, cargaron con ímpetu y arrebataron la posición (8 de mayo de 1814). Esta victoria fué caramente comprada. Los independientes tuvieron más de 100 muertos, mientras que los realistas, que combatían emboscados, sólo perdieron 12 hombres.

Considerándose Aymerich perdido, emprendió su retirada hacia Quito. Los pastusos, resueltos á defender sus hogares, se negaron á seguirle, estimulados por sus mujeres, que cuchillo en mano, ofrecían sus vestidos femeninos á los cobardes que las abandonasen (14). Nariño, que pensaba entrar sin resis-

---

(14) Torrente : « Hist. de la Revol. Hisp. Americana ». t. II, pág 58.

tencia á la ciudad de Pasto, se adelantó con la vanguardia, pero recibido en los arrabales á vivo fuego, fué rechazado y deshecho. Los dispersos llevaron al campamento la noticia de que todo estaba perdido y el general prisionero. Las tropas neo-granadinas, poseídas de pánico, clavaron sus cañones y se pusieron en precipitada retirada. De los 1,400 soldados que invadieron á Pasto, sólo llegaron 900 hombres á Popayán. — Nariño, al regresar fugitivo á su campamento con sólo trece hombres, se encontró sin ejército. Abandonado por sus últimos compañeros, vagó solo por algunos días en la montaña, alimentándose con frutas silvestres. Desesperado y hambriento, resolvió presentarse á sus enemigos, con el intento de ver si podía negociar un armisticio. Entregado á Aymerich, fué remitido engrillado por segunda vez á España.

XI

Mientras estos graves sucesos ocurrían en el sud, por la parte del norte y del occidente se desarrollaban otros que cambiarían la faz de la revolución, salvando por el momento á la Nueva Granada de una pérdida segura.

Queda explicado (§ VI, de este cap.) como terminara á fines de 1813 la primera guerra entre Cartagena y Santa Marta después de la catástrofe de Venezuela. Fué en este momento cuando reapareció Bolívar en la escena revolucionaria, y se diseñaron los primeros perfiles de su gran figura. Emigrado de la patria, después de permanecer algún tiempo en Curaçao, ofreció sus servicios al gobierno de Cartagena. Fué nombrado comandante de armas del distrito de Barrancas sobre el alto Magdalena, y resolvió por sí abrir una campaña contra los samarios que aún ocupaban la banda oriental del río obstruyendo su navegación. Aquí empezó á revelarse el genio emprende-

dor del futuro libertador sud-americano. Á la cabeza de una pequeña columna de milicianos, atacó la villa fortificada de Tenerife y obligó á su guarnición á evacuarla, apoderándose de su artillería y de la flotilla que la sostenía. En seguida reconquistó el importante pueblo de Mompox, en la margen occidental, situado en el punto en que el Cauca se derrama en el Magdalena. Labatut, que como superior de las armas de Cartagena, operaba al mismo tiempo en las bocas del Magdalena contra Santa Marta, según antes se relató, encelado contra este intruso que se permitía triunfar sin órdenes, pidió que fuese sometido á juicio; pero sostenido por el dictador Torices, y reforzado con alguna tropa reglada y quince embarcaciones armadas en guerra, abrió una nueva campaña, remontando el río con una columna de 500 hombres. Sucesivamente se posesionó de Banco, batió á su guarnición en Chiriguaná, avanzó hasta Tamalaneque y Puerto-Real, y entró triunfante á Ocaña, en medio de las aclamaciones de la población (enero de 1813).

Santa Marta fué tratada por los cartageneros como país conquistado. Exasperados los samarios por la dominación de Cartagena, expulsaron á Labatut que los tiranizaba cruelmente, y en combinación con Río-Hacha, auxiliados desde Maracaibo y Portobelo, alzaron de nuevo el pendón del rey (marzo de 1813). Cartagena volvió á quedar flanqueada por el este y por el oeste. Eran dos cuñas metidas en la confederación neogradina, que neutralizaban las fuerzas de uno de sus más poderosos Estados. El dictador Torices lo comprendió así y preparó una expedición marítima, á cuyo frente se puso personalmente confiando el mando de las tropas de desembarco al coronel francés Luis Fernando Chatillón. La expedición cartagenera fué rechazada y vencida, dejando 400 muertos en el campo de batalla, entre ellos Chatillón, con pérdida de su artillería (11 de mayo de 1813). Torices con su escuadrilla, se retiró desalentado, y desde entonces se limitó á cubrir la

línea del Magdalena á la defensiva. Santa Marta quedó triunfante.

Antes de que este suceso se produjese, los realistas, dueños de Venezuela, que tan eficazmente cooperaron á la restauración de Santa Marta, habían proyectado reconquistar el virreinato de Santa Fe. Con este objeto, aglomeróse un ejército de 2,600 hombres en la provincia de Barinas, al mando del capitán de fragata Antonio Tizcar, con una división como de 1,000 hombres á cargo del coronel Ramón Correa en los valles de Cúcuta, amenazando á Pamplona, y 700 en el Guasdalito sobre el Arauca con el mismo objetivo sobre el otro flanco á la vez que el del Socorro y Tunga. Estas fuerzas habrían podido reconquistar fácilmente el virreinato de Santa Fe, en el estado de desorganización en que se encontró durante el año de 1812; pero permanecieron en la inacción y en esta actitud se mantenían cuando entró Bolívar á Ocaña. El futuro libertador había llegado al punto en que debía decidirse su destino en los comienzos y el final de su gloriosa carrera, y Santa Marta, como una nube negra en el horizonte, marcaba el sitio de su melancólica muerte.

Hallábase en la provincia limítrofe de Pamplona el coronel de la Unión Manuel del Castillo Rada, que á la sazón organizaba allí un cuerpo de tropas para oponerse á la invasión con que el coronel realista Correa amezaba á la Nueva Granada desde los valles de Cúcuta. Este jefe solicitó el auxilio de Bolívar á fin de cooperar á su empresa, y el gobierno de Cartagena le otorgó el permiso, poco antes de la derrota de su expedición contra Santa Marta.

XII

Bolívar concibió entonces el atrevido plan de reconquistar á Venezuela, y comunicó su idea al dictador Torices y al presidente de la Unión Camilo Torres. « La suerte de Nueva » Granada, les decía, está íntimamente ligada con la de Vene- » zuela. Si Venezuela continúa en cadenas, Nueva Granada » las llevará también. La esclavitud es una gangrena, que » empieza por una parte, y si no se corta, se comunica al todo » y perece el cuerpo entero » (15). Simultáneamente, comisionó á su compañero y amigo el coronel José Félix Rivas, á fin de persuadir á Torres de la necesidad de su empresa, y para esforzar sus razones, puso desde luego en ejecución una parte de su plan. Con 400 hombres abrió la campaña, llevando los fusiles necesarios para armar un batallón que organizaba Castillo en Pamplona. Sin esperar este refuerzo, atravesó con celeridad el primer ramal de la cordillera oriental frente á Ocaña por un camino fragoso; sorprendió la primera gran guardia enemiga de 100 hombres en un desfiladero, que bien defendido habría detenido su avance; obligó á retirarse á un destacamento de 200 hombres que servía de reserva á la gran guardia, y desparramando la voz de que iba al frente de un poderoso ejército, cayó sobre el coronel Correa, á tiempo que le llegaban dos compañías de infantería del batallón de Pamplona. Bolívar, aunque con fuerzas inferiores, atravesó el caudaloso río Zulia, en una sola canoa, y resolvió atacar al enemigo. El jefe español se encontraba con 800 hombres en San

---

(15) Ofi. de Bolívar al dictador de Cartagena, Torices, y al presidente de la Unión neo-granadina, C. Torres, 1813. (« Docs. para la Hist. del Libertador », t. IV, pág. 539.)

José de Cúcuta. En este punto se trabó el combate. Después de cuatro horas de fuego sostenido, una impetuosa carga á la bayoneta ordenada por Bolívar, decidió la victoria á su favor, quedando en su poder toda la artillería española (28 de febrero de 1813). Los independientes quedaron dueños de los valles de Cúcuta, amenazando las provincias de Barinas y Maracaibo. Poco después llegó Castillo con el contingente de Pamplona, y la columna invasora contó con más de 1,000 hombres y 1,200 fusiles de repuesto.

El pensamiento de Bolívar de reconquistar Venezuela, era considerado por todos como una locura, como lo había sido el de San Martín de reconquistar á Chile cuando por la primera vez fué enunciado. Venezuela estaba defendida por un ejército de seis mil hombres, ensoberbecidos con sus recientes triunfos. La Unión neo-granadina apenas podía disponer de mil hombres para acometer la empresa. Felizmente, Bolívar encontró su Pueyrredón en Nueva Granada, como el libertador del sud lo encontrara en el Plata, según va á verse. Bolívar había publicado una memoria que produjo profunda sensación en Nueva Granada. En ella expuso por la primera vez el futuro libertador sus ideas políticas y militares, respecto de la organización que debía darse al gobierno republicano para impulsar la revolución y del modo de conducir la guerra de la independencia americana, á la vez que desarrollaba el gran plan de campaña que desde entonces lo ocupaba. Explicando las causas de la caída de la república venezolana, condenaba el republicanismo teórico que la había precipitado. « Los có- » digos que consultaban nuestros gobernantes, no eran los » que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino » los que han formado ciertos visionarios, que imaginándose » repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección po- » lítica, presuponiendo la perfectibilidad humana. Tuvimos » filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por » táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión

» de principios y de cosas, el orden social se conmovió, y el » Estado corrió á pasos agigantados á una disolución universal. » Pronunciábase absolutamente como San Martín en el Plata, contra el sistema federal de gobierno : « Bien que sea el más » perfecto y el más capaz de proporcionar la felicidad huma- » na en sociedad, es el más opuesto á los intereses de nues- » tros nacientes Estados. No es posible regirse por un gobierno » tan complicado en medio de facciones intestinas y de una » guerra exterior. Es preciso que el gobierno se identifique al » carácter de las circunstancias, de los tiempos y de los » hombres que los rodean. Si los tiempos son prósperos y » serenos, el gobierno debe ser dulce y protector ; si son » calamitosos y turbulentos, debe mostrarse terrible y armarse » de una firmeza igual á los peligros, sin atender á leyes ni » constituciones, ínterin no se restablece la felicidad y la paz. » Mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, » los enemigos obtendrán las más completas ventajas : sere- » mos envueltos en disenciones civiles, y conquistados vilipen- » diosamente por un puñado de bandidos ». Atacaba de frente la propensión revolucionaria de levantar inconsistentes ejércitos populares en vez de ejércitos reglados que diesen nervio á la lucha : « De aquí la oposición decidida, agregaba, á levan- » tar tropas veteranas, disciplinadas y capaces de presentarse » en el campo de batalla á defender la libertad con suceso y » gloria. El establecimiento de innumerables cuerpos de mili- » cias indisciplinadas, además de agotar las cajas del erario y » destruir la agricultura, alejando á los paisanos de sus » hogares, hicieron odioso el gobierno que los obligaba á to- » mar las armas y abandonar sus familias. Es una verdad » militar que sólo ejércitos aguerridos son capaces de sobre- » ponerse á los infaustos sucesos de una campaña ». Y nuevo Scipión, terminaba con un *delenda Carthago* : « La segu- » ridad de Nueva Granada está en la reconquista de Venezuela. » A primera vista parecerá este proyecto imposible. Una me-

» ditación profunda hace conocer su necesidad. Es un prin-
» cipio del arte de la guerra, que toda guerra defensiva es
» perjudicial y ruinosa, pues debilita las fuerzas sin esperan-
» zas de indemnización. Las hostilidades en territorio enemi-
» go siempre son provechosas, por el bien que resulta en mal
» del contrario. No debemos por ningún motivo emplear la
» defensiva. La naturaleza nos proporciona la ventaja de
» aproximarnos á Maracaibo por Santa Marta y á Barinas por
» Cúcuta » (16). Allí estuvo, movido por su idea, á los ochenta días de escrita esta memoria en Cartagena antes de abrir su campaña del Alto Magdalena.

El presidente Camilo Torres, había leído con profunda atención la memoria de Bolívar. Espíritu abierto á las grandes cosas, y no obstante que en ella se impugnasen sus ideas radicales sobre el federalismo, comprendió que era la obra de un hombre de pensamiento y de acción capaz de llevar á cabo grandes empresas. Vistas tan nuevas y reflexiones de tan largo alcance, expuestas en lenguaje tan viril como brillante, que hablaba al instinto, á la razón y al corazón, conquistaron el presidente de la Unión al atrevido plan de Bolívar. Cuando Rivas llegó á Tunja, ya el presidente estaba persuadido. Las recientes ventajas alcanzadas en la invasión parcial de Cúcuta, lo acabaron de decidir. La reconquista de Venezuela quedó resuelta (17).

---

(16) « Memoria » de Bolívar á los ciudadanos de Nueva Granada, referente á la necesidad de abrir una campaña sobre Venezuela. (« Doc. para la Hist. de la vida púb. del Libertador de Colombia » etc., t. IV, pág. 119 y siguientes.)

(17) Compárese el relato de este capítulo con Baralt : « Resumen de Venezuela »; Montenegro : « Geografía de Venezuela »; Ceballos : « Resumen del Ecuador »; Restrepo : « Hist. de Colombia », especialmente este último, cuya cronología hemos seguido, guiados por los documentos de referencia consultados directamente en « Docs. para la Hist. del Libertador », cit. en este capítulo.

CAPÍTULO XXXVIII

RECONQUISTA DE VENEZUELA. — GUERRA Á MUERTE. — PRIMERAS GRANDES CAMPAÑAS DE BOLÍVAR

AÑO 1813

Retrospecto venezolano. — Terrorismo de Monteverde. — El golfo Triste y el islote de Cachacachare. — Insurrección de Cumaná. — Aparición de Santiago Mariño, Piar y Bermúdez. — Atrocidades de Cerveris. — Combates de Maturín. — Derrota de Monteverde. — Aparición de Arismendi. — Sublevación de la isla Margarita. — Sitio y toma de Cumaná. — La guerra á muerte ley del vencedor. — Reconquista del oriente de Venezuela por los independientes. — Invasión de Bolívar por el occidente. — Antecedentes sobre la guerra á muerte. — Nueva Granada decide la reconquista de Venezuela. — Combate de la Grita. — Desavenencias de Bolívar y Castillo. — Distribución del ejército realista de Venezuela. — Bolívar reconquista las provincias de Mérida y Trujillo. — Combate de Carache. — Bolívar declara la guerra á muerte. — Juicio sobre ella. — Continúa la campaña de Venezuela bajo su responsabilidad. — Atrevida marcha estratégica de Bolívar. — Batalla decisiva de Niquitao. — Disolución del ejército de Tizcar. — Ocupación de Barinas. — Batallas de los Horcones y de Taguanes. — Fuga de Monteverde. — Resultados de la campaña. — Juicio universal sobre ella. — Entrada triunfal de Bolívar en Caracas. — Dictadura de Bolívar. — Los dos dictadores de Venezuela. — Primer sitio de Puerto-Cabello. — Batallas de Bárbula y de las Trincheras. — El corazón de Giradort. — Bolívar declarado LIBERTADOR. — La orden de los libertadores. — Sublevación realista de los Llanos. — Aparición de Boves y Morales. — El realista Yáñez. — Ocupación de los Llanos por los realistas. — Aparición de Campo Elías. — Batalla del Mosquitero. — Combates de Bobare, Yaritagua y Barquisimeto. — Ataques de Vigirima. — Batalla de Araure. — Asedio de Puerto-Cabello. — Reacción de Boves y Yáñez. — Sublevación en masa del país contra la república. — Efectos de la guerra á muerte.

I

Habíamos dejado pendiente la crónica de la revolución venezolana, en el momento de la primera restauración realista por Monteverde, después de la capitulación de Miranda en

San Mateo. (V. cap. XXXVI). Llegamos ahora al punto en que la insurrección independiente vuelve á aparecer por el oriente de Venezuela y Bolívar va á emprender su reconquista por el occidente. Para ligar estos sucesos con los anteriores y dar su significación á los personajes que sucesivamente irán apareciendo en la escena histórica, se hace necesario volver á tomar el hilo de la narración en el punto en que la dejamos.

Árbitro absoluto Monteverde de Venezuela después de la capitulación de San Mateo, y nombrado posteriormente capitán general con el título de « pacificador », dió comienzo á su obra de pacificación « con actos que hacen erizar los cabe-» llos,—según las palabras de un historiador imparcial,—y de » que hasta los más calurosos partidarios de la España apartan » los ojos estremecidos de horror » (1). Queda ya relatado cómo violó la capitulación y cómo inició su sistema de terrorismo brutal, con prisiones en masa, confiscaciones, vejámenes y rapiñas, á punto de faltar cárceles para contener los presos y morir algunos de ellos de hambre y de sofocación en inmundas crugías. El fiscal de la Audiencia real de Caracas, decía con este motivo: « En el país de los cafres no pueden ser tratados » los hombres con más desprecio y vilipendio » (2). En las

---

(1) Gérvinus: « Hist. du XIX siècle », t. VI, pág. 239. — Flinter, escritor inglés antes cit., y parcial de los españoles, lo confirma.

(2) Vista del fiscal de la Audiencia real de Venezuela, José Costa Gali, magistrado después de la audiencia de Madrid, según consta del acuerdo de dicho tribunal de 9 de febrero de 1813, en que se dice que había « reos sin causa y causas sin reos ». — Montenegro, empleado en la administración civil y militar española de Venezuela y presidente de la real Audiencia, comprueba los hechos, refiriéndose á documentos oficiales de la misma procedencia, en « Geografía », etc., t. IV, pág. 129. — La « Relacion documentada del origen y progresos de los trastornos de las provincias de Venezuela » (Madrid 1820), de Pedro Urquiniona, en su representación al rey, lo confirma, con su autoridad de enemigo de la revolución, testigo presencial y el título de pacificador de Nueva Granada que le confirió la Regencia de Cádiz. — La reclamación de Miranda, preso, dirigida al gobierno español, pone su sello de autenticidad á estas pruebas.

provincias el terrorismo asumió formas más bárbaras hasta degenerar en un bandolerismo desenfrenado. Al principio, las persecuciones se redujeron como en la capital, á prisión, saqueo, secuestro, azotes y algunos asesinatos aislados. Nombrado procónsul en la provincia de Cumaná el coronel Francisco Cerveris, uno de los seides de Monteverde, hizo gemir bajo su férula á los habitantes, con un lujo de insolencia que lo hacía más odioso. No satisfecho con esto, propuso á su jefe un plan de gobierno militar con suspensión de la constitución y disolución de los tribunales para pasar por las armas á todos los rebeldes, protestando que por su parte lo ponía en práctica (3). Tan inhumano fué, que reemplazado en el gobierno por Antoñanzas, el perpetrador de la matanza de San-Juan-de-los-Morros, fué considerado éste como un alivio al compararlo con su antecesor. La real Audiencia de Venezuela, escandalizada por estos excesos, reclamó en vano, y abrió causa criminal á Cerveris, elevando su queja al gobierno de España con

---

(3) La carta de Cerveris á que se hace referencia, fué encontrada entre los papeles de Monteverde, y publicada en la « Gaceta de Caracas », núm, 3, de 1813, en que dice : « El primer paso que debe darse, es dis- » persar la Audiencia, que tanto mal ha hecho creyendo que aquí puede » establecerse la constitución. No hay más que un gobierno militar, y no » dejar con vida á ninguno de estos infames criollos que fomentan estas » disensiones, y pasar por las armas á todos estos pícaros: yo le aseguro » que ninguno de los que caigan en mis manos escapará ». — Díaz, acérrimo realista, en sus « Recuerdos de la Revol. de Caracas », pág. 131-132, al refutar la carta de Bolívar al gobernador inglés de Curaçao, antes citada, no niega la autenticidad del escrito de Cerveris, y se limita á decir, que la « opinión de Cerveris sobre los medios de dureza con que » estaba persuadido debía corregirse un mal ya arraigado en un gran » número de genios turbulentos, fué una opinión no seguida por el go- » bierno ». — Torrente, tan parcial siempre, que excusa los excesos de los realistas, como « actos impolíticos, hijos de las circunstancias » y que sigue al pie de la letra á Díaz, se aparta de él, y no puede negar su franca reprobación á los excesos de Cerveris : « La provincia de Cumaná, » cuya irritación había llegado al último grado con las tropelías come- » tidas por el violento Cerveris». (« Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. I, pág. 409.)

condenación de estos procedimientos inicuos, que calificó de « imprudentes é injustos » (4). Y esto no era sino el preludio de la guerra atroz que iba á abrirse por una y otra parte, provocada por la de los realistas, con asesinatos, incendios, mutilaciones y tormentos espantosos, de que ni las tribus salvajes presentan ejemplo.

Esto sucedía, cuando los desgraciados habitantes de Venezuela, quebrados por la derrota, herida su imaginación por las calamidades públicas y los trastornos de la naturaleza, estaban dispuestos á recibir de nuevo la dominación colonial como un descanso. Una política mansa, los habría mantenido en paz, deteniendo por algún tiempo al menos el curso de la revolución. El terrorismo de la reacción, hizo huir de las almas los pavores supersticiosos que las amedrentaban, y convirtió en fuerza real lo que era una debilidad moral. Las poblaciones se escondieron en los bosques y en las montañas, huyendo de sus verdugos. Los patriotas comprometidos y perseguidos, emigraron. La miseria, la desesperación, el odio á la tiranía y el sentimiento de la venganza, encendieron la rabia hasta en los indiferentes y los tímidos. Todos comprendieron por el exceso del dolor, que eran preferibles los sacrificios por la independencia al sufrimiento de todos los instantes bajo los golpes de un despotismo, sin caridad siquiera, que ni el descanso les proporcionaba. La insurrección latente estalló en los corazones, provocada por el desenfreno de la reacción. Un puñado de proscriptos dió la primera señal desde un peñasco de las Antillas, y todo el oriente del país volvió á reunirse bajo la bandera revolucionaria.

---

(4) Representación de la Audiencia de Caracas al gobierno de España, de 9 de febrero de 1813.

II

Es famoso en la historia del nuevo mundo, el golfo conocido con la denominación de « Triste », descubierto por Colón en su tercer viaje, cuando tocó sin saberlo el continente prometido que buscaba. En su canal de entrada, situado entre la extremidad oriental de la península de Paria y la isla de la Trinidad, se levanta un islote que lleva el nombre de Chacachacare. Allí se refugiaron los proscriptos de Cumaná, huyendo de las persecuciones de Cerveris. Reunidos en número de cuarenta y cinco hombres, resolvieron renovar la guerra, invadiendo la costa de Cumaná y levantar de nuevo el país contra la restauración española. Púsose á su cabeza, un joven gallardo, natural de Margarita, llamado Santiago Mariño, acaudalado propietario, inclinado á la ostentación, poseído de una ambición inquieta que lo extraviaría en su camino. Formaban su estado mayor : el mulato Manuel Piar, nativo de Curaçao, hermoso de presencia, de temple heroico y de pasiones ardientes, destinado á una gloriosa y trágica carrera ; los dos hermanos José Francisco y Bernardo Bermúdez, valerosos ambos pero tan violento y brutal el uno, como era el otro juicioso y reposado ; y el ingeniero venezolano José Francisco Azcue.

Los proscriptos, sin más armas que seis fusiles y pistolas de bolsillo, con unas pocas municiones adquiridas en la Trinidad, tomaron tierra en la punta de Paria, y sorprendieron un destacamento que vigilaba la costa, apoderándose de veinte y tres fusiles. Sin dar tiempo para volver de su asombro á los realistas que ocupaban la península, se dirigieron resueltamente sobre la inmediata villa fortificada de Güiria. La guarnición, compuesta de 300 hombres naturales del país, se pasó en masa á los expedicionarios, quienes dueños de

nueve cañones y cantidad de fusiles, pudieron organizar una columna de 200 hombres bien armados (13 á 16 de marzo de 1813). Bernardo Bermúdez se internó con una partida de 75 hombres y ocupó el pueblo de Maturín, punto importante por su inmediación al Orinoco y su comunicación con los llanos, sobre el río navegable del Guarapiche, donde existía un considerable depósito de pertrechos de guerra. José Francisco Bermúdez se fortificó en Irapa en el fondo de la península sobre el golfo, donde Mariño estableció su cuartel general esperando ser allí atacado.

El golfo, estaba dominado por una escuadrilla realista, y Cerveris disponía de 400 hombres, pero tan cruel como cobarde, permaneció á la distancia en observación, en un punto medio entre Cumaná, Barcelona y Maturín. Reforzado con 300 hombres mandados por el vizcaíno Antonio Zuazola, en vez de abrir hostilidades contra los invasores de la península en combinación con su escuadrilla, le ordenó que se dirigiese sobre Maturín. Zuazola, monstruo destinado á adquirir siniestra celebridad, desde su salida de Cumaná empezó á señalar su camino, incendiando las habitaciones y las cosechas, y matando y mutilando bárbaramente á los pacíficos habitantes de la comarca. Los expedicionarios de Maturín habían desprendido algunas partidas volantes para proporcionarse elementos de movilidad en los llanos y sublevar el interior del país. Reconcentradas en Magüeyes primero y en Aragua después, resolvieron esperar á Zuazola, y fueron fácilmente derrotadas. Todos los vencidos fueron pasados á cuchillo. El vencedor remitió á Cumaná como trofeos de su victoria varios cajones llenos de orejas cortadas á los vivos y á los muertos, que los realistas de la ciudad clavaron en sus puertas, y se asegura que adornaron con ellas sus sombreros á manera de escarapelas. En seguida, Zuazola, y su segundo José Tomás Boves, el compañero de Antoñanzas en las matanzas de Barinas, publicaron bandos ofreciendo garantías á

los que habían huído espantados á los bosques. Los que se presentaron, — hombres, mujeres, ancianos y niños, — fueron todos, ó asesinados fríamente ó mutilados ó atormentados bárbaramente. Algunos fueron desollados vivos. Á unos les cortaron las orejas y la nariz ó les desollaron la planta de los pies ó los desjarretaron como bestias de carnicería; otros fueron degollados, ó cosidos de dos en dos con tiras de cuero fresco espalda con espalda, y arrojados en seguida á una laguna putrefacta por la descomposición de los cadáveres. Sucedió que un niño de doce años, se presentó ofreciendo su vida para salvar la vida de su padre, único sostén de una numerosa familia pobre. Zuazola, hizo degollar á los dos, y al hijo primero que al padre! (5).

---

(5) El historiador alemán Gervinus, tan filosóficamente sereno en sus juicios, que busca la verdad sin propósito preconcebido, guiándose por documentos impresos y discutidos, dice con este motivo: « No se creería barbarie tan refinada, si tantos extranjeros que han viajado más » tarde por el país, no se hubiesen encontrado con las pobres víctimas » de estos horribles hechos. Había gentes mutiladas á quienes se había » cortado la nariz, una mejilla y las orejas, á quienes se habían cosido » acoplados por la espaldas, ó cortado los jarretes, desollado los talones » para hacerlos pisar por encima de vidrios ». (Hist. du XIX siècle, t. VI, pág. 242). — Montenegro, invocando su título de presidente de la audiencia real de Caracas, y de comandante general de los Valles y gobernador de Barcelona en nombre del rey, da testimonio de estas atrocidades en su cit. « Geografía », etc. t. IV, pág. 133 y sig. y nota 270 correlativa. — Baralt, el más grave de los historiadores venezolanos, en su « Resumen » etc., pág. 113, repite lo mismo que Montenegro, siendo de advertir que el autor, después de escribir este libro, fué nombrado miembro de la Academia española, y residió en España rodeado de honores y consideraciones, sin que su aserto fuese refutado ni puesto en duda: — El comisionado de la regencia de Cádiz, Urquiniona, en su « Rel. documentada », etc., cit., dirigiéndose al rey, extracta de un expediente de oficio formado por los españoles en 1818, la deposición de cinco testigos presenciales, soldados de Zuazola, en que consta: « Que » Antoñanzas, como gobernador de Cumaná, ofreció á los soldados de » la expedición de Zuazola, que regalaría un peso por cada oreja de in» surgentes que le presentaran; y que Zuazola les dió orden de cortarlas, » y que no dejasen viviente alguno, sobre todo en Aragua, donde fueron » degollados los rendidos y los escondidos en las chozas, conviniendo

Reunido el gobernador de Barcelona, coronel Lorenzo Fernández de la Hoz á la fuerza del bárbaro Zuazola, atacó á los patriotas en Maturín al frente de una columna de 1,500 hombres. Piar mandaba la plaza, en ausencia de Bernardo Bermúdez, asistido por el ingeniero Azcue. Sólo contaba con 500 hombres para la defensa. Después de 24 horas de resistencia, hubo de emprender la retirada. Pero antes de ceder el terreno, llevó un ataque de caballería á la brusca, consiguiendo desordenar completamente el enemigo (marzo 20). Rehecho y reforzado Fernández de la Hoz, atacó de nuevo á Piar con 1,600 hombres, y fué otra vez batido completamente, replegándose en derrota sobre sus reservas (abril de 1813). Los patriotas, preponderantes, aunque todavía con cortas fuerzas amenazaban á Cumaná y Barcelona y la Guayana. La expedición de Mariño, que al principio se consideró una calaverada por los realistas, alarmó seriamente á Monteverde, que por este tiempo se ocupaba en preparar la invasión á Nueva Granada. Sus aduladores, le habían hecho creer que era un gran guerrero, y lleno de vanidad, reunió un ejército de 2,000 hombres, y se puso en marcha sobre Maturín, intimando rendición en término de seis horas, pasadas las cuales « entregaría

» en las mutilaciones ». — En la « Gaceta de Caracas », núm. 4 de 1813, se publicó una relación testimoniada de las matanzas de Zuazola en Aragua, á que Bolivar hace referencia en su carta al gobernador inglés de Curaçao, antes citada. — El empecinado realista Díaz, en sus, « Recuerdos » pág. 134, al refutar la referida carta, excusa transcribir, — como lo hace en el resto del capitulo, — el texto de Bolivar, y se limita á decir : « Aragua recibió á Piar con música y demostraciones. Horas » después, Zuazola y Boves, destrozada la división de Piar, aun tuvieron » que pelear con los miserables habitantes encerrados en sus más mi» serables chozas. Este crimen, atrajo sobre él sólo el saqueo, la » muerte de algunos temerarios y el incendio de las chozas de los que » más se obstinaron » (*peleando encerrados en sus chozas!*) — Torrente, que como queda dicho, sigue servilmente el texto de Díaz, en este punto, como en la matanza de San Juan-de-los-Morros, aparta los ojos y ni siquiera nombra á Zuazola, lo que es una prueba negativa de mayor valor que todas las demás.

la población al furor de sus soldados ». Piar, al frente de 150 infantes, 300 hombres de caballería y dos piezas de artillería, contestó que se defendería hasta la muerte en honor de la libertad. Emprendido el ataque de la posición, las tropas de Monteverde se desordenaron bajo los fuegos certeros de la infantería y artillería de plaza. Una carga de caballería por el flanco llevada por Piar en persona, completó la derrota. Monteverde « escapó de milagro », según propia confesión oficial, dejando en el campo más de 400 muertos, su artillería, armamento, municiones, bagajes y hasta la caja militar (mayo 25). La defensa del territorio invadido, quedó confiada al mariscal Cajigal, que limitó sus operaciones á la más estricta defensiva en Barcelona. Los proscriptos triunfantes, tomaron la ofensiva y convergieron sobre Cumaná.

III

La isla de Margarita, frente á la extremidad de la península de Arayo, que ocupa al norte casi la misma posición que la Trinidad frente á la de Paria al sud, efectuó su levantamiento por este mismo tiempo, exasperada por la tiranía de los mandones españoles y estimulado su patriotismo por los sucesos de Cumaná. Esta isla, hasta entonces oscura, con una escasa población en una superficie de 300 kilómetros cuadrados, estaba destinada á representar un gran papel en la historia de la lucha por la independencia. Separada del continente por un brazo de mar como de cincuenta kilómetros, á la altura del golfo de Cariaco, — que es al norte la repetición del golfo Triste al sud, — y dentro del cual está Cumaná, su dominio era de la mayor importancia para los expedicionarios de tierra firme, así por su posición como punto de ataque y de retirada en comunicación con el exterior, cuanto por la

índole de sus habitantes, que avezados á los trabajos de la mar, podían cooperar á la insurrección con elementos navales, combinando operaciones á lo largo de las costas. Esta isla, está dividida en dos partes por una montaña, que la corta en dos valles, uno al sud y otro al norte, que sólo comunican por un estrecho desfiladero fácil de defender. El principal puerto de la parte meridional, está defendido por el castillo de Pampatar, y en el centro, su capital, la Asunción, dominada por la fortaleza de Santa Rosa. La parte norte, lleva el nombre de Juan Griego, con un buen puerto sobre el mar Caribe, tenía una casa fuerte para su defensa. — Esta descripción, necesaria para la inteligencia de los memorables sucesos de que fué teatro la Margarita, hará comprender la importancia de su posesión, así para los independientes como para los realistas.

Mandaba por entonces en Margarita en calidad de gobernador, el coronel Pascual Martínez, un tiranuelo de la ralea de Cerveris, que había implantado allí el mismo sistema terrorista de prisiones, azotes, secuestros, destierros, y muerte sin forma alguna de juicio y con lujo de vilipendios. La audiencia había reprobado sus tropelías, y mandado poner en libertad á los perseguidos por él. Enfurecido, declaró que fusilaría á los reos absueltos por la audiencia que se atrevieran á pisar su territorio. Entre sus víctimas contábase un hombre de sangre mezclada, pescador en su origen y á la sazón uno de los principales propietarios de la isla, considerado por los isleños como su caudillo natural. Era el tipo grosero pero enérgico del héroe popular, de valor estoico y ferocidad nativa, con rasgos de generosidad, en quien las vehementes pasiones de su indómito carácter, se combinaban con una astucia fría y una ambición aventurera. Llamábase Juan Bautista Arismendi. Perseguido al tiempo de la restauración, habíase ocultado. El gobernador hizo prender á su mujer y á sus hijos, y amenazó fusilarlos si no declaraban

su paradero. Arismendi se presentó. Sus bienes fueron secuestrados, su familia quedó en la miseria, y él fué enviado preso á la Guayra. Arismendi juró vengarse. Amnistiado, y de regreso á la tierra natal, fué nuevamente encerrado en un calabozo. Los margariteños, se sublevaron en masa. Martínez tuvo que encerrarse con la guarnición en el castillo de Pampatar, donde fué sitiado y rendido. Nombrado Arismendi gobernador de la isla, cumplió su terrible juramento : el gobernador Martínez y veinte y nueve españoles que cayeron con él prisioneros, fueron pasados por las armas. La guerra á muerte por una y otra parte, empezaba á ser la ley del vencedor.

Inmediatamente se puso en comunicación Arismendi con los expedicionarios de tierra firme y les ofreció todos los recursos de la isla para cooperar á su empresa. Mariño, que había tomado la ofensiva resueltamente, y sitiaba á la sazón la plaza de Cumaná, le pidió una escuadrilla para dominar el golfo de Cariaco y bloquear el puerto. Arismendi, con gran actividad, y con la influencia que tenía entre la gente de mar, consiguió armar en breve tiempo tres goletas y once embarcaciones menores, que al mando del italiano José Bianchi envió á Cumaná, juntamente con un cargamento de armas y municiones que puso á disposición del jefe de la insurrección de oriente. La plaza de Cumaná, quedó de este modo, sitiada por tierra y bloqueada por mar.

IV

Después de la derrota de Monteverde en Maturín, los expedicionarios, con el prestigio de la victoria, considerablemente engrosados y bien armados, convergieron según queda dicho sobre Cumaná. Los realistas á órdenes del gobernador

Antoñanzas, desmoralizados y sucesivamente quebrados en diez pequeños combates, se encerraron en número de ochocientos hombres en la capital de la provincia, bien fortificada y artillada con 40 cañones. Mariño estableció el asedio y lo estrechó progresivamente formando una línea de circunvalación como de quince kilómetros. Empero, el sitio se habría prolongado indefinidamente, desde que los sitiados tenían libres sus comunicaciones por la parte de la marina. El oportuno y eficaz auxilio naval de los margariteños, hizo escasear los víveres en la plaza, y los sitiados desmayaron. Intimada la rendición á Antoñanzas, contestó con una baladronada; pero amilanado, no pensó ya sino en la fuga. Al efecto hizo embarcar á bordo de la escuadrilla que tenía en el golfo, cuanto pudo, con el pretexto de ir en busca de auxilios, pero en realidad para salvarse aprovechando de algún descuido de la flotilla bloqueadora (31 de julio). Dejó encomendado el mando del punto á su segundo, quien considerándose perdido, hizo otro tanto en las embarcaciones que aun había en el puerto, mientras negociaba una capitulación con los sitiadores á la vez que clavaba la artillería, y se reunió á Antoñanzas, que no había podido burlar la vigilancia de Bianchi. En tal situación, resolvieron á todo trance aprovechar una ventolina y salir á la mar con ocho velas. Atacados á la salida por la flotilla margariteña, fueron apresados cinco de los buques españoles, salvando sólo tres, y uno de ellos con Antoñanzas herido en el combate, de cuyas resultas murió poco después en Curaçao.

Dueños los expedicionarios de Cumaná, marcharon sobre Cerveris, quien se replegó intimidado; pero antes de hacerlo, mandó fusilar al comandante Bernardo Bermúdez, que había caído prisionero en su poder, el que habiendo salvado moribundo de la ejecución, fué ultimado por su orden en el hospital. Piar con una fuerte columna, se apoderó de Barcelona. Cajigal que la defendía, noticioso de que Bolívar invadía por

el occidente se retiró por tierra á la Guayana (agosto de 1813). Al pasar el Orinoco, Boves, y un canario llamado Francisco Tomás Morales destinado á la celebridad, que lo acompañaban, pidieron quedarse en los llanos para hostilizar á los rebeldes. Dióles el general español cien hombres y algunos recursos. Este fué después el núcleo de un ejército formidable que debía hacer desaparecer por segunda vez la república de Venezuela.

José Francisco Bermúdez, al frente de otra columna, ocupó Cariaco, Carúpano, y Río Caribe sobre la costa de Paria. Poseído de la furia de la venganza por la muerte de su hermano, pasó á cuchillo cuantos realistas cayeron en sus manos, como lo había jurado, adquiriendo desde entonces la fama de cruel y sanguinario á la par de valiente. Antes, al tiempo de ocupar la plaza de Cumaná, los vencedores estimulados por él, habían hecho pasar por las armas veinticinco prisioneros de los más señalados, en represalia de los sufrimientos que habían hecho experimentar á los patriotas. La guerra á muerte tomaba así el carácter de una guerra de exterminio sin misericordia.

De este modo fué reconquistado por los independientes, en menos de ocho meses, todo el oriente de Venezuela. Mariño, fué reconocido como jefe supremo y dictador de las provincias orientales de Cumaná, Barcelona y Margarita, y Piar por su segundo. Al mismo tiempo (agosto de 1813), Bolívar entraba triunfante en Caracas y era aclamado dictador en el occidente, después de libertar las provincias centrales de Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas, en una de las campañas más extraordinarias de la época, que puede hasta cierto punto parangonarse bajo algunos aspectos con la primera campaña de Bonaparte en Italia.

V

Al finalizar el anterior capítulo (véase cap. XXXVII, § XII), dejamos á Bolívar en los valles de Cúcuta, al frente de 1,000 hombres, triunfante de la división realista del coronel Correa que los ocupaba, y reunido á las fuerzas de Pamplona mandadas por Castillo. En esta posición, tomaba por la espalda á Santa Marta, por el flanco á Maracaibo y Coro, y amenazaba de frente las provincias de Mérida y Trujillo, manteniendo en jaque á la de Barinas (marzo de 1813). Ocupábase en gestionar ante el gobierno de Nueva Granada la autorización correspondiente para invadir y llevar adelante la empresa de libertar á su patria, cuando se le presentó un joven venezolano, abogado y coronel, que había sido miembro del congreso de Caracas. Era un hombre instruído y de talento, pero de una exaltación patriótica que rayaba en el frenesí. Enfurecido por los excesos de Monteverde y sus seides, había publicado en Cartagena un plan de exterminio de la raza española, que firmaron con él algunos proscriptos y varios aventureros extranjeros. Consistía, en la organización de un cuerpo juramentado de exterminadores « con el principal fin de destruir » en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos y » los isleños canarios, de manera que no quedase uno solo » vivo », y adjudicarse la mitad de sus bienes, ofreciendo grados y premios á « los que presentasen de veinte cabezas de españoles para arriba ». Bolívar y Castillo prestaron su aprobación á este plan, con la única salvedad de « matar por » el momento á los que se tomasen con las armas en la » mano », y someter á la aprobación del gobierno de la Unión lo relativo á la distribución de caudales y cabezas cortadas (6).

---

(6) Díaz : « Recuerdos de la Revol. de Caracas », págs. 69 y 72. — Res-

Briceño, con esta credencial de sangre, abrió de su cuenta campaña sobre los llanos de Casanare, con una gavilla de ciento cuarenta juramentados. Pocos días después, Bolívar y Castillo recibían una carta, cuyas primeras líneas estaban escritas con sangre, y las cabezas de dos españoles como primeros trofeos de la guerra á muerte por ellos sancionada. Ambos rechazaron con indignación el horrible presente, sobre todo Castillo, que repudió enérgicamente toda solidaridad con el hecho. Derrotado Briceño por fuerzas superiores y tomado prisionero, fué juzgado por un consejo de guerra y fusilado en Barinas conforme á la ley de la guerra. Este antecedente de la guerra á muerte que iba á abrirse, tiene su importancia histórica, porque precisamente la ejecución de Briceño fué una de las causales que dió Bolívar para declararla después, cuando aún no había tenido lugar.

En el intervalo de este sangriento episodio, se habían formalizado los convenios para la reconquista de Venezuela entre el gobierno de la Unión y Bolívar. La república de Venezuela sería restaurada bajo los auspicios de la Nueva Granada en su primitiva forma federal, y sus antiguas autoridades repuestas. El ejército neo-granadino, conservaría simplemente el carácter de libertador, sin inmiscuirse en el orden interno. La República de Venezuela restablecida, pagaría los gastos de la expedición. Tales fueron las condiciones qus suscribió Bolívar, y que juró cumplir fielmente.

Resuelta la invasión, Bolívar ordenó á Castillo avanzar con 800 hombres sobre Correa, fortificado con otros tantos en la angostura de La Grita. El jefe patriota atacó resueltamente la posición enemiga, flanqueándola, y después de un reñido

---

trepo, en su « Hist. de la Revol. de Colombia », omitió este hecho en la primera parte de su obra, pero en presencia del documento textual exhibido por Díaz, confesó francamente su autenticidad en la segunda parte, condenando severamente el plan de Briceño.

combate, obligó á sus sostenedores á retirarse en derrota hacia Trujillo, con abandono de su artillería desmontada, y á recostarse á Maracaibo. Envanecido Castillo con su victoria y celoso de su jefe, pretendió cruzar los planes de éste, representando al gobierno federal que la expedición tendría un mal éxito del modo que la llevaba. Retiróse luego con parte de sus tropas, y presentó su renuncia en la creencia tal vez de que sería preferido como neo-granadino. El presidente Camilo Torres no trepidó. Optó por Bolívar, y con el grado de brigadier, le confirió facultad para libertar las provincias venezolanas de Mérida y Trujillo, con prevención de no pasar más adelante y esperar las instrucciones que le llevaría una comisión del congreso, la que representaría el papel de los convencionales militares en los ejércitos de la revolución francesa.

Las fuerzas con que contaba Bolívar para acometer su ardua empresa, muy disminuídas por la separación de Castillo, constaban de dos batallones en cuadro (como 100 hombres cada uno), otro casi completo y un piquete de artilleros, sumando un efectivo total que apenas alcanzaba á 600 soldados. Todo su material se reducía á 5 obuses y 4 piezas de campaña, 1,400 fusiles de repuesto y 140,000 cartuchos. Las fuerzas que tenía que vencer alcanzaban á cerca de seis mil hombres, distribuídos de tal manera que cualquiera de las divisiones enemigas podía batirlo con doble número. Sobre el litoral y en el valle de las vertientes occidentales de la cordillera en que operaba, aun le hacía frente Correa con los restos de su división, cubriendo á Maracaibo, donde mandaba Miyares, que contaba con una fuerte guarnición, sostenido por los partidarios armados de la comarca y en comunicación con Santa Marta. Otra división de 400 hombres ocupaba Trujillo. Coro, estaba defendido por un cuerpo de tropas regladas de 400 hombres al mando del inteligente general Ceballos. Una columna de 900 hombres situada en Barquisimeto, cubría á Coro y

protegía á Valencia en el fondo del valle. En las vertientes orientales de la sierra y en los llanos centrales, estaba Tizcar, con un cuerpo de ejército como de 1,300 hombres dominando la provincia de Barinas, sostenido por una columna de observación de 900 hombres al mando del canario José Yáñez en los llanos de Casanare. En San Carlos, protegía á Tizcar, y cubría á la vez á Valencia y Caracas, — que contaban con fuertes guarniciones, — otra columna de 1,200 hombres. Á retaguardia de todo, estaba Monteverde con la reserva que no bajaba de 700 hombres, con el apoyo de la plaza fuerte de Puerto-Cabello. Empero, tres meses después, el centro de Venezuela estaba reconquistado, como ya lo estaba el oriente, y Bolívar entraba triunfante en Caracas.

VI

La primera marcha invasora de Bolívar por las vertientes occidentales de la cordillera oriental, que cruza el territorio de Venezuela, fué una serie de relámpagos, que terminó con un rayo. Apoderóse sin resistencia de Mérida, que le ofreció el contingente de un batallón de 500 plazas y un escuadrón de caballería (30 de mayo). Adelantó la vanguardia, fuerte de 500 hombres, á órdenes del comandante Atanasio Girardot, gallardo oficial neo-granadino que se había distinguido en las primeras campañas de la revolución, y ocupó Trujillo. Desprendió con un grueso destacamento al comandante Luciano D'Eluyar, otro valeroso oficial granadino de la escuela de Girardot, y obligó á Correa que se había atrincherado en Ponemesa, á refugiarse en Maracaibo. Una gruesa división enemiga de 400 infantes y 50 jinetes, que defendía Trujillo al mando del marino español Manuel Cañas, se replegó á Carache, pueblo decidido por la causa del rey. Girardot con su

vanguardia la atacó y la dispersó en una hora de comb tomándole 70 prisioneros y un cañón (19 de junio). Los prisioneros españoles fueron pasados por las armas, y el pueblo de Carache declarado « infame » en una proclama del general en jefe. En cincuenta días, las provincias de Mérida y Trujillo fueron barridas de enemigos, cuyo número representaba el doble de los primitivos invasores. Desde este momento, el general expedicionario, asumió una actitud independiente como representante de la soberanía de la república de Venezuela y se invistió de hecho del carácter de dictador. En contravención de las órdenes expresas del gobierno de que dependía y contrariando la política bélica de la república cuyas armas comandaba, fulminó por sí una ley de exterminio que comprendía á los beligerantes y á la población en masa del país invadido, á que dió el carácter de ley fundamental, como él mismo la calificó (7).

La aprobación dada por Bolívar, aunque condicionalmente, al plan de exterminio de Briceño, y las proclamas con que abriera su campaña, indicaban que iba poseído por el delirio de la venganza á consecuencia de las atrocidades cometidas por Monteverde y sus seides. Al ocupar á Mérida había dicho : « Las víctimas serán vengadas : los verdugos serán exterminados. Nuestros opresores nos fuerzan á una guerra mortal. Ellos desaparecerán de la América. Nuestra tierra será purgada de los monstruos que la infestan. Nuestro odio será implacable y la guerra será á muerte » (8). En Truji-

(7) En un decreto posterior, de 6 de setiembre de 1813, imponiendo pena de muerte á los traidores a la patria y pertubadores del orden, dice el mismo Bolívar : « Desde el momento mismo que en el cuartel general de Trujillo autoricé con mi firma la proclama de 15 de junio último, quedó sancionado todo su contenido como ley fundamental de Venezuela, hasta la reconquista del poder tirano que usurpaba su libertad ». (« Docs. rel. á la vida pública del Libertador » t. I, pág. 56.)

(8) Proclama de Bolívar á los meridanos de 8 de junio de 1813. 7 días

llo, la declaró solemnemente por medio de un tremendo decreto-proclama, con el acuerdo de una junta de guerra que le prestó su aprobación unánime. El documento en que se promulgó es célebre en los anales sangrientos de la humanidad. « La justicia, dice en su proclama, exige la vindicta y » la necesidad nos obliga á tomarla ». Y disponía en consecuencia : « Todo español que no conspire contra la tiranía » en favor de la justa causa, por los medios más activos y » eficaces, será tenido por enemigo, castigado como traidor » á la patria, y en consecuencia será irremisiblemente pasa- » do por las armas ». La sentencia de muerte terminaba con estas amenazadoras palabras, que han tenido la sanción de la sangre : « Españoles y Canarios : contad con la muerte, aun » siendo indiferentes, si no obráis activamente en favor de » la libertad de Venezuela. Americanos : contad con la vida, » aun cuando seáis culpables » (9). Desde entonces fechó sus bandos dictatoriales abriendo una nueva era en los anales americanos : « Año III de la independencia y primero de la » guerra á muerte ».

La guerra á muerte declarada por Bolívar en Trujillo y ejecutada al pie de la letra como el terrorismo de la revolución francesa, ha sido contradictoriamente juzgada, bajo diversos aspectos. Preconizada como acto de fortaleza, explicada por

---

antes de la declaración de la guerra á muerte. (Docs. para la Hist. del Libertador), t. IV, pág. 644.)

(9) Proclama de Bolívar en Trujillo de 15 de junio de 1813. — Algunos historiadores asignan á esta proclama, la fecha de 15 de julio. Restrepo, en la 1.ª ed. de su « Hist. de la Revol. de Nueva Granada » pub. en 1827, incurrió en el mismo error, tomándola de una hoja suelta que llevaba la fecha equivocada ; pero en su 2.ª ed. de la « Hist. de la Revol. de Colombia » lo corrige asignándole la verdadera, aunque sin dar la prueba. Héla aquí : el 15 de julio Bolívar se hallaba en Barinas, y él mismo dice en su decreto de 6 de setiembre de 1813, antes citado : « En el » cuartel general de Trujillo autoricé con mi firma la proclama de quince » de junio último » (1813).

la necesidad como cálculo de fría prudencia, justificada como medio de hostilidad, excusada por las perturbaciones morales de la época, nadie, con excepción de los españoles, la ha condenado en absoluto como acto de ferocidad personal, que no estaba en la naturaleza elevada y magnánima aunque soberbia del dictador. En medio de tan contradictorios juicios, inconsistentes unos y sofísticos otros, sólo dos hombres la han condenado francamente. Uno de ellos, es el mismo Bolívar. En sus últimos años, aleccionado por la experiencia, y después de haber defendido apasionadamente la guerra á muerte ante sus contemporáneos, confesó : que fué un *delirio,* y un delirio estéril, pues que sin la guerra á muerte habría triunfado también (10); pudiendo agregar que hubiera triunfado mejor. Es que la guerra á muerte estaba en el corazón de los combatientes enconados por la lucha, y el dictador, impregnado de las pasiones de su tiempo y de su medio, y con sus instintos de criollo americano, no fué sino su vehículo; pero al recibir la impresión de su alma fuerte y tomar forma definida bajo su pluma impetuosa, se magnificó trágicamente, y él la exageró como todo lo que caía en su

---

(10) En las páginas dictadas por Bolívar á su secretario el general Pedro Briceño Méndez. (Véase : « Docs. para la Hist. del Libertador » t. IV, núm. 841, pág. 651). — Bolivar era propenso á los delirios, como todos los hombres en quienes predomina la imaginación. Tuvo el delirio trágico de la guerra á muerte, el de la gloria, del poder vitalicio, el de las grandezas quiméricas y el de la dominación de todo el continente meridional, y no le faltó ni el del amor en sus variadas formas. Era sobrio; pero una copa de champagne, — que era su vino favorito, — lo ponia fuera de sí, y necesitaba trepar sobre la mesa para brindar, rompiendo bajo su bota con espuelas, platos, cristales y manteles. — Cuando escribia se embriagaba con sus propias palabras. El mismo se ha retratado psicológicamente en su « Delirio sobre el Chimborazo », donde dice : « Llego como » impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi » cabeza la copa del firmamento, y con mis pies los umbrales del abis» mo. Un delirio febril embarga toda mi mente : me siento como encen» dido de un fuego extraño y superior. Era el Dios de Colombia que me » poseia ».

cerebro, en que la imaginación predominaba. El otro que la ha condenado, y sin remisión, es un escritor venezolano, admirador de su genio, que apoyándose en la misma confesión, la estigmatiza ante la moral y la justicia, ante la conveniencia y la necesidad; sienta al libertador en el banco de los acusados en nombre de su propia posteridad, y calificándola de « crimen » condensa su severo fallo en esta conclusión : « La guerra á muerte, ó llámese el *Terror* de los años 13 » y 14, lejos de ser un medio de victoria, fué un obstáculo » para conseguirla. Creó á la república millares de enemigos » en lo interior y le arrebató las simpatías exteriores. Fué la » rabia de una tempestad. Es una mancha de lodo y sangre » en nuestra historia » (11).

VII

La guerra á muerte no fué inventada por Bolívar. Desde los primeros días de la revolución, las provincias del Río de la Plata proclamaron la doctrina terrorista, de que eran reos de rebelión, sin remisión, los que encabezaran resistencias contra sus armas, y en nombre de ella, perecieron en un patíbulo el ex-virrey Liniers y sus compañeros civiles y militares, del mismo modo que los generales y funcionarios españoles del Alto Perú que cayeron prisioneros. Chile siguió el ejemplo, proclamando la misma doctrina revolucionaria, y la ejecutó en el coronel Figueroa. (Véase cap. VII, § VII). Los españoles á su vez, hicieron la guerra á muerte en Méjico, en el Alto y Bajo Perú, tratando como á rebeldes, según sus

(11) J. V. González : « Rasgos biográficos del general José Félix Rivas », en la « Revista Literaria », de Caracas, año 1865.

leyes, á los que levantaron armas contra el rey. Montes la practicó en Quito, aunque no sistemáticamente como se ha visto. La Nueva Granada fué una excepción, al reprobar los excesos de sus jefes en las primeras campañas de su revolución, como reprobó el plan de exterminio de Briceño, ordenando á Bolívar ajustarse á las instrucciones que le prescribían la observancia de las leyes regulares de la guerra.

En Venezuela, la lucha no tomó un carácter feroz hasta tanto que los elementos indígenas no entraron á intervenir en ella, asumiendo el carácter de contienda intestina. Y debe decirse, en honor de la verdad histórica, que la iniciativa de la guerra á muerte en nombre de la doctrina revolucionaria proclamada en el Plata, en Chile y el Alto Perú, corresponde á los patriotas en Venezuela y no á los realistas. Los jefes españoles Miyares, Ceballos y Cajigal, que encabezaron la reacción, hicieron la guerra con humanidad, reprimiendo ó condenando los excesos de sus subordinados, y el comisionado de la regencia Cortabarría ejerció su alta representación con prudencia. Verdad es que la regencia, en el hecho de declarar rebeldes á los insurrectos de Venezuela, los condenaba de derecho á muerte como tales, con arreglo á las leyes de Indias, pero ni las aplicó ni las invocó siquiera. Fueron, por otra parte, los patriotas de Venezuela los primeros que declararon rebelde á la provincia de Coro por no reconocer la supremacía de la junta revolucionaria de la capital (12), como fueron ellos los primeros en dar el ejemplo de ejecuciones sangrientas y exposición de cabezas cortadas, según se dijo y comprobó antes (véase cap. XXXV, § V). Hasta que apareció

(12) El mismo Bolivar lo confirma en su « Memoria » de 15 de diciembre de 1812, citada : « Las primeras pruebas que dio nuestro gobierno de su debilidad, las manifestó con la ciudad subalterna de Coro, que denegandose á reconocer su legitimidad, la declaró insurgente y la hostilizó como enemigo ». (Docs. rel. a la vida pública del Libertador, t. I. pág. 55.)

Monteverde en la escena, después del terremoto, y puso á saco el pueblo de Carora (marzo de 1812), las tropas españolas no habían cometido ningún exceso. Las horribles matanzas de San Juan-de-los-Morros, Calabozo y villa del Cura, fueron la obra personal de Antoñanzas y Boves acaudillando á los llaneros venezolanos, y no se erigieron en sistema. Después de la capitulación de San Mateo, el terrorismo del mismo Monteverde en Caracas, no fué sangriento, limitándose á vejámenes oprobiosos, á prisiones crueles y secuestros, y alguno que otro asesinato aislado. Las violencias de Cerveris y las atrocidades de Zuazola, fueron resistidas por el gobernador español Emeterio Urueña, que amparó á los perseguidos en Guayana y Cumaná; condenadas por el tribunal de la real Audiencia en nombre de la ley común, y protestaron enérgicamente contra ellas con su voz autorizada los realistas más señalados, como Urquiniona, Montenegro, Costa Gali y los generales Miyares y Cajigal, haciendo escuchar las quejas de Miranda desde el fondo de su calabozo. Además, esas atrocidades fueron vengadas por Arismendi en Margarita, por Mariño en Cumaná y por Bermúdez en Paria, y la cuenta corriente de sangre estaba saldada en el oriente de Venezuela.

Cuando Bolívar, después de invadir á Venezuela por el occidente, declaró en Trujillo la guerra á muerte á los españoles, por razón de raza y no como beligerantes, comprendiendo hasta á los indiferentes, no había corrido más sangre que la de los combates, y ningún exceso bélico había sido cometido por los realistas durante esa campaña en el teatro de sus operaciones. Faltaba, pues, la razón de hecho, aun para decretar la represalia. La primera transgresión á las leyes de la guerra y de la humanidad, fué cometida por los patriotas acaudillados por Briceño, que iniciaron la invasión cortando las cabezas de dos españoles inermes en ejecución del plan de exterminio de raza que había merecido antes la

aprobación, aunque condicional, de Bolívar. La razón de la represalia estaba más bien de parte de los españoles. Cuando Briceño fué hecho prisionero y ejecutado previo un consejo de guerra, los realistas usaron de un derecho. Briceño se había colocado hasta fuera del derecho de gentes como los bandidos y los piratas. Sin embargo, esta ejecución fué la única causal que pudo aducir Bolívar para justificar su declaración, lo que importaba hacerse solidario del injustificable crimen de la víctima, al dar á su plan de exterminio la fuerza de una ley (13). Y es de notarse por lo que respecta á la verdad histórica, que cuando Bolívar invocaba como única causal la muerte de Briceño, éste vivía aún, y su ejecución tuvo lugar en el mismo día en que firmaba su decreto-proclama ! (14). Así, la declaración á muerte careció hasta de causal, y fué más bien una provocación á ella, como en realidad lo fué. Y no sólo fué una medida de guerra injustificada aún como retaliación, sin razón de ser ni necesidad, sin lógica y sin filosofía política, como producto de un delirio según propia confesión, sino también la causa de las derrotas que le hicieron experimentar sus mismos compatriotas acaudillados por los jefes españoles armados con la misma arma de dos filos por él forjada, como lo enseña la historia, quedando así pro-

---

(13) Esta es en efecto la única causal de actualidad que aduce Bolivar para justificar su declaración de guerra á muerte, según puede verse en su « Exposición sucinta » etc., de 20 de setiembre de 1813, inserta en « Col. de Docs. para la vida pública del Libertador », t. I, pág. 70.

(14) « Por una singular coincidencia, el 15 de junio en que Bolivar » publicara su proclama, anunciando que la guerra á muerte se hacía, » fundado en la matanza ejecutada en Barinas de Antonió Nicolás Bri- » ceño y de sus compañeros, en ese mismo dia era que sucedia la ejecu- » ción » (Restrepo : « Hist. de la Revol. de Colombia », t. II, pág. 144). — Verdad es, que Bolivar habia recibido la noticia falsa de la muerte de Briceño; pero esto mismo demuestra la precipitación con que procedió, exponiéndose á que, fallando el único hecho que motivaba su declaración, como sucedió, fallase la base en que reposaba su decreto-proclama, ó « ley » como él la llamó.

bada por el experimento su esterilidad, hasta como medio de victoria que pudiese darle la sanción del éxito.

En Carache, empezó á ejecutarse el decreto de guerra sin cuartel, con el fusilamiento de los prisioneros, según se explicó antes (§ VI de este capítulo).

VIII

En Trujillo terminaba la misión militar encomendada á Bolívar por el congreso de Nueva Granada; pero el general expedicionario, que al asumir el papel de dictador independiente, se había puesto en contradicción con sus instrucciones, no trepidó en desobedecer la orden de detenerse en su invasión que le fué á la sazón comunicada. No podía renunciar al propósito preconcebido de redimir el territorio esclavizado de Venezuela, y de ceñirse la corona cívica de libertador de su patria; ni debía permanecer en la inacción sin peligro de perder todas las ventajas adquiridas. Decidióse por lo tanto á continuar la campaña bajo su responsabilidad. Las razones que para ello dió al gobierno de la Unión, fueron bien fundadas, y se imponían hasta á la misma prudencia, revelando su gran penetración política á la par que su audacia como guerrero para acometer empresas heroicas. Sus victorias, eran el resultado de la celeridad de sus movimientos y del ímpetu de sus ataques, que habían desconcertado al enemigo magnificando sus fuerzas. Detenerse, era perderse, y abrir las fronteras desguarnecidas de la Nueva Granada á la invasión realista por él contenida, y al avanzar, las defendía mejor. « Si cometiese la debilidad, decía, de suspender » mis marchas, sería perdido indefectiblemente junto con las » tropas de la Unión. Los enemigos reconocerían el corto » número de los soldados invasores, reunirían sus tropas

» dispersas y darían un golpe seguro. Así, mi resolución es » obrar con la última celeridad y vigor: volar á Barinas, » destrozar allí las fuerzas del enemigo, y de este modo » libertar á Nueva Granada de los enemigos que podían » subyugarla ». Como lo dijo, lo hizo. Pero otro móvil igualmente poderoso, lo impulsaba á ir adelante. Desde Cúcuta, resonaba en sus oídos como un toque de clarín, el grito de los proscriptos, que acaudillados por Mariño, Piar y Bermúdez, reconquistaban el oriente de Venezuela. « No me » parece imposible, decía entonces, llegar hasta Caracas y » libertar aquella capital, si ya no lo está por los patriotas » del oriente » (15). Y una vez lanzado á la empresa, escribía poco después al presidente neo-granadino, impulsado por la noble emulación: « Temo que nuestros ilustres compañeros » de armas de Cumaná y Barcelona, liberten nuestra » capital antes que nosotros lleguemos á dividir con ellos » esta gloria; pero nosotros volaremos, y espero que ningún libertador pise las ruinas de Caracas primero que yo ».

Tizcar, que como queda dicho, ocupaba Barinas con un cuerpo de ejército de 1,300 hombres, ni sostuvo á Correa para defender á Mérida, ni apoyó á Cañas en Trujillo como pudo haberlo hecho, ni se atrevió á atacar á Bolívar que le presentaba el flanco (16). Decidióse al fin á operar por la retaguardia de los invasores, pero en vez de marchar en masa, cometió el error de dividir sus fuerzas. Destinó al

(15) Ofi. al presidente de la Unión, de 12 de mayo de 1813, en Cúcuta

(16) Los historiadores colombianos apoyándose en el aserto de los españoles, dan al ejército de Tizcar una fuerza de 2,600 hombres, sin tomar en cuenta que en él estaba incluida la división de Correa avanzada sobre Cúcuta y después reconcentrada en Grita, así como la de Yáñez situada en el Guadalito. Al tiempo de invadir Bolívar á Barinas, Tizcar desprendió á Martí con una división que Torrente computa sólo en 300 hombres y nosotros en 700 quedándose con 500, según los mismos historiadores colombianos; por lo tanto, su cuerpo de ejército no podía pasar de 1,300 hombres.

coronel Jose Martí al frente de una columna de 700 hombres de las tres armas con el propósito de cortar las comunicaciones de los republicanos con la Nueva Granada, y atravesar al efecto la cordillera interpuesta entre ambos contendientes. Bolívar que lo supo y tenía la resolución hecha de invadir á Barinas, previno el movimiento de Tizcar, y tomó la ofensiva por una atrevida marcha estratégica, que fué la operación, si no la más bien combinada, la más feliz de su campaña. Sin perder momento, se puso al frente de la vanguardia considerablemente engrosada, cruzó la cordillera frente á Trujillo y sorprendió un destacamento de 50 hombres, que cubría el paso de Boconó. Su objeto era cortar á Tizcar sus comunicaciones con Caracas y alejarlo de sus reservas echándolo al interior de los llanos. Al emprender su marcha, ordenó á su mayor general Rafael Urdaneta (que sería uno de sus primeros generales), que le siguiera por otro camino más al sud, con la retaguardia á cargo del comandante José Félix Rivas, á quien ya conocemos, y que sería el héroe de esta campaña. El punto de reunión era la llanura de Guanare en las nacientes del río Portuguesa. Al cruzar la cordillera Rivas y Urdaneta al frente de 400 á 500 hombres, en su mayor parte reclutas de Mérida, encontraron á su frente la fuerte columna de Martí, situada en las mesetas de Naquitao al pie de la sierra oriental, interpuesta entre ellos y su vanguardia, la que á su vez quedaba entre los dos cuerpos de ejército de Tizcar. Si Martí contramarchaba, noticioso de la marcha de Bolívar, éste estaba perdido, tomado entre dos fuegos por fuerzas superiores. De la decisión de este momento pendía el éxito de la campaña. Rivas con gran resolución, de acuerdo con Urdaneta, se decidió por el ataque, y marchó en busca del enemigo á pesar de la superioridad de sus fuerzas. Los realistas estaban posesionados de una alta meseta, con hondos barrancos á su pie. Atacados á las 9 de la mañana (1.° de julio) fueron desalojados de esta posición que parecía

inexpugnable, y se replegaron á otra más fuerte aún. Atacados de nuevo por la espalda al día siguiente (julio 2), quedaron deshechos después de cinco horas de combate. Cuatrocientos prisioneros, y un cañón, fueron los trofeos de esta jornada decisiva. Los prisioneros fueron fusilados sobre el campo, conforme al decreto de guerra á muerte.

El 1.° de julio, el mismo día en que triunfaba Rivas en Naquitao, Bolívar estaba en Guanare. Sabedor allí que Tizcar se hallaba tan sólo al frente de 500 hombres, determinó marchar sobre él, antes que pudiera reunírsele la columna de Yáñez. El general español amedrentado, abandonó la posición que ocupaba en los llanos, y se replegó en fuga á las Nutrias en la margen izquierda del Apure. Perseguido activamente por la vanguardia al mando de Girardot, quien se interpuso entre él y Yáñez, obligó á este á retirarse, y determinó la sublevación de la columna de Tizcar, que se puso en fuga con sus restos hacia la Guayana (julio 13). Mientras tanto, Bolívar ocupaba la capital de Barinas y se apoderaba de 13 piezas de artillería y un considerable depósito de armas y municiones (julio 6). De este modo, en menos de cuarenta y cinco días, estaban reconquistadas las provincias de Barinas, Mérida y Trujillo, vencidas cinco divisiones que sumaban cerca de tres mil hombres, y tomados 600 prisioneros, — tantos como fueron los invasores, — con 18 piezas de artillería.

IX

Dueño el general republicano de la provincia de Barinas, rica en recursos naturales y elementos de guerra, remontó sus fuerzas, disciplinó nuevos batallones y formó con los naturales de la comarca numerosos escuadrones de buena caballería, completando así la organización de su ejército, que

dividió en tres cuerpos de operaciones, vanguardia, centro y retaguardia. Con la actividad que le era característica, formó un nuevo plan de campaña y lo puso inmediatamente en ejecución. Dispuso que Urdaneta con el centro, se situase en Araure, al pie oriental de la cordillera, en observación de la división española que en San Carlos cubría á Valencia y Caracas, ordenando á la retaguardia destacada de Girardot, se reconcentrara en el mismo punto. Adelantó sus partidas hasta los llanos de Calabozo, buscando ponerse en comunicación con los patriotas de Barcelona y Cumaná en el oriente. Rivas, con la división de vanguardia, repasó la cordillera, cubierto por el movimiento de avance del centro. El plan no podía ser más vicioso. Comprometía el núcleo de su ejército en una posición avanzada, hacía depender su seguridad del refuerzo contingente que podría prestarle la retaguardia comprometida en el interior de los llanos. Dividía sus fuerzas con la cordillera por medio, acercando á las masas enemigas una división débil á la que no podía proteger, y se exponía á ser batido en detall en todas partes. Si los enemigos hubiesen reconcentrado las dos gruesas divisiones que tenían al oriente y al occidente de la cordillera y que podían obrar en combinación, cayendo con cuádruples fuerzas sobre Rivas aislado y sin protección, otro habría sido el resultado. Pero cálculo atrevido, en que la imprudencia es prudencia contando con los errores del enemigo, ó favores de la fortuna, el plan, tan vicioso como era, surtió todos sus efectos y fué coronado por el éxito más brillante.

El objeto del movimiento aventurado de Rivas, era destruir la columna situada en Barquisimeto, al mando del coronel español Francisco Oberto, considerablemente aumentada con los restos de la división de Cañas batida en Carache, y que á la sazón constaba de 800 infantes y 200 hombres de caballería. El jefe español, confiando en la superioridad numérica y la calidad de sus tropas, salió al encuentro de Rivas

en el punto llamado de los Horcones. Rivas, cuya fuerza no alcanzaba á 600 hombres de infantería y caballería, no trepidó en tomar la ofensiva. Rechazado en los dos primeros ataques, volvió por tercera vez á la carga hasta triunfar completamente (22 de julio). Cuatro piezas de artillería, cien muertos, el parque y los bagajes del enemigo, fueron los trofeos de esta victoria, complemento de la de Naquitao, que aseguró el éxito de la campaña. Los prisioneros españoles tomados en el campo, fueron fusilados conforme al decreto de guerra á muerte de Trujillo.

Bolívar no se durmió sobre sus verdes laureles: mostróse hábil y activo para recoger los frutos de su nueva victoria. Repitió sus órdenes á Girardot para que á marchas forzadas se le incorporase con la retaguardia, que acudió á tiempo. Llamó á sí la división triunfante de Rivas, que repasó por tercera vez la cordillera en el espacio de treinta días. Reunió su nueva caballería llanera, y al frente de 1,500 hombres más ó menos, marchó sin pérdida de momento sobre la división realista situada en San Carlos (17). Era esta la última esperanza de los españoles. Constaba de 700 infantes y poco más de 300 hombres de caballería, al mando del coronel Julián

(17) Montenegro y Baralt y Díaz dan a Bolívar 2.500 hombres en esta ocasión, y 2.600 á la división de San Carlos, cómputo, que con razón considera exagerado Restrepo. Bolívar, en su parte de la batalla de San Carlos, o sea de las Taguanes, como se llamó, da al enemigo poco mas de mil hombres, y el no declarar su propia fuerza, hace suponer que fuese mayor. Díaz y Torrente que le sigue, y siempre exageran las fuerzas de los independientes, sólo dan á Bolívar mil hombres. Tomando un término medio aproximativo, rebajamos mil del máximo de los que los historiadores venezolanos dan á Bolívar, aumentando algunos cientos al mínimo, fundándonos en la reticencia del general vencedor, y en el dato numérico de que, habiendo invadido con mil hombres más ó menos á Barinas, y engrosado allí su fuerza con numerosa caballería, que es lo que constituía su superioridad, su ejército no podía bajar de este número. De todos modos, es lo mismo, y la gloria es la misma.

Izquierdo. El jefe español, tan valiente como poco cauto, cometió la imprudencia de presentar batalla en la llanura descubierta de Taguanes frente á San Carlos, siendo inferior en caballería. Atacados de frente los realistas por la infantería republicana, á la vez que la caballería llanera amenazaba cortarles la retirada hacia Valencia, pusiéronse en retirada, marchando y combatiendo en orden cerrado por el espacio de seis horas. Ya estaban próximos á alcanzar el pie de la inmediata serranía, que era la salvación, cuando cortada otra vez su retirada por la caballería y atacados de nuevo por la infantería republicana, sus escuadrones se desbandaron y sus batallones se desordenaron, cayendo mortalmente herido el coronel Izquierdo. Fué una victoria completa. Los que no se dispersaron ó fueron muertos, quedaron prisoneros. Los historiadores españoles, confesaron una pérdida de 700 infantes (18). Bolívar dice, con tanta energía como concisión: « Todos sus batallones perecieron ó se rindieron. No se salvó » un infante, un fusil » (19). Fué la batalla final de la campaña del occidente de Venezuela y de la primera gran campaña del libertador sud-americano.

X

Monteverde, confiando en que el ejército de Tizcar daría cuenta de la invasión del occidente, al saber la ocupación de Barinas, se trasladó á Valencia, con el objeto, según decía, de dar dirección á las operaciones. Dejó sacrificar, sin darle instrucciones, á la columna de Oberto en Barquisimeto, y dió

---

(18) Torrente : « Hist. de la Revol. Hisp. Americana », t. I, pág. 412.
(19) Manifiesto de Bolívar de 9 de agosto de 1813, en Caracas.

órdenes y contra-órdenes á la de Izquierdo en San Carlos para retroceder ó avanzar, debilitándola en vez de auxiliarla oportunamente como pudo, sin acertar siquiera á reunir ambas, ó reconcentrarlas á su reserva ó reforzar una de ellas, lo que le habría dado el triunfo. Aquí, como en Maturín, mostró que no tenía cabeza militar, y que sólo la fortuna ciega le había favorecido en su empresa de la restauración de Venezuela, que parecía anunciar, si no un genio, por lo menos un hombre de corazón ó cabeza. Las derrotas sucesivas de los Horcones y de Taguanes, lo anonadaron moral y militarmente. Contaba aún con un cuerpo de tropas como de 700 á 800 hombres. Había empezado á fortificarse en Valencia con el propósito de defenderse cuando supo el avance de Bolívar sobre San Carlos. Tardíamente salió en apoyo de Izquierdo con algunas compañías de infantería y caballería; pero en el camino recibió la noticia de su derrota, retrocedió en fuga, abandonó cobardemente á Valencia y encerróse en Puerto-Cabello. Bolívar ocupó Valencia sin resistencia, apoderándose allí de treinta piezas de artillería de grueso calibre y un gran parque de armas y municiones.

La ciudad de Caracas contaba todavía con una guarnición como de 1,500 urbanos y voluntarios; pero aterrada por los desastres y el anuncio de la marcha del vencedor sobre la capital, se disolvió en su mayor parte, y el jefe de la plaza, que lo era el general Manuel Fierro, se resolvió á capitular de acuerdo con una junta de guerra que reunió al efecto, en que sólo un oficial subalterno votó por la resistencia. Bolívar acordó generosamente una capitulación honrosa, prometiendo olvido del pasado y garantías á las personas y propiedades, bajo la condición de que se le entregaran todos los pueblos comprendidos en la provincia de Caracas ocupados por los españoles. Fierro, temeroso de que Bolívar observase la misma conducta que Monteverde después de la capitulación de San Mateo, se anticipó á evacuar la plaza embarcándose

en la Guayra con lo que pudo. Monteverde por su parte, se negó á ratificar la capitulación de Caracas, y con razón, pues ella le imponía la obligación de evacuar á Puerto-Cabello, y dejó así entregados á merced del vencedor á más de quinientos españoles comprendidos en la ley de guerra á muerte, que no pudieron huir con Fierro.

La reconquista de la República de Venezuela quedó así operada. La revolución y la reacción volvían á ocupar las mismas posiciones de 1810 y 1812 : todo el centro y el oriente, por los independientes, desde la cordillera al Orinoco ; y en los dos extremos, el litoral de occidente y la Guayana por los realistas. Una nube que amenazaba otra reacción, aparecía en los llanos del oeste, pero aún no se había condensado. Sólo quedaba Puerto-Cabello por las armas del rey en la provincia de Caracas. Si Bolívar, después de ocupar á Valencia hubiese marchado con su acostumbrada actividad y resolución sobre esta plaza, la habría tomado fácilmente, pues nada había previsto para su defensa, y hasta sus fortificaciones estaban desmanteladas. Pero en vez de esto, el libertador atraído por la vanagloria, se dirigió con todo su ejército á Caracas en busca de las embriagantes ovaciones que le esperaban, y dejó tiempo á Monteverde (veinte días) para hacerse inexpugnable, cometiendo el mismo error de San Martín después de Chacabuco, al dar respiro á los enemigos vencidos para fortificarse en Talcahuano (20).

---

(20) Torrente, historiador realista y español, dice : « Habiendo perdi- » do Bolívar en vanas aclamaciones de la muchedumbre el tiempo pre- » cioso para atacar la plaza de Puerto-Cabello, que habría caído induda- » blemente en sus manos si se hubiera lanzado sobre ella en los primeros » momentos del desorden, se hizo ya una empresa más difícil desde » que los defensores pudieron fortificarse ». (« Hist. de la Revol. Hisp. Amer. » t. I, pág. 415). — Restrepo, historiador republicano y colombiano, dice : « Creen algunos, y nos parece que con bastante fundamento, » que si Bolívar en vez de ir á Caracas con todas sus fuerzas á recibir

De todos modos, la campaña reconquistadora estaba gloriosamente terminada. En ella mostró Bolívar por la primera vez, que si no era un general metódico ni tenía una educación militar, poseía en alto grado, á la par de las dotes del caudillo revolucionario, el genio de la guerra y la inspiración ardiente en medio de la acción, elevándose de un golpe, en su escala, al rango de los célebres capitanes antiguos y modernos. La rapidez para concebir y la audacia para ejecutar sin trepidación; la fortaleza para sobreponerse á los contrastes y el ímpetu heroico para ir siempre adelante; el prestigio para dominar moralmente al enemigo é infundir confianza á los suyos; la intuición para prevenir las maniobras, aun cometiendo errores que el éxito coronaba, y la presencia de espíritu para utilizar sobre la marcha los frutos de sus victorias, tales fueron las grandes cualidades morales y militares que reveló como hombre de acción y de pensamiento en esta memorable campaña. Sus resultados fueron : seis grandes combates, que valen batallas, ganados en un trayecto de 1,200 kilómetros sin un solo revés, al través de dos cordilleras (21); cinco gruesos cuerpos de ejército que sumaban 4,500 hombres, dispersados, muertos y prisioneros ó rendidos con sus armas y banderas; la captura de 50 piezas de artillería y tres grandes depósitos de guerra ; la reconquista de todo el occidente de Venezuela de cordillera á mar, ligando sus operaciones con las del ejército del oriente ya rescatado, y la restauración de la

» obsequios y fiestas de sus compatriotas, se dirige sobre Puerto-Cabello » y ataca la plaza con vigor, la habría ocupado sin mucha dificultad, » pues Monteverde nada había previsto de antemano para sa defensa. » (« Hist. de la Revol. de Colombia », t. II pag. 177).

(21) Bolívar, con su exageración habitual, habla de treinta batallas y supone diez mil hombres del enemigo vencidos. Los historiadores colombianos, apuntan diez batallas, sin embargo de no mencionar más que seis grandes combates, á saber : los de San José de Cúcuta, La Grita, Carache, Naquitao, Horcones y Taguanes.

república independiente de Venezuela. Y todo esto, con 600 hombres y en noventa días. Nunca con menos se hizo más, en tan vasto espacio y en tan breve tiempo. Con razón un historiador europeo, al condensar el juicio universal á su respecto, ha dicho : « Esta rápida campaña, que los entendidos colocan » al lado de las más atrevidas empresas militares de que la » Europa era entonces teatro, ha sido el germen de la grandeza » futura de Bolívar, y le ha merecido el primero, y quizás el » más hermoso y el más puro florón de su corona triunfal, » cuya gloria no puede ser marchitada ni aun por el acto de » triste memoria en que proclamó la guerra á muerte » (22).

XI

Bolívar entró en triunfo en su ciudad natal (6 de agosto), de la que había salido un año antes, proscripto, oscuro y con un tizne en la frente. El pueblo lo aclamó con entusiasmo como su libertador, las campanas se echaron á vuelo, las salvas de artillería resonaban en Caracas y en las fortalezas de la Guayra, el camino que recorría estaba sembrado de flores y las flores y las bendiciones llovían sobre su cabeza. Un grupo de bellas jóvenes vestidas de blanco adornadas con los colores nacionales tomó las riendas de su caballo y le coronó de laureles, mientras las músicas militares sonaban la marcha triunfal de la independencia y la libertad (23). El triunfador

---

(22) Gervinus, « Hist. du XIX siècle », t. VI, pág. 256-257.

(23) Ducoudray-Holstein, en « Memoirs of Bolivar », t. I, pág 150-151, dice describiendo esta entrada triunfal : « El entusiasmo fué universal. » Empero, no puedo omitir un rasgo singular de la característica » vanidad de Bolívar. Antes de su entrada en Caracas, se había preparado una especie de carro de triunfo, semejante al de los cónsules cuan» do volvían victoriosos de sus campañas. En los tiempos antiguos, este

merecía esta ovación á doble título : había vencido y no manchó su victoria con ninguna venganza. Á pesar de la sentencia de muerte que pesaba sobre la cabeza de los españoles, y que sólo había ejecutado hasta entonces en los prisioneros tomados con las armas en la mano en el campo de batalla, no usó de su tremenda facultad, y se limitó á mantenerlos presos, secuestrando sus bienes. Las prisiones de los cautivos patriotas se abrieron. Los vencidos quedaron amparados por el contento general, según el testimonio de uno de los más acerbos enemigos del triunfador (24).

Dos días después anunciaba al pueblo el establecimiento de la república de Venezuela, bajo los auspicios auxiliadores de la Nueva Granada, que había ido, según sus palabras, « no á » dictar leyes, sino á restablecer su independencia y su li» bertad, dejándolo dueño de sus destinos » (25). Empero,

---

» carro era arrastrado por caballos : el de Bolivar lo fué por dos bellas » jóvenes vestidas de blanco, adornadas con los colores nacionales, elegidas » entre las principales familias. Lo condujeron en él por espacio de me» dia hora desde la entrada de la ciudad hasta la casa de su residencia. » Mientras tanto, él permaneció de pie sobre el carro, con la cabeza » descubierta, de gran uniforme y con un pequeño bastón de mando en » la mano. Millares de testigos presenciaron esta escena; á ellos apelo » para que atestigüen la verdad de este relato ». — Ningún historiador colombiano ha rectificado este aserto, y todos ellos dicen que entró á caballo, haciendo mención únicamente del grupo de jóvenes vestidas de blanco que lo coronó y tiró de las riendas de su caballo, echando entonces el triunfador pie á tierra. — Gervinus, historiador imparcial y admirador de Bolívar, á pesar de advertir que deben tomarse con cautela las « Memorias » de Ducoudray-Holstein, acepta la versión y la reproduce textualmente. Bien que el rasgo sea propio de la vanidad proverbial de Bolivar, — que es un hecho histórico comprobado por él mismo, — en la duda, hemos seguido la versión de los historiadores colombianos, cubriendo con el manto del triunfador la debilidad de un gran hombre, que contrasta con la sencillez de Washington y la modestia de San Martín, si como es posible, y aún probable, él se dejó arrastrar en un carro teatral de triunfo tirado por mujeres en vez de caballos.

(24) Ducoudray-Holstein : « Mémoirs », etc., pág. 150.

(25) Proclama de Bolivar á los caraqueños, de 8 de agosto de 1813.

guardóse bien de restaurar (con arreglo á las instrucciones neogranadinas que había jurado) la antigua república federal de Venezuela, á la que era radicalmente opuesto por principios y por el instinto de la seguridad común. « Recórrase la presente » campaña, — decía sobre este tópico, en una proclama posterior, — y se hallará que un sistema muy opuesto ha restablecido la libertad. Malograríamos todos los esfuerzos y » sacrificios hechos si volviéramos á las embarazosas y complicadas formas de administración que nos perdió » (26). En consecuencia, se proclamó dictador y se dió á sí mismo el título de *Libertador*. « La urgente necesidad de acudir á los enemigos, decía á sus conciudadanos, me obliga á tomar en el » momento deliberaciones sobre las reformas que eran necesarias en la constitución. Una asamblea de hombres virtuosos y sabios debe convocarse y sancionar la naturaleza del » gobierno en las circunstancias extraordinarias que rodean á » la república. El Libertador de Venezuela renuncia para » siempre y protesta formalmente, no aceptar autoridad alguna » que no sea la que conduzca nuestros soldados á los peligros » para salvación de la patria » (27). Esta fórmula, que descubría la ambición de mando que desde entonces empezó á devorarlo, y que repetiría toda vez en que lo reclamase en el hecho como una propiedad suya, era, empero, la única que respondía á las necesidades de la situación. La república federal bajo su antigua forma, era la anarquía y la derrota segura, y Bolívar obró con previsión y patriotismo al asumir la dictadura política y militar, como lo único que podía salvar, quizá! á Venezuela. Así mismo se perdió por segunda vez.

Venezuela tuvo así dos dictadores á la vez : uno en oriente, otro en occidente. Tan ambicioso el uno como el otro, ambos aspiraban al mando general. Mariño, que como se

(26) Proclama de Bolívar de 13 de agosto de 1813.
(27) Manifiesto de Bolívar de agosto de 1813, en Caracas.

dijo antes se había hecho proclamar jefe supremo de las provincias orientales de Cumaná, Barcelona y Margarita, envió comisionados á Bolívar, para tratar de igual á igual respecto del sistema de gobierno que convendría adoptar para la república, lo que importaba la exigencia del reconocimiento previo de la autoridad independiente de que estaba en posesión. Bolívar, que temía que esta división rompiese la unidad de las provincias y debilitase el nervio de la guerra,—además de la supremacía á que se consideraba con derecho, — retardó por algún tiempo hacer tal reconocimiento. El patriotismo y la recíproca seguridad aconsejaban centralizar el mando, ó por lo menos combinar los esfuerzos contra el enemigo común. La autoridad de hecho del uno era tan legítima como la del otro á título del territorio por ellos ocupado, como igualmente ilegal del punto de vista de las formas; pero la de Bolívar se imponía como necesaria, porque era el alma de la revolución, representaba el sentimiento nacional y la alianza con Nueva Granada cuyas armas mandaba, mientras la de Mariño, sin plan político y sin ideales, sólo tenía por objetivo inmediato el mantenimiento de una informe confederación militar de dos satrapías independientes, que entrañaban la disolución. Pero mientras su carácter de dictador de oriente no fué expresamente reconocido por Bolívar, Mariño se mantuvo en inacción con un poderoso ejército, absteniéndose de concurrir á la guerra de occidente, y hasta de hacer sentir su acción militar en los llanos intermedios donde á la sazón empezaban á reaccionar los realistas, sin abrir siquiera hostilidades sobre la Guayana, donde el enemigo se resistía.

Bolívar, aunque tardíamente, había establecido el sitio de Puerto-Cabello; pero los veinte días perdidos con su vana entrada triunfal en Caracas, nunca los pudo recuperar; y no sería esta la última vez en que llamado por la vanagloria, sacrificase á ella la verdadera gloria de una campaña, que es el

triunfo definitivo. El 25 de agosto se presentó delante de la plaza, y se apoderó bajo el fuego de las defensas exteriores, reduciendo á los sitiados al castillo y sus aproches, merced al valor de las tropas granadinas, que constituían el nervio del Ejército Unido, según el mismo general en jefe. En seguida, con las piezas de artillería tomadas en Valencia, estableció contra-baterías, y apagó los fuegos de la escuadrilla del enemigo que hostilizaba uno de sus flancos, dominando el río adyacente con tres bergantines. El general sitiador, intentó apoderarse de la plaza por medio de un golpe de mano nocturno. Al efecto hizo avanzar dos divisiones ligeras (31 de agosto) y atacó los fuertes destacados, obligando al enemigo á replegarse á las estacadas que protegían los aproches de sus murallas. El ataque fué rechazado. El único resultado de esta tentativa, fué tomar prisionero al bárbaro Zuazola, que mandaba uno de los fuertes. Bolívar propuso canjearlo por uno de sus jefes prisioneros, pero Monteverde se negó. Zuazola fué suspendido en una horca delante de los muros de Puerto-Cabello.

Mientras tanto, la reacción volvía á levantar la cabeza por todas partes : en los alrededores de Caracas, en las costas de sotavento, en la cordillera, en los valles, en los llanos altos y bajos del centro y en Barinas. El dictador fulminó entonces su último rayo de guerra á muerte, que debía ser seguido por una de las hecatombes más sangrientas que recuerde la historia. Decretó, en su forma habitual de proclama (6 de setiembre), que incurrirían en la pena de muerte todos los americanos antes exceptuados, y que los declarados traidores á la patria, serían juzgados y condenados por simples sospechas vehementes. De este modo corregía y agravaba el error de lógica de la proclama-decreto de Trujillo, igualando ante la traición á españoles y americanos; pero lógicamente produjo efectos más desastrosos, y contribuyó, aunque indirectamente, á su final derrota en la nueva campaña que emprendía,

no obstante los grandes triunfos que alcanzó. ¡Lógica del destino!

Por este tiempo (16 de setiembre), arribó á Puerto-Cabello una expedición salida de la España, compuesta de la fragata *Venganza* de 40 cañones, una goleta de guerra y seis transportes, conduciendo un regimiento de 1,200 plazas, denominado de Granada, mandado por el coronel José Miguel Salomón. El general republicano, con sus tropas enfermas y debilitadas por la insalubridad del clima de Puerto-Cabello, vióse obligado á levantar el sitio, y se retiró á Valencia, con el objeto de reponerse, y de atender á las provincias del interior convulsionadas á su espalda, á la vez que observar los movimientos del enemigo por su frente, y por el flanco occidental que había descuidado, como Mariño había descuidado el suyo por el oriente así como su frente de los llanos del Apure.

XII

Envalentonado Monteverde con la retirada de los republicanos y con el refuerzo recibido, se puso en campaña al frente de 1,600 hombres, dejando guarnecida la plaza con los voluntarios españoles. Con esta fuerza bien dirigida, con el concurso simultáneo de la sublevación de los llanos y de las guarniciones de Maracaibo y Coro, el general español habría podido domar por segunda vez la revolución de Venezuela: pero cometió el error de no concertar ningún plan, y el más grave de dividir sus fuerzas (setiembre 25).

Puerto-Cabello se halla dividido de la planicie en que se asienta la ciudad de Valencia, por uno de los últimos ramales de la cordillera oriental que la envuelven por el oeste, el cual sólo tiene dos caminos de acceso: el uno llamado de

Aguacaliente y de las Trincheras, y el otro el del valle de San Esteban dominado á su entrada por las alturas de Bárbula. Monteverde ocupó las Trincheras y se fortificó en esta posición, adelantando una vanguardia de 500 hombres sobre las alturas de Bárbula, á distancia de diez kilómetros sobre su flanco derecho. Bolívar permaneció indeciso por el espacio de cuatro días ante este despliegue inexplicable de fuerzas, á la espera del desarrollo del plan del enemigo ; pero convencido al fin de que no tenía ninguno, resolvió tomar la ofensiva aprovechando la ventaja que la incapacidad de Monteverde le brindaba. Lanzó sobre Bárbula, las probadas tropas granadinas al mando de Girardot y D'Eluyar, sostenidas por una columna á órdenes de Urdaneta, que treparon valientemente las fuertes posiciones del enemigo, desalojándolo de ellas. Al coronar los neo-granadinos triunfantes la altura de Bárbula, una bala de fusil hirió en la cabeza al valeroso Girardot, derribándolo sin vida (30 de setiembre). Las tropas granadinas pidieron en premio de su victoria, que se les concediera el honor de llevar solas el ataque sobre las Trincheras para vengar la muerte de su jefe, y Bolívar lo concedió; pero hízolas apoyar por una columna de 1,000 venezolanos, exaltando así el sentimiento de noble emulación de los ejércitos unidos. Monteverde fué forzado en sus atrincheramientos, con pérdidas considerables, y herido él mismo en la pelea (3 de octubre) volvió á encerrarse en Puerto-Cabello. El coronel Salomón tomó interinamente el mando de la plaza. El sitio de los republicanos volvió á restablecerse bajo la dirección inmediata de D'Eluyar con las tropas granadinas.

Bolívar, siempre ávido de emociones teatrales, voló de nuevo á la capital en busca de nuevas ovaciones y honores para los muertos y los vivos. Excesivo en todo, después de comparar la reconquista de Venezuela á las cruzadas de la cristiandad, decretó en forma de ley, honores á la memoria

de Girardot, cual no se habían tributado jamás á un general vencedor muerto en el campo de batalla. Hizo su elogio fúnebre en una proclama en que lo comparó á Leonidas por sus hazañas, declarando que á él debía muy principalmente la república de Venezuela su restablecimiento y la Nueva Granada sus más importantes victorias. Los ciudadanos llevarían luto por su pérdida durante un mes consecutivo: su corazón sería llevado en triunfo á Caracas, y depositado en un mausoleo erigido en la catedral: sus huesos se transportarían á Antioquía, su patria: su batallón llevaría por siempre su nombre, el cual se inscribiría en todos los registros públicos de las municipalidades de Venezuela, « como el primer bienhechor de la Patria »; y por último, acordaba el goce de sus sueldos á toda su posteridad con las gracias y preeminencias de la gratitud pública empeñada (28). Después de esto, ya no quedaba más que un honor posible á los sobrevivientes, y es el que se reservaba él al dirigirse á la capital. « Yo no me » aparto de vosotros, dijo en tal ocasión á su ejército, sino » para ir á conducir en triunfo el gran corazón del inmortal » Girardot (29). Este viaje fúnebre en momentos en que la reacción realista triunfaba en los llanos,—del modo que luego se explicará, — y una invasión lo amenazaba por el occidente, ha sido severamente criticado por sus contemporáneos en Europa y América y hasta por sus mismos ministros como acto de vanidad pueril y de ostentación teatral (30). El único

(28) Ley dictatorial de Bolívar de 6 de octubre de 1813.

(29) Proclama de Bolívar de 6 de octubre de 1813.

(30) El conocido escritor español Blanco White, amigo de la revolución hispano-americana, dijo con tal motivo en el « El Español » de 1814, pág. 72, publicado en Londres: — « Después de la batalla de Bár» bulas, Bolívar, en vez de seguir la derrota y valerse de la confusión » del enemigo, emprendió un viaje fúnebre-triunfal á Caracas para lle» var el corazón de Girardot. Si esta pompa fúnebre convenía más que » la marcha militar contra los restos de Monteverde, es cosa que á la » distancia no se puede juzgar. Pero si se ha de conjeturar por cierto » espíritu de levedad que muestra toda la conducta del jefe de Venezuela.

historiador nacional que lo excusa, tiene que asignarle otros motivos más serios que los dados por él mismo (31). El secreto del viaje fúnebre iba encerrado en la urna del corazón de Girardot.

En el mismo día en que se tributaron honores póstumos á Girardot (octubre 14), el gobernador político de Caracas nombrado por el dictador, convocó presurosamente á la municipalidad, con asistencia tan sólo de los corregidores de la ciudad, el prior del consulado y el administrador general de rentas, hasta completar con dificultad el número de veinte empleados. Constituídos por sí y ante sí en asamblea soberana, decretaron sobre tablas en nombre del pueblo, á propuesta del gobernador, que se invistiese á Bolívar del carácter de Capitán general de los ejércitos de Venezuela, y le confirieron por aclamación y á perpetuidad el « sobrenombre » (palabra del acta) de « Libertador », que él mismo se había anticipado á darse en documentos públicos, y nunca dado por ninguna asamblea soberana á ningún hombre del mundo (32).

» es muy de temer que el presentarse en triunfo pesase más en él de lo » que exigían las circunstancias. Esas proclamas altisonantes, esas pro» cesiones de comedia, y ese entusiasmo facticio, todo se reduce á ja» rana. El poco respeto á la verdad que se nota en algunos pasajes » de estos papeles, hace muy poco favor fuera de aquellos países, al » partido que los publica ». — El mismo secretario de Bolívar en el departamento de policía y justicia en esta época, dice : « Se declara de » hecho depositario de la soberanía general del pueblo, alcanzando por » juntas tumultuarias la aprobación y el dictado de Libertador ». (*Representación de Rafael D. Mérida al congreso de Venezuela en 1819*). — Su ministro después y amigo Restrepo, en la « Hist. de la Revol. de Colombia », que le dedicó, aunque trata de disculparlo, dice en el t. II, pág. 194 : « Se criticó en aquel tiempo el viaje de Bolívar á Caracas, » cuando Boves se hallaba triunfante en los Llanos, como originado de » una vanidad pueril ».

(31) Véase Restrepo : « Hist. de la Revol. de Colombia », t. II, página 193-194.

(32) En ofi. de Bolívar de 18 de mayo de 1813 al presidente de Nueva Granada, le decía desde Cúcuta al abrir su campaña : « Es doloroso que » aquellos que debían verme como su Libertador, y que en efecto lo he

Al mismo tiempo mandaron fijar en las portadas de todas las municipalidades una inscripción: BOLÍVAR, LIBERTADOR DE VENEZUELA (33). Hé aquí el origen del glorioso título con que Bolívar ha pasado á la historia. La posteridad lo ha confirmado, olvidando los pobres medios porque fué alcanzado y la pequeñez moral del que lo aceptó en nombre de la soberanía popular, de quienes no podían hacer otra cosa que lo que él les permitiese, cuando había negado al pueblo, al proclamarse justificadamente dictador, la capacidad de instituir un gobierno propio. Era el primer síntoma del delirio de las vanas grandezas personales.

Bolívar aceptó el título como sometiéndose á la voluntad del pueblo, manifestando que era para él « más glorioso que » el cetro de todos los imperios de la tierra ». Al mismo tiempo declaró con modesta justicia, que el congreso de Nueva Granada y sus compañeros de armas eran los verdaderos libertadores, que merecían más que él la recompensa de la gratitud pública. Para pagar esta deuda instituyó la « Orden » militar de los Libertadores ». Invocando la voluntad de los pueblos, decretó una estrella de siete radios, símbolo de las siete provincias de la república, condecoración que usarían los que hubiesen merecido el renombre de tales por una serie no interrumpida de victorias, los que serían denominados así y considerados como bienhechores de la patria, con derecho incontestable á ser preferidos á personas de igual mérito en

---

» sido, se esmeren en perjudicarme ». (« Docs. para la historia del Libertador », t. IV, pág. 592). — En su manifiesto de 9 de agosto de 1813 á sus conciudadanos, dijo : « El Libertador de Venezuela renuncia para » siempre y protesta formalmente, no aceptar autoridad alguna » etc. (col. cit.). — Vése que este título era una idea fija en él antes de abrir la campaña y después de terminarla.

(33) Acta de la municipalidad de Caracas de 14 de octubre de 1813, confiriendo á Bolívar el empleo de capitan general y el título de Libertador. (« Docs. para la vida pública del Libertador », t. I, pág. 99 y sig.

los empleos (34). Esta fué la primera orden de su género instituída en Sud-América, menos aristocrática que la Cincinatus creada antes por Wáshington, y más democrática que la « Legión de Mérito » y la « Orden del Sol », instituídas por O'Higgins y San Martín en Chile y Perú, no establecía desigualdades artificiales, y después de servir de noble estímulo, debía extinguirse con la vida de los libertadores sin trasmitirse á título de herencia de la gloria.

XIII

Mientras el libertador malgastaba su tiempo en teatrales ceremonias fúnebres, haciéndose acordar ó aceptando en vida honores póstumos, la reacción se aprovechaba para sublevar las poblaciones de las campañas en pro del rey, haciendo á su vez la guerra á muerte.

Van á reaparecer ahora, aquellos cien hombres desprendidos en el Orinoco de la columna dispersa de Cajigal, que según lo anunciamos, debía ser el núcleo de un ejército formidable que haría desaparecer por segunda vez la república de Venezuela (§ IX de este cap.). Como se recordará, estos cien hombres eran mandados por dos oficiales oscuros llamados José Tomás Boves, peninsular, y Francisco Tomás Morales, canario, destinados ambos á adquirir una gran celebridad. El verdadero nombre de Boves, era José Tomás Rodríguez, natural de Gijón en Asturias. Piloto en su mocedad, había sido condenado á ocho años de presidio en Puerto-Cabello por actos de piratería. Indultado, cambió su nombre por el de Boves en gratitud á uno de sus benefactores, y se

(34) Decreto de Bolívar instituyendo la orden militar de Libertadores de Venezuela, de 22 de octubre de 1813.

dedicó al comercio de mercerías. Al estallar la revolución, hallábase en la ciudad de Calabozo, y se alistó bajo sus banderas; pero perseguido en su persona y en sus bienes como desafecto á ella, se hallaba en la cárcel del pueblo de Calabozo cuando Antoñanzas invadió por la primera vez los llanos bajos de Caracas y fué uno de los verdugos de la matanza de San Juan-de-los-Morros. Desde entonces abrazó con ardor la causa del rey, y como queda dicho, hizo la campaña del oriente con los realistas, hasta que después de la pérdida de Barcelona, se retiró con ánimo de mantener en los llanos la guerra de partidarios. Francisco Tomás Morales, su compañero y su segundo, ordenanza de milicias en su origen y pulpero después, había hecho sus primeras armas al frente de una partida independiente en Barcelona después de la capitulación de San Mateo, siendo entonces nombrado subteniente de artillería por Monteverde. — Eran dos hombres del mismo temple, pero de diverso temperamento. Los dos eran tan valientes como feroces, y sin más luces que las naturales, tenían el instinto de la guerra y la astucia del salvaje, con una actividad infatigable y una terrible voluntad de hierro, que se imponía en el mando asimilándose á la naturaleza semi-bárbara de las tropas que acaudillaban, sin retroceder ante ningún medio de hostilidad, por horroroso que fuera. Pero Boves, en medio de su ignorancia y su brutalidad, poseía cierta elevación moral: mataba y destruía sin complacencia hombres y cosas, como quien suprime obstáculos, pero era generoso á su manera, y buscaba el triunfo de su causa más que el provecho personal, abandonando el botín á sus soldados. Morales, por el contrario, rapaz y de una fría crueldad, sin retroceder ante ningún peligro, y con cabeza para combinar empresas atrevidas, se gozaba en presenciar la agonía de las víctimas que hacía sacrificar, y se aprovechaba de los despojos de la guerra para enriquecerse. Estos dos hombres, que descubrieron el talón vulnerable de

la revolución, son los que le dieron el conocimiento de las fuerzas populares, que más tarde supo ella asimilarse y poner en actividad para triunfar.

Hasta entonces el movimiento revolucionario de Venezuela, estaba circunscripto á las ciudades. El mismo Bolívar con todas sus grandes cualidades de caudillo revolucionario, no había sospechado que existiese otra fuerza que pudiera contrarrestarlas. Boves y Morales, por instinto de la masa popular á que pertenecían, descubrieron esa gran fuerza latente, y la utilizaron en favor de la causa del rey. Usando de la tremenda arma esgrimida por Bolívar como medio de guerra, proclamaron á su vez la guerra á muerte, exaltando las propensiones feroces de las multitudes de los llanos, y les ofrecieron la matanza y el saqueo. Á su voz se levantaron todos los llaneros del centro de Caracas. Los que no obedecieron al primer llamado fueron compelidos por el temor de la muerte. Su sistema de alistamiento era tan elemental como su organización militar. En cada localidad publicaban un bando llamando á enrolarse bajo su bandera á todos los hombres aptos para tomar las armas bajo pena de la vida, y la amenaza se cumplía sin remisión. Con los hombres así reunidos en cada localidad, cualquiera que fuera su número, formaban escuadrones con la denominación del distrito. Cada hombre acudía con su lanza, y los caballos, que abundaban en el llano, se tomaban donde se encontraban. La táctica no era mucho más complicada: consistía en marchar sobre el enemigo y acometer sin mirar para atrás. Boves con lanza en mano á la par de ellos, los conducía á la pelea, enseñándoles el secreto de vencer, que era el desprecio de la muerte. Así consiguió formar un ejército de 2,500 hombres de intrépida caballería, cual hasta entonces no se había visto en América, que dominó los llanos de Caracas.

Otro hombre, del temple de Boves y Morales, era el comandante realista José Yáñez, de quien hemos hecho men-

ción antes, canario también, no menos atrevido y sagaz, pero más metódico en sus empresas militares. Replegado á San Fernando del Apure después de la disolución del cuerpo de ejército de Tizcar (véase § VIII de este cap.), había organizado allí, auxiliado desde la Guayana, una división compuesta de un batallón de 500 plazas á que dió el nombre de « Numancia », y dos regimientos de caballería llanera de 4 escuadrones de 125 cada uno ; en todo, como 1,500 hombres. Con esta fuerza, invadió la provincia de Barinas, sin esperar á que las llanuras, á la sazón inundadas, se secaran (setiembre), y apoderóse de ella, abriendo comunicaciones con Maracaibo y Coro. De este modo Yáñez y Boves se dividieron el dominio de los llanos : el primero en los del Apure y llanos altos de Barinas, y el segundo en los llanos bajos de Calabozo y demás de la provincia de Caracas.

Boves abrió su campaña derrotando una división de 1,000 hombres de las tres armas, salida á su encuentro al mando del comandante Tomás Montilla. Lo sorprendió cerca de Calabozo, en el hato de Santa Catalina (setiembre 20) y pasó á cuchillo á los prisioneros, en retaliación de la guerra á muerte ; apoderóse de los depósitos de guerra allí existentes, é incorporando á sus filas la caballería republicana que se le pasó en masa, avanzó hasta la villa del Cura, que entregó al saqueo.

En este momento hizo su aparición en la escena de la guerra, un hombre singular del temple férreo de Boves, que con no menos valentía y ferocidad, puso á raya su terrible ímpetu. Nada se sabía de él, sino que era español. Había pasado muy joven á América, donde casó. Al abrir Bolívar su campaña libertadora, encabezó el pronunciamiento de Mérida, levantó un batallón, abandonando esposa é hijos se embanderó en la causa de la independencia, y le entregó, con su vida y alma, su fortuna adquirida por el trabajo. Asistió á todas las batallas de la campaña libertadora, desde la de Ca-

rache, hasta la de las Trincheras, donde fué ascendido á teniente coronel sobre el campo, señalándose siempre por su valor indomable y por su crueldad con los prisioneros, á quienes no daba cuartel. Se ignora la causa de su pasión dominante, que era un odio mortal á sus paisanos, de quienes decía : « Después que matara á todos los españoles, me degollaría yo mismo, y así no quedaría ninguno » (35). Llamábase Vicente Campo Elías. Este fué el hombre del momento.

Destacado Campo Elías del ejército de Valencia con una división de 1,000 fusileros, reunió bajo su bandera 1,500 hombres más de caballería, y marchó en busca de Boves, que á la entrada de los llanos le esperaba con 2,500 jinetes y 500 infantes mandados por Morales, en el punto denominado el « Mosquitero » que sería famoso. La batalla se empeñó en el mismo día en que Bolívar se hacía dar el título de Libertador en Caracas. Boves, con su audacia acostumbrada, envolvió con una impetuosa carga de caballería toda el ala izquierda de los republicanos, y se empeñó sin orden en la persecución. Campo Elías sin desconcertarse, cargó en masa sobre el grueso del enemigo, con tal ímpetu, que en quince minutos lo dispersó completamente. La infantería rendida, fué degollada casi en su totalidad sin misericordia, escapando Morales gravemente herido. La caballería llanera fué lanceada en su mayor parte. Boves y Morales derrotados se retiraron con 20 hombres á la margen izquierda del Apure. Los llanos inundados en esta estación del año, no permitieron que fuesen perseguidos. — Pronto los veremos reaparecer al frente de un nuevo ejército más formidable. — Mientras tanto, en el pueblo de Calabozo rescatado, sus vecinos indefensos, americanos todos ellos, fueron fusilados como trai-

(35) Baralt y Díaz : « Resumen », etc., pág. 180.

dores, por haber auxiliado á Boves. Esta conducta sanguinaria de Campo Elías, ajustada al segundo decreto de guerra á muerte de Bolívar, acabó por decidir á los llaneros. Al ver que no se les daba cuartel, con armas ó sin ellas, abandonaron sus hogares y buscaron en Boves un vengador (36). Este fué uno de los frutos de la guerra á muerte.

XIV

La victoria del Mosquitero, fué pagada con tres derrotas que se sucedieron casi simultáneamente. El general Ceballos desde Coro, al anuncio de la llegada del refuerzo del regimiento Granada y de la sublevación de los llanos, se puso en campaña al frente de todas las fuerzas disponibles de su pro-

---

(36) Todos los historiadores colombianos están contestes sobre este punto: pero tanto Baralt y Diaz como Montenegro y Restrepo, culpan exclusivamente á Campo Elías de la matanza ejecutada en los americanos, diciendo que en esto violó el decreto de Trujillo que los perdonaba aun siendo culpables. Olvidan los tres, que el decreto de Trujillo había sido derogado por el mismo Bolívar en esta parte, por otro expedido en Puerto-Cabello con firma de su ministro de justicia, de fha. 11 de setiembre de 1813, en que declaró: « Dirigiéndome á los americanos que » el error ó la seducción había extraviado, les hice entender, que yo y » sus demás hermanos los perdonábamos, y que amnistía se extendía » hasta los mismos traidores. Todo ha sido cumplido. Reposaba tran » quilo, etc., cuando he sido informado que algunos de aquellos mismos » americanos que con tanta generosidad ha tratado el ejército libertador, » se esfuerzan en pervertir el orden. Teman el castigo y escarmiento » que sufrirán con la última severidad, etc.; perfectamente convencidos » de que todo el que directa ó indirectamente contribuyese á turbar el » orden, paz y tranquilidad pública será castigado con la pena ordina- » ria de muerte; sin que le favorezca el sagrado de la ley (*de Trujillo*) » cumplida ya en todas sus partes; pero con la diferencia que para » aquellos que antes han sido traidores á su patria y á sus conciuda- » danos, y reincidiesen en ello, bastarán sospechas vehementes para » ejecutarlos ». (Doc. para la Hist. del Libertador », t. IV, pag. 710.

vincia, que no pasaban de 350 hombres, y llamando á sí todos los partidarios de la comarca, combinó un plan de invasión con la guarnición de Puerto-Cabello que constaba de 1,700 hombres, á la que debía concurrir Yáñez con su columna situada en Barinas (setiembre 24). Una división republicana avanzada en Bobare al occidente de Barquisimeto, fué batida por él, dejando en su poder un cañón y varios muertos y prisioneros (17 de octubre). Ocho días después (23 de octubre), los dispersos de Bobare, reforzados por 300 hombres de caballería, eran nuevamente deshechos en Yaritagua, al oriente de Barquisimeto, dejando 126 muertos en el campo. Ceballos estableció su cuartel en Barquisimeto. Los restos de los independientes derrotados, se replegaron á Valencia.

El general Urdaneta, que al frente de 800 hombres había avanzado hacia el occidente para abrir operaciones sobre Coro, vióse obligado á detener sus marchas y dió parte á Bolívar de su apurada situación. El Libertador se puso inmediatamente en campaña, y reforzando la columna de Urdaneta, marchó en busca de Ceballos á la cabeza de 1,300 hombres. Ceballos tenía 500 hombres de infantería y 300 de caballería con un pedrero. Bolívar atacó con 200 jinetes por uno de los flancos la posición que ocupaban los realistas en Barquisimeto que se halla situada en una alta meseta, y dispersando la caballería realista consiguió apoderarse con la infantería de una parte de la ciudad, donde hizo repicar las campanas en señal de triunfo. La infantería realista, que había cejado en un principio, pero que se mantuvo hecha dirigida por Ceballos, cargó á los independientes por la espalda, y los puso en completa derrota, matándoles 350 hombres y les tomó 400 prisioneros, con 2 piezas de artillería, 3 banderas y 700 fusiles. El general vencedor, atravesó entonces la cordillera, penetró á los valles de Caracas y efectuó en Araure su reunión con la columna de Yáñez, fuerte de 1,500 hombres, formando así un respetable ejército, regularmente disciplinado. Al mismo

tiempo, invitó al coronel Salomón á reunírsele con la guarnición de Puerto-Cabello para operar de concierto y dar un golpe mortal á los independientes con una masa compacta de 3,500 hombres de las tres armas. Salomón, que como se ha visto, disponía de una fuerza de 1,700 hombres, en vez de seguir este acertado consejo, se puso en campaña por su cuenta al frente de 800 infantes del Granada y 200 jinetes del país, con 4 piezas de artillería ligera y de montaña, y situóse en las alturas de Vigirima, al oriente de Valencia, amagando á Caracas por el oeste. Allí se fortificó (noviembre 16).

Bolívar, que se hallaba á la sazón en Valencia con sólo las tropas granadinas en observación del camino de Puerto-Cabello, hizo acudir la guarnición de Caracas al mando de Rivas, quien le trajo el contingente de un nuevo batallón de 500 plazas formado en su mayor parte con jóvenes estudiantes de la Universidad, y 200 jinetes reclutados en los alrededores. Atacadas la fuertes posiciones enemigas, llevando la cabeza las tropas granadinas, y no bien sostenidas éstas por la reserva que era bisoña, los republicanos fueron rechazados. Al día siguiente se renovó el ataque, y los realistas fueron desalojados por los granadinos, abandonando 4 piezas de artillería (25 de octubre). Salomón humillado, volvió á encerrarse en Puerto-Cabello. El Libertador, rescató el tiempo perdido y aprovechando esta victoria, llamó á 1,500 hombres de la fuerte columna de Campo Elías, y dejó á Calabozo defendido con 1,000 hombres. Ocho días después (1.° de diciembre) se hallaba en San Carlos al frente de un ejército de 3,000 hombres, y abría nueva campaña contra Ceballos, que por su parte contaba con 3,500 hombres y 10 piezas de artillería. Los dos ejércitos se encontraron frente á frente en la llanura de Araure, al pie de la cordillera oriental, entre las nacientes de los ríos Cojedes y Turen.

El prudente general español se había posesionado de la

villa de Araure, situada en un suave plano inclinado, apoyando su espalda en la montaña á fin de asegurar su retirada, cubiertas sus alas por espesos bosques. Un batallón independiente de 500 plazas, que se adelantó imprudentemente á reconocer la posición, recibido por los fuegos de la infantería y de la artillería y flanqueado por una columna de 1,000 caballos del enemigo, fué exterminado, salvándose únicamente el comandante con seis oficiales. Bolívar, á pesar de este contraste, avanzó denodadamente, y formó su línea sobre el campo marcado por los cadáveres de su vanguardia. Roto el fuego, y después de cambiar algunas descargas, mandó cargar á la bayoneta. Era su maniobra favorita. No era un general táctico : daba el impulso á las masas y encomendaba la victoria al valor de los soldados. La numerosa caballería de Yáñez, prolongando sus alas, pretendió envolver el centro atacante ; pero cargada á su vez de flanco por la caballería republicana, se dispersó y fué acuchillada, abandonando á su infantería. La línea de Ceballos fué rota en una última carga, y se puso en derrota dejando en el campo su artillería, 500 muertos, 300 prisioneros y 1.000 fusiles. Todos los prisioneros españoles, fueron pasados por las armas (5 de octubre). Como 800 hombres de infantería de los derrotados se replegaron hacia el oriente. Yáñez huyó hacia el Apure con 200 hombres. Ceballos se refugió en la Guayana. Esta fué la primera batalla ganada en persona por Bolívar. La musa de la revolución le saludó entonando el « Himno del Libertador ».

Gloria al héroe Bolívar !
Gloria al Libertador !
De Ceballos espanto,
De Araure vencedor ! (37).

---

(37) « Canciones patrióticas de Caracas » publicadas en la época, en la imprenta Juan Baillio, impresor del gobierno. (« Docs. para la Hist. del Libertador ».)

Bolívar, que tenía rasgos á lo César y procuraba imitar á Napoleón en ciertos golpes y proclamas de efecto, tuvo también su inspiración. Después de la derrota de Barquisimeto, había formado un batallón con los fugitivos del campo de batalla, y en castigo de su corbadía lo denominó « Batallón sin nombre », imponiéndole que no tendría bandera mientras no la conquistase con su valor. Este cuerpo tuvo los honores de la jornada. Entre las banderas cogidas estaba la del batallón Numancia, formado por Yáñez en el Apure. Bolívar se la dió al « batallón sin nombre », diciéndole : « Vuestro valor » ha ganado en el campo de batalla un nombre para vuestro » cuerpo. En medio del fuego os vi triunfar, y lo proclamé » *Vencedor de Araure*. Habéis quitado al enemigo bande- » ras que un momento fueron victoriosas. Llevad, soldados, » esta bandera de la República! »

Después de Araure, Bolívar se dirigió á Puerto-Cabello, cuyo bloqueo terrestre había sido mantenido por D'Eluyar con las tropas granadinas. La ocasión era propicia para estrechar el sitio. La fragata *Venganza*, y los buques de guerra que condujeron el regimiento de Granada, habíanse retirado á la Habana. El coronel Salomón, que después del contraste de Vigirima, habíase puesto de nuevo en campaña con 1,300 hombres, buscando la incorporación concertada con Ceballos y Yáñez, supo en el camino la derrota de Araure, y hostilizado por las fuerzas independientes, vióse obligado á refugiarse en Coro, con pérdida de dos cañones y más de la mitad de su gente. La plaza sólo contaba con una guarnición de 600 hombres. El puerto estaba bloqueado por la escuadrilla margariteña que Mariño había enviado al mando de Piar, cediendo á las instancias de Bolívar, pendiente el arreglo de la división del mando supremo entre ambos dictadores. La escasez de víveres empezaba á afligir á los sitiados. Monteverde, desacreditado por sus derrotas y desaciertos, había sido depuesto ignominiosamente del mando, y despedido á Curaçao (diciem-

bre 28). Ceballos, que debía sucederle en el gobierno, estaba derrotado y no podía auxiliar la plaza sitiada. Cajigal, nombrado por el gobierno de España capitán general de Venezuela, viejo y enfermo, aun permanecía en la Guayana, donde nada había hecho. Empero, la plaza sitiada continuó resistiendo, y los independientes no pudieron enseñorearse de Puerto-Cabello.

Mientras tanto, la doble dictadura daba sus frutos. Las victorias del occidente, eran estériles sin el concurso del poderoso ejército de oriente que permanecía inactivo. Mariño se negaba á combinar operaciones con Bolívar, hasta tanto no fuese reconocido en el mando supremo de que estaba en posesión. El Libertador le rogaba modestamente, que hiciese marchar sus tropas sobre la parte de los Llanos-Bajos donde á la sazón se rehacían Boves y Yáñez. Lejos de prestarse á esta operación, que la común seguridad indicaba, hubo un momento en que mandó retirar su escuadrilla, y sin las instancias de Bolívar á Piar, así se habría hecho. El resultado de esta desinteligencia fué, que Bolívar no pudiendo atender á la vez al sitio de Puerto-Cabello, á la guerra de occidente y á la de los llanos, Boves y Yáñez reaccionaron vigorosamente. Boves, sobre todo, con una actividad prodigiosa y una energía incontrastable, que no retrocedía ante ningún medio por terrible que fuese, se hallaba en aptitud de abrir una nueva campaña antes de transcurrir dos meses de la derrota que le infligiera Campo Elías. Dictó un bando (1.º de noviembre) llamando á las armas á todos los hombres en estado de llevarlas; ordenó perseguir y matar sin tregua á los traidores ó sea á los patriotas; dispuso que los bienes se distribuyesen entre sus tropas y finalmente dió libertad á todos los esclavos que se alistasen bajo la bandera del rey. Los llaneros, embravecidos por la matanza de Calabozo y atraídos por el cebo del botín, acudieron en masa con decisión. Auxiliado desde la Guayana con 100 veteranos de infantería, un cañón, 300

fusiles y 100.000 cartuchos, á mediados de diciembre contaba un atropamiento de 3,000 hombres de caballería, armados de lanzas con moharras hechas de las rejas de las ventanas. Con esta turba invadió los Llanos-Bajos, derrotó en San Marcos una división de 1,000 hombres que la guardaba (14 de diciembre) pasándola á cuchillo, ocupó Calabozo, donde continuó la matanza sin perdonar á nadie, y distribuyó los bienes de los vencidos como lo había ofrecido. En seguida dominó todo el país llano desde la cordillera que se extiende por la costa de barlovento de Venezuela hasta el golfo de Paria. Más adelante, necesitaba infantería para proseguir la guerra con ventaja; y el indomable caudillo realista se ocupó en formarla. Al mismo tiempo, Yáñez que se había reorganizado en el Apure auxiliado como Boves desde Guayana, invadía á Barinas con 2,000 hombres de infantería y caballería, y ocupaba la capital de la provincia. Cajigal, ya posesionado del mando de capitán general, y Ceballos, formaban en las costas de sotavento un nuevo ejército.

Los llanos y el occidente estaban perdidos para la revolución. Bolívar quedaba reducido al litoral de Caracas y los valles inmediatos, con la atención del sitio de Puerto-Cabello y bloqueado por las guerrillas realistas, con su reserva debilitada en Valencia. Una columna de 1,600 hombres al mando de Urdaneta que marchaba á apoderarse de Coro después de Araure se detuvo en Barquisimeto y acudió con un destacamento á asegurar su retaguardia amenazada. Mariño, en la inacción, permanecía con 3,500 hombres reconcentrado en las costas de Barcelona y Cumaná y sus valles adyacentes. Todo el resto del territorio estaba ocupado por la reacción realista, y todos sus habitantes sublevados en masa contra la república. Los patriotas tenían que refugiarse á las ciudades para salvarse de la persecución de las poblaciones en las campañas. Los ejércitos independientes andaban á ciegas; no podían encontrar ni un guía del país que los condujese, ni siquiera un veci-

no que les diera noticia de los movimientos del enemigo. Para comunicarse las divisiones entre sí, tenían que escoltar sus correos con fuertes destacamentos de compañías, y á veces no llegaban vivos sino cuatro de ellos. Tal era el estado de la guerra y de la opinión en Venezuela al terminar el año XIII. El mismo fenómeno que al tiempo del terremoto en 1812 se producía: las masas populares desertaron de las banderas de la independencia, movidas por el terror, animadas por la venganza y desesperadas por la espantosa miseria del país. Los historiadores colombianos atribuyen esta insurrección popular al decreto de guerra á muerte de Bolívar y á los excesos que autorizó (38). Por causas opuestas y por los mismos efectos, Bolívar caería esta vez como antes había caído Miranda. Siempre la lógica del destino!

(38) En la crónica y la cronología de este capítulo, hemos seguido generalmente á los historiadores clásicos de Venezuela, Montenegro, Baralt y Díaz y Restrepo, principalmente á este último, comprobando su texto con la colección de « Docs. para la Hist. del Libertador », y comparándolo con los historiadores españoles realistas Torrente y Díaz, aunque con otro espíritu según nuestro propio criterio y con diverso plan, corrigiendo algunos de sus juicios, ó los errores que se apuntan en las notas justificativas.

CAPÍTULO XXXIX

SEGUNDA CAÍDA DE VENEZUELA

AÑO 1814

Síntesis cronológica. — Llamado de Bolívar á la opinión. — Papel duplo de Bolívar. — Es investido de la dictadura. — Acuerdo entre Bolívar y Mariño. Crítica situación militar de los independientes. — Combate de Ospino. — Muerte de Yáñez. — Derrota de Campo Elías en La Puerta. — Matanza de ochocientos prisioneros. — Defensa de Victoria por Rivas y Campo Elías. — Combate de Charayave. — Atrocidades de Rosete. — Bolívar se pone en campaña. — Se atrinchera en San Mateo. — Invasión de Boves. — Defensa de las líneas de San Mateo. — Muerte de Campo Elías. — Muerte heroica de Ricaurte. — Combate de Ocumare. — Reunión de Ceballos y Calzada. — Sitio de Valencia. — Avance del ejército de oriente. — Mariño bate á Boves en Bocachica. — Reunión de los ejércitos de oriente y de occidente. — Batalla del Arado. — Cajigal toma el mando del ejército realista. — Primera batalla de Carabobo. — Errores militares de Bolívar. — Nueva invasión de Boves. — Bolívar y Mariño son derrotados en La Puerta. — Capitulación de Valencia. — Se levanta el sitio de Puerto-Cabello. — Retirada de Bolívar al oriente. — Derrota de Aragua. — Deserción de Bolívar y Mariño. — El tesoro de Bolívar. — Bolívar y Mariño destituídos. — Reacción de los republicanos en el oriente. — Triunfo de los republicanos en Maturín. — Derrota de Piar en Cumaná. — Rivas y Bermúdez. — Derrota de los republicanos en Urica. — Muerte de Boves. — Morales general en jefe de los realistas. — Toma de Maturín. — Muerte de Rivas. — La paz del sepulcro. — Guerrillas independientes. — Retirada de Urdaneta á Nueva Granada. — Ocupación de Casanare. — Aparición de José Antonio Páez. — La insurrección de Margarita.

I

El año XII había sido en Venezuela año de lucha sin tregua y de grandes cataclismos naturales, políticos y sociales. El año XIII fué de triunfos y de reveses, de guerra sin misericordia y de reacción violenta. Iniciado con el restableci-

miento de la república, termina con la decadencia política y militar de su revolución, y se repiten en él los mismos fenómenos en el orden social determinantes de los acontecimientos. El año XIV será de evoluciones dentro del mismo círculo de acción, de peripecias y de matanzas inauditas, que terminará por dos catástrofes con la repetición de las escenas de 1812, señalando su segunda caída trágica.

Bolívar, en medio de los peligros que le rodeaban al terminar el año XIII, con su autoridad dictatorial no bien cimentada, sintió la necesidad de llamar en su auxilio la opinión para agregarse fuerzas morales, porque no hay poder por grande que sea, que pueda prescindir del concurso de las voluntades sin caer en el vacío. La dictadura era una necesidad de los tiempos, y él la había justificado con sus triunfos en pro de la independencia nacional, aunque haciéndola servir á su engrandecimiento personal y á su anhelo de vanagloria; pero no era reconocida en toda la extensión del territorio dominado por las armas libertadoras, y tenía que compartirla con un rival poderoso, sin más títulos que los de la fuerza uno y otro. De aquí la necesidad de darle una base legal, al menos en su forma. Todo se reducía á una simple evolución dentro de los elementos de fuerza que constituían la dictadura de hecho, para revestirla como tal siquiera fuese del ropaje del derecho consentido. Bolívar, que había considerado funesta la restauración de la primitiva república federal y prematura é impracticable la convocación de un congreso, imaginó que podía hacer un llamamiento á la opinión, convocando una especie de asamblea política que legitimase su dictadura. Este momento señala en la vida del libertador una nueva fase, que con modificaciones aparentes y cambiantes de colorido, se ha de repetir periódicamente en el curso de su gran carrera bajo faz dupla, con luces de reflejo y luces propias. Jamás ningún hombre público presentó mayores contradicciones entre la palabra y la acción. Poseído

de una insaciable ambición en que se mezclaba lo sublime y lo impuro, como en los torrentes que arrastran el lodo del fondo en sus ondas impetuosas, buscaba con avidez la realidad del poder supremo sin control que repudiaba en teoría, y renunciaba teatralmente el mando absoluto de que estaba en posesión, y que tenía que ejercer por necesidad y por deber, protestando no aceptarlo jamás, para recibirlo después sin condiciones como lo buscaba. Es una escena de su gran comedia política, en que contradiciéndose á sí mismo, expondrá con sinceridad moral una doctrina, que prácticamente no podrá serle aplicada. De esta duplicidad proviene, que él sea el inventor en Sud-América de las repetidas renuncias de los que identificados con el poder, hacen falsa ostentación de desinterés, señalando los peligros de la perpetuidad de los gobernantes en una democracia, sin la sinceridad de Wáshington ni el ánimo deliberado de San Martín. Hay que tenérselo, empero, en cuenta. En medio de su grandeza, de su influencia preponderante, con un temperamento más que autoritario, monocrático, amando con toda su alma y sensualmente el poder como lo amaba y creyendo irreemplazable su persona, desde este día, en que hizo un llamamiento, aunque de mera forma á la opinión, siempre invocó la alta autoridad de los congresos representantes de la opinión, cedió algunas veces ante sus deliberaciones libres, y aun para hacer prevalecer sus excéntricas teorías constitucionales ó satisfacer su anhelo de vanagloria, buscó en todo tiempo su sanción y compartió con ellos su responsabilidad, hasta que al fin se inclinó ante el voto del último congreso que puso el sello del destino á su última renuncia impuesta forzosamente por la opinión á que apelara en 1814.

Para evitar la complicación de un congreso nacional, — cuya elección y reunión era por otra parte imposible, — y siguiendo la tradición municipal de los cabildos abiertos, á que la revolución diera representación popular y privilegios

parlamentarios, y aun facultades constituyentes, convocó una asemblea de notables, compuesta de las corporaciones civiles y de los padres de familia de la capital, á la que atribuyó por una ficción convencional, la soberanía del pueblo y e poder de dictar la ley suprema. Dióle cuenta de su administración dictatorial, que sometió á su fallo; abdicó en sus manos la potestad de que se había investido, y protestando no poder ni querer continuar en ella, cuando su espada era el único punto de apoyo de la república vacilante, la volvió á recibir incondicionalmente de las manos en que por ficción la entregaba, después de representar su doble papel. Era la renovación de la escena al recibir el título de libertador, que se repetiría constantemente con cambio de palabras y sin variación de asunto, en circunstancias y condiciones análogas.

La peroración de Bolívar, en esta ocasión, — elocuente, difusa, declamatoria, personal, patriótica y espontánea como todas las suyas, — es el único recuerdo que de la asamblea de Caracas en 1813 haya quedado, y sólo merece recordarse como manifestación compleja de la naturaleza de un grande hombre de acción y pensamiento en un momento solemne. Pronunció tres discursos : uno para abdicar la dictadura, haciendo el elogio de sus acciones; otro para excusarse de continuarla, al hacer su biografía ; uno final, para consagrar su apoteosis en vida, confirmado por la asamblea, y aceptar incondicionalmente el poder dictatorial. Jamás héroe alguno fué más héroe de sus discursos que Bolívar. Él dijo en tal ocasión : « Yo no os he dado la libertad. Yo no soy el soberano. » Vuestros representantes deben hacer vuestras leyes. Anhe- » lo por el momento de trasmitir este poder á los represen- » tantes del pueblo, y espero me eximiréis de un destino » que alguno de vosotros podrá llenar dignamente. » Pero agregaba inmediatamente, al dar cuenta de sus actos : « Para » salvaros de la anarquía y destruir los enemigos admití y

» conservé el poder soberano. Os he dado leyes, os he » organizado una administración: os he dado un gobierno. » Vuestro honor se ha repuesto; vuestras cadenas han sido » despedazadas; he exterminado vuestros enemigos, y os he » administrado con justicia ». Ante el voto de la asamblea de continuar ejerciendo la dictadura como una necesidad pública, después de « oir con rubor » según sus palabras, pronunciar su elogio, trazó él mismo el cuadro de su vida pública desde la proscripción hasta la reconquista, y al mezclar incidentalmente al propio encomio de sus acciones el de sus compañeros de trabajos, replicó con palabras elocuentes, bellas máximas y protestas ficticias subentendidas, en que reconociendo contradictoriamente la necesidad de la dictadura, insistió en abdicarla: « Yo no he venido á oprimiros con » mis armas vencedoras: he venido á traeros el imperio de » las leyes. No es el despotismo militar el que puede hacer » la felicidad de un pueblo, ni el mando que obtengo puede » jamás convenir sino temporariamente á la república. Un » soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar á » su patria; no es el árbitro de las leyes ni del gobierno: sus » glorias deben confundirse con las del país. Yo os suplico » me eximáis de una carga superior á mis fuerzas. Elegid » vuestros representantes, vuestros magistrados, un gobierno » justo; y contad con las armas que han salvado la repú- » blica ». La asamblea lo proclamó unánimemente dictador, y le votó por aclamación una estatua en vida que perpetuase la memoria de su desinterés en los triunfos. Él se sometió ante la insistencia, reconociendo la necesidad imperiosa de la dictadura, y declaró que no pretendía con supercherías, afectar una perfecta moderación para arrancar sufragios. « Los oradores han hablado por el pueblo. Ciudadanos! en » vano os esforzáis porque continúe ilimitadamente en ejer- » cicio de la autoridad que poseo. Las asambleas populares » no pueden reunirse en toda Venezuela sin peligro, lo

» conozco, y me someto á mi pesar á recibir la ley que las » circunstancias me dictan. Confieso que ansío impaciente- » mente por el momento de renunciar á la autoridad. Enton- » ces espero que me eximiréis de todo, excepto de combatir » por vosotros. Os suplico no creáis que mi moderación es » para alucinaros, y para llegar por este medio á la tiranía. » No soy un Pisistrato (1). »

Fuerte moralmente Bolívar con el voto de confianza de sus conciudadanos, que á pesar de sus formas artificiales era dictado por un sincero entusiasmo, él comprendía que la lucha era desesperada sin la concentración de todas las fuerzas independientes, y que esto no era posible sin un acuerdo franco y patriótico con Mariño. En uno de sus discursos á la asamblea había designado al « libertador de oriente como digno de regir los destinos de la república » para propiciarse su buena voluntad. Dando un paso más en este sentido, resolvióse al fin á reconocer como hecho que se imponía la doble dictadura, y se dirigió á su émulo al reclamar su cooperación en términos tan dignos y moderados como firmes : « Repetidas veces he implorado los auxilios de V. E., » para que marchando á cubrir con sus tropas á Calabozo, » se impidiera el que los enemigos la ocuparan ; y para que » destinándolas contra Boves cooperasen con las de Caracas » á su destrucción. Suplícole me revele las causas que han » influido para unas determinaciones tan contrarias, en tanto » que, á nombre de la libertad comprometida de la república, » le pido instantáneamente todos sus socorros para soste- » narla ». Reconocido Mariño como jefe supremo del oriente, firmóse entre ambos dictadores un tratado (mediados de enero), uniendo sus armas y esfuerzos contra el enemigo común.

(1) « Acta popular celebrada en Caracas el día 2 de enero de 1814. » (« Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, pág. 46, núm. 906.)

Ya era tarde. La lucha se prolongaría, pero la república de Venezuela estaba por segunda vez irremisiblemente perdida.

II

Como se explicó antes, los llanos estaban perdidos : Yáñez ocupaba á Barinas y Boves á Calabozo. El occidente reaccionaba, y el ejército triunfante en Araure tenía que retroceder para cubrir su retaguardia amenazada, al mismo tiempo que Cajigal y Ceballos en el litoral de Sotavento reaccionaban, formando un nuevo ejército para tomar de nuevo la ofensiva. Evacuada la provincia de Barinas por las fuerzas republicanas que la defendían, Urdaneta, que había suspendido su marcha hacia Coro, retrocedió para ampararla ; pero ya era tarde, Yáñez, triunfante, avanzaba con 1,000 hombres por la falda oriental de la cordillera, con su fuerza dividida en dos columnas de maniobra. Urdaneta, trasmontó la cordillera hacia el oriente, y reunió como 700 hombres en Ospino, al oeste del campo de batalla de Araure. Puestos ambos cuerpos de ejército uno frente de otro, empeñóse la pelea con orden por una y otra parte. La caballería llanera, mandada por Yáñez en persona, cargó sobre la infantería patriota, y su jefe cayó muerto herido por dos balazos. La victoria quedó por los independientes. El cadáver de Yáñez, fué dividido en trozos y sus miembros repartidos en varias localidades teatro de sus hazañas y de sus crueldades (febrero 2). Sucedióle en el mando su segundo Sebastián de la Calzada, que de soldado raso habíase elevado al rango de coronel, y que no menos bárbaro que su muerto jefe, vengó su muerte y los ultrajes á su cadáver incendiando el pueblo de Ospino, que abandonó después del combate.

Boves, mientras tanto, avanzaba hacia el corazón de Ve-

nezuela, al frente de un ejército de llaneros, que los historiadores hacen subir exageradamente al número de 8,000 hombres. Bolívar había dispuesto que saliese á su encuentro Campo-Elías, con una columna de 1,500 hombres, que se situó en la villa del Cura á la entrada del Llano-Bajo, donde tenían los republicanos un gran parque, destinado á armar un cuerpo de ejército del oriente, que al mando de Mariño debía acudir á aquel punto según lo convenido entre los dos dictadores. El auxilio de oriente no acudió, y el vencedor del Mosquitero quedó solo para hacer frente á la tremenda invasión. Boves desprendió una columna de 1,200 hombres al mando del español Francisco Rosete, otro monstruo de la raza de Zuazola y Antoñanzas, que excedería á éstos en atrocidades. Esta columna destacada, penetró por los valles del Tuy, y ocupó Ocumare á 83 kilómetros al oeste de Caracas (11 de febrero). Á pesar de no haber encontrado sino una débil resistencia, pasó á cuchillo hombres, mujeres y niños, degollando hasta los que se refugiaron en el templo, hecho inaudito hasta entonces en el transcurso de la guerra á muerte. La ciudad de Caracas, temerosa de ser atacada, se fortificó, preparándose á una defensa á todo trance.

Al anuncio de la invasión de Boves, que avanzaba degollando cuantas partidas caían en su poder, Campo Elías se adelantó como 12 kilómetros á su frente, hasta el lugar llamado La Puerta, por ser el sitio donde se reunen los caminos que de los llanos conducen á varios puntos del Alto y Bajo llano. Varios ángulos salientes de la cordillera oriental se avanzan por el norte, y hacia el sud se desenvuelve una vasta llanura, marcándose con caracteres definidos los lindes de las dos zonas limítrofes. En este sitio se trabó la batalla (febrero 3). La formidable caballería de Boves, con su gran masa, aplastó la división de Campo Elías en dos horas de combate, haciendo pedazos su infantería que pasó á cuchillo. Boves fué gravemente herido en la pelea. Su segundo Mora-

les, con 1.000 jinetes y 300 cazadores de infantería montada, penetró á los valles de Aragua, y avanzó sobre Victoria punto intermedio al oeste de Caracas y Valencia. Campo Elías, con sus destrozados restos, se replegó y atrincheró en la Cabrera, la angostura cercana á Valencia, tristemente famosa por la desgraciada defensa que en ella hiciera Miranda en 1812.

Rivas, el vencedor de Naquitao y Horcones, que mandaba en la capital, acudió con 1.000 hombres y 5 piezas de artillería en defensa de Victoria, donde fué sitiado. Atacado allí por Morales y reducido al recinto de la ciudad, se defendió tenazmente, quedando la mitad de su tropa fuera de combate (10 de febrero). Iba ya á sucumbir, cuando se levantó en el horizonte una nube de polvo que hizo renacer la esperanza en los sitiados. Era el impertérrito vencedor de Mosquitero y el vencido en La Puerta, que al frente de 220 hombres acudía desde la Cabrera de Valencia en auxilio de la plaza. Protegido en su entrada á las trincheras, por una vigorosa salida que hizo Rivas atacando por la espalda al enemigo que saliera á contener á Campo Elías, ambas fuerzas reunidas rechazaron un nuevo asalto que llevó Morales, aunque á costa de grandes pérdidas. El jefe realista, vióse obligado á levantar el sitio, y perseguido en su retirada hacia el Cura, perdió toda su artillería.

Triunfante Rivas de Morales, marchó á los valles del Tuy en persecución del feroz Rosete al frente de 800 hombres, y lo asaltó en el pueblo de Charayave, deshaciéndolo completamente. No dió cuartel á los prisioneros. Desde Charayave, avanzó hasta pueblo de la sabana de Ocumare, donde encontró desparramados en sus calles como trescientos cadáveres insepultos de niños, mujeres y hombres sacrificados bárbaramente por el feroz Rosete (2). Sobre ellos juró Rivas

(2) Los historiadores españoles pasan por alto la excursión de Rosete,

venganza, y exterminio de la raza española. El famoso caudillo margariteño Juan Bautista Arismendi, que mandaba en Caracas en ausencia de Rivas, hizo el mismo juramento. Estos juramentos eran precursores de una de las hecatombes más sangrientas que recuerda la historia.

III

Bolívar, que después de ser proclamado dictador habíase puesto en campaña, recibió en Puerto-Cabello la infausta noticia de la derrota de Campo Elías en La Puerta. Una vez más se ponía á prueba la fortaleza de su alma en los contrastes. Trasladóse inmediatamente á Valencia, donde estableció su cuartel general, reconcentrando todos sus destacamentos dispersos, sin levantar el sitio de Puerto-Cabello á cargo de D'Eluyar con las tropas granadinas, y llamó á sí el grueso de la división de Urdaneta, quien quedó en Barquisimeto con sólo 700 hombres haciendo frente á la invasión del occidente. En tan críticas circunstancias recibió una consulta del comandante de la Guayra. « Que hago en estos momentos de peligro » con la multitud de españoles que existen en las prisiones de » esta plaza : ellos son numerosos y la guarnición muy poca ». Bolívar tomó la pluma y contestó en el acto : « Ordeno que » inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles

---

y ni siquiera lo nombran. Díaz, en sus « Recuerdos de la Revol. de Caracas », pág. 156, refiriéndose á él, dice : « Un cuerpo de tropas man- » dado por un hombre incapaz de un mando ». — Además del parte de Rivas, que puede tacharse de parcial, da testimonio de estas atrocidades el presbítero Juan de Orta, como testigo presencial, en oficio de 22 de febrero de 1814 dirigido al provisor y vicario general, en que dice : « Sobre trescientos cadáveres cubren las calles, fosos y montes de la » inmediación (de esta plaza). El santuario de Dios vivo fué violado. La » sangre de tres víctimas inocentes riega el pavimento ».

» presos en las bóvedas (de la Guayra) y en el hospital, sin » excepción alguna » (febrero 8). Arismendi fué encargado de la tremenda ejecución. En las instrucciones que le dió el dictador, preveníale empero : « con excepción de los españoles » que tengan carta de naturalización ». El feroz margariteño exclamó al leerla : « Este secretario del libertador es un burro : » ha escrito con *excepción*, en vez de poner con *inclusión !* »

Existían en aquella época como 1,000 españoles presos, — no prisioneros de guerra, — de los avecindados en la capital, que al tiempo de su ocupación por los independientes fueron encerrados en las cárceles de la Guayra, y sobre quienes pesaba la sentencia de muerte de Trujillo, por razón de su origen, aun siendo indiferentes. Bolívar propuso en varias ocasiones su canje por un pequeño número de prisioneros y presos patriotas que se hallaban en Puerto-Cabello ; pero Monteverde se había negado constantemente á ello. En la cabeza de estos desgraciados iba á cumplirse el terrible decreto de guerra á muerte del dictador. Arismendi, con un lujo de crueldad que espanta, lo cumplió como fiel ejecutor y como verdugo. — Mandó formar con los condenados una gran pira, en que debían consumirse sus cadáveres, y á que ellos pusieron fuego con sus propias manos. — En seguida empezó la matanza : en Caracas y en la Guayra simultáneamente. Las víctimas eran extraídas en grupos de los calabozos, como reses destinadas al matadero. Al toque de degüello de una corneta, los soldados caían sobre ellos, y á bayoneta, hacha, sable, lanza, machete ó puñal, eran sacrificados, y muertos ó moribundos arrojados á la hoguera. — Poca pólvora se gastó en la ejecución. — Durante ocho días consecutivos se mató así sin misericordia en Caracas y en la Guayra. — Así perecieron ochocientos sesenta y seis españoles y canarios, entre ellos, según los mismos historiadores colombianos, « muchos hombres buenos », que habían amparado á los republicanos defendiéndolos contra la crueldad de sus compatriotas. — Esta

hecatombe, una de las más sangrientas que recuerda la historia, ordenada en virtud de una bárbara ley de exterminio, puede ser explicada por la seguridad, y la disculparía la necesidad de vencer á todo trance, pero la conciencia la condena como derecho y como hecho, y con razón se ha dicho, que es una « mancha de lodo y sangre en la historia de Venezuela. » — Como represalia, fué el resultado de las matanzas que autorizó el decreto de guerra á muerte de Bolívar al abrir su campaña reconquistadora, que dos cabezas de españoles pacíficos degollados por sus guerrillas iniciaron. La necesidad fué creada por la absurda teoría en que se fundaba la guerra á muerte, que como todo absurdo tenía necesariamente que producir un hecho brutalmente lógico. Como medio de terror y como medio de victoria que pudiera justificarla, no tuvo ni la sanción del éxito : fué causa de derrota, la ensangrentó inútilmente sin impedirla, y la hizo mas trágica y dolorosa (3). Empero, manifestación de un alma fuerte, no fué acto de ferocidad emanado de la naturaleza generosa de su ordenador, y esto le absuelve ante la moral de la historia. Y debe repetirse lo que en su descargo ha dicho un historiador imparcial : « Poco tiempo antes, iguales monstruosidades habíanse » cometido en medio de la misma Europa, con su refinada » civilización, entre los pueblos del mediodía, en España y » el reino de Nápoles. Los españoles habían engendrado en » el seno de su oscurantismo, esta fuerza que se desencade- » naba contra ellos. Según el código natural de todos los » pueblos groseros, los criollos les aplicaban la ley que ellos » les enseñaron como maestros, buscando su salvación en el » mal, ya que no la encontraban en el bien. Al menos, Bolí- » var sintió la necesidad de justificar ante el mundo este

(3) Véase en el cap. XXXVIII, § VII, el examen histórico de los antecedentes del decreto de guerra á muerte de Trujillo, y el juicio fundado que allí se hace acerca de ella.

» terrible acto de represalias, mientras los españoles ni » siquiera pensaron en disculpar sus atrocidades » (4).

Bolívar, sólo contaba á la sazón con 1,500 infantes y 600 jinetes para hacer frente á la irrupción de Boves con sus semi-bárbaras masas de llaneros, indisciplinadas, pero resueltas á todo y cuatro veces más numerosas. En campo abierto no podía contrarrestarlas. Encerrarse en Caracas ó permanecer concentrado en Valencia, era entregar todo el país al enemigo. Su resolución fué la más prudente y la más valerosa. Asegurada la capital de un golpe de mano, fortificó á Valencia, formando una flotilla en su lago; atrincheró el estrecho de Cabrera, y ocupó Victoria (20 de marzo). De este modo cubría todas las posiciones que constituían sus puntos de apoyo en el terreno montañoso de la cordillera del litoral; cerraba el camino que traía Boves ya restablecido de su herida, y mantenía abiertas sus comunicaciones por el flanco izquierdo á la espera del ejército de oriente que venía en su auxilio, mandado por Mariño en persona. La posición era estratégica.

La ciudad de Victoria se halla situada en el ameno valle de Aragua, río que derrama sus aguas en el lago de Valencia por el oriente y en el mar por el occidente, envolviendo los valles del Tuy inmediatos á Caracas. Á este punto convergen los caminos de la costa y de los llanos bajos. Desde las altas colinas en que está asentada la ciudad, se descubre un vasto y pintoresco panorama de campiñas cultivadas, dominado al norte por una eminencia llamada del Calvario, á cuyo pie hacia el oeste, se desenvuelve una llanura en que se encuentra el inmediato pueblo de San Mateo. Aquí estableció el Liber-

(4) Gervinus: « Hist. du XIX siècle ». — Véase « Manifiesto que hizo al mundo el ministro de Venezuela por orden del Libertador » de 24 de febrero de 1814. « Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, pág. número 916.

tador su cuartel general. En el vértice de las alturas que rodean esta posición, encontrábase una casa de propiedad de Bolívar, y hacia el oriente se extendía la hacienda llamada del Ingenio, uno de sus más ricos feudos patrimoniales. Iba á combatir *pro aris et focis*. Hizo construir trincheras defendidas por fuertes estacadas, para cortar el camino principal de Victoria, que atraviesa el pueblo de San Mateo y se desenvuelve al pie de la casa del Ingenio y del Calvario, y situó el parque en el Ingenio. Por la primera vez iban á encontrarse Bolívar y Boves frente á frente.

IV

El 25 de febrero aparecieron sobre las alturas fronterizas de San Mateo las muchedumbres de Boves, compuestas de 5,000 jinetes, precedidos por 2,000 fusileros. Las avanzadas cambiaron los primeros tiros río Aragua por medio, replegándose unos y otros á sus reservas al anochecer. Al día siguiente cargó Boves sobre los atrincheramientos con grande algazara. Morales atacó la derecha de las líneas, donde estaba situada la casa de Bolívar, y fué completamente rechazado. En la trinchera del centro, donde mandaba Bolívar en persona, el ataque dirigido por Boves, fué tan impetuoso como tenaz la resistencia. Los fuegos de la infantería republicana hicieron estragos en las filas contrarias. Los enemigos cargaron entonces sobre el Calvario, para flanquear la derecha de línea apoderándose de unas casas fronterizas desde las cuales abrieron un fuego mortífero. El libertador, hizo reforzar la posición con tropas de reserva al mando del coronel Manuel Villapol y Campo Elías, ambos españoles de nacimiento, antiguo general el uno de los patriotas en la Guayana en 1812, y el segundo, vencedor del Mosquitero y salvador de Victoria.

Los dos cayeron mortalmente heridos. El joven capitán Rafael Villapol, hijo de Venezuela, reemplaza á su padre, restablece el combate, arroja al enemigo de sus posiciones, y gravemente herido se replegó al anochecer al Calvario, manteniendo la posición, al mismo tiempo que Boves, gravemente herido también, era conducido en brazos de sus soldados. Dos horas y media había durado el combate. El campo estaba cubierto de cadáveres de una y otra parte. Bolívar extendió y perfeccionó sus defensas, esperando un nuevo ataque. Morales tomó el mando del ejército llanero en reemplazo de Boves herido.

Los realistas habían agotado sus municiones de infantería. Durante quince días permanecieron en inacción. El 11 de marzo repitieron el asalto, y fueron otra vez rechazados. Boves, algún tanto restablecido de su herida, se puso de nuevo al frente de su ejército que lo recibió con grandes aclamaciones (marzo 17). El 20, Boves atacó por tercera vez las líneas. Los fuegos de la infantería y de la artillería republicana, hicieron estragos en sus filas, obligándolo á desistir de su intento por el momento. Empeñado en arrebatar la posición, costase lo que costase, combinó un nuevo plan de ataque. Una fuerte columna de fusileros, tomaría por la espalda los cerros en que se apoyaba la izquierda de las líneas, y descendiendo aceleradamente de las alturas se apoderaría del Ingenio donde estaba establecido el parque de Bolívar. Al mismo tiempo, él atacaría por el frente de la llanura de San Mateo con el grueso de sus fuerzas.

Al rayar el día 25 de marzo, rompióse simultáneamente el fuego en toda la línea. El ataque del centro es vigorosamente resistido por Bolívar en persona. En lo más recio del combate aparece la columna flanqueadora de Boves sobre las alturas que dominan el Ingenio, que custodiaban tan sólo cincuenta hombres, al mando del capitan Antonio Ricaurte, joven de veinte años de edad, natural de la villa Leiva en

Nueva Granada. Perdido el parque, estaba perdida la batalla. La espectativa fué angustiosa. La columna flanqueadora avanza á paso de carga; llega á la casa del Ingenio, situada en lo alto del cerro, y dando alaridos de triunfo, su cabeza penetra por sus puertas sin resistencia. En aquel instante una estruendosa explosión hizo estremecer el campo y los corazones. El parque se había incendiado : la casa había desaparecido y gran parte de la columna al parecer triunfante volaba por los aires. Ricaurte había hecho volar el depósito de municiones. Sin medios ni esperanza de sostener la posición, y comprendiendo que de él dependía la salvación del ejército republicano, ordenó á su tropa evacuar el punto, y se pusiera en salvo. Él quedó solo con una mecha en la mano. Al penetrar el enemigo en el recinto del parque, pone fuego al almacen de pólvora y vuela su alma inmortal junto con los miembros despedazados de los asaltantes. Despavoridos los restos del enemigo salvados de la explosión se ponen en precipitada fuga. La victoria estaba ganada por un hombre solo. Bolívar, al ver aparecer la columna flanqueadora por la espalda y desfilar la pequeña guarnición del Ingenio en retirada, lo dió todo por perdido si el parque se perdía : mandó desensillar su caballo y proclamó á sus soldados diciéndoles, que « sería el primero en morir entre sus filas. » Para honrar aquel sublime sacrificio sólo tuvo después una frase retórica sin poder olvidarse de sí mismo : « Qué hay de semejante en la » historia á la muerte de Ricaurte? Este suicidio para salvar » á la patria, á la independencia y á mí, es digno de cantarse » por un ilustre genio como Alfieri! » (5). Los sitiadores se retiraron con una pérdida de 800 hombres entre muertos y heridos en la jornada. Los sitiados quedaron triunfantes

(5) Véase : « Homenaje al capitán Antonio Ricaurte, héroe de San Mateo, en el primer centenario de su natalicio ». Bogotá, 1886.

dentro de sus líneas con una pérdida menor que la del enemigo en los diversos asaltos que repelieron; pero por la retaguardia y el occidente, amenazaba otra tempestad.

Á la vez que atacaba las líneas de San Mateo, Boves había desprendido por el flanco derecho y retaguardia de los sitiados una fuerte columna al mando del feroz Rosete con el objeto de apoderarse por segunda vez de los valles del Tuy (véase § II) y amagar la capital. Rivas, que mandaba en la plaza, estaba postrado en cama. Arismendi, su segundo, salió al frente de una columna de 800 hombres, compuesta de la flor de la juventud de la ciudad, y fué batido en la sabana de Ocumare, y todos sus soldados lanceados y degollados (11 de marzo). Bolívar, que tuvo anticipadamente noticias del movimiento de Rosete, había desprendido 300 hombres escogidos en auxilio de Caracas al mando del comandante Mariano Montilla, nuevo personaje que veremos más tarde figurar en primera línea. Este oportuno auxilio salvó la capital. Sobre esta base, el animoso Rivas forma una nueva división de 900 hombres, se pone á su frente tendido en una camilla, ataca á Rosete en Ocumare y lo hace pedazos (20 de marzo). La población de Caracas salvada, lo recibió en triunfo.

Los peligros se multiplicaban. Cajigal, situado en Coro, y en posesión del cargo de capitán general, había formado una división de 1,000 hombres compuesta de las reliquias del batallón Granada y de las tropas regulares corianas, las que al mando del general Ceballos debían ponerse en campaña y obrar en combinación con el ejército del Apure mandado por Calzada después de la muerte de Yáñez. Todo el occidente de la cordillera estaba, como los llanos, pronunciado por los realistas, que dominaban con sus guerrillas ambas zonas de la cordillera oriental. Urdaneta, que al frente de 700 hombres había quedado en Barquisimeto al tiempo de reconcentrarse Bolívar en San Mateo, fué batido y dispersado por Ceballos

(9 de marzo). El jefe patriota, se replegó con sus restos á San Carlos, donde fué sitiado por Calzada, viéndose obligado después de algunos recios combates á la defensiva, á evacuar la villa y retirarse á Valencia. Desde este punto avisó al Libertador, que el occidente estaba perdido, y que esperaba ser atacado de un momento á otro por las fuerzas reunidas de Coro y del Apure. Bolívar le contestó que defendiese la ciudad hasta morir, pues allí estaban depositados todos los elementos de guerra de la república, ordenándole á la vez que reforzase con 200 hombres á D'Eluyar en la línea de Puerto-Cabello, á fin de impedir que los sitiados auxiliasen á Boves con armas y municiones. Urdaneta quedó con sólo 280 fusileros para defender á Valencia.

Reunidos en San Carlos Ceballos y Calzada, en número de 3,000 hombres, se presentaron delante de Valencia (29 de marzo) y le intimaron rendirse á discreción. Urdaneta contestó que se defendería hasta la muerte, y se preparó á una vigorosa defensa. Al día siguiente la ciudad fué embestida. Felizmente los realistas no tenían artillería, y los republicanos pudieron resistir los diversos ataques que les llevó el enemigo durante cuatro días; pero al fin se vieron reducidos al recinto de las últimas trincheras centrales, con el agua cortada y expuestos á perecer de sed. Urdaneta, en junta de oficiales, acordó, que en el caso de ser forzada la plaza, la guarnición se replegaría al cuartel de artillería, incendiarían las municiones y volarían todos, cumpliendo la orden del Libertador. El ejemplo de Ricaurte inflamaba las almas!

V

Rechazado Boves en sus repetidos ataques y quebrado el nervio de sus tropas, limitóse á mantener el sitio de las líneas de San Mateo. Los llaneros, fatigados y defraudados en sus esperanzas de botín, empezaron á desertarse. Empero, la situación de Bolívar era desesperada. Hacía un mes que duraba el sitio. Su ejército estaba en esqueleto. Oprimido á su frente por fuerzas superiores, su flanco y retaguardia por el norte estaba amenazado, y Valencia era la última esperanza en occidente. Sólo podía salvardo el auxilio del ejército de oriente. Éste avanzaba á marchas forzadas, en cuatro columnas de maniobra que sumaban 3.500 hombres, barriendo de enemigos los llanos á espalda de Boves. Éste, hizo entonces un último y desesperado esfuerzo contra las líneas; pero fué rechazado una vez más, y hubo de emprender su retirada (30 de marzo), con el intento de atacar á Mariño antes de que penetrase á las tierras altas, cerrándole al efecto la entrada de La Puerta. El general de oriente maniobró de manera de penetrar en los valles de Aragua, y situarse entre La Puerta y la villa del Cura, donde tomó fuertes posiciones en el punto denominado de Boca Chica. Buscado allí por el enemigo, empeñóse la batalla (31 de marzo). La fuerza de ambos ejércitos estaba equilibrada, preponderando en ellos el arma de caballería. Después de una reñida pelea á la defensiva, los independientes quedaron dueños del campo, con sólo la pérdida de 200 hombres entre muertos y heridos. Boves, rechazado en su ataque, y agotadas sus municiones, se retiró en orden sin ser perseguido, dejando 500 cadáveres en el campo. La jornada no fué decisiva. Mariño se concentró en Victoria. Bolívar, en el mismo día de la batalla, se

puso en movimiento con su mutilado ejército en persecución de Boves, que emprendió la marcha hacia el norte con el objeto de incorporarse á Ceballos. Reunidos en Valencia los cuerpos de ejército del Apure, los llanos bajos y de Coro, alcanzaban á 6,000 hombres. La plaza continuaba resistiendo heroicamente. La escasez de municiones y el temor de ser atacados por los ejércitos de Mariño y Bolívar reunidos, les aconsejó levantar el sitio (3 de abril). Boves volvió á los llanos, á reunir sus dispersos y levantar nuevas tropas, siendo seguido muy luego por todos sus llaneros. Ceballos, se replegó á San Carlos, en busca de una nueva base de operaciones en los llanos y á la espera de los refuerzos que le traería Boves. El mismo día en que se levantaba el sitio llegó Bolívar á Valencia. El gran depósito de guerra de la república estaba salvado. Las tropas granadinas con D'Eluyar habían mantenido impertérritas el cerco de Puerto-Cabello, sitiadas y sitiadoras á la vez. Una nueva campaña iba á abrirse.

La reunión de los ejércitos de oriente y de occidente, no produjo los resultados que eran de esperarse, sea por falta de concierto ó por falta de plan. En vez de formar una sola masa y aplastar con ella al enemigo en retirada, Mariño, de acuerdo con Bolívar, se desprendió con un cuerpo de ejército de 2,000 infantes y 800 jinetes, compuesto de orientales y occidentales, con el objeto de atacar á Ceballos situado en San Carlos. El general de oriente, que no tenía experiencia de la guerra ni cabeza militar, comprometió imprudentemente una desordenada batalla paralela en la llanura del Arado que se extiende frente á San Carlos, donde Ceballos lo esperó con 2,500 hombres. La línea independiente fué rota casi sin pelear, y la mayor parte de sus cuerpos se dispersaron ó huyeron, con el general en jefe á la cabeza (abril 17). Afortunadamente estaba allí Urdaneta, quien con 600 infantes de occidente, se mantuvo firme en el campo: reunióse á una división de oriente mandada

por Bermúdez, restableció la línea de batalla al anochecer, y emprendió la retirada hacia Valencia, salvando toda la infantería, sin dejar ningún trofeo al enemigo. Ceballos, general de la antigua escuela española, apático y lento en sus movimientos, no supo sacar partido de su ventaja, y se mantuvo inmóvil en sus posiciones. La pérdida de los patriotas en este encuentro, fué pequeña.

Cajigal, que como queda dicho habíase posesionado del cargo de capitán general, se puso en campaña desde Coro, al frente de una fuerte división, con la que se reunió á Ceballos en San Carlos, asumiendo el mando en jefe, después de hacer retroceder á los destacamentos republicanos que se habían adelantado hasta Carora. Reconcentrados los ejércitos beligerantes, el uno en San Carlos y el otro en Valencia, ambos evolucionaron durante algunos días, avanzando ó retrocediendo, hasta que Cajigal, se situó en posiciones ventajosas, en actitud de provocar una nueva batalla defensiva. Bolívar, reforzado con una columna de 800 hombres, que desde Caracas le llevó el infatigable Rivas, tomó decididamente la ofensiva al frente de 3,000 hombres. La fuerza del enemigo era superior á la de los independientes. La batalla se empeñó en la llanura de Carabobo, sitio que debía ser dos veces famoso. Después de algunas peripecias, y alternativos conatos de orden oblicuo por una y otra parte, la victoria se decidió por las armas del Libertador. La tempestad de occidente estaba disipada por el momento. El enemigo dejó en el campo 300 cadáveres, su artillería, 500 fusiles y sus banderas (mayo 26). Los republicanos no tuvieron sino 12 muertos y 40 heridos.

Carabobo no fué, empero, una jornada decisiva, como tal vez pudo serlo. La república de Venezuela estaba destinada á sucumbir por segunda vez. La catástrofe estaba cercana. Bolívar había vencido las tropas regulares de Cajigal y Ceballos, pero no había vencido la insurrección popular alimen-

tada por los nativos que acaudillaba el indomable Boves, ni el espíritu de resistencia pasiva que ansiaba por el descanso, en medio de la espantosa miseria que afligía al país. El Libertador, tan determinado á veces, como Ceballos era tardío en sus resoluciones, y que como general no tenía cabeza estratégica, en vez de condensar sus masas y marchar atrevidamente á sofocar la reacción en los llanos con probabilidades de éxito aprovechando el prestigio de su victoria, desprendió á Mariño con un cuerpo de ejército de 2,300 hombres de las tres armas para hacer frente á Boves, que avanzaba á la cabeza de un numeroso ejército de cuatro á cinco mil jinetes y 2,000 á 3,000 infantes, bien pertrechado y municionado con los recursos obtenidos en la Guayana. Desparramó el resto de sus fuerzas, haciendo que dos divisiones, una de 700 infantes al mando de Urdaneta se dirigiese hacia el occidente, y otra de 400 infantes y 700 jinetes marchase en persecución de Cajigal y de Ceballos, alejándolas así del teatro de las operaciones donde estaba el verdadero peligro. Esta operación, según los historiadores, fué criticada en su tiempo, hasta por los oficiales del ejército, que con tan errada dirección presintieron la derrota. Afortunadamente, ó desgraciadamente, una de estas divisiones, — la más numerosa de 1,110 hombres, — se incorporó á Mariño, quien tan imprudente y poco experto como siempre, al verse al frente de 3,400 hombres, resolvió esperar á Boves en La Puerta, ignorando la fuerza que traía, pues la opinión del país estaba uniformada de tal modo, que los republicanos no podían contar con un solo habitante que les sirviese de espía ó les diese noticias de los movimientos del enemigo (6). Bolívar se incorporó á Mariño en La Puerta cuando ya no era tiempo de retroceder. Boves cayó sobre ellos como un torrente, y en

---

(6) Todos los historiadores colombianos están contestes en este punto.

poco tiempo y con sólo dos cargas, anonadó de un golpe todo el ejército republicano, pasando á cuchillo hasta á los que rendían las armas sin pelear (junio 14). Pocos se escaparon del terrible desastre. Dos mil seiscientos cadáveres de republicanos quedaron tendidos en el campo, según Boves, y según otros, no menos de 1,200. Los oficiales patriotas prisioneros, fueron ahorcados y mutilados.

Bolívar huyó á Caracas. En vez de reunir sus últimas fuerzas organizadas, que dispersas se perdían irremediablemente, ó replegarse con tiempo hacia el oriente, ordenó al jefe de la plaza de Valencia que se sostuviese hasta el último extremo, y á D'Eluyar que mantuviese el sitio de Puerto-Cabello á todo trance. La estrechura de la Cabrera en la zona fortificada, que defendía el camino de Valencia, fué forzada, y todos sus defensores en número de 250 hombres pasados á cuchillo (7). Valencia, después de una valerosa, resistencia, vióse obligada á capitular, y á pesar de la capitulación solemnemente jurada por Boves, toda su guarnición y parte de su población, en número de 450 individuos, fué bárbaramente degollada ó lanceada. D'Eluyar, encerrado en su posición y cerrada su retirada por tierra, vióse obligado á clavar su artillería, y afortunadamente pudo salvarse con su tropa en la escuadrilla que bloqueaba á Puerto-Cabello. Urdaneta quedó interceptado al occidente con su columna destacada. Antes de sucederse estos desastres, que estaban al alcance de la más vulgar previsión, Bolívar, que había manifestado su resolución de hacer pie firme en Caracas, renunció á este propósito, y con el resto de sus rotas tropas emprendió la retirada hacia el oriente, llevando toda la plata y las alhajas

(7) El historiador español Torrente en su « Hist. de la Revol. H. Americana », t. II, pág. 79-80, dice: « Toda la columna que defendía el » punto fortificado de la Cabrera, fué pasada á cuchillo desde Fernán- » dez su jefe, hasta el último tambor ».

preciosas de las iglesias, con objeto de emplearlas en la prosecución de la lucha por la independencia (8). Una numerosa emigración que embarazaba su marcha, le siguió.

VI

Bolívar hizo pie firme en las nacientes del río Aragua, que de la cordillera del litoral de Cumaná se derrama en el llano meridional de Venezuela. Sobre su margen y en el pueblo del mismo nombre á 73 kilómetros de Barcelona, se fortificó con 2,000 hombres, formando con los jóvenes caraqueños que le seguían un batallón de 800 plazas. Mariño lo auxilió desde Cumaná con dinero, armas y pertrechos, y lo reforzó con una división de 1,000 hombres al mando de Bermúdez. Dividió su ejército en tres cuerpos, situándolos de manera que pudiesen auxiliarse recíprocamente.

El 17 de agosto presentóse Morales en Aragua al frente de un ejército de cerca de 8,000 hombres, compuesto casi en su totalidad de negros, indios, zambos y mulatos, sedientos de sangre y de botín. Al día siguiente ordenó el ataque, que llevó á la vez de frente y por uno de los flancos, forzando el vado, cuyo camino cruza el pueblo. Replegado el centro independiente á las calles atrincheradas, sus alas siguieron el

---

(8) De este tesoro, treinta y seis quintales de plata cayeron más tarde en poder de los españoles, y del resto fué despojado Bolívar del modo que se relatará más adelante. Restrepo, dice con este motivo: « Bolívar » sacó aquella plata y otras muchas alhajas preciosas correspondientes » á las iglesias de Caracas, cuando tuvo que abandonar la capital ven- » cido por los realistas. Destinábalas, no para usos propios, sino para » gastos de la guerra contra los españoles. Jamás aplicó para sí la me- » nor porción de aquellas preciosidades ». (« Hist. de la Revol. de Colombia », t. II, pág. 382, nota núm. 18.)

mismo movimiento. Los republicanos pelearon con desesperación, como hombres que no esperaban recibir cuartel. Á las dos horas de combate, en que sucumbieron batallones enteros, entre ellos el de la juventud de Caracas, Bolívar, considerando inútil la resistencia, se retiró por el camino de Barcelona con parte de sus fuerzas. Bermúdez quedó solo en el campo sosteniendo tenazmente por dos horas más la pelea, hasta que obligado á retirarse lo efectuó por el camino de Maturín con los restos de su caballería. La carnicería que se siguió fué espantosa, y sin ejemplo en la guerra á muerte de Venezuela. No se dió á nadie cuartel. Todos los rendidos, fueron pasados á cuchillo. Más de tres mil personas, fueron bárbaramente degolladas hasta en la misma iglesia, donde se había refugiado la población aterrada (9). La pérdida de los realistas fué, según propia confesión, de 1,840 hombres, entre ellos, más de 1,000 muertos.

Reunidos en Cumaná, Bolívar, Mariño, Rivas, Piar y D'Eluyar, resolvióse (25 de agosto) concentrar la resistencia en Güiría, posición fácil de defender y con comunicaciones francas con el exterior, teniendo los independientes el dominio de las aguas, merced á su escuadrilla, mandada siempre por Bianchi, desde el tiempo de la rendición de Barcelona. En sus buques había hecho embarcar Bolívar el tesoro de las iglesias de Caracas. Bianchi, al verse en posesión de tanta riqueza, resolvió apropiársela, y se iba á hacer ya á la vela, cuando Bolívar y Mariño, sabedores de su desvergonzada resolución, se trasladaron á su bordo, y á fin de rescatarla, siguieron viaje con él hasta la Margarita, abandonando sus soldados

---

(9) Es un hecho confirmado hasta por los mismos historiadores españoles. Torrente: « Hist. de la Revol. H. Amer. », t. II, pág. 82, dice: « Todo pereció en aquel dia de sangre y horror: reconocido el campo » de batalla, las calles, las casas y aún las iglesias, se hallaron todas » ellas empapadas en sangre: 3,700 insurgentes muertos y 730 heridos ».

en pos de la plata. El comodoro aventurero se prestó á devolverle dos tercios de la plata labrada y de las alhajas, apropiándose el resto en pago de lo que según él le debían por la parte de las presas que como corsario había hecho (10). Además, les cedió generosamente dos buques de la flotilla, para que continuasen la guerra por su cuenta. Los dos dictadores, que tan singular papel representaban, se dirigieron á Costa-Firme, con el resto de su malhadado tesoro. Al desembarcar en Carúpano, la población se amotinó contra ellos (3 de setiembre). Estaban proscriptos. Rivas y Piar se habían apoderado del mando en jefe, declarándolos desertores cobardes que habían abandonado á sus campañeros en el peligro. Rivas, trató con alguna consideración á su antiguo jefe Bolívar, y lo dejó en libertad, aunque degradado, arrestando á Mariño, á tiempo que llegaba Piar con la intención de hacer con Bolívar lo que éste había querido hacer con Miranda en 1812! Felizmente, Bianchi, por una caprichosa generosidad de corsario, se presentó en el puerto y con amenazas logró rescatar las personas de los que tan desvergonzadamente había despojado. Bolívar entregó á Rivas la parte del tesoro de que era depositario, y se retiró humillado á Curaçao. Al reembarcase, dió un manifiesto, en el que las consideraciones político-filosóficas se combinaban con las preocupaciones personales. Declarábase instrumento de la fatalidad y de la providencia para el bien y el mal, desdeñaba responder á las acusaciones que se le

(10) Según se dijo antes, en Maturín se tomaron más tarde treinta y seis quintales de plata correspondientes á este tesoro, y suponiendo que ellos formasen los dos tercios del todo, resultaría que el tercio que se apropió Bianchi, fué de 18 quintales de plata, ó sea un total de 44 quintales, sin contar las alhajas, de que los historiadores no hacen mención expresa. Larrazábal, en su « Corresp general del Libertador », dice que el peso total de la plata que entregaron las iglesias de Caracas, fué de 27.912 onzas. — Véase « Docs. para la hist. del Libertador », pág. 148 y sig., en que se insertan las actas de la cesión pública de este tesoro por parte de las iglesias.

hacían, y al apelar al juicio del congreso de Nueva Granada, fiaba al porvenir su defensa. « Entonces sabréis,—terminaba » diciendo,— si he sido indigno de vuestra confianza, ó si me» rezco el nombre de Libertador. Yo os juro que este augusto » título, que vuestra gratitud me tributó cuando os vine á » arrancar las cadenas, no será vano. Yo os juro, que Liber» tador ó muerto, mereceré siempre el honor que me habéis » hecho, sin que haya potestad humana sobre la tierra que » detenga el curso que me he propuesto seguir » (1). Bolívar tenía la conciencia de su destino.

Rivas, hombre de acción impulsiva, ambicioso, enérgico y cruel, que había ensangrentado sus laureles exagerando la guerra á muerte, se apoderó del mando en jefe, dominando hasta cierto punto á Piar y Bermúdez; pero los tres juntos no podían reemplazar la acción reguladora de Bolívar. Su decisión fué heroica, pero tenían que sucumbir. Cumaná se pronunció por los realistas (26 de agosto). Morales, después de la batalla de Aragua, dirigióse con 6,500 hombres sobre Maturín, donde se había atrincherado Bermúdez con 18 piezas de artillería, 1,500 hombres de caballería y 250 de infantería. Intimada rendición á la plaza, los republicanos contestan que prefieren la muerte á la esclavitud, y el fuego se rompe por una y otra parte (7 de setiembre). Los sitiados, tomando consejo de la desesperación y fiados en el ímpetu de su caballería, resuelven adoptar la ofensiva, y hacer una vigorosa salida. Contra todas las probabilidades, la victoria corona las armas republicanas. Morales fué hecho pedazos, y huyó dejando en el campo como 2,000 muertos y otros tantos fusiles. Boves acudió con 2,000 hombres en auxilio de Morales.

El plan de Rivas era concentrarse en Maturín y obrar en

(1) Manifiesto de Bolívar á los pueblos de Venezuela, en Carúpano, 7 de setiembre de 1813.

masa sobre los realistas. Al efecto, se trasladó allí con una columna de 400 hombres, y en poco tiempo él y Bermúdez consiguieron formar un ejército de 2,200 infantes y 2,500 de caballería bien armados y municionados. Dispuso que Piar, que con 800 hombres maniobraba sobre la costa, se concentrase también; pero éste, obrando por su cuenta, abrió operaciones aisladas, se dirigió sobre Cumaná, batió su guarnición, y reuniendo hasta 2,000 hombres, resolvió sostenerse allí (setiembre 29). Atacado por Boves en la inmediata sabana del Salado, fué deshecho después en un reñido combate, y todos sus soldados degollados. Boves entró á Cumaná á sangre y fuego, saqueó la población matando á cuantos hombres se encontraban en las calles, en las casas y en las iglesias. Se asegura que las víctimas sacrificadas en esta ocasión, pasaron de mil (12). Cumaná quedó desierta. Boves, con su ejército considerablemente aumentado, se reunió á Morales que había reorganizado el suyo, y después de algunos combates parciales provocados por los independientes, marcharon sobre Maturín al frente de 7,000 hombres. Los republicanos salieron á su encuentro con fuerzas muy inferiores mandadas por Rivas y

---

(12) El virrey Montalvo, que gobernaba á la sazón en Nueva Granada y Venezuela en nombre del rey, dice en un informe de 31 de octubre de 1814, dirigido á la secretaría de guerra de España : « D. José Tomás » Boves y los que se le parecen, no distinguen entre delincuentes é ino- » centes : todos mueren por el delito á sus ojos de haber nacido en » América. Ha logrado reunir, como que convida con todo género de » desórdenes, al pie de diez ó doce mil zambos y negros, los cuales » pelean ahora por destruir á los criollos blancos, sus amos, por el in- » terés mutuo que ven en ello. Parecen más bandidos que soldados, bien » que de soldados nada tienen ». Torrente, en su « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, pág. 84, dice : « La guerra que Boves se vió precisado á » hacer en América, no estaba en armonía con los principios observados » en Europa. No hizo más que conformarse con el sistema adoptado por » sus contrarios. Si dió facultad para degollar á todo traidor (*ó ameri-* » *cano según el comentario del virrey Montalvo*), fué porque se penetró de » que sólo el terror podía salvarlo de su amenazada ruina, y obrar » algún cambio en la opinión ».

Bermúdez. Los dos ejércitos se encontraron en Urica al oeste de Maturín (5 de diciembre). Boves, formado en dos líneas, esperó el ataque. Los republicanos, tomando la iniciativa, y con una impetuosa carga de caballería, rompieron el ala derecha realista. En esta carga, fué muerto Boves de una lanzada. Morales, con su ala izquierda triunfante y la reserva, restableció el combate, y el último ejército de la república quedó anonadado. Á nadie se dió cuartel.

Morales fué aclamado general en jefe del « Ejército de Barlovento », nombre con que lo había bautizado su muerto caudillo. Sin pérdida de tiempo marchó sobre la plaza de Maturín, bien fortificada y artillada, pero defendida tan sólo por 600 soldados mal armados. La defensa fué valerosa, haciendo experimentar á los realistas pérdidas considerables; pero este último baluarte de la república, cayó también (11 de diciembre). El implacable vencedor, pasó á cuchillo hombres, mujeres y niños. Bermúdez pudo escapar con 200 hombres. José Félix Rivas, errante por los campos, cayó en poder de sus enemigos y fué muerto en el acto. Su cabeza, cubierta con el gorro frigio que Rivas usaba como símbolo de libertad, se colocó en una jaula de hierro en el camino de la Guayra á Caracas, votada á los manes de la sangrienta hecatombe ejecutada en aquel sitio (13). Según memorias contemporáneas, pasaron de tres mil las víctimas sacrificadas por el feroz Morales en holocausto de su triunfo! La paz del sepulcro reinó en Venezuela.

Tres caudillos populares, mantuvieron encendido el fuego de la insurrección en las nacientes y márgenes del Orinoco y sus afluentes. Llamábanse los principales : Pedro Zaraza, José

(13) En la « Gaceta de Caracas » (realista) de 15 de marzo 1815, se publicó esta noticia : « Ayer se colocó en la horca la cabeza del llamado » José Félix Rivas, llegada de Barcelona, y puesta en ella el mismo » gorro encarnado con que se hizo en Caracas distinguir ».

Tadeo Monagas y Manuel Cedeño, nombres que repercutirán más tarde como guerrilleros famosos. En el occidente, todo quedó pacificado después de la derrota de La Puerta. La columna de Urdaneta, destacada imprudentemente después de Carabobo, quedó interceptada al ocupar Boves á Valencia. Aunque engrosada hasta el número de 1,000 hombres, vióse obligada á refugiarse en la frontera de Nueva Granada, activamente perseguida por el cuerpo de ejército de Calzada. Urdaneta, desprendió una división de 200 infantes y un cuadro de oficiales de caballería para defender la provincia de Casanare, perteneciente á la Nueva Granada. Este fué el núcleo del famoso ejército republicano del Apure, que debía cambiar los destinos de la revolución de Venezuela, asimilándose las fuerzas populares hasta entoncès al servicio de la reacción. Entre los que componían el cuadro de la caballería, contábase un oficial oscuro llamado José Antonio Páez. Era el Aquiles venezolano, destinado á eclipsar las hazañas fabulosas de los héroes de Homero, que hacía su aparición. En Venezuela, sólo quedó tremolando el pabellón republicano en la isla de Margarita. Allí se refugió Arismendi y Bermúdez con los restos de Maturín (14).

---

(14) Este capítulo se funda principalmente, en cuanto á los hechos y la cronologia, en « Docs. para la Hist. del Libertador », y los historiadores colombianos y españoles, Baralt y Diaz, Restrepo y Montenegro, y Torrente y Díaz, varias veces citados. En cuanto á la geografía, en la de Codazzi, tambien citada.

CAPITULO XL

DISOLUCIÓN DE NUEVA GRANADA. — EXPEDICIÓN DE MORILLO TERRORISMO COLONIAL

AÑOS 1815-1817

Restablecimiento de la monarquía absoluta en España. — Regreso de Bolívar á Nueva Granada. — Es aprobada su conducta por el congreso de Tunja. — Retirada de Urdaneta. — Bolivar general en jefe de las tropas de la Unión. — Sometimiento de Nueva Granada. — Expedición de Bolívar al Bajo Magdalena. — Su inacción en Mompox. — Rompe hostilidades con Cartagena. — Funestas consecuencias de la guerra intestina promovida por Bolivar. — Resistencia de Cartagena. — Bolivar entrega los restos de su ejército y se retira á Jamaica. — Publica un manifiesto intempestivo justificándose. — La raza de los silenciosos. — Memoria de Bolivar sobre la organización de la América Meridional. — Expedición de Morillo sobre Costa Firme. — Retrato de Morillo. — Instrucciones de Morillo. — Las tropas indígenas y españolas de los realistas. — Sometimiento de Margarita. — Primeros actos de la administración de Morillo. — Establece el despotismo militar en Venezuela. — Expedición de Morillo contra Cartagena. — La opinion de los llaneros reacciona en Venezuela en favor de la independencia. — Morillo marcha sobre Cartagena. — Descripción de Cartagena. — Memorable sitio de Cartagena. — Campaña de Calzada contra Nueva Granada. — Desorganización política y militar de Nueva Granada. — Ultimos dias de la primera república granadina. — Invasión de Sámano por el sud. — Heroicos combates de las últimas tropas granadinas en el sud. — Plan de pacificación de Morillo. Pacificación de Bogotá por los realistas. — Sistema terrorista que establece Morillo. — Martirologio revolucionario. — Sueños de Morillo. — Nueva insurrección de Venezuela. — Morillo retorna á Venezuela. — Sámano le sucede en el mando de Bogotá imitando su crueldad. — El suplicio de La Pola. — Sámano virrey de Nueva Granada.

I

La segunda caída de la república de Venezuela, coincidió con la del régimen constitucional en la metrópoli. El rey absoluto de España é Indias, después de someter á su autoridad

sin ley ni regla á sus vasallos de la Península, ocupóse en someter por la fuerza de las armas sus colonos de ultramar insurreccionados. Con excepción de Nueva Granada y Venezuela, hasta entonces ninguna de las colonias hispano-americanas había declarado su independencia ni proclamado la forma republicana, que por una ficción se gobernaban en nombre del rey ausente y cautivo, sin perjuicio de hacer la guerra á los que sostenían su bandera. Natural era que esos dos Estados rebeldes llamaran preferentemente la atención del monarca absoluto y de sus ministros. Cuadraba la circunstancia, de que en el año anterior (1813), habíase hecho una variación sustancial en el régimen administrativo de Costa-Firme. Venezuela y Nueva Granada habían sido reunidas en un solo gobierno nominal, y el mando político y militar recayó en el mariscal de campo Francisco Montalvo, con la representación de un virrey. Fué entonces nombrado el bueno aunque poco activo Cajigal, capitán general interino de Venezuela, según antes se dijo, y puesta á sus órdenes la provincia de Maracaibo, pasó el general Miyares á ocupar la capitanía general de Guatemala (1). Las tropas peninsulares habían hecho un triste papel en la guerra de Venezuela. Las dos restauraciones fueron operadas por los naturales del país, acaudillados por Monteverde, Boves y Morales, quienes miraban con desprecio á los generales españoles que reprobaban sus excesos, y de hecho habíanse sustraído á la obediencia de las autoridades legales de la colonia. De aquí que Montalvo mirase de mal ojo la preponderancia de los nativos, que consideraba un peligro y un deshonor, aun cuando estuviesen alistados bajo el pendón real, y por esto había representado á su gobierno la conveniencia y la necesidad de enviar refuer-

---

(1) Reales órdenes de 19 de setiembre y 3 de octubre de 1813.

zos de la Península para pacificar ambos reinos (2). Mientras tanto, las tropas regulares realistas, en posesión de Puerto-Cabello, Coro, Maracaibo y Santa Marta sobre la Costa-Firme de Sotavento, á órdenes de Cajigal y Ceballos, dominaban el occidente de Venezuela, y en combinación con las fuerzas irregulares de Apure y Barinas al mando de Calzada, amenazaban invadir la Nueva Granada después de expulsar la columna de Urdaneta del territorio. En Nueva Granada iba á renovarse ó continuarse la guerra, y allí acudió Bolívar con el objeto de tomar parte en ella ó buscar nuevos auxilios para reconquistar otra vez á Venezuela.

El congreso de Nueva Granada reunido en Tunja, á quien se presentó para darle cuenta de su gloriosa y desgraciada campaña, aprobó su conducta como era de justicia. El presidente de la Unión, Camilo Torres, le dió las gracias por sus servicios, manifestándole, que aunque se hubiese perdido Venezuela, ella existía en Bolívar, y existiría mientras él viviese (3). Confiósele inmediatamente el mando en jefe de un cuerpo de tropas, de que formaba parte la columna venezolana que Urdaneta había salvado en su retirada, y se le ordenó que al frente de 1,800 hombres marchase á someter á Cundinamarca, que aún mantenía alzado el pendón de la resistencia contra el gobierno federal. Como se recordará, Nariño, al emprénder su campaña del sud, que tan desgraciado fin tuvo en Pasto, había delegado la dictadura en su tío Manuel Bernardo Álvarez, quien tan centralista y localista como su sobrino, resultó ser más obstinado que él en su sistema de aislamiento. (Véase cap. XXXVII, § X). En presencia de los peligros de la república, atacada al sud por la reacción de Qui-

---

(2) Véase el cap. XXXIX, § VI, el juicio de Montalvo sobre Boves y sus tropas, en su informe de 31 de octubre de 1814.

(3) Ofi. del presidente C. Torres á Bolivar, de 23 de enero de 1815. («Docs. para la Hist. del Libertador», t. V, pag. 227.)

to triunfante, al oriente por los ejércitos realistas dueños de Venezuela, y con la amenaza de una nueva expedición española, el congreso había dado una nueva organización al gobierno de la Unión, constituyendo bajo el régimen federal una junta suprema, que fué reconocida por todas las provincias, con excepción de Cartagena que ofreció dificultades, y Cundinamarca que resistió abiertamente á someterse á ninguna autoridad que no fuese unitaria. Santa Fe de Bogotá, era el centro de los recursos, y allí estaban los grandes depósitos de pertrechos de guerra de la república. Bolívar fué, pues, encargado de hacer entrar por la fuerza á Cundinamarca en la confederación.

La campaña contra Santa Fe, fué activamente conducida por Bolívar. Todos los pueblos de Cundinamarca se pronunciaron por el congreso, así que el Libertador pisó su territorio. El dictador Álvarez quedó reducido á la capital de Santa Fe, donde se fortificó, resuelto á resistir á todo trance. Intimado el sometimiento á nombre de las leyes supremas de la república, y desoído este llamamiento á la unión, Bolívar puso sitio á la ciudad, y después de algunos combates vigorosamente llevados, redujo á los sitiados al recinto de la plaza mayor, cortándoles el agua. El dictador Álvarez capituló. Cundinamarca se uniformó con las demás provincias (12 de diciembre de 1814). Bolívar fué nombrado capitán general de la confederación, título no dispensado hasta entonces á ningún otro. El congreso se trasladó á la ciudad de Santa Fe. La república tuvo por la primera vez una capital, y su gobierno adquirió más vigor y respetabilidad. El congreso, que había autorizado á Bolívar á conservar el título de Libertador, le acordó el de « Ilustre Pacificador ». El héroe no podía perder la ocasión de hacer un discurso para hablar de sí con jactancia, y con entusiasmo de sus ideales, manifestando sus planes como libertador : — « Por dos veces el desplome de la república de » Venezuela, mi patria, me ha obligado á buscar un asilo en la

» Nueva Granada, que por dos veces he contribuído á salvar. » Pagué con mis servicios su hospitalidad. La guerra civil ha » terminado. Este ejército pasará con una mano bienhechora » rompiendo cuantos hierros opriman con su peso y oprobio á » todos los americanos que haya en el norte y sud de la Amé- » rica Meridional » (4).

II

El nuevo plan de Bolívar consistía, en abrir operaciones por la línea del Bajo Magdalena, atacar á Santa Marta y posesionarse de Coro, abriendo otra campaña por el occidente de Venezuela para operar por segunda vez su reconquista. El gobierno de la Unión puso al efecto á sus órdenes tres batallones de infantería y un escuadrón de caballería que sumaban 2,000 hombres. Este ejército debía ser provisto de armas y municiones en Cartagena, donde existía el gran parque de la república. Dominaba en esta provincia confederada el coronel Castillo, quien movido por sus antiguos resentimientos con el libertador, y por los emigrados venezolanos que allí se habían refugiado (entre ellos Mariño y Mariano Montilla, quien desde esta época se declaró enemigo de Bolívar) se puso en pugna con el general expedicionario, negándole los auxilios que reclamaba. Bolívar, estableció su cuartel general en el pintoresco pueblo de Mompox sobre la margen occidental del alto Magdalena (principios de febrero). Allí permaneció en la inacción, disipando su tiempo en festines, en organizar una guardia de honor de las tres armas para custodia de su persona y en os-

(4) Discurso de Bolívar al gobierno supremo de Nueva Granada al tiempo de su entrada en Santa Fe, el 13 de enero de 1815. «Docs. para la Historia del Libertador», núm. 1006.)

curas conspiraciones para cambiar la situación política de la provincia de Cartagena, movido á su vez por su enemistad con Castillo. La desmoralización se introdujo en sus filas, la deserción y las enfermedades redujeron sus tropas á la mitad, su caja militar se agotó, y últimamente optó por el peor de los partidos (5).

Bolívar, en vez de extender su línea sobre el Magdalena, se decidió á abrir hostilidades sobre Cartagena, provocando la guerra civil. Fué un delito y una falta. El enemigo, que amagaba su flanco y su retaguardia, ocupó inmediatamente á Mompox, llave del gran valle. La comunicación fluvial entre el Alto y el Bajo Magdalena quedó interceptada. Este movimiento ofensivo, obligó á Cartagena á abandonar la defensa del Bajo Magdalena. Al llegar á Cartagena, estaba perdido. La población en masa habíase sublevado contra él y preparado á la defensa, infeccionando hasta los pozos de las cercanías en que podía proveerse de agua. Cartagena era la primera plaza de América, y estaba artillada con ochenta piezas de grueso calibre. No obstante, le puso sitio, y pretendió rendirla á viva fuerza, con sólo una pieza de artillería. Había perdido la cabeza ! Después de algunas negociaciones malogradas y criminales combates en presencia del enemigo común, las enferme-

(5) Véase Ducoudray-Holstein : « Memoirs of Bolívar », t. I, cap. XI. — En cuanto á la guardia de honor, véase el plan de organización propuesto por él mismo en Mompox el 12 de febrero, que funda en la « necesidad de tener una custodia suficiente que sirva de escolta á su persona y de reserva que complete las victorias ». (« Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, pág. 233). — Respecto á la disminución de su ejército en Mompox, Bolívar en su exposición al gobierno de la Unión de 10 de julio de 1815, datada en Kingston : « El contagio de las enfermedades y deserciones era prodigioso, las tropas se disminuían rápidamente : habíamos perdido más de mil hombres ». (« Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, pág. 299). — Las intrigas para cambiar la situación interna de Santa Fe, de que hace mención Ducoudray-Holstein en sus « Memorias », las corrobora el mismo Bolívar en su manifiesto justificativo citado.

dades acabaron de diezmar sus tropas y hacer insostenible su posición. En estos momentos precisamente una fuerte expedición española conducida por una poderosa escuadra, desembarcada á Barlovento de Costa Firme y amenazaba á Nueva Granada por la espalda en toda su frontera oriental. El Libertador, afectando hacer un gran sacrificio en obsequio de la paz interna por él comprometida, firmó un convenio con su competidor Castillo, poniendo á su disposición las reliquias de su destruído ejército anarquizado, y despidióse de sus compañeros de armas en una proclama sentimental, en que deploraba no participar de los imaginarios triunfos que les esperaban (mayo 8). Al alejarse, lanzó su último dardo, que se volvió contra él : « Cartagena prefiere su propia destrucción al deber de » obedecer al gobierno federal ». Él también había preferido su destrucción al cumplimiento de su deber, é inoculado un nuevo germen de disolución á la república granadina (6).

Bolívar tenía el talento de la palabra escrita y hablada, pero no pertenecía como San Martín á la raza de los grandes silenciosos, que sólo hablan para acompañar la verdad ó reforzar la acción con la palabra, y que como se ha dicho son la sal de la tierra. Un grande hombre de acción y de palabra poderosa, desterrado á la sazón (1815) como él en una isla, decía : « Nadie debe hablar ni quejarse, cuando no tenga en vista un » resultado que conduzca á algo que pueda hacerse. Cuando » nada se puede hacer, se calla ». Emigrado en la Jamaica, escribió allí una exposición llena de recriminaciones, en que sin justificarse de los graves cargos que sobre él pesaban, hizo su propio proceso (7). Mejor inspirado, publicó poco después

(6) Ofi. de Bolivar al gobierno de Nueva Granada, fechado en Kingston, 10 de julio de 1815. (« Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, pág. 297 y sig.)

(7) El gobierno de la Unión, que reprobó la actitud de Cartagena, desaprobó la imprudente conducta de Bolivar, y sus mismos admiradores lo han condenado. Restrepo en su « Hist. de la Revol. de Colombia »,

bajo el pseudónimo de « Un americano meridional », una bien elaborada memoria sobre la revolución hispano-americana, y sobre la organización futura de las nuevas repúblicas en germen, que es la refutación del quimérico plan de monocracia continental que pretendió ensayar más tarde. « La América » computa, decía, la creación de diecisiete naciones. No puedo » persuadirme que el nuevo mundo sea por el momento regido » por una gran república, y como es imposible, no me atrevo á » desearlo, y menos deseo monarquía universal de la América, » porque este proyecto, sin ser útil, es también imposible. Para » que un solo gobierno dé vida, anime, ponga en acción todos » los resortes de la prosperidad pública, corrija, ilustre y per- » feccione al nuevo mundo, sería necesario que tuviese las » facultades de un Dios, y cuando menos las luces y virtudes » de todos los hombres. Sería un coloso deforme que su propio » peso desplomaría á la menor convulsión ». La única excepción que hacía en esta distribución de autonomías democráticas, era una idea que había enunciado antes y que lo ocupaba desde entonces: « La Nueva Granada se unirá con Venezue- » la, si llegan á convenirse en formar una república central. » Esta nación, se llamará Colombia » (8). Visión del destino.

---

t. I, pág. 320, consigna este severo juicio : « La resolución de Bolívar » de marchar sobre Cartagena, fué un suceso infausto para la república. » Sin ella no se hubiese seguido la guerra civil que tantos males causó » á Nueva Granada. El Libertador, antes de emprender su marcha, de- » bía meditar que los enemigos ocupaban la derecha del Alto-Magda- » lena, y fácilmente podían atacarle por la espalda; que su ejército era » el único que tenía el gobierno de la Unión, y que no era suficiente » para exigir de una plaza fuerte como Cartagena los auxilios que » sus gobernantes no querían dar voluntariamente. Las circunstancias » que arrastraron al Libertador hacia Cartagena, fueron causa de que la » república recibiera profundas heridas. — Es nuestro deber reprobar se- » mejante resolución, que colmó la medida de los males de la patria ».

(8) « Contestación de un *Americano meridional* á un caballero de la isla Jamaica ». Kingston, setiembre 6 de 1815. (« Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, pág. 331 y sig.)

III

La gran expedición española de que antes se hizo mención, avistó la costa de Cumaná en los primeros días de abril, precisamente en los días en que Bolívar declaraba de hecho la guerra á Cartagena. Componíanla, una escuadra de veinte y cinco buques, de los cuales un navío y tres fragatas, que convoyaban sesenta transportes con 10,600 hombres de desembarco, y un tren de artillería de batir como para atacar una plaza de segundo orden. Era el más grande esfuerzo que hasta entonces hubiese hecho la metrópoli para dominar la insurrección sud-americana, y sería el último. El ejército expedicionario constaba de seis regimientos y un batallón de infantería, dos regimientos de caballería, un escuadrón de artillería volante, y algunas compañías de artilleros de á pie, zapadores y obreros, pertenecientes á los mejores cuerpos que habían hecho la guerra de la península contra las armas de Napoleón, y formádose en la escuela de Wellington. Á su frente estaba el mariscal de campo Pablo Morillo, el mejor general que tenía entonces la España. Desde la clase de sargento de marina habíase elevado por su valor hasta el puesto que ocupaba, desenvolviendo su energía nativa en la sangrienta escuela de las guerrillas españolas, y completado su educación práctica en los grandes ejércitos anglo-hispanos. No era ciertamente un genio militar, muy lejos de eso, ni tenía cultura; pero estaba dotado de un talento natural, era un buen peleador, popular entre los soldados, firme en el mando y tenaz en sus empresas. En lo moral era un hombre imperioso y frío, cruel por sistema más que por inclinación, con arranques espontáneos de franqueza y aun de generosidad intermitente, pero desconfiado y sujeto á accesos de ira que lo ponían fuera de sí. No conocía el país

ni tenía más plan que el que le trazaban sus instrucciones, las que revelaban tanta ignorancia respecto del estado de la América meridional, como desprecio encubierto por la canalla sud-americana, sentimiento de que él participaba.

Esta expedición había sido destinada en un principio al Río de la Plata, como se ha apuntado antes en esta historia, pero la noticia de la pérdida de Montevideo en 1814, que la privaba de un punto de apoyo indispensable en las costas, hizo variar su destino, encaminándola á Costa Firme. La razón fundamental que aconsejó esta variación, fué pacificar la parte norte del continente meridional, considerando el istmo de Panamá como llave de ambas Américas y punto de más fácil comunicación entre los dos occéanos, para combinar operaciones en las colonias y obrar con más eficacia sobre la parte sud insurreccionada. Al efecto, se dirigió simultáneamente otra expedicion de 2,500 hombres al mando del general Miyares, que por este mismo tiempo desembarcó en Veracruz, y cuyo objeto era dominar todo el istmo hasta darse la mano con la de Costa Firme (9). La parte de este vasto plan encomendada á Morillo, era dominar toda la Costa Firme desde Guayana hasta el Darien, someter ante todo la isla de Margarita, apoderarse de la plaza de Cartagena, subyugar la Nueva Granada después de consolidar el orden en Venezuela, abriendo comunicaciones con Quito para obrar sobre el Perú. Tan fácil se consideraba la realización de este plan, que, dándolo todo por hecho, se prevenía al general enviar al Perú y á Méjico todas las tropas que resultasen sobrantes en el teatro de sus operaciones en el curso del año de 1815. Tan vasto como era este plan, que importaba la pacificación de toda la América meridional desde Méjico hasta el cabo de Hornos, él se realizó en

(9) Gebhardt : « Hist. general de España y de las Indias », t. V, pág. 670.

todos sus puntos en el término señalado, quedando subyugadas de nuevo todas las colonias insurreccionadas, con excepción de las provincias del Río de la Plata á donde se destinara en un principio la expedición.

En otro sentido, las instrucciones estaban concebidas en un espíritu benévolo hacia los americanos, aunque llenas de desconfianzas y revelando en el fondo un gran menosprecio hacia los criollos, fueran realistas ó independientes. Las atrocidades cometidas bajo el pendón del rey, eran condenadas sin recriminación, y se inspiraban en los informes de Cajigal más que en los bárbaros ejemplos de Boves y Morales. « La » conducta que se ha de seguir, decíase en ellas, con los caudi- » llos que tengan fuerza y opinión, no puede detallarse, y el » general en jefe podrá aprovechar las circunstancias negocian- » do el partido más ventajoso y decente á las armas del rey ; » debiendo desaparecer toda idea que no contribuya á asegurar » la felicidad de los vasallos de S. M. en aquellas regiones». Y agregaba en otro artículo : « En un país donde desgraciada- » mente está el asesinato y el pillaje organizado, conviene » sacar las tropas y jefes que hayan hecho allí la guerra, y » aquellos que, como algunos de nuestras partidas, han apro- » vechado los nombres del rey y patria para sus fines parti- » culares cometiendo horrores. Debe separarlos, etc.» (10). Pero estas prevenciones teóricas, que no eran sino una máscara, como luego se vió, quedaban anuladas por el hecho de facultarlo ampliamente para alterar en todo ó en parte sus instrucciones, y suprimir hasta los tribunales de justicia. De este modo quedaba todo librado á merced del pacificador.

El primer hombre del nuevo mundo con quien habló Mo-

---

(10) Instrucciones del ministro de guerra de España al general Morillo, de 31 de julio de 1815, en Madrid, « Hist. de la Revol. de Colombia », por Restrepo, t. X, pág. 91 y sig. (1.a ed.

rillo, fué Morales. Después de la destrucción de Maturín, había quedado dueño de todo el oriente de Venezuela y dominaba con 5,000 hombres el interior del país y toda la costa de Cumaná. Para asegurar este dominio había formado una escuadrilla de 22 buquecillos, armados en guerra, con que se proponía atacar la isla de Margarita, cuando la expedición llegó á Costa Firme. Al efecto, en tres de sus bergantines, tenía embarcada una división de infantería con la que fué en persona á ponerse á órdenes del general expedicionario. Uno de los jefes que formaba parte de la expedición, y que sería más tarde el historiador de las armas españolas en la guerra sudamericana, ha pintado al natural el extraño aspecto de las tropas indígenas que habían hecho triunfar la causa del rey, consignando sus impresiones con previsiones de largo alcance. « Cuando los soldados europeos vieron entre los buques de la » expedición los pequeños barcos que conducían como 800 » hombres de Morales, naturales todos de Costa Firme, muy » morenos y sin otro vestuario los más que un sombrero re- » dondo de paja y una canana pendiente de un taparrabo, no » hay términos con qué pintar la sorpresa que recibieron á la » vista de un espectáculo tan nuevo para ellos. Eran aquellos » los vencedores, y nuestros europeos, llevados de la apa- » riencia incidieron en el grave error de concebir por los » vencidos la idea más despreciable, lo que no ha dejado de » ser por desgracia harto general en otros puntos de América, » y sin duda funesta en todo. Venezuela y Caracas se per- » dieron después que llegaron allí tropas europeas de la mejor » calidad y bien mandadas » (11).

---

(11) Camba : « Mem. para la Hist. de las armas españ. en el Perú », t. I, pág. 169-170.

IV

De conformidad con sus instrucciones, Morillo se dirigió á Margarita con todo su ejército, reforzado por tres mil hombres de las tropas de Morales embarcados en la escuadrilla venezolana. La posesión de esta isla era de la mayor importancia para la pacificación de Costa Firme. Era el talón vulnerable de Venezuela. Asilo de los corsarios que hostilizaban el comercio español en el mar de las Antillas, en comunicación libre con el exterior, á inmediación de la costa de Paria y con una población insurreccionada apta para la guerra marítima y terrestre, la isla de Margarita era un peligro para los realistas y una esperanza para los independientes. Por uno de los buques del convoy apresado por los margariteños, los patriotas de la isla tenían conocimiento de la importancia de la expedición. Bermúdez, que con los restos escapados en Maturín se hallaba aún allí, fué de opinión de resistir á todo trance ; pero no siendo apoyado en su resolución, se dirigió á Cartagena. Arismendi hizo su sumisión, y fué benévolamente tratado por el general español, quien le recibió á su mesa, pareciendo olvidar que había sido el verdugo de ochocientos españoles cruelmente ejecutados por él. El vencedor tomó pacífica posesión de la isla (9 de abril de 1815), y expidió una proclama ofreciendo amnistía á los insurgentes que se presentaran, promesa que fué cumplida, con excepción de quince que se presentaron á Morales, que fueron asesinados. La rendición de Margarita, fué señalada por el incendio del navío *San Pedro*, el buque de más poder de la escuadra, en que se perdió la caja militar y considerables equipos y pertrechos de guerra.

Era el primer triunfo y el primer contraste de la expedición.

Precedido por la fama de su generosa conducta en Margarita, llegó el pacificador á Caracas, donde fué recibido por una opinión que ansiaba por el descanso después de tantas y tan dolorosas agitaciones (11 de mayo de 1815). Su conducta posterior burló estas esperanzas. Su primer acto, fué la imposición de un empréstito forzoso, bajo el pretexto de la pérdida de los caudales de la expedición en el navío *San Pedro*. Restableció el sistema del secuestro de las propiedades, que se hizo extensivo no sólo á los que habían tomado parte en la revolución, sino también á los ausentes y á los sospechosos, medida que se ejecutó con todo rigor, y dió por resultado la ruina de los últimos restos de la fortuna particular de los venezolanos (12). Cajigal y Ceballos, hombres moderados que podían templar el rigor de estas medidas, fueron al fin alejados. Para mandar en Venezuela, nombróse al brigadier Salvador Moxó, hombre cruel y rapaz, que restablecería el régimen del terror de Monteverde, y aunque con menos crueldad, la guerra de exterminio de Boves y Morales. Suprimióse la audiencia y todos los tribunales civiles, estableciéndose consejos y comisiones de guerra para juzgar los delitos políticos y administrar todo lo concerniente al país conquistado. Venezuela quedó sometida al más crudo despotismo militar.

Morillo contaba á la sazón con un ejército de más de 16,000 hombres, incluyendo las tropas indígenas, y ocupóse en dar á sus fuerzas una distribución conveniente. Remitió á

---

(12) Según Restrepo, t. II, pág. 302, se secuestraron y vendieron más de quince millones de pesos de propiedades, fuera de las especies confiscadas y otros auxilios y contribuciones forzosas. — Véase « Memorias del general Morillo », pág. 22-25, y Manifiesto del mismo de 19 de marzo de 1819.

Puerto Rico un batallón de cazadores. Despachó en auxilio del Perú por el istmo de Panamá, la 4.ª división del ejército expedicionario fuerte de 1,700 hombres, compuesta del regimiento de infantería « Extremadura », dos escuadrones de caballería y dos compañías de artilleros y zapadores, de la que formaban parte el coronel Mariano Ricafort y los comandantes Baldomero Espartero, Vicente Sardina y Andrés García Camba, que se harían famosos en la guerra del Pacífico. El resto lo dividió en tres cuerpos de ejército. Destinó tres mil hombres á la ocupación de Venezuela, estableciendo guarniciones de 800 y 1,000 en Margarita, Cumaná, Barcelona, Caracas y Calabozo. Reorganizó y reforzó la división de Calzada en Barinas con contingentes europeos, á fin de concurrir por tierra á las operaciones que preparaba contra Nueva Granada. Con el resto de su ejército disponible, que alcanzaba á 5,000 europeos y 3,500 naturales de las fuerzas de Morales mandadas por éste (13), dirigióse por mar con cincuenta y seis velas á la costa de Sotavento, para emprender la restauración de Nueva Granada, empezando por el dominio de la plaza fuerte de Cartagena (12 de julio de 1815). La traslación de las tropas nativas que habían operado la restauración realista en Venezuela, respondía á la política prescripta al general en sus instrucciones. Esta medida y el desprecio con que fueron tratados por los europeos, introdujeron el descontento en sus filas. Más de mil llaneros desertaron al tiempo de embarcarse, y despertado en ellos el instinto nativo, se decidieron por la causa de la independencia, de que habían sido azote y de que serían los más esforzados campeones.

---

13 Restrepo en su « Hist. de la Revol. de Colombia », dice en una parte (t. II, pág. 304) « más de tres mil », pero en el t. III, pág. 350, dice fueron 3,500.

V

Morillo desembarcó en Santa Marta con la resolución de apoderarse de Cartagena, para cerrar así la única puerta de comunicación de Nueva Granada con el exterior. La plaza se había preparado á la defensa, aunque sumamente debilitada por la reciente guerra intestina. Carecía de armas, de numerario, de tropas suficientes para cubrir su vasto recinto, de los víveres necesarios para sostener un sitio, no podía contar con el apoyo del gobierno de la Unión y ni siquiera con la esperanza de un ejército de socorro. Estaba aislada por mar y por tierra. Sin embargo, decidióse por la resistencia á todo trance. Mandó talar todos los alrededores tres leguas á la redonda, dispuso que los habitantes de la campaña se refugiaran en los bosques, ordenó la reconcentración de las tropas regladas que se hallaban fuera de murallas, organizó una escuadrilla para defensa de la bahía, montó sesenta cañones á más de los ochenta y cuatro que tenía en batería, y se proclamó la ley marcial. Ordenóse un alistamiento general de todos los hombres en estado de llevar armas desde la edad de diez y seis á cincuenta años, reuniéndose 3,600 soldados, de los cuales 1,300 de línea, correspondiendo el pico de 300 á los restos del ejército que Bolívar había sacado de Santa Fe. Castillo era el jefe de las armas y Mariano Montilla fué nombrado mayor general. En esta actitud esperó el ataque que le iba.

Cartagena era entonces la primera plaza fuerte de América. Tomada en 1697 por los franceses mandados por el almirante de Pointis, había rechazado triunfantemente el ataque de una poderosa escuadra inglesa con 9,000 hombres de desembarco á órdenes del almirante Vernon. La España había concen-

trado allí todo su poder defensivo, combinando las obras de arte con los obstáculos naturales. Cartagena era una especie de Venecia militar. Edificada sobre un promontorio de arena batido por el mar, rodeada de canales y dividida de la tierra firme por pantanos, es una península que puede considerarse como una isla. La ciudad está dividida en dos partes : la que propiamente se llama Cartagena, sobre la orilla del mar que baten las aguas del golfo de Méjico por el noroeste, y el arrabal de Getzemaní al oeste. Ambos barrios se comunican por un puente fortificado, tendido sobre un ancho foso ó canal, cuyas dos bocas estaban cerradas por fuertes estacadas. Getzemaní comunica á su vez por otro puente como el anterior, que lo liga con las posiciones dominantes de la tierra firme. Toda la ciudad estaba circundada por altas y fuertes murallas bastionadas. Al oriente de Getzemaní, sobre la tierra firme y como á 700 metros de distancia, hallábase situada una elevada colina coronada por un fuerte castillo llamado de San Lázaro que dominaba con sus fuegos los dos barrios, el cual á su vez estaba dominado al norte por el cerro fortificado de La Popa, que descubre todo el horizonte y defendía todos los aproches por la parte del campo. La isla ó península de Cartagena, inabordable por la parte del mar y muy difícil de atacar por tierra, sólo era accesible por su bahía que se desarrolla de norte á sud en una extensión de 1,300 kilómetros, dentro de la cual las islas y costas que la circundan dibujan varias ensenadas, que comunican entre sí por bocas estrechas ó canales. Hacia el sud y á lo largo de la costa exterior del golfo, se prolonga una gran isla que se llama Tierra Bomba, á que sigue otra isla fronteriza denominada de Barú, separada de la tierra firme por un canal — ó *caño* como dicen en el país, — que lleva el nombre de Pasacaballos. Estas islas y el contorno de la costa interior, forman la gran bahía de Cartagena. La bahía sólo tiene dos entradas marítimas : la llamada Boca Grande, que da acceso á la parte norte de ella,

por donde penetró el almirante Vernon en 1741 y que desde entonces mandó cerrar el gobierno español, y la Boca Chica al sud, defendida por dos castillos y algunas baterías de costa. En su interior, se subdivide en cuatro ensenadas : las dos que corresponden á las bocas grande y chica, y dos que yacen al pie de las fortificaciones del sud, cuyas estrechas gargantas estaban defendidas por fuertes que cruzaban sus fuegos combinados con los de las cortinas y bastiones de la plaza. Al norte se halla la ciénaga ó laguna marítima de Tescas, que comunica con la plaza por canales de bajo fondo (14). Una escuadrilla, compuesta de una corbeta, siete goletas y algunas balandras pertenecientes en su mayor parte á corsarios y tripuladas por ellos, dominaba las aguas de la bahía y defendía sus dos entradas, manteniendo la comunicación entre los castillos de Boca Chica y la plaza. La boca interior del canal ó caño de Pasacaballos, así como la laguna de Tescas, estaban defendidas por una flotilla sutil de bongos (15) armados en guerra, tripulados por los cartageneros, que son excelentes marinos formados en la escuela de la pesca. Tal era el antemural de la Nueva Granada que iba á atacar el ejército español.

El general español dispuso que Morales con sus 3,500 venezolanos, marchase por tierra, atravesase el Magdalena y estableciera el bloqueo terrestre, mientras él con el resto de

---

(14) Véase Jorge Juan y Antonio Ulloa : « Relación histórica del viaje á la América meridional », t. I, pág. 27 y sig. — Idem, « Noticias secretas de América », t. I, pág. 3 y sig. — Plano de la ciudad de Cartagena levantado por Ulloa y J. Juan en 1735. — Plano de la bahía de Cartagena de Indias levantado por los mismos en 1735. — Carta orográfica del Estado de Bolivar (antes provincia de Cartagena) construída por M. Ponce de León y M. M. Paz Bogotá, 1864.

(15) El bongo es una embarcación americana, que usan los indios en la navegación de los ríos, y sirve para transportar cargas, compuesta generalmente de una sola pieza como las canoas, y que puede montar un cañón á proa.

su ejército, reforzado por las milicias de Santa Marta, se dirigía por mar á fin de bloquear el puerto y estrechar el sitio, como lo verificó (18 de agosto). La división de Morales ocupó el circuito interior de la bahía hacia la parte norte, ocupando la isla Barú, y por varias veces intentó forzar una batería en Pasacaballos; pero la flotilla de bongos que defendía la boca del canal, se lo impidió, y le hizo desistir de su empeño. El grueso de las fuerzas se limitó á mantener el asedio. El plan de Morillo era rendir por hambre la ciudad. Una comunicación (de 7 de setiembre) interceptada á los sitiados, le había hecho saber positivamente, que la plaza no contaba con víveres, ni aun para cuarenta días, incluyendo los caballos, mulas, burros y perros, y que las tropas de pelea para la defensa no pasaban de mil.

VI

Los cartageneros no desmayaban á pesar de todo. Descontentos con Castillo que conducía con debilidad la resistencia, lo depusieron, nombrando al general venezolano Bermúdez jefe de las armas, que no se mostró más capaz que su antecesor. Á los sesenta días de sitio, la peste empezó á diezmar la población, y los víveres escasearon á tal punto que hubo que apelar á los ratones para alimentarse. Á pesar de esto, nadie hablaba de rendirse. Morillo, que en sus « Memorias » hace alarde de generosidad por no haber bombardeado la ciudad (16), mientras esperaba reducirla por hambre, ensayó al fin este medio de hostilidad (25 de octubre) que no le dió más resultado que matar algunos niños y mujeres. Al mismo

---

(16) « Mémoires du général Morillo », pág. 39.

tiempo la disentería y las fiebres, diezmaban el ejército sitiador, y más de tres mil seiscientos enfermos llenaban sus hospitales. Las copiosas lluvias de la estación hacían muy penosa la estancia de las tropas en el campo sitiador, y las tempestades del golfo muy contingente el bloqueo por la escuadra española, á lo largo de una extensa costa, sin puerto de refugio, pues la bahía le estaba cerrada. En tal situación, Morillo proyectó apoderarse de la laguna Tescas, á fin de introducir artillería por la parte del norte y batir con más eficacia la plaza desde tierra; pero la flotilla de bongos que la defendía, había cerrado con una estacada la boca que comunica con el mar, y rechazó vigorosamente dos ataques sucesivos que le llevaron los realistas. En los primeros días de noviembre, sitiados y sitiadores mantenían con tesón sus respectivas posiciones.

El general español, sabedor de que la guarnición de la plaza había disminuído considerablemente, determinó estrechar el asedio. Al efecto, ordenó un ataque simultáneo sobre La-Popa y sobre Tierra Bomba. El ataque sobre La-Popa, llevado por 800 hombres, fué rechazado por el comandante venezolano Carlos Soublette al frente de 130 soldados, marcando con este hecho su aparición en la historia (11 de noviembre de 1815). El ataque sobre Tierra Bomba, llevado por Morales con una división de bongos y barcas armados en guerra, fué rechazado en los primeros dos días por la flotilla de la plaza, pero en el tercero, vióse ésta obligada á replegarse á la ensenada interior al amparo de los fuegos de las murallas (13 de noviembre). Los enemigos, que habían establecido una batería sobre la costa interior de tierra firme, contruyeron otras en Tierra Bomba, que cruzando sus fuegos, dominaban la gran bahía. Con la pérdida del punto de Tierra Bomba, quedaron aislados los castillos que defendían Boca Chica, y la plaza se halló privada del recurso de la pesca que se hacía por esta parte, que como antes se explicó, es la prolon-

gación de la península en que está asentada Cartagena y separa las aguas de la bahía de las del golfo. Morales pretendió entonces apoderarse de uno de los castillos de Boca Chica, defendidos por poco más de 200 hombres, al mando del coronel francés Ducoudray-Holstein (17), pero fué rechazado con pérdida considerable. Los españoles quedaron así dominando con sus fuerzas sutiles la gran bahía, pero sin poder penetrar á ella su escuadra.

La resistencia había tocado los últimos límites. Se habían comido hasta los cueros que existían en la plaza. El hambre y la peste reinaban en la ciudad. Los centinelas al tiempo de ser relevados, se encontraban muertos en sus puestos. Empero, nadie hablaba de rendirse. Como último recurso, resolvióse hacer salir dos mil bocas inútiles, inválidos, niños y mujeres. Los padres y los maridos se despidieron de sus hijos y sus esposas, que entregaban á la piedad del enemigo, permaneciendo en sus puestos de combate. Fué aquella una emigración de espectros ambulantes, de la que sólo una tercera parte, — el resto murió en el camino,—tuvo fuerzas para alcanzar hasta los puestos avanzados de los sitiadores. Los españoles trataron con generosidad á los expulsos. El general español dijo, y con razón, que conforme á las leyes de la guerra podía hacerlos retornar inmediatamente á la plaza, pero que movido por sentimientos de humanidad, no lo hacía. Hasta entonces Morillo no había hecho derramar sangre sino en los combates, y podía creerse en la sinceridad de su palabra, empero, su proceder obedecía á un cálculo. Dirigióse á las autoridades de Cartagena, diciéndoles con tal motivo: « He preferido escu-
» char el grito de la humanidad, y he querido acordar una tre-
» gua á esos desgraciados habitantes, como término á los males

(17) Este es el mismo autor de « Memoirs of Bolivar », á quien acompañó después en una de sus expediciones, y que se convirtió más tarde en uno de sus mayores enemigos.

» que los afligen. La defensa toca á su fin, y ni aun entre los » bárbaros se sacrifica inútilmente á una población entera. Elija el gobierno de Cartagena: ó recibir de nuevo las familias » que la necesidad ha hecho salir de la plaza, ó rendirse en el » término de tres días, con la seguridad de que la clemencia » del rey no tiene límites » (18).

Una vela que apareció en el horizonte, y que se creía portadora de víveres, alimentó por algunas horas la esperanza de los sitiados. La vela desapareció en el horizonte y con ella la última esperanza. El 4 de diciembre, día de la intimación de Morillo, murieron trescientas personas de hambre en las calles. Pero todavía los sitiados no hablaban de rendirse. Era empero humanamente imposible prolongar la resistencia. Pero nadie habló de entregarse. Resolvióse la evacuación de la plaza á todo evento, antes que rendirse ó capitular. En la noche del 5 de diciembre, se clavaron los cañones de La-Popa y del castillo de San Lázaro. Al amanecer del siguiente día estaban embarcados á bordo de la escuadrilla compuesta de trece buques, como dos mil emigrados, últimos restos de la heroica población de Cartagena. Los enemigos, observando sus movimientos, habían establecido cuatro baterías que cruzaban sus fuegos sobre la había y una línea de veintidós lanchas cañoneras que cerraban el paso. La escuadrilla rompió la línea bajo el fuego de las baterías, con alguna pérdida; tomó á su paso la guarnición de Boca Chica, después de clavar los cañones de los castillos, y en la noche del 7, cuando iba á cumplirse el plazo dado por Morillo, el convoy se hizo á la mar, y atravesó por en medio de la escuadra española bajo un recio temporal que lo dispersó.

Así terminó el sitio de Cartagena en 1815, uno de los he-

(18) Intimación del general Morillo á las autoridades de Cartagena, de 4 de diciembre de 1815. — Véase: « Memorias del gral. Morillo », páginas 57-59.

chos más memorables de la lucha por la independencia americana. Morillo, en vez de una ciudad, ocupó un hospital de moribundos y un cementerio con montones de cadáveres hacinados en sus calles (6 de diciembre). La atmósfera estaba corrompida. El sitio había durado ciento ocho días. Se calcula en seis mil almas el número de muertos en la plaza por el hambre y las enfermedades, sin contar los muertos en los combates. El ejército sitiador perdió cerca de tres mil quinientos hombres. El triunfo de los realistas fué coronado por un acto de barbarie. Morales ocupó los castillos de Boca Chica. Dió una proclama ofreciendo amnistía á los que se presentasen. Confiados en esta promesa, presentáronse en número de cuatrocientos, los ancianos, las mujeres, los niños y algunos pescadores que habían quedado ocultos en los bosques de Tierra Bomba. El bárbaro Morales los hizo degollar á todos en la ribera del mar! (19). Morillo fué relativamente más humano. Limitóse á hacer condenar á muerte y suspender de la horca, al general Castillo, que había quedado oculto, y seis ciudadanos notables que confiaron en su decantada clemencia, entre los que se contaba el célebre José María García Toledo, principal promotor de la revolución de Cartagena en 1810, y que al tiempo de establecerse el sitio había incendiado él mismo sus propiedades en los alrededores para que no sirviesen al enemigo. Al mismo tiempo se restableció el tribunal de la inquisición en Cartagena.

---

(19) Hemos seguido parcialmente á Restrepo en la narración del sitio de Cartagena, comparándolo con los documentos oficiales y las « Memoires » de Morillo, teniendo presente la versión española de Torrente y las noticias que da en sus « Memoirs of Bolívar » Ducoudray-Holstein que mandaba los castillos de Boca Chica durante el asedio.

VII

Mientras Morillo sitiaba Cartagena, la división de Calzada situada en Barinas, que debía obrar en combinación con su ejército para subyugar la Nueva Granada, había iniciado sus operaciones. Como los llanos de Casanare estuviesen á la sazón dominados por la caballería republicana, Calzada se dirigió allí á fin de despejar su flanco y asegurar su retaguardia; pero fué batido en un primer encuentro de vanguardia (31 de octubre). Desistiendo de esta empresa, dirigióse á Cúcuta y atravesó la cordillera, penetrando al territorio de Nueva Granada con 1,800 fusileros aguerridos y 500 jinetes. Las tropas de la Unión que intentaron contener la marcha de Calzada, batidas en varios encuentros, fueron completamente deshechas en Balaga sobre el río Chitagá (25 de noviembre). Calzada ocupó Pamplona, donde encontró tendidos en sus calles los cadáveres de algunos españoles europeos que los patriotas mataron bárbaramente al tiempo de evacuarla.

Una división de 500 hombres que al mando del coronel Francisco de Paula Santander se hallaba en Ocaña y marchaba en auxilio de Cartagena, quedó cortada por la invasión de Calzada, y emprendió su retirada, reuniéndose con los derrotados de Chitagá al norte de Pamplona. De este modo, el jefe realista penetró en el corazón de la Nueva Granada, interceptó las comunicaciones entre Santa Fe y Cartagena y se dió la mano con el ejército de Morillo, recibiendo auxilios de Maracaibo.

En tan angustiosa situación, el congreso granadino, dió nueva organización al poder ejecutivo de la Unión á fin de hacer frente á los peligros que amenazaban á la república. Camilo Torres fué encargado de la presidencia con facultades

extraordinarias, hasta para capitular con los españoles, adjuntándole como vice-presidente á Torices, el que como dictador de Cartagena había dado pruebas de energía. El nuevo presidente declaró, que la república se encontraba expirante y que él no se hallaba con fuerzas para salvarla; pero aceptó al fin el sacrificio. Formóse entonces un ejército de 2,500 hombres bisoños, para hacer frente á Calzada, y éste se vió obligado á replegarse hacia Ocaña, sufriendo un contraste en su retaguardia (8 de febrero de 1816). Reforzado Calzada con 300 cazadores, reaccionó vigorosamente y atacó á los republicanos en la posición atrincherada del Páramo de Cacharí, á tres jornadas al sud de Ocaña, y después de dos días de combate los derrotó completamente, haciéndoles 300 muertos y tomando 300 prisioneros (22 de febrero). Calzada ocupó sin oposición todas las provincias de Pamplona, Socorro y Antioquía. La capital estaba indefensa. La noticia de la derrota del último ejército de la Unión llegó á Bogotá justamente con la de la pérdida de Cartagena. Camilo Torres, á quien se hacía responsable de estos contrastes, sin esperanzas de poder salvar la república, renunció la presidencia. Fué nombrado para sucederle el doctor en medicina y leyes José Fernández Madrid, hombre de ciencia, poeta de algún mérito y publicista radical que se había señalado en los congresos por la exageración teórica de sus medidas revolucionarias. Puesto á la prueba en la práctica, declaró como su predecesor, que no era el hombre que el congreso buscaba para salvar la república, pero que aceptaba por la fuerza la tarea que se le imponía, sin responder de sus resultados. Llamó á los que voluntariamente quisiesen seguirle, y sólo seis hombres se presentaron.

Una reacción se había operado en la Nueva Granada. Los unionistas de Cundinamarca, sometidos por la fuerza de las armas, habíanse convertido por despecho en realistas. El resto del país, fatigado de la guerra, aspiraba como en Venezuela al descanso y suspiraba por el antiguo regimen. Las

fuerzas morales y militares de la nación estaban agotadas, y la república granadina estaba en plena disolución. En tal situación, Fernández Madrid, autorizado por el congreso, abrió negociaciones con Morillo. El congreso se disolvió poco después. El presidente se replegó al sud con los restos de las tropas de la Unión, las que reunidas con las que defendían el valle de Cauca en Popayán, fueron al fin completamente destruídas hasta el último hombre por los realistas que avanzaban desde Quito á órdenes del general Sámano.

Un sacrificio heroico, que salvó el honor de las armas republicanas, señaló la derrota final de Nueva Granada. La división de Popayán, en número de 700 veteranos probados, aclamó por su jefe al comandante Liborio Mejía, y en una junta de guerra intimaron al presidente que moriría el que hablase de capitular, á lo que Fernández Madrid respondió presentando su pecho, que tal era también su dictamen. Reanimados los últimos soldados de la Unión por la energía de Mejía, resolvieron atacar la división de Quito, fuerte de 1,000 hombres de buenas tropas, que se había fortificado en la cuchilla del Tambo, á 31 kilómetros al sud de Popayán. En el primer empuje, la caballería realista fué derrotada, y Sámano vióse obligado á encerrarse en sus trincheras. Los republicanos se empeñaron en arrebatar por asalto la posición, pero rechazados con pérdida de su artillería, dejaron en el campo 250 cadáveres y en poder del enemigo 300 prisioneros, escapando Mejía con sólo 40 heridos (21 de junio de 1816). Reunidas las últimas reliquias de la división del sud con los restos del ejército de la capital que Fernández Madrid había sacado de Bogotá, que en su totalidad alcanzaban á 160 hombres, se atrincheraron sin esperanzas de triunfar en el puente del río de la Plata, al norte de Popayán, ocupando su cabeza, bajo las órdenes del coronel Pedro Monsalve. Atacados por una columna de 400 hombres, pelearon desde las 12 del día hasta el anochecer. Rotos por el frente y tomados por la espalda,

todos fueron muertos y prisioneros (10 de julio). Mejía fué de los últimos en abandonar el campo de batalla, y quedó prisionero. Así cayó la última bandera granadina con sus últimos soldados.

VIII

Rendido el antemural de Nueva Granada y ocupadas sus provincias centrales por Calzada, Morillo se movió de Cartagena, dejando la plaza guarnecida por 2.600 hombres á órdenes del virrey Montalvo. El resto de su disminuído ejército (20) lo dividió en cuatro columnas ligeras, para tomar posesión del país. La principal de ellas, al mando del general Miguel de La Torre, ascendió el valle del Magdalena, y reunida con la de Calzada en Leyva, ocupó la capital de Santa Fe de Bogotá al frente de 4.000 hombres, sin necesidad de disparar un tiro. Con la reserva, situóse el general en jefe en Ocaña. Allí le alcanzó la noticia de que Venezuela se conmovía de nuevo, que la isla de Margarita se había insurreccionado por tercera vez, que las guerrillas que después de la catástrofe de Maturín se habían extendido por los llanos del oriente hostilizaban la Guayana, y que los emigrados encabezados por Bolívar preparaban una expedición para hacer revivir la llama revolucionaria. Estas novedades alarmaron seriamente

---

(20) En ofi. de Morillo al ministro de guerra de España de fecha 7 de marzo de 1816, que fué interceptado por un corsario argentino y se publicó en la « Gaceta de Buenos Aires », dice : « Las enfermedades habían » disminuído mis fuerzas. Las fuerzas de mi ejército han disminuído » considerablemente, y puedo decir que mi ejército no es más que un » esqueleto incapaz de hacer el servicio que tiene que hacer especial- » mente en Venezuela ». — Véase « Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, núm. 1089.

á Morillo en medio de sus triunfos. Dispuso en consecuencia, que Morales se dirigiera á Venezuela con una división á fin de asegurar su base de operaciones, mientras él terminaba la pacificación de Nueva Granada.

Por la primera vez se dió cuenta Morillo de la magnitud y de las dificultades de su empresa, y con rara penetración previó su desenlace fatal. Daba la debida importancia al sostenimiento de Nueva Granada, cuya resistencia estimaba en menos, y pensó que Venezuela constituía el nervio militar de la revolución colombiana, pero que sus fuerzas eran insuficientes para dominar ni aun á los llaneros (21). Así decía, desde Ocaña, dirigiéndose á su gobierno : « Cuando » se apareció la expedición de mi mando todo plegó, y » aparentemente todos reconocieron la clemencia del rey, » menos los llaneros. Sin duda, la suerte del virreinato de » Santa Fe decide de la de Venezuela, pero reforzando la » expedición. Las provincias de Venezuela están en un estado » de insurrección total. La fuerza es poca y sólo lograré por » algún tiempo contrarrestar á los rebeldes ». Así, antes de cumplirse un año de haber abierto su campaña con 16,000 hombres, sin dar una sola batalla y alcanzando siempre triunfos, se encontraba impotente ante las solas guerrillas de los llaneros de Venezuela. Como hombre de acción, que no veía más allá del horizonte del campo de batalla, todo lo atribuía á la energía de los venezolanos. « En el virreinato de Santa Fe, agregaba, han escrito mucho » y los doctores han querido arreglarlo todo á su modo. En » Caracas, al instante desenvainaron las espadas ». Según él no había más medio que establecer un gobierno militar « despótico, tirano y destructor », y domar la rebelión, « por las mismas medidas que al principio de la conquista ».

---

(21) Véase nota correspondiente de este capítulo.

Y reiterando su renuncia por lo quebrantado de su salud declaraba finalmente á su gobierno : « No hay remedio ; es » preciso que la corte se desengañe, pues no cortando la » cabeza á los que han sido revolucionarios, siempre darán » que hacer, así, que no debe haber clemencia con estos » pícaros ». Con un alcance, que hace honor á su inteligencia militar, preveía, que de la posesión de la Guayana, pendía la suerte de la expedición, pues una vez perdido este territorio por los realistas, Venezuela y Nueva Granada quedaban en peligro (22). Era un vencido en medio de sus triunfos, y esto explicará la política de terrorismo sangriento que empezó á inaugurar desde entonces.

En Ocaña, publicó Morillo un indulto que comprendía á los oficiales de capitán abajo que depusieran las armas, á la vez que hacía ejecutar cruelmente á los jefes que caían en sus manos, colgando sus cadáveres de horcas ó clavando en los caminos sus miembros despedazados y expuestas en jaulas sus cabezas. El general de La Torre, expidió un indulto análogo, para « todos los empleados civiles que depusiesen las armas y volviesen á sus pueblos ». Morillo lo reprobó duramente, y ordenóle que aprehendiese y asegurase en estrechas prisiones á todos los que hubiesen figurado en la revolución, especialmente á los que llamaba « cabecillas ». En vano de La Torre representó que la palabra del rey estaba empeñada. El pacificador se mostró inflexible, y las cárceles de Santa Fe se llenaron de presos (22 de mayo de 1816). Morillo, sin recibir los obsequios que el pueblo le había preparado, entró

---

(22) Oficios y cartas de Morillo de 7 y 27 de marzo de 1816, fechados en Mompox y Ocaña. Estas comunicaciones fueron interceptadas por un corsario argentino, y publicadas en la « Gaceta de Buenos Aires », núm. 75 de 1816 y « Extraordinaria » de la misma de 9 de octubre del mismo año. — (Véase : « Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, núm, 1088, 1089, 1092 y 1093.)

de noche á la ciudad, sombrío como una amenaza (26 de mayo). Reprendió severamente á La Torre y Calzada por haber aceptado agasajos de los rebeldes, y en castigo, destinó al primero á los llanos del Orinoco y al segundo á los valles de Cúcuta. Anuló públicamente el indulto de La Torre, y dió otro calcado sobre el de Ocaña, pero tan lleno de multiplicadas excepciones que más parecía una burla que un acto de hipócrita benignidad, pues no alcanzaba á ninguno de los presos, y comprendía entre los delitos que llevaban aparejada pena capital, hasta las escritos y conversaciones (23). Las mujeres de Bogotá se le presentaron en el día del cumpleaños del rey (30 de mayo) implorando clemencia en favor de sus padres, sus hijos y sus esposos. Él las recibió groseramente y las despidió con palabras duras y gritos destemplados. Las cárceles ordinarias no bastaron para contener los presos, y habilitáronse los claustros de los conventos para encerrarlos. El terrible pacificador se encerró en un silencio tétrico, y ocupóse en compulsar los archivos del gobierno revolucionario, buscando en ellos nuevos culpables que perseguir. El terrorismo colonial se inauguraba.

IX

Establecióse un tribunal de sangre con la denominación de « Consejo permanente de guerra », compuesto de oficiales españoles del ejército expedicionario y presidido por el go-

---

(23) Bando de Morillo de 30 de mayo de 1816, en que dice : « Serán » indultados los que estén libres de los crímenes de sedición, asesinos é » incendiarios; que no hayan oprimido los pueblos con exacciones ni » violencias, alterado la opinión *con escritos* ó *conversaciones subversivas* » ni aquellos que tenazmente han proclamado y sostenido la indepen-

bernador militar de la plaza. Las sentencias debían ser confirmadas por el general asistido de su asesor, que era un granadino, cuchillo de sus hermanos. Ante él comparecían los reos señalados por el índice del pacificador, para ser juzgados con arreglo al texto de las ordenanzas militares, á las leyes de Partida y á las recopiladas de Indias y de Castilla, aplicando á dos millones de almas las penas de asonadas y tumultos en las plazas de guerra. Un fiscal formaba el sumario, y con la confesión del reo careado con los testigos que deponían contra él, quedaba cerrado el proceso (24). Sin permitirle adelantar la prueba, se pronunciaba la sentencia en el término de 24 horas, previo el nombramiento de un defensor, de oficio, que según la amarga expresión de un historiador, no era muchas veces otra cosa que un verdadero acusador. Sucedió alguna vez, que antes de pronunciarse la sentencia por el tribunal, Morillo anunció públicamente por medio de proclamas, que los reos cuyos procesos estaban pendientes, morirían. Desde entonces todos tuvieron una sentencia de muerte pendiente sobre sus cabezas.

La primera víctima que subió al patíbulo, fué el comisionado de la regencia Antonio Villavicencio, fusilado por la espalda como traidor por haber simpatizado con la revolución (8 de junio de 1816). Siguióle muy luego su colega Carlos Montufar, el general de los revolucionarios de Quito. José Tadeo Lozano, el primer presidente de Cundinamarca, Camilo

---

» dencia, mostrando la adhesión más decisiva por ella, presentándose á » servir en las banderas de S. M. en clase de soldados. No son comprendidos en este indulto los españoles ó extranjeros, ni los que hayan » obtenido empleos por el Rey en cualquier carrera que sea ». (Véase el texto de este indulto en « Mémoires du général Morillo », páginas 79-81.

(24) Sólo eran testigos hábiles en juicio « los mejor opinados por su fidelidad al rey », según el tenor del interrogatorio de 9 de enero de 1816, formulado en Cartagena. (Véase « Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, pág. núm. 1085.)

Torres, el ilustre presidente de la república granadina, y Manuel Rodríguez Torices, el dictador de Cartagena, fueron fusilados por la espalda, sus cadáveres suspendidos de la horca y sus miembros colgados en escarpias. El primer general de la Unión Antonio Baraya y el heroico Liborio Mejía el último sostenedor de la bandera republicana de Nueva Granada en el puente de La Plata, fueron ejecutados del mismo modo y sus cabezas expuestas en jaulas. El famoso geómetra, físico, astrónomo y naturalista Francisco José Caldas, hijo de Popayán, gloria de la América y honor del mundo sabio, que cual otro Pascal descubrió un nuevo sistema para medir las alturas; el predecesor y el colaborador de Humboldt y Bompland en sus exploraciones en lo desconocido, también fué sacrificado el 29 de octubre de 1816, por haber servido como ingeniero en los ejércitos republicanos. El implacable pacificador contestó brutalmente á los que pidieron su vida, al menos mientras concluyese los trabajos de su última expedición botánica : « La España no necesita de sabios! » La víctima subió al cadalso con serenidad y fortaleza, para enseñar á morir como había vivido, y esta fué su última lección como filósofo animado por el espíritu de la sabiduría que lo ha inmortalizado en su martirio.

Para hacer más dolorosa la muerte y para difundir el terror en todos los ángulos del virreinato, los condenados eran trasladados á pie á largas distancias, al lugar de su nacimiento ó á los lugares donde habían figurado, prolongando su agonía. Así desfilaron por los cadalsos ciento veinte y cinco víctimas, la flor de la sociedad granadina, de los que la quinta parte pertenecía al gremio de doctores (25). Á pesar del desprecio

(25) Véase la lista de los ajusticiados por Morillo en esta época, en Restrepo : « Hist. de la Revol. de Colombia » (1.ª ed.) t. X, apéndice núm. 46. Los historiadores consideran incompleta esta lista.

que el pacificador afectaba por los sabios y los doctores, era lo que más temía, porque veía en ellos la luz que pretendía apagar con sangre. Así decía en una carta dirigida al rey Fernando VII: « He expurgado el virreinato de Nueva Granada » de doctores que siempre son los promotores de rebeliones. » Para reemplazarlos, pedía « teólogos y abogados de España », porque según sus propias palabras « la obra de subyugación » y pacificación debía consumarse por las mismas medidas » que al principio de la conquista. » (26). Derecho de conquista, ley de exterminio, extinción de las luces, terrorismo colonial con inquisición y tribunales militares de sangre, tal era el plan político del pacificador, en representación del absolutismo español, encarnado en el más bestial de sus reyes, « corazón de tigre y cabeza de mulo », retratado así y renegado por su propia madre! (27).

Pero no bastaba al pacificador rodear la muerte de las víctimas de ultrajes y tormentos: era necesario destruir sus herencias y afrentar su posteridad despojándola hasta de los derechos civiles y sociales. Al efecto instituyó una junta de secuestros, embargó los bienes de todos los presos, confiscó los de los muertos y redujo á la miseria á todas las familias del país. Á las viudas y huérfanos que reclamaban les contestaba: « Los traidores al rey deben perder sus vidas y sus bienes ». Las familias así despojadas y enlutadas, eran confinadas á los lugares más remotos, por impías, perversas y

(26) Ofi. de Morillo al ministro de guerra de España, de 7 de marzo de 1816 en Mompox. — (Véase « Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, núm. 1089.)

(27) Son conocidas las cartas de la reina María Luisa, pintando á su hijo como un ser depravado y contra quien llegó á pedir el último suplicio en Bayona al emperador Napoleón. El poeta francés Barthélémy, en su famosa *Némésis*, ha calcado su retrato sobre los rasgos trazados por la madre :

Ferdinand cœur de tigre et tête de mulet.

licenciosas, poniéndolas bajo la vigilancia de los curas y alcaldes, sujetas á una disciplina de esclavos con prohibición de variar de domicilio ó recibir visitas y prescribiéndoles hasta el traje que debían usar (28). Todos los habitantes fueron constituídos en prisión bajo pena de la vida. Uno de los seides de Morillo que más se señaló por su crueldad, el coronel Francisco Warleta, publicó un bando, en que calificando la ausencia como acto de rebeldía, disponía por un *artículo único* : « Toda persona sin excepción de sexo ni calidad que » pasado el término de cuatro días, no se reuniese á su res- » pectiva población, será fusilada en cualquier parte del » campo ó montaña donde se halle por los destacamentos y » tropas que haré circular » (29). Todos los hombres fueron reducidos á la condición de presidiarios. Bajo el pretexto de abrir nuevos caminos públicos, de utilidad dudosa ó evidentemente ruinosos para la prosperidad general, los naturales del país eran forzados á trabajar en ellos á ración y sin jornal, y alejados por meses de sus hogares en lugares desiertos y malsanos. Era el sistema de la primitiva conquista, armada no sólo de látigos sino también de escorpiones, según la expresión bíblica (30).

El mando absoluto había enorgullecido á Morillo y la san-

---

(28) Circular reservada del gobernador militar de Santa Fe, Antonio María Casano de 25 de junio de 1816. — (V. Restrepo (1.ª ed.) Doc. núm. 47.)

(29) Bando del coronel Francisco Warleta de 25 de agosto de 1816. (Véase Restrepo (1.ª ed.) Doc. núm. 48.)

(30) Este cuadro, que puede parecer recargado de sombras, es un pálido reflejo de la realidad. Los mismos autores españoles lo confirman más ó menos explícitamente. Véase Torrente : « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, pág. 252-253.— Vadillo : « Apuntes etc. de la América del Sud », (3.ª ed.) parte 2.ª cap. IV.— Presas : « Juicio imparcial de la Revol. de la Amer. española », cap. VII, en que dice, refiriéndose á la política de pacificación de Morillo : « En lugar de miel se propinó » vinagre, y los que antes se consideraban como moscas, se alborotaron » como gigantes; por manera que, en lugar de acrecentar el número de

gre lo embriagó. Él, que poco antes se consideraba sin fuerzas suficientes aún para sujetar á Venezuela, soñaba marchar con su ejército hasta el Perú, destruir la República Argentina y regresar triunfante á Méjico para coronar su obra de pacificación del mismo modo que Cortés y Pizarro habían operado la conquista de América (31). El incremento que tomaba la insurrección popular de Venezuela en las campañas, disipó estos sueños, y vióse obligado á volver á su punto de partida para comenzar la obra de la pacificación. Dejó en Bogotá una guarnición de 3,800 hombres de tropas venezolanas, que quería mantener alejadas de su tierra, y de pastusos adictos á la causa del rey, y con 4,000 hombres de sus mejores tropas europeas atravesó la cordillera para sofocar la nueva insurrección, que según sus claras previsiones anteriores, ponía en peligro todas sus conquistas (16 de noviembre de 1816). Al despedirse de Nueva Granada, — que ya no volvería á pisar, — hizo alarde en una proclama de los beneficios que le había dispensado, entre ellos el de la sangre de sus hijos derramada en los cadalsos, y llevó consigo los últimos reos destinados á la muerte y los hizo juzgar y fusilar en su frontera! (32). Al atravesar la cordillera y pisar los llanos de Barinas, pudo convencerse por segunda vez que era impotente aún para hacer la guerra regular : según confesión propia, no habría podido

---

» vasallos se acrecentó el de los enemigos, y se perdieron para siempre » aquellas provincias ». — Véase Restrepo, el escritor más imparcial y serio de la revolución colombiana, t. II, cap. XI, testigo presencial, que escribió con presencia de los documentos españoles y testimonios jurídicos.

(31) Ofi. reservado de Morillo al general Sámano de 31 de julio de 1816 en Bogotá.

(32) En su proclama de despedida á los granadinos, de 15 de noviembre de 1816, decia Morillo : « La sangre vertida por la espada de la justicia, era impura y dispuesta á corromper la vuestra. Escarmentad con » lo acaecido, si aun queda alguno que suspire por el orden de cosas » pasadas ». (*Memorias del general Morillo*, pág. 92.)

efectuar su marcha sin los auxilios de los escuadrones de llaneros que le acompañaban, que lo salvaron de morir de hambre ó ahogarse en los ríos del tránsito (33).

X

El general Sámano sucedió á Morillo en el mando militar de Bogotá, permaneciendo el virrey Montalvo en Cartagena, anulada de hecho su autoridad. Era Sámano un soldado ignorante, de valor dudoso, terco é imbuído de la superioridad de raza de los españoles sobre los americanos, que revestido del sayal de los capuchinos que gobernaban su conciencia ostentaba una fanática devoción y consideraba acto meritorio para con Dios matar insurgentes ó rebeldes. Su primer acto, fué mandar levantar la horca permanente en la plaza mayor frente á las ventanas de su palacio, y plantar ad terrorem cuatro banquillos en el paseo de la Alameda. Las cárceles volvieron á llenarse y las ejecuciones periódicas continuaron como en tiempo de Morillo. Una de sus primeras víctimas fué una mujer. Llamábase Policarpa Salavarrieta, conocida en Bogotá con el nombre de la Pola con que ha pasado á la historia inmortalizada por su martirio. Era una joven bella, de veinte y cinco años de edad, de ojos azules y cabellos rubios, dotada de imaginación poética y corazón sensible, en quien las blandas virtudes de su sexo se hermanaban con la forta-

(33) En oficio datado en la Margarita el 17 de agosto de 1817, decía Morillo á Sámano : « Hablo por experiencia, como quien acaba de atravesar este infernal país. Yo no hubiera podido continuar mi viaje sin » el auxilio de los escuadrones de llaneros que me acompañaban, quie» nes cogían las reses y facilitaban el paso de los ríos. Á pesar de estas » ventajas se sufrieron mil penas, y mucha tropa llegó enferma ».

leza de un alma varonil. Su primer pasión al estallar la revolucion, fué la patria : su segunda pasión, fué un joven, Alejo Savaraín, oficial de los ejércitos republicanos, con quien debía desposarse, que había sido destinado á servir como soldado en las tropas realistas. Ella comunicó á su amante su pasión por la patria. Lo comprometió en una conspiración de cuartel que por este tiempo se tramaba en Santa Fe, y descubierta ésta, lo indujo á desertar las banderas del rey junto con otros compañeros, llevando comunicaciones para los guerrilleros que se mantenían en armas en los llanos de Casanare, y eran la última esperanza de la revolución granadina. Sorprendido Savaraín en su fuga y vendida la Pola por los papeles de que era portador, entre los que se encontraban los estados de fuerza de la guarnición de Santa Fe, la joven fué reducida á prisión y sometida á un consejo de guerra. Condenada á muerte oyó su sentencia con serenidad. Puesta en capilla, un fraile enviado por Sámano le ofreció el perdón si confesaba quiénes le habían proporcionado los estados de fuerza. Se confesó cristianamente y no comprometió á nadie en sus declaraciones. Marchó al suplicio con paso firme, encadenada con su amante. En el camino exclamó : « Tengo sed. » Un soldado de la escolta del suplicio le alcanzó un vaso de agua. Ella lo rechazó, diciendo : « Ni agua quiero de los verdugos de mi patria ». Sus compañeros desfallecían, y ella los exhortó á morir como hombres, gritando en alta voz que su sangre sería vengada (34) Fué fusilada por la espalda al lado de su amante, con quien se unió por siempre en la muerte (14 de noviembre de 1817). En ese día todos lloraron en Bogotá. Los granadinos consagraron á su

---

(34) Fueron ejecutados juntamente con Pola y su amante, Antonio Galeano, José Manuel Díaz, Joaquín Suárez, Jacobo Marufú, José María Arcos y Francisco Arellano, complicados en su causa.

memoria una canción fúnebre que se convirtió en himno de guerra repetido por toda la América, y su contemporáneos formaron de su nombre un anagrama simbólico : *Policarpa Salavarrieta* : YACE POR SALVAR LA PATRIA, que es su epitafio histórico (35).

Morillo encontró que Sámano era un digno continuador de su política sangrienta, y le hizo nombrar virrey en sustitución de Montalvo, que menos cruel, había manifestado tendencias á endulzar el terrorismo colonial implantado por el pacificador.

---

(35) Véase : « Diccionario biográfico de los campeones de la libertad de Nueva Granada, Venezuela, », etc. por Leonidas Scarpetta y Saturnino Vergara, donde se registra la biografía más completa de esta simpática heroina. Su canción fúnebre con música adecuada, es popular en toda la América meridional :

Granadinos, la Pola no existe,
Por la patria su muerte llorad,
Por la patria á morir aprendamos
O juremos su muerte vengar.

« Por las calles y al pie del suplicio,
» Asesinos, gritaba, temblad!
» Consumad vuestro horrible atentado,
» Ya vendrá quien me sepa vengar! »

En el interesante libro « Campaignes and cruises in Venezuela and New Granada », se encuentran algunas noticias sobre el proceso y la ejecución militar de Pola. — El Dr. Ángel J. Carranza ha escrito una narración de este episodio bajo el título de « El suplicio de Pola », con nuevos datos tradicionales suministrados por el poeta granadino Próspero Pereyra Gamba.

CAPÍTULO XLI

LA TERCERA GUERRA DE VENEZUELA

AÑOS 1815-1817

Carácter de la revolución venezolana. — Paralelo de la revolución argentina. y venezolana. — La evolución sud-americana. — Segunda insurrección de Margarita. — La insurrección de Casanare. — Aparición de Páez. — Su retrato. — Combate de Mata-de-la-miel. — Formación del ejército del Apure. — Condensación de las guerrillas independientes al oriente de Venezuela. — Odisea de Bolivar en las Antillas. — Alejandro Petión. — Luis Brión. — Expedición de los Cayos de San Luis. — Bolivar es nombrado jefe supremo de Venezuela. — Desembarca con la expedición en Carúpano. — Se reembarca y dirígise á Ocumare. — Su fuga de Ocumare abandonando la expedición. — Los expedicionarios abandonados nombran por jefe á Mac-Gregor. — Su célebre marcha al través de Venezuela. — Bolivar en Bonaire. — Su segunda deposición y proscripción. — Su genio superior. — Los ejércitos de la insurrección venezolana. — Batalla de Quebrada-Honda. — Mac-Gregor ocupa Barcelona. — Batalla del Playón de Juncal. — Páez sitia á San Fernando. — Sitio de Cumaná por Mariño. — Los realistas evacuan Margarita. — Piar conquista la Guayana. — El Orinoco base natural de operaciones. — Pone sitio á Angostura. — Triste papel de Bolivar en esta campaña. — Planes al aire de Bolivar. — Derrota de Clarines. — Caída de Barcelona. — Bolivar toma el Orinoco como base de operaciones. — Nueva faz de la guerra. — Famosa acción de las Mucuritas. — Morillo marcha contra Margarita. — La Torre marcha en socorro de la Guayana. — Batalla de San Félix. — El « congresillo de Cariaco. » — Reveses de Mariño en Paria. — Aparición de Sucre. — El capitán Antonio Diaz. — Brión penetra con la flotilla independiente en el Orinoco. — La Torre evacúa la Guayana. — Conjuración de Piar. — Juicio y muerte de Piar. — Destierro de Mariño. — Bolivar afirma su autoridad.

I

En ninguna de las colonias hispano-americanas insurreccionadas, la guerra por su emancipación fué más porfiada, más heroica ni más trágica que en Venezuela. La primera en

dar la señal de la revolución, en declarar su independencia y proclamar la república, cayó dos veces, luchando con sus propios elementos y contra los más numerosos ejércitos de la metrópoli, y resurgió por la tercera vez guerreando sin tregua, hasta alcanzar el triunfo final. Venezuela representa en el hemisferio norte el mismo papel que las provincias del Río de la Plata en el sud, con la diferencia de la noble caída que puso á prueba su fortaleza. Ella fué el núcleo que condensó los elementos revolucionarios del norte y le dió su nervio militar, á la vez que su base política, creando una nueva fuerza expansiva que se haría sentir en toda la América del sud por el vehículo de sus soldados. Libertó á Nueva Granada esclavizada, como las Provincias del Plata á Chile, sin lo cual ni en el sud ni en el norte la condensación de sus respectivas fuerzas era posible. Así como las armas argentinas, dieron la señal de la guerra ofensiva atravesando los Andes meridionales, Venezuela la inició al trasmontar los Andes ecuatoriales, cruzando los ejércitos colombianos de mar á mar como los argentinos para converger al punto estratégico de la campaña libertadora del continente. Las Provincias del Plata, formaron la liga guerrera de la República Argentina, Chile y el Perú. Venezuela creó á Colombia, reuniéndose en cuerpo de nación con Nueva Granada y Quito. Los argentinos dieron á la América el genio de San Martín. Venezuela le dió el genio de Bolívar. Los dos pueblos y los dos libertadores, núcleo, nervio y pensamiento de la condensación de sus elementos revolucionarios en los dos hemisferios, siguen opuestos caminos en dirección constante, se atraen, y concurren á la batalla final, efectuando su conjunción en el centro del continente. Tal es la grande evolución que va á iniciarse.

Después de la rota de Urica y de la catástrofe de Maturín, los últimos restos del ejército republicano del oriente se habían esparcido en guerrillas en las márgenes y nacientes del Orinoco y llanos de Barcelona, mientras la insurrección

se mantenía indómita en los llanos de Casanare (véase capítulo XXXIX, § VI).

La Margarita, fué la primera en dar la señal de la nueva insurrección general así que Morillo emprendió su campaña contra Nueva Granada. Nombrado gobernador de la isla el teniente coronel Joaquín Urreistieta, quiso dar un golpe de autoridad ordenando la prisión de Arismendi. Los isleños se levantaron como un hombre en número de 1,500 hombres. Despechado el gobernador mandó que no se diera cuartel á los insurrectos y se permitiese el saqueo libre á la tropa, incendiando el pueblo de San Juan y la Villa del Norte, de conformidad á las indicaciones de Morillo y á las instrucciones de Moxó que le prevenía « fusilar irremisiblemente sin forma » de proceso ni consideración humana alguna, á los que auxi- » liasen ó siguiesen á los insurgentes con armas ó sin ellas » (1). Los insurgentes aceptaron el duelo á muerte. Arismendi tomó posesión de la parte septentrional de la isla, asaltó la casa fuerte de la Villa del Norte y pasó á cuchillo la guarnición de 200 hombres que la defendía. Tomó en seguida la ofensiva ; atacó los castillos de Pampatar y Porlamar, y aunque rechazado, puso sitio al gobernador en la Asunción, capital de Margarita, encerrándolo en el castillo de Santa Rosa (noviembre de 1815). El ejército de la isla se elevó al número de cuatro mil trescientos infantes y doscientos de caballería, mal armados, pero decididos á mantener alzada la bandera de la independencia, que ya no se abatiría jamás en su estrecho territorio.

En los llanos de Casanare, la insurrección tomó cuerpo y consistencia, acaudillada por el famoso José Antonio Páez, cuya aparición hemos señalado, como la del Aquiles de la revolución venezolana. (V. cap. XXXIX, § VI). Era Páez na-

(1) Restrepo : « Hist. de la Revol. de Colombia », t. II, pág. 314.

tural de Barinas, contaba á la sazón veinte y seis años de edad, y había hecho la campaña de la reconquista de Venezuela, señalándose por su valor como soldado de segunda fila. Trasladado á los llanos de Casanare después de la derrota de La Puerta y la retirada de Urdaneta, se reveló el gran caudillo, y pronto ocupó el primer puesto, que sus mismos enemigos reconocieron á su costa ser el que le correspondía. Era un criollo genuino, de raza caucasiana con mezcla de sangre nativa. De fuerza hercúlea, domador de potros y nadador infatigable, diestro en el manejo de la lanza, la espada y el puñal, era el primero en los combates y se imponía á todos por su energía personal y por su elevación moral. Cuando alguno de sus soldados cometía alguna falta ó manifestaba disgusto por sus providencias, lo desafiaba á duelo singular, dejándole la elección de las armas, y aceptase ó no, lo vencía física ó moralmente. Sujeto á ataques epilépticos cuando se exaltaba su sistema nervioso, era un poseído en la pelea, y después de atravesar con su lanza hasta cuarenta enemigos, caía postrado en tierra como muerto. Audaz en sus empresas, y reflexivo en sus combinaciones originales, poseía á la par del ardor del guerrero el golpe de vista del general de caballería, y tan temerario en la acción como astuto en su preparación, siempre fué vencedor por sus propias inspiraciones. Era el ídolo de sus soldados, que le llamaban « el tío » ó « el compadre » y se familiarizaba con ellos algunas veces, empinando la *tapara* ó calabaza — el ánfora primitiva de los llaneros, — colmada de agua ó de aguardiente, ó mezclándose á sus danzas populares, en que representaba el papel de un borracho, en medio de frenéticos aplausos. De cinco pies y nueve pulgadas inglesas de altura, ágil y musculoso aunque algo grueso, su rostro de contornos redondeados, sombreado por cabellos negros y crespos con un espeso bigote (sin patillas ni sotabarba) que lo acentuaba, era simpático y varonil. De temperamento sanguíneo, tenía un nativo instinto moral que gobernaba sus

acciones. Hijo de la naturaleza, criado en medio de los feroces llaneros que dominaba con su fuerza física y su voluntad superior, su índole era generosa, su carácter caballeresco y humano, y su inteligencia muy superior á su instrucción, pues entonces no sabía leer ni escribir (2). Era en suma, una pobre cabeza política, con iluminaciones heroicas, manso en la paz, terrible en el combate, que se dejaba gobernar en el triunfo y dominaba á todos en el peligro. Su traje era una blusa de paño azul, polainas de llanero, la manta echada á la espalda sujeta con un broche de plata sobre el pecho, un chambergo á lo mosquetero con el ala de adelante doblada con una cucarda venezolana prendida por una presilla de oro, al cinto una espada toledana y una larga lanza que nunca dejaba de la mano en campaña, y que era su estandarte al frente de su tienda de campaña, que era un toldo de cueros.

II

El primer combate que mandó Páez en jefe, siendo aún simple capitán, lo elevó de un golpe al rango de primer general de caballería de la América y le dió el dominio de los llanos del Apure.

Hallábase la división de Casanare acampada en el pueblo del Guadalito sobre la márgen izquierda del Arauca, cuando

(2) Algunos de los rasgos de este retrato son tomados de uno que el mismo general Paez reconoce como auténtico en su « Auto-biografía », t. I, pág. 142, y se encuentra en un libro publicado en Londres en 1828 : « Recollections of a service of three years during the war of extermination in the republics of Venezuela and Colombia ». — Habiendo conocido personalmente al héroe, hemos podido copiarlo al natural, combinando los elementos físicos y morales de su personalidad.

se anunció la marcha del gobernador español de Barinas, el coronel Francisco López, á la cabeza de 1.100 jinetes y 300 infantes con un cañón. El jefe republicano como intimidado, reunió una junta de guerra, y propuso la retirada. Como todos guardaran silencio, Páez manifestó, que había ofrecido defender al pueblo del Guadalito, y que sin desobedecer las órdenes que se le diesen, suplicaba se le permitiese quedarse con un escuadrón para hacer frente al enemigo. Apoyado por todos los oficiales, el jefe, airado, les dijo: « Pues que los » mande el comandante Páez, y síganme los que quieran á » Casanare ». Y se retiró al sud del Arauca con el estado mayor, una compañía de infantería y otra de dragones, dejando á Páez en Guadalito con sólo 500 hombres de caballería.

Páez salió en busca del enemigo, decidido á batirlo donde lo encontrase. Á los 20 kilómetros, en el punto llamado Mata-de-la-miel, sobre las nacientes del Apure, avistó la división española, con la caballería apoyada sus alas en dos pequeños bosques y en éstos oculta su infantería (16 de febrero de 1816). En el reconocimiento que practicó Páez en persona, le mataron el caballo de un balazo. Iba ya á anochecer, y algunos le indicaron que sería prudente suspender el ataque. Él contestó que la oscuridad sería tan grande para unos como para otros, y con voz de mando dirigió á su tropa la proclama más original, que, como él mismo lo decía, jamás ocurrió á general alguno: « Compañeros: me han matado mi caballo. » Si no están resueltos á vengar ahora mismo su muerte, yo » la vengaré solo y me lanzaré á perecer entre las filas enemi- » gas ». Sabían que era hombre de cumplir. Todos contestataron con entusiasmo, que irían con él á don le los llevase.

Formados los republicanos en dos líneas escalonadas (3),

(3) Restrepo en su « Hist. », etc., dice en « tres columnas » lo que no tiene sentido táctico, tratándose de cargas de caballería; pero Páez en

atacaron la posición española. Recibidos con fuego de cañón y fusilería, cargó á fondo la primera línea, y arrolló las dos terceras partes de la caballería enemiga, poniéndola en fuga. En la carga de la segunda línea, fué herido el caballo de Páez; el animal espantado reventó las cinchas con sus corcobos y arrojó al suelo el jinete con la silla entre las piernas. Al levantarse, vió que su segunda línea había sido rechazada. Montó en el primer caballo que encontró, contuvo á los fugitivos, los hizo volver las caras, y reanimados con su presencia y su ejemplo, los llevó á revienta-cincha, hasta llevarse por delante los últimos 400 hombres de caballería enemiga que permanecían formados. Mientras los republicanos perseguían á los dispersos, la infantería española emprendió su retirada internándose en los bosques del Apure. Más de 400 muertos y 200 prisioneros fueron los trofeos de esta brillante jornada (4). El vencedor trató con generosidad á los vencidos, y todos ellos se alistaron voluntariamente bajo la bandera republicana. Esta victoria señaló al héroe (5).

Desde entonces, los llaneros que habían seguido á Antoñanzas, Boves y Morales, quedaron ganados para la causa de la independencia. Páez, su vínculo de unión, aclamado poco después jefe de los llanos formó el famoso ejército del oriente ó del Apure, que es la denominación con que ha pasado á la historia. Al recibirse del mando, arengó á sus tropas, les aseguró que procuraría corresponder á la confianza que en él depositaban, y que fiasen ante todo en la Divina Providencia, pero que mientras tanto, él iba á llevarlos aquel mismo día

---

su « Auto-biografía », dice en « dos líneas », formación que responde á las peripecias del combate.

(4) Páez en su « Auto-biografía », da exageradamente 500 prisioneros, contando tal vez los habitantes de la comarca que enroló en sus filas.

(5) Véase « Auto-biografía del general J. A. Páez », comparado con Montenegro, Restrepo y Baralt y Díaz.

al encuentro del enemigo (setiembre de 1816). Invadió la provincia de Barinas.

Al mismo tiempo que el ejército del Apure se formaba, las guerrillas de Monagas, Saraza y Cedeño se condensaban en el alto Orinoco y los llanos bajos del oriente, formando divisiones hasta de 1,500 hombres reunidos. Alarmado el gobernador de la Guayana, destacó una fuerte columna contra Cedeño, la que fué completamente derrotada (8 de marzo de 1816). Una segunda expedición de 1,500 hombres, embarcada en una escuadrilla que remontó el Orinoco, no tuvo mejor suerte, viéndose obligada al fin á reconcentrarse con sus restos á la ciudad de Angostura, capital de la Guayana.

Tales fueron las alarmantes noticias que obligaron á Morillo á abandonar el teatro de la Nueva Granada y á trasladarse á Venezuela con el grueso de su ejército.

III

La insurrección que había resurgido en el Orinoco, el Apure y los llanos bajos, se extendió por las costas de Barlovento, promovida por los emigrados del oriente de Venezuela, sobre la base de la isla de Margarita que le daba un sólido punto de apoyo. La tercera y última guerra á muerte de Venezuela iba á comenzar. Aquí comienza también la nueva odisea de Bolívar.

Después de su retirada de Cartagena, Bolívar habíase aislado en la Jamaica, donde se ocupó en escribir el manifiesto y la memoria de que hemos dado cuenta, buscando nuevos medios para volver á trabajar por la independencia de su patria. Esta sombra que vagaba por los contornos de Venezuela, perturbaba la tranquilidad de sus dominadores. Se dijo

en aquella época, que el capitán general Moxó, por medio de un español que se trasladara á Kingston, con el designio de asesinarlo, compró á un esclavo que acompañaba al Libertador en su destierro. El asesino penetró una noche en su habitación, que estaba á oscuras; se dirigió á su hamaca, y dió dos puñaladas á un hombre que allí dormía, dejándole muerto. Era un pobre emigrado llamado Amestoy, que sabedor de que Bolívar no dormiría aquella noche en su posada, había ocupado su lugar. El esclavo confesó su intención y su delito, y fué ahorcado; pero no se adelantó nada respecto de sus cómplices (6).

De la Jamaica, trasladóse Bolívar á la isla de Santo Domingo, recibiendo en el tránsito la noticia de la caída de Cartagena, de donde tardíamente había sido llamado para tomar el mando de la plaza. Gobernaba en Haití como presidente de la República de los negros americanos, el famoso mulato Alejandro Petión, que ha sido comparado con Wáshington, hombre de un talento notable, fundador de la independencia y legislador de su tierra natal. Ardiente partidario de la emancipación hispano-americana, simpatizó con Bolívar, y le suministró el armamento necesario para emprender una expedición, haciéndole abrir un crédito para los gastos por medio de la casa del acaudalado comerciante inglés Roberto Southerland. Allí se encontró también con un holandés, rico armador de Curaçao, llamado Luis Brión,

---

(6) Díaz, que á la sazón se hallaba en Caracas al lado de Moxó como consejero privado, en sus « Recuerdos de la revolución de Caracas », se desentiende de la imputación hecha al capitán general de Venezuela, y dice en su pág. 99 : « El mulato Luis, esclavo de Bolívar, estaba ganado (yo no sé por quién) para asesinarlo ». — Restrepo dice con su acostumbrada circunspección : « Un español europeo, pagado, según se dijo » en aquella época, por el capitán general Moxó, aunque no sabemos » con qué fundamento se le atribuye este crimen, se trasladó á Kingston » con el designio de asesinar á Bolívar ». (Hist. de la Revol. de Colombia », t. I, pág. 338.)

quien apasionado por la persona y los proyectos del Libertador, puso á sus órdenes una escuadrilla de siete goletas armadas en guerra con 3,500 fusiles, ofreciéndole generosamente su vida y toda su fortuna para el logro de su empresa.

En el puerto de los Cayos de San Luis, que ha dado su nombre á esta famosa expedición, empezaron á hacerse sus primeros apreslos á principios de 1816. Habíanse reunido allí los salvados de Cartagena y porción de jefes y oficiales granadinos y venezolanos, entre ellos, Piar, Mariño, Bermúdez, Mariano Montilla, Carlos Soublette, el coronel inglés Gregorio Mac Gregor que había servido con Miranda, Ducoudray-Holstein y el granadino Francisco Antonio Zea, notable hombre civil que tenía el merecido renombre de sabio. Reinaba una gran anarquía entre los emigrados: muchos no querían reconocer la autoridad de Bolívar. Fué necesario que Petión interpusiese su influencia y que Brión declarase que sólo al Libertador confiaría sus elementos de guerra. para que fuese aceptado como jefe de las fuerzas expedicionarias, hasta tanto que pisando territorio venezolano se designase el que debía gobernarlos. Montilla, que había provocado á un duelo á Bolívar, y Bermúdez que encabezaba la oposición, fueron excluídos de la expedición.

El 30 de marzo de 1816 zarpó la escuadrilla, mandada por Brión con el título de almirante de Venezuela, llevando á su bordo como 300 hombres que el libertador compararía luego con los 300 de Leonidas, como comparara con las Cruzadas de Jerusalén su reconquista de Venezuela. Al llegar á la Margarita en los primeros días de mayo (1816), la escuadrilla se encontró con dos buques de guerra españoles, el bergantín *Intrépido* y la goleta *Rita*, que fueron tomados por Brión al abordaje, después de una resistencia vigorosa en que perdieron las tres cuartas partes de su tripulación. El comandante de la *Rita* murió en el combate, y el del *Intrépido*, Rafael

Iglesias, se disparó dos pistoletazos cuando vió que la resistencia era inútil, para no caer vivo en manos de los independientes. La expedición desembarcó en el puerto de Juan Griego. Los españoles se reconcentraron en Pampatar y Porlamar, donde se resistieron á las tentativas que hizo Bolívar para rendirlos. De acuerdo el jefe expedicionario con Arismendi, reuniéronse los jefes y oficiales republicanos y los habitantes de la isla en la iglesia de la Villa del Norte con el objeto de nombrar, según lo convenido, el jefe supremo de la república que iba á restaurarse. No podía faltar en tal ocasión una renuncia anticipada del único designado para ocupar este puesto, contando como contaba con el voto de sus compañeros, y habiéndose propiciado el poderoso apoyo de Arismendi para asegurar la unanimidad. Declaró que « no » aceptaría el mando porque el ejercicio de un poder abso- » luto en medio de rivalidades, era peligroso para la inde- » pendencia en aquellas circunstancias, y que estaba dispuesto » á obedecer al que se nombrara ». Era lo mismo que pedir el poder que reclamaba, y de que fué revestido con el título de « Jefe Supremo », sin limitación alguna, y sin más condición que hacer cuanto creyese conveniente para la salvación de la patria (7 de mayo). Mariño fué nombrado segundo jefe. En posesión del mando, dirigió una proclama á los venezolanos (8 de mayo) anunciando que « el congreso nacional » sería nuevamente instalado, autorizando á los pueblos » libres á nombrar sus diputados sin otra convocación, con- » fiándoles las mismas facultades soberanas que en la pri- » mera época de la república » (7).

La expedición, reforzada con cuatro buques margariteños tomó tierra en el puerto de Carúpano en la costa de Paria. Se apoderó de dos buques de guerra enemigos y del fuerte arti-

(7) « Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, núm. 1001, § I y IV.

llado que abandonaron los españoles, estableciendo allí Bolívar su cuartel general (1.° de junio de 1816).

IV

La fama había abultado el número de los expedicionarios; decíase que formaban un ejército de tres mil hombres que el presidente Petión había puesto á disposición de Bolívar. En vez de aprovecharse del estupor que causó su atrevido desembarco, y ponerse en campaña para reunirse á las guerrillas del oriente, que sólo necesitaban un jefe para sostener con sistema y unidad la guerra de partidarios, limitóse á desprender á Piar hacia Maturín, y á Mariño para que tomase posesión de Güiría en el promedio de la península. Él permaneció en Carúpano, dando pomposos boletines, expidiendo decretos en que declaraba la libertad de los esclavos en cumplimiento de su promesa á Petión, y llamó á los habitantes del país á las armas, sin que nadie se le reuniese. En seguida convocó una asamblea popular de los habitantes del lugar, haciendo declarar por medio de ella y de la municipalidad, que « el gobierno de la república era *uno* y *central* ». De este modo quedó abolido el sistema federativo en Venezuela. En esto perdió lastimosamente un mes de tiempo precioso. Á los veinte días sus avanzadas eran sorprendidas, estaba sitiado por tierra por una división de 1,300 hombres, y la escuadrilla española reforzada amenazaba cortarle su retirada por agua. Pidió auxilio á Mariño que había aprovechado mejor su tiempo, quien le envió un grueso refuerzo, con lo que pudo reunir 600 hombres. Propuso á Brión saliese á batir la fuerza marítima del enemigo; pero los corsarios se negaron á arriesgar sus buques en un combate desigual y sin objeto. Desde entonces se vió que Bolívar no tenía plan

ni resolución hecha. Entretanto las guerrillas de Cedeño, Monagas y Saraza lo proclamaban general en jefe, reclamando su presencia. Piar reunía una poderosa división en Maturín, y Mariño con otra no menos fuerte se atrincheraba en Güiria. Sólo el Libertador permanecía en la inacción y en la impotencia.

Bolívar, perdido en Carúpano, reembarcóse en su escuadrilla. En vez de adoptar el plan de campaña que aconsejaba Piar, que era tomar por base de operaciones el Orinoco, ocupando la Guayana, se dirigió al norte y desembarcó con su pequeña división en el puerto de Ocumare, entre Caracas y Puerto Cabello (5 de julio de 1816). Esta extraña resolución, que da una muestra de la inexperiencia estratégica del general, sólo tiene una explicación, y era su preocupación constante de ocupar á Caracas, su ciudad natal, que le haría perder tres campañas más, y que por entonces era su único objetivo militar. Aun ocupada Caracas, era la derrota segura, en un país agotado, no dispuesto á la insurrección, y ocupado por cinco mil enemigos, de manera que esto no le daba en el mejor caso sino la misma situación que había tenido después de la derrota de La Puerta. Su conducta poco valerosa en esta ocasión, hizo más deplorable este grave error, con daño de su fama y de su causa.

En Ocumare como en Carúpano, malgastó su tiempo en vanas proclamas, llamando al pueblo de Caracas á las armas y anunciar que marchaba á la cabeza de un poderoso ejército de las tres armas para darle libertad, repitiendo lo que ya había dicho, aleccionado por la experiencia, que « había cesado la guerra á muerte ». Los jefes que le acompañaban eran de opinión de avanzar rápidamente hasta Valencia, y dominar los valles de Aragua, á fin de atraer á sí las guerrillas patriotas de los llanos y formar un ejército. Bolívar, sin decidirse por la ofensiva franca, que era la única salvación posible, ni por la defensiva inerte, que era la conservación

estéril, adoptó un singular plan espectante, que era la perdición. Desprendió á Soublette con el grueso de su fuerza con orden de atravesar la cordillera de la costa, ocupar el desfiladero de la Cabrera, y fortificarse en este punto. Con otro destacamento, se extendió por la costa, hacia el sud para reclutar soldados. Él permaneció mientras tanto en el puerto, con una corta guarnición haciendo desembarcar el parque y una imprenta, regalo de Petión, que consideraba su arma más poderosa. El almirante Brión se hizo á la mar con parte de los corsarios, con el objeto de emprender un crucero, dejando á disposición de Bolívar un bergantín armado en guerra y dos goletas mercantes.

El mismo día que Bolívar desembarcaba en Ocumare, llegaba Morales á Valencia con la división que en auxilio de Venezuela había desprendido Morillo después de la rendición de Cartagena. Atacado Soublette por las fuerzas superiores que mandaba Morales, al pie de la cuesta de Ocumare, los republicanos se replegaron á una posición más fuerte, á fin de mantener francas sus comunicaciones con el puerto (10 de julio). Aquí se reunió Bolívar á Soublette con 150 hombres recientemente reclutados. Atacado nuevamente por Morales, que trepó con singular arrojo las alturas, fué hecho pedazos después de tres horas de fuego, dejando en el campo 300 fusiles y como 200 hombres muertos, heridos y prisioneros (13 de julio). El general dispuso que Soublette sostuviese la retirada en los desfiladeros de la montaña con un grupo que había permanecido hecho, y que Mac Gregor con el resto de la fuerza se dirigiese á Choroní al sud de Ocumare, mientras él personalmente hacía reembarcar el parque en Ocumare !

V

La noche del 14 de julio (1816) sorprendió al Libertador en la ocupación de hacer reembarcar su armamento y municiones. En vez de hacerlo en el bergantín de guerra, que era de la república, lo verificó en las dos goletas mercantes. Aun quedaban 1,000 fusiles y la imprenta por reembarcar. En tal circunstancia, llegó un ayudante de campo de Bolívar, quien le informó que la vanguardia de Soublette sorprendida, se replegaba apresuradamente á Choroní y el enemigo entraba en Ocumare. El pavor se difundió en el puerto. Unos se arrojaron el agua para ganar las embarcaciones, otros se dispersaron en los campos. Bolívar fué uno de los primeros en embarcarse, sin averiguar la verdad de la noticia, ni dictar disposición alguna, abandonando en la playa, no sólo las armas y la imprenta, sino hasta sus heridos y demás que le acompañaban. Poco después llegaba un emisario de Soublette participando que se sostenía firme en sus posiciones; pero ya el bergantín había picado amarras y héchose á la vela, seguido de las dos goletas.

Toda la noche permanecieron las embarcaciones frente al puerto. Al día siguiente (16 de julio), observando que las goletas se dirigían á Bonaire, pequeña isla holandesa inmediata á Curaçao, resolvió Bolívar seguir sus aguas en vez de buscar la incorporación con sus compañeros. Por segunda vez representaba el Libertador el triste papel de ir en seguimiento de un tesoro, abandonando sus soldados en el peligro y con ellos el honor. Al arribar á Bonaire (8), los capitanes de los

(8) Algunos escritores, confundiendo á Bonaire con Buenos Aires, han dicho que Bolívar se refugió en este último punto después de su derrota de Ocumare!

buques pretendieron despojarlo de las armas, como anteriormente Bianchi de su tesoro. Afortunadamente, llegó allí Brión con su escuadrilla, de regreso de su crucero, y juntos se dirigieron á Choroní. Allí supo que la división abandonada á su suerte, se había internado, buscando su salvación en los valles de Aragua. De regreso nuevamente á Bonaire, se encontró con Bermúdez, excluído de la expedición, y ambos jefes, aunque en desacuerdo, resolvieron dirigirse á Güiría en busca de Mariño que se sostenía en la península de Paria (9).

Reunidos Soublette y Mac Gregor en Choroní, infundieron aliento á sus soldados. Nombrado el intrépido Mac Gregor jefe de los restos de la expedición, permaneció dos días en descanso á la espera de su general (15 y 16 de julio). Entonces decidieron los jefes en junta de guerra lanzarse al interior del país, para buscar su salvación en los llanos. El 17 se puso en marcha la abandonada columna en número de 600 infantes y 30 dragones. Al atraverar la cordillera del litoral, derrotó un destacamento realista que intentó cerrarle el paso, entró á Victoria dispersando su guarnición, derrotó más adelante otro destacamento mandado por el bárbaro Rosete, y atravesó el río Guarico á la salida de los llanos, donde la alcanzó un escuadrón de las guerrillas de Saraza que venía en su busca (1.° de agosto de 1816). Reunidas ambas fuerzas, se encontraron con una división realista de 1,200 hombres en la Quebrada Honda (2 de agosto). Trabada la pelea, la victoria quedó por los republicanos. Al día siguiente (3 de agosto) los abandonados en Ocumare se incorporaban á las divisiones de Saraza y Monagas y eran dueños de los llanos de Barcelona,

(9) Todos los historiadores, sin exceptuar los más admiradores de Bolívar, están contestes, así respecto de estos y de los anteriores incidentes, como de los que se relatarán más adelante en esta desairada campaña del Libertador.

mientras Cedeño se sostenía en el alto Orinoco. Esta fué la base del ejército que se llamó después « Ejército del Centro », que unido al del Apure decidió de los destinos de Venezuela. Mac Gregor fué reconocido general en jefe del ejército del centro.

¿Qué era del Libertador? Reunido con sus armas, como en la anterior campaña con su tesoro, arribó á Güiría en compañía de Bermúdez (16 de agosto). La población se amotinó contra él, la tropa de Mariño se negó á ponerse bajo sus órdenes, la isla de Margarita desconoció su autoridad, y apostrofado públicamente por Bermúdez de cobarde desertor, que había abandonado á sus soldados en peligro, quien llegó hasta desenvainar la espada contra él, vióse obligado á reembarcarse en medio de amenazas y rechiflas. Bolívar regresó á Haití, como antes se retirara degradado de Carúpano, desprestigiado hasta ante su admirador el almirante Brión, y fué fríamente recibido por el presidente Petión. Los pueblos lo renegaban y dudaban de él. Empero, éste era el hombre, no sólo de la revolución colombiana, sino también de la emancipación sud-americana. Á pesar de sus errores y de sus derrotas, de su inexperiencia militar como estratégico y como táctico, de su pueril vanidad teatral y de su ambición personal, era el único que poseía las cualidades del hombre superior para levantarse sobre el nivel ordinario domando la fortuna rebelde, dar unidad militar y política á Venezuela, dominar á sus groseros caudillos cautivando hasta sus émulos, condensar los elementos revolucionarios del norte del continente, organizar un gobierno, fundar una nación guerrera que sería una fuerza americana eficiente y hacerla concurrir compacta al sud del ecuador, completando la gran campaña continental concebida é iniciada por San Martín en el hemisferio opuesto. Su preponderancia no es la obra del acaso. Su grandeza es real. Æra con todas sus deficiencias y flaquezas, el genio de la revolución del norte, animado por el

fuego sagrado de la libertad y el patriotismo, con grandes ideales americanos que se dilatarían. Aleccionado en la severa escuela de la adversidad, reaparecerá necesariamente en la escena, llamado por los mismos que en estos días tan tristes para él, lo ultrajaban y lo proscribían. Y como él lo había dicho y de él se ha dicho, merecería el título de LIBERTADOR, porque « sus servicios fueron los más grandes que » un ciudadano puede prestar á sus conciudadanos, y ante » los ojos de un juez imparcial, sus proporciones son » mayores si se examina el país en que figuraba y los recur» sos de que podía disponer » (10). La historia le debe esta justicia, al pasar la esponja por esta ingloriosa página de su vida.

VI

Mariño fué nombrado general del ejército y Bermúdez segundo jefe; pero su autoridad no se extendía más allá de la península de Paria. La revolución tenía además otros tres ejércitos en campaña; el del Apure formado por Páez, y el del Centro, formado por la división de Mac Gregor, unida á las guerrillas de Saraza y Monagas; y el de Maturín con Piar, que obraba de acuerdo con Cedeño sobre el Orinoco. Además, el ejército de Arismendi en Margarita. El ejército del centro, después del combate de Quebrada Honda, había alcanzado grandes ventajas. Una fuerte división al mando del comandante español López, que ocupaba la villa de Aragua, salió al encuentro del ejército de Mac Gregor, que se había puesto en marcha sobre Barcelona, después de ocupar los lla-

(10) Gervinus : « Hist. du XIX siècle », t. VII, pág. 63.

nos (6 de setiembre). La batalla fué reñida. Las cargas de la caballería llanera de Saraza y Monagas y una impetuosa carga á la bayoneta por Mac Gregor en persona, la decidieron. Morales dejó en el campo un cañón, 500 muertos, 300 prisioneros y 300 fusiles y carabinas. Los independientes se posesionaron de Aragua y ocuparon Barcelona, evacuada por los realistas después de saquearla y degollar una parte de su población (setiembre 12). López, que después de los sucesos de Ocumare, habíase trasladado al oriente, ocupó casi simultáneamente la posición de Aragua, con 3,000 hombres de infantería y caballería. Mac Gregor se puso de acuerdo con Arismendi, Mariño y Piar, solicitando su auxilio para resistir el ataque. Piar, que había acudido con sus tropas al sitio de Cumaná, se trasladó inmediatamente á Barcelona y tomó el mando en jefe. Bajo su dirección se montaron cuatro piezas, se organizaron nuevos batallones, se completó el armamento de caballería, y se marchó en busca del enemigo. Los dos ejércitos se encontraron en el Playón del Juncal á inmediaciones de Barcelona. Al cabo de dos horas, la victoria se declaró por los independientes con una formidable carga á la bayoneta conducida por Mac Gregor, y sostenida por el fuego de artillería, arma de que carecían los realistas (27 de setiembre). Morales dejó en el campo 300 muertos, 400 prisioneros y 500 fusiles. Después de esta victoria, Mac Gregor se retiró á Margarita, enfermo y fatigado, en desacuerdo con Piar, que era de un carácter dominador y violento en el mando.

Páez, á quien dejamos antes en marcha sobre el enemigo, completaba la conquista de los llanos de oriente entre el Orinoco y el Apure. El coronel Francisco López, gobernador de Barinas, vencido en Mata-de-la-miel, salió de nuevo á su encuentro con una columna de 1,700 jinetes y 400 infantes, y pretendió sostener la línea del Arauca. El general republicano por medio de atrevidos y bien combinados golpes de mano y algunos combates parciales, le arrebató todas su ca-

balladas, obligándole á replegarse á la línea del Apure (octubre de 1816). Entonces Páez meditó apoderarse de San Fernando, llave de los llanos en la conjunción del Apure y el Portuguesa, con comunicación fluvial con el Orinoco. Los realistas habían retirado todas las embarcaciones, y dominaban el río con cuatro flecheras y siete lanchas armadas en guerra, sostenidas por 400 hombres (11). Una partida de ocho hombres mandada por un oficial llamado Peña, á quien Páez como castigo de una falta le impuso ir á hacerse matar por el enemigo, atravesó el río en una canoa á las doce del día é introdujo el desorden en el campamento realista, muriendo el jefe español en los encuentros que se siguieron (6 y 7 de noviembre). Dueños los republicanos de siete lanchas, salvaron el obstáculo, y pusieron sitio á San Fernando (diciembre 1816). En tales circunstancias, supo Páez la marcha de la Torre y Morillo desde Nueva Granada en dirección á los llanos regados por el Arauca y el Apure.

Mientras el ejército del centro triunfaba en Barcelona y el de los altos llanos de oriente en el Apure, el ejército de la costa mandado por Mariño y Bermúdez, ponía sitio á Cumaná, en combinación con las fuerzas marítimas de Margarita (setiembre). La guarnición española estrechada, se disponía á evacuar la plaza. Las fuerzas realistas que en número de 1,000 hombres se mantenían en Margarita, acudieron en su auxilio, evacuando la isla, y obligaron á Mariño á desistir del sitio (noviembre de 1816).

Tal era el estado de la guerra al finalizar el año de 1816, tres meses después de la deposición de Bolívar en Carúpano. Á pesar de las ventajas alcanzadas, los independientes com-

---

(11) Se llama flechera en Venezuela por su rápida marcha, una especie de lancha de poco calado, que se maneja á vela y remo, algunas de las cuales pueden montar uno ó dos cañones, y que manejadas por los marineros venezolanos, se hicieron célebres en esta guerra.

prendían que sin una dirección que diese cohesión á sus elementos dispersos, todo era efímero. Así, el ejército del centro donde predominaban los partidarios del Libertador, fué el primero en reclamar su regreso, decididamente apoyado por Arismendi. Bolívar fué llamado otra vez á ponerse á la cabeza de los independientes. Ayudado por Brión y eficazmente auxiliado por Petión, organizó una tercera expedición (21 de diciembre de 1816) y tocando en Margarita de paso, arribó á Barcelona, á tiempo que llegaba allí Arismendi con su columna de auxilio.

VII

Al desembarcar Bolívar en Barcelona, la guerra había cambiado de aspecto. El ejército del centro ya no existía. Piar había tenido la grande inspiración de la campaña, que decidiría por acción directa de la suerte de Venezuela y Nueva Granada, y por acción refleja de la del resto de la América del Sud. El general negro había comprendido que las hostilidades á lo largo de la costa y las correrías de los llaneros en el interior, no tenían consistencia ni prometían resultados sin una sólida base de operaciones. Desde un principio había señalado el Orinoco como la línea que al efecto debía ocuparse, y la Guayana como base; pero el Libertador, sin plan de campaña fijo, no tenía más objetivo que la ciudad de Caracas, y revoloteaba alrededor de ella por el sud y por el norte, como una mariposa en torno de la luz, á riesgo de chamuscarse las alas, como sucedió. Piar, con más alcance estratégico que Bolívar, así que se vió dueño de un ejército regularmente organizado después del triunfo del Playón del Juncal, perseverando siempre en su idea, meditó trasladar la guerra al

Orinoco y posesionarse de la Guayana, ocupada por los españoles desde la primera guerra de Venezuela.

El Orinoco y la Guayana era la base natural de operaciones de la revolución venezolana, ó más bien dicho la única. Todos lo veían, menos Bolívar, ofuscado por la atracción fantasmagórica de Caracas. La había visto Cedeño con su grosero instinto de guerrillero, al sostenerse en el Alto Orinoco, derrotando las fuertes columnas realistas que intentaron desalojarlo de sus inexpugnables posiciones. La había visto claramente Morillo desde Nueva Granada al diseminarse las guerrillas en los llanos de oriente. « Perdida la provincia de » Guayana, decía, Caracas y Santa Fe de Bogotá están en peligro porque los ríos del Orinoco, Apure y Meta, son mucho » más navegables de lo que yo pensaba, y si los rebeldes nos » cortan la comunicación con Margarita, interceptando la remisión de ganados, obligarán á su guarnición á rendirse » sin batirse. Si Bolívar ó algún otro jefe de estimación entre » ellos, tomase el mando de las guerrillas, podrán obrar vigorosamente. Si la Guayana es tomada, las dificultades para » retomarla serán mayores, y quedarán muy pocas esperanzas para las tropas del rey » (12). Esto es lo que había visto y vió claro Piar, y esto lo que hizo al salvar por inspiración la revolución venezolana, y hacer abandonar á Bolívar sus vueltas y revueltas estériles alrededor del fantasma de Caracas. Basta echar una ojeada sobre el mapa de Venezuela, comparándolo con la historia, seguir á lo largo de los ríos de oriente las operaciones de los ejércitos republicanos durante la guerra de la independencia, para que la demostración se imponga á los ojos. El Orinoco al norte, al fondo de Venezuela, es una base de operaciones inexpugnable, y es á la

---

(12) Ofi. de Morillo al ministro de guerra de España, de 6 de marzo de 1816, en Mompox, cit.

vez que una línea de operaciones y de defensa, una vía fluvial en comunicación con el exterior por el mar, que penetra al interior del país. Situado por consecuencia un ejército en la Guayana, con su frente, su espalda, sus flancos y sus comunicaciones aseguradas, la defensa de la isla de Margarita se liga con sus operaciones por mar, el ejército del Apure avanzado es su vanguardia, los llanos del centro quedan dominados por él, y el enemigo es vulnerable por todo su frente y sus dos flancos, amagando á la vez la Nueva Granada por su frontera, por lo que, razón tenía Morillo al decir, que perdida la Guayana, estaban en peligro de perderse Caracas y Bogotá, y una vez perdida, no había esperanza para las armas españolas.

Guiado por estas luces, Piar se puso en marcha desde Barcelona á la cabeza de 1,500 hombres de las tres armas, dejando en la ciudad una corta guarnición y encomendó á las guerrillas de Monagas y Saraza la defensa de su campaña (8 de octubre de 1816). En el alto Orinoco al norte, se reunió con la división de Cedeño, quien se sometió á su autoridad, y acordaron conquistar la provincia de Guayana. Los realistas dominaban las aguas con una fuerte escuadrilla y estaban fortificados en Angostura, capital de la provincia y en la Guayana Vieja. Tenían ocupado el Cauca, río caudaloso que se derrama en el Orinoco por su margen derecha, y era por el sud la línea de defensa del enemigo, dominada por tres flecheras y dos lanchas cañoneras, sostenidas por 500 infantes y 300 jinetes. El general republicano, mandó construir ligeras embarcaciones de madera de ceiba cortada en los bosques; con una de ellas se apoderó de dos lanchas del enemigo, y efectuó el pasaje á viva fuerza. La artillería abrió sus fuegos para proteger la atrevida operación; dos campañías de infantería tomaron tierra en la margen opuesta, al mismo tiempo que un grueso destacamento desembarcado fuera de la vista del enemigo lo tomaba por el flanco, y Cedeño con sus escua-

drones se lanzaba á nado acuchillando á caballo á las tripulaciones de las cañoneras y cargaba sobre su campamento, que puso en dispersión (31 de diciembre 1816).

Piar avanzó sobre Angostura. La plaza estaba defendida además de su guarnición y sus fortificaciones, por dos buques mayores de guerra, por tres goletas y cuatro cañoneras que combinaban sus fuegos con ella. Los republicanos fueron rechazados en el asalto que intentaron para tomarla. Este descalabro no desanimó á Piar, y le sugirió una idea salvadora, que sería decisiva en las futuras campañas por las consecuencias que tuvo. Resolvió apoderarse de las misiones de Coroní, país rico en hombres y en recursos, y establecerse en ellas, para amagar Angostura por la espalda, privándola de sus subsistencias, á la vez que abría nuevas comunicaciones con el oriente por el bajo Orinoco. Los españoles que conocían la importancia de esta posición, habían guarnecido y fortificado la línea del río Coroní, sobre su margen derecha; pero estas dificultades fueron superadas. Los republicanos ocuparon las cuarenta y siete misiones que regían los frailes catalanes de la orden de capuchinos, de los cuales veinte y dos fueron degollados por el oficial á quien se confió su custodia, hecho bárbaro no reprimido por el general, que sin embargo consolidó su popularidad, porque las víctimas eran muy odiadas por los neófitos indígenas. Piar estableció una administración regular en las misiones, que fué más tarde muy útil para la provisión de los ejércitos independientes en granos y ganados (febrero de 1817). En seguida, dió cuenta á Bolívar de las ventajas alcanzadas y de la posición que ocupaba. Estos hechos levantaron la fama de Piar sobre la de todos los generales venezolanos, eclipsando la del mismo Bolívar que tan triste papel había representado en el curso de la campaña.

VIII

Todos habían hecho algo, menos Bolívar. Arismendi había insurreccionado la Margarita. Mariño había dominado la península de Paria, formado un ejército y puesto sitio á Cumaná. Páez había organizado el ejército del Apure y asegurado el dominio de los llanos altos. Cedeño se había sostenido en el alto Orinoco, y Monagas y Saraza mantenido el fuego de la insurrección en el centro del país. Mac Gregor y Soublette habían salvado la columna por él abandonada en Ocumare, y atravesando el territorio de Venezuela, conquistado Barcelona y el dominio de los llanos bajos. Piar había formado un ejército en Maturín, salvado á Barcelona y conquistado la Guayana, dando al ejército su base natural de operaciones. En ninguna de estas empresas tuvo participación directa ni indirecta Bolívar. Su mando en jefe, su dirección como general había sido no sólo nula, sino funesta, cuando no vergonzosa. Al asumir por segunda vez el mando, era moralmente otro hombre, más grave, más reflexivo y más dueño de sí mismo; pero militarmente no había aprendido todavía lo bastante como general estratégico. Sin ideas maduradas ni propósito determinado, y pensando que la audacia, que fía el éxito al destino, era una inspiración, improvisaba planes al aire y acometía empresas sin proporcionar los medios á las resistencias, y le aconteció lo que al que se empeña en romper un muro de piedra con la cabeza : se rompió él mismo la cabeza (13).

---

(13) Uno de los más entusiastas admiradores de Bolívar, en la « Historia de Colombia », que le dedicó (t. II, pág. 374), reconoce esto mismo

Apenas desembarcado en Barcelona, anunció en una proclama que iba invadir la provincia de Caracas para darle libertad (8 de enero de 1817). Con este propósito temerario, formó una columna de 600 hombres sobre la base de los auxiliares margariteños conducidos por Arismendi, y veinte y cuatro horas después se puso en campaña. Una división avanzada se había establecido y fortificado sobre la línea del río Unare al sud de Barcelona, en observación de la plaza en el punto denominado «Clarines», rodeado de bosques. Bolívar, sin practicar un reconocimiento, atacó de frente las trincheras. Empeñado el fuego, cuarenta jinetes cayeron de improviso por retaguardia de los asaltantes y los desbarataron totalmente. Todos perecieron.

Estaba otra vez perdido el Libertador, y más perdido que en Carúpano. En tal situación, lo único que se le ocurrió, fué dirigirse á Piar y Cedeño, indicándoles que abandonasen la empresa de la Guayana,—que era su salvación,—por cuanto no había llegado la oportunidad de tomarla, y ser por otra parte imposible dominar la navegación del Orinoco; y concluía, que Cumaná era la base natural de las operaciones (14). La consecuencia de esta maniobra—imposible por otra parte —era descubrir su flanco izquierdo. — Escribió á Páez aconsejándole vagamente que se uniese á Saraza, lo que si algo significaba era perder el dominio de los llanos bajos ó altos, según el punto donde operasen su reconcentración (15). Á Monagas, le prevenía que se reuniese á Saraza y Páez, y cubriese á Barcelona por ser el punto que más importaba sostener « donde estaba resuelto,— son sus palabras — á sepul-

---

con otras palabras. « La desgracia, dice, perseguía al Libertador en to» das sus empresas, que acometía, ciertamente, sin los medios y recur» sos necesarios ».

(14) Ofi. de Bolívar á Piar y Cedeño de 10 de enero de 1817. (« Docs. para la Hist. del Libertador », núm. 1870-1871-1174.)

(15) Ofi. de Bolívar á Páez en « Documentos », cit., núm. 1168 y 1175.

» tarse entre sus cenizas y escombros » (16). Todo esto no tenía sentido militar, y sí alguno tenía, sólo puede explicarse por su pueril preocupación de ocupar Caracas, que era una operación fantástica, dado caso fuese posible la soñada concentración de las fuerzas del norte de la Guayana, de las nacientes del Apure y de los llanos bajos en torno de Barcelona sitiada, cuando el enemigo condensaba sobre la plaza el grueso de sus fuerzas y Morillo ocupaba con 4,000 hombres la línea del Unare interceptando el camino de Caracas, y La Torre en combinación con Calzada ocupaba los llanos altos.

Encerrado Bolívar en Barcelona con 600 hombres bisoños y con amenaza de ser atacado por fuerzas superiores, á la vez que la marina española preponderante en la costa de Barlovento bloqueaba el puerto, se fortificó en el convento de franciscanos de la ciudad, que era una verdadera ciudadela. Aconsejado por la inminencia del peligro, propuso á Mariño reunir sus dos fuerzas para batir al enemigo, asegurándole que él se sostendría á la espera á todo trance en el convento. Mariño no trepidó. En el acto se puso en marcha en auxilio del Libertador con toda su fuerza disponible, que alcanzaba á 1,200 hombres, dejando guarnecida la costa de Cumaná. Reunidos los dos rivales, se reconciliaron, y Mariño reconoció á Bolívar como jefe supremo. Las dos divisiones se pusieron en campaña, sumando un total como de 2,000 hombres, pero aun así reunidos, apenas si podían hacer frente al enemigo. Las operaciones giraban en el círculo vicioso, por no decir en el vacío, por falta de una cabeza ó de un plan, y sobre todo, por falta de una base. Bolívar improvisó entonces un nuevo plan, que no valía más que los anteriores. Resolvió trasladar el teatro de la guerra al interior, concentrando en los llanos bajos todas las partidas dispersas en la provincia, y les señaló Aragua, —

---

(16) Ofi. de Bolívar á Saraza y Monagas en « Documentos », cit., números 1169, 1172 y 1173.

el sitio de su anterior derrota en 1812, — como punto de reunión. Barcelona, se sostendría con una guarnición como de 700 hombres.

Mientras tanto, el Libertador se dirigía á la Guayana á fin de persuadir á Piar de concurrir al plan, y marchar sobre Caracas con todas las fuerzas independientes reunidas en los llanos bajos. Era un plan espectante, que dependía de dos contingencias : que el enemigo, que estaba encima con fuerzas superiores, diese tiempo, y que Piar concurriese con su ejército desde el último extremo del territorio. En el mejor caso, era perder las comunicaciones de la costa, y con enemigos por los cuatro vientos, como nave batida por las olas y las velas aferradas, emprender una campaña sin rumbo fijo, cuyo objetivo lejano, — Caracas, — prometía menos por el momento que la permanencia en el oriente, y era en definitiva una derrota segura. Esto por lo que respecta á las probabilidades remotas. En el hecho, sucedió lo que necesariamente tenía que suceder, y estaba al alcance de la más vulgar previsión. Barcelona atacada, fué rendida á viva fuerza (7 de abril de 1817). La guarnición en número de 700 hombres, fué degollada desde el primero hasta el último soldado, y á más, 300 enfermos, ancianos y mujeres, perdiendo 20 piezas de artillería y 1,000 fusiles. Mariño, sin fuerzas para contrarrestar al enemigo en campo abierto, no pudo amparar la plaza, y desistió de internarse en los llanos, retrogradando á la península de Paria, donde había establecido su dominio. La anarquía se introdujo en el ejército. Mariño volvió á declararse independiente. Bermúdez, Saraza, Monagas y Arismendi, con sus respectivas divisiones, que reunidas alcanzaban á 500 hombres, resolvieron esperar en los llanos de Barcelona las órdenes de Bolívar.

El Libertador llegó á Guayana con sólo quince oficiales, y se encontró con Piar á inmediaciones de Angostura. El general negro era dueño de todo el país y tenía sitiadas sus

dos plazas fuertes con esperanzas de rendirlas. Su comportamiento fué noble y patriótico. Á pesar del escozor que debió sentir al verse arrebatar los laureles de una campaña que él sólo había llevado á cabo, contrariando al mismo Bolívar, que no alcanzaba á comprender su trascendencia, se puso á sus órdenes. Informóle de la situación preponderante del ejército de Páez en el Apure, y le demostró que la Guayana era la verdadera y única base de operaciones. Dominada la navegación del Orinoco, — lo que no era difícil con la escuadrilla de Brión unida á la de Margarita, — quedaban expeditas las comunicaciones con las Antillas para recibir auxilios del exterior, y por medio de sus ríos tributarios que penetraban al corazón del país, se ligaban todas los operaciones fluviales y terrestres, con una barrera por delante y una comarca poblada y bien establecida á la espalda, lo que daba una completa seguridad para organizar á la defensiva un ejército sin renunciar á la ofensiva en los altos llanos, apoyando el flanco derecho avanzado en la península de Paria con el dominio de su golfo y el izquierdo en el Apure con una puerta abierta en los Andes sobre las fronteras de Nueva Granada para invadirla por Casanare. Era, pues, la base ideal de la guerra. La venda que hasta entonces había cubierto los ojos de Bolívar, cayó. Por la primera vez, vió claro en el teatro de la guerra. Inmediatamente desistió de sus inconsistentes planes anteriores, y acordó con Piar tomar por base de operaciones la Guayana. En consecuencia, reconcentró en Angostura las divisiones de Bermúdez, Arismendi y Saraza, y dejó á Monagas en los llanos de Barcelona, para que cubriese su frente, hostilizando al enemigo con incursiones frecuentes de guerrilla (abril 1817). La revolución venezolana estaba militarmente salvada, gracias á Piar!

IX

La guerra cambiaba de faz, y se metodizaba por una y otra parte. La base de operaciones de los realistas era al occidente, dueños de las costas de Sotavento desde Coro hasta las de Barlovento en Cumaná, con el ejército de Caracas fuerte de cerca de 5,000 hombres avanzado sobre los llanos bajos de Barcelona. La zona de operaciones del ejército de Morillo, era los llanos altos, con las fronteras de Nueva Granada por base y su flanco izquierdo cubierto por el ejército de Caracas. Este era el teatro elegido por el general en jefe español para abrir la nueva campaña. Al efecto, las divisiones de La Torre y Calzada, fuertes de 4,000 hombres de tropas selectas, con 1,500 de caballería llanera, se habían reconcentrado en Guadalito, sobre el Apure, obligando á Páez á levantar el sitio de San Fernando (enero de 1817). El general republicano del Apure, concibió el proyecto de atraer al invasor á su terreno, y derrotarlo sin combatir con su caballería irregular. Con tal objeto, desprendió una pequeña columna volante, con orden de hacerse perseguir hasta el punto por él elegido para librar la acción que meditaba. La Torre, que suponía á Páez muy débil, y le daba cuando más 300 hombres, cayó en el lazo. Púsose en marcha con todo su ejército, y el 28 de enero al penetrar en una sabana extendida, llamada de las Mucuritas, se encontró con la división de Páez, fuerte de 1,100 hombres armados tan sólo de lanzas, de palos de albarico, cortados en los bosques de los llanos. El general español formó su infantería en columna cerrada, cubriendo las alas y la retaguardia con su caballería. Páez, dividió su fuerza en dos columnas ligeras de ataque y una más gruesa de reserva, con el propósito de separar á la caballería enemiga de la infantería

y cargó por los flancos, esquivando los fuegos de los batallones. La maniobra surtió el efecto calculado. Los escuadrones realistas, fiados en la superioridad numérica, se comprometieron desordenadamente en la persecución de los que al parecer huían. Repentinamente, los fugitivos volvieron caras, según sus instrucciones, y apoyados por su reserva, dispersaron toda la caballería enemiga. Páez, que tenía cincuenta hombres apostados en torno de la sabana, mandó dar fuego á las altas pajas secas que la cubrían. El fuego cundió rápidamente en toda la llanura. En medio del humo del incendio, la caballería llanera llevó catorce cargas sucesivas sobre la infantería española, que formó cuadro para resistir. El círculo de fuego se estrechaba por momentos. La columna iba á perecer quemada. Por fortuna, encontró un gran pantano, donde se refugió con el fango hasta la cintura, y así pudo salvarse (17). Este famoso hecho de armas, que afirmó el crédito de Páez y el predominio militar de los llaneros en su terreno, lo hizo dueño

---

(17) Hemos seguido el texto de los historiadores españoles, confirmado por el testimonio de los jefes realistas. Torrente, en su « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, pág. 322, aunque supone exageradamente que la fuerza de Páez constaba de 3.000 hombres, dice lo siguiente : « La » Torre se halló con 3.000 caballos, que al mando del esforzado Páez » venían á galope sobre sus tropas. El batallón Cachari, formando con » celeridad un cuadro impenetrable, sufrió 14 cargas consecutivas. Al » ver Páez la obstinación de los realistas, pegó fuego á la paja y hierba » de aquellas llanuras, cuyo incendio propagado con rapidez eléctrica, » envolvió instantáneamente á las tropas del rey, y amenazaba su com» pleta sofocación, cuando el general La Torre tomó el único expediente » que se le ofrecía, que fué el de entrar con todos sus soldados en un » gran pantano que casualmente halló á sus inmediaciones. Los torbe» llinos de humo que cubrieron bien pronto aquella posición, favorecie» ron su movimiento, y por esta feliz ocurrencia conservaron su vida » aquellos esforzados guerreros con el fango hasta la cintura ». — Morillo, en sus « Mémoires », pág. 97, dice : « Un cuerpo de tres mil jine» tes mandados por Páez, atacó á La Torre en las Mucuritas al pasar el » Apure. Catorce cargas consecutivas contra mis fatigados batallones, » me hicieron ver que no era una gavilla poco numerosa de cobardes, » con la que tenía que habérmelas, como me habían informado ».

de la zona entre el Arauca y el Apure, y lo puso en aptitud de invadir la provincia de Barinas amenazando la de Caracas. Páez completó su gloriosa campaña poniéndose voluntariamente á órdenes de Bolívar, con la sola condición de mantener con su ejército el territorio por él conquistado.

Morillo, que comprendía, como se ha visto, la importancia de la posesión de la Guayana, desprendió á La Torre con una fuerte división en su auxilio. En vez de apoyar este avance y dominar los llanos altos, mientras el ejército de Caracas dominaba los llanos bajos hasta Cumaná, el general en jefe español resolvió dirigirse con 3,000 hombres á la Margarita, volviendo á su punto de partida al tiempo de arribar con su expedición á las costas americanas. Desde este día, vése que ya Morillo no domina el teatro de la guerra, y en presencia de las primeras dificultades serias que lo rodean, se muestra lo que era, un general vulgar, que ha perdido las más elementales nociones militares (18).

La Torre se embarcó en San Fernando, descendió el Apure, penetró al Orinoco dominado por la escuadrilla sutil de los españoles, y llegó sin obstáculos á Angostura. Piar, después de levantar el sitio de esta ciudad, habíase concentrado en las misiones de Coroní. La Torre se puso en campaña con

(18) Es el mismo Morillo, quien se pinta en esta situación de prueba. En sus « Memorias », pág. 98, dice : « La isla Margarita estaba ocupada » por el enemigo; las provincias de Cumaná y Barcelona estaban en gran » parte perdidas; casi toda la inmensa extensión situada entre el Arauca » y el Apure estaba ocupada por el cuerpo que había atacado al general » La Torre; Piar había invadido la Guayana. En tan crítica como inesperada posición, envié socorros á la Guayana á las órdenes del general La Torre, y yo me dispuse á atacar la raíz del mal. Poco tiempo » después me encontraba con fuerzas suficientes en el pérfido suelo de » Margarita ». Á cualquier general se le hubiera ocurrido, que la raíz del mal estaba allí donde había mayores obstáculos que vencer, que la empresa á la isla de Margarita era la más fácil, y no decidía la campaña, y que escollando, como escolló en ella, gastó estérilmente sus fuerzas, y perdió la única oportunidad que se le presentaba de establecer de nuevo su predominio militar en Venezuela.

el intento de quitárselas. Su plan era atraer á Piar á la margen izquierda del caudaloso Coroní, con falsas maniobras, hacerle inutilizar sus caballos, contramarchar rápidamente á la Angostura, embarcar allí sus fuerzas é introducirse por la Guayana vieja á las misiones desguarnecidas, ocupándolas. El general negro penetró el intento del enemigo, y se propuso burlarlo. Se trasladó á la margen izquierda del río, dejando sus caballadas de refresco listas en la margen derecha y se adelantó hasta cerca de Angostura. En la noche, hizo encender grandes fogatas que dejó ardiendo, y se replegó rápidamente á sus antiguas posiciones. La Torre, engañado, se lanzó á su empresa según la había concebido, con 1,600 infantes y 200 jinetes bien armados y disciplinados. Piar lo esperó con 500 fusileros, 500 flecheros indígenas, 400 hombres de caballería y 800 indios de las misiones armados de picas, que colocó en segunda fila. Los dos ejércitos se encontraron en San Félix el 11 de abril de 1817. Los españoles formados en tres columnas con las alas cubiertas por su caballería, avanzaron á paso de ataque y armas á discreción. Piar los recibió con una descarga de fusilería y una nube de flechas, y cerrando sus alas, en semicírculo, envolvió su ala izquierda, inutilizando los fuegos de la infantería enemiga que cargó cuerpo á cuerpo á pica y bayoneta. Fué un combate homérico al arma blanca. Los españoles fueron todos pasados á cuchillo. Sólo escaparon diez y siete hombres, entre ellos La Torre. El vencedor hizo matar 300 prisioneros tomados, perdonando á los criollos, que engrosaron sus filas. Cuando Bolívar regresó de los llanos con los últimos 500 hombres que le habían permanecido fieles, y que por el acuerdo anterior con Piar, se salvaron de ser destruídos por Morillo en su marcha sobre Margarita, encontróse dueño de la Guayana y al frente de una fuerza respetable. Este fué el núcleo del ejército que mantuvo la tercera guerra de Venezuela, y le dió el triunfo final, gracias siempre á Piar!

X

La autoridad de Bolívar empezó á afirmarse. Piar y Bermúdez, sus antiguos enemigos, se le habían plegado. Las guerrillas de Saraza, Monagas y Cedeño estaban á sus órdenes. Páez le prestaba obediencia. Sólo Mariño pretendía disputarle el mando supremo, comprometiendo la causa de la revolución en presencia del enemigo. Contaba con un ejército de 2,000 hombres y era dueño de la península de Paria desde las bocas de Drago hasta Carúpano, y dominaba el Golfo Triste con una pequeña escuadrilla. Poseído de una ambición insana y mal aconsejado por el famoso tribuno Cortés Madariaga, demócrata exagerado, que pretendía dirigir la revolución con fórmulas legales y reminiscencias de Grecia y Roma, convocó un simulacro de congreso, conocido en la historia con la denominación de « Congresillo de Cariaco », por su insignificancia y por el lugar en que se reuniera, el cual asumió la representación soberana de la nación y declaró reinstalada la república federal de Venezuela (8 de mayo de 1817). Componíanlo unos cuantos empleados, figurando entre los más caracterizados, el intendente del ejército Francisco Antonio Zea y el almirante Luis Brión. Eligieron una junta que desempeñase el poder ejecutivo, de la que formaba parte Bolívar, y Mariño fué nombrado « generalísimo ». El objeto, era anular la autoridad suprema de que estaba investido el Libertador. Morillo dió cuenta de esta farsa parlamentaria. En marcha á su expedición contra Margarita, atacó y tomó los puertos de Cariaco, Carúpano y Güiría, y echó á pique la escuadrilla patriota del Golfo Triste, apoderandóse de nuevo de toda la península de Paria. Las fuerzas de Mariño fueron en gran parte destruídas, y sus pri-

sioneros fusilados. Las divisiones que escaparon á la derrota, negaron obediencia al nuevo generalísimo, y resolvieron incorporarse al Libertador en Guayana, encabezadas por Urdaneta y por el coronel Antonio José Sucre, nombre que llenará la más gloriosa de las páginas de la emancipación sud-americana. Mariño se retiró á Maturín con el esqueleto de su ejército.

Empero, mientras los independientes no tuviesen el dominio absoluto de la navegación del Orinoco, la posesión de la Guayana era efímera. Bolívar intentó con tal objeto de organizar una escuadrilla de flecheras; pero las fuerzas sutiles de los españoles eran muy superiores, y todos sus trabajos fueron vanos. Afortunadamente acudió en su auxilio Brión, que en Haití lo había puesto á flote y lo salvara en sus trances más apurados. El almirante puso á sus órdenes una flotilla, compuesta de cinco bergantines y algunas goletas, reforzada con cinco flecheras margariteñas al mando del capitán Antonio Díaz, mulato como Piar, hombre feroz y de un valor probado. Una parte de la escuadrilla española sostenía las dos plazas fuertes de la Guayana á la sazón sitiadas, — Angostura y la Guayana Vieja, — y la otra cerraba las bocas del Orinoco, al amparo de las fortalezas que las defendían. Brión hizo explorar las bocas del gran río con las cinco flecheras de Díaz. Sorprendidas en uno de sus canales, por diez y seis flecheras realistas, éstas se apoderaron de dos de las embarcaciones republicanas. Díaz, con las tres flecheras restantes, empeñó un sangriento combate al abordaje, recuperó sus dos embarcaciones perdidas, tomó otras dos del enemigo, echando á pique cinco de ellas, y obligó á los realistas á retirarse espantados ante tanto arrojo. Franqueado el paso, Brión forzó las fortificaciones á velas desplegadas, y remontó el Orinoco. Bolívar hizo construir una batería de costa, para proteger sus operaciones.

El general La Torre, al saber el avance de la flotilla de

Brión, hallándose muy escaso de víveres, desesperó de sostenerse en Angostura, y se trasladó á la Guayana Vieja con 300 hombres útiles y los enfermos. Su situación no mejoró. Vióse al fin obligado á evacuar también la Guayana Vieja, después de comer hasta los últimos cueros, embarcándose en su escuadrilla con los restos de su ejército, compuesto de 600 hombres y descender el río haciéndose á la mar con treinta y dos velas. Los independientes quedaron de este modo dueños de todo el territorio de la Guayana y de la navegación del Orinoco. Poco después, el héroe de la conquista de la Guayana, moría en un patíbulo en el teatro de sus glorias.

Piar, que en el fondo de su alma altiva, guardaba rencor contra Bolívar por haberlo suplantado en la empresa de la Guayana, no obstante someterse á él, fué uno de los que más simpatizó con las tendencias del congresillo de Cariaco, y conspiró de acuerdo con Mariño, en el sentido de formar una junta de guerra que limitase la autoridad absoluta de Bolívar, con el objeto de apoderarse del mando en jefe, consiguiendo ganar á sus ideas á Arismendi, que era un ambicioso sin cabeza. El Libertador sofocó prudentemente esta tentativa de sedición, limitándose á consejos y amonestaciones privadas, que restablecieron la quietud. Piar, alarmado, solicitó una licencia para ausentarse, dando por pretexto sus enfermedades. Retirado en la villa de Upata, continuó sus trabajos disolventes. Bolívar le escribió amistosamennte, llamándolo á la concordia. Piar no confió en estas seducciones, porque conocía el odio que Bolívar le profesaba, y fugó á Maturín, donde se puso de acuerdo con Mariño para asumir una actitud independiente. La situación era peligrosa para el Libertador. Las tropas de la Guayana eran adictas á Piar en su mayor parte, y compuestas de hombres de color, era de temerse una sublevación de raza, proyecto que se atribuía al general negro. Bolívar ordenó al general Cedeño, el compañero de Piar en la conquista de la Guayana, que lo pren-

diese. El hecho sólo de mandar prender á un general que se decía rebelado, prueba, que si el peligro era real, no era inminente. Piar, abandonado por sus compañeros, y seducido por las falaces promesas de Cedeño, según parece, no hizo resistencia, y fué arrestado. Conducido á la Angostura, fué procesado. Un consejo de guerra presidido por Brión, que de antemano tenía formulada la sentencia, lo condenó unánimemente á muerte (15 de octubre de 1817) y á ser degradado por los crímenes de inobediencia, sedición, conspiración y deserción. Bolívar confirmó el fallo, dispensando la degradación, que era un lujo de crueldad, que deshonraba á los jueces y al sacrificador. Piar fué fusilado en la plaza mayor de Angostura, en presencia de todo el ejército formado (16 de octubre de 1817). El vencedor de San Félix murió con intrepidez como había vivido. Pidió por única gracia mandar su propia ejecución. No se le concedió. Al marchar al suplicio exclamó : « Con que no se me permite mandar mi ejecución ! » Desde este momento se encerró en un sombrío silencio. Oyó leer su sentencia con desprecio, con una mano en el bolsillo, golpeando el suelo con el pie derecho, y mirando á su alrededor. Por dos veces se arrancó el pañuelo con que le vendaron los ojos. Se descubrió el pecho y recibió la descarga que puso fin á su gloriosa vida, con la serenidad que había mostrado en los combates. Su muerte afirmó la autoridad todavía vacilante de Bolívar. Si no fué un acto justo, fué quizás un acto necesario, que sofocó la guerra civil en germen, que traía aparejada la disolución del ejército (19).

---

(19) El mismo Bolívar ha calificado así la ejecución de Piar, como un acto más bien necesario que justo. En el « Diario de Bucaramanga » por el coronel La Croix se ponen en boca de Bolívar estas palabras : « La » muerte de Piar, fué una necesidad política, y salvó al país, porque » sin ella iba á empezar la guerra civil de las castas. Fué un golpe de » Estado que aterró á los rebeldes y aseguró mi autoridad. Nunca ha » habido una muerte más útil, más política ». Pág. 120-121.

Quedaba todavía Mariño en armas. Éste se mantenía disidente á la cabeza de 400 hombres, en Cumaná. Bolívar comisionó á Bermúdez, el antiguo amigo de Mariño, para que le prendiese al frente de su cuerpo de tropas, como había encargado á Cedeño el arresto de Piar. Mariño, abandonado por los suyos, fué desterrado por empeños de Bermúdez. Bolívar quedó imperante y sin émulos. Su autoridad no estaba todavía bien consolidada, como luego se verá.

CAPÍTULO XLII

LA TERCERA GUERRA DE VENEZUELA *(continuación)*. REORGANIZACIÓN VENEZOLANA

AÑOS 1817-1819

Expedición de Morillo contra Margarita. — Resistencia de los margariteños. — Famosa acción del « Cerro de Matasiete. » — Valerosa defensa de « Juan Griego. » — Morillo desiste de la empresa de subyugar á Margarita. — Nueva política del pacificador. — Nuevo aspecto de la guerra. — Armas en balanza. — Los ejércitos beligerantes. — Bolívar apela á la opinión publica. — Bolívar y Pueyrredón, venezolanos y argentinos. — Principio de reforma política. — Bolívar abre la campaña. — Derrota de Saraza en la Hogaza. — Reunión del ejército de Angostura y del Apure. — Extraordinario pasaje del Apure por Páez. — Morillo soprendido en Calabozo. — Célebre retirada de Morillo. — Acción del Sombrero. — Invasión de Bolívar á los valles de Aragua. — Contrastes que sufre. — Se retira á los llanos. — Batalla de la Puerta ó Semen. — Toma de San Fernando por Páez. — Bolívar al frente de un nuevo ejército. — Retirada de los realistas vencedores. — Acción de Ortiz. — Nuevo plan de Bolívar para invadir á Caracas por el occidente. — Derrota de Páez en Cojedes. — Aventura de Bolívar. — Sorpresa del Rincón de los Toros. — Derrota de Cedeño en el Cerro de los Patos. — Derrota de Morales por Páez en el Guayabal. — Descrédito de Bolívar. — Crítica militar de la campaña. — Bolívar convoca un congreso constituyente. — Su plan constitucional. — Es nombrado presidente de la república. — Se pone en campaña.

I

Dejamos á Morillo en marcha al frente de 3,000 hombres con el objetivo de subyugar la isla de Margarita. (Véase cap. XLI, § IX). El gobierno español daba la mayor importancia á la posesión de esta isla, y como se ha visto, fué la primera operación que en sus instrucciones encargó al general

expedicionario. La sumisión de Arismendi le había dado su dominio pacífico, pero la tercera insurrección de los isleños, á que se siguió la expedición de los Cayos y la invasión de la Guayana, le hicieron volver á su punto de partida, por considerar, según él mismo lo decía, que « en Margarita estaba la raíz del mal. » El gobierno español por su parte, perseverante siempre en su idea, despachó por este tiempo desde la península una expedición de 2,800 hombres al mando del general José Canterac, — el mismo á quien hemos visto figurar en el Perú, — destinada á diferentes puntos de América, con el encargo de apoderarse de paso de la isla rebelde. Canterac se encontró con Morillo en el puerto de Barcelona á tiempo que Bolívar tomaba el Orinoco por base de operaciones. En vez de aprovechar este oportuno auxilio para dar el impulso continental que debía decidir la cuestión, persistió en su resolución, aconsejado por despecho más que por cálculo. Empero, antes de lanzarse á su empresa, se posesionó de la península de Paria, expulsando de ella el ejército de Mariño que hasta entonces la dominaba, en cuya ocasión barrió con sus armas el congresillo de Cariaco, según antes se explicó, con lo que prestó un doble servicio á la causa de la independencia, suprimiendo los obstáculos para la unidad del mando en la persona del Libertador Bolívar.

La estéril isla de Margarita, que hasta de agua potable carecía, estaba arruinada y despoblada, y sus habitantes en esta época apenas alcanzaban á trece mil. La expedición destinada á subyugarla, se componía de tres corbetas de guerra, cinco bergantines, cinco goletas, un falucho, cuatro flecheras y dos cañoneras, con tres mil hombres de desembarco de las mejores tropas españolas. Los margariteños sólo podían oponer á la invasión, 1,300 hombres mal armados, de los cuales doscientos eran de caballería y unos pocos artilleros. Brión que hasta entonces protegía la isla con su flotilla, habíase retirado de sus aguas con el intento de penetrar en el Ori-

noco, de manera que la marina de la isla se reducía á tres grandes flecheras y una balandra. Mandaba los insurrectos isleños en ausencia de Arismendi, el general Francisco Esteban Gómez, teniendo por jefe de estado mayor al coronel Joaquín Maneiro. Morillo efectuó su desembarco bajo fuego (17 de julio de 1817). El coronel Maneiro con 450 hombres, favorecido por el terreno, opuso una vigorosa resistencia, causando gran daño á la división de Canterac, quien aseguraba que con sólo presentarse sus tropas vencerían á los insurgentes. El pacificador dirigió una proclama á los margariteños, ofreciéndoles perdón si deponían las armas, y que de lo contrario « no quedarían cenizas ni aun la memoria de los » rebeldes empeñados en su exterminio » (julio 17). El general Gómez rechazó el perdón, y apercibido á la resistencia fortificó los puntos más ventajosos de la isla, formando en las alturas grandes montones de piedra á falta de municiones (1).

Porlamar, fué el primer punto atacado por todo el ejército expedicionario reunido en combinación con su escuadra. Los independientes imposibilitados de sostener el castillo, lo evacuaron combatiendo, después de clavar su artillería y ponerle fuego (22 de julio de 1817). En seguida se apoderó Morillo del castillo de Pampatar (24 de julio). Los insurrectos se concentraron en la Asunción. Los españoles ocuparon el cerro de Matasiete, que domina la ciudad y sus cercanías, y maniobraron en el sentido de interponerse entre ella y la Villa del Norte. En este punto se trabó la acción que ha hecho famoso el nombre de Matasiete en los fastos venezolanos (31 de julio). Los independientes no alcanzaban á 500 hombres, mientras que los españoles eran 2,000 infantes y 600 de caballería;

---

(1) Para mejor inteligencia de los sucesos que van á relatarse, véase la descripción que de la isla de Margarita hemos hecho en el capítulo XXXVIII, § III.

pero favorecidos por los bosques y lo escabroso del terreno que habían fortificado con reductos, fosos y parapetos, pelearon con obstinación por el espacio de más de siete horas, desde las 8 1/2 de la mañana hasta las cuatro de la tarde, quebrando al enemigo y causándole grandes pérdidas. Morillo durmió sobre el campo de batalla, pero al día siguiente vióse obligado á emprender su retirada á Pampatar (2).

Rechazado Morillo por el frente, propúsose atacar las posiciones enemigas por el norte, y se posesionó del pueblo de San Juan con el grueso de sus fuerzas, ocupando una garganta que interceptaba las comunicaciones entre la Asunción y el puerto de Juan Griego, donde los margariteños abrigaban su flotilla. Este punto estaba defendido tan sólo por 200 hombres, y fué tomado después de una heroica resistencia, volando en medio del combate el parque de los independientes por la explosión de una mina que tenían preparada para el último extremo (3) (8 de agosto). Los dispersos se refugiaron en una

---

(2) Morillo en sus « Memorias », pasa por alto esta campaña ; pero en un ofi. que dirigió al ministro de la guerra dando cuenta de la acción de Matasiete dice : « El combate fué sangriento y tenaz. Los rebeldes » se batieron desesperadamente ». Torrente en su « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, pág. 349, dice : « Fué una acción de las más re- » ñidas y sangrientas. Los enemigos parapetados, se defendieron con » obstinación, inutilizando los esfuerzos de nuestras tropas. El campo fué » siempre de los españoles, mas se compró demasiadamente caro este » efímero honor : sufrieron muchas bajas, especialmente la división de » Canterac. Después de esta sangrienta jornada, fué preciso retroceder » á Pampatar, para curar los heridos, conducir las armas de éstos y de » los muertos, y proveerse de municiones ».

(3) Torrente : « Hist. de la Revol, Hisp. Amer. », t. II, pág. 350, que hace subir la fuerza de los independientes á 600, dice, refiriéndose á esta defensa : « Protegidos por el fuerte de Juan Griego hicieron una de- » defensa capaz de haberles asegurado un lugar en el templo de la fama » si la hubieran dedicado á un objeto más noble. Tres veces nuestros » valientes habían sido rechazados ». — Morillo, en ofi. dirigido al ministro de guerra español, al dar á los margueriteños 500 hombres, en vez de los 600 que les asigna el historiador Torrente, hace al valor de los enemigos la misma justicia en términos más expresivos. « Presentó

laguna, y resistiendo rendirse, fueron todos pasados á cuchillo. El mismo Morillo presidió á la mantanza, atravesando diez y ocho hombres con su espada (4). Este sitio fué bautizado con el nombre de « Laguna de los mártires Margariteños », que conserva. — El pueblo de San Juan tuvo la misma suerte que Juan Griego. El general Gómez, se reconcentró con sus restos á la Villa del Norte, sosteniéndose en la Asunción. Al fin hubieran sucumbido los Margariteños, pero las noticias alarmantes que recibió Morillo, del estado de la guerra en el continente, lo obligaron á desistir de su empresa, al cabo de un mes de campaña, y se retiró humillado, con mil hombres de pérdida y setecientos enfermos. La isla, que el general español había dicho en su proclama de que « no quedarán ni cenizas ni memoria de sus rebeldes », quedó triunfante, y el pabellón independiente quedó por siempre enarbolado en ella.

« el ataque de aquel fuerte (Juan Griego) el aspecto más espantoso. Los « rebeldes que le defendían, llenos de rabia y orgullo con su primera « ventaja en la defensa, parecía cada uno de ellos un tigre, y se presentaban al fuego y á las bayonetas con una animosidad de que no « hay ejemplo en las mejores tropas del mundo. Llegaron al último « extremo de la desesperación y apuraron todos los medios de defensa. « No contentos con el fuego infernal que hacían, arrojaban piedras « de gran tamaño; y como eran hombres membrudos y agigantados, « se les veía arrojar una piedra enorme como si fuese una pequeña. »

(4) Lo dice Torrente, ob. cit., t. II, pág. 351 : « Los pasó á todos á « cuchillo, sin que nadie hiciera la menor señal de timidez ó cobardía, « ni implorado la clemencia del vencedor un solo individuo. El mismo « Morillo, ciego de furor, fué el primero en el ataque dado por la caba- « llería, y al impulso de su esforzado brazo rindieron 18 de ellos sus fe- « roces almas ».

II

Morillo, de regreso al continente con los restos de su expedición (20 de agosto de 1817), se dirigió á Caracas, después de afirmar su dominio militar en la península de Paria. Desde entonces inició un nuevo plan político. Publicó un indulto general y una amnistía; abolió el tribunal de secuestros y los consejos de guerra permanentes; restableció las leyes de la monarquía española suspendidas; entregó á la audiencia y á los tribunales civiles la administración de la justicia; y en sus formas al menos, desapareció el despotismo militar que él mismo había fundado. En seguida se contrajo á la guerra continental que había descuidado por su mal aconsejada expedición contra Margarita.

El aspecto de la guerra había cambiado con la ocupación de la Guayana, los progresos de Páez en los llanos altos, y la consolidación de la autoridad de Bolívar. El general republicano del Apure, había invadido la provincia de Barinas y ocupado su capital, derrotado en San Carlos una gruesa división que la defendía y fusilado los prisioneros europeos en retaliación, entregando á saco el pueblo. Los llanos estaban inundados y no era posible abrir campaña por esta parte. Bolívar, sólidamente establecido en la línea del Orinoco, había engrosado la división de Saraza con infantería, haciéndola avanzar hasta el linde de los llanos de Caracas, para apoyar el flanco derecho de Páez. Monagas ocupaba parte de la provincia de Barcelona. Bermúdez, situado con otra división en Maturín, dominaba el interior de la provincia de Cumaná. El Libertador protegido por la barrera del Orinoco, y cubierto todo su frente, organizaba un ejército de reserva á retaguardia. Las armas estaban balanceadas, pero las cabezas de los

generales que las dirigían oscilaban. Morillo, sin plan de campaña preconcebido, esperaba ser atacado sin atinar por dónde, aunque con la decisión de tomar la ofensiva, y lo mismo sucedía á Bolívar. Las operaciones de los beligerantes comentadas por sus propios documentos, pondrán en evidencia este equilibrio dinámico y esta incertidumbre moral.

El ejército realista que operaba en Venezuela, aparte de las fuerzas que ocupaban la Nueva Granada, é incluyendo las fuerzas conducidas por Canterac que siguió su marcha al Perú con algunos cuadros, constaba de nueve batallones y doce escuadrones con su correspondiente artillería, organizado en cuatro divisiones de maniobra. Una división de tres batallones y un escuadrón, guarnecía á Caracas y sus alrededores. El general La Torre con dos regimientos de infantería y dos escuadrones peninsulares, ocupaba la posición del Sombrero sobre el río Guarico, en defensa de los llanos bajos de Caracas. El general Juan Aldama con dos batallones y tres escuadrones, cubría la línea del Bajo Apure, sosteniendo á San Fernando por su derecha. Calzada con una división de caballería compuesta de un batallón y varios escuadrones organizados á la usanza del país, disputaba la provincia de Barinas no ocupada por Páez, á retaguardia de San Fernando. Ochocientos hombres defendían la península de Paria y las plazas de Cumaná y Barcelona. El resto de las fuerzas estaba distribuído en las fortalezas de la costa de Sotavento, desde Puerto Cabello hasta Coro y Maracaibo (5).

En el orden político, también el aspecto de las cosas había variado un tanto del lado de los republicanos. Bolívar, dueño del poder, sintió la necesidad de regularizar su autoridad y de agregarle las fuerzas morales de la opinión como lo había

(5) « Mémoires » de Morillo, págs. 111-113.

sentido antes en Caracas en medio de los triunfos de la reconquista. Era hasta entonces la única gran figura que llenaba la América. San Martín recién aparecía en el escenario. En vísperas del paso de los Andes por el vencedor de Chacabuco, el Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, se dirigía á él como al representante de la revolución del norte, y á los venezolanos como á sus decididos sostenedores. « La » América y el mundo, decía el Director al Libertador, saben » ya que bajo su influjo, renace de sus propias ruinas, siempre » ilustre y gloriosa, y que sus opresores uncidos al carro del » triunfo de su libertador expían los crímenes con que han » manchado el suelo colombiano ». Y dirigiéndose el Director argentino á los venezolanos, les decía : « Llegará el día, en » que coronadas de laureles, vayan á unirse nuestras armas » triunfantes, llevando desde los extremos del continente aus» tral al centro oscuro donde mora, como en sus últimas trin» cheras, el despotismo agonizante, la paz, la fraternidad, la » libertad, objetos de tantos anhelos y de tantos trabajos ». Bolívar contestaba : « V. E. hace á mi patria el honor de » contemplarla como un monumento solitario, que recordará » á la América el precio de la libertad. Venezuela, consagra» da toda á la santa causa de la independencia, ha considerado » sus sacrificios como triunfos. La sangre, el incendio de sus » poblaciones, la ruina absoluta de todas las creaciones del » hombre, y aun de la naturaleza, todo lo ha ofrecido en aras » de la patria. No he sido más que un instrumento puesto en » acción por el gran movimiento de mis conciudadanos. El » pueblo argentino es la gloria del hemisferio de Colón y el » baluarte de la independencia americana. Yo espero que el » Río de la Plata con su poderoso influjo cooperará eficazmente » á la perfección del edificio político á que hemos dado prin» cipio desde el primer día de nuestra regeneración ». Y dirigiéndose á su vez al pueblo argentino, le decía : « Vuestros » hermanos de Venezuela han seguido con vosotros la gloriosa

» carrera que desde 1810 ha hecho recobrar á la América la » existencia política. En todo hemos sido iguales. Sólo la » fatalidad anexa á Venezuela la ha hecho sucumbir. Ocho » años de combates, de sacrificios y de ruinas, han dado á » nuestra patria el derecho de igualarse á la vuestra, aunque » infinitamente más espléndida y dichosa. Habitantes del » Plata! La república de Venezuela, aunque cubierta de luto, » os ofrece su hermandad, y cuando cubierta de laureles » haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, » entonces os convidará á una sociedad, para que nuestra » divisa sea UNIDAD en la América meridional » (6). Tenía que responder á esta espectabilidad y aceptar ante el mundo la responsabilidad que le correspondía revistiéndose de formas regulares.

Como acto preparatorio de la convocación de un congreso y como medio de suplir su ausencia, organizó, á la vez que una alta corte con la plenitud del poder judicial, un consejo de Estado con carácter consultivo y legislativo. Manifestó en el acto de su instalación (30 de octubre de 1817) que la dictadura había sido una necesidad de las circunstancias, como la única posible en tiempos calamitosos ; que la república había existido sin leyes y sin tribunales, regida por el sólo arbitrio de los mandatarios, sin más guías que sus banderas, ni más principio que la independencia; pero que el tercer período de Venezuela, presentaba un momento favorable para poner al abrigo de las tempestades el arca santa de la constitución, y

(6) Ofi. del Director del Río de la Plata, Pueyrredón, al jefe supremo de Venezuela, 19 de noviembre de 1817. — Proclama del mismo á los habitantes de Tierra Firme, de la misma fecha. — Contestación del Libertador Bolívar al oficio del Director Pueyrredón, de 12 de junio 1817. — Proclama de Bolívar á los habitantes del Río de la Plata, de la misma fecha. — (Véase : « Docs. relat. á la vida pública del Libertador », t. II, pag. 204-213, y « Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, pág. 669.

presentarse ante el mundo con un centro fijo de antoridad, que diera garantías á los extraños y confianza á la nación. « El gobierno que, en medio de tantos escollos no contaba an- » tes con ningún apoyo, se hallará en lo futuro protegido, no » sólo por una fuerza efectiva, sino sostenido por la primera » de todas las fuezas : la opinión pública ».

La guerra y la política marchaban de frente en líneas paralelas por una y otra parte.

III

Hechos estos arreglos políticos y administrativos, Bolívar remontó el Orinoco, y tomó tierra sobre su margen izquierda á 156 kilómetros de Angostura. Era su plan, reunirse á la división de Saraza, situada en los lindes de los llanos altos de Caracas, y atacar á Morillo donde lo encontrase, si no conseguía traerlo á su terreno. Movido más por su inspiración que por el cálculo, soñaba con marchar en triunfo hasta Caracas, que era siempre su objetivo (7). « Las tropas de Saraza, » decía, pueden alcanzar á 2,500 hombres, y 1,500 que yo » llevo de tropas escogidas y disciplinadas, el suceso es infa- » lible contra Morillo, si logramos la fortuna de alcanzarlo. » Así, he determinado marchar en su busca yo mismo para » destruirlo. Todo nos promete una completa victoria. En el » caso de que los enemigos sean superiores en número, me

(7) El mismo Restrepo, que alaba la resolución, reconoce esto mismo : « El Libertador, arrastrado por su imaginación ardiente, por su genio » emprendedor, y por amor á la gloria, meditaba grandes proyectos. » Aun no conocía las dificultades que debía oponerle su formidable ad- » versario ». (« Hist. de la Revol. de Colombia », t. II, pág. 130.)

» retiraré » (8). Al mismo tiempo Páez debía llamar la atención del enemigo por la parte de Barinas y converger al punto estratégico, que era siempre Caracas. Á Brión le escribía: « Yo marcho á reunirme á Saraza, y espero participar bien » pronto la destrucción del pequeño y miserable cuerpo, único » que puede presentar el enemigo después de haber agotado » sus esfuerzos y recursos » (9). Á Saraza le decía, refiriéndose á la división enemiga situada en el Sombrero: « La Torre viene » buscando ver repetir la escena de San Félix. Sin embargo » de que yo creo que su división es suficiente para destruir ese » miserable cuerpo, será muy conveniente evite comprometer » una batalla antes de reunirnos » (10). Las divisiones de Bermúdez en Cumaná y Monagas en Barcelona, debían mientras tanto cubrir el flanco derecho en observación del enemigo sobre la costa hostilizada y servir de punto de apoyo en caso de un contraste.

El plan no era mal concebido como irrupción sobre el centro de la línea realista, pero á condición de que los enemigos permaneciesen inactivos y sus divisiones diseminadas como se hallaban. Además, reposaba sobre un supuesto falso, cual era la debilidad numérica del ejército español, que una vez reconcentrado era invencible por la calidad de sus tropas. Por lo demás, tan ignorante se hallaba un general como otro de sus respectivas posiciones como de sus planes. Por lo que respecta á Morillo, no tenía plan ninguno, sino el impedir la reunión de la caballería de Páez con el ejército de operaciones de Bolí-

---

(8) Ofi. de Bolívar al general Andrés Rojas, de 11 de noviembre de 1817 en Angostura. (« Docs. para la Hist. del Libertador », t. VI, pág. 159.)

(9) Ofi. de Bolívar á Brión de 27 de noviembre de 1817. (« Docs. para la historia », t. VI, pág. 173.)

(10) Ofi. de Bolívar á Saraza de 27 de noviembre de 1817. (« Docs. para la historia », t. VI, pág. 174.)

var (1). En consecuencia se situó en Calabozo como punto central del teatro de la guerra, defendiendo el llano y cubriendo los valles de Caracas, con la división de la Torre avanzada sobre el Sombrero, según antes se explicó. La Torre se hallaba ignorante de la posición y fuerzas de Saraza, como éste de las del enemigo ; pero noticioso del movimiento de Bolívar, se propuso batir separadamente los dos cuerpos de ejército antes de que operasen su reunión. Con 1,100 infantes y 300 jinetes, se puso en marcha sobre Saraza, que era un guerillero valiente, pero incapaz de combinar una operación ni dirigir un combate regular. Sorprendió la vanguardia independiente, se encontró con el grueso de la columna fuerte de más de 2,000 hombres en el sitio llamado de La Hogaza, sobre la margen izquierda del río Manapire, afluente del Orinoco, y la batió ignominiosamente, degollando toda su infantería y dispersando toda su caballería (2 de diciembre de 1817). Los republicanos dejaron en el campo tres cañones, 1,200 muertos, sus banderas y una imprenta. La pérdida de los realistas no alcanzó á 200 entre muertos y heridos, contándose entre éstos el general La Torre.

El plan de Bolívar había fracasado, y se vió obligado á repasar el Orinoco. En Angostura reforzó su columna, dispuso que Monagas se le incorporara, y embarcándose de nuevo, resolvió unir sus fuerzas con las de Páez, quien prudentemente se había retirado de San Fernando ante el avance de Morillo en Calabozo y el amago simultáneo de la división de La Torre. Este era el plan indicado, que el Libertador ejecutó en un principio con audacia y felicidad, pero cuyos resultados no correspondieron á sus esperanzas ni á las ventajas que alcanzó, por los grandes errores tácticos que cometiera, como se verá luego. Reunido Bolívar con Páez, encontróse al frente

---

(1) Morillo : « Memorias », pág. 112 y 114.

de 2,000 infantes y 2,000 soldados de caballería, y se puso en marcha sobre San Fernando. Tenía que atravesar el Apure, y Páez le había ofrecido embarcaciones para efectuar el pasaje. Llegados á la línea del río, Bolívar observó que todas las canoas estaban en la ribera opuesta, bajo la protección de una cañonera y tres flecheras artilladas. Estaba vestido con un dormán verde ceñido, con tres órdenes de botones y alamares rojos, polainas de llanero y un casco de dragón en la cabeza, que un comerciante de Trinidad le enviara como modelo. En la mano llevaba una lanza corta con banderola negra y en ella, debajo de una calavera y dos canillas cruzadas el lema: *Libertad ó muerte.* —¿Dónde tiene V. esas embarcaciones? preguntó á Páez. — Ahí están, contestó éste, señalando las embarcaciones enemigas.— ¿Y como las tomaremos? — Con caballería —¿Y dónde está aquí esa caballería de agua? — Páez por toda respuesta se volvió á su guardia de honor, y separando cincuenta hombres mandados por el coronel Francisco Aramendi, se puso á su cabeza gritándoles: «¡Al agua muchachos! ¡Sigan á su tío! » Picando espuelas á su caballo se lanzó al agua seguido de sus soldados, nadando contra la corriente con lanza en mano, á la vez que daban gritos para ahuyentar los caimanes que los rodeaban. La escuadrilla rompió el fuego, pero al ser abordada, su tripulación se echó al agua llena de espanto. Páez condujo en triunfo catorce embarcaciones tomadas de este modo. El Libertador asombrado exclamó: «¡De no haberlo visto, no lo creería! » (12).

Bolívar se detuvo poco en San Fernando, donde continuaban sosteniéndose los realistas, y se limitó á establecer el

(12) El mismo general Páez, nos ha relatado verbalmente este episodio. Según nos dijo, el dialogo entre él y Bolívar fué más lacónico aún. El Libertador le preguntó: « Y ¿cómo pasaremos? » — Él contestó: « Pasaremos! » — Atribuía el honor del hecho principalmente a su segundo el coronel Aramendi.

bloqueo. Su objeto era marchar rápidamente sobre Morillo sin pérdida de tiempo. El general español estaba á oscuras de los movimientos de los independientes, y al recibir aviso de su aparición en los llanos, reunió apresuradamente en Calabozo 1,600 infantes y 300 jinetes, con las tres piezas tomadas á Saraza en la Hogaza (10 de febrero de 1818). Disponíase á marchar en auxilio de San Fernando, cuando á las 8 de la mañana del 12 de febrero, se le presentó el ejército republicano y desplegó en batalla en orden de columnas formando un semi-círculo en la llanura. Fué una sorpresa. Á los primeros tiros de las avanzadas, Morillo montó á caballo, y formando su ejército en tres columnas sobre la villa, se adelantó á sostener sus escuadrones de vanguardia que huían acuchillados por la espalda, siendo envuelto él en su fuga. Una compañía de cazadores españoles del regimiento de Navarra, sostuvo valerosamente la retirada, pereciendo entera. Los republicanos no dieron cuartel. Morillo se encerró en Calabozo, fortificado con cuatro reductos angulares y una casa fuerte. Bolívar le intimó rendición, diciéndole que perdonaría hasta á Fernando VII, si se hallara en la plaza (13). En seguida se replegó quince leguas á retaguardia para dar descanso á sus tropas. Aquí terminan los sucesos felices de esta campaña, tan brillantemente iniciada, y empiezan los desaciertos.

El general español, en la difícil situación en que se encontraba, sin caballería y sin víveres, resolvió emprender la retirada fiado en la solidez de sus batallones. Enterró su artillería, hizo pedazos 800 fusiles, trofeos también de la Hogaza, y en la noche del 14 de febrero se puso en marcha, con sus heridos, enfermos y bagajes en dirección al Sombrero sobre la margen del Guárico. Para llegar á este punto tenía que atra-

(13) Morillo : « Mémoires », pág. 127-130.

vesar ciento cuatro kilómetros de un campo quemado cubierto de cenizas y sin agua. Morillo marchaba á pie á la cabeza de las columnas. Bolívar se puso con su caballería en seguimiento del enemigo con ocho horas de retardo, ordenando á su infantería que le siguiera. El día 15 á las doce, dió alcance á la columna realista, que se había detenido á beber en el arroyo de Oriosa, que cruza el camino que llevaba. La caballería patriota dió varias cargas, que fueron rechazadas, y procuró entretener al enemigo á la espera de la infantería, que llegó al anochecer. Los españoles, se formaron entonces en tres columnas cerradas y continuaron su marcha en actitud imponente. Al día siguiente llegaba Morillo al Sombrero. Allí empezaba el país montuoso. La caballería republicana estaba inutilizada por las rápidas marchas, y neutralizada por la naturaleza del terreno. El ejército español, se estableció en la margen derecha del Guárico, cuyas barrancas escarpadas cubiertas de bosque hacían inexpugnable su posición. La pérdida de los españoles en esta célebre retirada de treinta horas, fué de cien rezagados, que fueron muertos por los patriotas.

En el Guárico cambió la escena. Las tropas republicanas sedientas, se precipitaron al río y fueron fusiladas por los realistas. Bolívar atacó la posición por el frente, y fué rechazado con pérdida de cien hombres. Intentó llevar el ataque por un flancó, y fué igualmente rechazado (16 de febrero). Morillo continuó en la noche su retirada hacia los valles de Aragua, desde donde dictó sus disposiciones para reconcentrar su ejército diseminado. La campaña estaba terminada sin ningún resultado decisivo, y se abría una nueva en condiciones más desventajosas para los republicanos.

IV

Después de ocupar momentáneamente la posición del Sombrero abandonada, Bolívar retrogradó á Calabozo. Empeñado siempre en su idea de marchar sobre Caracas, tuvo allí una conferencia borrascosa con Páez. El general llanero sostenía, que no debían abrirse operaciones ofensivas, sin asegurar la base de operaciones, y que dejar á retaguardia una plaza fortificada como la de San Fernando, con acceso fluvial sobre la Guayana, era perder los llanos que ocupaban. Por último, que la caballería no podría operar con ventaja en los valles, hallándose por otra parte mal de elementos de movilidad. Que lo primero era tomar San Fernando. Bolívar, aunque no convencido, condescendió con el plan de su teniente, dejándole marchar con su división; pero él, encaprichado siempre en su idea, convertida en manía, permaneció en Calabozo con tres batallones bisoños que sumaban 1,000 hombres y 1,200 de caballería. Con esta fuerza invadió los valles de Aragua. La población lo recibió con entusiasmo, y levantó allí un nuevo batallón de 500 plazas. Estableció una reserva en Victoria á órdenes de Urdaneta, hizo adelantar toda la caballería con 200 infantes hasta la Cabrera, con orden de fortificarse allí, y con el grueso de sus fuerzas se propuso batir á La Torre, que aun no se había incorporado á Morillo con su cuerpo de ejército (marzo 12). Morillo, reconcentrado en Valencia, llamando á sí el cuerpo de La Torre y la división que operaba en Barinas, tomó la ofensiva. Sorprendió en La Cabrera á Saraza, cuyo flanco izquierdo había quedado descubierto; batió en Maracay la división de Monagas, que ocupaba el camino de Caracas, y avanzó sobre Victoria (14

de marzo). Bolívar estaba perdido. Vióse obligado á emprender su retirada á los llanos que el enemigo amenazaba cortarle (marzo 15).

El ejército republicano hizo alto en La Puerta, lugar dos veces funesto para sus armas, y que debía serlo por tercera vez (marzo 16). El Libertador, en vez de continuar la retirada, que era su única salvación, se decidió á dar una batalla. Contaba sólo con dos mil hombres, de ellos 1,000 de infantería. El terreno que eligió fué una extensa llanura rodeada de bosques y cubierta de paja, y limitada al sud y al norte por montes elevados, que forman una garganta que da salida á los llanos altos, razón porque se llama La Puerta, según antes se explicó. Tenía al frente una cañada barrancosa por la que corre el río Semen, que dió su nombre á la jornada. Morales, que se había avanzado con la vanguardia realista, inició el ataque á las seis de la mañana del 16 de marzo, y aunque combatió valientemente, fué deshecho, con pérdida de 600 hombres. Morillo, al ruido de la fusilería, acudió presurosamente con dos batallones, y desplegando en la llanura contuvo con sus fuegos á la caballería republicana triunfante. Apoyado sucesivamente por su reserva, cargó al frente de un escuadrón de artillería volante, y aunque malamente herido de un balazo, hizo flamear una bandera tomada en la pelea, y exhortó á sus tropas á completar la victoria. El ejército republicano desapareció como el humo del combate, dejando en el campo más de 400 muertos y 600 heridos. Bolívar perdió en esta batalla hasta sus papeles, y parece que había perdido hasta la cabeza. Furioso y desesperado, había prodigado su persona en lo más recio del combate, como si buscase la muerte, comprendiendo tal vez la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba por las inmensas faltas cometidas persiguiendo una empresa insensata, sin poner siquiera los medios para evitar una catástrofe.

Afortunadamente Páez se había posesionado de la plaza de

San Fernando, tenazmente defendida (6 de marzo), y apoderádose de 20 piezas de artillería, dieciocho buques de guerra y sesenta y tres flecheras con 400 prisioneros, matando ó dispersando el resto de la guarnición, que al principio del sitio constaba de 650 hombres. El general llanero, unido con la división Cedeño, que había permanecido en el Alto Orinoco, acudió en auxilio del Libertador, y se reunió con él á inmediaciones de Calabozo. La campaña estaba restablecida. La Torre, que había tomado el mando del ejército vencedor en Semen, al llegar á Calabozo se encontró con otro ejército tan fuerte como el suyo, con una caballería que dominaba el llano y que no podía contrarrestar. A la vez, vióse obligado á replegarse á las montañas de Ortiz sobre el río Poga, cubriendo la entrada de los valles. Bolívar y Páez, con 2,000 jinetes y 800 infantes, marcharon en su busca. El jefe español, después de distribuír convenientemente sus fuerzas, habíase situado en unas alturas con 950 infantes y un escuadrón de caballería. Bolívar se empeñó en forzar la posición por el frente (26 de marzo). Al cabo de cuatro horas de fuego, consiguió ocupar una de las alturas; pero los españoles se replegaron en orden á otra más fuerte. Páez hizo echar pie á tierra á 200 hombres (14) de caballería para reforzar la infantería; pero fué rechazado, con grandes pérdidas. La Torre se retiró prudentemente á la villa del Cura. Dueño del terreno, Bolívar se encontró derrotado. Un simple movimiento de flanco ocupando con la caballería la espalda de la débil división realista, le habría dado probablemente el triunfo; pero estaba escrito, que esta campaña, bien concebida y felizmente iniciada, debía terminar desastrosamente por una serie no interrumpida de errores.

---

(14) Restrepo, dice 500; pero Páez en su Autobiografía, dice 200.

V

Rechazado Bolívar por el oriente y por los valles y montañas del sud, no desistía de su empeño de penetrar á Caracas, y se propuso efectuarlo por el occidente, siguiendo el itinerario de la reconquista por la prolongación de la cordillera oriental que divide á Venezuela en dos zonas con las costas de sotavento á un lado y las de barlovento al otro. En consecuencia, después del rechazo de Ortiz, se replegó á Calabozo, y dispuso que Páez abriese operaciones ofensivas por parte de San Carlos. En previsión de este movimiento, La Torre se había concentrado en San Carlos y sus alrededores con cerca de 4,000 hombres, interponiéndose entre las columnas de Bolívar y Páez con sus reservas en Valencia. El general llanero, contagiado por la manía de las batallas, sin contar con más de dos batallones que apenas alcanzaban á 350 plazas y cinco escuadrones, esperó en Cojedes el ataque que le traía el enemigo con fuerzas superiores y mejor disciplinadas. Concibió un racional plan de combate, pero como él mismo lo ha dicho refiriéndose á este momento, no hay hombre cuerdo á caballo. Arrebatado por la sangre, cargó impetuosamente á la cabeza de uno de sus escuadrones, arrolló un ala del enemigo, pasó á retarguardia de la línea rompiendo un batallón que se hallaba en reserva; pero al volver sobre sus pasos, su ejército había desaparecido. La infantería republicana, que peleó valientemente rompiendo el fuego á tiro de pistola, fué deshecha y degollada, y la caballería que la acompañaba huyó cobardemente (2 de mayo de 1818). Páez quedó dueño del campo y derrotado, y se retiró á San Fernando del Apure con los restos que pudo reunir, que no alcanzaban á la mitad de las fuerzas con que había abierto su campaña.

Bolívar, mientras tanto, sin darse cuenta de las maniobras de La Torre ó ignorándolas, y á fin de combinar sus operaciones con las de Páez, trasladóse al occidente de Calabozo á un lugar llamado Rincón de los Toros, entre los ríos Tiznado y Chiguas, afluentes del Portuguesa. En este punto estableció su campamento con 600 infantes y 700 jinetes, destacando la división de Cedeño para cubrir su retaguardia en los llanos que abandonaba. Allí se encontró rodeado de partidas enemigas, que eran dueñas de toda la campaña. Una columna destacada por Morillo á órdenes del comandante Rafael López, tenía por especial encargo impedir su reunión con Páez, y atacarlo donde lo encontrase. Al acercarse al Rincón de los Toros, cogió un prisionero que le informó del lugar donde se encontraba Bolívar á larga distancia de su campamento, dándole el santo y seña. El capitán español Javier Renovales se ofreció á penetrar con treinta hombres al campo republicano y matar á Bolívar, mientras López atacaba la descuidada división. La noche era de luna. La partida realista llegó á las 4 de la mañana hasta la inmediación de la mata ó bosque donde se hallaba el Libertador con su estado mayor, que dormía en hamacas colgadas de los árboles. Renovales se encontró con una patrulla mandada por el coronel Santander, jefe de estado mayor, á tiempo que la luna se ocultaba en el horizonte, y rindiendo santo y seña, siguió adelante. Al llegar á la mata, la partida hizo fuego sobre las hamacas. El Libertador, que estaba despierto, se incorporó, y las balas pasaron por encima de su cabeza. Corrió á tomar su caballo, que huyó espantado por los tiros. En la oscuridad no acertó á dirigirse á su campamento, y se internó en un espeso bosque, donde vagó toda la noche solo y á pie, despojándose de su gorra y dormán para no ser conocido (abril 17). Al día siguiente fué encontrado por los dispersos de su división, que había sido sorprendida y destrozada. Pidió un caballo, y todos se lo negaron, hasta que un soldado le dió el suyo,

quedando á pie, sin dar su nombre, y sólo un año después pudo descubrir por casualidad quién había sido el que lo auxilió en tan duro trance. Procuró reunirse con Páez, y erró durante tres días por las márgenes del Portuguesa, con una escolta de cuarenta hombres. Al fin se dirigió á San Fernando, adonde llegó enfermo y triste, pero no desalentado. Allí se encontró con Páez derrotado, y dictó medidas para levantar nuevos cuerpos.

No habían terminado aún los desastres de esta campaña, por consecuencia de los errores del general. Incurriendo en la misma falta que cuando dió á Saraza el mando de una fuerte división avanzada que era incapaz de manejar, confió á Cedeño, tan incapaz como el derrotado en la Hogaza, una columna de 1,000 jinetes y 300 infantes, con encargo de dominar los llanos de Calabozo. Morillo, que después de las ventajas alcanzadas, había dispuesto que Calzada con su división maniobrase sobre el Apure, dispuso al mismo tiempo que Morales con una gruesa columna ocupase los mismos llanos. Cedeño esperó al enemigo en el cerro de los Patos, á 10 kilómetros de Calabozo, y fué batido tan ignominiosamente como Saraza en la Hogaza, con pérdida de toda su infantería y dispersión de toda su caballería (20 de mayo). Apenas doscientos hombres se salvaron. Morales, ensoberbecido con su victoria, avanzó hasta el Guayabal, á 15 kilómetros de San Fernando. Páez atravesó el Apure al frente de su guardia de honor, y le sorprendió y derrotó completamente, obligándole á replegarse á Calabozo (28 de mayo 1818). Era la estación de las lluvias y los ríos salidos de madre habían inundado los llanos, convirtiéndolos en un inmenso lago. Los beligerantes se pusieron en cuarteles de invierno.

La campaña estaba terminada. El ejército con que se abriera no existía. Toda la infantería había desaparecido; el armamento estaba destruído y las municiones agotadas. De todas las conquistas del año anterior, los independientes sólo

ocupaban la plaza de San Fernando. El Libertador había perdido, juntamente con su ejército, su crédido como general y su autoridad moral como gobernante. Sólo quedaba en pie el núcleo del ejército del Apure y la base de operaciones de la Guayana conquistada por Piar.

La situación del ejército realista no era mucho mejor á pesar de sus triunfos. Morillo contaba todavía con doce mil hombres diseminados en Venezuela y Nueva Granada; pero sus fuerzas vivas estaban gastadas. Él mismo lo reconocía. « Estamos entregados á la más espantosa miseria, sin dinero, » sin armamento, sin víveres, y sin esperaza de poder variar » la suerte. Doce batallas campales consecutivas en que han » quedado muertos en el campo de batalla las mejores tropas » y jefes enemigos, no han sido bastantes para exter- » minar su orgullo ni el tesón con que nos hacen la gue- » rra » (15).

La escuadra española estaba desmantelada en Puerto Cabello, y los corsarios argentinos y venezolanos dominaban el mar de las Antillas, con los puertos de Margarita por centro de operaciones. Bolívar había contribuído á este resultado, quebrando el nervio de la más poderosa expedición que la metrópoli hubiera hecho para sojuzgar á sus colonias rebeladas; pero la responsabilidad que sobre el Libertador pesaba por sus errores, era inmensa. Todos atribuían, y con razón, el desgraciado éxito de las operaciones á la mala dirección de la guerra. El tiempo, que ha agrandado su gloria, ha confirmado este juicio de sus contemporáneos.

Un juicioso historiador colombiano, admirador del genio de Bolívar, ha hecho la crítica de esta campaña con tanta justicia, como severidad. Prescindiendo de la derrota de Saraza

---

(15) Ofi. de Morillo al virrey del Perú, Pezuela, de 28 de julio de 1818, en Barquisimeto.

en la Hogaza, de que es responsable por imprudencia, pero que fué reparada por su rapidez en reunirse con el ejército del Apure y la feliz sorpresa á Morillo en Calabozo, hechos que le hacen gran honor, todos los desastres que se siguieron son consecuencia de sus errores. Después de haber experimentado en la marcha hacia el Sombrero y en el paso del Guárico la superioridad de la infantería española, cuando 1,400 hombres en retirada no pudieron ser destruídos ni aún conmovidos por todo el ejército independiente en las llanuras con una caballería muy superior, no debió empeñarse en perseguir á Morillo, en las montañas, donde aquella superioridad — aparte de la numérica — era mayor, y su arma principal se inutilizaba. La situación falsa en que se colocó en los valles de Aragua, donde podía ser cortado y destruído enteramente por fuerzas muy superiores y de mejor calidad, agravada por el avance de su vanguardia sobre Valencia y camino de Caracas con su flanco y retaguarda descubiertos, son errores que no tienen explicación militar. La batalla de Semen ó La Puerta, innecesariamente comprometida, cuando pudo retirarse á los llanos haciendo la guerra de posiciones á que se prestaba el terreno, es el hecho que ha merecido la más justa crítica de los militares. La batalla de Ortiz, consecuencia de otro error estratégico, fué mal empeñada y peor dirigida, cuando un simple movimiento de flanco, le hubiese dado la victoria ó salvádole de una derrota. Su plan de campaña de invadir Caracas por el occidente, lanzando á Páez en aventuras sin darse cuenta de los movimientos del enemigo, que interceptaron sus columnas de maniobra, acusan una ciega obstinación sin objetivo claro. La sorpresa del Rincón de los Toros, manifiesta tanto olvido como desprecio de las precauciones más ordinarias en campaña al frente del enemigo. La pérdida de la división de Cedeño, comprometida sin objeto, cuando pudo y debió hacerla retirar en tiempo, repasando el Apure, fué el último grande error de la cam-

paña, que acabó con los últimos restos del ejército republicano (16).

VI

La suerte de las armas republicanas no había sido más feliz en el oriente, y la autoridad del Libertador anulada en el Apure, era allí desconocida. Los partidarios de Mariño, le habían vuelto á llamar, y éste, apoyado por el gobernador Gómez de Margarita, se puso de nuevo al frente de las tropas de Cumaná, asumiendo su antigua actitud disidente. Bermúdez, que con 800 hombres permaneció fiel, había sido completamente derrotado, con pérdida de su artillería, repasando deshecho el Orinoco. Monagas, que ocupaba con los restos de su división los llanos de Barcelona, estaba reducido á la impotencia. La opinión general era contraria al Libertador.

Tal es la situación política y militar con que se encontró Bolívar al regresar á Angostura, dejando á Páez el mando del ejército del Apure, donde apenas era él obedecido. Empero, con su inquebrantable constancia, con su genio creador en la desgracia, se contrajo á formar un nuevo ejército y nuevo estado, revelando cualidades de flexibilidad y método que no se le conocían. Creó nuevos batallones reclutados en las misiones de Coroní, reorganizó las divisiones de Saraza y Monagas, y encargó á Bermúdez levantar nuevas tropas en la Guayana. El oportuno auxilio de cinco mil fusiles y abundantes pertrechos de guerra conducidos por Brión desde las Antillas, le proporcionó el material de guerra de que carecía.

---

(16) Véase Restrepo: « Historia de la Revol. de Colombia », t. II, pag. 464.

En medio de estos trabajos, como la espada de acero de buen temple, que se dobla sin quebrarse, se amoldó á las circunstancias con una moderación y una prudencia que no estaban en su naturaleza soberbia. Se reconcilió con Mariño, y confirmó su autoridad, nombrándole comandante del ejército de Cumaná. El ejército del Apure, movido por el coronel inglés Wilson que mandaba un contingente de voluntarios de su nación enganchados en Europa, se había sustraído á su comando, y proclamado á Páez general en jefe con el apoyo decidido de los llaneros que adoraban á su jefe y que lo consideraban superior á Bolívar. Él, sin darse por entendido de esta sublevación, le envió los auxilios necesarios para sostener la guerra. La más acertada de sus medidas, y que debía influir sobre su destino futuro, fué enviar al general Francisco de Paula Santander con 1,200 fusiles y un cuadro de oficiales, con el encargo de formar un cuerpo de ejército en la provincia de Casanare, reconcentrando todas las partidas dispersas y amagar la frontera de Nueva Granada. Santander era granadino y era el hombre de la empresa. Hombre de letras por vocación y soldado por elección, había hecho todas las campañas de la revolución, conservando su carácter mixto. Dotado de una inteligencia vivaz y bien cultivada, con principios democráticos que formaban su conciencia política, con un patriotismo de buena ley, aunque no exento de una ambición legítima, era un hombre de acción y de pensamiento llamado á figurar en la guerra y en la paz. El Libertador hizo preceder su marcha de una proclama profética dirigida á los granadinos : « El día de la América ha llegado. Ningún poder » humano puede retardar el curso de la naturaleza guiado » por la mano de la Providencia. El sol no completará el » curso de su período, sin ver en todo vuestro territorio al- » tares á la libertad ». La profecía se cumpliría (17). En su

(17) Proclama de Bolívar de 15 de agosto de 1818 en Angostura.

tránsito por el Apure, Santander fué detenido por Páez, que se mantenía en un estado de disidencia pasiva. Bolívar allanó prudentemente esta dificultad. En seguida remontó el Orinoco con una escuadrilla de veinte embarcaciones, con algunos batallones para reforzar el ejército del Apure. Tuvo allí una entrevista amistosa con Páez, lo sometió sin violencia á su autoridad suprema, y confiándole el mando en jefe regresó á Angostura con el objeto de consolidar las bases vacilantes de su gobierno político.

Los hombres pensadores que acompañaban al Libertador en sus trabajos y aun militares de alta graduación que le eran más adictos, le manifestaron con energía, que el país estaba descontento de ser gobernado por un solo hombre con facultades absolutas, sin freno alguno y sin rumbos políticos, y que era necesario que se estableciera por lo menos una forma de representación popular, que diese más solidez á su propio poder y más respetabilidad á la república en el interior y el exterior. Bolívar, dándose cuenta de su situación, se dejó persuadir, sin manifestar displicencia. Reorganizó el consejo de Estado que había caído en desuso, y lo incitó á que se ocupara de la convocación de un congreso constituyente, iniciando la reorganización de la república colombiana. Dictóse en consecuencia un reglamento electoral, apuntando en él la idea de que Venezuela debía formar una sola república con Nueva Granada, y que desde luego debía ser llamada la provincia de Casanare á tener representación como parte integrante de la nación. El Libertador al anunciar á los pueblos la próxima convocatoria, declaró que los ponía en posesión de sus derechos, « sin más condición que la de elegir » para magistrados á los ciudadanos más virtuosos, olvi- » dando, si podían, en las elecciones, á los que les habían » dado libertad ». Y como no podía faltar la renuncia anticipada de fórmula, terminaba con estas palabras : « Por mi » parte, yo renuncio para siempre la autoridad que me

» habéis conferido, y no admitiré jamás ninguna que no » sea la de simple militar, mientras dure la guerra de Ve- » nezuela ». Pero agregaba contradiciéndose : « El primer » día de la paz será último de mi mando » (22 de octubre de 1818).

El escenario se magnificaba. Las corrientes magnéticas de la revolución sud-americana se tocaban. El mundo empezaba á intervenir indirectamente en el gran movimiento que se operaba en las colonias hispano-americanas insurreccionadas. La figura de Bolívar se agrandaba. La revolución estaba triunfante en el sud del continente y se preparaba á dar el golpe de muerte al poder colonial en su centro. San Martín había triunfado en Maipu y se preparaba á libertar al Perú. El Director de Chile, se dirigía al Libertador, como antes el de las Provincias del Río de la Plata, reconociendo la solidaridad de la causa continental en pro de la emancipación del Nuevo Mundo. En vez de proclamas, se cambiaban ahora boletines de victoria. O'Higgins se dirigía al pueblo de Venezuela, felicitándolo por los triunfos que hacían inmortales sus armas bajo las inspiraciones de su jefe supremo, y le invitaba á la alianza : « La causa que defiende Chile es la misma en que se » hallan comprometidas Buenos Aires, Nueva Granada, Méjico » y Venezuela ; es la de todo el continente americano. Sepa- » rados estos países unos de otros, harían más difícil y retar- » rían el fin de la contienda de que pende la felicidad ó » la humillación de veinte millones de habitantes. Las armas » de Chile y Buenos Aires pronto darán libertad al Perú, y » la escuadra de este Estado, puede franquear las comunica- » ciones con la Nueva Granada y Venezuela, y ayudar á las » protestas de esos países » (18). El campo de acción de Bo-

(18) Ofi. del Director de Chile, O'Higgins, al Libertador Bolívar, de 3 y 8 de noviembre de 1818.

lívar se ensanchaba y sus horizontes se dilataban. La España desesperanzada de someter por las armas á sus colonias rebeladas, solicitaba la mediación de las altas potencias de Europa á título de reconciliación. El Libertador, apoyándose en la autoridad del consejo de Estado y de una asamblea de notables, declaró en un manifiesto solemne á la faz del mundo : « que la república de Venezuela por derecho divino y humano, estaba emancipada de la nación española; que no » había solicitado ni solicitaría mediación de las altas potencias europeas para reconciliarse con su antigua metrópoli; » que no trataría jamás con la España sino de igual á igual » en la paz y en la guerra, y por último, que para mantener » sus derechos soberanos, el pueblo venezolano estaba resuelto á sepultarse entero bajo sus ruinas, si la España, la » Europa, y el mundo entero se empeñasen en conservarlo » bajo el poder español » (19). Bajo estos auspicios se abrió el congreso convocado por el Libertador.

VII

El 15 de febrero de 1819 se instaló solemnemente en Angostura el segundo congreso venezolano. El dictador abdicó en sus manos el poder absoluto de que estaba investido, diciéndoles modestamente : « En medio de un piélago de » angustias no he sido más que un juguete del huracán » revolucionario que me arrebataba como débil paja. No he » podido hacer bien ni mal. Fuerzas irresistibles han dirigido » la marcha de nuestros sucesos : atribuírmelas no sería justo,

---

(19) Declaratoria de Bolívar como jefe supremo de Venezuela, de 20 de noviembre de 1818.

» y sería darme una importancia que no merezco. Apenas se » me puede suponer simple instrumento de los grandes » móviles que han obrado sobre Venezuela. Yo deposito en » vuestras manos el poder supremo. En vuestras manos » está la balanza de vuestros destinos ».

En un elocuente y meditado discurso, de su punto de vista el más lógico que haya brotado de su cabeza, expuso Bolívar por la primera vez su plan de organización constitucional, renovando la idea de la unión de las repúblicas de Venezuela y Colombia en una sola nación, germen de la república colombiana. Proclamó la excelencia del gobierno democrático, que establecía la igualdad, y se pronunció abiertamente contra la federación á que atribuía una debilidad orgánica; pero observó, que ninguna democracia había tenido estabilidad, mientras que las monarquías y las aristocracias, y aún las tiranías contaban siglos de existencia, de lo que deducía que era necesario buscar la solución del problema, combinando lo bueno de las repúblicas con lo estable de las monarquías. Como modelo, presentó la constitución de la Inglaterra, en cuanto tenía de republicana y de conservadora, proponiendo que se instituyese un senado hereditario como la cámara de los pares de la Gran Bretaña, y que sus descendientes fuesen educados especialmente en un colegio nacional como legisladores perpetuos por razón de legado. « Y que esto sería » la base eterna y la traba del edificio constitucional, y el » alma de la república, que pararía los rayos del gobierno y » rechazaría como cuerpo neutro las olas populares; el iris » que calmaría las tempestades y mantendría la armonía » entre los miembros y la cabeza de este cuerpo político ». En cuanto al poder ejecutivo, ya la idea de la presidencia vitalicia estaba en su cabeza, inoculada desde muy temprano por su maestro Simón Rodríguez y afirmada por el ejemplo del gobierno de Petión en Haití; pero no se atrevió á proponerla, porque sintió que no tendría apoyo, y se limitó á

aconsejar, que se le revistiese de todos los atributos de la Gran Bretaña, menos la corona, reuniendo en el mandatario electivo todas las facultades del monarca y del gabinete (20). Según su teoría, « el poder ejecutivo en una república, debía ser el » más fuerte, porque todo conspira contra él, en tanto que en » las monarquías debía serlo el legislativo porque todo cons- » pira en favor del monarca ». « Un magistrado republicano, » decía, es un individuo aislado en medio de una sociedad. » Es un atleta lanzado contra una multitud de atletas ». No obstante proclamar la igualdad y repudiar las distinciones nobiliarias, los fueros y los privilegios, proponía la creación de una nueva nobleza indígena por razón de los servicios de los causantes, y designaba como senadores y próceres perpetuos á los libertadores, y á sus descendientes herederos legítimos de la gloria : « Es un oficio, decía, para el cual se » deben preparar los candidatos, y un oficio que exige mucho » saber. Todo no se debe dejar al acaso y á la ventura en las » elecciones. El pueblo se engaña más fácilmente que la » naturaleza perfeccionada por el arte. Los libertadores de » Venezuela son acreedores á ocupar un alto rango en la » república que le debe existencia. Es del interés público, » es de la gratitud de Venezuela, es del honor nacional, » conservar con gloria hasta la última posteridad, una raza » de hombres virtuosos, prudentes y esforzados, que han » fundado la república á costa de heroicos sacrificios. Si el » pueblo de Venezuela no aplaude la elevación de sus bien- » hechores, es indigno de ser libre y no lo será jamás » (21).

---

(20) En su « Memoria » cit. en el cap. XL § III, publicada en Jamaica en 1815, decía Bolívar : « Su gobierno (el de Colombia) podrá imitar al » inglés, con la diferencia de que, en lugar de un rey habrá un poder » ejecutivo de elección, cuando más vitalicio, jamás hereditario; un se- » nado hereditario » etc., etc.

(21) Discurso del Libertador Bolívar al segundo congreso de Venezuela reunido en Angostura el 15 de febrero de 1819.

En su anterior proclama de convocatoria, había encargado á los pueblos que en las elecciones « se olvidasen de sus libertadores si podían ».

No podía faltar la tradicional renuncia de aparato, cuando él era el único candidato posible para el mando supremo, y lo había disputado y estaba resuelto á disputarlo á todos, en lo que hacía bien, aun cuando entrase por mucho en ello la ambición personal. « En este momento, el jefe supremo de » la república no es más que un simple ciudadano, y tal » quiere quedar hasta la muerte. Serviré, sin embargo, en » la carrera de las armas, mientras haya enemigos en Vene- » zuela. La continuación de la autoridad en un mismo indi- » viduo, frecuentemente ha sido el término de los gobiernos » democráticos. Nuestros ciudadanos deben temer con sobra- » da justicia, que el mismo magistrado que los ha mandado » mucho tiempo, los mande perpetuamente. Meditad vuestra » elección ». El mando perpetuo, fué sin embargo la gran pasión de su vida, y al iniciar la creación de un senado hereditario, preparaba la institución de la presidencia vitalicia, que estaba ya en su cabeza y que se apoderaría de su alma hasta la muerte. El congreso no tenía que meditar. Lo nombró presidente de la república (febrero 10). El congreso mandó publicar el nombramiento como un hecho consumado (febrero 17). Él se sometió como violentado. Se ha disculpado su falta de seriedad comprometida con palabras de carácter irrevocable y argumentos contrarios á su propia conciencia, diciendo que tenía por objeto realzar la autoridad moral del congreso, dejándose forzar la mano para recibir el poder de sus manos como un depósito y una carga pública. La explicación es plausible, y debe equitativamente tenerse en cuenta, porque desde este día, gobernó siempre acompañándose con los congresos y respetó su libertad y sus opiniones, y aun en medio del gran poder, que le constituyó una dictadura de hecho, apeló á su voto en las grandes crisis.

Cuando se divorció de los congresos, cayó en el vacío.
El congreso al ocuparse del plan presentado por Bolívar, aceptó por transacción un senado vitalicio en vez de hereditario, adoptó la forma del gobierno unitario, fijó la duración del presidente en cuatro años, reelegible por otros cuatro solamente, y arregló los demás poderes públicos vaciándolos en el molde consagrado del sistema republicano-representativo. Pero como esta constitución debía ser sometida al voto del pueblo, y esto no era posible, nunca estuvo en vigencia, y sólo quedó planteada su armazón. Por un decreto legislativo se declaró, que el presidente en campaña ejercería una autoridad ilimitada en las provincias que fuesen teatro de la guerra, y que el vice-presidente en ejercicio del mando político no tendría acción en ellas ni sobre los ejércitos que las ocupasen, donde imperaría únicamente la autoridad del jefe supremo de las armas. Era en el hecho una dictadura militar, con carta blanca para conquistar y ocupar provincias sustraídas á la potestad civil. — Más adelante se verán las consecuencias de esta disposición. — Mientras tanto, Bolívar delegó el mando político en el vice Francisco Antonio Zea, que como granadino representaba el vínculo de las dos repúblicas colombianas. El Libertador se puso en campaña, seguido de un batallón de 500 voluntarios ingleses al mando del coronel Elsom, enganchados en Inglaterra (27 de febrero de 1818).

VIII

Por varias veces hemos hecho mención de la presencia de jefes y soldados europeos, especialmente ingleses, en el ejército republicano, y esta es la ocasión de explicarla, en el momento en que este elemento entra colectivamente á repre-

sentar un papel histórico en la guerra de la independencia colombiana. Venezuela, no obstante la virilidad de sus hijos y los heroicos esfuerzos con que mantuvo sola la lucha por el espacio de ocho años contra los más numerosos y aguerridos ejércitos españoles, fué la única república sud-americana que apeló al recurso de voluntarios reclutados en el exterior para aumentar sus fuerzas, y tuvo á su servicio cuerpos enteros de soldados de otras nacionalidades, mandados por jefes y oficiales extranjeros con su denominación de origen. Bolívar, que como todo libertador internacional, tenía algo de cosmopolita, no participaba de las preocupaciones de sus compatriotas contra los extranjeros y procuró siempre atraerse su concurso, no sólo como fuerza material sino como elemento regenerador en la milicia. Sin educación militar él mismo, con más instinto guerrero que ciencia estratégica, con más ímpetu que táctica, era hasta entonces un montonero de genio, una especie de Sertorio, como le placía ser apellidado, pero que comprendía que la guerra para dar resultados, tenía que hacerse con método y disciplina, y que necesitaba formar una nueva escuela. Así decía al emprender su expedición de los Cayos, asimilándose algunos elementos extraños : « La » guerra no se hace con correr y montar á caballo, que es lo » único que nos suministran los llanos » (22). Y al inaugurar el congreso de Angostura señalaba la concurrencia extranjera como el principal factor de la consistencia bélica del ejército venezolano.

Bolívar veía, que por ese mismo tiempo San Martín en el hemisferio opuesto del continente, al frente de un pequeño ejército bien organizado y bien dirigido, alcanzaba triunfos decisivos sobre las mejores tropas españolas, cual nunca había

---

(22) Ofi. de Bolívar á Monagas de 13 de enero de 1817 en Barcelona. « Docs. para la Hist. del Libertador », núm. 1172.

presenciado la América insurreccionada, y que sus armas libertadoras se extendían por todo el continente del sud. Comprendía que necesitaba un núcleo más compacto que el de los llaneros, y una infantería mejor disciplinada para hacer la guerra con eficacia. Aleccionado por sus últimos descalabros, debidos tanto á su imprudencia cuanto á la poca consistencia de sus tropas de pelea en combates regulares, estaba penetrano de que sin un ejército sólido y regularmente organizado en la escuela de la táctica y la disciplina europea, todas las ventajas que obtuviese serían efímeras, y el triunfo definitivo, si no imposibie, sería por lo menos desastroso, triunfando sobre ruinas. En esta escuela, el gran guerrero llegaría á ser un gran capitán, con menos ciencia y precisión matemática que San Martín, pero con más atrevimiento y más laureles. Tomaría como el general de los Andes la ofensiva ; atravesaría como él la cordillera, libertando pueblos; se hará libertador no sólo de Venezuela sino también libertador americano, y más táctico que hasta entonces y con ejércitos más consistentes, ganará batallas decisivas, sin experimentar los repetidos reveses que habían neutralizado sus constantes esfuerzos y esterilizado sus mismas victorias hasta entonces.

Desde 1815 se habían iniciado trabajos para enrolar un cuerpo auxiliar de irlandeses, pero sólo en 1817 empezó á metodizarse en Inglaterra el alistamiento de voluntarios contratados, bajo la dirección del agente venezolano en Londres, Luis López Méndez, de quien decía Bolívar que sin los oportunos y eficaces auxilios de todo género que le prestó, nada hubiera podido hacer en la célebre campaña de 1819 que por este tiempo preparaba y que le dió la preponderancia militar. Los soldados debían recibir 80 dollars como precio de enganche, gozar de un sueldo de 2 chelines diarios, raciones como en el ejército inglés, y al finalizar, un premio de 500 dollars y un terreno en propiedad. Varios oficiales ingleses y alemanes celebraron contratos con López Méndez en 1817 para conducir

á Venezuela cuerpos de tropas organizadas, de artillería, lanceros, húsares y rifleros. La primera expedición que salió de Inglaterra, fué el cuadro de un regimiento de « Húsares y lanceros (120 hombres) venezolanos », organizado por un coronel, Hippisley, que resultó ser más una comparsa de teatro con brillante uniforme, pero que sin embargo sirvió de plantel á un cuerpo de caballería regular (23). El coronel Wilson, — el mismo que hemos visto figurar en el Apure conspirando contra Bolívar, — y el coronel Skeenen, organizaron el plantel de otro cuerpo de caballería. Una expedición de 300 hombres de la misma arma á cargo del mismo coronel Skeenen, naufragó en las costas de Francia. Campbell formó la base de un batallón de rifleros, famoso después en las guerras de la independencia de Colombia. Un oficial subalterno, con el título de coronel, llamado Gilmour, creó la base de una brigada de artillería de noventa plazas.

El alistamiento en favor de la independencia venezolana, se convirtió en una pasión, á pesar de las severas medidas del gobierno inglés que lo prohibía *(Enlistament bill)*. La corriente de voluntarios se aumentó considerablemente en 1818 y 1819. El general English que había hecho la guerra de la península española con Wellington, contrató el envío de una división de 1,200 ingleses, que por este tiempo arribaron á Margarita, de la que salió el famoso batallón « Carabobo », que tan gran papel representó en las batallas. El coronel Elsom, el mismo que acompañara á Bolívar al ir á tomar el mando del ejército del Apure, condujo á más de los 500 hombres que formaron el famoso batallón que sucesivamente se

---

(23) Hippisley, que dejó el servicio sin tomar parte activa en la guerra de Venezuela, escribió un libro, que en 1819 fué traducido al francés « Histoire de l'expédition aux rivières d'Orenoque et d'Apure ». Es una diatriba contra Bolivar, que sin embargo contiene noticias utilizables.

denominó « Legión Británica » y « Batallón Albión » 300 alemanes contratados en Bruselas al mando del coronel Uzlar. El general Mac Gregor, á quien ya conocemos, llevó á las costas venezolanas una legión extranjera de 800 hombres, que tomó parte activa en las operaciones subsiguientes. Además de otros contingentes extranjeros de menos importancia, formóse una legión irlandesa por el general Devereux, el iniciador de la idea de reclutar tropas extranjeras en Europa (24). De ella formaba parte un hijo del gran tribuno de Irlanda, O'Connell, quien al ofrecerlo al Libertador le escribía protestando de su « adhesión á la santa causa de la liber- » tad y de la independencia de Colombia, que tan gloriosa- » mente sostenía », hacía votos porque viese á los enemigos de su patria confundidos y exterminados, y fuese al fin de su carrera tan venerado y amado como el « gran prototipo Wáshington » (25).

Al tiempo de instalarse el congreso de Angostura y recibirse la noticia de que la expedición del general English y

---

(24) Restrepo en su « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, página 84, trae : « La historia justa é imparcial debe ofrecer un tributo de gra- » titud á la nación inglesa, por los grandes y oportunos auxilios que los » comerciantes y militares prestaron á Colombia, sobre todo, desde 1817 » á 1820. Cerca de *cinco mil ochocientos hombres*, sin contar los marine- » ros que se enrolaron en nuestra escuadrilla, salieron de los puertos de » la Gran Bretaña, organizados, vestidos y armados para venir á las » costas de Venezuela y de Nueva Granada á combatir por la indepen- » dencia y libertad de la América del Sud. No fuimos auxiliados por otra » nación, exceptuando *trescientos alemanes*, que vinieron á Margarita, » mandados por el coronel Uzlar. En la misma época no bajaban de un » millón de libras esterlinas los demás auxilios que el comercio » británico había franqueado á los comisionados del Libertador en bu- » ques, armamentos, pertrechos y vestuarios ». El mismo Restrepo, hace un extracto de las diversas expediciones con el cómputo numérico de que se componían. — Torrente en su « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. » hace subir exageradamente el número de los auxiliares á nueve mil hombres.

(25) Carta de O'Connell á Bolívar de 2 de marzo de 1819, en Dublin. (« Docs. para la Hist. del Libertador », núm. 1493.)

otros cuerpos extranjeros contratados habían arribado á Margarita, Bolívar dispuso que Urdaneta se trasladase á la isla para darles organización. Urdaneta encontró allí 1,200 ingleses y 300 alemanes. Esta fuerza debía operar por las costas de Cumaná y Caracas, mientras el Libertador abría su campaña por los llanos altos de Venezuela. El coronel Mariano Montilla, hasta entonces enemigo declarado de Bolívar, se reconcilió con él, y tomó el puesto de jefe de estado mayor de las tropas extranjeras, que amenazaban sublevarse contra sus jefes. Montilla restableció la armonía y estableció el orden en este agrupamiento todavía informe. Había servido como guardia de corps en España y viajado mucho en Europa; hablaba varios idiomas extranjeros y conocía las costumbres de los nuevos auxiliares; era enérgico y activo y poseía buenos conocimientos militares. Era el último enemigo del Libertador que reconocía su autoridad suprema, y que cooperando eficazmente á sus empresas, le fué fiel hasta el fin (26).

Al mismo tiempo que la noticia del arribo de la expedición de English, llegó á Angostura el batallón inglés de 500 plazas

---

(26) Varios de los jefes y oficiales extranjeros que formaron parte de estas expediciones, han escrito relaciones de sus trabajos y campañas, que además de ilustrar el punto del alistamiento de tropas extranjeras en Europa, suministran noticias interesantes sobre la guerra de Colombia, que sus historiadores no han explotado. Además del libro « Hippisley » y « Campaings and cruises in Venezuela and New Granada », ya citados, pueden consultarse las siguientes obras: — 1.º Brown: « Narrative of the expedition to South America which sailed from England at the close of 1817 ». — 2.º Hackett: « Narrative of the expedition which sailed from England in 1817 ». 3.º Robinson: « Journal of an expedition 1,400 miles up Orinoco and 300 up Arauca ». — 4.º « The present state of Colombia etc. by an officer of the colombian service ». — 5.º « Recollections of a service of three years during the war of extermination in Venezuela and Colombia, by an officer of the colombian navy ». El general Mac-Gregor también ha escrito sus memorias, que ilustran este punto interesante de la historia de Venezuela y de Colombia.

mandado por el coronel Elsom, con que el Libertador remontó el Orinoco para unirse al ejército del Apure y abrir la campaña de los llanos altos de Venezuela.

IX

Morillo había abierto ya su campaña. El 30 de enero (1819) pasó revista á siete batallones y diez y seis escuadrones, perfectamente disciplinados y pertrechados, que alcanzaban en su totalidad á 6,500 hombres. Páez, que había abandonado la línea del Apure á su aproximación, incendiando á San Fernando, se trasladó al sud del Arauca, con 4,000 hombres, 2,000 llaneros de caballería y cuatro batallones con un escuadrón de dragones ingleses, con abundante reserva de caballos de repuesto. El ejército español avanzó hasta el Arauca, llevando á la rastra de la cola de sus caballos algunas canoas, que surcaban el llano como trineos. Páez defendió el paso del río, en dos puntos, que los españoles al fin tomaron con intrepidez bajo el fuego (4 de febrero de 1819). El general llanero, ensayó un nuevo sistema de guerra. Comprendiendo que su infantería bisoña y menos numerosa no podía competir con la del enemigo, la puso en seguridad á su retaguardia. Él se quedó con 1,500 hombres bien montados. Morillo ignoraba la situación de los republicanos. Sólo algunas partidas sueltas se presentaban por sus flancos ó su retaguardia, cambiaban algunos tiros y se perdían en el vasto horizonte de las sabanas. Desprendió á Morales con una vanguardia de 3,000 hombres, con el objeto de explorar el campo y recoger ganados. Hallábase ocupado uno de sus escuadrones en esta faena, cuando se presentó Páez con 1,200 jinetes escogidos, lo acuchilló hasta su campamento y cargó sobre la reserva, trabándose un recio combate. Á la aparición de la reserva, la colum-

na llanera se retiró al galope (14 de febrero). En la noche tomó la retaguardia de los invasores, y obligó á Morillo á retrogradar al día siguiente, haciéndolo vagar sin rumbo por la inmensa llanura, en persecución de un fantasma, que le retiraba los ganados, mataba á las partidas que se apartaban del grueso del ejército y hostigaba constantemente sus flancos de día y de noche, obligándole á marchar reconcentrado. Las enfermedades empezaron á hacerse sentir en las tropas españolas, por efecto de los pantanos y lo ardiente del clima. Al cabo de nueve días de campaña, el general español comprendió, que tenía que habérselas con un adversario más hábil que él, que se proponía agotarlo en vanas marchas y contramarchas, desistió de su empresa, y se replegó á la línea del Apure sobre la base de San Fernando fortificado, con el grueso de sus fuerzas, situando algunas divisiones en Barinas, Calabozo y Sombrero (27).

Tal era el estado de la campaña cuando Bolívar se reunió á Páez al sud del Apure. El ejército republicano se componía entonces de 3,500 hombres disponibles de infantería y caballería. El general en jefe, siempre inclinado á la ofensiva, considerando el ejército español muy debilitado en su primera línea resolvió buscar una batalla. Su primera descubierta sufrió un serio contraste. La segunda tentativa sobre un punto avanzado de 400 hombres infantes y un escuadrón de carabineros al mando del coronel español José Pereyra, tuvo un éxito desgraciado. Pretendió sorprenderlo en persona con 800 infantes y 200 jinetes en un punto llamado Gamarra, y á

(27) En sus « Mémoires », pág. 194-195, dice Morillo : « Era visto, que » los enemigos, esquivando una acción general, se proponían fatigar » nuestras tropas, teniéndolas continuamente sobre el *quién vive*, y obli» garlas á agotarse en marchas penosas. Penetré esta intención, y me » apliqué seriamente á evitar al ejército los males consiguientes á un » género de guerra tan desastroso. Creí deber en consecuencia retro» gradar ».

pesar de su superioridad fué rechazado, con pérdida considerable de muertos y prisioneros, y algunos dispersos (27 de marzo). Estos descalabros hicieron desistir á Bolívar de su plan ofensivo, y repasó prudentemente el Arauca. Con la presencia de Bolívar al frente del ejército volvían otra vez los contrastes.

Morillo avanzó en masa hasta las inmediaciones del Arauca. Páez quiso mostrarle, que si era el primer general de caballería irregular de la América, era también uno de los primeros héroes modernos. Á la cabeza de ciento cincuenta jinetes escogidos atravesó el río á nado, y avanzó á galope sobre el campo enemigo. Atacado por una columna de caballería de 800 hombres, sostenida por el fuego de dos cañones volantes, se puso en retirada, amagando cargas, hasta traer á sus contrarios á la inmediación del río donde se hallaba un batallón de cazadores emboscado sobre la margen derecha. Páez, aprovechando la sorpresa, hizo volver caras en pelotones de veinte hombres y cargó por todos los costados, obligando á los carabineros á echar pie á tierra para defenderse y echó el resto de los escuadrones intimidados sobre su infantería. La noche se acercaba, y Morillo, creyendo ser atacado por todo el ejército independiente, se reconcentró en un bosque inmediato. Páez repasó el río con dos muertos y algunos heridos, dejando el campo cubierto de cadáveres enemigos (28).

---

(28) Algunos historiadores hacen ascender exageradamente las pérdidas de los realistas á 400 muertos, y otros hasta 500, lo que parece exagerado. — El general Páez, héroe de esta jornada, se limita á decir que Bolívar hizo contar los muertos, y que resultaron ser cerca de 300. Morillo en sus Memorias, dice que fué « audazmente atacado en su » campo por seis escuadrones, y que perseguidos por la caballería de » vanguardia y un escuadrón de dragones, huyeron al gran trote, » siendo perseguidos por el espacio de hora y media, no sin algunas » pérdidas, salvándolos la oscuridad de la noche que sobrevino ». — Torrente en su « Hist. de la Revol. Hisp. Americana », da al hecho las proporciones de una batalla y supone que los insurgentes eran 500, —

Este combate fabuloso se llamó de « Las Queseras del Medio », por el lugar en que se dió (3 de abril de 1819).

Después de estos combates, sin más resultado que hacerse respetar ambos ejércitos, Morillo se limitó á algunas correrías por la margen norte del Arauca, y á los pocos días se replegó al Apure. Bolívar quería invadir la provincia de Barinas. Páez le aconsejaba seguir el sistema de guerra que tan buenos resultados había dado, diciendo con calma y estilo sanchezco : « Paciencia, mi general, que tras un cerro está un » llano. El que sabe esperar lo que desea, no toma el camino » de perder la paciencia ». — El Libertador le replicaba : « Paciencia ! si no me deserto es porque no sé para dónde ir ! » Las lluvias de la estación pusieron fin á esta campaña, los llanos volvieron á anegarse convirtiéndose en un mar, y ambos ejércitos entraron en cuarteles de invierno.

En este momento tuvo Bolívar la gran inspiración de la campaña, que debía asegurarle la inmortalidad y decidir de

---

lo que siempre sería una hazaña, — agregando : « Páez tuvo la osadía » de esperar al general en jefe. Ambas partes pelearon con el más des- » esperado furor; pero el triunfo de los realistas no podía ser dudoso » desde el momento en que pudiesen hacer un regular despliegue de sus » fuerzas. El faccioso Páez perdió una gran parte de su guardia de ho- » nor, compuesta de 500 feroces llaneros de los más aguerridos y dies- » tros en el manejo del caballo : los realistas quedaron sorprendidos al » examinar el campo de batalla, cubierto de cadáveres de estatura gi- » gantesca y de hercúlea musculatura. Tales fueron las tropas vencidas » en esta batalla, que mereció este nombre por el orden de los comba- » tientes y sus sangrientos resultados ». Es un certificado de honor dado por el enemigo. — Restrepo, en la « Hist. de la Revol. de Colombia », con su acostumbrada discreción relata el hecho en los mismos términos del texto con ligeras variantes, pero sólo dice en cuanto á pérdidas del enemigo : « Este célebre combate costó al ejército real muchos muertos y heridos ». — El general Páez nos ha relatado verbalmente este combate, y con la modestia que le era característica, nos dijo que su principal objeto había sido, traer á la caballería realista á la emboscada de infantería que tenía preparada, y que los errores del enemigo le proporcionaron la ocasión de cargarla, atribuyendo el mayor honor á su compañero el comandante Juan José Rondón.

los destinos de la América, produciendo en el norte del continente la catástrofe de las armas españolas que ya se había operado en el sud con el paso de los Andes por San Martín, y la reconquista de Chile en Chacabuco y Maipu con el dominio del mar Pacífico, que preparaba la conquista del Perú. Un oficial, que se retiraba disgustado de la provincia de Casanare, se la sugirió. Informado de que Santander tenía 1,200 infantes disciplinados y 600 hombres de caballería bien montados, y que con esta fuerza acababa de rechazar una invasión que desde Nueva Granada le había llevado el coronel José María Barreiro con un ejército de más de 2,300 hombres (abril de 1815), empezó á ver más claro en el teatro de la guerra. Al mismo tiempo Santander lo llamaba á reunir sus fuerzas con las de Casanare, y emprender la reconquista de Nueva Granada. Bolívar por intuición comprendió que el triunfo de Venezuela estaba en Nueva Granada, como antes había comprendido que la salvación de Nueva Granada estaba en Venezuela, atravesando las montañas como lo había hecho San Martín. Convocó una junta de guerra, le comunicó su atrevido proyecto, que fué acogido con entusiasmo por sus jefes. Quedó acordado, que el Libertador invadiría la Nueva Granada, mientras Páez al frente del resto del ejército del Apure mantenía la campaña de los llanos, llamando la atención por Barinas así al ejército de Morillo como al que defendía Nueva Granada. Al mismo tiempo Brión, con la escuadrilla republicana, tomando á su bordo las tropas auxiliares extranjeras que se hallaban en Margarita á órdenes de Urdaneta y Montilla, debía hostilizar las costas de Caracas, ocupando á los realistas por la espalda. Jamás Bolívar, después de su famosa reconquista de Venezuela tan desastrosamente terminada, había concebido un plan de campaña más grandioso, más bien combinado, aun fallando en algunos de sus cálculos, ni de más trascendentales consecuencias. Aquí se revela la penetración y el alcance del genio. Los desti-

nos de la América iban á cambiar en el norte, al atravesar Bolívar los Andes ecuatoriales, como cuando San Martín atravesó en el sud los Andes meridionales. Las dos grandes masas batalladoras y redentoras de las colonias hispano-americanas se acercaban, y los dos grandes libertadores del sud y del norte del continente iban á operar su conjunción.

CAPÍTULO XLIII

BOYACÁ. — COLOMBIA. — CARABOBO

AÑOS 1819-1822

Bolívar emprende la reconquista de Nueva Granada. — Paso de los Andes ecuatoriales. — Maniobras estratégicas de Bolívar. — Acción del Pantano de Vargas. — Batalla de Boyacá. — Reconquista de Nueva Granada. — Renovación de la guerra á muerte. — Creación de la república de Colombia. — Expedición de los voluntarios británicos sobre las costas de Venezuela. — Actitud de Morillo. — Sublevación de la expedición de Cádiz. — Influencia de la revolución liberal de España en la guerra sud-americana. — Armisticio de Trujillo y regularización de la guerra. — Ruptura del armisticio de Trujillo. — Pronunciamiento de Maracaibo. — Preponderancia política y militar de los independientes. — Bolívar abre nueva campaña. — Segunda y última batalla de Carabobo. — El congreso de Cúcuta y su espíritu republicano. — Renuncia de Bolívar. — El congreso de Cúcuta dicta la constitución de Colombia. — Análisis de esta constitución. — Actitud de Bolívar en presencia del congreso. — Rendición de Cartagena. — La independencia de Colombia asegurada. — Los realistas reaccionan. — Morales se apodera de Maracaibo, Santa Marta y Coro. — Capitulación de Morales. — Toma de Puerto-Cabello. — Triunfo final del norte de la América meridional.

I

La inundación de los llanos, que facilitaba la ejecución del plan de Bolívar para invadir la Nueva Granada, por cuanto detenía á Morillo en sus acantonamientos, dificultaba su marcha para reunirse con Santander en Casanare. Tenía que atravesar una vasta extensión cubierta casi totalmente de agua, vadear siete caudalosos ríos á nado conduciendo su material de guerra, y le quedaría aún la mayor dificultad á vencer, que era el paso de la cordillera nevada en pleno invierno,

Todo fué superado con constancia sufriendo las más grandes penalidades. El Libertador se reunió con Santander al pie de los Andes en las nacientes del río Casanare que se derrama en el Meta (11 junio de 1819). Llevaba cuatro batallones de infantería: Rifles, Bravos de Páez, Barcelona y Albión, este último compuesto totalmente de ingleses. La caballería componíase de dos escuadrones de lanceros y uno de carabineros de los altos llanos de Caracas, con un regimiento nombrado « Guías del Apure », en que figuraban los contingentes británicos de esa arma. El total del ejército expedicionario ascendió á 2,500 hombres, regularmente armados, pero casi desnudos. Santander tomó la vanguardia con la división de Casanare y penetró en los desfiladeros de la montaña por el camino de Morcote con dirección al páramo de Pisba, que conduce al centro de la provincia de Tunja al occidente de los Andes (25 de junio). Este punto se hallaba defendido por un ejército disciplinado de 2,000 infantes y 400 jinetes al mando del coronel José María Barreiro, con sus avanzadas sobre la cordillera. En Bogotá se hallaba una reserva respetable, que aunque debilitada por la marcha del batallón Numancia en 1818 en auxilio del Perú amenazado por San Martín después de la batalla de Maipu, contaba todavía con más de 1,000 veteranos, además de las tropas que guarnecían Cartagena y el valle de Cauca, sin contar el ejército realista que ocupaba Quito. Bolívar, á pesar de su inferioridad numérica, confiaba en el efecto que produciría la sorpresa y en el apoyo que esperaba encontrar en el país que iba á conquistar.

Al trasladarse el ejército invasor del llano á la montaña, el paisaje cambiaba. Los nevados picos de la cadena oriental de los Andes se divisaban á la distancia. Al inmenso y tranquilo lago sin horizontes de la planicie, se sucedían grandes masas de agua que descendían bramando de las alturas. Los caminos eran precipicios. Una selva tropical de árboles gigan-

tescos, que retiene las nubes en sus cimas, y de que se desprende una lluvia incesante, sombrea los estrechos desfiladeros. Á las cuatro jornadas, todos los caballos se habían inutilizado. Un escuadrón de llaneros desertó en masa al verse á pie. Los torrentes eran atravesados por angostos y vacilantes puentes formados con troncos de árboles, ó por medio de las aéreas taravitas : cuando daban vado, eran tan impetuosos, que la infantería tenía que formarse en dos filas, abrazados los hombres del cuello para vencer el ímpetu de la corriente, que arrastraba para siempre al que perdía su equilibrio. Bolívar pasaba y repasaba con frecuencia á caballo estos torrentes, trasportando á la grupa de una orilla á otra á los enfermos, á los más débiles ó á las mujeres que acompañaban á sus soldados. Este era relativamente el jardín selvático de la montaña, en que la temperatura húmeda y caliente hace soportable el tránsito con el auxilio de la leña. Á medida que se asciende, el aspecto de la naturaleza varía y las condiciones de la vida se alteran. Inmensas rocas caóticas superpuestas y montones de nieve, forman el límite monótono del desierto escenario : las nubes que coronan las selvas de la falda, vense á los pies en las profundidades de los abismos; un viento glacial y silencioso cargado de agujas heladas, sopla en esta región; no se oye más ruido que el de los torrentes lejanos y el grito del cóndor; la vegetación desaparece, y sólo crecen allí los líquenes, y una planta, que por su tronco con hojas velludas á manera de gasa fúnebre y coronada de flores amarillentas, ha sido comparada á una antorcha sepulcral (1). Para hacer más lúgubre el camino, todo su trayecto estaba señalado por cruces de los viajeros muertos á lo largo de él. — Este es el páramo.

---

(1) Es la *espeletia frailexon Bogotensium*, de Humboldt y Bompland : « Sinopsis plantarum Equinoctialum », t. II, pág. 504. — Caldas : « Cuadro físico de las regiones equinocciales ».

Al entrar el ejército expedicionario en la región glacial del páramo, los víveres se habían agotado : el ganado en pie, único recurso con que se contaba, no pudo acompañar á los soldados en sus fatigas. Al tocar la cumbre, se encontraba el desfiladero de Paya, que bien defendido, podía detener la marcha de un ejército con sólo un batallón. Estaba defendido por un destacamento de 300 hombres, que la vanguardia al mando de Santander desalojó fácilmente. El ejército empezaba á murmurar. Bolívar, para dominar moralmente este desaliento, convocó una junta de jefes, y después de manifestarles los obstáculos mayores que aun quedaban por vencer, les consultó sobre si debía perseverarse ó no en la empresa. Todos fueron de opinión de seguir adelante. Esto infundió nuevo aliento á las tropas.

Al tramontar la gran cordillera, más de cien hombres habían muerto de frío, de ellos cincuenta ingleses. Ninguna cabalgadura había podido resistir á la fatiga. Fué necesario abandonar las armas de repuesto, y parte de las que los soldados llevaban en las manos. Al descender las pendientes occidentales de la cordillera, el ejército de Bolívar era un esqueleto (2). En tan deplorable estado ocupó el ameno valle de Sagomoso en el corazón de la provincia de Tunja (6 de julio de 1819). Desde este punto, el Libertador envió auxilios á los cuerpos retrasados, reunió caballos, desprendió partidas al interior, se puso en comunicación con algunas guerrillas que

(2) La relación que los historiados colombianos hacen del paso de los Andes ecuatoriales por Bolívar, apenas da idea de las dificultades vencidas ni de la naturaleza del terreno. Gervinus en su « Hist. du XIX siècle », utilizando las relaciones de los oficiales ingleses que asistieron á esta campaña, hace una brillante descripción, llena de animación y colorido. En nuestra narración nos hemos guiado por los datos históricos que suministran Restrepo y Baralt y Diaz, teniendo presente el cap. X de « Campaigns and cruises in Venezuela and New Granada », cuyo autor habla como testigo, y del cual Gervinus ha tomado las más bellas pinceladas para formar su cuadro.

existían en el país. El enemigo sorprendido, que ignoraba el número de los invasores, se mantuvo á la defensiva en fuertes posiciones. Reconcentrado el ejército independiente, después de algunos reconocimientos recíprocos y combates de vanguardia, Bolívar por una hábil marcha de flanco, tomó la retaguardia del enemigo y ocupando un país abundante en recursos, remontó sus fuerzas. Con poca diferencia, los movimientos estratégicos de San Martín al pasar los Andes meridionales, se repetían. Barreiro, abandonó las posiciones que había ocupado por el frente, y se atrincheró en un punto llamado los Molinos de Bonza, cubriendo el camino de la capital de Bogotá amenazado. Bolívar ocupó á su frente una posición inexpugnable. Ambos ejércitos permanecieron así á la defensiva, observándose.

Era urgente para los invasores tomar la ofensiva, antes que la fuerte guarnición de Bogotá con que contaba el virrey Sámano, se pudiese unir con la división de Barreiro, y que Morillo acudiese en auxilio del país invadido. Bolívar, por una nueva y atrevida marcha de flanco, atravesó el río Sagomoso, se puso sobre su retaguardia buscando una batalla, y obligó á los realistas á abandonar sus atrincheramientos, y á situarse en el « Pantano de Vargas ». La acción que se empeñó fué reñida, aunque indecisa (25 de julio). Al principio, llevaron la ventaja los españoles, que tomaron la iniciativa, pero restablecido el combate, Bolívar se replegó á la posición que antes ocupara, imponiendo con su actitud al enemigo. En seguida hizo un movimiento general, trasladándose á la margen derecha del Sagomoso, y amagando un ataque, obligó á Barreiro á replegarse, á fin de cubrir el camino de Tunja y Socorro, que parecía ser el objetivo (3 de agosto). Para hacer creer al enemigo que volvía á su antigua posición, ejecutó una ostensible marcha retrógrada á la luz del día ; pero en la noche, efectuó una contramarcha y ocupó la ciudad de Tunja, donde se apoderó de 600 fusiles y de los depósitos de

guerra, sorprendiendo á su débil guarnición (5 de agosto). De este modo quedó interpuesto entre el ejército realista en campaña y Bogotá, cortando las dos fuerzas que defendían el valle del Alto Magdalena. Barreiro, comprendiendo la importancia decisiva de este movimiento, se apresusó á restablecer sus comunicaciones perdidas, y se puso resueltamente en marcha hacia Bogotá. Ya era tarde. No tenía sino dos caminos precisos á seguir, que el ejército republicano dominaba desde las alturas de Tunja. Bolívar, observando que tomaba el más directo que conducía á Boyacá, pequeño río que corre hacia el oriente, ocupó sobre su margen derecha el puente por donde necesariamente tenía que atravesarlo el enemigo (3).

II

Simultáneamente aparecieron las cabezas de columnas de los dos ejércitos beligerantes sobre el puente de Boyacá. El ejército realista constaba de 2,500 hombres, de ellos 400 de caballería, con 3 piezas de artillería. El ejército republicano se componía de 2,000 hombres de infantería y caballería. La batalla se inició sobre el mismo puente por un combate de vanguardia, en que las guerrillas españolas fueron arrolladas. Contenido Barreiro en su marcha, formó su infantería en columnas sobre una altura con la caballería á los costados y su reserva, desplegando por la derecha un batallón de cazadores

(3) Para inteligencia de los movimientos de esta campaña, véase; 1.° Codazzi, en « Atlas físico y político de la República de Venezuela », el « Mapa de Venezuela y Nueva Granada ». 2.° « Carta orográfica del Estado de Boyacá », por Manuel Ponce León, ingeniero, y Manuel Paz, 1864.

para tomar con fuegos convergentes diagonales y de flanco á los republicanos que avanzaban en columna de ataque. Un batallón realista desplegado en cazadores por su izquierda á lo largo de una cañada, fué desalojado, y dejó descubierto el flanco. El centro y la derecha republicana cargaron por esta parte y envolvieron la posición enemiga, al mismo tiempo que la caballería y la izquierda atacaban de frente. La caballería realista huyó : la infantería en retirada, procuró en vano rehacerse en otra posición más á retaguardia; atacada de nuevo allí, rindió sus armas. La vanguardia al mando de Santander completó la derrota (4).

Fué una victoria completa. Dado el primer impulso por el general que tan hábilmente la preparó, el valor de las tropas y la inspiración de los jefes divisionarios José Antonio Anzuátegui, Santander y el coronel Juan José Rondón, hicieron lo demás. Anzuátegui y Rondón, fueron los héroes de la batalla : el primero, dando la carga decisiva al frente de la infantería de la derecha y del centro, que envolvió al enemigo, y Rondón al dar la carga final con la caballería llanera. Los voluntarios ingleses se probaron por primera vez, acreditando la solidez británica que nunca desmintieron. Trofeos de esta gran jornada, fueron : 1,600 prisioneros, entre ellos el general en jefe enemigo, Barreiro, que tiró al suelo su espada por no

---

(4) El boletín de Boyacá, dado por Bolívar y firmado por Soublette, — único documento que ha servido de base á todos los historiadores americanos, que lo repiten textualmente sin adelantar nada, — es tan confuso como deficiente en lo esencial. Prolijo en la descripción de las guerrillas preliminares, no da ningún detalle preciso sobre los movimientos tácticos de la acción, si se exceptúa el desalojo del batallón desplegado en cazadores sobre la izquierda realista, del cual se coligen las maniobras y peripecias de la batalla. Los historiadores españoles, son más concisos y confusos, como que se trataba de una derrota de sus armas que confiesan de plano. (Véase : « Docs. para la vida del Libertador ». Torrente ; « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. » y « Recuerdos históricos del coronel Manuel Antonio López », actor en esta batalla.)

rendirla, con 37 oficiales más; 100 muertos, la artillería y todo el armamento. Todo el ejército realista en campaña de la Nueva Granada, quedó completamente destruído. Boyacá es, después de Maipu, en el orden cronológico, la gran batalla sud-americana. Estas batallas cambiaron los destinos de la guerra. Boyacá determinó la preponderancia de las armas independientes al norte del continente, como la de Maipu la había establecido en el sud, tomando San Martín y Bolívar la ofensiva al atravesar los Andes, para converger ambos hacia el punto estratégico de la campaña continental iniciada por San Martín. La Nueva Granada quedó por siempre conquistada para las armas republicanas, el poder de Morillo en Venezuela empezó á quebrarse, los realistas quedaron aislados en tres puntos del continente, — Venezuela, Quito y el Perú, — la república de Colombia se formó, y las dos revoluciones del sud y del norte de la América, empezaron á condensarse y sus masas batalladoras á operar su conjunción á la par de los dos grandes libertadores que las acaudillaban.

La derrota de Boyacá difundió el pánico en Bogotá. El virrey Sámano, aturdido, fugó con 200 hombres hacia Cartagena, abandonando los archivos y cerca de un millón de pesos depositados en la cajas reales. El resto de la guarnición, en número de 800 hombres, se retiró hacia el norte con el coronel Sebastián de la Calzada. El Libertador con una débil escolta, ocupó triunfante la capital en medio de bendiciones y aclamaciones populares (10 de agosto). La victoria esta vez no fué manchada con sangre derramada en holocausto de las furias de la guerra á muerte. No era ya el hombre de 1813 y 1814. Limitóse á hacer fusilar uno de los prisioneros que había encabezado la sublevación de Puerto-Cabello en 1812. Con una asombrosa actividad dominó todo el país, que respondió con entusiasmo á su llamado. Las nueve provincias de la Nueva Granada, Socorro, Pamplona, Tunja, Antioquía, Neiva, Margarita y Chocó hasta Popayán, pobladas por un millón de

almas, quedaron libres. Levantó nuevos batallones, formó un nuevo ejército para hacer frente á Morillo por el occidente y dar impulso á la guerra por la parte del sud.

Donde triunfaba Bolívar, no podían faltar honores excesivos que desvirtuaban con pueriles ostentaciones su grandeza real, tanto más grande cuanto la actitud del triunfador es más modesta y se muestra más austera. Cuando Wáshington atravesó el Delaware y triunfó en Trenton, cambiando los destinos de la guerra norte-americana, nadie se habría atrevido á ofrecer al héroe ni siquiera una corona de encina del bosque por no ofender la seriedad de su carácter, y el congreso se limitó á investirlo con la dictadura militar por seis meses, en señal de merecida confianza por haber salvado la república. Cuando San Martín libertó á Chile y el Perú, se sustrajo á las vanas pompas del triunfo, y respetando su modestia, los pueblos se limitaron á simples votos de gratitud, que eran tan merecidos como los de Bolívar. La municipalidad de Bogotá, sabiendo que halagaba su avidez de honores pomposos, decretó, á más de una cruz de honor, que era de regla, una solemne entrada triunfal á la ciudad y una corona de laurel; un cuadro emblemático de la Libertad sostenido por el brazo de Bolívar, que se colocaría en la sala capitular; una columna conmemorativa con su nombre en la parte superior, y la celebración perpetua de la gran batalla en cada aniversario por todos los años venideros. El Libertador recibió en aquel día por segunda vez la corona de laurel con que su efigie ha pasado inmortalizada á la posteridad, y aunque se excusó modestamente de ceñirla esta vez, ella sienta bien en una cabeza atormentada, llena de viento y de grandes ideales. Una corona de laurel en la serena cabeza de Wáshington, haría caricatura.

Pero ideas más grandes que el viento de la vanagloria ocupaban la cabeza laureada del Libertador. Usando de las amplias facultades que le había conferido el congreso en los países adonde llevara las armas libertadoras de Venezuela,

echó los primeros fundamentos de la república de Colombia, que era el gran sueño de su vida. Nombró á Santander vice-presidente de la Nueva Granada, delegando en él sus facultades, bajo su dirección suprema. Al anunciar á los granadinos esta nueva organización, les dijo : « La reunión de la Nueva » Granada y Venezuela en una misma república, es el ar» diente voto de todos los ciudadanos sensatos. Pero este » acto tan grande y sublime, debe ser libre. Espero la sobe» rana determinación del congreso para convocar una asam» blea nacional que decida la incorporación de Nueva Grana» da » (5). Santander convirtió en hecho esta proclama por parte de la Nueva Granada, imponiéndolo á sus conciudadanos.

Una hecatombe, que reabrió por parte de los independientes el período de la guerra á muerte, marcó esta época gloriosa con una mancha de sangre. El vice-presidente Santander, en ausencia de Bolívar, hizo fusilar, con gran aparato militar, á los treinta y ocho oficiales prisioneros de Boyacá, con el coronel Barreiro á la cabeza, agregando al número de las víctimas un paisano que no había tomado armas, por haber protestado contra el bárbaro sacrificio en presencia de los banquillos ensangrentados (11 de octubre). Este acto de inútil crueldad, que contrariaba la nueva política militar del Libertador; ejecutado por un hombre culto como Santander, fué justificado públicamente por su autor en nombre de la venganza, recordando los fusilamientos hechos por los españoles y por el mismo Barreiro en el curso de la campaña, á la vez que alegaba el ridículo pretexto de falta de fuerzas para custodiar los prisioneros, resumiendo su teoría de diente por diente, con estas feroces palabras : « Si ellos nos degüellan cuando » caemos en sus garras ¿ por qué no los podremos degollar

(5) Proclama de Bolívar á los granadinos, de 8 de setiembre de 1819.

» nosotros, si caen en nuestras manos? » Otros han procurado explicar el hecho más humanamente que él, alegando que su alma estaba exasperada, á causa de que la madre de Santander había tenido que sepultarse en un subterráneo para librarse de las persecuciones de Sámano, y que murió al volver á abrazar á su hijo, á consecuencia de las enfermedades contraídas en esta sombría reclusión.

III

Al regresar triunfante el Libertador á Angostura, encontróse con una nueva situación de que ya tenía noticia anticipada (diciembre 11 de 1819). El vice-presidente Zea había sido depuesto, por una revolución, sustituyéndole Arismendi en el mando. Mariño era el general en jefe del ejército del oriente. Bolívar había sido calificado de desertor por haber emprendido la reconquista de Nueva Granada sin autorización del congreso, esparciéndose luego la voz de haber sufrido una derrota con pérdida de todo su ejército. La noticia de Boyacá cayó como un rayo en Angostura. La imponente aparición de Bolívar, anonadó á los revolucionarios, y avergonzó á los cobardes. Su longanimidad dominó moralmente á todos. Sintiéndose fuerte por la victoria, por la adhesión de sus soldados y por la opinión de los pueblos, borró generosamente el pasado, perdonó en silencio á sus enemigos impotentes y á los amigos débiles que dudaron de su genio y fortuna. Reasumió el mando, se presentó ante el congreso, y le impuso con un *fiat*, como hecho consumado, la reunión de Venezuela con Nueva Granada. « Legisladores! dijo : La » unánime determinación de vivir libres y de no vivir esclavos, ha dado á la Nueva Granada un derecho á nuestra

» admiración, y su anhelo por la reunión de sus provincias » á las provincias de Venezuela, es unánime. Los granadinos » están convencidos de la inmensa ventaja que resulta á uno » y otro pueblo de la creación de esta nueva república com- » puesta de estas dos naciones. La reunión de Nueva Grana- » da y Venezuela es el objeto único que me he propuesto » desde mis primeras armas: es el voto de los ciudadanos de » ambos países, y es la garantía de la libertad de la América » del Sud. — El tiempo de dar una base fija á nuestra » república ha llegado. Á vuestra sabiduría corresponde » decretar este gran acto social y establecer los principios » del pacto sobre los cuales va á fundarse esta gran república. » Proclamadla á la faz del mundo! » (6).

El congreso venezolano, con la asistencia de cinco diputados granadinos por la provincia de Casanare, decretó la República de Colombia, reuniendo en una sola nación la antigua capitanía de Venezuela y el virreinato de Nueva Granada, que comprendía el territorio de Quito, en una extensión de 115 mil leguas cuadradas, desde las bocas del Orinoco en el Atlántico y el golfo de Méjico, hasta el golfo de Tumbes y el istmo de Panamá en el Pacífico. La nueva república, constituída en unidad de régimen, se dividiría en tres grandes departamentos, — Venezuela, Quito y Cundinamarca (Nueva Granada), — gobernado cada uno de ellos por un vice-presidente. Una nueva ciudad que llevaría el nombre de Bolívar, sería la capital de la república. La bandera, sería la tricolor enarbolada por Miranda en 1806. Un congreso nacional constituyente se reuniría en San José de Cúcuta en la frontera de los dos Estados. Bolívar fué nombrado presidente interino de Colombia, Santander, vice-presidente de Cundinamarca y

(6) Discurso de Bolívar al congrèso de Angostu a, el 14 de diciembre de 1819.

Roscio de Venezuela. La república colombiana así constituída, con el nombre del descubridor de América, sería proclamada y jurada en los pueblos y en los ejércitos, celebrándose su nacimiento el día del Salvador del mundo, y conmemorado cada uno de sus aniversarios como en las olimpiadas griegas, con premios á la virtud y á las luces. Así se evocaban los grandes recuerdos de la historia bajo la advocación del cristianismo y las tradiciones del mundo antiguo, sintetizando la unidad simbólica del cosmopolitismo de la nueva creación (17 de diciembre de 1819).

Arreglado este gran asunto político, la guerra llamó la atención del Libertador. Los españoles, dueños de todo el occidente de Venezuela, ocupaban todas las plazas fuertes de las costas de Barlovento y Sotavento desde Cumaná hasta Cartagena, y de Panamá. Morillo contaba con doce mil hombres, para sostener la guerra, y parte de la provincia de Popayán y la de Pasto al sud, estaban en poder de los realistas apoyados á su espalda por los ejércitos de Quito y el Perú. El virrey Sámano se sostenía con dos mil hombres en Cartagena y dominaba el bajo Magdalena ; una expedición de veinte mil hombres, destinada al Río de la Plata, y de que se ha dado ya noticia, debía reforzar también el ejército de Morillo en Costa-Firme. Así, los ejércitos con que tenía que combatir Colombia por el sud y por el norte, alcanzaban á cerca de veinte mil hombres, sin contar los del Alto y Bajo Perú, que San Martín mantenía en jaque después de Maipu. Las tropas que podía oponer Colombia, no alcazaban á la mitad de los realistas; su infantería era muy inferior á la española en número y calidad, y las fuerzas físicas del país estaban casi agotadas.

El contingente de los enrolamientos extranjeros no había producido el efecto que se esperaba, que era remontar la infantería republicana, y darle nuevo temple para reconcentrarla en una masa. La expedición de 1,500 ingleses y alema-

nes de que se hiciera cargo Urdaneta y Montilla, al tiempo de abrir Bolívar su campaña de Boyacá había sido desgraciada en sus empresas. Según el plan convenido, esta división debía operar con la escuadrilla de Brión sobre las costas de Caracas en unión con 500 margariteños, al mismo tiempo que Bolívar atravesara los Andes, y el ejército del Apure llamase la atención por Barinas, sosteniendo las divisiones de Bermúdez y Monagas la línea de operaciones en el oriente. No habiendo podido realizar en su oportunidad esta operación, Urdaneta se dirigió á Barcelona y apoderóse de esta plaza á viva fuerza (17 de julio de 1819). Atacado por fuerzas superiores, antes de ponerse en comunicación con las divisiones republicanas que ocupaban los llanos, se retiró embarcado á la costa de Paria, donde reforzada la expedición, intentó apoderarse de la plaza de Cumaná, siendo al fin rechazado (5 de agosto). Los restos, muy disminuídos y desmoralizados, se reconcentraron en Maturín. La primera expedición de Mac Gregor, no había sido más feliz. Después de apoderarse de Portobelo (10 de abril de 1819), fué derrotado con grandes pérdidas á los pocos días de ocuparlo (29 de abril). Con una segunda expedición preparada en Haití, tomó posesión de Río Hacha, rindiendo su guarnición (5 de octubre), pero la conducta licenciosa de sus tropas, sublevó contra ellos los moradores de la ciudad y lo obligó á reembarcarse. Desde este día Mac Gregor desapareció de la escena de la revolución venezolana, en que con tanto brillo había figurado. Felizmente, por este mismo tiempo arribó á Margarita la primera división de la legión irlandesa contratada con D'Evereux, fuerte de 1,200 hombres, á la vez que se anunciaba la llegada de otros cuerpos extranjeros á Angostura. Bolívar puso á órdenes de Montilla á los irlandeses, con instrucciones de hostilizar con la escuadra de Brión las costas de Sotavento hasta Santa Marta, amagando Cartagena, á fin de ligar sus operaciones con las que él preparaba desde Nueva Granada

en el bajo Magdalena, á la vez que el ejército de Apure reforzado y las divisiones del este convergían á Caracas para atacarla por el sud. Para ejecutar este plan, Bolívar se puso de nuevo en campaña á los trece días de su regreso á Angostura (24 de diciembre de 1819).

El ejército del Apure, durante la campaña de Nueva Granada, había concurrido indirectamente á su éxito. Páez, dejando á retaguardia su infantería, invadió la provincia de Barinas, y procuró llamar la atención del enemigo por la parte de Cúcuta. Obligado á replegarse en su primera entrada, no obstante algunas ventajas que alcanzó, hizo atacar con el margariteño Antonio Díaz la escuadrilla sutil que tenían los realistas en el Apure, compuesta de diez flecheras tripuladas por un batallón, la que fué rendida en combate, ocupando los independientes la plaza de San Fernando con el dominio de toda la navegación del río, desde el Orinoco hasta el corazón de los llanos (30 de setiembre). Morillo, sorprendido por la invasión de la Nueva Granada, permaneció en inacción en Calabozo. Limitóse á desprender á La Torre con una columna de 1.000 hombres sobre el valle de Cúcuta, la que fué obligada á retirarse por la división de Soublette situada en Pamplona, que se transportó al oriente de la cordillera. Unidos Páez y Soublette en las llanos, amenazaban á Caracas. Para dar consistencia á esta actitud, Bolívar reforzó el ejército del Apure con dos batallones, — uno de ellos inglés, — elevando su fuerza hasta el número de 3.000 hombres de las tres armas. Á la vez dirigió una fuerte división venezolana en auxilio de Nueva Granada á cargo del coronel Manuel Valdez con el objeto de dar impulso á la guerra del sud por la parte de Quito.

El general en jefe español, paralizado y sin inspiraciones, se limitó á una estricta defensiva, cuidando sólo de conservar su base de operaciones al occidente de Venezuela, amenazada simultáneamente por el sud y por las costas marí-

timas á fines de 1819, al tiempo de ponerse el Libertador en campaña.

IV

La contienda entre independientes y realistas, que debía decidirse por el choque de los elementos militares con que por este tiempo contaban los beligerantes en Venezuela, Nueva Granada, Quito y el Perú, habría presentado otras fases y tal vez retardado el triunfo de la emancipación sud-americana, de haberse realizado la poderosa expedición de veinte mil hombres que preparaba la España, para reabrir la lucha en el Río de la Plata y llevar á cabo la pacificación de Tierra-Firme reforzando á Morillo (véase cap. XXIII, § I. III). El resultado pudo ser definitivamente el mismo; pero con más grandes sacrificios estériles por una y otra parte. Felizmente para la América, y también para la España, la contienda se terminó en palenque cerrado con las mismas fuerzas que por este tiempo estaban en acción. Un acontecimiento extraordinario, que fué más decisivo que la conquista de Nueva Granada por Bolívar y la expedición del Perú por San Martín, vino á intervenir poderosamente en los destinos de ambos mundos. Nos referimos á la sublevación de la expedición de Cádiz en 1820, y al alzamiento del liberalismo español en España, que al proclamar la constitución de 1812, modificó la monarquía absoluta, obligándola á seguir una nueva política respecto de las colonias insurreccionadas, y la desarmó militarmente ante ellas (véase cap. XXIX, § I).

Ya hemos historiado los antecedentes y preparativos de la gran expedición de Cádiz, así como su disolución, y las consecuencias del alzamiento liberal de España en 1820, que inauguró la nueva política colonial con la famosa proclama-

manifiesto de Fernando VII, declarando á los rebeldes sud-americanos simples disidentes y convidándolos á la paz y á la conciliación « como iguales ». (Véase cap. XXIX, § IV). Esta variación se hizo sentir simultáneamente en el sud y en el norte del continente. Al mismo tiempo que San Martín invadía el Perú y denunciaba el armisticio de Miraflores, Bolívar firmaba un armisticio con Morillo para tratar de la paz, y regularizar la guerra. Reabiertas las negociaciones pacíficas en Punchauca, Bolívar las rompió por su parte en Venezuela, renovando las hostilidades como lo verificó poco después San Martín, combinando ambos desde entonces sus operaciones militares (véase cap. XXIX, § V). Como se ha visto, este soplo de paz que atravesaba los mares, dabía dar nuevo pávulo á la guerra. La revolución liberal, al reaccionar contra la política guerrera del rey absoluto, desarmó á la España respecto de sus colonias rebeladas, y su separación fué un hecho á que ella concurrió indirectamente. En presencia de esta situación, y sin esperanzas de nuevos auxilios de la metrópoli, Morillo, después de firmar el armisticio de Trujillo con Bolívar (25 de noviembre de 1820), tuvo la conciencia anticipada de su derrota una vez abandonado á sus propias fuerzas, y aprovechó la ocasión para renunciar su espinoso cargo, y desaparecer por siempre de la escena americana, dejando la guerra en el estado en que se hallaba después de la reconquista de Nueva Granada (diciembre de 1820).

El armisticio fué mal observado, sobre todo por parte de los independientes. Vigente aún, y hallándose los comisionados colombianos en Madrid para tratar de la paz con el gobierno español, la provincia de Maracaibo se pronunció por los independientes y declaró su voluntad de unirse á Colombia (28 de enero de 1821). El general La Torre declaró que consideraría tal ocupación como un acto hostil, violatorio del compromiso celebrado entre los beligerantes. Bolívar le daba la razón, desaprobando el acto, pero sostuvo que esta-

ba en su derecho y lo mantuvo como hecho consumado. El armisticio fué en consecuencia denunciado antes de fenecer y las hostilidades se reabrieron (28 de abril de 1821), precisamente en el mismo día en que San Martín se movía de Huaura y abría nuevamente su doble campaña militar y diplomática sobre Lima, bajo la bandera blanca del armisticio de Punchauca (véase cap. XIX, § 5).

La opinión revolucionaria y las armas independientes habían hecho grandes progresos, antes y después del armisticio. La guerra había cambiado de faz. Montilla, con la expedición embarcada en la escuadrilla de Brión, se había apoderado de Río Hacha y Santa Marta, y sitiaba á la sazón á Cartagena por mar y tierra, con un ejército de 3.000 hombres y amenazaba el bajo Magdalena. Bolívar, dueño de las provincias de Barinas, Mérida y Trujillo, tenía en campaña al frente del enemigo dos ejércitos en el occidente, uno de 5.000 hombres en Barinas, y el del Apure á órdenes de Páez, compuesto de 4.000 hombres de caballería á su retaguardia. Bermúdez, con otro ejército de más de 2.000 hombres, amenazaba por el oriente la provincia de Caracas. El ejército de Nueva Granada, apoyaba á Montilla en el valle del Magdalena y mantenía la guerra por la parte del sud. La Torre, reducido á la defensiva adoptada por Morillo, contaba todavía con 9.000 hombres en campaña, además de las guarniciones de las plazas fuertes de las costas de Barlovento y Sotavento, y se sostenía en Cumaná, Barcelona, Guayra, Puerto Cabello y Cartagena que resistía (7). Perdido Maracaibo, sus comunicaciones quedaban cortadas, y los independientes podían combinar libremente las operaciones de los ejércitos de Nueva

(7) Torrente en su « Hist. de la Revol. Hisp. Americana », t. III, pág. 234, dice : « Las fuerzas con que podía contar La Torre para abrir » esta campaña, alcanzaban á 12.000 hombres, incluso las guarni- » ciones ».

Granada y Quito. Por la parte del sud, el ejército español que defendía el Perú, se encontraba completamente aislado, después de la invasión por San Martín y el pronunciamiento de la provincia de Guayaquil.

V

Bolívar abrió su nueva campaña haciendo invadir la provincia de Caracas por una división del ejército de oriente al mando de Bermúdez, la que después de ocupar la capital, y algunos triunfos y derrotas sucesivos, vióse obligada á evacuar el territorio conquistado, contribuyendo empero á distraer é inutilizar una parte considerable del ejército de La Torre. El Libertador, situado en San Carlos, llamó á sí la división de Urdaneta y parte del ejército del Apure, y al frente de 6.000 hombres de infantería y caballería, se puso en marcha sobre el enemigo. El general en jefe español, se reconcentró á vanguardia de Valencia con un ejército de cinco batallones, alguna artillería y una numerosa caballería mandada por Morales, que alcazaban á poco más de 5.000 hombres (8). Esta inferioridad numérica se aumentó, por tener destacada La Torre una división de dos batallones y un escuadrón sobre su derecha en Barquisimeto, que amagada por otra de Bolívar, fué reforzada con otros dos batallones y un escuadrón, privándose así del concurso de cua-

---

(8) Torrente en « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. III, pág. 238, dice : « El ejército realista acampado en Carabobo, era precisamente » igual al insurgente ». Restrepo lo repite textualmente. Montenegro en su « Geografía general », t. IV, pág. 361, dice : « La fuerza total de las » tropas independientes alcanzaba á poco más de 6,000 hombres : la de » los realistas se acercaba á 5,000 ».

tro batallones y de dos escuadrones de sus mejores tropas.

Los dos ejércitos beligerantes maniobraban con los últimos ramales de la cordillera de por medio : el ejército realista, cubriendo las costas de Sotavento, que constituían su base de operaciones, y la ciudad de Valencia, llave de todo el valle que conduce á la capital y á las costas de Barlovento y Sotavento : el ejército independiente, procurando forzar el paso de la montaña. La Torre, en vez de disputar el paso de la cordillera, se limitó á cubrir sus gargantas con destacamentos, formando su línea en la extensa sabana de Carabobo, funesta á las armas realistas, y se atribuye á esta circunstancia la resolución del general español con el objeto de vengar en el mismo campo sus anteriores derrotas. Fué un error, que agregado á la división de sus fuerzas, presagiaba una nueva derrota.

Bolívar, marchando en masa sorprendió el principal desfiladero que daba acceso al llano, y desde allí dominaba con la vista el campo de batalla; pero para descender á él tenía que marchar en desfilada por otra estrecha garganta boscosa de la parte alta de la sabana, dominada por la artillería enemiga, á cuyo pie lo esperaban los batallones españoles formados en columna con sus escuadrones sobre los flancos y retaguardia prontos á cargar en su apoyo. En estas condiciones el ataque no ofrecía probabilidades de buen éxito. Bolívar trepidó: pero sus generales eran de opinión de seguir adelante. Cuéntase por un contemporáneo, que un guía que escuchaba la discusión, manifestó que conocía un camino por el cual podía tomarse al enemigo por el flanco (9). Bolívar lo interrogó minuciosamente, y convencido de la posibilidad de la empresa, dispuso que Páez, con 1.500 jinetes, el batallón Apure y la Legión Británica, atacase al enemigo por su

(9) Ducoudray-Holstein « Memoirs of Bolivar ».

punto más débil, que era su derecha,—izquierda republicana, —mientras él permanecía en observación sobre la altura con el grueso del ejército. Un abra del bosque por esa parte, permitía esta operación arriesgada; pero á su pie había que atravesar en desfilada un riachuelo de la sabana dominado por una colina que ocupaban los realistas.

El batallón Apure llevaba la vanguardia conducida por Páez en persona. La Torre, que comprendió la importancia del movimiento, se puso al frente del segundo batallón Burgos,—gemelo del primero rendido en Maipu,—y seguido por dos batallones más, sostenidos por fuegos de artillería, rechazó y dispersó al Apure á tiempo de salvar el obstáculo (10). Acude en su auxilio la Legión Británica, mandada por el coronel John Farrier; desplega con sangre fría en batalla; clava la bandera en el suelo; la primera fila hinca rodilla en tierra, y al grito de « Viva América libre! » rompe un mortífero fuego que restablece el combate (11). La infantería patriota se rehace, su caballería amaga el flanco derecho de la posición española; Farrier, agotados sus cartuchos, carga á la bayoneta con su intrépida legión; el enemigo pierde la altura qne ocupaba, procura rehacerse más á retaguardia, pero la caballería realista derrotada, introduce el desorden en sus filas, y sus batallones deshechos se ponen en retirada, rindiéndose bajo la lanza de los escuadrones llaneros dirigidos por Páez. Un batallón, el Valencey, sostuvo valerosamente la retirada, y salvó el honor de las armas españolas en este día,

---

(10) Véase Clodart: « Hist. orgánica de las armas españolas ». t. X, pág. 390.

(11) Farrier fué el heroe de la batalla, á la par de Páez, y murió en ella. Unos le llaman John Farriar, y otros, entre ellos uno de sus compatriotas que le acompañó en la jornada y ha escrito sus recuerdos, le llama Thomas Ferrier. Probablemente se llamaría John Thomas. El diccionario biográfico de Colombia, no lo incluye entre sus héroes.

rechazando las repetidas cargas en una marcha de más de 30 kilómetros, hasta reunirse con los restos de su derrotado ejército, que se encerraron en Puerto Cabello (24 de junio de 1821).

Esta batalla, complemento de la de Boyacá, que ha sido llamada el Waterloo colombiano, aseguró para siempre la independencia de Venezuela y Nueva Granada, como Maipu y la expedición del Perú la había asegurado ya al sud del continente, concurriendo las tres á preparar el triunfo definitivo de la emancipación sud-americana.

VI

Bolívar entró por segunda vez triunfante en Caracas, y dominó casi todo el territorio de Venezuela. Los realistas sólo ocupaban Cumaná, Puerto Cabello y Cartagena. Era sin disputa dueño del poder y nadie podía negarle la gloria de Libertador de su patria. Su mando político y militar, era una necesidad pública y un deber para él. Precisamente fué este el momento para hacer una de sus acostumbradas renuncias, con carácter de indeclinable, que sería una farsa indigna de su grandeza, si no tuviese su explicación. Dirigióse al congreso nacional que se había instalado en Cúcuta en víspera de la batalla de Carabobo (6 de mayo) y manifestó, que habiendo sido nombrado por el congreso de Venezuela, no se consideraba presidente de Colombia, y que sin los talentos que el puesto requería, porque su oficio era de soldado, si el congreso persistía en que continuara en la presidencia, « como él temía, renunciaba desde ese momento para siem- » pre hasta el glorioso título de ciudadano y abandonaba de » hecho las riberas de su patria ». Esta nueva renuncia era

una imposición ó era dictada por el orgullo. Era lo uno y lo otro.

El congreso de Cúcuta, compuesto de hombres civiles, en que prodominaba el elemento legista, era radicalmente republicano, y repugnaba tanto los abusos del gobierno militar implantado de hecho como las anti-democráticas teorías constitucionales del Libertador. Á oídos de éste llegaron las murmuraciones y sintió las resistencias cívicas que encontraban sus ideas de organización. Su renuncia era, pues, una protesta contra las acusaciones que le hacían y un medio indirecto de obrar sobre las opiniones dominantes en el congreso. Esto hace honor á Bolívar en medio de su poderío, porque prueba que las elecciones fueron libres, y que no pretendió ejercer presión sobre los diputados; pero hace más honor aún al congreso, que firme en sus creencias y resistiendo al imperio de la fuerza triunfante y al prestigio de la gloria, sostuvo con firmeza los verdaderos principios de la revolución sud-americana, impidiendo que el Libertador hiciese sancionar la constitución republicano-monárquica, con senado hereditario como la propuso en Angostura, y con presidencia vitalicia, como la impuso más tarde á Bolivia y el Perú, haciendo imposible así este bastardo sistema constitucional en Colombia. Esto prueba, como la resistencia de la República Argentina á los planes de monarquía, y la del Perú al plan de monarquización ideado por San Martín, que la revolución sud-americana era genuinamente republicana, y que sus libertadores no podían luchar contra esta irresistible corriente.

Firme en sus convicciones republicanas, el congreso de Cúcuta, no se dió por entendido ni de la protesta indirecta de Bolívar, ni de las resistencias armadas del pretorianismo. Tranquilamente, discutió y votó la constitución de Colombia. No sólo no consagró en ella el bello ideal de Bolívar, que era la presidencia vitalicia, con un senado hereditario, sino que

borró de la ley fundamental de la unión de Venezuela y Nueva Granada, el senado vitalicio que el congreso de Angostura había aceptado por transacción. Consignó en ella que el gobierno sería por siempre popular y representativo, y que el presidente duraría sólo cuatro años, y no sería reelegible. Que el general en jefe de los ejércitos de la república, no ejercería en campaña las facultades del poder ejecutivo, lo que importaba abolir la dictatura militar. Por último, que la constitución no podría ser reformada, sino pasados diez años. En lo único que coincidió con las ideas prácticas del Libertador, fué en proclamar el sistema unitario y en instituir que la república se dividiese en seis ó más departamentos administrativos, lo que fué un doble error, porque rompía la tradición histórica y violaba la ley orgánica, si bien montaba una poderosa máquina de guerra, violentando la espontaneidad de los pueblos. Bogotá fué declarada capital de la república, violando una ley geográfica, que introdujo un principio de disolución en la constitución de Colombia. En seguida, nombró á Bolívar « como él lo temía », presidente de la república de Colombia, y á Santander vice-presidente.

Bolívar, que había declarado solemnemente, que renunciaría hasta el título de ciudadano y se ausentaría para siempre de su patria, si era nombrado presidente, reiteró su renuncia, vaciada en el molde artificial de las anteriores. Después de repetir que estaba profundamente penetrado de su incapacidad para el gobierno, que no era sino un soldado, y que el bufete era para él un suplicio, que le alejaba del ejercicio del mando, concluía diciendo : « Si el congreso » general persiste, después de esta franca declaración, en » encargarme del poder ejecutivo, yo cederé sólo por obe» diencia ». Era borrar con el codo lo escrito con la mano y lo que todo el mundo sabía que haría al fin, porque ninguna otra cosa era posible. Al tomar posesión del cargo, obedeciendo al mandato del congreso, pronunció las palabras más

elocuentes de su vida, tan llenas de verdad como faltas de sinceridad. « El clamor de mi conciencia y de mi honor me » piden á grandes gritos que no sea más que ciudadano. » Siento la necesidad de dejar el primer puesto de la república, » al que el pueblo señale como jefe supremo de su corazón. » Yo soy el hijo de la guerra : el hombre que los combates » han elevado á la magistratura ; la fortuna me ha sostenido » en este rango y la victoria lo ha confirmado. No son estos » los títulos consagrados por la volunta nacional. La espada » que ha gobernado á Colombia, no es la balanza de Astrea. » Un hombre como yo, es un ciudadano peligroso en un go- » bierno popular. Quiero ser ciudadano, para ser libre, y » para que todos lo sean ». Hermosas palabras, que convertidas en actos en su oportunidad, habrían hecho la grandeza política del Libertador, como hicieron con menos prosopopeya la de Wáshington, y que llevadas por el viento del olvido no aprovecharon ni siquiera como lección á su mismo autor.

El dictador de Colombia, reducido, — al menos teóricamente — á la condición de presidente constitucional de la república, y limitado en sus facultades como generalísimo de sus ejércitos, mostró en esta ocasión, como en el resto de su grandiosa y corta dictadura, que si abrigada grandes ambiciones, no era un déspota ni quería ser tirano. Tuvo la moderación que cabía en su naturaleza autoritaria, adherida al poder personal. Juró y promulgó modestamente la constitución de Colombia, recomendó á los pueblos su fiel observancia, y asumió el papel de guerrero que le correspondía, renunciando al ejercicio del mando supremo, que delegó en el vice-presidente de la república (12).

---

(12) En carta de 5 de octubre de 1821 (cuatro días después de recibirse de la presidencia de Colombia), escribía Bolívar á Montilla, desde Cúcuta : « Á mi llegada aquí, encontré ya sancionada la Constitución, que

Bolívar, á pesar de la moderación que ostentaba como soldado de la ley, no podía renunciar á la dictadura militar que ejercía de hecho, y que las necesidades de la época justificaban. Recabó y obtuvo del congreso una ley, por la cual se le constituía en árbitro absoluto del departemento de la guerra, dejando á su discreción organizar como lo entendiese mejor, las provincias que sucesivamente fuesen libertadas, — « las provincias de operaciones », como él las llamaba, — promulgando ó suspendiendo en ellas el imperio de la constitución, que sólo regiría en territorio no ocupado por las armas libertadoras (9 de octubre de 1821).

En el mismo día en que Bolívar se recibía de la presidencia de Colombia, Montilla entraba triunfante en Cartagena después de catorce meses de sitio, y le enviaba las llaves de las puertas de Nueva Granada (1.° de octubre de 1821). Las provincias del Istmo, Panamá y Veraguas, proclamaron casi inmediatamente su independencia, declarando su voluntad de unirse á Colombia, y las fortalezas de Chagres y Portobelo quedaron por los independientes (28 de noviembre de 1821). En Venezuela, los españoles sólo ocupaban las plazas fuertes de Cumaná y Puerto Cabello sobre la costa de Barlovento con 5.000 hombres. Para cuadrar el territorio de la república de Colombia, sólo quedaba Quito por someter. Hacia allí convergían las armas libertadoras de Bolívar triunfantes en el norte, y las de San Martín dueño de la mitad del Perú, con un pie en Guayaquil. La guerra del sud llamaba al Libertador.

» prohibe al presidente ejercer en campaña las funciones del poder eje-
» cutivo y dispone que éstas recaigan en el vice-presidente. Así, yo
» marcho para Quito, sin otras facultades que las de un general en jefe
» y las extraordinarias que quiera delegarme el congreso para las Pro-
» vincias de operaciones ». (Cartas del Libertador en « Memorias de O'Leary », t. XXX, pág. 222-223).

Para completar el cuadro de la heroica lucha sostenida por Venezuela y Nueva Granada en pro de su independencia, (aunque sea anticipando el orden cronológico) relataremos rápidamente los últimos sucesos que le pusieron término glorioso, y fueron la consecuencia del triunfo de Carabobo.

Al trasladarse Bolívar al nuevo teatro de la guerra, dividió á Venezuela en tres departamentos militares, cuyo mando confió á Mariño, Páez y Bermúdez, bajo la dirección superior de Soublette (1.° de agosto de 1822). Poco después, la ciudad de Cumaná se rindió á Bermúdez (16 de octubre). Los españoles quedaron reducidos al estrecho recinto de Puerto Cabello, con una guarnición de 4.000 hombres. Morales, que sucedió por este tiempo en el mando á La Torre, desplegó una actividad y una energía asombrosas, cambiando momentáneamente el aspecto de la guerra. Con una expedición de 1.200 hombres, se trasladó por mar á la península de Guajira, se apoderó de Maracaibo (7 de setiembre), derrotó una división de 1.000 hombres que Montilla desprendió para hacerle frente (12 de noviembre), sublevó la provincia de Santa Marta y aseguró la provincia de Coro (3 de diciembre). Los republicanos reaccionaron prontamente con no menos energía y actividad. Santa Marta fué recuperada por Montilla, y Coro por Soublette (enero de 1823). El coronel José Padilla, que al frente de la escuadrilla independiente había contribuído eficazmente á la rendición de Cartagena, forzó la entrada del lago de Maracaibo bajo el fuego de las fortalezas enemigas, y derrotó la escuadra española que lo dominaba (24 de julio). Morales capituló (3 de agosto). La plaza de Puerto Cabello fué tomada por asalto por Páez (7 á 8 de noviembre de 1823). La guerra del norte de la América meridional estaba termida.

CAPITULO XLIV

LA GUERRA DE QUITO. — BOMBONÁ Y PICHINCHA

AÑO 1821-1822

Movimientos convergentes de la revolución sud-americana. — Estado de la guerra del sud en 1821. — Combate de Pitayó. — Derrota de Jenay. — Campaña sobre Patía. — Abandono de Popayán. — Carácter de la guerra de Pasto. — Marcha de Sucre á Guayaquil. — Retrato de Sucre por Bolívar y San Martín. — Situación de Guayaquil. — Conducta prudente de Sucre. — Reacción realista en Guayaquil. — Sucre general en jefe en Guayaquil. — Combate de Yahuachi. — Sucre pasa la cordillera. — Desastre de Huachi. — Sucre se repliega á Guayaquil. — Decisión de los guayaquileños. — Expedición de Murgeón. — Planes de campaña de Bolívar. — Abre la campaña de Pasto y atraviesa el Juanambú. — Batalla de Bomboná. — Victoria estéril. — Retirada de Bolívar. — Sus incertidumbres. — Reunión de las fuerzas de la insurrección sud-americana. — San Martín envía una división auxiliar peruano-argentina á tomar parte en la guerra de Quito. — Sucre toma la ofensiva. — Combate de Rio Bamba. — Hábiles maniobras estratégicas de Sucre. — Batalla de Pichincha. — Sometimiento de Pasto. — Deificación del pretorianismo. — Quito incorporado á Colombia. — Proclamación de la alianza continental por los dos libertadores sud-americanos. — Convergencia de las armas de la insurrección sud-americana hacia el Perú. — La gran combinación militar sud-americana ejecutada.

I

Hemos llegado al gran momento en que, después de historiar los movimientos convergentes de la revolución de la América meridional al sud y al norte, y explicar la ley que determinaba su unidad, sus armas triunfantes en ambos extremos van á concurrir á un centro común, y operar allí su conjunción los dos libertadores que las dirigían. Quito es el

nudo de esta doble campaña continental, que se apretará en Guayaquil y se desatará en el Perú.

La guerra del sud de Colombia, emprendida después de la reconquista de Nueva Granada, con Quito por objetivo, no había sido tan feliz como la del norte. Los derrotados de Boyacá, eficazmente ayudados desde Quito por el capitán general Aymerich, hiciéronse fuertes en las provincias de Pasto y Patía, y disputaron tenazmente el dominio de Popayán y del Alto Cauca, haciendo experimentar á los independientes serios reveses. Nombrado el general Manuel Valdez jefe de la división de operaciones del sud, abrió segunda campaña con tres batallones, — entre ellos el Albión, — y alguna caballería. Atacado por 1.100 infantes del ejército de Calzada en el pueblo de Pitayó, al noroeste de Popayán, su vanguardia fué arrollada en un principio. El batallón Albión restableció el combate como en Carabobo, y decidió la victoria por una impetuosa carga á la bayoneta. Los realistas se replegaron á Patía, con una pérdida de 300 hombres entre muertos y heridos (6 de junio de 1820). Reforzado Valdez, ocupó á Popayán con un cuerpo de ejército de 2.300 hombres, que en poco tiempo quedó reducido á menos de mil por las enfermedades y la deserción. Con esta fuerza insuficiente para la empresa, reabrió campaña sobre Pasto, en obediencia á órdenes terminantes de Bolívar (enero de 1821). Los habitantes de Patía sublevados, al poner en práctica su acostumbrada táctica, le abrieron paso y le cerraron los caminos de retaguardia, cortando sus comunicaciones con Popayán. Al atravesar la barrera del Juanambú, encontróse rodeado de enemigos por todos lados. Desesperado, emprendió una marcha ofensiva sobre la ciudad de Pasto. El coronel Basilio García, que había sucedido á Calzada en el mando de los realistas, lo esperó con 850 hombres en la quedraba de Jenay, cerrándole el camino, y lo derrotó completamente, matándole 200 hombres y tomóle 100 prisioneros. Casi todo

el batallón Albión murió peleando en esta acción (2 de febrero de 1821). El armisticio de Trujillo salvó los restos de Valdez de una pérdida total.

Reabiertas las hostilidades al romperse el armisticio, el general Pedro León Torres, que remplazara á Valdez, fué atacado en Popayán por el activo coronel Basilio García, obligándolo á encerrarse en sus trincheras (15 de julio de 1821). Á su vez, Torres, al frente de 1.800 hombres, en su mayor parte de infantería, tomó la ofensiva con el intento de avanzar hasta Pasto. Las hostilidades de las guerrillas realistas, las enfermedades y la deserción de sus tropas, lo derrotaron sin combatir, y vióse obligado á emprender desde Patía una retirada desastrosa sufriendo considerables pérdidas (agosto 29). Popayán fué abandonado por los independientes, que dominaron los patianos.

La guerra del sud de Colombia se habría prolongado indefinidamente, sostenida por las poblaciones de Patía y de Pasto fanatizadas por la causa del rey, contando con el apoyo de Quito, sostenido á su vez por el virreinato del Perú, si la expedición de San Martín y el dominio del Pacífico no hubiese aislado este foco de resistencia y permitido atacarlo en su base. Así lo reconoce el más imparcial y más patriota de los historiadores colombianos (1). Era la Vendée colombiana,

(1) Restrepo, en su « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, pág. 88, 89 y 120, dice: « Desengañado por entonces el gobierno de que no era » posible invadir á Pasto... mientras los realistas que ocupaban á Quito, » pudieran recibir auxilios del virreinato del Perú, habría sido muy di- » fícil á Colombia darle independencia y libertad. Mas por fortuna, se » habían presentado auxiliares poderosos que combatían por el sud la » dominación española. El general San Martín promovía una hermosa » expedición de 4.500 hombres, contra el Perú, defendido por 15.000 » soldados. Sin embargo de tamaña desigualdad, no dudó acometer em- » presa tan atrevida. Consecuencia de la expedición de San Martín, fué » la sublevación de Guayaquil. La suerte de las provincias meridionales » de Colombia dependía en gran manera de los progresos rápidos ó

como se ha dicho. Situada entre los ríos Guáitara y Juanambú, que se deslizan en cauces profundos por entre rocas escarpadas, estas posiciones eran suficientes para impedir el paso de ejércitos numerosos, aun defendidas por fuerzas muy inferiores. Entre ambos ríos se levanta majestuoso el volcán de Pasto, cono inmenso surcado por barrancos profundos, que son otras tantas posiciones militares inexpugnables que dominan los desfiladeros del Juanambú, barrera formidable donde habían sucumbido durante diez años todos los ejércitos invasores, y cuyo solo nombre infundía pavor á los soldados republicanos (2). Contra estos obstáculos naturales y la fuerza moral de sus semi-salvajes habitantes, se habían estrellado los esfuerzos de los vencedores de Carabobo, y aun triunfando de ellos, habrían quedado en impotencia para adelantar sus operaciones como la experiencia lo mostró poco después. La expedición de San Martín al Perú y la revolución de Guayaquil que fué su primera consecuencia, cortando las comunicaciones terrestres y marítimas entre el Perú y Quito, y aislando á Quito, hizo posible el triunfo de las armas de Colombia por esa parte, y aun así, fué necesario la concurrencia directa de las tropas peruano-argentinas para asegurarlo, como luego se verá.

» lentos que hicieran en el Perú las armas independientes que mandaba » el general San Martín ».

(2) Véase Restrepo: « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, páginas 96 y 119, de donde tomanos la descripción de Pasto.

II

Convencido Bolívar de que la guerra del sud no daba resultados, llevada por los valles de Patía y de Pasto, resolvió atacar á Quito por el sud y por el norte á la vez, buscando el camino del Pacífico adonde lo llamaba su destino. Quito no había sido incluído en el armisticio de Trujillo, y podría abrir hostilidades sobre su territorio, ganando posiciones. La revolución de Guayaquil le proporcionó la base que necesitaba. Faltábale sólo un general capaz de ejecutar esta operación combinada. Por un momento pensó trasladarse él mismo á Guayaquil; pero luego se fijó en un oficial que hasta entonces no se había señalado por grandes acciones, pero que por sus cualidades estaba destinado á ser uno de los más grandes generales de la independencia sud-americana, ligando la acción militar de sus dos libertadores. Llamábase Antonio José de Sucre. Hemos señalado ya su modesta aparición. Natural de Cumaná, había recibido una educación científica, y hecho con distinción desde muy joven todas las campañas de la revolución con Miranda, Piar y Bolívar. Ocupaba por este tiempo el puesto de ministro de guerra de Colombia.

Sucre era el general predestinado á ganar la primera y la última batalla de las armas sud-americanas coaligadas, y por una singular coincidencia, los dos libertadores que las organizaron y las condujeron por caminos opuestos al través del continente á su punto de junción, han hecho á la vez su retrato. Bolívar, hacía de él este juicio: « Sucre es la cabeza » mejor organizada de toda Colombia: es metódico y capaz » de las más elevadas concepciones: es el mejor general » de la república y el primer hombre de estado. Sus princi- » pios son excelentes y fijos y su moralidad ejemplar. Tiene

» el alma grande y fuerte. Sabe persuadir y conducir á los » hombres; los sabe juzgar, y si en política no es un defecto » juzgarlos peores de lo que son en realidad, tiene el de » manifestar demasiado el juicio desfavorable que hace de » ellos. Es el valiente de los valientes, el leal de los leales, » el amigo de las leyes y no del despotismo, el partidario del » orden, el enemigo de la anarquía; y finalmente, un verda- » dero liberal » (3). San Martín, que no le conoció personalmente, recordándole en su ostracismo, decía de el: « Bravo » y activo en alto grado, reunía á estas cualidades una » prudencia consumada, y era un excelente administrador. » Las tropas bajo su mando observaban una disciplina » severa, lo que contribuia á hacerlo amar de los pueblos. » No sólo poseía mucha instrucción, sino también conoci- » mientos militares más extensos que los del general Bolívar. » Si á esto se agrega una gran moderación, puede asegurarse » que fué uno de los hombres más beneméritos que produjo » la república de Colombia » (4).

La misión confiada á Sucre era política y militar, y cuadraba á su carácter. Como Guayaquil al hacer su revolución se hubiese puesto bajo la protección de San Martín y de Bolívar, y Quito había sido declarado parte integrante de Colombia, llevaba encargo de negociar su incorporación á la república á la vez de prestarle el auxilio de sus armas. El general colombiano con una columna de mil hombres reunida en Popayán, parte de los derrotados ejércitos del sud, embarcóse en el puerto de Buenaventura, — costa del Chocó, — y se dirigió á Guayaquil (mayo 1821). Á su arribo, encontró que esta provincia se había declarado independiente y

(3) La Croix: « Diario de Bucaramanga », pág. 70.
(4) Lafond: « Voyages dans l'Amérique espagnole pendant les guerres de l'indépendance », t. I, pág. 143-144.

constituído en consecuencia un gobierno supremo ; pero que existían dos partidos que se dividían la opinión : el uno, — que era la mayoría, — estaba por su incorporación al Perú : el otro por la unión con Colombia. Las armas de esta inconsistente república habían sufrido un revés en su primer ensayo en Ambato (20 de noviembre de 1820), y no podía mantenerse ni aún á la defensiva sin el auxilio militar del Perú ó de Colombia. Esta situación encerraba á la vez que la unión de las armas de los dos libertadores, el primer fermento de su futura división. Sucre procedió prudentemente al no insistir sobre la inmediata incorporación, y asumió el papel de simple auxiliar, aparentando no mezclarse en la cuestión política, pues comprendía que la situación de Guayaquil independiente era imposible entre dos colosos, y que el mando de las armas le daría al fin la preponderancia. Una reacción realista que estalló por este tiempo, vino á servir á sus designios. El 17 de julio (1821) sublevóse la flotilla de la ría y un batallón guayaquileño proclamó al rey, de acuerdo con una expedición de 1.200 hombres que en esos mismos momentos preparaba Aymerich. Sucre acudió con sus tropas, sofocó el movimiento y quedó de hecho dueño de la situación militar como general en jefe de todas las fuerzas.

El general Sucre, al frente de las fuerzas de Guayaquil y Colombia, resolvió salir al encuentro de la invasión que traía Aymerich en dos fuertes columnas, la una, mandada por éste, salida de Quito, y la otra, fuerte de 1.000 hombres, procedente de la provincia meridional de Cuenca, á órdenes de su segundo el coronel Francisco González, quien por una marcha de flanco faldeando las vertientes occidentales de las montañas, debía reunírsele en las nacientes del Babahoyos, al pie del Chimborazo. Hallábase Sucre precisamente á inmediaciones de este punto, que era la posición estratégica, y descendiendo rápidamente el río por su margen

izquierda, salió al encuentro de González al que batió en Yahuachi á la bajada de la cordillera, causándole una pérdida de 150 muertos y 500 prisioneros (19 de agosto de 1821). En seguida se volvió sobre Aymerich, quien esquivó el combate, perdiendo como 300 hombres en una retirada de 400 kilómetros hacia la capital. Situado de nuevo en Babahoyos, el general independiente destacó por sus flancos dos divisiones de 300 hombres cada una, con el objeto de atacar á Quito por el norte y sublevar la provincia de Cuenca por el sud. Con el grueso de sus fuerzas, que alcanzaba á 1.300 hombres, trepó la cordillera del Chimborazo y se situó en Huachi, sobre la meseta andina de Ambato, donde poco antes habían sido derrotadas las primeras tropas guayaquileñas. Aymerich, que buscaba la revancha de Yahuachi, hizo salir á su encuentro al coronel González con fuerzas superiores. En un reñido combate de tres horas, los independientes fueron hechos pedazos, con pérdida de 300 muertos y heridos, 40 oficiales y 600 soldados prisioneros (5). Casi simultáneamente, las fuerzas de Colombia que hostilizaban á Quito por el extremo opuesto, retrocedían vencidas de Patía y abandonaban Popayán (12 de setiembre de 1821). La campaña del sud parecía perdida.

La derrota de Huachi ó Ambato, fué publicada en Guayaquil á son de cajas de guerra, llamando á sus hijos á las armas. Todos acudieron á ocupar sus puestos y formóse una reserva de 700 hombres (6). Sucre, que saliera de la derrota levemente herido, con algunos oficiales y 100 soldados, reunió en Babahoyos sus dispersos, y oportunamente reforzado por un batallón colombiano de 500 plazas, hizo pie

---

(5) Ceballos : « Resumen de la Hist. del Ecuador », t. III, pág. 371.

(6) Véase M. A. López : « Recuerdos históricos », cit., pág. 44-46. El autor, actor en la batalla, da el número de 600 prisioneros, incluso los heridos que quedaron en el campo.

firme en esta posición. Su plan era defender los ríos y los pasos difíciles de las montañas, aunque sin esperanzas de disputar el terreno, si no era socorrido por el Perú y Colombia: resuelto en último caso á encerrarse en Guayaquil y perecer allí (7). Aymerich no supo aprovecharse de su victoria : detuvo sus marchas en Río Bamba, al pie de las vertientes de la cordillera del Chimborazo, sobre el flanco sud de Sucre. Desde este punto dispuso que el coronel Carlos Tolrá, invadiese á Guayaquil con mil infantes y 300 jinetes; pero éste, considerando escasas sus fuerzas para la empresa, é intimidado por la fuerte posición que ocupaba Sucre, dentro de una red de ríos rodeada de esteros y pantanos, entró en negociaciones provocadas por el astuto general colombiano. Firmóse en consecuencia un armisticio por noventa días (noviembre 20 de 1821). La estación de las lluvias, que convierte la parte llana de la provincia de Guayaquil en un lago, cortando las comunicaciones terrestres, paralizó de hecho las operaciones.

Los realistas, que contaban con un ejército de 3,000 veteranos distribuídos entre Cuenca, Quito y Pasto, recibieron por este tiempo un auxilio, que mejoró su situación. Después de la batalla de Carabobo, arribó á Puerto Cabello el general Juan de la Cruz Murgeón, — el compañero de San Martín en Arjonilla, — nombrado virrey de Santa Fe por muerte de Sámano, título que debía adoptar así que hubiese reconquistado las dos terceras partes de la Nueva Granada. Con las cortas fuerzas que conducía y auxiliado por La Torre con algunas compañías, siguió al istmo y desembarcó en Chagres (agosto de 1821). Con una division de 800 hombres de las

(7) Ofi. de Sucre á San Martín, de 19 de octubre de 1821, en Babahoyos, apud Paz Soldan : « Hist. del Perú Indep. », pág. 248, y Cat. M. S. del mismo, núm. 152.

tres armas, embarcóse en Panamá, tomó tierra en Atacames á inmediación de la embocadura del río Esmeraldas, y después de una marcha prodigiosa al través de un bosque desierto de cien kilómetros, montando la cordillera, arribó á Quito con su expedición y tomó el mando superior con el título de capitán general (24 de diciembre de 1821).

III

Los planes militares de Bolívar después de Boyacá, tomaron un determinado rumbo americano; pero, como la aguja imantada, oscilaban en el Ecuador. Asegurada la reconquista de Nueva Granada y en vísperas de realizarse la expedición libertadora del Perú, escribió á O'Higgins, que « el ejército de » Colombia marchaba contra Quito, con órdenes de cooperar » activamente á las operaciones del ejército chileno-argentino » sobre Lima ». Reabierta la expedición, Sucre, en nombre de Bolívar, renovaba este mismo anuncio. San Martín, al aceptar la solidaridad de causa, contestaba inculcando sobre la necesidad y conveniencia de aunar los comunes esfuerzos y combinar medidas para dar impulso y unidad á la guerra americana (8). Las atenciones de la guerra al llamar al Libertador al norte, le hicieron abandonar este plan, que no fué sino una ocurrencia pasajera, dando poca importancia á la resistencia de los realistas por la parte del sud. Muy luego varió de idea, y resolvió reconcentrar sus fuerzas en Río Hacha y Santa Marta para acelerar la rendición de Cartagena,

---

(8) Ofi. de Bolívar al director de Chile de 2 de marzo de 1820. — Ofi. de Sucre á O'Higgins de 18 de octubre de 1820. — Ofi. de San Martín al vice-presidente de Colombia. (Véase cap. XXVII, § II.)

dominar en seguida el istmo de Panamá, y acudir á Guayaquil para emprender por el Pacífico la campaña contra Quito. Rendida Cartagena, dirigióse á San Martín, proponiéndole conducir 4,000 hombres por el istmo, para aniquilar de un golpe el poder español en el Perú, aun antes de emprender la campaña de Quito, por cuanto, según él, nada importaba que los realistas poseyeran unas pocas provincias en la cima de los Andes del Ecuador, si eran vencidos en su centro. Al efecto, dirigióse al Protector y á la Junta de Guayaquil pidiéndoles transportes y víveres para las tropas colombianas que desde Maracaibo debían dirigirse á Guayaquil ó al Callao, según mejor conviniese (21 de octubre de 1821). Luego pensó embarcarse con un ejército en la costa de Chocó, por el puerto de Buenaventura y dirigirse á Guayaquil, dejando pendiente la guerra de Pasto. La derrota de Sucre en Huachi y el posterior arribo de le expedición de Murgeón, lo decidieron al fin á emprender su campaña por el sud de Colombia (9). El gran rumbo estaba fijado.

Bajo la denominación de « Guardia Colombiana », imitación de la « Guardia » de Napoleón, Bolívar había organizado un verdadero ejército de las tres armas, que constituía el núcleo de sus ejércitos. Sobre esta base formó el que debía operar sobre Quito, y reunióse en la arruinada ciudad de Popayán con los restos de la división de Torres, alcanzando á un total como de 3.000 hombres. En su proclama al abrir la campaña, indicó cual era su objetivo : « Quiteños ! La Guardia » Colombiana dirige sus pasos hacia el antiguo templo del » padre de la luz. Confiadle vuestra esperanza. Bien pronto

(9) Restrepo : « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, págs. 156, 162, 176, 182, 187 y 188. — Ofi. de Bolívar á San Martín de 29 de octubre de 1821. — Véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », pág. 25 y Cat. M. S. del mismo, núm. 155. — Larrazábal : « Vida de Bolívar », t. II, pág. 109 y sig.

» veréis las banderas del iris sostenidas por el ángel de la » victoria » (17 de enero de 1822). En su marcha hasta el Juanambú, al través de un país enemigo, perdió como mil hombres, que dejó en los hospitales (24 de marzo de 1822). Con poco más de 2.000 hombres que le quedaban atravesó á inmediaciones de su confluencia con el Guáitara, el río que hasta entonces había sido la tumba de los ejércitos independientes en su encarnizada lucha contra la Vendée colombiana. Su plan, más de instinto que de cálculo, era esquivar la campaña en el territorio de Pasto, cuyas inexpugnables posiciones por la parte del norte y su resistencia popular temía y con razón inutilizaran su ejército, como el hecho lo demostró. En consecuencia, evitando atacar de frente las fortificaciones de los pastusos, que ocupaban todos los desfiladeros, se inclinó sobre su derecha, con ánimo de atravesar el Guáitara y penetrar al territorio de Quito. Era rodear la dificultad sin vencerla.

El Guáitara es un río torrentoso que corre de sud á norte entre empinadas rocas tajadas á pique, más escarpadas aún que las del Juanambú, y que sólo es vadeable por dos puentes suspendidos sobre un abismo. Al acercarse á su margen derecha, convencióse que no podía vencer esta barrera natural, y buscó el primero de sus puentes, que encontró cortado por el enemigo y defendida su cabeza meridional. Inclinóse entonces sobre su izquierda en busca del otro puente, con el propósito de tomar á Pasto por el sud, en caso de no poder pasar el río. En su marcha, encontróse con el ejército realista fuerte como de 2.000 hombres, — en su mayor parte voluntarios del país, — fortificado al pie del volcán de Pasto á las órdenes del coronel Basilio García. La posición de los pastusos era formidable. Apoyaba su derecha en la falda del volcán y su izquierda sobre el Guáitara: el centro era una eminencia cubierta por un espeso bosque con un barranco á su pie, defendido por una trinchera con grandes árboles abatidos.

Entre ambas líneas se interponía una profunda cañada que solo podía atravesarse por un puente dominado por los fuegos cruzados de los realistas. El plan de campaña de Bolívar, tan vago como era, estaba frustado, y se estrellaba al fin contra el obstáculo que había querido evitar. Según el mismo lo dijo en aquel momento: no podía permanecer allí, ni podía retroceder, y tenía que vencer á todo trance (10). Decidió atacar. Eran las dos de la tarde (7 de abril de 1822).

El ejército independiente estaba formado sobre el borde de la cañada, en la llanura de Bomboná que ha dado su nombre á la batalla que se siguió, y que los españoles llamaron de Cariaco. El ataque principal sobre el flanco cubierto por el Guáitara, que se consideraba el más accesible, fue rechazado, y la columna que lo llevara, convergió entonces hacia el centro, donde se estrelló contra las abatidas de árboles, quedando sus batallones en esqueleto. El ataque sobre la derecha enemiga por la falda del volcán, que era accesorio y se consideraba casi imposible, fué más feliz, consiguiendo un batallón que lo llevó escalar la montaña, dispersar la infantería que la defendía, y establecerse sobre el flanco del enemigo, hasta dominarlo con sus fuegos. Faltaba media hora para ponerse el sol. Bolívar, que desde el llano presenciaba este combate al frente de la reserva, y se daba confusa cuenta de él, desprendió un batallón sobre las trincheras del frente con el objeto de impedir que el centro enemigo cargase sobre los asaltantes del volcán, lo que dió por resultado un tercer rechazo con pérdida de ochenta hombres en veinte minutos de fuego (11). En

(10) Larrazábal: « Vida de Bolívar », t. II, pág. 123.

(11) Boletín oficial de Bomboná de 8 de abril de 1822, firmado por el jefe de estado mayor coronel Bartolomé Salom. « Docs. para la Hist. del Libertador », núm. 2013.) — Este boletín, poco preciso como documento militar, se contradice en sus términos. Los historiadores colombianos Restrepo y Larrazábal lo han copiado al pie de la letra, sin fijarse en ello. Dice el boletín: « El flanco derecho del enemigo estaba

este estado de la batalla sobrevino la noche. Los republicanos, dueños de las altas faldas de las montañas, se encontraron vencedores y paralizados al borde de hondos precipicios alumbrados por la luz de luna. El enemigo, una vez vencedor en su izquierda y dos veces en su centro, que había sufrido muchas menos pérdidas que los republicanos, como que combatía parapetado, al ver dominado el flanco derecho de su posición, emprendió desordenadamente la retirada con abandono de su artillería. Nadie sabía quién era el vencido ó el vencedor, y la verdad era que ambos ejércitos estaban derrotados (12). Tal fué la famosa batalla de Bomboná. El campo de batalla quedó por los independientes, á costa de la tercera parte de su ejército. Fué una victoria á lo Pirro, y en peores condiciones que Napoleón después de la sangrienta victoria de Tilsit, se encontró en impotencia hasta para conservar el campo de batalla. Así exclama un historiador colombiano: « Estéril

---

» apoyado en el volcán de Pasto ». Á renglón seguido agrega : « Al ge- » neral Valdez se le encargó la dirección del flanco izquierdo del ene- » migo con el batallón Rifles de la Guardia, á órdenes del coronel San- » des », siendo este general y el cuerpo que se designa el que atacó la derecha realista. Véase « Croquis de Cariaco » en « Rec. Hist. » del coronel M. A. López, cit.. pág. 62.

(12) El general José María Obando, actor en esta campaña, en sus » Apuntes para la historia », etc., dice : « Cincuenta rifleros pudieron » forzar aquella formidable posición (del volcán) cerca del anochecer, » tomando una altura. Don Basilio (García) por este triunfo ignorado de » nosotros, abandonó su campo en completa dispersión. Ambos com- » batientes perdieron la batalla : nosotros la fuerza, los españoles el » campo. Á las once de la noche, nuestro campo parecía un taller de » destrucción : se rompieron más de 1.500 fusiles sobrantes, se quema- » ron municiones y cargamentos de vestuarios, y se inutilizó todo cuanto » estorbase en nuestra retirada. El Libertador me mandó decir con un » edecán que nos retirábamos aquella noche. Amaneció el día 8 sin ha- » ber podido retirarnos. El Libertador estaba sumamente afectado, » porque en cada semblante creía ver (y no se equivocaba) una recon- » vención por el sacrificio desigual de nuestro ejército. Como á las 8 del » día se disipó la niebla; descubrimos entonces el campo enemigo » abandonado ».

triunfo que había costado tan caro » (13). La pérdida de los republicanos pasó de 600 entre muertos y heridos: la de los realistas no llegó á doscientos cincuenta (14).

La batalla estaba ganada, y ella destempló el nervio de la resistencia pastusa; pero la campaña estaba por el momento perdida. Ambos contendores quedaron impotentes para ofenderse; pero los pastusos estaban en su terreno y los republicanos no tenían más prospecto que consumirse estérilmente en la inacción. El coronel García, conociendo su ventaja negativa, intimó á los republicanos repasaran el Juanambú. El Libertador, convencido de que forzosamente tendría que hacerlo, abrió una negociación con el objeto de ajustar un armisticio, á lo que se negó el jefe español. Á los ocho días, la situación del ejército independiente era insostenible. Bolívar, vióse obligado á emprender su retirada con poco más de la mi-

---

(13) Restrepo: « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, pág. 216.

(14) Bolívar en su boletín oficial, firmado por su jefe de estado mayor Salom, al atribuir á los españoles la mencionada pérdida, confiesa por su parte 174 muertos y 357 heridos, cómputo que Restrepo, ministro de Bolívar, juzga « disminuído », en su cit. « Hist. de Colombia », t. III, pág. 216. Los historiadores españoles fijan la pérdida de los independientes en 600 hombres, y los oficiales ingleses que asistieron á la batalla la hacen subir hasta 800. — El general J. M. Obando en sus « Apuntes para la historia », etc., cit., hablando como testigo presencial, dice exageradamente, que la pérdida de los republicanos fué de 800 muertos y 1,000 heridos, en tanto que la del enemigo sólo fué de dieciocho entre muertos y heridos, y veinte prisioneros; pero esto da idea de lo desastroso de la victoria. — O'Leary en sus « Memorias », tomo III, pág. 135, dice: « El Libertador ocupó el campo de batalla, no para » celebrar el triunfo de Bomboná, sino para lamentar la sangre que » había costado. La noche impidió la persecución y el estado lastimoso » de las tropas la hizo imposible al día siguiente. La división de van- » guardia, entre muertos y heridos, perdió dos tercios de su fuerza, y de » esta casi todos sus jefes. No fué menor el estrago hecho en las filas » del batallón *Vencedor*. Los realistas tuvieron pocos muertos. Falto de » víveres y rodeado de mil dificultades, el Libertador, después de algu- » gunos días, resolvió repasar el Juanambú. La situación del ejército era » desconsoladora en extremo ».

tad del ejército con que había invadido (1.300 hombres), abandonando á la generosidad del enemigo 300 heridos y enfermos que no podía conducir por falta de cabalgaduras (16 de abril de 1822). En su marcha retrógrada, que efectuó en masa bajo el fuego de las guerrillas de todo el país sublevado, experimentó la pérdida de varios destacamentos, 500 fusiles y su correspondencia oficial. En Patía hizo alto. Abiertas sus comunicaciones con Popayán, pidió refuerzos para formar un nuevo ejército, que le fueron inmediatamente enviados, consiguiendo reunir hasta 2.000 hombres de las tres armas, pero sin elementos de movilidad y experimentando nuevas pérdidas por la insalubridad del clima (15).

La campaña combinada al sud de Colombia, operando simultáneamente por Pasto y por Guayaquil, estaba malograda. Sucre, vencedor en un principio, había sido derrotado, y estaba reducido á una precaria defensiva, sin que pudiera recibir refuerzos de Colombia, y sin más esperanza que los auxilios que pudiera prestarle San Martín desde el Perú. Bolívar, había abierto sus operaciones para reparar el contraste de Sucre, perseverando en la combinación, pero vencedor y vencido á la vez en Bomboná, habíase visto obligado á retrogradar á Patía. Podía reabrir una campaña sobre Pasto con fuerzas iguales á las que podía presentarle el enemigo ; pero era seguro que se consumirían en este roce, en que el clima, la opinión y las armas estaban contra él. Aun triunfando, era difícil, si no imposible, que pudiese llegar hasta Quito, donde

(15) Según Restrepo, en el espacio de ocho meses corridos desde setiembre de 1821 hasta mayo de 1822, el gobierno de Colombia envió al Libertador con destino á la guerra del sud, 137 oficiales y 7,314 soldados, de los cuales apenas existían 4,000 después de Bomboná. Según un estado circunstanciado, que detalla los contingentes, inserto en « Docs. para la Hist. del Libertador », núm. 2,035, no se incluyen en este cómputo las fuerzas que Sucre llevó á Guayaquil y los refuerzos posteriores que se le enviaron.

le esperaba otro ejército igual al suyo. Sucre, mientras tanto, encerrado en Guayaquil, no podía avanzar para darle la mano, removiendo el obstáculo intermedio, pues para ello necesitaba de un ejército que no tenía. Ó renunciar á someter á Pasto, trasladando la base de operaciones al Pacífico, ó perseverar en la empresa, con medios suficientes para dominar á Quito, tal era la alternativa que se imponía.

En esta situación incierta permaneció el Libertador los meses de abril y mayo (1822), sin ningún propósito deliberado. Hubo momentos en que desesperado, volvió á su antigua idea de renunciar definitivamente á la campaña de Pasto, y emprender la de Quito por la costa del Pacífico (16). Un gran suceso que iniciaba la reunión de las armas de la insurrección sud-americana, vino á fijar sus irresoluciones. Sucre había vencido por el lado del Pacífico y entrado triunfante á Quito, con el auxilio de las tropas peruano-argentinas enviadas por San Martín. El momento señalado al ligar históricamente las dos revoluciones del sud y del norte, había llegado (véase capítulo XXXV, § VIII). El plan de campaña continental de San Martín está matemáticamente ejecutado, y se combina con otro análogo que lo completa. El sueño de los dos libertadores de América está realizado. Este es el nudo de la revolución sud-americana, cuya síntesis hemos dado, determinando su ley y explicando sus atracciones recíprocas (vease capítulo I, § I).

---

(16) Restrepo: « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, pág. 219.

IV

Antes de su triunfo de Yahuachi y de su derrota de Huachi, Sucre había comprendido, que con las escasas fuerzas colombianas de que disponía, aun unidas á las de Guayaquil, le sería difícil, si no imposible, abrir campaña formal contra Quito, y que, aun la defensiva se hacía dudosa, si no era eficazmente auxiliado por San Martín desde el Perú, combinando sus operaciones. Al tiempo de abrir su primera campaña (13 de mayo de 1821) escribió Sucre á San Martín: « Un » cuerpo dependiente del ejército del Perú que se levante en » Piura, puede cooperar muy eficazmente á la campana sobre » Quito, invadiendo por Cuenca y Loja, y penetrar hasta reu- » nirse con la división de Colombia que marche de Guayaquil. » Quito será libre en esta campaña, y me lisonjeo tengan en » ella una parte gloriosa los libertadores del Perú. Los colom- » bianos verán, con una satisfacción orgullosa, marchar entre » las filas á los libertadores del sud, y estar á las órdenes » de V. E. » (17). Después de su derrota en Huachi, en que perdió la mitad de su ejército, hubo de darlo todo por perdido si prontamente no fuese sostenido con fuerzas del Perú. « La » desgracia que sufrieron nuestras armas en Ambato (escribía » el 26 de setiembre al ministro de la guerra del Perú) ha » vuelto á amenazar á Guayaquil de un peligro cierto, y es- » tamos cerca de una invasión que hace vacilar la suerte del » país. Se asegura que el enemigo hace ya sus aprestos para » expedicionar sobre Guayaquil; pero con los elementos que » actualmente están á su disposición, no me atrevo á garan-

---

(17) Ofi. de Sucre á San Martín, de 13 de mayo de 1821. Véase Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. », pág. 246 y Cat. M. S. núm. 148.

» tizar el resultado. Intereso, pues, á V. S. por la remisión » de socorros » (18).

La oportuna llegada de un batallón colombiano de 500 plazas después del combate de Huachi, y la decisión de la provincia de Guayaquil que permitió ajustar el armisticio de que antes se dió noticia (§ II), unido todo á la inundación del país que paralizó de hecho las operaciones, permitieron á Sucre mantenerse á la defensiva (noviembre de 1821). Esperaba entonces que el Libertador se trasladara á las costas del Pacífico con 4.000 hombres para abrir campaña sobre Quito ó el Perú, según conviniese, en combinación con San Martín, pero abandonado este proyecto y decidida la campaña de Popayán sobre Pasto, la situación de Guayaquil era precaria, tanto más cuanto que, ni Aymerich ni el capitán general Murgeón habían ratificado el armisticio ajustado con el coronel Tolrá. No esperando inmediatos auxilios de Colombia, Sucre previó, que á la reapertura de las hostilidades, su posición se haría muy difícil y que no le quedaría más esperanza que encerrarse en Guayaquil, y sucumbir allí, según confesión propia. Concibió entonces el proyecto de no permanecer en inacción durante el invierno, y dirigióse por un camino de la costa que las inundaciones dejaban libre, á fin de ocupar las provincias de Cuenca y Loja, colindantes por el sud con el Perú, buscando una

(18) Ofi. de Sucre al ministro de guerra del Perú (Monteagudo) de 26 de setiembre de 1821. Véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », página 247 y Cat. M. S. de ídem, núm. 151. — La junta de gobierno de Guayaquil escribía á San Martín después de Huachi, con fecha 19 de agosto de 1821 : « Si no se aceleran los refuerzos que con tanta instancia » hemos pedido, la provincia será perdida : 500 hombres por lo menos » deben volar en nuestro auxilio ». Con fecha 17 de setiembre, escribía al mismo, después de Huachi : « Hemos perdido los primeros elementos de » nuestra defensa, tropas y armas. Nuestra vista se dirige natural» mente á V. E. Es indispensable se digne hacer los últimos esfuerzos » para dirigir á esta parte mil hombres ». (Cat. M. S. cit. de Paz Soldán, num. 218.)

base más sólida de operaciones. Á la vez instaba por los auxilios solicitados á San Martín: « El enemigo, — escribía al » Protector desde Babahoyo, — ha concentrado sus fuerzas en » Río Bamba, y según avisos iba á moverse con un cuerpo » de dos mil hombres. Este punto (Babahoyo) no es susceptible de defensa. Aunque restablecida en cierto modo la moral, » no se han aumentado los cuerpos, sino tan miserablemente, » que una población de 70,000 habitantes apenas ha dado 200 » reclutas, y la ley marcial publicada por el gobierno de la provincia ha dado por todo efecto la formación de algunas milicias, que no prestan otra esperanza que la de ver hombres » que al aspecto del enemigo desertarían como siempre. Resuelto, sin embargo, como siempre á estorbar á todo trance » que ocupe el enemigo á Guayaquil, por la tendencia que su » posición daría á los estados fronterizos, he pensado defender » algunos pasos que entretendrán el tiempo mientras vienen » socorros del Perú ó de Colombia, y en último caso encerrarme en la capital para perecer con ella, pues no confío en su » existencia bajo los medios fríos que se ponen para salvarla. » Las tropas de Colombia no parecen, y acercándose ya el enemigo, he creído un deber reiterar mis reclamos por algún » batallón que ponga á cubierto la provincia, mientras llegadas » las fuerzas que vienen de Cauca estemos en actitud de retornar á la ofensiva. Suplico una contestación que nos saque » de la ansiedad en que nos hallamos de recibir algún auxilio » de tropas del Perú para deliberar mis operaciones conforme » á esta esperanza, ó en la negativa aceptar el mejor partido » que nos ofrecen las circunstancias » (19).

Pasaron más de dos meses (noviembre y diciembre de 1821) sin que apareciesen los esperados refuerzos de Colom-

---

(19) Ofi. de Sucre á San Martín de 19 de octubre de 1821. Cat. M. S. cit. de Paz Soldán, núm. 152.

bia. El Libertador, ocupado en preparar la campaña contra Pasto, apenas había podido formar en Popayán un ejército de 2.000 hombres, de manera que sólo pudo enviar á Sucre algunos reclutas, con órdenes terminantes de que realizara su invasión por Cuenca, á fin de dividir la atención de las fuerzas españolas de Quito (20). Tal operación era imposible sin la cooperación militar del Perú; y de realizarse sin ella, habría quedado comprometida la débil división colombiana del Pacífico, después de la retirada de Bomboná. Sucre no contaba á la sazón sino con 1.300 hombres, incluso el contingente de Guayaquil, fuerza insuficiente aun para tomar una ofensiva parcial (21). Fué en tales circunstancias cuando San Martín decidió tomar parte en la guerra de Quito.

Sobre la frontera de Quito, hallábase organizando una división de las tres armas el general Arenales, que ocupaba el puesto de presidente del departamento de Trujillo. El Protector dispuso que marchase en auxilio de Guayaquil. Arenales declinó el mando de la expedición, dando por causal sus enfermedades. Sucre, pensando que fuera por repugnancia de sujetarse á su mando, le ofreció modestamente ponerse bajo sus órdenes con la división colombiana, porque « le gustaba más obedecer que mandar y le sería « siempre lisonjero servir bajo tan acreditado general ». Arenales persistió en su renuncia, y fué nombrado para reemplazarle el coronel Andrés Santa Cruz, el dos veces prisionero en Tarija y en Pasco. Celebróse en consecuencia un convenio, por el cual los sueldos y las bajas de la división, bajo la bandera peruana durante la campaña, quedaban á cargo de Colombia (enero de 1822). La división auxiliar componíase de dos batallones y de tres escuadrones, de nacionalidad pe-

(20) Restrepo: « Hist. de la Revol. de Colombia » t. III, pág. 188.
(21) Restrepo: « Historia » cit., t. III, pág. 194.

ruana y argentina, que sumaban un total de 1.300 á 1.500 hombres (22). El batallón núm. 4 del Perú, habíase formado sobre la base de la compañía de granaderos del núm. 8 de los Andes, glorioso resto de los libertos de Cuyo, diezmados en Chacabuco y Maipu, y lo mandaba el coronel argentino Félix Olazábal. El núm. 4 estaba compuesto de peruanos á las órdenes del comandante argentino Francisco Villa. Dos escuadrones de cazadores á caballo del Perú, iban á cargo del comandante Antonio Sánchez, argentino también. Por último, un escuadrón de Granaderos de los Andes, de noventa y seis plazas, argentinos todos, con su comandante Juan Lavalle á la cabeza (23).

---

(22) Son variadas las cifras de fuerza que se asignan á esta división auxiliar, pero todas sin excepción la hacen ascender á más de mil hombres, y están de acuerdo en cuanto á su composición: — En oficio de Arenales á Sucre de 3 enero de 1821, le dice: « La fuerza disponible de la » división del coronel Santa Cruz es en el día de 1.300 y tantos hombres, » y si creen que podrán proporcionar caballos para un escuadrón de 200 » hombres, se lo despacharé con la mayor prontitud ». — Restrepo en su « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, pág. 195 y 208, no obstante reconocer que sin la cooperación de la división « la empresa contra Quito sería perdida », se limita á decir que reunida la división peruana con la colombiana, la fuerza total de Sucre ascendió á 1.700 hombres, además de 300 peruanos que guarnecían á Loja, lo que indicaría que la colombiana no pasaba de 700 hombres, según se deduce de la declaración del mismo Sucre. Este dice en oficio de 25 de febrero de 1822 al ministro de la guerra del Perú: « Me fué satisfactoria la honra que re- » cibí de S. E. el señor Protector del Perú de auxiliarme con los mil » hombres de ese Estado, que se han reunido á la división de mi mando » para la campaña de Quito ». — En el « Cóndor de Bolivia », en un artículo escrito por oficiales colombianos que asistieron á esta campaña, se dijo: « Una división de 1.100 hombres del Perú, fué á la campaña de » Pichincha ». — Lavalle, en una contestación dada al anterior, bajo su firma, — de que se hará mención más adelante, dice, de conformidad con Arenales: « El Protector del Perú remitió á las órdenes del general » Sucre, una división de 1,500 hombres », y detalla sus fuerzas por nacionalidades. — Por último, Ceballos en su « Resumen de la historia del » Ecuador », dice: « San Martín estaba comprometido á enviar 1.200 » hombres en auxilio de Sucre ».

(23) El concienzudo historiador chileno Barros Arana, en su « Compendio de historia de América », incurre inconscientemente en una

V

La división peruano-argentina, siguiendo el plan de campaña trazado por Sucre, que cambiaba su base de operaciones apoyándose en el Perú, pasó la frontera, y reunida á la colombiana se apoderó sin resistencia de las provincias de Loja y Cuenca (9 de febrero de 1822). Este hecho iniciaba el afocamiento de la revolución sud-americana y la gran reunión de las armas de la insurrección continental bajo las inspiraciones de sus dos grandes caudillos. Por la primera vez se veían reunidos en un mismo campo los llaneros de Colombia y los gauchos de las pampas argentinas, los soldados independientes del Perú y de Chile con los de Venezuela, Nueva Granada, Quito y Panamá. Las dos divisiones así compuestas, formaban un total de 2.000 hombres (24). Sucre se detuvo en Cuenca durante los meses de febrero y marzo,

---

inexactitud al hablar de la composición de esta columna, y especialmente al referirse al escuadrón de « Granaderos á caballo de los Andes », que no nombra y que desnaturaliza, quitando á los soldados argentinos esta pequeña gloria, que atribuye á sus compatriotas; en la pág. 400 dice : « Los jinetes chilenos que enviaba San Martín, renovaron sus ca- » balgaduras ». En la pág. siguiente 401, se corrige un tanto : « Los » granaderos á caballo chilenos y argentinos de la división de Santa » Cruz, consumaron la derrota ». Es posible que en el regimiento de granaderos á caballo hubiese algunos « jinetes chilenos », pero el escuadrón que marchó á la campaña de Quito era argentino, como lo indica su denominación de « Granaderos á caballo de los Andes », famoso en la historia sud-americana, y cuya nacionalidad por nadie ha sido desconocida, y menos que por nadie por los chilenos. Esto no quita que la división peruano-argentina de que se trata, aunque compuesta solamente de cuerpos de estas dos nacionalidades, representase la alianza argentino-chileno-peruana, que había libertado al Perú y cuyas armas sostenían su independencia.

(24) Restrepo : « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, pág. 196.

dando tiempo al desarrollo de las operaciones que á la sazón abría Bolívar por Pasto, y á la espera de un batallón que le venía desde Panamá, el que muy disminuído alcanzó á incorporársele antes de la terminación de la campaña, á órdenes del coronel José María Córdoba, que sería uno de los más valerosos generales de Colombia. Al fin, decidióse á tomar resueltamente la ofensiva, y se puso en marcha en busca del enemigo (marzo de 1822). Un singular incidente, que por mucho tiempo ha sido un misterio, hubo de poner término á la campaña al iniciarse, y dar á los realistas el triunfo sin combatir.

La división auxiliar había tomado el puesto de honor ocupando la vanguardia, y uno de sus batallones hallábase avanzado sobre el enemigo. En tales circunstancias, el coronel Santa Cruz recibió una nota del gobierno delegado del Perú, en que le prevenía ponerse inmediatamente en retirada con su fuerza en cualquier punto que se hallase, y concentrarse en Piura, dando por causal que los españoles de la sierra amenazaban á Lima (25). La verdadera causa era la cuestión de Guayaquil que hemos apuntado antes y sobre la que volveremos después. La orden era terminante, y así Santa Cruz lo comunicó por escrito á Sucre. El general colombiano, se negó de oficio á autorizar la retirada, por cuanto hallándose la división á sus órdenes, no tenía comucación directa del Protector, y porque el servicio que ella prestaba era en retribución del batallón colombiano Numancia que el Perú retenía á su servicio. En una conferencia privada manifestó á Santa Cruz que estaba resuelto á hacer uso de la fuerza para impedirlo, porque de permitirlo, la em-

---

(25) La orden que recibió Santa Cruz, comunicada por Arenales, es de 13 de marzo de 1822, refiriéndose á otra del gobierno del Perú, y que el primero contestó con fha. 2 de abril del mismo. M. SS. (Arch. San Martín, vol. LX.)

presa contra Quito era perdida, y el honor de las armas colombianas se amenguaba dejando comprometido al Libertador en su campaña combinada (26).

La retirada de la división auxiliar importaba, en efecto, la pérdida de la campaña. Ella representaba por lo menos la mitad de la fuerza del ejército independiente. Sucre con sólo mil hombres habría tenido que retrogradar, y hasta su salvación era dudosa. El resultado habría sido probablemente la pérdida de Guayaquil, pues en esos mismos días (principios de abril) Bolívar emprendía su retirada de Pasto después de su desastrosa victoria de Bomboná. Habría sido no sólo una mengua para las armas de Colombia, sino también un oprobio para la causa de la independencia americana. Afortunadamente, la orden, aunque terminante, no autorizaba el empleo de la fuerza para cumplirla. Santa Cruz reunió una junta de guerra para aconsejarse en este conflicto, y todos sus jefes opinaron unánimemente que debía continuarse la campaña á la espera de órdenes más precisas (27). Todo

---

(26) Restrepo en su « Hist. de la Revol. de Colombia », t, III, pág. 208, que se refiere á documentos originales de origen colombiano, pone en boca de Sucre estas palabras : « Alegaba que sería perdida la empresa » contra Quito ». — Santa Cruz en carta confidencial de 3 de abril de 1822, en Cuenca, dirigida á Arenales, le dice : « Un rompimiento no me » ha parecido prudente ni conveniente á la causa general. En el caso » que se halla el general Sucre, sí creo que abrazará este partido, por- » que de todos modos era perdido. Yo soy testigo de su situación que lo » autoriza para todo ; así es que no he extrañado en sus contestaciones, » y en una entrevista que tuve con él, al verlo resuelto á oponerse á toda » costa ». (M. S. Arch. San Martín, vol. LX.)

(27) Ofi. de 2 y carta de 3 de abril de 1822, de Santa Cruz á Arenales, en que dice : « He tocado todos los medios para dar cumplimiento á la » orden, reservando el de la fuerza, por parecerme extremo para vencer » la fuerte oposición que me ha presentado el general Sucre. — Yo no » reflexioné ni debo hacerlo para dar cumplimiento á la orden que debo » obedecer ciegamente ; pero como no se me ha dicho que *á toda costa*, » he temido el último caso : más tarde se hará si se repite la orden con » aquella expresión. — Yo creo que no se me desaprobará haya prefe-

quedó amistosamente arreglado entre Sucre y Santa Cruz, y cuandos pocos días después llegó la contra-orden de San Martín revocando la mal aconsejada resolución del gobierno peruano, ya la campaña estaba abierta y la bandera auxiliar comprometida en el fuego (11 de marzo de 1822).

VI

La situación de los realistas en Quito, si no desesperada, era dificilísima. Aislados en medio de las montañas, sólo contaban con 2,000 hombres, aunque de buenas tropas, para defender la capital, que si bien podían disputar con ventaja los pasos de la cordillera occidental, eran impotentes para tomar la ofensiva. Pasto se sostenía siempre indomable, pero su nervio había sido quebrado en Bomboná, y Bolívar reforzado con nuevos contingentes de Nueva Granada, se disponía á atravesar otra vez el Juanambú. El capitán general Murgeón había muerto de pesadumbre contemplando el triste estado de su causa. Aymerich había vuelto á reasumir el mando. La primitiva combinación de la campaña se rehacía en mejores condiciones, y Bolívar por Pasto y Sucre reforzado por el Pacífico, convergían sobre Quito. Para contrarrestar esta combinación, Aymerich echó á vanguardia 1.500 hombres de su ejército sobre las vertientes occidentales de la cordillera, al mando del coronel Nicolás López, pero con orden de ceder

---

» rido un mal á otro mayor, como el de un rompimiento : es verdad » que por no creerme autorizado. En el consejo de una junta de » guerra todos fueron del mismo parecer ». (M. SS. Arch. San Martín, vol. LX.)

el terreno, no comprometer batalla y replegarse hacia la capital al amparo de las fuertes posiciones naturales y fortificadas que la rodean. En ejecución de este plan espectante, el grueso del ejército español se había situado en Río Bamba. Al moverse Sucre de Cuenca y dar dirección á sus divisiones diseminadas en su círculo estratégico, intentó el enemigo impedir su concentración; pero verificada ésta metódicamente y con prudencia, limitóse á permanecer en observación en las alturas.

Sucre, contaba con 2.500 hombres al abrir su campaña, incluyendo el batallón colombiano que conducía el coronel Córdoba. Desde Cuenca, siguió faldeando la cordillera occidental, y descendió al valle de Río Bamba, al pie del Chimborazo. Las comunicaciones con Guayaquil quedaron desde entonces abiertas, y su retaguardia y flancos asegurados. Los independientes provocaban con empeño una batalla; pero el enemigo, iba cediendo el terreno y se mantenía á la estricta defensiva en posiciones inexpugnables. Observando Sucre que había descuidado cubrir sobre su izquierda una quebrada, único paso accesible, que defendido por 200 hombres podía contener la marcha de un ejército, penetró por allí, mientras llamaba la atención por el frente, y amagando su retaguardia, desplegó su línea de batalla en el valle opuesto (21 de abril de 1822). Esta fué la ocasión de uno de los más brillantes combates de caballería de la guerra de la independencia americana.

Los realistas excusaron el combate á que eran provocados, y se pusieron en retirada, ocupando otra posición más á retaguardia de la villa de Río Bamba, con su caballería al frente. Sucre dispuso que un escuadrón de Dragones de Colombia y los Granaderos de los Andes practicasen un reconocimiento del terreno. El escuadrón argentino atravesó la villa, y formó detrás de un mamelón de sus arrabales del norte, á cuyo pie se extendía una llanura. La caballería enemiga, que cons-

taba de cuatro escuadrones con 420 hombres, iniciaba en ese momento un avance en columnas paralelas. En esta formación, se introdujo en un ancho callejón, que le obligó á disminuir su frente, estrechando los intervalos. Lavalle, con su golpe de vista, se aprovechó de esta falsa maniobra y cargó á fondo sable en mano con sus noventa y seis Granaderos, poniendo en completa derrota á los realistas y los acuchilló hasta el pie de las posiciones que ocupaban sus masas de infantería. Antes que los vencidos pudiesen reaccionar, emprendió su retirada al trote, para recibir la nueva carga que le venía, lo más distante posible de la infantería. En ese momento llegaban treinta dragones de Colombia que siguieron su movimiento retrógrado. La caballería realista rehecha, volvió al ataque á gran galope. Los Granaderos argentinos, sostenidos por los treinta dragones colombianos formados en escalón sobre su izquierda, volvieron caras y envolviendo á los escuadrones realistas los acuchillaron por segunda vez por la espalda, hasta el fondo de la llanura. Cincuenta y dos muertos y cuarenta heridos del enemigo (con la pérdida tan sólo de un granadero argentino y un dragón colombiano muertos y veinte heridos), fueron los despojos de este famoso combate, que anuló toda la caballería española por todo el resto de la campaña (28).

---

(28) Restrepo en su « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, página 208, hace una breve y confusa descripción de este combate, que llama « brillante », poniendo en primera línea á los dragones de Colombia, sin nombrar á Lavalle, ni determinar la nacionalidad de los Granaderos. — M. A. López testigo ocular en sus « Recuerdos históricos », pág. 55 hace honor á la audacia de Lavalle, — á quien llama Lavallen, — si bien exagera un tanto la participación de los granaderos de Colombia en la segunda carga. — Sucre en su parte oficial de 23 de abril de 1822, inserto en los « Docs. para la Hist. del Libertador », núm. 2017, hace la merecida justicia á Lavalle, — á quien llama Lavayen, aunque omite como Restrepo determinar la nacionalidad de su escuadrón. « Mandé, » — dice, — que el escuadrón de granaderos y el de dragones, hiciesen

VII

Después del combate de Río Bamba, el ejército español continuó su retirada y se hizo fuerte en las inaccessibles posiciones de Jalupana, donde en 1813 habíanse atrincherado los revolucionarios de Quito y que fueron flanqueadas por Montes en su famosa marcha antes relatada (véase cap. XXXVIII, § VIII). Sucre convocó una junta de guerra, y todos fueron de opinión de imitar la hábil maniobra del general español en aquella época, pero dentro de líneas más precisas y con objetivos más claros, á fin de rodear las posiciones inatacables por el frente, envolver uno de sus flan-

---

un reconocimiento de las fuerzas enemigas, y comprometiesen sus cuatro escuadrones. Á poca distancia de la población (de Río Bamba), el bravo escuadrón de granaderos que se había adelantado, se halló improvisadamente al frente de toda la caballería española, y tuvo la elegante osadía de cargarla y dispersarla, con una intrepidez de que habrá raros ejemplos. Los cuatro escuadrones españoles protegidos de su infantería, pudieron volver caras contra nuestros granaderos, pero apoyados ya éstos por los dragones, hicieron una segunda carga más brillante, si puede decirse, que la primera en que al frente de toda la división enemiga, fué derrotada completamente su caballería, dejando sobre el campo 52 muertos, incluso tres oficiales, y llevando más de 42 heridos. El comandante Lavayen (Lavalle) ha conducido su cuerpo al combate, con un valor heroico, con una serenidad admirable. Sus oficiales se han distinguido particularmente ». — Lavalle ha descrito este combate, en un opúsculo que se publicó en 1826 bajo el título de « Contestación del coronel D. Juan Lavalle al « Cóndor de Bolivia », que es un modelo de narración militar. — Ceballos : « Resumen de la Hist. del Ecuador », repite con variantes el parte de Sucre, haciendo ascender la pérdida de los españoles á 25 muertos y 40 heridos. — Bolívar honró la hazaña, dando al escuadrón argentino el titulo de « Granaderos de Río Bamba ».

cos, y tomar la retaguardia del enemigo ; y en último caso estrecharlo sobre la ciudad obligándolo á una batalla decisiva.

El 13 de mayo (1822), inició su movimiento estratégico el ejército independiente, por un camino que ascendiendo del volcán del Cotopaxi conducía á retaguardia del enemigo y rodeaba su flanco izquierdo por el este. Después de una marcha de cuatro días al través de las heladas cimas de la montaña, descendió al valle de Chillo, á veinte kilómetros de Quito (17 de mayo). Los realistas apercibidos, se habían replegado con anticipación sobre la ciudad, y la cubrían por el sud, situados en posiciones impenetrables esquivando el combate á que eran provocados fuera de ellas (22 y 23 de mayo). El general republicano se propuso entonces maniobrar por el flanco derecho del enemigo y trasladarse al norte de la ciudad á fin de cortar sus comunicaciones con Pasto, de donde Aymerich esperaba una columna de refuerzo, que estaba en camino, según comunicaciones que se interceptaron. Para ejecutar esta operación era necesario seguir un camino escabroso por la falda del volcán de Pichincha, coronado por cuatro picos nevados, en que las columnas tenían que marchar en desfilada. Á las 8 de la noche del 23 de mayo, bajo una lluvia, emprendió su marcha por aquella estrecha ruta el ejército independiente. Á las 8 de la mañana del siguiente, la vanguardia coronaba las alturas del volcán que domina á Quito, y á cuyo pie se desenvuelve una áspera cuesta cubierta de bosques y matorrales.

Antes que todo el ejército independiente hubiese operado su reunión, los españoles trepaban la cuesta cubiertos por el bosque, y atacaban al batallón núm. 2 del Perú que llevaba la cabeza y debía ocupar la derecha de la línea. Eran las 9 1/2 de la mañana. El coronel Olazábal que lo mandaba, contuvo el ímpetu del ataque por el espacio de media hora, hasta agotar sus municiones. El batallón núm. 4 del Perú, que lo re-

levó en el fuego, recluta y sin el nervio de los soldados del núm. 8 de los Andes, se sobrecogió al encontrarse frente de todo el ejército enemigo, y cejó en el primer momento ; pero luego reaccionó con brío. El terreno era estrecho para los despliegues, lo que favorecía á los independientes, que retardados en su marcha tenían que entrar en pelea á medida que coronaban la cima de la montaña. Sucesivamente fueron entrando en línea los batallones colombianos, relevándose en el fuego hasta agotar sus municiones, pues el parque había quedado á gran distancia á retaguardia. El enemigo ganaba terreno. Una carga á la bayoneta del batallón colombiano Paya equilibró el combate. Los realistas procuraron entonces flanquear la izquierda independiente á favor de la espesura del bosque, y ya alcanzaban la cima, cuando aparecieron tres compañías del famoso batallón inglés « Albión », y tomaron por el flanco á los flanqueadores, derrotándolos. El coronel Córdoba con el centro, sostenido por las compañías del « Albión », completó la victoria, echando cuesta abajo el resto del ejército enemigo, que se refugió en la ciudad al abrigo de sus fuertes. Eran las doce del día 24 de mayo de 1822.

La caballería española había presenciado el combate, formada en los suburbios de Quito, y era la reserva con que contaba Aymerich para retirarse á Pasto. La caballería independiente, que no tomó parte en la batalla, por no permitirlo el terreno, fué lanzada en su persecución, obligándola á ponerse en fuga y dispersarse más tarde. El general Sucre intimó rendición á la ciudad. Aymerich capituló, entregando las fortalezas, las tropas y el armamento (25 de mayo de 1822). Los realistas perdieron : 1.100 prisioneros de tropa y 160 jefes y oficiales capitulados ; 400 muertos, además de 190 heridos ; 14 piezas de artillería ; 1.700 fusiles y sus banderas. Los independientes tuvieron 200 muertos de los cuales cerca de la mitad correspondían á los batallones pe-

ruano-argentinos, y 140 heridos de las dos divisiones aliadas (29).

Esta victoria, obtenida por el común esfuerzo de las armas de la insurrección del sud y del norte de la América meridional, reunidas por la primera vez, puso el sello á la alianza continental.

VIII

Las batallas de Bomboná y Pichincha pusieron término á la guerra del norte de la América meridional, y cuadraron el territorio de Colombia, según el plan geográfico de su constitución. Bolívar, que después de Bomboná se había replegado á Patía y reorganizado un nuevo ejército de 2.000 hombres, según queda relatado, propuso una capitulación á la provincia de Pasto, precisamente en el mismo día en que Sucre trepaba el volcán de Pichincha para dar la batalla que debía poner término á la campaña y dar fuerza á la

(29) Para la descripción de esta batalla hemos tenido presente: 1.° Partes oficiales de Sucre de 25 y 28 de mayo de 1822. — 2.° Parte oficial de Santa Cruz de 28 de mayo de 1822. — 3.° M. A. López (actor en la batalla): « Recuerdos Históricos », pág. 71 y sig. — 3.° Lavalle (testigo presencial): « Contestación al *Cóndor de Bolivia*, op. cit. — 4.° Torrente (autoridad española): « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. III, página 377 y sig.— Restrepo (historiador colombiano): « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III. pág. 210 y sig. — Ceballos (historiador ecuatoriano): « Resumen de la Hist. del Ecuador », t. III, pág. 385 y sig. — Informes verbales del general Félix Olazábal, actor en la batalla. — Algunos historiadores dan 300 muertos á los independientes, tomando este dato del parte de Santa Cruz, que incluye los heridos. Sucre sólo da 200 muertos en su parte oficial, y esta es la versión que seguimos. Los muertos de los batallones peruano-argentinos fueron noventa y seis y sesenta y siete heridos. En cuanto á la denominación de los batallones peruano-argentinos que damos al núm. 2 y al núm. 4 del Perú, ella se justifica porque el primero tenía por base y nervio una compañía veterana del núm. 8 de los Andes, y ambos eran mandados por jefes argentinos.

intimación del Libertador paralizado en sus operaciones. La noticia de la derrota del ejército de Quito decidió al coronel Basilio García á capitular. Pero los indomables pastusos fanatizados, que aun contaban con 2.000 hombres armados, se resistían á abatir su bandera, y querían continuar, aunque fuese solos, su resistencia. « Guerra á los rebeldes y á los herejes », era su grito. Fué necesario que García llamase en su auxilio al obispo de Popayán, Jiménez de Padilla, que hasta entonces había inflamado á los realistas del valle de Cauca y á los pastusos con sus predicaciones, combatiendo á su cabeza con la cruz y con la espada, y los persuadiese de que debían deponer las armas. Merced á esta poderosa influencia espiritual, firmóse una capitulación en que se concedió sin restricciones á los pastusos todo lo que pidieron (8 de junio de 1822). Se reconoció á los capitulados el derecho de no tomar partido contra su voluntad en favor de Colombia, ni ser destinados en ningún tiempo á los cuerpos vivos del ejército de la república, manteniendo su organización de milicias urbanas en sus respectivos distritos, sin que jamás pudieran ser obligados á salir fuera de su territorio. Otra de las condiciones estipuladas, fué, que « no hubiese la más mínima alteración en cuanto á la sagrada religión C. A. R. y á lo inveterado de sus costumbres », que fué concedida por el Libértador declarando : « que la república de Colombia se » gloriaba de estar bajo la protección de la religión de Jesu» cristo y no cometería jamás el impío absurdo de alterar» la » (30). El Libertador entró triunfante en Pasto, y tuvo así la gloria de someter pacíficamente á la indomable provincia realista, que por el espacio de diez años había resistido á todos los ejércitos de Colombia, había hecho frente durante

(30) Capitulación de Pasto, ratificada por Bolivar el 8 de junio de 1822. (Docs. para la Hist. del Libertador », núm. 2038.)

los últimos ocho meses de la campaña á no menos de nueve mil soldados aniquilando más de la mitad de ellos, y obligado la mismo Bolívar á retroceder quebrado ante sus armas, salvando al fin su autonomía bélica. Bolívar, embriagado por la gloria, se dirigía á los colombianos: « Desde las riberas » del Orinoco hasta los Andes del Perú, el ejército libertador » marchando de triunfo en triunfo ha cubierto con sus armas » protectoras toda la extensión de Colombia. Participad del » océano de gozo que inunda mi corazón, y elevad en los » vuestros altares al ejército libertador, que ha dado gloria, » paz y libertad » (8 de junio).

La deificación de los ejércitos de Colombia, levantados á los altares por su libertador, inauguraba el pretorianismo sud-americano, que debía pesar sobre la América independizada y acabar con el Libertador. Los soldados de Colombia, ensoberbecidos con sus triunfos, identificándose con la fortuna y el espíritu de su gran caudillo, empezaron á tratar á los pueblos libertados como pueblos conquistados. Los vencedores de Pichincha, enarbolaron en Quito las banderas de Colombia, declarándolo incorporado de hecho á la gran república en presencia de las tropas auxiliares que habían concurrido á su libertad. La municipalidad de Quito protestó contra este avance, que contrariaba los votos de la mayoría de los ciudadanos y ajaba la dignidad popular que representaba. Los municipales fueron desterrados militarmente en castigo de esta resistencia de mera forma (31). Sucre, no obstante trabajar en el mismo sentido, pero con habilidad y moderación, reparó esta inútil violencia, y desarmó la oposición, perfec-

---

(31) Este hecho que silencian los historiados colombianos, está consignado en un escrito notable publicado en los periódicos de Nueva Granada y Panamá con el título de « Historia de la escuela boliviana en Colombia », que se refiere al acta publicada en *El Genio del Rimac*, de Lima, de 2 de noviembre de 1823, periódico de la época.

cionando el acto con formas más regulares (29 de mayo). Cuando Bolívar llegó á Quito, todo estaba sometido á las bayonetas colombianas. Los libertados recibieron al Libertador con entusiasmo, votándole la entrada triunfal que venía buscando, y una nueva y merecida corona de oro imitando laureles, como la de Caracas y Bogotá (16 de junio de 1822).

Los dos libertadores del norte y del sud, proclamaron entonces á la faz del mundo, la gran alianza de las armas triunfantes de la insurrección sud-americana, sellada en Pichincha. Bolívar decía desde Quito á San Martín: « Los » beneméritos libertadores del Perú han venido con sus ar- » mas vencedoras á prestar su poderoso auxilio en la cam- » paña que ha libertado tres provincias del sud de Colombia. » No es nuestro tributo de gratitud el de un simple homenaje, » sino el deseo más vivo de prestar los mismos y aun más » fuertes auxilios, si es que ya las armas libertadoras del sud » de América no han terminado gloriosamente la campaña » que iba á abrirse. El ejército de Colombia está pronto á » marchar donde quiera que sus hermanos lo llamen » (32). San Martín contestaba, que « los triunfos de Bomboná y Pi- » chincha habían puesto el sello de la unión de Colombia » y del Perú, asegurando la libertad de ambos estados, y que » consideraba bajo un doble aspecto estos sucesos, consuma- » da con heroismo la obra del Libertador, siendo el Perú el » único campo de batalla que quedaba en América » (33).

Toda la América meridional estaba independizada y barrida de enemigos desde Méjico hasta el Cabo de Hornos: sólo quedaba Puerto-Cabello en Colombia y una parte del Perú

(32) Ofi. del Presidente de Colombia al Protector del Perú, de 17 de junio de 1822. « Cartas del Libertador », en *Memorias* de O'Leary, tomo XXX, pag. 245.

(33) Ofi. de San Martín á Bolívar de 13 de julio de 1822, que después se citará textualmente in extenso.

por libertar. Hacia el Perú convergían los ejércitos triunfantes de la insurrección sud-americana, y sus dos grandes libertadores iban á encontrarse bajo la línea divisoria de sus campañas continentales y punto de reunión de sus armas aliadas. El plan de campaña continental de San Martín estaba ejecutado en el sud y el de Bolívar en el norte. La historia no presenta ejemplo de una combinación militar más vasta, que se desenvuelve con método al través de un mundo, se prosigue con perseverancia por el espacio de doce años, y da por resultado la concentración de las fuerzas revolucionarias en el punto estratégico de la victoria final, obedeciendo á la ley que las gobierna y á la inspiración sistemática de los generales que las dirigen.

CAPÍTULO XLV

GUAYAQUIL

AÑO 1822

Armonías de la revolución sud-americana. — Diverso carácter de las evoluciones del sud y del norte de la América meridional. — Dos hegemonías y dos libertadores. — Conflictos y antagonismos. — La cuestión de Guayaquil. — Derrota de los guayaquileños. — Luzuriaga jefe de las armas de Guayaquil. — Negociaciones de Guido con Guayaquil. — Intervención colombiana en Guayaquil. — Nudos de la cuestión de Guayaquil. — Acuerdos secretos entre San Martín y la junta de Guayaquil. — Actitud resuelta de Bolívar en la cuestión de Guayaquil. — Examen histórico-legal de la cuestión de límites de Guayaquil. — Desinteligencia de San Martín y Bolívar con este motivo. — Intervención de San Martín en Guayaquil. — Examen de esta actitud. — Prospecto siniestro.

I

Hasta aquí hemos seguido paralelamente la marcha de los acontecimientos y el desarrollo de los principios constitutivos de la emancipación sud-americana, en sus formas elementales, en sus evoluciones orgánicas y en sus fenómenos alternativos, dentro del círculo de atracción de sus armonías. Lo irreductible de la embrionaria masa animada, el sincronismo de sus vibraciones, sus gravitaciones mutuas, manifiestan una ley superior que se concreta en una insurrección articulada. Los enlaces étnicos, geográficos y sociológicos de los pueblos puestos en conmoción, la convergencia de sus marchas estratégicas, la dirección constante de las fuerzas vivas y su condensación en los puntos donde deben producir su efec-

to, dan su unidad al movimiento revolucionario. La genialidad democrática del conjunto de elementos, fuerzas y voluntades que se combinan; el equilibrio inalterable de los instintos populares; la adaptación de órganos apropiados para una vida nueva; la impotencia de las invenciones artificiales y de las influencias fuera del círculo vital para reaccionar contra las tendencias espontáneas; la ley del destino que se impone á despecho de todo y la lógica de los hechos coherentes que prevalece en la organización republicana, revelan un determinismo político, que está en el medio ambiente, en los hombres, en las cosas y responde á una necesidad vital de la revolución misma. Hasta aquí las armonías.

Á medida que la lucha de la independencia se simplificaba por la concurrencia de los comunes esfuerzos, el movimiento revolucionario se hacia más complicado en su conjunto. Los antagonismos y sus conflictos aparecen simultáneamente con las armonías de la emancipación, por el efecto de las acciones y reacciones de sus elementos ingénitos en actividad y en conjunción. Hasta aquí, la atracción física de las masas es la que por su gravedad determina su dirección y sus agrupaciones coherentes. En adelante, empiezan á diseñarse los particularismos que derivan de su propia naturaleza; á intervenir los intereses y las pasiones de los hombres puestos en contacto; á despertarse las incompatibilidades, emulaciones y rivalidades nacionales y personales; y hasta el temperamento de los caudillos que presiden en sus partes al complicado movimiento colectivo, será un nuevo factor, que acelerará la crisis, y produciendo un choque, provocará colisiones y repulsiones. Empero, las líneas fundamentales del plan general de la revolución sud-americana, no se alterarán por estos desvíos accidentales; los instintos, convertidos en ciencia y conciencia prevalecerán y encontrarán su equilibrio, y la organización definitiva en sus partes y en su conjunto obedecerá á la misma ley que puso en movimiento las

fuerzas, las condensó, y les hizo producir la mayor suma de trabajo útil en la lucha por la emancipación. Ni la confusión que acompaña á la concentración de las dos hegemonías continentales, ni la acción oficial de los gobiernos, ni la influencia misteriosa de las sociedades secretas, ni las conjuraciones de los poderes absolutos del mundo entero contra los principios de la democracia, ni la espada misma de los libertadores, echadas por una parte en el platillo de la monarquía y por la otra en el de la monocracia, podrán alterar el equilibrio estable del americanismo republicano y de las autonomías soberanas. San Martín y Bolívar, dos genios, dos fuerzas, los dos libertadores del sud y del norte de la América meridional, desaparecerán de la escena después del triunfo de sus armas, uno después de otro, quedando triunfante la república, sin dejar rastros el uno de sus planes monarquistas, ni el otro de sus ambiciones y sueños de absorción continental, y se ordenarán por último los elementos orgánicos que la revolución entrañaba, según su naturaleza en la proyección de sus destinos finales.

Lo que más contribuía á hacer inminente el conflicto entre la revolución del sud y del norte — aparte del carácter de sus caudillos, — era la diversa organización de sus fuerzas políticas y el impulso á que respondían. De dos masas que se refunden, la acción inicial de la una tiene que preponderar sobre la otra, aunque al fin el equilibrio estático se establezca. Tal sucedió en la condensación de las fuerzas batalladoras y redentoras de América meridional, y en la conjunción de sus dos grandes caudillos en el momento de completar su evolución simultánea. Eran dos revoluciones, que representaban dos hegemonías armadas, que en sus tendencias seguían sistema diverso por sus medios, aunque no por sus fines. La una, — la del sud, acaudillada por San Martín, — representaba la emancipación de las diversas secciones americanas por un principio de solidaridad, entre-

gándoles sus propios destinos una vez libertadas. La otra, — la del norte, representada por Bolívar, — obedeciendo á la misma tendencia, respondía á un plan de absorción nacional, de grado ó por fuerza, que dada su impulsión pretendería convertirse en regla dominadora del continente emancipado por la acción de sus armas. Bolívar, libertador de Nueva Granada, le había impuesto, á título de vencedor, su incorporación á Venezuela. Libertador de Quito, pretendía imponerle su incorporación á Colombia, como más tarde impondría al alto y bajo Perú su constitución monocrática y sus presidentes vitalicios, contrariando los particularismos y falseando las leyes fundamentales de la democracia. De aquí la inminencia del conflicto de las fuerzas y el antagonismo de los principios constitutivos.

Guayaquil era el punto donde debía necesariamente manifestarse este antagonismo y producirse este conflicto por el encuentro de los dos caudillos del sud y del norte. Alrededor de Guayaquil giraban todos los movimientos concéntricos de los dos grandes libertadores al efectuar su conjunción, y Guayaquil decidiría de sus destinos.

II

Dijimos antes, que la provincia de Guayaquil, al efectuar su revolución y declarar su independencia, poniéndose á la vez bajo la protección de las tropas de San Martín y de Bolívar, á manera de estado mediatizado, se convertiría en una manzana de discordia entre los dos libertadores (véase cap. XXVII, § II). Uno y otro aceptaron el indefinido protectorado : el primero con el pensamiento de incorporarla al Perú, y poner un pie en el norte ; con la resolución el segundo de anexarla á Colombia y penetrar al sud. San

Martín envió cerca del nuevo gobierno revolucionario á sus edecanes Guido y Luzuriaga, con la misión ostensible de saludarlo; pero su verdadero objeto era negociar una alianza que lo colocase bajo su dependencia militar (noviembre de 1820). Á su arribo á Guayaquil, los comisionados encontraron la situación cambiada. Las armas guayaquileñas habían experimentado un serio revés en su primer ensayo (1). La primitiva junta de gobierno había caído y sido sustituída por otra que representaba por el momento la política de la independencia de la provincia insurreccionada, aunque inclinándose del lado del Perú.

El gobierno de Guayaquil, al responder al llamado de sus partidarios del interior, y aprovechando la circunstancia de hallarse fraccionado el ejército realista por las atenciones de la guerra de Pasto, se propuso extender la insurrección en todo el territorio y apoderarse de la capital del reino. Al efecto, puso en campaña un cuerpo de ejército de 1,500 hombres, cuyo mando confió al oficial venezolano Luis Urdaneta, uno de los promotores de su movimiento. Urdaneta se apoderó fácilmente de la provincia de Cuenca y marchó sobre Quito. Una columna como de 600 hombres de tropas regulares á órdenes del coronel Francisco González, salió á su encuentro, y á pesar de la notable inferioridad

---

(1) Paz Soldán en su « Hist. del Perú Indep. », pág. 79, incurre en un error, que han repetido otros historiadores siguiéndolo, cuando dice, que « á la llegada de los comisionados de San Martín, Guayaquil estaba cons» ternado con el desastre sufrido por las tropas de Colombia en la jor» nada de Huachi ». El error proviene, de que son dos las derrotas de Huachi y de Ambato, como indistintamente se denominan ambas : — la primera, que es de la que se trata, es la que sufrieron las tropas de la junta independiente de Guayaquil el 20 de noviembre de 1820, según se explicará más adelante : — la segunda, la de las tropas colombianas y guayaquileñas unidas al mando de Sucre, el 12 de setiembre de 1821, según se explicó en el cap. XLIV, § II. Las dos fueron en el mismo sitio y se les da indistintamente el nombre de Huachi ó de Ambato.

numérica, lo derrotó completamente de la llanura de Huachi (ó Ambato) causándole una pérdida de 500 hombres entre muertos, heridos y prisioneros (20 de noviembre de 1820). Un animoso oficial argentino (de Tucumán), llamado José García, se puso al frente de las reliquias del ejército guayaquileño reforzado con algunos reclutas, y salió en busca del enemigo para vengar la derrota de Ambato. Fué igualmente derrotado en Tanizahua, al pie del Chimborazo, con la pérdida de casi toda su división (3 de enero de 1821). García cayó prisionero, fué pasado por los armas en el campo de batalla, y su cabeza remitida á Quito como trofeo colgóse para escarmiento en una jaula de hierro en el puente de Machángana, á la entrada de la ciudad (2).

Á pesar de la consternación producida por el desastre de Ambato, los comisionados fueron recibidos con entusiasmo por el pueblo y el gobierno, como precursores de un eficaz auxilio. Luzuriaga fué nombrado comandante en jefe de los restos del ejército guayaquileño, que reorganizó con inteligencia y actividad, situándose en Babahoyo para hacer frente al enemigo triunfante, cuyo avance contuvo (3). Guido por su parte, abrió con el gobierno las negociaciones que estaba especialmente encargado de conducir de acuerdo con su colega (diciembre de 1820). Las instrucciones le prevenían ajustar una convención militar, por la cual todas las tropas de la provincia quedaran exclusivamente á órdenes

---

(2) Ceballos : « Resumen de la Hist. del Ecuador », t. III, pág. 237 y sig. y pág. 245-246.

(3) Los historiadores ecuatorianos y colombianos silencian este hecho, que consta de documentos oficiales emanados de la junta de Guayaquil, así como de los actos del cabildo y de la petición de las señoras de la misma ciudad agradeciendo sus servicios y rogándole continuase en el mando de las armas, que se publicó en los periódicos de la época. — Véase « Memoria » imp. de Luzuriaga, pág. 28 y sig. donde se registran los documentos.

de San Martín, con facultad de removerlas según las necesidades de la guerra. Su objeto inmediato, á la vez de establecer un principio de dependencia, era dominar mejor desde la frontera de Quito el territorio limítrofe de Trujillo, que aun no se había pronunciado, y que por este tiempo estaba ocupado por una división realista de 1,500 hombres, que amagaba por la espalda la posición que él ocupaba en Huaura. También tenía encargo de negociar un empréstito en dinero. La junta, llena de vacilaciones y desconfianzas y coartada por la insubordinación de sus tropas, únicamente se prestaba á recibir un cuerpo de 200 veteranos para formar sobre esa base un nuevo ejército, con la promesa de enviar más adelante al Perú un contingente de 400 reclutas del país. Guido hubo de aceptar este convenio; pero bien aconsejado por Luzuriaga, á quien consultó, negóse á firmarlo, y acordó que se le comunicase en forma de propuesta *ad-referèndum* (4). Habiendo sobrevenido la estación de las inundaciones que paralizaban las operaciones militares, y á cubierto la provincia de una invasión de parte de Quito después de la derrota de García en Tanizahua, Luzuriaga renunció el mando de las armas (enero de 1821) de conformidad con nuevas instrucciones de San Martín y se retiró juntamente con Guido (5).

San Martín no se hallaba en aptitud de socorrer á Guaya-

---

(4) Cartas M. S. S. de Olmedo, Guido y Luzuriaga de 7 de diciembre, 20 ídem, 22 ídem, y 23 ídem de 1820 en Guayaquil. (« Memoria » M. S. de Luzuriaga, cit., en Arch. San Martín, vol. LXXII.)

(5) « Veo lo que me dice del estado en que esa se encuentra. Digo de » oficio, que si su presencia no es necesaria, regrese al ejército. Sólo el » ruego de los diputados de Guayaquil me hizo enviarle. Me sería sen- » sible que algunos creyesen que su presencia en esa era con miras po- » líticas. Conoce V. mi carácter y sentimientos. Yo sólo deseo la inde- » pendencia de la América del gobierno español, y que cada pueblo, si es » posible, se dé la forma de gobierno que le sea más conveniente ». (Carta de San Martín á Luzuriaga de 7 de diciembre de 1820, en « Memoria », imp. de Luzuriaga, cit. pág. 36.)

quil, ni de ejercer presión sobre su gobierno; sus fuerzas eran apenas suficientes para mantener en jaque al enemigo en Lima y atender á la campaña de la sierra. Por otra parte, habiendo proclamado Trujillo la independencia, y dominado ya todo el norte del Perú hasta la frontera de Quito, la concurrencia de fuerzas auxiliares no le era tan necesaria, por lo que adoptó desde entonces una política prescindente respecto del nuevo estado que se había puesto bajo su protección. Fué entonces cuando Bolívar envió á Sucre al frente de una división á Guayaquil, con el doble objeto de preparar su anexión y de concurrir por el Pacífico á la campaña combinada del sud de Colombia (11 de mayo de 1821). La presencia de las tropas del Libertador, que asumieron una actitud provocativa, trajo algunos disturbios, promovidos por los partidarios de la anexión á Colombia, que aunque en minoría, contaban ser apoyados por las bayonetas auxiliares. Sucre, sin dejar de trabajar en el mismo sentido por medios cautelosos, aplazó prudentemente la cuestión, según se explicó antes, y consiguió al fin apoderarse del mando de las armas de la provincia, que le aseguraba el dominio de hecho (Véase cap. XLIV, párrafo II).

El triunfo de Sucre en Huachiri y su derrota posterior de Huachi, á que siguió la retirada de Bolívar de Pasto después de Bomboná, hizo perder á los colombianos en Guayaquil su preponderencia militar y política. Los guayaquileños y hasta el mismo Sucre, volvieron sus ojos hacia el Protector del Perú, que dueño ya de Lima al frente de un fuerte ejército y con el dominio de las aguas, era el único que podía prestarles un pronto y eficaz auxilio en la peligrosa situación que atravesaban. Fué entonces cuando San Martín decidió tomar parte en la guerra de Quito, que ha sido ya relatada, y terminó con la victoria de Pichincha (Véase cap. XLIV, § IV).

Pendientes los arreglos sobre el auxilio que el Perú prestaría para poner término á la guerra de Quito, sobrevino un

incidente que hubo de interrumpirlos. El distrito de Puerto Viejo, encabezado por su cabildo, proclamó su incorporación á Colombia (16 de diciembre de 1821). El gobierno consideró este acto como una rebelión, y trató de emplear las armas para reprimirlo. La oficialidad colombiana apoyó ruidosamente la actitud de los anexionistas, promovió asonadas, fomentó la deserción de las tropas del país y aun intentó apoderarse por sorpresa del parque y cuarteles de la ciudad (21-24 de diciembre). La junta, sostenida por el pueblo, estaba resuelta á mantener su autoridad. La guerra civil podía encenderse ó producirse con éscandalo al frente del enemigo. Felizmente Sucre, que ostensiblemente no había tomado participación en estos manejos, asumió al fin el papel de mediador entre los disidentes y el gobierno, moderando el ardor de sus subordinados, y todo volvió á entrar aparentemente en orden. El general colombiano, temiendo que estos incidentes pudieran interrumpir ó retardar los auxilios de que necesitaba para abrir su campaña, se apresuró á dar explicaciones sobre ellos al gobierno del Perú : « La situación local de esta provincia, » — escribía al ministro Monteagudo, — y la relación de sus » intereses con el Perú, me determinan á hacer esta manifes- » tación para que el Protector no sea avisado siniestramente » de los hechos; que creo S. E. aceptará como mi deseo de » enterarlo en todo cuanto pueda concurrir al bien común de » los americanos. Sin mezclarme en la cuestión (interna) yo » pensé, que la unidad de la provincia era necesaria, no sólo » en las circunstancias en que debemos presentarnos en masa » al enemigo, sino para evitar un ejemplo de disolución social » en las provincias limítrofes que darían que hacer á sus » gobiernos con pretensiones semejantes » (6). Todo esto no pasaba de un remiendo en falso.

---

(6) Carta ofi. de Sucre al ministro de gobierno del Perú, Monteagudo.

Como antes se apuntó, la cuestión de Guayaquil tenía tres nudos, que convenía desatar sin romper : la independencia que había proclamado la provincia; su incorporación al Perú ó su anexión á Colombia. San Martín resolvió prudentemente aplazarla, proponiendo su solución por la vía diplomática, en el sentido de garantir el voto libre de Guayaquil, que en el estado de la opinión esperaba diese por resultado la incorporación al Perú. La junta, presidida por Olmedo, era partidaria de esta combinación, manteniendo mientras tanto su independencia (7). El Protector, al acreditar como ministro cerca del gobierno de Guayaquil al general Francisco Salazar (30 de noviembre de 1821) le dió en consecuencia instrucciones espectantes, que como todas las posiciones espectantes en presencia de un contendor resuelto, debía dar por resultado una derrota segura desde que no se preveía la apelación á la fuerza. Las instrucciones, prevenían á Salazar, proceder con doble cuidado en no intervenir sobre la forma definitiva de gobierno que quisiese adoptar la provincia, ni sobre la independencia ó su incorporación al Perú ó á Colombia, librando este punto á la espontaneidad de la mayoría del pueblo, cuya voluntad debía observar con sagacidad y precaución (8). En el fondo de todo esto, estaba el pensamiento secreto de la incorporación de Guayaquil al Perú, y el auxilio prestado á Sucre, respondía á él á la vez que á la terminación de la guerra de Quito. Puesto de acuerdo Salazar con la junta, arreglóse todo en el sentido del plan teórico del Protector.

Después de los abortados pronunciamientos relatados, la junta resentida, y apoyada por el sentimiento público cada

---

de 29 de diciembre de 1821. Véase su texto en Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », pág. 257 (nota).

(7) Ceballos : « Resumen de la Hist. del Ecuador », t. III, pág. 373.

(8) Instrucciones al ministro Salazar de 28 de noviembre de 1821, apud Paz Soldán, catal. M. S. núm. 245.

vez más divorciado de la causa de los colombianos, se dirigió en queja al representante diplomático del Protector, manifestándole que estaban oprimidos por la violencia de los soldados del Libertador, á quienes temían más que á los del rey (9). Para dar una base de fuerza á la opinión, fué nombrado comandante en jefe de las fuerzas guayaquileñas el general La Mar, que también respondía al plan de incorporación al Perú. En un principio, se pensó en confiar el mando de la división auxiliar peruano-argentina al mismo general La Mar, para contrapesar la influencia de Sucre, pero ya el coronel Santa Cruz se había puesto en campaña con ella, y San Martín, bien aconsejado por el presidente Olmedo, desistió de esta combinación (10).

---

(9) Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. », pág. 254. — Bolivar lo confirma en carta á la junta de Guayaquil, que se citará más adelante.

(10) Carta de Olmedo á San Martín, de 22 de febrero de 1822. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LXI). En prueba del perfecto acuerdo entre la junta de Guayaquil sobre el plan de incorporarse al Perú y su oposición á los colombianos, reproducimos un párrafo de la carta citada que esparce nueva luz sobre este punto oscuro: « Nuestro Salazar impondrá á » V. circunstanciadamente de todo. Este buen amigo se ha portado como » un agente honrado, eficaz y patriota. La mismo digo de La Mar, cuyo » carácter y honradez conoce V. bien. Todos merecen la consideración » de V. — El nombramiento de La Mar para el mando de la división (pe- » ruano-argentina) podría causar un efecto contrario al que nos propo- » nemos todos. Con la salida de las tropas (colombianas de Sucre) se ha » restablecido el orden, á lo menos en apariencia. Yo bien sé que el » fuego está cubierto con una ceniza engañadora; por tanto, una medida » de esta clase puede ser un viento que esparza la ceniza y quede el fuego » descubierto. Entonces el incendio civil es inevitable. Si La Mar va á la » división, será mal admitido, y no es difícil que se le tiendan redes. Sucre, » que muchas veces le ha ofrecido cordial ó ex-cordialmente el mando, » ahora lo tomaría á desaire, y no sabemos de lo que es capaz un » resentimiento colombiano. Los jefes y oficiales suyos, piensan, hablan » y obran lo mismo. No toda la división de Piura es de confianza. Estas » reflexiones y las que de ellas nacen, nos han hecho acordar que se sus- » penda el cumplimiento de la resolución de V. hasta que impuesto de » todo esto, y de los riesgos que nos amenazan (como puede V. tenerlo » por la comunicación que le dirigimos por extraordinario) tome una » medida grande, eficaz y poderosa ».

III

La actitud de Bolívar en la cuestión de Guayaquil, era más resuelta, y respondía á un plan político y militar más deliberado, teniendo de su parte la fuerza y el derecho, aun cuando no le acompañase la mayoría del pueblo que pretendía anexar á Colombia á toda costa. Era para él cuestión de poder nacional y de preponderancia americana, y como tal la encaró sin vacilaciones, de hito en hito. Así, al mismo tiempo que enviaba á Sucre con fuerzas para concurrir por el Pacífico á la campaña combinada sobre Quito, acreditaba cerca del gobierno del Perú en calidad de enviado diplomático á don Joaquín Mosquera, con el objeto de ajustar una liga americana y arreglar la cuestión de límites entre los dos estados colindantes (Véase cap. XXXV, § VI). En cuanto á lo primero, no fué difícil un acuerdo, aunque por el momento de mera forma, pues no tuvo inmediata ulterioridad. La negociación en lo relativo á límites presentó mayores dificultades. Colombia pretendía tener derecho sobre las provincias limítrofes de Jaen, Maynas y Quijos, que por su parte el Perú consideraba como suyas. No era posible resolver este punto litigioso, sin tocar la delicada cuestión de Guayaquil. El plenipotenciario Mosquera sostenía que esta provincia debía formar parte integrante de Colombia. El ministro Monteagudo, como representante del Perú, argüía, que habiendo reconocido su independencia, sería una contradicción consentir en tal estipulación, y propuso que se le dejara la libertad de agregarse á una ú otra república, según fuese su voluntad. Las instrucciones de ambos negociadores eran terminantes, y les prevenían no ceder en este punto, así es que todo arreglo sobre estas bases opuestas se hizo imposible. Empero, para no embara-

zar los tratados pendientes con cuestiones secundarias, se acordó dejar indeciso el punto, reservándolo para un convenio particular por medios conciliadores y pacíficos, con el compromiso moral por parte del Perú de que los habitantes de las provincias de Quijos y Maynas, situadas sobre la izquierda del Marañón, no fueran convocados para las elecciones de representantes al congreso peruano que iba á reunirse, el cual determinaría los límites definitivos (11).

Estos tratados, según la pintoresca expresión del presidente de la junta de Guayaquil, Olmedo, no eran « sino cenizas » engañadoras, que tapaban el fuego, y que el menor viento » esparciría, dejando el fuego á descubierto » (12). La actitud de la junta de Guayaquil respecto de la cuestión pendiente, fué el viento, que hizo volar la ceniza y hubo de soplar un incendio.

La constitución colombiana había declarado que el territorio de la república sería el mismo que comprendían el virreinato de Nueva Granada y la capitanía de Venezuela, y por lo tanto se consideraba comprendida en él la presidencia de Quito, como dependencia de Nueva Granada, incluso Guayaquil que era una de sus provincias. El Libertador Bolívar, no podía renunciar á este plan geográfico, que cuadraba su imperio republicano de mar á mar, y constituía á Colombia en la primera potencia sud-americana de la época, triunfante ya en su guerra con la España al norte de la América meridional. Así, al emprender la campaña de Quito se dirigió al presidente de Guayaquil, intimándole con amenazas olímpicas su incorporación á Colombia. « El gobierno de Guayaquil sabe, (le

(11) Ofis. de los plenipotenciarios del Perú y Colombia, Mosquera y Monteagudo, sobre cuestión de límites, de 5 de junio y 5 de julio (son dos) de 1822. Cat. M. S. de Paz Soldán, núms. 283 y 286). — Véase Restrepo: « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, pág. 223-225, y Paz Soldan « Hist. del Perú Indep. » pag. 304.

(12) Véase la carta de Olmedo á San Martín en la nota núm. 10.

» escribía desde su cuartel general), que no puede ser un esta-
» do independiente y soberano : sabe que Colombia no puede
» ni debe ceder sus legítimos derechos : sabe en fin, que no
» hay un poder humano que pueda hacer perder á Colombia
» un palmo de la integridad de su territorio. Tiempo es ya
» de obrar de un modo justo, racional, y conveniente á los
» intereses de esa provincia, demasiado expuesta á variacio-
» nes, pero oportunamente auxiliada y protegida por las ar-
» mas de Colombia » (13). Era cortar el nudo con la espada vencedora de Colombia, y un reto dirigido indirectamente á las pretensiones territoriales del Perú.

Ante esta actitud imperativa, que no retrocedía ante nada ni ante nadie, San Martín oponía un plan meramente especante y negativo, en sus reservas diplomáticas, en sus relaciones con la junta de Guayaquil y con Bolívar, en su combinación alternativa de que Guayaquil perteneciese á uno ú otro Estado ó permaneciese independiente si tal era su libre voluntad, y debilitada más su acción al prestar sin condiciones su concurso para la terminación de la guerra de Quito, introduciendo en sus propias tropas auxiliares un elemento de desconfianza. En el choque de estas dos políticas, debía triunfar la que estuviese animada de mayor impulsión inicial, y estando además, la razón y la fuerza de parte de Bolívar, no era dudoso cual sería el resultado.

---

(13) Carta de Bolívar al presidente del gobierno de Guayaquil, de 18 de enero de 1822, en su cuartel general de Calí, apud Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. » pág. 259 (*nota*).

IV

La cuestión de Guayaquil entre el Libertador de Colombia y el Protector del Perú, representantes de las dos hegemonías continentales de la época, merece una atención especial, por ser la primera cuestión de límites que surgiera entre las repúblicas sud-americanas al declararse independientes; tiene, además, una doble significación histórica y política, así por sus consecuencias inmediatas, cuanto porque ella envuelve el gran principio que al fin ha prevalecido y se ha incorporado al nuevo derecho público americano, como ley racional consentida de una nueva vida internacional.

Las nuevas repúblicas hispano-americanas, al reasumir su soberanía territorial, adoptaron las demarcaciones coloniales en el órden político y administrativo, que respondían á la vez á sistemas geográficos y particularismos étnicos, derivando sus títulos de posesión y dominio de los del soberano español de que se emancipaban de hecho y al que se sustituían de derecho. Es lo que se ha llamado el *uti possideti* anterior á la revolución. Á este principio respondió al sud del continente, la propaganda de la hegemonía argentina al libertar á Chile, y la hegemonía chileno-argentina al libertar el Perú, que repudiando las conquistas y las anexiones trazaban el mapa político de la América del Sud, con sus fronteras definidas por un plano histórico de hecho y de derecho, sin violentar los particularismos y entregaba á la espontaneidad de los pueblos sus propios destinos. La hegemonía colombiana representaba por el contrario las anexiones y las absorciones, con tendencias á refundir los particularismos en una nueva asociación que respondía á un plan de organización artificial, derivado de la victoria de las armas y basado en la fuerza.

Empero, Bolívar, que representaba esta hegemonía absorbente, representaba esta vez por acaso el principio superior, según el cual se constituirían definitivamente las nuevas nacionalidades al trazar los límites de su soberanía territorial.

El antiguo virreinato de Nueva Granada había sido declarado constitucionalmente parte integrante de la república de Colombia, en unión con la capitanía general de Venezuela, comprendiendo la presidencia de Quito como dependencia de Nueva Granada. Esta declaración había sido aceptada por todo el mundo americano, con aplauso y sin protesta. Si la provincia de Guayaquil formaba parte de la circunscripción política de Quito, correspondía á Colombia. Si por el contrario pertenecía al virreinato del Perú, era peruana. Tal era la cuestión de hecho y de derecho. La fuerza la resolvió de hecho; pero los documentos histórico-legales dan á Colombia la razón de derecho, que al fin ha prevalecido teórica y prácticamente como regla internacional entre las repúblicas hispano-americanas.

La provincia de Guayaquil, fué en varias épocas dependencia del virreinato del Perú; pero creado el virreinato de Nueva Granada quedó definitivamente como parte integrante del reino de Quito. Empero, por su posición geográfica y por motivos accidentales, estuvo algunas veces sujeta en parte ó en el todo al virrey del Perú, y lo estaba de hecho en lo político y militar al tiempo de invadir San Martín el territorio peruano. En 1803, habíase dispuesto por razones de conveniencia militar que la plaza y puerto de Guayaquil dependiesen del virreinato del Perú y no del de Nueva Granada (14). Reclamada esta disposición por el presidente de la audiencia de Quito, declaróse en 1807, que la autoridad conferida sólo se extendía

(14) Real orden de 7 de julio de 1803.

á lo militar sin intervención alguna en el gobierno político ni económico, reprobando los procederes del virrey del Perú que había pretendido lo contrario (15). Con motivo de las revoluciones de Quito y Nueva Granada en 1809 y 1810, el virrey Abascal agregó de hecho la provincia de Guayaquil á su gobierno, como lo hizo con las del alto Perú que pertenecían al Río de la Plata, con el objeto de proveer á su defensa. En 1815, restaurada la autoridad real en Nueva Granada, los vecinos de Guayaquil solicitaron que las cosas volvieran á su antiguo estado, y así lo acordó el rey en 1819, desaprobando nuevamente la intromisión del virrey del Perú en su orden interno (16). Desde entonces, la provincia de Guayaquil quedó como parte de la audiencia de Quito, y ésta como dependencia del virreinato de Nueva Granada. Tales eran los títulos legales que invocaba Colombia (17).

La declaratoria de la independencia de Guayaquil, reconocida por el Protector del Perú, y desconocida por el Libertador de Colombia, á la par de las pretensiones encontradas de ambos sobre su posesión, complicaba la cuestión. Agréguese que el mismo Protector no creía posible ni conveniente que Guayaquil se mantuviese en estado independiente, ni tampoco los mismos guayaquileños, y se tendrá idea de lo intrincado del problema á resolver. Para San Martín, era una

---

(15) Real orden de 1.° de junio de 1807, que no fué comunicada por la entrada de los franceses en Madrid.

(16) Real cédula de 24 de junio de 1819.

(17) En su tiempo se publicaron algunos opúsculos sobre esta cuestión. Véase : « El Amigo de sus conciudadanos por un hijo de Guayaquil » (Lima 1822), sosteniendo los derechos de Colombia, en contestación á un escrito sosteniendo los del Perú por un « Amigo del País ». Publicóse en el mismo año en Lima una débil refutación al primero, titulada : « El americano imparcial ú observaciones sobre un impreso titulado *El amigo de sus conciudadanos* », en el cual, aduciéndose razones de conveniencia en favor del Perú, se hace caso omiso de los documentos citados en el texto, que el abogado de los derechos de Colombia invocaba como títulos legales.

cuestión de decoro y de interés puramente peruano. Para Bolívar era una cuestión de poder, de vida nacional y de influencia americana. Quito, parte integrante de Colombia, sin el puerto de Guayaquil, era un territorio atrofiado, y el Libertador tenía razón aún bajo el punto de vista geográfico, en sostener la necesidad de su posesión como condición de existencia para su gran república. De aquí que el plan político del Protector del Perú, fuese meramente espectante y reservado, y el del Libertador de Colombia, deliberado y franco.

V

Seguro Sucre del auxilio de San Martín en la campaña de Quito, y estimulado por la arrogante intimación del Libertador, dirigióse al ministro de la guerra del Perú, revelando francamente las exigencias de Colombia con pretexto de adicionar su anterior explicación, redactada en términos tan equívocos: « Pienso que es del interés de los gobiernos limítrofes » impedir las disensiones de la provincia de Guayaquil, que » siendo el complemento natural del territorio de Colombia, » pone al gobierno en el caso de no permitir jamás se corte » de nuestro seno una parte por pretensiones infundadas. Tal » consentimiento sería un ejemplo de disolución social para » la República, y para los países limítrofes, en que este » ejemplo fatal iba cundiendo el año anterior, si el gobierno » de ese Estado no hubiese tenido la sabia energía de cortarlo. » Persuadido de los nobles sentimientos del gobierno del » Perú, nos prometemos que empleará su poderoso influjo » para ayudarnos á conciliar los partidos que agitan á Gua- » yaquil, concentrar las opiniones y restablecer el orden, que » desea la parte sana de la provincia, para evitar todo

» ejemplo de disolución que turbase nuestra tranquilidad » (18).

Como la intimación de Bolívar llegase acompañada del anuncio de que sería inmediatamente seguida por su ejército (19), el gobierno de Guayaquil intimidado, se dirigió al Protector del Perú, manifestándole su apurada situación. San Martín, ofendido por la actitud arrogante de Bolívar, en circunstancias que con sus armas auxiliares concurría á asegurar la libertad del territorio de que se trataba de disponer á la baqueta y sin acuerdo suyo, cuando se hallaba bajo su protección declarada, resolvió intervenir directamente en la cuestión. Fué entonces cuando ordenó al coronel Santa Cruz, que en cualquier punto que se hallase con la división auxiliar retrocediera inmediatamente á la frontera peruana (véase cap. XLIV, § V) y se pusiese á órdenes del general La Mar, comandante en jefe de las armas de Guayaquil (2 de marzo de 1822). Felizmente, según en su lugar se explicó (cap. cit.), esta orden quedó sin efecto, y las fuerzas auxiliares continuaron la campaña de Quito unidas á las de Colombia.

No obstante la contra-orden para la retirada de la división auxiliar, San Martín persistió en su plan de intervención alternativa, á efecto de garantir la libertad del voto de Guayaquil. Dirigióse en este sentido á la junta, incitándola á expresar terminantemente si insistía ó no en mantener su independencia; en el primer caso, le ofrecía sostener su voluntad con sus fuerzas; pero que si quería ceder á las intimaciones de

(18) Ofi. del general Sucre al ministro de guerra del Perú, datado en su cuartel general de Cuenca el 25 de febrero de 1822, apud Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. », pág. 259.

(19) En efecto, la intimación de Bolívar coincidió con su propósito de renunciar á la campaña del sud por Pasto y trasladarse con su ejército á las costas del Pacífico. Véase Restrepo: « Hist. de la Revol. de Colombia » t. III, pág. 188.)

Bolívar y unirse á Colombia, esto, en nada alteraría la liberalidad y circunspección de su política. Á La Mar se le previno procediese de conformidad con esta resolución : « Por las » comunicaciones del Libertador de Colombia, no queda duda » del plan abierto de hostilidad adoptado contra Guayaquil y » del compromiso que queda al gobierno del Perú con el de » aquella república. Aunque es muy notable que en tan difíci- » les circunstancias el gobierno de Guayaquil espere en una » actitud pasiva el desenlace de las operaciones del Liberta- » dor, sin embargo, se previene, que siempre que el gobierno » de acuerdo con la mayoría de los habitantes de esa provincia, » solicitasen sinceramente la protección de las armas del Perú, » por ser su voluntad conservar su independencia de Colom- » bia, en tal caso, completadas las fuerzas que están puestas » á sus órdenes (la división auxiliar) las emplee en apoyo de » la espontánea voluntad del pueblo. Si por el contrario el » gobierno de Guayaquil y la generalidad de los habitantes » de la provincia pronunciasen su opinión á favor de las » miras de Colombia, sin demora vendrá al departamento de » Trujillo á tomar el mando general de la costa norte, reunir » la división del coronel Santa Cruz en Piura, aumentar » hasta donde alcancen los recursos del territorio, y obrar » según lo exija la seguridad del departamento » (20). Al Libertador Bolívar se dirigió directamente el Protector, manifestándole, que « por comunicaciones del gobierno de Guaya- » quil tenía el sentimiento de ver la intimación hecha á esa » provincia para que se agregara á Colombia, y pedíale la » dejase consultar su propio interés, para agregarse libre- » mente á la sección que le conviniera, porque tampoco podía

(20) Ofi. del ministro de guerra del Perú al general La Mar, de 3 de mayo de 1822. (Cat. M. S. de Paz Soldán, núm. 276.)

» quedar aislada con perjuicio de ambos estados colin-
» dantes » (21).

La actitud de Bolívar era soberbia y provocativa : la de San Martín, si bien más correcta, era imprudente y sin sentido político ni militar, salvo en un punto : que Guayaquil no podía quedar aislado. Bolívar no podía ceder, á menos de mutilar la república de Colombia, que era su creación. Por lo tanto, la intervención directa de San Martín, provocaba un conflicto que podía traer una ruptura, y esto para sostener una independencia vacilante, que era un estorbo para el desarrollo de los planes de ambos libertadores. ¿Estaba resuelto el Protector á llegar á una extremidad? No es probable. Bolívar triunfante en el norte y sin enemigos que combatir en su territorio, tenía de su parte la plena disposición de sus fuerzas, además de la razón, como se ha demostrado. San Martín tenía á su frente un enemigo poderoso que combatir, y en el mejor de los casos, — independencia de Guayaquil ó su anexión al Perú, — complicaba su situación incierta, privándose del concurso de las armas triunfantes del norte de la América, que él mismo consideraba necesario para terminar prontamente la guerra de la independencia continental. No estando resuelto á la guerra, sólo de un modo podía neutralizar las exigencias de Bolívar, y era paralizar la guerra de Quito, retirando, — como lo pensó, — el concurso prestado á Sucre; pero esto era hacerse la guerra á sí mismo, dando la ventaja á los realistas, como luego lo comprendió. Pasado ese momento, persistir en la intervención alternativa, era prepararse una derrota segura, ya fuese porque las armas de Colombia triunfantes en la guerra de Quito, podían dominar á Guayaquil mejor que él, ya porque de este modo convertía

(21) Carta de San Martín á Bolívar, de 3 de mayo de 1822. (Cat. M. S. de Paz Soldán, núm. 276.)

á un aliado natural en antagonista, si no en enemigo declarado. Preferible era entonces ceder y no provocar conflictos perjudiciales á la causa general de la emancipación sudamericana. Colombia, tal cual estaba geográficamente constituída, necesitaba del puerto de Guayaquil : el Perú, dueño de un vasto litoral, no lo necesitaba absolutamente. Y como Colombia era una fuerza y una máquina de guerra americana bien montada, mejor estaba Guayaquil en manos de Colombia si su anexión le daba más nervio y la complementaba para concurrir más eficientemente á la redención definitiva de la América del Sud en el Perú.

El plan alternativo de San Martín, para garantir el voto libre de Guayaquil en oposición á la política interventora ó invasora de Bolívar, no podía darle sino tres resultados : — ó el mantenimiento de la independencia de una provincia débil, que no podía ser nación, y que era un estorbo entre las armas redentoras del sud y del norte de América : — ó la agregación al Perú de una provincia aislada, que provocaría un conflicto : — ó la anexión á Colombia, que era una derrota fácil de prever, después de Pichincha. Antes de Pichincha, pudo tal vez proponer como transacción, hacer de Quito una nueva república independiente, que era el verdadero voto de sus habitantes, como los hechos lo han demostrado; pero para esto habría sido necesario que hubiese calculado mejor sus medidas antes de unir sin condición alguna sus armas con las de Colombia, pretendiendo retirarlas cuando ya estaban comprometidas en la campaña que iba á dar la preponderancia á Bolívar. Era muy difícil que el fundador de Colombia, que en su constitución había incluido á Quito en su plan geográfico, pasase por este avenimiento ; pero al menos era un pensamiento digno del libertador del sud, concordante con su política americana, de redimir á los pueblos y entregar á su posteridad sus propios destinos sin violentarlos y respetando los particularismos autonómicos; y

bien que esto no fuese más que un plan uchrónico de muy dudoso éxito, era más racional que el plan alternativo de San Martín, que de todos modos, era una dificultad, un conflicto ó una derrota. Bien examinado todo, lo más acertado para el éxito, y lo más conveniente para la causa de la independencia americana, era no insistir sobre la independencia de Guayaquil, renunciar á la pretensión de agregarlo al Perú, y dejar de buena voluntad que se incorporase á la república de Colombia á que correspondía, como parte integrante de Quito, sobre cuya anexión en general, no hacía cuestión (22).

Bajo estos siniestros auspicios, que nada lisonjero prometían, iba á abrirse la proyectada conferencia entre Bolívar y San Martín, « para fijar establemente la suerte de la América del Sud », — según las palabras del segundo, — precisamente en el punto que era causa de una disidencia

---

(22) Así se lo aconsejaba Torre-Tagle á San Martín, desde que asomó la cuestión de Guayaquil, con una previsión que hace honor á este personaje tan merecidamente desacreditado. En carta que le dirigió desde Trujillo, con fecha 31 de julio de 1821 (un año antes de la época á que hemos llegado) le decía : « Permítame que le hable como amigo. Mien- » tras á la cabeza del gobierno de Guayaquil estén los actuales man- » dones, todo se irá empeorando cada día. Si usted, de acuerdo con Su- » cre, no quitan los gobernantes, y ponen en su lugar hombres de carác- » ter y prácticos, la provincia de Guayaquil nos dará continuos cuidados, » cuando no caiga en manos de los enemigos, ya interiores, ya exte- » riores. Si Sucre tuviese la aprobación de usted, estoy persuadido que » se conseguiría esto y las cosas tomarían un aspecto decididamente » favorable. Si así no se hace, Guayaquil nos da un disgusto del cual » sólo ha sido un ensayo el presente (la primera presión de los colom- » bianos sobre Guayaquil). Usted no ignora que en tiempos de revolu- » ción la fuerza es indispensable para casi todo, y no ignora tampoco, » que hay hombres á quienes es menester hacer libres á bayonetazos. » Crea usted que ningún interés particular mueve mi pluma. El mío es » de distinta naturaleza. El interés de la América, interés sagrado de » que estoy vivamente animado, me obliga á escribir así. Sea libre » Guayaquil y pertenezca á quien quiera : estos son mis votos. Yo me » contentaría con que se pudiera poblar el Perú, y que pudiéramos ad- » ministrar bien el terreno que lo ocupare ». (M. S. Arch. San Martín, vol. LXI.

profunda entre los dos libertadores del sud y del norte, que al unir sus banderas y darse un abrazo de hierro, separarían sus almas hasta entonces unidas en un gran propósito.

CAPÍTULO XLVI

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

AÑO 1822

El encuentro de los grandes hombres en la historia. — Los grandes hombres americanos. — Grandeza de Bolívar y San Martín. — Los paralelos históricos. — Grandeza intrínseca y relativa. — El culto de los héroes. — Acción dual y necesaria. — Prestigios de la entrevista de Guayaquil. — Los misterios de la entrevista. — Planes, ilusiones y esperanzas de San Martín al buscar la entrevista. — Declaraciones públicas de San Martín sobre los objetos de la entrevista, comprobadas por los hechos y los documentos. — Correspondencia entre San Martín y Bolívar antes de la entrevista. — Seguridades dadas por San Martín de que en la conferencia de Guayaquil quedaría fijada la suerte de América de acuerdo con Bolívar. — Bolívar en Quito. — Empieza á diseñarse su política absorbente. — Su entrada triunfal en Guayaquil. — Incorpora violentamente Guayaquil á Colombia. — Carta que dirige en seguida á San Martín. — Llegada de San Martín á Guayaquil. — Recepción de San Martín por Bolívar en Guayaquil. — Entrevista de los dos libertadores. — Lo que pasó y lo que no pasó en la entrevista. — Revelaciones anunciadas por San Martín. — Carta de San Martín á Bolívar que aclara el misterio de la entrevista. — Lo que se sabe y lo que no se sabe de la entrevista. — Actitud de San Martín después de la entrevista. — Famosa carta de San Martín á Bolívar. — Testamento político.

I

El encuentro de los grandes hombres que ejercen influencia decisiva en los destinos humanos, es tan raro como el punto de intersección de los cometas en las órbitas excéntricas que recorren. Sólo una vez se ha producido este fenómeno en el cielo, y en la tierra rarísimas veces. La masa de un cometa

penetró una vez la de otro, y al dividirlo lo convirtió en una lluvia de estrellas que sigue girando en su círculo de atracción, mientras el primero continuó su marcha parabólica en los espacios. Tal sucedió con San Martín y Bolívar, los dos únicos grandes hombres sud-americanos, por la extensión de su teatro de acción, por su obra, por sus cualidades intrínsecas, por su influencia en su tiempo y en su posteridad. Son los únicos hijos del nuevo mundo, que después de Wáshington hayan entrado á figurar en el catálogo de los héroes universales, cuya gloria se agranda á medida que pasa el tiempo y la obra en que fueron artífices se completa. Wáshington dió al mundo la nueva medida del gobierno humano según la vara de la justicia, y legó el modelo del carácter más bien equilibrado en la grandeza que los hombres hayan admirado y bendecido. Bolívar y San Martín, fueron los libertadores de un nuevo mundo republicano, que restableció el dinamismo del mundo político, por efecto de la revolución que hicieron triunfar con sus armas. Su acción fué dual, como la de los miembros de un mismo cuerpo, y hasta su choque y antagonismo final responde á su acción dupla, que se completa la una por la otra, aunque la más poderosa prevalezca incorporándose en una sola las respectivas fuerzas iniciales, sin que por esto se extinga la absorbida.

Los paralelos de los hombres ilustres á lo Plutarco, en que se buscan los contrastes externos y las similitudes aparentes para producir una antítesis literaria, sin penetrar en la esencia de las cosas mismas, son juguetes históricos, que entretienen la curiosidad, pero que nada enseñan. Se ha abusado por demás de este artificio respecto de San Martín y Bolívar, hasta hacerse una vulgaridad. Su paralelismo está en su obra, y su respectiva grandeza no puede medirse por el compás del geómetra ni por las etapas del caballo de Alejandro al través del continente que recorrieron en direcciones opuestas y convergentes.

Se ha dicho con más retórica que propiedad, que para determinar la grandeza relativa de los dos héroes americanos, sería necesario medir antes el Amazonas y los Andes. El Amazonas y los Andes están medidos, y las estaturas históricas de San Martín y Bolívar también, así en la vida como acostados en la tumba. Los dos son intrínsecamente grandes en su escala, más por su obra común que por sí mismos, más como libertadores, que como hombres de pensamiento. Su doble influencia se prolonga en los hechos de que fueron autores ó meros agentes, y vive y obra en su posteridad. Esta influencia póstuma es la que no ha sido medida aún, y la que determinará en definitiva la verdadera amplitud de sus proyecciones. La historia planta los jalones del pasado, los presentes se guían por ellos, y el futuro decidirá cual de los dos tuvo más larga visual ó acertó con mejor instinto. Hasta ahora, el tiempo que aquilata las acciones por sus resultados duraderos, dando á Bolívar más gloria y la corona del triunfo final, ha dado á San Martín la de primer capitán del nuevo mundo, y la obra de la hegemonía por él representada vive en las autonomías que fundó, aunque no como lo imaginara; mientras el gran imperio republicano de Bolívar y la unificación monocrática de la América que persiguió, se deshizo en vida y se ha disipado como un sueño, uniéndose, empero, las figuras de los dos libertadores en el espacio recorrido, y marcando en los lindes del porvenir la marcha triunfal de las repúblicas sud-americanas hacia los grandes destinos que les están reservados. Si la conciencia sud-americana adoptase el culto de los héroes, preconizado por una moderna escuela histórica, resurrección de los semi-dioses de la antigüedad, adoptaría por símbolo los nombres de San Martín y de Bolívar, con todas sus deficiencias como hombres, con todos sus errores como políticos, porque ellos son los héroes de su independencia y los fundadores de su emancipación: fueron SUS LIBERTADORES y constituyen su binomio virtual.

En todos los acontecimientos en que intervienen hombres y cosas, puede concebirse y aun demostrarse, qué hombres pudieron reemplazar á otros, y como, con ellos ó sin ellos se hubiesen producido los hechos lógicos de que fueron autores ó meros actores, sin que por esto se desconozca la acción eficiente de las individualidades conscientes con potencia propia.

Son sin duda las revoluciones las que engendran á los hombres, cuando ellas son el resultado de una evolución que tiene su orígen en causas complejas; pero son los hombres los que las impulsan y las caracterizan, y á veces son factores indispensables en el enlace y la dirección de los acontecimientos. Sin Colón, se habría descubierto más tarde la América, pero fué él quien conscientemente la descubrió. La revolución de Inglaterra habría estallado después de la resistencia cívica de Hampden; pero sin Cromwell no habría triunfado militarmente, inoculándose el principio disciplinario y religioso, que fué su fuerza y su debilidad. La emancipación de los Estados Unidos de la América del Norte, habría hecho surgir de todos modos una gran república; pero sin Wáshington no tendría en el ejercicio del poder el carácter de grandeza moral que ha impreso sello típico á su democracia. La revolución francesa habría estallado, porque estaba en el orden y en el desorden de las cosas, y sin los hombres que alternativamente la dirigieran, se habría desarrollado, y tal vez mejor, porque ninguno supo fijarla.

Se concibe fácilmente, con arreglo á este criterio, que la insurrección sud-americana se produjera como hecho espontáneo, resultado de antecedentes históricos y efecto inmediato de las circunstancias, si San Martín y Bolívar no hubiesen existido; pero tal como se produjo y se desenvolvió, no se alcanza como con menos recursos pudo hacerse más, ni organizarse mejor militarmente, ni triunfar en menos tiempo y con el menor desperdicio de fuerzas en la lucha por la

independencia continental. Por eso son grandes intrínsecamente y por sí mismos Bolívar y San Martín, aparte de las cosas en cuyo medio obraron y de las fuerzas preexistentes á que dieron organización, impulso y dirección conveniente.

Si se compara la ecuación personal de los dos libertadores, vése que San Martín es un genio concreto, con más cálculo que inspiración, y Bolívar un genio desequilibrado, con más instinto y más imaginación que previsión y método. Sin embargo, no se puede concebir la acción concurrente del uno sin la recíproca del otro, y los dos, sin ser providenciales, pueden considerarse necesarios tal como la insurrección se desenvolvió hasta alcanzar su máximum de efecto. Mientras siguen la corriente de la evolución colectiva, son meros agentes. Cuando se apoderan de las fuerzas vivas, las condensan, las distribuyen, les imprimen impulso y dirección, respondiendo á un plan general que está en ellos más que en la masa; entonces son verdaderos factores, y llegan en cierto modo á ser creadores. Es la idea de San Martín la que triunfa, y es la acción eficiente de Bolívar la que la convierte en hecho victorioso.

Hemos dicho ya, que sin exagerar la figura histórica de San Martín ni dar á su genio concreto un carácter místico, pocas veces la intervención de un hombre de acción deliberada con una idea en la cabeza, fué más decisiva que la suya, así en la dirección de los acontecimientos como en el desarrollo lógico de sus consecuencias (véase cap. II, § I). Si alguno pudo tal vez entrever el camino de la victoria, fué él quien lo descubrió y lo impuso como itinerario contra la corriente de la opinión. Solo él entre sus contemporáneos era capaz de crear con los pobrísimos elementos de que dispuso, coordinándolos, un ejército compacto, animado de una pasión americana, traspasar los Andes y vencer matemáticamente como venció en Chacabuco y Maipu. Sin él, no se habría dominado el mar Pacífico según las previsiones de su genio,

ni se hubiese realizado la expedición al Perú. Elimínense estos hechos, de que fué autor, y la dilatación de la insurrección sud-americana es imposible : queda aislada en los extremos.

Por lo que respecta á Bolívar, puede decirse otro tanto; pero sin el concurso de San Martín que ejecutó la mitad de la tarea, no habría llegado jamás al Pacífico y quizá quedado aislado en Venezuela, porque dominado el Perú por los realistas y dueños del mar, de Quito y Nueva Granada, hubieran opuesto otra resistencia que la que encontró en Boyacá y Pichincha. Á su vez, si Bolívar no triunfa en el norte, y no viene á darle la mano, la expedición del Perú, si no fracasa, se convierte en una guerra crónica y el plan de insurrección y de campaña continental, que era condición necesaria de triunfo, no se realiza. Ni el uno ni el otro con las fuerzas de que disponía, aun triunfando aisladamente, podía llevar á buen término la obra de la emancipación del continente. Así, sin la acción concurrente de ambos, el éxito militar de la independencia sud-americana era imposible, tal como se alcanzó por el efecto de la convergencia de sus ejércitos y la concentración de sus fuerzas en el último punto de resistencia del enemigo.

Todos estos rayos convergentes de la historia que se afocan en el punto céntrico en que los dos libertadores operaron su conjunción, son los que dan sus prestigios á la conferencia de San Martín y Bolívar en Guayaquil. El escenario. es el arco iluminado del ecuador del nuevo mundo, con su horizonte marítimo y sus gigantescas cadenas de montañas en perspectiva, sus palmeras siempre verdes y sus volcanes encendidos. Los protagonistas son los árbitros de un nuevo mundo político. El mundo pone el oído y no oye nada. Uno de los protagonistas desaparece silenciosamente de la escena, cubriendo su retirada con palabras vacías de sentido. El otro ocupa silenciosamente su lugar. El misterio dura veinte años.

sin que uno ni otro de los interlocutores revelase lo que había pasado en la conferencia. Al fin, una parte del velo se descorre, y vése, combinando las palabras escritas ó habladas con los hechos contemporáneos, y los antecedentes con sus consecuencias, que el misterio consistía únicamente en el fracaso de la entrevista misma, y que lo que en ella se trató, así como lo sucedido ó dicho, es lo que estaba ya anunciado, lo que todos sabían poco más ó menos ó podían deducir, lo que necesariamente tenía que ser, y que se sabe hoy todavía más que los mismos protagonistas, porque se ha podido penetrar hasta el fondo de sus almas y leer en ellas lo que no estaba escrito en ningún papel.

Á pesar de todo esto, la curiosidad se ha empeñado y se empeña en descubrir algo más fuera del círculo de acción de los actores, como los que divisan con un poderoso telescopio las montañas de la luna, y buscan sus habitantes, que la razón le dice no existen, ó en un cuadro que pone de relieve sus grandes figuras en plena luz se quiere penetrar en el claro-oscuro del fondo que las realza. Lo único misterioso, en este acto, que la imaginación se ha empeñado en rodear de accidentes fantásticos, — después de los documentos publicados y de las versiones desautorizadas que se han hecho, — son los móviles secretos que impulsaron al uno á ser intransigente é impusieron al otro su abdicación, los que no están consignados en ningún documento, como que tuvieron su origen en la propia conciencia en que los guardaron. El tiempo que ha hecho caer las máscaras con que se cubrieron ambos en su primera y última entrevista, ha puesto sus almas de manifiesto, y podemos hoy leer en ellas mejor que ellos mismos.

II

Si el Protector del Perú mejor aconsejado, hubiera obrado con más previsión y con arreglo á un plan fijo, habría puesto condiciones á su prestación de auxilios en la guerra de Quito ó por lo menos arreglado previamente bases de discusión en su proyectada conferencia con Bolívar. En vez de esto, antes de celebrar un pacto formal, unió de hecho sus armas con las de Colombia, perdiendo la preponderancia adquirida en Guayaquil. En seguida, celebró un tratado de liga americana de paz y guerra, que dejaba pendiente la cuestión de límites, y especialmente la de Guayaquil, en que las posiciones antagónicas del Perú y Colombia se definieron como una amenaza en suspenso. Por último, toma como un hecho la oferta de Bolívar de concurrir á la terminación de la guerra del Perú con las fuerzas colombianas, y procede con más sentimentalismo que sentido práctico, cuando terminada en Pichincha la campaña de Quito, y reducida la guerra de la independencia al territorio del Perú, piensa que ese auxilio le vendrá en las mismas condiciones en que él había prestado el suyo. (Véase cap. XXV, § VI y cap. XLIV, párrafo IV).

Antes de Pichincha, Bolívar triunfante en el norte, era el más fuerte : — después de Pichincha, era el árbitro, y podía dictar sus condiciones de auxilio al sud. San Martín se hacía ilusión al pensar que era todavía uno de los árbitros de la América del Sud, y al contar que Bolívar compartiría con él su poderío político y militar, y que ambos arreglarían en una conferencia los destinos de las nuevas naciones por ellos emancipadas, una vez terminada por el común acuerdo la

guerra del Perú, como había terminado la de Quito. Sin más plan y con bagaje tan liviano, se lanzó á la aventura de su entrevista con el Libertador, que debía decidir de su destino, paralizando su carrera. Si alguna vez un propósito internacional, librado á eventualidades futuras, fué claramente formulado, ha sido esta; y si alguna vez se comprometieron declaraciones más avanzadas de orden trascendental sobre bases más vagas, fué también en esta.

Aprovechando la abertura de Bolívar al tiempo de abrir este su campaña de Pasto, y decidido ya á concurrir por su parte á la de Quito uniendo sus armas con las de Colombia en Guayaquil, buscó por sí una conferencia con el Libertador con el designio declarado de fijar la suerte del continente independizado, en el orden político y militar. Así lo anunció públicamente, al determinar con precisión los objetos de la entrevista. « La causa del continente americano, me lleva á » realizar un designio que halaga mis más caras esperanzas. » Voy á encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia. » Los intereses generales del Perú y de Colombia, la enér- » gica terminación de la guerra que sostenemos, y la estabi- » lidad del destino á que con rapidez se acerca la América, » hacen nuestra entrevista necesaria, ya que el orden de los » acontecimientos nos ha constituído en alto grado respon- » sables (*árbitros*) del éxito de esta sublime empresa » (1). No se podía indicar más claramente, que el objeto era : el arreglo de la cuestión de Guayaquil, el acuerdo de las operaciones militares para decidir de un golpe la guerra de Quito y la del Perú, y la fijación de la forma de gobierno que debían adoptar las nuevas naciones, una vez resuelta la cuestión de su emancipación.

(1) Preámbulo del decreto del Protector del Perú de 12 de enero de 1822, delegando el mando al ir á celebrar su conferencia con el Liber-

Al avanzar San Martín tan categóricas declaraciones sobre los objetos de la conferencia, aun no había unido de hecho sus armas con las de Colombia en el Ecuador. (Véase capítulo XXXV, § II). Después de despachada la mal combinada expedición de Ica, San Martín, según se explicó antes, embarcóse en el Callao á fin de celebrar la proyectada conferencia con Bolívar (8 de febrero de 1822). Sabedor á medio camino de que el Libertador, en vez de trasladarse con su ejército á Guayaquil, como había pensado, continuaría la campaña del sud de Colombia por Pasto, regresó á Lima (3 de marzo). En esta situación indecisa le encontró la derrota de Ica, que trastornaba todos sus planes y amenguaba su influencia continental. Fué entonces, cuando al consolidar su base de poder, reorganizó un respetable ejército para responder á la espectativa que él mismo había creado y de que todos estaban pendientes. Y fué entonces también, cuando cambiando de política, convocó el congreso peruano para entregar al pueblo sus propios destinos, pendiente el plan monarquista imaginado por él, al parecer abandonado, y reveló por la primera vez públicamente su propósito de retirarse de la vida pública, así que desapareciesen los peligros de la situación. (Véase cap. XXXVI, § VI) .Terminada felizmente la guerra de Quito con el eficaz concurso de sus armas que estableció la alianza americana de hecho, reanudó su postergada conferencia con Bolívar, con los mismos propósitos ya declarados y poseído de las mismas ilusiones (14 de julio de 1822).

Al terminar la guerra de Quito, el Libertador se dirigía al Protector, y al agradecerle el auxilio prestado por « los libertadores del sud de América » (según sus propias palabras) le significa que las tres provincias de Quito libertadas, eran

---

tador de Colombia, inserto en la « Gaz. de Gob. », núm. 6 del mismo día.

colombianas, renovando con este motivo su anterior oferta en términos generales : « El ejército de Colombia está pronto » á marchar á donde quiera que sus hermanos lo llamen, y » muy particularmente á la patria de nuestros vecinos del » Sud, á quienes por tantos títulos debemos preferir como los » primeros amigos y hermanos de armas » (2). El Protector le contestaba : « Los triunfos de Bomboná y Pichincha han » puesto el sello de la union de Colombia y del Perú. El Perú » es el único campo de batalla que queda en América, y en él » deben reunirse los que quieran obtener los honores del úl- » timo triunfo contra los que ya han sido vencidos en todo el » continente. Acepto su generosa oferta. El Perú recibirá con » entusiasmo y gratitud todas las tropas de que V. E. pueda » disponer, á fin de acelerar la campaña y no dejar el mayor » influjo á las vicisitudes de la fortuna. Espero que Co- » lombia tendrá la satisfaccion de que sus armas contribuyan » poderosamente á poner término á la guerra del Perú, así » como las de éste han contribuído á plantar el pabellón de » la República en el sud de este vasto continente. — Es pre- » ciso combinar en grande los intereses que nos han confiado » los pueblos, para que una sólida y estable prosperidad les » haga conocer el beneficio de su independencia. Marcharé á » saludar á V. E. á Quito. Mi alma se llena de gozo cuando con- » templo aquel momento. Nos veremos, y presiento que la » América no olvidará el día que nos abracemos » (3). Y no lo ha olvidado! pero por causas muy diferentes de las que se imaginaba el libertador del sud al ir al encuentro del liberta-

(2) Ofi. del Libertador Bolívar al Protector del Perú, de 17 de junio de 1822, en la ciudad de Quito. — En un decreto de Bolívar de 18 de junio de 1822, datado en Quito, se dice : «Art. 5.°. El gobierno de Colombia se » reconoce deudor á la división del Perú de una gran parte de la victo- » ria de Pichincha ».

(3) Ofi. del Protector del Perú al Libertador Bolívar, de 13 de julio de 1822, en Lima.

dor del norte, en la creencia de que éste lo reconocería á la par suya en calidad de árbitro « para combinar en grande » los intereses de los pueblos americanos », según sus palabras. Y el gobierno del Perú, al confirmar oficialmente estas esperanzas, manifestaba al de Guayaquil y al enviado peruano cerca de él : « En la conferencia quedarán transadas cuales- » quiera diferencias que pudiesen ocurrir sobre el destino de » Guayaquil, y arreglados todos los obstáculos para la ter- » minación de la guerra de la independencia » (4).

Con estas esperanzas y seguridades halagadoras, y bajo los siniestros auspicios antes señalados (véase cap. XLV, § V), iba á celebrarse entre los dos libertadores la entrevista que « la América no olvidaría ».

III

Al llegar Bolívar á Quito (16 de junio de 1822) después de Pichincha, encontró, como antes se dijo, resuelto el problema de la integración de su imperio republicano. Las provincias de Quito, Cuenca y Loja, estaban incorporadas de grado ó por fuerza á Colombia. Faltábale sólo la anexión de Guayaquil, que era una consecuencia, para cuadrar su territorio de mar á mar y poner su poderosa mano sobre el Perú, « único campo de batalla que quedaba en América », según la expresión gráfica de San Martín. Él venía buscando los honores del triunfador que consideraba atributos de su gloria, como el incienso en los altares de los dioses. Naturaleza tropical,

---

(4) Ofi. del gobierno del Perú á la Junta de Guayaquil y al enviado del Perú, Salazar, acreditado cerca de ella, de 14 de julio de 1822, apud Cat. M. S. de Paz Soldán, núm. 289.

con imaginación poética, ensoberbecida por el éxito y viciada por la lisonja, estas vanas ostentaciones eran una necesidad de su temperamento y de sus ambiciones en la vida. El pueblo libertado le tributó los honores, merecidos aunque exagerados, que nunca faltaban donde él triunfaba, sabedores todos que así satisfacían sus propensiones. Como en Bogotá, después de Boyacá, tuvo entrada triunfal, coronas, monumentos, himnos y loores que perpetuasen su victoria. Era el hombre más poderoso de la América del Sud, y el verdadero árbitro de sus destinos, y esto, á la par de los honores, exaltaba su imaginación ardiente. Según sus palabras á propósito de la cuestión de Guayaquil, « en América no había poder humano que pu- » diera oponerse á Colombia ». San Martín no podía ser un obstáculo á sus designios, y lo quebraría si se atravesaba en su camino.

El delirio de las grandezas, que estaba en germen en su cabeza, empezaba á fermentar activamente en su alma inquieta. Su plan de política absorbente, impura liga de su ambición personal con sus grandes designios de emancipación continental, empezó á diseñarse. Antes que los sueños de unificación americana bajo su hegemonía, antes que las presidencias vitalicias y la monocracia en su persona como coronamiento de la obra revolucionaria hiciesen su aparición, ya los perfiles de su insaciable ambición, que era su fuerza y que sería su debilidad, se proyectaban sobre las líneas de las fronteras de los nuevos Estados, cerrándose en su glorioso punto de partida.

En Quito, vió por la primera vez las tropas de San Martín y pudo compararlas con las suyas. Su porte y su correcta disciplina llamaron su atención, especialmente los Granaderos á caballo argentinos, que rivalizaban con los llaneros de Venezuela y á los que confirió en recuerdo de su reciente hazaña el título de « Granaderos de Río Bamba » (5). Tan valientes como

(5) Decreto de Bolívar de 18 de junio de 1822, en Quito, en que se dice :

fueran sus soldados, probados en veinte batallas ganadas ó perdidas, pero siempre bien peleadas, eran una montonera al lado de los del libertador del sud (6). Sea emulación de gloria, sea que considerase como un obstáculo á sus aspiraciones de engrandecimiento la influencia moral de la República Argentina, alma de la hegemonía del sud de la América, desde entonces empezó á manifestarse su prevención contra los argentinos, que al fin haría su estallido.

Uno de los obsequios que el pueblo de Quito ofreció á sus libertadores, fué un espléndido banquete á que asistieron los jefes colombianos, peruanos, argentinos y chilenos de las divisiones vencedoras en Pichincha, que representaban la alianza de las armas americanas del sud y del norte. El Libertador, como de costumbre, pronunció varios brindis ó elocuentes ó verbosos. En uno de ellos, embriagado por sus palabras, llegó á decir : « No tardará mucho el día en que pasearé el » pabellon triunfante de Colombia hasta el suelo argentino». Cinco jefes argentinos se hallaban presentes : el comandante de granaderos á caballo de los Andes, Juan Lavalle, pidió la palabra para aclarar un error, se puso de pie, y dijo con reconcentrada arrogancia : « La República Argentina se halla » independiente y libre de la dominación española, y lo ha » estado desde el día en que declaró su emancipación, el 25 » de mayo de 1810. En todas las tentativas para reconquistar » su territorio, los españoles han sido derrotados. Nuestro » himno nacional consagra sus triunfos. » Y brindó por la independencia de América y de la República Argentina. No hubo más brindis (7).

« Llevarán el sobrenombre de GRANADEROS DE RÍO BAMBA, si el gobierno » del Perú se digna confirmar este sobrenombre glorioso ».

(6) Así lo declaraba el enviado de Colombia cerca del gobierno del Perú, el general Mosquera.

(7) Espejo : « Entrevista de Guayaquil », pág. 59-60. El general Félix Olazábal, uno de los jefes argentinos presentes, me ha confirmado verbalmente el hecho.

Á Guayaquil entró Bolívar bajo arcos de triunfo, con las leyendas : « Á Simón Bolívar — Libertador de Colombia — Al rayo de la guerra, al iris de la paz » (11 de julio). Al hacerse las salvas de honor, las cañoneras de la ría, arriaron el pabellón celeste y blanco de Guayaquil y enarbolaron el de Colombia. « ¿ Por qué tan pronto ? » exclamó en alta voz algo sorprendido, pensando que era la señal de la incorporación de la provincia disputada. Al arriar el pabellón de Colombia, después de terminadas las salvas, y ascender de nuevo el del estado mediatizado, resonó un grito unánime : « ¡ Viva Guayaquil independiente ! » Miró de soslayo, se caló el elástico que tenía en la mano, y siguió su marcha triunfal. Este incidente fué muy comentado en el público, y especialmente en la legación peruana, como indicante de las intenciones del Libertador (8).

No eran un secreto para nadie las intenciones de Bolívar. Para convertirlas en hecho se hizo acompañar de un cuerpo de ejército de 1,500 hombres, que ocupara militarmente la ciudad en actitud amenazante. — Su actitud era agresiva. — Dos incidentes análogos al de Quito vinieron á poner otra vez de relieve su orgullo, su rivalidad con los peruanos y su prevención contra los argentinos. En un banquete con motivo de un aniversario de uno de sus triunfos, uno de sus jefes brindó porque el omnipotente lo conservase por siempre. Se levantó y dijo : « Sí, señores : hoy hace treinta y nueve años que he nacido tres veces, para el mundo, mi gloria y la república » (9). — En

---

(8) Espejo : « Conferencia de Guayaquil », pág. 65-66, que había como testigo presencial, y cuya veracidad es notoria.

(9) Carta del general chileno Luis de la Cruz á O'Higgins, de 23 de julio de 1822, publicada por Vicuña Mackenna en « General San Martín », p. 53. — Usamos con cautela de los datos contenidos en esta carta, aunque escrita por persona digna de fe, porque si bien algunos de los rasgos que atribuye á Bolívar corresponden al carácter que la tradición le presta en su vida familiar, el cuadro está evidentemente recargado de

otro banquete, tocóle tener á su frente al coronel argentino Manuel Rojas, secretario de la legación peruana. Rojas le miraba de hito en hito, como si quisiese penetrarlo. Encontrándose por acaso sus miradas, el Libertador bajó los ojos. Repitiéndose el hecho por segunda vez, le preguntó con ceño: — ¿ Quién es usted? — Manuel Rojas, contestó apaciblemente el interpelado — ¿ Qué graduación tiene usted ? — Coronel, replicó Rojas, inclinando el hombro izquierdo y mostrando la pala de su charretera. — ¿ De qué país es usted ? — Tengo el honor de ser de Buenos Aires, dijo poniendo la mano sobre las medallas argentinas que llevaba al pecho. — Bien se conoce por el aire altanero que representa. — Es un aire propio de hombres libres, repuso por último el argentino, inclinándose. — Aquí terminó este singular diálogo. Ambos interlocutores bajaron la cabeza. Todos permanecieron en silencio. Un frío glacial circuló por toda la concurrencia. Dos días después (13 de julio), el mismo día que San Martín le dirigía su carta, lisonjeándose de que ambos « cambiarían de acuerdo » y en grande los intereses de los pueblos », el pabellón independiente de Guayaquil era arriado y se enarbolaba el iris colombiano con esta inscripción : « La América del sud, libre por la República de Colombia » (10).

No habían pasado veinticuatro horas de la entrada triunfal del Libertador en Guayaquil, cuando los partidarios de su anexión á Colombia sostenidos por sus bayonetas, dirigieron

---

sombras, y el autor, poniendo algo de su pasión propia, se hace á la vez el eco de la maledicencia contemporánea. No mencionaríamos, pues, este hecho trivial y característico, si no nos hubiera sido confirmado en Buenos Aires en 1887, por el general Rufino Guido, uno de los hombres más rectos y verídicos que hayamos conocido, y que acompañó á San Martín como ayudante de campo en su entrevista de Guayaquil. Vicuña Mackenna en su obra, cit. (nota), confirma el hecho como comunicado también á él en Nueva York por el mismo general R. Guido, en 1853.

(10) Carta del general Cruz, cit. en Vicuña Mackenna, op. cit. pág. 53.

una representación al síndico procurador de la municipalidad pidiendo que se hiciese efectiva inmediatamente. La municipalidad se negó por unanimidad, porque los representantes del pueblo estaban convocados para resolver esta cuestión. Esta resistencia irritó á Bolívar. Repetida la petición sin mejor resultado, elevóse otra enderezada directamente al Libertador (julio 12). Bolívar, tomando pie de esta tramoya, declaró á Guayaquil en estado de anarquía, y al asumir el mando político y militar, significó á la junta por medio de su secretario que la provincia quedaba bajo la protección de Colombia (julio 13), intimando por medio de un edecán su voluntad á la asamblea popular (11). Al mismo tiempo expidió una proclama en que decía á los guayaquileños: « Os veis reducidos » á la situación más falsa, más ambigua, más absurda para » la política como para la guerra. Vuestra situación era un » fenómeno que estaba amenazando la anarquía. Yo he venido » á traeros el arca de la salvación. » Empero, tributando en la forma un homenaje al principio que sostenía San Martín, les aseguraba que su reasunción del mando absoluto en nada coartaba la libertad del voto que pronunciase su representación; pero decretaba imperativamente de antemano, que la anexión era un hecho fuera de cuestión: « Sois colombianos: vuestros votos han sido por Colombia: habéis pertenecido por » tiempo inmemorial al territorio que tiene la dicha de llevar » el nombre del padre del nuevo mundo; mas yo quiero consultaros, para que no se diga que hay un colombiano que » no ama sus sabias leyes. » La junta se dió por notificada y declaró que « cesaba desde luego en el ejercicio de sus funciones gubernativas » (12). Así quedó consumada de hecho

(11) Ceballos: « Resumen de la Hist. del Ecuador », t. III, pág. 404.

(12) « El Patriota » (periódico de Guayaquil) de 13 de julio de 1822 y « Suplemento » del mismo día.

la incorporación de Guayaquil á Colombia. Bolívar hacía lo que podía, y puede decirse lo que debía, para resolver la cuestión y prevenir un conflicto inminente; pero lo hacía mal, sin franqueza en las palabras y con violencia en los actos.

San Martín por su parte se preparaba á ejecutar una maniobra análoga, consecuente con su política y sus declaraciones comprometidas de sostener el voto libre del estado mediatizado. Al efecto, se había hecho preceder por la escuadra peruana, que á la sazón se encontraba en Guayaquil bajo las órdenes de su almirante Blanco Encalada, con el pretexto de recibir la división auxiliar peruano-argentina que desde Quito debía embarcarse en dicho puerto. Ocupada así la ciudad por agua y por tierra, el Protector contaba ser dueño del terreno, para garantir el voto libre de los guayaquileños, y tal vez para inclinarlo á favor del Perú. Pensaba que á su llegada, aun se hallaría el Libertador en Quito, hasta donde era su intención dirigirse, como lo había anunciado, á fin de buscar allí el acuerdo en actitud ventajosa; pero Bolívar « le ganó de mano », según él mismo lo declaró después (13). Los miembros de la disuelta junta de Guayaquil se refugiaron á bordo de la escuadra peruana, á pesar de las instancias del Libertador, poniéndose como vencidos bajo la protección del vencido.

IV

Consumada de hecho la incorporación de Guayaquil, Bolívar, al contestar la carta de San Martín, que le anunciaba su visita, lo invitaba á verle en « el suelo de Colombia », ó á esperarle en cualquier otro punto, envolviendo en palabras

---

(13) Informe verbal del general Rufino Guido, ayudante de campo de San Martín, quien se las oyó pronunciar al tiempo de retirarse de la entrevista. Véase unos apuntes del mismo (publicados anónimos) en la « Rev. de Buenos Aires », t. XV, pág. 74.

lisonjeras el punto capital, que era « arreglar de común » acuerdo la suerte de la América ». Decíale : « Con suma » satisfacción, dignísimo amigo, doy á usted por la primera » vez el título que mucho tiempo ha mi corazón le ha consa- » grado. Amigo le llamo, y este nombre será el que debe » quedarnos por la vida, porque la amistad es el único título » que corresponde á hermanos de armas, de empresa y de » opinión. — Tan sensible me será que no venga á esta ciu- » dad, como si fuéramos vencidos en muchas batallas ; pero » no, no dejará burlada la ansia que tengo de estrechar en » el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de » mi patria. ¿ Cómo es posible que venga usted de tan lejos » para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del » hombre singular que todos anhelan conocer y si es posible » tocar? No es posible. Yo espero á usted y también iré á » encontrarle donde quiera esperarme ; pero sin desistir de » que nos honre en esta ciudad. Pocas horas, como usted » dice, bastan para tratar entre militares ; pero no serían » bastantes esas mismas para satisfacer la pasión de la amis- » tad que va á empezar á disfrutar de la dicha de conocer el » objeto caro que le amaba sólo por la opinión, sólo por la » fama » (14).

Al firmar Bolívar esta carta el 25 de julio de 1822, á las 7 de la mañana, anuncióse que se avistaba en el horizonte una vela á la altura de un islote elevado á la boca del golfo llamado « El muerto ». Poco después la goleta « Macedonia », conduciendo al Protector, echaba anclas frente á la isla de Puná, y la insignia que flotaba en su mástil señalaba la presencia del gran personaje que traía á su bordo. Anunciada la

(14) Carta de Bolivar á San Martin de 25 de de julio de 1822. M. S. Esta carta, publicada varias veces, existe original en el Arch. San Martin, vol. LXI. M. S.

visita, el Libertador mandó saludarle por medio de dos edecanes, ofreciéndole la hospitalidad. Al día siguiente desembarcó San Martín. El pueblo, al divisar la falúa que lo conducía, lo aclamó con entusiasmo á lo largo del malecón de la ribera. Un batallón tendido en carrera le hizo los honores. Al llegar á la suntuosa casa que se le tenía preparada, el Libertador le esperada de gran uniforme, rodeado de su estado mayor, al pie de la escalera, y salió á su encuentro. Los dos grandes hombres de la América del Sud se abrazaron por la primera y por la última vez. « Al fin se cumplieron mis » deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado gene- » ral San Martín », exclamó Bolívar. San Martín contestó que los suyos estaban cumplidos al encontrar al libertador del norte. Ambos subieron del brazo las escaleras, saludados por grandes aclamaciones populares (15).

En el salón de honor, el Libertador presentó sus generales al Protector. En seguida emperazon á desfilar las corporaciones que iban á saludar al ilustre huésped, presente el que hacía los honores. Una diputación de matronas y señoritas se presentó á darle la bienvenida en una arenga, que él contestó agradeciendo. En seguida una joven de diez y ocho años, que era la más radiante belleza del Guayas, se adelantó del grupo, y ciñó la frente del Libertador del sud con una corona de laurel de oro esmaltado (16). San Martín, poco acostumbrado á estas manifestaciones teatrales y enemigo de ellas por temperamento, á la inversa de Bolívar, se ruborizó,

---

(15) Se ha dicho y se cree generalmente que el encuentro de los dos libertadores tuvo lugar en el malecón de la ría de Guayaquil. El general Rufino Guido, edecán de San Martín, y el coronel Manuel Rojas, secretario de la legación peruana, que se hallaban presentes, describen la escena en los términos del texto.

(16) Llamábase la joven Carmen Garaycoa, á quien el mismo Bolívar suplicó coronase á San Martín en el acto de la recepción. Vicuña Mackenna apud « El General San Martín », pág. 50 (nota).

y quitándose con amabilidad la corona de la cabeza, dijo : que no merecía aquella demostración, á que otros eran más acreedores que él; pero que conservaría el presente por el sentimiento patriótico que lo inspiraba y por las manos que lo ofrecían, como recuerdo de uno de sus días más felices. Luego que se hubo retirado la concurrencia, los dos grandes representantes de la revolución de la América del Sud, quedaron solos. Los dos permanecían de pie. Paseáronse algunos instantes por el salón, cambiando palabras que no llegaban á oídos de los edecanes que ocupaban la antesala. Bolívar parecía inquieto: San Martín, estaba sereno y reconcentrado. Cerraron la puerta, y hablaron sin testigos, por el espacio de más de hora y media. Abrióse luego la puerta: Bolívar se retiró impenetrable y grave como una esfinge, y San Martín le acompañó hasta el pie de la escalera con la misma expresión, despidiéndose ambos amistosamente. Más tarde, el Protector pagó al Libertador su visita, que fué de mero aparato y sólo duró media hora.

Al día siguiente (27 de julio), San Martín ordenó que se embarcase su equipaje á bordo de su goleta, anunciando que en esa misma noche pensaba hacerse á la vela, después de un gran baile á que estaba invitado. Señal que no esperaba ya nada de la entrevista. Á la una del día se dirigió á la casa del Libertador, y encerrados ambos sin testigos como la víspera, permanecieron cuatro horas en conferencia secreta. — Todo indica que este fué el momento psicológico de la entrevista. — Á las 5 de la tarde, sentábanse uno al lado del otro á la mesa de un espléndido banquete. Al llegar el momento de los brindis, Bolívar se puso de pie, invitando á la concurrencia á imitar su ejemplo, y dijo : — « Por los dos hombres más grandes de la América del Sud : el General San Martín y Yo ». — San Martín á su turno contestó modestamente, pero con palabras conceptuosas que parecían responder á una preocupación secreta : « Por la pronta conclusión de la

guerra; *por la organización de las diferentes* Repúblicas *del continente*, y por la salud del Libertador de Colombia ». — Del banquete, pasaron al baile. — Bolívar se entregó con juvenil ardor á los placeres del wals, que era una de sus pasiones. El baile fué asumiendo la apariencia de una reunión de campamento llanero, por la poca compostura de la oficialidad del Libertador, que á veces corregía él con palabras crudas y ademanes bruscos, que imprimían á la escena un carácter algo grotesco. San Martín permanecía frío espectador, sin tomar parte en la animación general, observando todo con circunspección; pero parecía estar ocupado por pensamientos más serios. Á la una de la mañana, llamó á su edecán el coronel Rufino Guido, y le dijo : « Vamos : no puedo soportar este bullicio ». Sin que nadie lo advertiese, un ayudante de servicio le hizo salir por una puerta excusada — según lo convenido con Bolívar, de quien se había despedido para siempre, — y lo condujo hasta el embarcadero. Una hora después la goleta « Macedonia » se hacía á la vela, conduciendo al Protector. Al día siguiente levantóse muy temprano. Parecía preocupado, y permanecía silencioso. Después del almuerzo, paseándose por la cubierta del buque, exclamó : « El Libertador nos ha ganado de mano ! » Y al llegar de regreso al Callao encargaba al general Cruz escribiese á O'Higgins : « El Libertador no es el hombre que pensábamos ! » Palabras de vencido y de desengañado, que compendiaban los resultados de la entrevista (17).

---

(17) En esta crónica de lo que puede llamarse la parte externa ú ostensible de la entrevista de Guayaquil, nos hemos guiado por los testimonios de tres testigos presenciales, directamente consultados : el almirante Blanco Encalada, el general Rufino Guido, edecán de San Martín, y el general Jerónimo Espejo, y además por una memoria inédita del coronel Manuel Rojas que se halló presente al acto.

V

¿Qué había pasado en las conferencias secretas? Lo que estaba en el orden de los hechos, en la atmósfera política, en las almas de los dos interlocutores. Antes de la entrevista ¿quién no sabía de lo único de que podían ocuparse San Martín y Bolívar? Después de la entrevista, ¿quién no sabe cual fué el resultado de las conferencias? En el orden físico como en el orden político, son los mismos elementos los que constituyen la esencia de los fenómenos y forman la trama de los acontecimientos necesarios. Si conociendo la historia de la emancipación hispano-americana, sólo se supiese que San Martín y Bolívar habían celebrado una conferencia en 1822, podría determinarse á priori cuales fueron los puntos que en ella se trataron; y con más certidumbre pueden determinarse á posteriori, conociéndose los documentos correlativos que la precedieron y la siguieron, y los hechos que la explican.

Dos grandes cuestiones dominaban la época: la terminación de la guerra de la independencia, circunscripta al territorio del Perú, y la organización política de las nuevas naciones independizadas. Las cuestiones de alianza militar para alcanzar lo primero y de límites para definir las soberanías territoriales, estaban comprendidas, pero eran accesorias. No había en el mundo de la política sud-americana otros problemas que resolver, « para fijar la estabilidad del destino de la América », según las palabras de San Martín al buscar la entrevista. Por consecuencia, San Martín y Bolívar, las dos grandes influencias de la época que únicamente podían resolverlos como árbitros, debieron necesariamente ocuparse de ellos. El tiempo, que ha descorrido el velo del misterio,

con exhibición del documento fundamental que esparce plena luz sobre la conferencia, ha venido, como un protocolo, á revelar, que lo que se trató en ella, fué lo mismo que estaba públicamente anunciado, salvo la guerra de Quito ya terminada, la cuestión de Guayaquil eliminada de hecho, y la desaparición de una gran figura de la escena sud-americana, que fué su consecuencia. La famosa conferencia de Tilsit, que sólo se conoce por inducción y por sus resultados, ha sido rehecha en todas sus partes como si el mundo entero hubiese sido testigo en ella. La de Guayaquil es más facil de rehacer en sus partes integrantes, sin necesidad de apelar á conjeturas, con sólo ordenar los puntos y los incidentes fuera de cuestión que son del dominio de la historia documentada, sin agregar una palabra ni un gesto que no pueda ser comprobado.

La conferencia se verificó bajo malos auspicios para establecer igualdad en la partición de la influencia continental: el libertador del norte, dueño de su terreno, que pisaba con firmeza, tenía de su lado el sol y el viento: el del sud, se presentaba en una posición falsa, sin un plan fijo, sin base sólida de poder propio, que al pisar la playa guayaquileña había sido ganado de mano, según su expresión, en la cuestión que se proponía tratar de igual á igual. Así, los dos grandes protagonistas del drama revolucionario se presentaron enmascarados en esta escena, que sólo tiene de dramático lo que pasó en el alma de cada uno de ellos. La impresión que á primera vista produjo Bolívar en San Martín, fué de repulsión, al observar su mirar gacho, su actitud desconfiada y su orgullo mal reprimido (18). Tal vez leyó su propio

(18) San Martín, en sus confidencias al capitán Lafond, le dice hablando de Bolívar : « Á primera vista, su persona no predisponía en su favor. » Parecía estar poseído de mucho orgullo, lo que contrastaba con su ha-

destino en la mirada encapotada de su émulo, al encontrarse con otro hombre distinto del que se imaginaba á la distancia, y al chocar con una ambición con que no había contado. Sin embargo, lo penetró al través de su máscara (19). Bolívar, más lleno de sí mismo, miró á San Martín de abajo arriba, y sólo vió la cabeza impasible que tenía delante de sus ojos, sin sospechar las ideas que su cráneo encerraba, ni los sentimientos de su corazón. Vió simplemente en él un hombre sin doblez, un buen capitán que debía sus victorias más á la fortuna que á su genio (20). Así se midieron mentalmente estos dos hombres en su primer encuentro.

Bolívar tenía en su cabeza un plan de consolidación americana, que aunque confuso todavía, respondía á un propósito firme de dominación que se sentía llamado á ejecutar solo (21). San Martín, que no tenía el resorte de la ambición

---

» bitud de no mirar jamás de frente á la persona con quien hablaba, á » menos que no fuese muy inferior á él. Pude convencerme de su falta » de franqueza en las conferencias que tuve con él en Guayaquil ». (Lafond : « Voyages autour du monde », t. II, pág. 152.)

(19) En la obra de Lafond, citada en la nota anterior, loc. cit., dice San Martín : « Su lenguaje era á veces un poco trivial, pero me pareció » que este defecto no le era natural, y que sólo quería darse de este modo » un aire marcial. La opinión pública lo acusaba de una ambición des» medida y de una sed ardiente de mando, reproche que él mismo ha » cuidado de justificar completamente ».

(20) En carta de Bolívar de 26 de diciembre de 1822, á su amigo Fernando Peñalver, le dice : « El General San Martín vino á verme á Guaya» quil, y me pareció lo mismo que ha parecido á los que más favorable» mente juzgan de él ». (Cartas del Libertador, t. XXIX, pág. 257, « Memorias de O'Leary »). — En carta posterior, dirigida á Sucre, después de la retirada de San Martín del Perú, lo juzga así : « El General San Mar» tín era respetado del ejército, acostumbrado á obedecerle : el pueblo » del Perú le veía como á su Libertador : él por otra parte había sido » afortunado, y usted sabe que las ilusiones que presta la fortuna, va» len á veces más que el mismo mérito. En fin, el Perú ha perdido un » buen Capitán y un Bienhechor ». (Mem. cit., t. XXIX, pág. 259.)

(21) El almirante Blanco Encalada, hombre de carácter caballeresco y de una severa probidad, que se hallaba á la sazón mandando la escuadra peruana en Guayaquil, y con quien Bolívar tuvo algunas expansiones en

personal, y si la tuvo por acaso al provocar la conferencia adjudicándose el papel de árbitro, se destempló al chocar con aquella voluntad férrea encarnada en un hombre, que lo consideraba como un obstáculo á la expansión de su genio atrevido (22), pudo estimar su temple al encontrarse con un antagonista en vez de un aliado. « Puede decirse, — son palabras de San Martín, — que sus hechos militares le han merecido con razón ser considerado como el hombre más extraordinario que haya producido la América del sud. Lo que lo caracteriza sobre todo, y le imprime en cierto modo su sello especial, es una constancia á toda prueba á que las dificultades dan mayor tensión, sin dejarse jamás abatir por ellas, por grandes que sean los peligros á que su alma ardiente le arrastra » (23). El círculo en que podía moverse la voluntad de San Martín, era muy limitado : iba de buena fe y sin ambición á buscar los medios de poner pronto término á la guerra de la independencia, circunscripta á un solo punto, y á tratar como « responsable del » éxito de la empresa y del destino de la América », según sus propias palabras, las grandes cuestiones americanas de

---

esta ocasión sobre sus planes futuros respecto de la América, escribió á O'Higgins reservadamente con fecha 9 de setiembre de 1822: — « Guayaquil queda incorporada á Colombia por el voto de Bolívar y sus bayonetas, cuya moderada ambición se extiende más allá de lo que usted y el mundo han podido imaginar; pues la franqueza que me ha dispensado y las muchas conversaciones que he tenido con él, añadiendo su conducta, de que he sido testigo, me han hecho conocerle. Á mi vuelta haré un retrato de su carácter. Baste sólo decirle á usted como amigo y como chileno, que le considero un enemigo peligroso, de quien es preciso resguardarse mucho ». (Véase « General San Martín », por Vicuña Mackenna, pág. 54.)

(22) En carta de San Martín á Bolívar, de 20 de agosto de 1822, que se citará in extenso más adelante, le dice : « Estoy persuadido que mi persona podía incomodarle ; cierto que mi presencia es el único obstáculo que le impide venir al Perú con el ejército de su mando ».

(23) Opinión de San Martín sobre Bolívar, en Lafond : « Voyages », cit., t. II, pág. 143.

la organización futura, resolviendo de paso las del presente (24). Y no tuvo ni cuestiones que tratar, ni encontró siquiera hombre con quien discutir. Bolívar se encerró en un círculo de imposibilidades ficticias, oponiéndole una fría resistencia que no se dejaba penetrar (25), á pesar de haberle insinuado antes, que « entre militares, pocas horas bastaban » para tratar » (26).

La única cuestión de actualidad, la que afectaba « los intereses generales del Perú y de Colombia » (27), que era la de Guayaquil, y que según las seguridades oficiales dadas por San Martín « quedaría transada en la conferencia » (28), ni se tocó siquiera; estaba resuelta de hecho, y Bolívar al ofrecerle su hospitalidad, le había notificado, que Guayaquil estaba « en el suelo de Colombia », y él la había aceptado bajo el pabellón colombiano (29). La gran cuestión de actualidad, que era la pronta terminación de la guerra de la independen-

(24) Palabras de San Martín al iniciar la entrevista en enero de 1822. Véase nota núm. 1 de este cap.

(25) Opinión de San Martín sobre Bolívar, comunicada á Lafond : « Jamás respondió de un modo positivo á mis proposiciones, y siempre en » términos evasivos ».

(26) Palabras de Bolívar en su carta en vísperas de la conferencia, citada en la nota núm. 13 de este capítulo.

(27) Véase nota núm. 1 de este cap.

(28) Véase nota núm. 4 de este cap.

(29) Véase nota núm. 13 de este cap.— Algunos historiadores han repetido que la cuestión de Guayaquil fué una de las que se trató en la conferencia, sin advertir que estaba eliminada de hecho, y que no podía tocarse sin provocar una ruptura inmediata, que ambos querían evitar en aquel momento. San Martín, en su última carta á Bolívar, después de la conferencia (29 de agosto de 1822), le dice : « Nada diré á usted sobre la » reunión de Guayaquil á la república de Colombia. Permítame solamente pensar, general, que no era á nosotros á quienes correspondía » decidir este importante asunto. Juzgándolo de común acuerdo, des» pués del fin de la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran tran» sado sin los inconvenientes que de una decisión prematura pueden » resultar en el día á los intereses de los nuevos Estados de la América » del Sud. »

cia, por el común acuerdo y la alianza de las armas del Perú y de Colombia, fué esquivada en parte por el Libertador, y en parte resuelta por él en términos equívocos que importaban no alterar la situación militar, dándose San Martín ostensiblemente por satisfecho á más no poder con este resultado parcial que nada resolvía (30). La cuestión menor de las bajas de la división auxiliar que había concurrido á Pichincha, que según lo convenido debía reemplazar Colombia, no se tocó, porque Bolívar la había detenido en Quito, adelantándose con sus batallones para dar el golpe de Estado de Guayaquil, temeroso de que su presencia pudiese alentar á los guayaquileños á pronunciarse en sentido contrario á sus planes de anexión (31).

La otra cuestión fundamental de orden trascendental, la que se refería á la organización futura de los nuevos Estados, no podía dejar de ser tratada, y lo fué, aunque incidentalmente, según testimonio del mismo San Martín. Los documentos hablarán en cuanto al modo como fué considerada y medio resuelta la relativa á la alianza, en el orden de los hechos; en cuanto á esta, que se relaciona con las con-

---

(30) Proclama de San Martín después de la conferencia cit. (sin fecha) inserta en el núm. 18 de la « Gac. de Lima », de 24 de agosto de 1822, referente al auxilio de tres batallones prestados por el Libertador para concurrir á la guerra del Perú, punto que se ilustrará más adelante.

(31) San Martín en su carta á Bolívar después de la conferencia, le decía: « La división del general Santa Cruz (cuyas bajas no han sido » reemplazadas, á pesar de sus reclamaciones, según me lo escribe), en » la dilatada y penosa marcha por tierra, ha debido experimentar una » pérdida considerable, y nada útil podrá emprender en la presente cam- » paña ».—Véase Restrepo, « Hist. de Colombia », t. III, pág. 228, y Larrazábal, t. II, pág. 149, en que explicando la marcha de Bolívar á Guayaquil al frente de sus batallones, declaran terminantemente, que fué para acelerar la anexión bajo el imperio de la fuerza, adelantándose al plan de San Martín de garantir el voto libre de los guayaquileños, de que dicen estaba instruido.

ciencias, á falta de ellos, la ilustrarán los antecedentes conocidos con que se liga, y las confidencias que esparcen una media luz sobre este punto, el único oscuro de la conferencia, aunque el más claro de la historia. Puede hasta fijarse la hora en que estas dos grandes cuestiones se trataron, y el momento preciso en que San Martín renunció, hasta en teoría, al proyecto quimérico del establecimiento de una monarquía americana. Cuando después de la recepción oficial los dos libertadores quedaron solos á puerta cerrada por el espacio de hora y media, era natural que no entrasen todavía en materia y se ocupasen de la situación general. Así lo confirma un dato de mera referencia. Durante esta primera conferencia preliminar, el Libertador abrió la puerta y llamó á su ayudante de campo y secretario el general T. C. Mosquera, y le ordenó trajese las últimas cartas del vice-presidente Santander, que instruían del estado en que se hallaba Colombia, lo que indica que se ocupaban de darse cuenta de la situación de todas y cada una de las partes de la América del Sud (32).

---

(32) Artículo del general T. C. Mosquera, publicado en 1851 en la « Crónica de Nueva York », reproducido en el núm. 7 de la « Revista del Paraná », en 1861, y vaciado en 1868 en las « Memorias » del mismo, donde incurre en los más groseros errores cronológicos, que pone en boca de San Martín y Bolívar, como si hubiese estado presente á la conferencia. El general Rufino Guido, que se hallaba presente cuando tuvo lugar la conferencia, nos dirigió con tal motivo la siguiente rectificación : « El general Mosquera asegura que lo que refiere sobre la entrevista de Guayaquil, lo sabe como testigo presencial, como pudo saberlo también el teniente coronel Soyer, uno de los ayudantes de campo que » dice entramos en el despacho para tomar nota de la conferencia. El general Mosquera creyó sin duda cuando escribía, que hubiese muerto el general Guido, como había fallecido años antes en Lima el comandante Soyer. Felizmente vivo, para asegurar que no es cierto que hubiesen presenciado la entrevista ni Soyer ni yo, porque sólo el general San Martín y Bolívar estuvieron encerrados por más de dos horas. Es probable que el Libertador, que tenía sus confianzas con Mosquera, lo impusiera después de algunos puntos de la conferencia; pero de esto á oirlo de boca de un interesado, á oirlo mientras discutían aque-

En la visita de etiqueta que el Protector hizo al Libertador, que sólo duró media hora, no era la ocasión ni hubo tiempo para tratar tan graves cuestiones. Por consecuencia, fué el 27 de julio, de 1 á 5 de la tarde, que hemos señalado, cuando tuvo lugar la formal y definitiva entrevista (véase § IV de este cap.) Á esas horas los dados del destino estaban tirados.

VI

Salvo el orden en que se trataron los diversos puntos conexos con la inmediata terminación de la guerra de la independencia sud-americana, todos los tópicos son conocidos, y hasta los gestos que acentuaron la interesante discusión. San Martín manifestó, que no abrigaba temor alguno respecto de la suerte futura del Perú en el orden militar (33). Sin embargo, agregó, que aun cuando estuviese íntimamente convencido, que cualesquiera que fuesen las vicisitudes de la guerra, la independencia de la América era irrevocable, su prolongación causaría la ruina de las poblaciones, y era un deber sagrado de los hombres á quienes estaban confiados

---

» llos dos grandes héroes de la época, hay una gran diferencia. Como » testigo ocular de aquellos sucesos, y por lo que pueden servir á la his» toria, dirijo estos ligeros apuntes ». M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LXI.)

(33) Es el mismo Bolívar quien lo declara. En una nota del secretario del Libertador, José Gabriel Pérez, dirigida á su nombre al gobierno del Perú, con fha. 9 de setiembre de 1822, se dice : « Aunque S. E. el Pro» tector del Perú en su entrevista en Guayaquil no hubiera manifestado » temor de peligro por la suerte del Perú, el Libertador no obstante se » ha entregado desde entonces á la más detenida y constante medita» ción ». (Docs. para la Hist. del Libertador, t. VIII, pág. 554, núm. 2124.)

sus destinos, evitar tan grandes males (34). Bolívar ofreció el auxilio de tres batallones colombianos, pagando estrictamente la deuda de Pichincha; pero reservóse darles instrucciones secretas que anularan la cooperación que debían prestar, como se vió luego, complicando la oferta con la devolución del batallón Numancia, que debía agregarse á la columna colombiana. De este modo Bolívar ponía un pie en el Perú, sin dar los medios eficientes para terminar prontamente la guerra, dejaba más ó menos librado el Perú á sus propios recursos, y en el estado crónico de la lucha ó dado un suceso desgraciado, él era el árbitro, seguro de que el triunfo definitivo era cuestión de tiempo. Si Bolívar, en vez de 1,400 hombres prestados á medias, hubiese puesto á disposición del Protector tres ó cuatro mil colombianos ó decidídose á entrar con su ejército al Perú, contando, como contaba con la cooperación eficaz del General de los Andes, la guerra de la independencia habría terminado en tres meses. No quiso hacerlo, y la lucha se prolongó por tres años más (35). Para persuadirlo de esto, San Martín desenvolvió entonces el plan de campaña por puertos intermedios que tenía meditado, que para producir todas sus ventajas debía ser acompañado por una poderosa invasión á

---

(34) En la carta de San Martín á Bolivar de 29 de agosto de 1822, antes cit., y cuyo texto se dará más adelante, se dice : « Estoy íntimamente convencido, que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente » guerra, la independencia de la América es irrevocable ; pero su prolongación causará la ruina de las poblaciones, y es un deber sagrado de » los hombres á quienes están confiados sus destinos, evitarles tan grandes males ».

(35) En una carta de gran valor histórico, de 11 de setiembre de 1846, en Boulogne-sur-Mer, decía San Martín al presidente del Perú Ramón Castilla : « Conocía, que con las fuerzas reunidas en Colombia, la guerra » de la independencia hubiera terminado en todo el año 23 ». (Esta carta se publicó por la primera vez en la « Opinión de Lima » de 15 de marzo de 1878.)

la sierra; y que esto no era posible sin el auxilio del ejército colombiano; pues los tres batallones colombianos ofrecidos (además del batallón Numancia) serían apenas suficientes para mantener el orden en Lima y guarnecer los castillos del Callao (36).

Parece que Bolívar dió poca importancia á las últimas fuerzas que resistían en el Perú, sea por cálculo ó por estar mal informado. San Martín se encargó de poner ante sus ojos los estados de fuerza, diciéndole, que « no se hiciese » ilusión, sobre las fuerzas realistas en el Alto y Bajo-Perú, » que ascendían al doble de las patriotas; que se trataba de » poner término á la lucha que juntos habían emprendido » y en que estaban empeñados, y que el honor del triunfo » final correspondía al Libertador de Colombia, á su ejercito » y á la república que presidía ».

El momento psicológico de la conferencia había llegado. Bolívar estrechado en sus defensas artificiales, pero resuelto á mantenerse en ellas, contestó, que el congreso de Colombia no lo autorizaría para ausentarse del territorio de la república. Esto decía, el que había reconquistado á Nueva Granada sin autorización del congreso, y le había impuesto la república colombiana, y que al sancionarse la constitución, se había reservado fuera de ella el absoluto poder militar en los pueblos que fuese sucesivamente libertando, como lo acababa de hacer con Quito y Guayaquil. San Martín, sin darse por entendido que era una evasiva, le repuso, que estaba persuadido que la menor insinuación suya al congreso sería acogida con unánime aprobación (37). El Liberta-

---

(36) Carta de San Martín, cit., escrita después de la conferencia y refiriéndose á lo tratado en ella, que puede considerarse como dicho verbalmente en tal ocasión.

(37) El ofrecimiento de San Martín á Bolívar, hecho en estos términos, consta en la citada carta del primero al segundo; pero estas palabras

dor estaba sordo, y no quería oír. San Martín tuvo la gran inspiración del momento. — « Bien, general, le dijo, yo com» batiré bajo sus órdenes. Puede venir con seguridad al Perú, » contando con mi cooperación. Yo seré su segundo » (38). Bolívar, sorprendido, levantó la vista y miró por la primera vez de frente á su abnegado interlocutor, dudando de la sinceridad de un ofrecimiento de que él no era capaz. Pareció vacilar un momento; pero luego volvió á encerrarse en su círculo de imposibilidades constitucionales, agregando, que aun estando resuelto á emprender formalmente la campaña del Perú, su delicadeza no le permitiría jamás el mandarlo (39). Era significarle, que de ir él, con su ejército,

---

textuales, y la escena que se siguió, fueron comunicadas por el mismo San Martín á su amigo don Manuel José Guerrico en París, en 1846, después que la publicación de dicha carta reveló, al cabo de veinte años, el misterio de la entrevista. El Sr. Guerrico las trasmitió al Sr. Domingo F. Sarmiento, que se hallaba entonces en Europa, quien tuvo la confirmación de su exactitud de labios del mismo general. El Sr. Sarmiento consignó el dato tal como se lee en el texto, en su « Discurso de recepción en el Instituto histórico de Francia », en 1847, en presencia del mismo San Martín. (Véase Sarmiento : « Viajes en Europa, África y América », t. II, pág. 451).— El Sr. Sarmiento, refiriéndose á esta confidencia, dijo en su discurso pronunciado el 23 de mayo de 1880, al tiempo de la repatriación de los restos de San Martín á Buenos Aires : « Sabeis que fuí el primer » confidente á quien comunicó San Martín lo ocurrido en la memorable » entrevista de Guayaquil. La simplicidad del relato, la majestad de la » voz y del semblante del anciano narrador, le imprimían el carácter de » un hecho histórico, sin las correcciones y embellecimientos posterio» res. »

(38) Carta de San Martín á Bolívar, en que se detallan todos estos incidentes.

(39) Carta de San Martín á Bolívar, después de la conferencia, en que le dice : « Desgraciadamente yo estoy firmemente convencido, ó que no » ha creido sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes, con las » fuerzas de mi mando, ó que mi persona le es embarazosa. Las razones » que usted me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás el » mandarme, y aun en el caso de que se decidiese, el congreso de Co» lombia no le permitiría ausentarse del territorio de la república, per» mítame, general, que le diga, no me han parecido bien plausibles ». — En la carta de San Martín al presidente Castilla, escrita en 1846, con-

iría mandando solo, como árbitro militar y político de la suerte de los pueblos, y que no aceptaba su cooperación (40). Si antes lo había considerado un obstáculo, ahora era más necesario suprimirlo, cuando se presentaba moralmente tan grande, que lo vencía con su abnegación. Fué sin duda entonces cuando formó de él el concepto de que era « un buen hombre », pero peligroso aun como contraste de su ambición. San Martín, comprendió que el Libertador no quería hacer causa común con él : desde ese momento, probablemente, decidió eliminarse poniendo los medios para que el Perú resolviese por sí solo, con los últimos restos de las tropas argentinas y chilenas, la lucha americana, y en todo caso, dejar la puerta abierta para que el Libertador avanzase con su poderoso ejército triunfante, y diese el golpe mortal á la dominación española en la América del Sud. No volvió á insistir sobre el punto en cuestión, sabiendo ya á que atenerse.

---

firma San Martín esto mismo : « Mi entrevista en Guayaquil con el Ge-
» neral Bolívar me convenció (no obstante sus protestas) que el *solo obs-*
» *táculo* de su venida al Perú con el ejército de su mando, no era otro
» que la presencia del general San Martín, á pesar de la sinceridad con
» que le ofrecí el ponerme bajo sus órdenes con todas las fuerzas de mi
» mando ».

(40) En una carta del enviado del Perú en Europa en 1825, don Juan Manuel Iturregui, inserta en el op. de Vicuña Mackenna « El general San Martín », etc , dice Iturregui, que en esa época visitó al general en Bruselas, quien le dijo : « que había encontrado en Bolívar las mejores dis-
» posiciones para unir sus fuerzas á las del Perú, contra el enemigo co-
» mún, pero que al mismo tiempo le había dejado ver muy claramente,
» un plan ya formado y decidido de pasar personalmente al Perú y de
» intervenir en jefe, tanto en la dirección de la guerra como de la polí-
» tica : que no permitiéndole su honor asentir á la realización de ese
» plan, era visto que de su permanencia en el Perú debía haber resul-
» tado un choque con el general Bolívar (cuya capacidad militar y re-
» cursos para terminar la guerra eran incontestables) y además el frac-
» cionamiento en partidos ».

VII

¿Se trató en la conferencia la cuestión capital de la organización futura de los nuevos Estados sud-americanos? Es indudable. Todos los historiadores que han recibido más ó menos directamente las vagas confidencias de los dos grandes protagonistas de la escena, coinciden en este punto, sin exceptuar uno solo, y aunque variando en las versiones, todos están contestes, en que San Martín abogó por la monarquía y Bolívar por la república. No podía ser de otro modo, después de la solemne declaración de San Martín de que iba á tratarse en la entrevista por él buscada, « de la » estabilidad del destino á que con rapidez se acercaba » la América, y de que él y el Libertador eran en alto grado » responsables » (41). Y necesariamente tenía que tratarla, dada la situación en que él se encontraba, con una negociación sobre monarquización del Perú pendiente en Europa, que aunque al parecer abandonada después de la convocatoria posterior del congreso peruano para entregar sus destinos al país libertado, podía todavía considerar como un proyecto presentable, si Bolívar le prestaba su aprobación, ó no le ponía obstáculo.

Sucede á este respecto lo mismo que en los demás tópicos de la conferencia. Conocidas las opiniones sobre forma de gobierno que profesaban ambos libertadores, públicamente declaradas en varias ocasiones, puede ponerse en boca de los interlocutores los argumentos que hicieron valer en favor de ellos, y hasta las palabras de que se sirvieron. San

---

(41) Véase nota núm. 1 de este capítulo.

Martín diría, como había dicho siempre, que aunque republicano por convicción, y considerando la república como el gobierno más perfecto, posponía sus principios al bien público, al optar por lo que creía posible y mejor para asegurar la paz de los nuevos Estados evitando la anarquía, porque no consideraba á los pueblos de la América del Sud preparados para la democracia; y que respecto al Perú, pensaba que era la forma de gobierno más adaptable á su estado social; siendo por otra parte este un medio de alcanzar una solución, que conciliaba la política del nuevo y del viejo mundo, y aun de arribar á un arreglo con la España sobre la base del reconocimiento de la independencia (42). En este plan quimérico y absurdo, pero patriótico á su manera, no entraba por naba la ambición personal: él no aspiraba ni siquiera á ser presidente de república. Bolívar era republicano, á su manera también. Como presidente de una gran república, que componía un verdadero imperio, era más que un rey, y soñaba ya con la monocracia americana, y con la presidencia vitalicia que le había inoculado su maestro Simón Rodríguez, y que sostuvo en sus escritos varias veces desde sus primeros hasta sus últimos días de vida pública, como la única institución capaz de dar estabilidad á los nuevos Estados, combinando la constitución monárquica de la Inglaterra con la democracia embrionaria de la América del Sud, por la eliminación de sus dos principios fundamentales: — ni democracia, ni rey. — Precisamente por este mismo tiempo se inauguraba el nuevo é inconsistente imperio mejicano, y Bolívar, tal vez por una asociación de ideas, que se ligaba á la reciente conferencia, después de emitir sobre San Martín en la intimidad, el juicio

---

(42) Condensamos aquí todos los argumentos de San Martín respecto de su plan monarquista, valiéndonos de sus mismas declaraciones hechas en varias ocasiones, que han sido señaladas en el curso de esta historia.

que había formado de él, considerándolo como un hombre bueno, agregaba : « Itúrbide se hizo emperador por la gracia » de Pio, primer sargento; sin duda será muy buen Empe- » rador. Su imperio será muy grande y muy dichoso, » porque los derechos son legítimos según Voltaire, por » aquello que dice : *El primero que fué rey fué un soldado* » *feliz*, aludiendo sin duda al buen Nemrod. Mucho temo » que las cuatro planchas cubiertas de carmesí, que llaman » trono, cuesten más sangre que lágrimas, y den más inquie- » tudes que reposo. Están creyendo algunos que es muy » fácil ponerse una corona, y que todos lo adoren; y yo » creo que el tiempo de las monarquías fué, y que hasta que » la corrupción de los hombres no llegue á ahogar el amor » á la libertad, los tronos no volverán á ser de moda en la » opinión » (43). En este manto de republicano, se envolvía una ambición cesárea, incompatible con la verdadera democracia, como sus reaccionarias teorías confesadas lo manifiestan y el tiempo lo demostró. Era, pues, natural, que por principios y por instinto y hasta por interés propio, rechazase le plan monarquista de San Martín, y éste era otro motivo para eliminarlo. Era una idea muerta.

La tradición ha conservado algunas frases á propósito de monarquía, pronunciadas por los interlocutores, que uno de ellos ha confirmado. San Martín, en uno de los rarísimos momentos de expansión, comunicó en 1832 al enviado de Chile en París don José J. Pérez, que Bolívar no creía posible la monarquía, sino á condición de que los reyes fuesen americanos. San Martín le contestó, según él, que no podían tomarse á lo serio monarcas « que habían fumado juntos el

---

(43) Carta de Bolívar á F. Peñalver de 26 de setiembre de 1822. (« Cartas del Libertador », cit. en « Memorias de O'Leary », t. XXIX, pág. 256.)

mismo cigarro, y para sus súbditos serían naranjos », aludiendo á la monja que no podía reverenciar un Cristo tallado en el tronco de un naranjo que había visto crecer en el huerto de su convento (44). Algunas otras confidencias parece que se hicieron los dos libertadores. San Martín asegura que Bolívar le dijo, que « depositaba su mayor confianza en los oficiales ingleses que servían en su ejército », y pudo cerciorarse por sí mismo que trataba á los oficiales colombianos más bien como esclavos que como compañeros, tolerando la mayor licencia en la tropa, en que era muy popular (45). Al despedirse para siempre del Libertador, al parecer amigablemente, ofrecióle enviarle desde el Perú un caballo de paso para las marchas de sus futuras campañas (46). En seguida sentóse á la mesa del banquete, y vencido sino convencido, alzó la copa y brindó « *Por la organización* de las diferentes REPÚBLICAS *del continente* ». Hasta entonces, el libertador del Sud, había fundado repúblicas de hecho, pero no había confesado una fe política, inclinándose en teoría á la monarquía, aunque sin pretender imponer sus opiniones. Por la primera vez reconocía que los nuevos Estados sud-americanos eran REPÚBLICAS, y debían *organizarse* como tales.

¿Hubo algo más? Tal vez. Así lo indica la reserva que uno y otro guardaron por el espacio de largos años, sin comunicar sus impresiones á sus más íntimos confidentes. San Martín, como vencido, quedó mortificado, y era un asunto de que no

---

(44) Don José Joaquín Pérez (ex-presidente de Chile), que aun vive, y cuenta 88 años, ha confirmado verbalmente esta confidencia, que Vicuña Mackenna consigna también en su op. « El general San Martín », página 57 (nota).

(45) « Opinión de San Martín sobre Bolívar », comunicada á Lafond, « Voyages », etc., cit., t. II, pág. 143.

(46) Carta cit. de San Martín á Bolívar, después de la conferencia : « El comandante Delgado, portador de esta carta, le entregará el caballo » de paso que le ofrecí en Guayaquil ».

le era grato hablar, habiéndose impuesto por otra parte el silencio como un deber de patriotismo para no dar armas al enemigo, según lo dijo él mismo al Libertador después de la conferencia (47). Bolívar por su parte, no debió quedar satisfecho de sí mismo : el Protector lo había vencido moralmente con su abnegación, y su silencio mismo constituye el mayor elogio que podía hacer á su elevación de sentimientos (48).

---

(47) Carta cit. de San Martín á Bolívar después de la conferencia, en que le dice : « Los sentimientos de esta carta deben quedar en el más » profundo silencio; porque si fuesen conocidos, los enemigos de nues» tra libertad podrían servirse para atacarla, y los intrigantes para so» plar el veneno de la discordia ».

(48) Se esperó por mucho tiempo, que las « Memorias » del general O'Leary, ayudante favorito de Bolívar, contendrían importantes revelaciones sobre esta conferencia. Estas « Memorias », que constan de treinta volúmenes, muy ricas en documentos, de los cuales sólo dos de texto, contienen menos al respecto que todos los demás libros históricos anteriores y posteriores. Esto prueba que Bolívar, lo mismo que San Martín, no hizo confidencia alguna á ninguno de sus allegados, respecto de lo que pasara en la conferencia; el primero, por el silencio que se impuso al dirigir su carta á Bolívar, y éste, porque mortificado por la abnegación de su rival que lo había penetrado, se reservaba también su secreto. O'Leary en sus « Memorias », se limita con tal motivo á establecer un superficial parangón entre ambos libertadores, atribuyendo á San Martín la falta de franqueza en sus manifestaciones. Para que se juzgue de su seriedad, basta citar el siguiente trozo : « Bolívar hereda cuantiosos » bienes y muere en la indigencia. Nace y se cría San Martín en la po» breza y adquiere una fortuna. Acepta San Martín el título de Protector » del Perú, y Bolívar rechaza la corona que se le ofrece en Colombia. » San Martín, vanagloriándose de su filantropía, fusiló á Osorio. Bolí» var, proclamando la guerra á muerte, perdonó á Barreiro ». Tantos errores como renglones, á excepción de lo que se refiere al desinterés de Bolívar, que murió en relativa pobreza. San Martín no adquirió fortuna, y hubo de morir en Europa en un hospital, por falta de recursos pecuniarios. No aceptó el título de Protector del Perú, sino que se le dió á sí mismo, pero no como atributo personal, sino como título temporal de gobierno, mientras Bolívar se dió á sí mismo, y después se hizo dar el de Libertador, que equivalía al de dictador, como inherente á su persona por toda su vida. En cuanto á Osorio, es sabido que nunca estuvo en poder de San Martín, y que lo confunde con Ordóñez prisionero en Maipu, á quien trató con tanta generosidad, que el mismo prisionero se lo agradeció por escrito. Ordóñez murió, es cierto, en una sublevación

Parece empero, que Bolívar hubiera ido más allá, en algunos de esos momentos de indiscreción que le eran tan habituales, y que si no se entendieron, fué porque los planes que podían acercarlos, le repugnaban. Así lo indicarían varias confidencias de San Martín llenas de reticencias, cuando desde su ostracismo observaba á Bolívar poseído del delirio de la monocracia. « Es preciso creer, escribía tres años después (1827), que todos » los hombres que no han empuñado el clarín para desacre- » ditar al ex-general San Martín, han sido perseguidos por el » general Bolívar. La emulación no puede entrar en parte. Los » sucesos que yo he obtenido en la guerra de la independencia, » son bien subalternos en comparación de los que ha prestado » él á la causa general de la América. Usted tendrá presente » que á mi regreso de Guayaquil le manifesté la opinión » que me había formado del general Bolívar, es decir, una » ligereza extrema, inconsecuencia en sus principios, y una » vanidad pueril, pero nunca me ha merecido la de un im- » postor » (49).

---

de prisioneros del modo que se ha relatado, pero en este hecho que se explica por sí, no tuvo ninguna participación directa ni indirecta San Martín. Mientras tanto, Barreiro, que se dice perdonado por Bolívar, después de rendido en Boyacá, fué públicamente fusilado en Bogotá al frente del ejército colombiano, por orden del vice-presidente Santander, con todos los prisioneros en aquella batalla, y Bolívar no reprobó el acto, por ser una consecuencia de su declaratoria de guerra á muerte.

(49) Carta de San Martín á Guido de 18 de diciembre de 1826, en Bruselas. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LVIII). En esta misma carta se encuentra un notable párrafo referente á las relaciones de San Martín con Bolívar después de su entrevista de Guayaquil: « Las mismas cartas » del general Bolívar (que originales conservo en mi poder) hasta mi » salida para Europa, me manifiestan una amistad sincera. Yo no en- » cuentro pueda ser otro el motivo de su queja que el no haberle vuelto » á escribir desde mi venida de América. Francamente diré á usted, que » el no haberlo hecho ha sido un exceso de delicadeza, ó llámele usted » orgullo, pues teniendo señalada una pensión por el congreso del Perú » y hallándose él mandando aquel Estado, me persuadí que el continuar

Un año después (1827), cuando la fortuna de Bolívar declinaba, y el Perú y hasta su misma patria repudiaba al Libertador, volvía á insistir sobre el mismo tópico: « No me ha » tomado de sorpresa la conducta que el general Bolívar ha » observado en el Perú. Tenga presente el juicio que le dije » había formado de él á mi regreso de Guayaquil. Desgracia» damente para la América no he tenido que rectificarlo. Estoy » convencido que la pasión del mando es en lo general la que » más domina al hombre, y hay muy pocos capaces de domi» narla. No me queda duda de las sanas intenciones de este » general en atacar mi opinión; pero yo sería un mal caballero » si abusase de la situación en que se halla (que estoy » seguro empeorará aun más por su carácter), para publi» car secretos que sólo verán la luz después que deje de » existir » (50).

Es posible que San Martín se llevase á la tumba alguno de los secretos de la entrevista, respecto de los planes ambiciosos de Bolívar, entonces en germen, que hoy no son un misterio para nadie, pues él mismo se ha encargado de revelarlos al mundo con sus hechos y sus escritos. Todo induce, empero, á pensar, que las revelaciones anunciadas, se limitaban á la famosa carta que dirigió al Libertador después de la conferencia, que puede considerarse como el protocolo con-

---

» escribiéndole, se creería era por miras de interés, con tanto más mo» tivo si lo hubiera hecho después de sus últimos triunfos. Si esta es la » causa (porque yo no encuentro otra), digo, y con sentimiento, que es » una pequeñez de alma, no propia del nombre que se ha adquirido ». (M. S. aut.). — No hemos encontrado entre los papeles dejados por San Martín las cartas de Bolívar á que hace referencia, entre las cuales debía hallarse la contestación á su carta relativa á su conferencia de Guayaquil, que derramaría tal vez más luz sobre el asunto; pero se ve por lo que él dice, que la correspondencia que se siguió fué amistosa hasta su partida a Europa en 1823.

(50) Carta de San Martín á Guido de 21 de junio de 1827, en Bruselas. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LVIII.)

sentido de ella, y que entonces no era conocida ni sospechada siquiera. Si algun rasgo de detalle se ha perdido, la historia no necesita de él, porque posee los suficientes documentos para juzgar á ambos en el momento de prueba en que sus caracteres se contrastaron por la piedra de toque del mando supremo en el apogeo de su grandeza.

VIII

Un historiador colombiano, ministro y confidente del Libertador, ha dicho: « Afirmóse en su tiempo, que ni el Protec-» tor había quedado contento de Bolívar, ni éste de aquél » (51). San Martín por su parte se encargó de afirmar esto mismo, dando por motivo, que « los resultados de la entrevista no ha-» bían correspondido á lo que se prometía para la pronta » terminación de la guerra » (52). Era un vencido. Si desde entonces meditó separarse de la escena, para no ser un obstáculo á la terminación de la guerra, ó si la situación que á su regreso encontró en Lima lo determinó á ello, es un punto accesorio que no puede con precisión determinarse; pero de todos modos ésta fué una de las principales causas que obró en él para su resolución definitiva, además de otras que fatalmente la imponían.

La primera palabra de San Martín de regreso al Perú, fué para abrir sus puertas á las armas auxiliares de Colombia, proclamando la alianza sud-americana, y de alto encomio para su feliz rival: « Tuve la satisfacción de abrazar al héroe del » sud de América. Fué uno de los días más felices de mi vida.

(51) Restrepo: « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, pág. 228.
(52) Carta de San Martín á Bolívar de 29 de agosto de 1822, después de la conferencia, de que se hará más adelante más larga mención.

» El Libertador de Colombia auxilia al Perú con tres de sus » bravos batallones. Tributemos todos un reconocimiento eter- » no al inmortal Bolívar » (53). San Martín sabía bien que este auxilio era insuficiente, que su concurrencia no sería eficaz desde que no era dado con el propósito serio de poner de un golpe término á la guerra, y que su persona era el único obstáculo para que Bolívar se decidiese á acudir con todo su ejército al Perú. Fué entonces cuando, hecha la resolución de eliminarse, dirigió al Libertador la famosa carta, que puede considerarse como su testamento político, y que la historia debe registrar íntegra en sus páginas.

« Le escribiré, no sólo con la franqueza de mi carácter, sino también con la que exigen los altos intereses de la América.

» Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, ó que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, ó que mi persona le es embarazosa. Las razones que me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás el mandarme, y que, aun en el caso de decidirse, estaba seguro que el congreso de Colombia no autorizaría su separación del territorio de la república, no me han parecido bien plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto á la segunda, estoy persuadido, que si manifestase su deseo, sería acogido con unánime aprobación, desde que se trata de finalizar en esta campaña, con su cooperación y la de su ejército, la lucha que hemos emprendido y en que estamos empeñados, y que el honor de ponerle término refluiría sobre usted y sobre la república que preside.

(53) Proclama de San Martín, cit.

» No se haga ilusión, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas. Ellas montan en el Alto y Bajo Perú á más de 19,000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota diezmado por las enfermedades, no puede poner en línea sino 8,500 hombres, en gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (que concurrió á Pichincha), cuyas bajas no han sido reemplazadas á pesar de sus reclamaciones, ha debido experimentar una pérdida considerable en su dilatada y penosa marcha por tierra, y no podrá ser de utilidad en esta campaña. Los 1,400 colombianos que envía, serán necesarios para mantener la guarnición del Callao y el orden en Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios, no podrá alcanzar las ventajas que debieran esperarse, si fuerzas imponentes no llamasen la atención del enemigo por otra parte, y así, la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido, que sean cuales sean las vicisitudes de la presente, la independencia de la América es irrevocable; pero la prolongación de la guerra causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres á quienes están confiados sus destinos, evitarles tamaños males.

» En fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado. He convocado el primer congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general á quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse!

» No dudo que después de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca reclamará su activa cooperación, y pienso que no podrá negarse á tan justa demanda.

» Le he hablado con franqueza, general; pero los sentimientos que esprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen á traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia » (54).

---

(54) Carta de San Martín al Libertador Bolívar, de 29 de agosto de 1822, en Lima. Véase su texto íntegro en el Apéndice núm. 31. — Esta carta, que esparció la primera luz sobre la hasta entonces misteriosa conferencia de Guayaquil, fué publicada en 1844 en el t. II, pág. 138 y sig. de la obra « Voyages autour du monde et voyages célèbres. — Voyages dans les deux Amériques » por el capitán G. Lafond de Lurcy. El autor había servido en la marina del Perú durante la guerra de la independencia, y se hallaba en Guayaquil al tiempo de la entrevista; pero no tuvo entonces relaciones directas con el Protector. En 1839, hallándose en Europa, solicitó por escrito de San Martin, le proporcionase documentos para escribir sobre la guerra de la independencia del Perú y refutar los juicios de algunos escritores que consideraba calumniosos. Entre los papeles de San Martín, hemos encontrado ocho cartas del capitán Lafond dirigidas á él con dos borradores de billetes de contestación, que manifiestan aprecio por el autor, como lo muestra el hecho singular de haberse prestado por la primera vez á suministrar datos sobre su vida pública. La primera carta de Lafond es de 5 de setiembre de 1839, y dice en ella : « Depuis quelque temps je m'occupe de mettre en ordre divers » documents que j'ai pu recueillir sur la guerre de l'Indépendance du » Pérou, pendant mon séjour en Amérique. Je cherche à la corroborer » avec l'ouvrage anglais de Miers et de Stevenson; mais leur partialité » pour Lord Cochrane et contre vous est excessive. Je ne vous dissimulerai pas, mon Général, que je recherche la vérité et la vérité toute » entière, et comme vous êtes le seul homme au monde, vous le généralissime de cette expédition, qui puissiez me fournir les documents » qui me manquent, pour les trouver, je m'adresse à vous avec confiance, » persuadé que vous serez assez bon et assez jaloux de votre gloire pour » me mettre à même de réfuter des allegations que je crois mensongères. — Je me suis présenté plusieurs fois, mon Général pour vous » voir, mais n'ayant pas eu l'honneur de vous rencontrer, je n'ai pas » cru devoir vous laisser mon nom, pour vous sans intérêt, puisque vous » ne pouviez vous le rappeler. Très jeune officier de marine au service » du Pérou, après la prise du Callao, j'ai eu trop peu de rapports avec » le Protecteur de la République, pour qu'il se ressouvienne de moi ». — Parece que el general tardó algún tiempo en acceder á la solicitud de Lafond, y que al fin se limitó á enviarle algunos documentos impresos y manuscritos, entre estos la famosa carta citada, que fué devuelta en 2 de abril de 1840 con estas palabras : « Je vous renvoie les deux docu-

Con el portador de la carta, le remitía una escopeta y un par de pistolas, juntamente con el caballo de paso que le había ofrecido para sus futuras campañas, acompañando el presente con estas palabras: « Admita, general, este recuerdo » del primero de sus admiradores, con la expresión de mi » sincero deseo de que tenga usted la gloria de terminar la » guerra de la independencia de la América del Sud ».

» ments ci-joints dont j'ai pris copie : ce sont des lettres de Noblesse pour » vos enfants, qu'ils doivent garder précieusement. Je garde les imprimés ». En la postdata de esta le dice : « Pourriez vous me donner une notice » et votre opinion sur Bolívar* — Sucre* — Santa-Cruz* — Lavalle* — » O'Higgins* — Canterac* — La Serna* — Espartero — Maroto — Lamar ». Los siete primeros nombres están marcados con un rasgo de mano de San Martín, como indicando haber accedido al pedido; pero Lafond sólo ha publicado en su obra los juicios relativos á Bolivar y Sucre, á los que nos hemos referido varias veces en el curso de nuestra historia. — El 24 de julio de 1843 en vísperas de publicar su obra, Lafond le vuelve á escribir : « Mon second volume est terminé, il va seulement jusqu'à votre abdication. Il me reste le Chili et la guerre du » Pérou à faire. Le dessin de votre entrevue avec le général Bolívar » n'est pas encore terminé. Je vous l'enverrai plus tard ». — En esta misma carta se encuentra un dato curioso sobre un proyecto de San Martín que la historia no menciona. « Pour commencer le 3e volume » j'ai été obligé de faire — *una pequeña mentira*. J'ai dit qu'après mon » voyage au nord de Lima, à bord de la goélette Estrella, j'avais été » chargé *par vous* de faire un voyage de reconnaissance aux îles Mar- » quises et à celles de la Société pour choisir un lieu de déportation. » J'ai voulu ainsi faire connaître la pensée que vous aviez eu toujours. » Seulement l'année du voyage est changée ». Á esto contestó San Martín, según consta de un borrador de su puño y letra adjunto á la carta: « Efectivamente, el Perú tenia un gran interés en la ocupación de las » Islas Marquesas y de Otaiti; pero jamás fué mi objeto destinarlas úni- » camente para un lugar de deportación para los españoles. Los apres- » tos para esta expedición se hallaban cuasi concluidos á mi separación » del Perú. Después, ignoro cuales fueron sus resultados ». — Todo esto muestra, que el capitán Lafond estuvo en comunicación directa con San Martín, quien le dispensó su confianza; que el general le suministró no sólo los documentos inéditos que se publicaron entonces por la primera vez, sino también sus juicios sobre Bolívar y Sucre insertos en su obra, y que por lo tanto, estas revelaciones en vida de San Martín, dan autoridad al texto de que se trata, y esto es lo que hemos querido probar en esta extensa nota histórico-bibliográfica.

Esta carta, escrita con aquel estilo del General de los Andes, que era todo nervios, en que cada palabra parecía una pulsación de su poderosa voluntad, es el toque de retirada del hombre de acción, — el documento más sincero que haya brotado de su pluma y de su alma, — es el protocolo motivado de la conferencia de Guayaquil, que explica una de las principales causas de su alejamiento de la vida pública, y puede considerarse como su testamento político. Es un triunfador vencido y consciente, que al tiempo de completar su obra, se resigna á entregar á un rival más afortunado, glorificándolo, el honor de coronarla: — « Para mí hubiera sido » el colmo de la felicidad terminar la guerra de la indepen- » dencia (aun bajo las órdenes de Bolívar). El destino lo » dispone de otro modo, y es preciso conformarse ! »

La historia no registra en sus páginas un acto de abnegación impuesto por el destino, ejecutado con más buen sentido, más conciencia y mayor modestia.

CAPITULO XLVII

LA ABDICACIÓN DE SAN MARTÍN

AÑO 1822

Pliego cerrado de San Martín al marchar á la conferencia de Guayaquil. — Sublevación en Lima contra Monteagudo. — Deposición violenta de Monteagudo. — Actitud del general Alvarado y del ejército durante la revolución. — Carácter del movimiento de Lima. — Destierro de Monteagudo. — Situación que encuentra San Martín á su regreso de la conferencia. — Su resolución de alejarse de la vida pública. — La consigna del silencio. — Trabajos militares que emprende. — Su último plan de campaña. — Instalación del primer congreso constituyente del Perú. — San Martín resigna el mando. — Honores que le votó el congreso. — Proclama de despedida á los peruanos. — Se aleja para siempre del Perú. — Su ostracismo en Chile. — Caída de O'Higgins. — San Martín chacarero en Mendoza. — Juicio sobre la retirada de San Martín del Perú.

I

Mientras San Martín conferenciaba con Bolívar en Guayaquil, tenía lugar un suceso extraordinario que debía afirmarlo en la resolución hecha de separarse por siempre de la vida pública. El pueblo de Lima se había sublevado en presencia del ejército inerte, contra el gobierno protectoral, y aunque sin afectar su persona, puso á descubierto las bases minadas de su poder político y militar. Al tiempo de marchar á la conferencia, el Consejo de Estado, á indicación suya, le había dirigido una consulta reservada, previendo el caso de acefalía del gobierno, por muerte ó impedimento del delegado supremo Torre-Tagle. San Martín, dejó en consecuencia un

pliego cerrado, en que nombraba para ejercer el mando en tal caso á Alvarado, general en jefe del ejército unido, confiándole la conservación del orden durante su ausencia (1). Hasta este punto de apoyo había fallado.

El 25 de julio, — el mismo día en que San Martín era aclamado en Guayaquil, — reuníanse en Lima unos cincuenta vecinos, movidos secretamente por Riva Agüero, quien mal avenido con la situación, se había constituído en representante del sentimiento indígena. Allí se acordó la caída del ministro Monteagudo, blanco de todos los odios, como el hombre civil más espectable de la actualidad. El delegado supremo Torre-Tagle, era generalmente despreciado, y se le consideraba como un pobre instrumento de voluntades ajenas. Monteagudo era el cabro emisario en cuya cabeza se amontonaban todos los pecados de la época. Su tirantez en el mando, que á veces rayaba en insolencia, sus tendencias monárquicas en pugna con la opinión, sus gustos sibaríticos, que herían el sentimiento público; sus crueles persecuciones á los españoles, que recrudecieron durante la ausencia de San Martín, afectando las principales familias vinculadas con los perseguidos, y hasta sus mismas reformas adelantadas que chocaban con las preocupaciones ó excedian la medida en la represión de los vicios sociales inveterados, al autorizar hasta la delación de los criados para reprimir el

(1) Acta del Consejo de Estado de 1.º de febrero de 1822, y ofi. de remisión de San Martin de 2 del mismo. Pliego cerrado del Protector en que dice : « Nombro hasta tanto se reuna la representación de los pueblos » libres del Perú, al general en jefe del ejército unido don Rudecindo » Alvarado, quien entregará el mando á la persona ó personas que dicha » representacion nombre para el poder ejecutivo, teniendo presente para » este nombramiento, que respecto á que la reunión del congreso nacio- » nal debe tardar poco tiempo, puede desempeñar los intereses del Es- » tado el que manda la fuerza, dando por este medio un centro más á la » impulsion para consolidar la independencia absoluta del Perú ». M. S. Arch. San Martín, vol. LXI.

juego en el seno de las familias, habían creado en torno suyo una atmósfera de impopularidad y malquerencia, que no era sino el síntoma de las resistencias latentes que la generalidad de los peruanos abrigaba contra el gobierno protectoral. No se atrevían á atacar de frente al Protector, y buscaban una víctima inmolatoria en quien herirlo. La encontraron en Monteagudo. En consecuencia, elevaron una petición al delegado, solicitando su remoción, en que exponían que « el » vecindario estaba en fermentación, hasta temerse una es- » pantosa revolución, por las tiránicas y arbitrarias provi- » dencias, que amenazaban al Perú con un despotismo que » pretendía disponer á su antojo de la suerte del país » (2). Al mismo tiempo dirigieron una nota á la municipalidad de la ciudad, solicitando su apoyo « en vista de la opresión y » despotismo que sufría, no sólo la ciudad, sino todo » el Estado por el influjo del odiado ministro » (3). Uno de los notables fué comisionado para significar al jefe del gobierno en nombre del pueblo, su resolución de convocar un cabildo abierto si al terminar el día no se cumplían sus votos. La municipalidad, presidida por Riva Agüero en su calidad de presidente del departemento de la capital, apoyó decididamente la exigencia, pidiendo la inmediata prisión del ministro (4). El gobierno contestó por medio de dos consejeros de Estado, que al día siguiente se tomarían en consideración las peticiones.

Eran las diez y media de la noche. El pueblo se agolpaba á las puertas de la municipalidad y alrededor del palacio de

---

(2) Petición de los vecinos de Lima al supremo delegado, el 25 de julio de 1822, inserta en el núm. 1 de « El Republicano » del 26 del mismo.

(3) Ofi. de la reunión popular al Cabildo, de 25 de julio de 1822.

(4) Acta de la municipalidad de Lima de 25 de julio de 1822, inserta en el folleto « Lima justificada en el suceso del 25 de julio ».

gobierno, pidiendo á grandes gritos la deposición del ministro. Monteagudo renunció. La municipalidad exigió su prisión, á fin de que respondiese al juicio de residencia á que debía ser sometido, y así se proveyó.

Al día siguiente la agitación acrecía, y tomaba las proporciones de una revolución. En ese mismo día, aparecía un periódico con el título significativo de « El Republicano », que se constituía en órgano del movimiento, enarbolando como bandera este epígrafe de Rousseau : « No hay negación » tan completa como la que conserva las apariencias de la » libertad, porque así está la misma voluntad cautiva » (5). Las exigencias populares se renovaron. El gobierno para satisfacerlas, declaró públicamente que el ex-ministro permanecía en su casa, bajo segura custodia responsable de su persona (6).

Mientras tanto el ejército (en el cual los revolucionarios tenían algunos sostenes, propalando que contaban con su neutralidad), permanecía con las armas en descanso (7). El

---

(5) « El Republicano », número extraordinario.

(6) Miller, que se hallaba á la sazón en Lima, dice en sus « Memorias », t. I, pág. 369 : « Los militares no tomaron parte en este asunto, » antes al contrario fueron insultados ; sin embargo, muchos curiales y » doctores contemporizaron con ellos, y ganaron á su partido algunos » oficiales, que se obligaron á apoyarlos en el caso de que el general » Alvarado, intentase sostener al ex-ministro ». — En una relación M. S. de las sesiones secretas de los jefes del movimiento, conservada entre los papeles de San Martín, se dice que contaban con el coronel Gamarra y el cuerpo peruano que mandaba. (Arch. San Martín, vol. LXI). — Arenales en su « Memoria histórica, etc., de la segunda campaña de la sierra », pág. 195, que habla como testigo presencial, dice : « El general en jefe » del ejército se halló en el Consejo de Estado, como miembro que era de » él, y se ignora por qué en tales circunstancias no se condujo de un » modo análogo á la extensión de su responsabilidad militar : prefiriendo » el oficio de conciliador se dirigió al cabildo, donde entre la algazara » con los encapotados, arregló una especie de transacción entre el pueblo y el gobierno, en virtud de la cual Monteagudo quedaba proscripto » sin ser juzgado ».

(7) Ofi. del marqués de Trujillo á la municipalidad, de 26 de julio de 1822.

hermano del general en jefe, don Felipe Antonio Alvarado, era una de los corifeos más caracterizados de la municipalidad, y sus relaciones íntimas con sus directores eran notorias. En el día anterior, la municipalidad había dirigido un oficio al General, previniéndole que sólo se trataba del ejercicio legal y pacífico de los derechos de los ciudadanos, en que las armas no tenían para qué intervenir. Alvarado, después de dejar pasar veinticuatro horas, contestó : « Cuando recibí » anoche el pliego que se me dirigió á nombre del pueblo, » me persuadí que sus reclamaciones no llegaran á hacerse » reuniones tumultuosas, que á más de trastornar el orden, » desmoralizan el ejército, único apoyo de la seguridad del » país. Llevar tales movimientos al grado que hoy hemos » visto, es precipitarse á la ruina, dividiendo la opinión y » formando facciones cuyo resultado será la disolución de la » fuerza armada y los horrores de la anarquía. Si el ejército, » cuyo instituto es proteger al país y crearle su independen- » cia y libertad, fuese en esta crisis un mero espectador de » los desórdenes, se haría responsable de la pérdida de esta » capital; pero los jefes del ejército y yo que comprendemos » bien las consecuencias de estas asonadas, estamos dis- » puestos á sostenerla á toda costa, tomando las providencias » necesarias á la pública tranquilidad » (8). Á pesar de esta al parecer categórica intimación, que le imponía por lo menos el deber de garantir el orden público y salvar el decoro del gobierno de que se hacía responsable, permaneció al frente del ejército, frío espectador del desorden, actitud que según él mismo « desmoralizaba la fuerza armada ame- » nazando su disolución, y precipitaba al país á la anarquía

(8) Ofi. del general Alvarado á la municipalidad de Lima, de 26 de julio de 1822, inserto en « Lima justificada », pág. 9.

» y á la ruina » (9). Era á la inversa del payo del centinela, una consigna bien aprendida y mal observada.

II

La agitación fué acreciendo en los días subsiguientes. Según la expresión de los mismos agitadores « los ciudadanos » parecían más bien leones de Arabia, que pacíficos perua- » nos » (10). El gobierno había desaparecido de hecho, la municipalidad era un órgano automático y la revolución anónima dominaba en las calles. Era un movimiento complejo y confuso, sin objetivo claro y plan fijo, pero que tenía su razón de ser. El sentimiento nacional contra los extraños que ejercían el poder, el sentimiento republicano contra los planes monarquistas del gobierno, la resistencia sorda contra el poder protectoral, la oposición electoral que procuraba tener representación en el próximo congreso, eran otras tantas causas concurrentes que obraban para darle impulso y significación.

Las hojas sueltas que se publicaban á manera de boletines, traducían embozadamente estos diversos sentimientos y tendencias. « Este gran paso del pueblo anuncia, » — decía su órgano en la prensa, — el primero majestuoso » de su libertad, que puede asegurarse empieza á gozarla, » porque con tal ministro al frente (Monteagudo), aunque » se habían roto las cadenas de la España, pero se habían

---

(9) El general Alvarado, en su « Mem. Hist. biog. », varias veces cit. (M. S. Arch. San Martín, vol. LXXII), omite estudiadamente ocuparse de este acontecimiento ruidoso, no obstante hacer mención del viaje del Protector y de su regreso después de la conferencia de Guayaquil.

(10) « Lima justificada », etc., pág. 10.

» roto de un modo que se nos habían quebrado las » manos » (11). En otra hoja suelta de la misma procedencia se decía : « Un misántropo orgulloso consideraba esta » capital (Lima) como una propiedad de conquista. Tiemblen » los tiranos y desengáñense de intentar aherrojar á sus detes- » tables cadenas á unos hombres que no ignoran, que la am- » bición de los opresores es reinar sin trabas, franquear los » límites de toda ficción legítima y erigir en ley los caprichos » del poder arbitrario. La gloriosa carrera que habéis comen- » zado, será marcada por las generaciones futuras como la » época más importante del ser político y existencia de la » patria. Desde ella señalarán el principio de su libertad, y » os bendecirán como fundadores de sus privilegios. Es in- » dispensable caminar con firmeza y no desmayar un punto » en aniquilar todo lo que se resienta del ominoso nombre » de opresión. Un momento de resolución y energía evitará » grandes desastres. Un descuido en sofocar la oposición » más pequeña hará derribar la obra comenzada, y se expon- » drá á que Mario vuelva sobre Roma respirando venganza, » acordándose de las lagunas de Manturnio. Es imposible » esperar bienes y honradez en la cueva de Caco » (12). Estos tiros, apuntados al ministro Monteagudo, herían de rebote al Protector.

El 29 volvió á reunirse la municipalidad, y exigió del gobierno que « para hacer cesar la exaltación de los vecinos » que podía inducirlos á abrazar medios violentos » era necesario el destierro del depuesto ministro (13). Así se hizo. El

---

(11) « El Republicano », núm. ext. cit.

(12) « Suplemento », hoja suelta sin fecha publicada en estos días, con un epígrafe de Virgilio : « *Nunc animis opus Ænea, nunc pectoria firmas.* »

(13) Ofi. de la municipalidad de Lima al gobierno, de 29 de julio de de 1822, en « Lima justificada », pág. 8.

general Alvarado, en nombre de la fuerza armada, dió su sanción á la revolución en términos tan contradictorios como equívocos : « Las reuniones tumultuosas, compuestas en » mucha parte de gente sin responsabilidad, me hicieron » justamente recelar que su continuación produjese la anar- » quía en el pueblo y la desmoralización en el ejército. Sin » contrariar las resoluciones del pueblo, me resolví á conte- » ner con la fuerza de las armas cualquier desorden que ata- » cara violenta y perpetuamente los principios fundamentales » de la actual administración. El ejército destinado á la pro- » tección de los derechos de los ciudadanos, tiene también » por objeto hacer respetar las autoridades establecidas, » mientras que una legítima y suficiente representación no » crea deber hacer innovaciones ». La conclusión á que arriba el general en jefe es sorprendente. « Enterada la » municipalidad de estos mis sentimientos, debía excusar la » insinuación sobre mi asenso á que el ministro depuesto » salga del territorio del Estado. Combatir el enemigo común » y cimentar la libertad de los pueblos, hé aquí el único » blanco á que deben tender sus operaciones públicas y pri- » vadas. Trate, pues, la municipalidad de considerarme muy » ajeno de intervenir en estas materias. Conozco los deberes » de los ciudadanos y me abstendré de disputar con la espada » unos procedimientos que nazcan de la razón y la justicia. » Puede por consiguiente la municipalidad hacer cuantas re- » clamaciones tenga á bien por el orden legal, segura de que » las armas no serán nunca una barrera que se oponga á sus » justos clamores » (14).

Tal era la situación que encontró San Martín á su regreso de la conferencia de Guayaquil (agosto 20). El pueblo lo re-

(14) Ofi. del general Alvarado á la municipalidad de Lima, de 29 de julio de 1822, en « Lima justificada », pág. 11-13.

cibió con demostraciones de simpatía, aclamándolo con entusiasmo. Riva Agüero y los principales revolucionarios se le presentaron ofreciéndole votos de adhesión. Él no se alucinó respecto de su popularidad ni se dejó arrastrar por el despecho al ver su autoridad moral ajada. Vió claramente que la opinión indígena no le era propicia y estaba fatigada de su dominación (15); que el ejército estaba desligado de él (16); que había cometido el error de confiar el gobierno á manos ineptas y débiles (17); que su ministro Monteagudo era un instrumento quebrado por la tensión que había dado á los resortes de presión (18); que él no era ya un hombre necesario y podía ser un obstáculo al pronto triunfo de la independencia, definitivamente asegurado; que en tales circunstancias prestaba un servicio á la causa de la América eliminándose como hombre público; y se eliminó conscientemente (19).

---

(15) En Carta de 25 de agosto de 1822 (escrita en estos mismos días) decía San Martín á O'Higgins : « Ya estoy cansado de que me llamen tirano ». M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. XLII.)

(16) « El general Alvarado, mostrándose tan oficioso como impasible, » pudo tal vez lisonjearse de haber ganado la simpatía del pueblo blan- » damente tratado. Quien realmente ganó, fué el partido de Riva » Agüero, que desconcertó la administración y logró hacer ver que el » ejército estaba *ya desligado* del general San Martín ». (Arenales : « Me- » moria histórica », cit. pág. 196.)

(17) « Reasumí el mando supremo, á fin de separar de él al inepto y » débil Torre-Tagle ». (Carta cit. de San Martín á Bolívar, de 29 de agosto de 1822.)

(18) En la misma carta antes cit. de agosto de 1822, de San Martín á O'Higgins, se lee : « Á mi llegada á esta me encontré con la remoción » de Monteagudo. Su carácter lo ha precipitado. Yo lo hubiera separado » para una legación, pero Torre-Tagle me suplicó varias veces lo dejase, » por no haber quien lo reemplazase ». M. S. (Arch. San Martín, vol. XLII.)

(19) En la carta al presidente Castilla, de 11 de setiembre de 1846, antes citada, dice el mismo San Martín : « Si algún servicio tiene que » agradecerme la América, es mi retirada de Lima, paso que no sólo » comprometía mi honor y reputación, sino que me era tanto más sen- » sible, cuanto conocía que con las fuerzas reunidas de Colombia, » la guerra de la independencia hubiera sido terminada en todo el » año 23 ».

Podía aún mantenerse en el poder. Tenía á sus órdenes un ejército acostumbrado á obedecerle, que le era fácil volver á dominar; contaba en el país con un partido poderoso, y con estos elementos de fuerza y de opinión no le era difícil imponerse. Pero para esto, tenía que retemplar con mano de hierro los resortes de su autoridad adoptando una política de represión, que le repugnaba; de todos modos, al fin chocaría con el congreso que había convocado, cuyo espíritu era oposicionista y podía producir un escándalo. Prefirió entregar á los hijos del Perú sus propios destinos políticos, para que se gobernasen por sí mismos, después de proveer á su defensa. Fué entonces, cuando escribió á Bolívar: « Mi partido está » irrevocablemente tomado: he convocado el congreso del » Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré » para Chile » (20).

Fiel á la consigna del silencio que se había impuesto, para no divulgar las verdaderas causas de su retirada, escribió al mismo tiempo á su amigo O'Higgins, cubriéndola con su cansancio y el mal estado de su salud: « Me reconvendrá » usted por no concluir la obra empezada. Tiene V. mucha » razón; pero más la tengo yo. Estoy cansado de que me » llamen tirano, que quiero ser rey, emperador y hasta de» monio. Por otra parte mi salud esta muy deteriorada: la » temperatura de este país me lleva á la tumba. En fin, mi » juventud fué sacrificada al servicio de los españoles y mi » edad media al de mi patria. Creo que tengo el derecho » de disponer de mi vejez. Será la última carta que le » escriba » (21).

Vienticinco años más tarde, después de publicada su carta

---

(20) Carta de San Martín á Bolívar, de 29 de agosto de 1822, cit.

(21) Carta de San Martín á O'Higgins, de 20 de agosto de 1822. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLII.)

á Bolívar en que daba el verdadero motivo de su retirada, explicando la lucha porque pasó su espíritu en aquel momento, decía : « Este costoso sacrificio, y el no pequeño de » tener que guardar un silencio absoluto (tan necesario en » aquellas circunstancias), me obligaron á dar este paso que » comprometía mi honor y mi reputación, con esfuerzos que » no está al alcance de todos poder calcular » (22). El sacrificio quedó así fríamente consumado, en nombre del deber y de la necesidad, en el silencio de la propia conciencia.

III

El Protector al decidirse á entregar al Perú sus propios destinos, se impuso el deber de proveer á su seguridad, poniendo en sus manos la espada con que debía libertarse por sí sólo, si esto era posible ; y por si acaso se quebraba en sus manos, — como sucedió, — dejaba abiertas las puertas por donde debía penetrar la reserva de Bolívar, que contaba con los medios para triunfar definitivamente. Con este objeto, reasumió el mando y se ocupó con actividad en remontar su ejército, trazando el plan de campaña que hacía tiempo tenía en su cabeza y que había pensado ejecutar personalmente, solo ó con la concurrencia de las fuerzas colombianas.

Á fines de agosto, las fuerzas peruanas, chilenas, argentinas y colombianas reunidas en el Perú, ascendían á más de 11,000 hombres según su cómputo (23). No era una situa-

---

(22) Carta de San Martín al presidente del Perú, Ramón Castilla, de 11 de setiembre de 1822, cit.

(23) En carta de 25 de agosto de 1822, decía San Martín á O'Higgins : « Se ha reforzado el ejército con tres batallones y tres escuadrones : » tres de los primeros son de Colombia. El total del ejército se compone » en el día de más de 11,000 veteranos ». M. S. (Arch. San Martín, vol. XLII.

ción militarmente perdida la que entregaba. Además, una expedición de 1.000 hombres enviada por el gobierno de Chile, debía reforzar en Arica el ejército destinado á operar en puertos intermedios. Con estas fuerzas bien dirigidas, podían emprenderse operaciones decisivas con algunas probabilidades de triunfo, y San Martín confiaba en sus buenos resultados. « El éxito de la campaña que se va á emprender » no deja la menor duda de su éxito », escribía á O'Higgins al anunciarle su resolución de retirarse. Podrá echársele en cara, que con esta confianza, no emprendiese él mismo la campaña. La única explicación racional de este alejamiento, es que comprendía, que su presencia era el « único obstáculo » que se oponía á que Bolívar concurriese con todas sus fuerzas, y pensó que su ausencia aceleraba ó facilitaba el auxilio de la poderosa reserva colombiana, que á todo evento aseguraba el triunfo final. Sabía, como lo había dicho, que sus elementos no eran suficientes para fijar la victoria, aunque bastantes para probar fortuna con probabilidades de éxito. En tal situación, y en este sentido combinaba todo, prescindiendo de su persona. Sin duda que habría sido más heroico para San Martín ponerse al frente de su ejército y realizar por sí mismo el plan combinado en que tanto confiaba. Vencedor, tenía tiempo de retirarse legando la victoria, y vencido cumpliría su último deber como general, corriendo la suerte de sus últimos soldados. Empero, había también su heroismo moral, al renunciar al poder y á la gloria, exponiéndose á ser tachado de pusilánime. Por eso ha dicho él mismo con plena conciencia de lo que hacía, que « sa» crificaba su honor y su reputación por servir á la Amé» rica » (24).

El plan de San Martín, si no muy seguro, y tal vez iluso-

(24) Carta al presidente Ramón Castilla, cit.

rio en algunas de sus partes, era racional, y prometía ventajas positivas sin comprometer mucho, con sólo conducir las operaciones con precisión y actividad. Consistía, en lanzar un ejército de 4,300 hombres por intermedios, dándole por nervio los veteranos de los Andes y de Chile, para obrar sobre la sierra del Sud y el Alto Perú en combinación con la columna del guerrillero Lanza que simultáneamente obraría en el Alto Perú, llamando á sí una parte de las fuerzas del ejército español diseminadas desde Jauja á Huancayo, Cuzco, Arequipa y Puno hasta la frontera norte argentina (25). Al mismo tiempo, desprender otro ejército de igual fuerza sobre la sierra del centro, que penetraría por Pisco, para cortar la línea del enemigo, á la vez que impedir que el grueso de sus fuerzas cargase sobre la expedición de puertos intermedios, y ganada la primera batalla, como era probable, obrar en combinación ambos ejércitos (26). Bolívar, anticipadamente

---

(25) « La expedición á Intermedios al mando de Alvarado, saldrá de » 12 al 15 de setiembre, fuerte de 4,300 hombres escogidos. Arenales debe » amenazar de frente á los de la sierra, para que Alvarado no sea ata- » cado por todas las fuerzas que los enemigos podrían reunir. La divi- » sión de Lanza, fuerte de 900 hombres armados, debe cooperar á este » movimiento general. Es imposible tener un mal suceso ». (Carta de San Martín á O'Higgins de 25 de agosto de 1822. M. S. Arch. San Martín, vol. XLII.)

(26) Parece que el objetivo principal de la expedición por intermedios, dando por segura la victoria en la sierra del sud y la ocupación de la del centro, era el Alto Perú, y que esto respondía á la vez á un pensamiento militar y político, según se deduce de las instrucciones escritas que San Martín dejó á Alvarado sobre el particular. En ellas le dice : « Art. 4. » Como general en jefe del ejército de los Andes, mantendrá ileso y en » su respectiva integridad todo el territorio que por sus límites corres- » ponden á las Provincias Unidas del Río de la Plata ; y si los prósperos » sucesos que espero, libertasen del todo dichas Provincias (del Alto Perú), » convocará un congreso general ó una convención preparatoria según » las circunstancias lo exigieren y lo demande la unidad del país (ar- » gentino). » M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LVII). El hecho de reconcentrar en esta expedición todas las fuerzas argentinas, resto del ejército de los Andes que existían en el Perú, revela que en el fondo había un

consultado, declaró excelente el plan, reservándose ponerle obstáculos, y condenarlo después del mal éxito. El hecho pareció demostrar, que la victoria no debiera buscarse por ese camino y que se encontró por otro. Así mismo, tan mal ejecutado como fué el plan, — y no pudo serlo peor, — vióse que pudieron haberse conseguido ventajas, si no decisivas, por lo menos muy considerables. Es probable que si el mismo San Martín lo hubiese combinado sobre el terreno, lo habría modificado, cargando con toda su fuerza sobre el punto más débil del enemigo, y limitándose á llamar la atención de una manera seria sobre el que debía ser meramente concurrente, en vez de dividir las probabilidades con dos ejércitos de igual fuerza, en que perdido el uno, se inutilizaba el otro, ó se perdían los dos. Pero los planes de campaña no son absolutamente buenos ni malos, cuando son racionales, sino con relación á la idiosincracia del general que los concibe y ejecuta por sí. Napoleón, cuando pretendía dirigir teóricamente las operaciones de Moreau, se convenció que los planes de campaña, relativamente malos ó buenos, sólo son bien ejecutados por el general que los concibe, según su temperamento y los recursos que tiene dentro de sí mismo (27).

Después de proveer á la seguridad del Perú, y organizar la victoria á todo evento, según él lo entendía, ocupóse de la suerte política del Perú, sobre la base de su irrevocable retirada: de nadie se aconsejó, á nadie confió su secreto, y tan sólo interrogó su propia conciencia. Solamente comunicó su resolución á O'Higgins y Bolívar; pero antes que sus contestaciones llegaran, el hecho estaría consumado. Debió ser en un momento melancólico para el hombre que había sido du-

---

pensamiento argentino, á fin de reconquistar las provincias del Alto Perú para su patria, y detener allí el avance invasor de Bolívar que preveía.

(27) Thiers : « Le Consulat et l'Empire », cap. Hohenlinden.

rante cinco años el árbitro de la mitad de la América del Sud, y la suprema resolución, como él mismo lo ha dicho con reconcentrada emoción, costóle sin duda « esfuerzos que él « sólo pudo calcular », al tomarla y ponerla en ejecución.

IV

El 20 de setiembre de 1822, instalóse con gran pompa el primer congreso constituyente del Perú. San Martín se despojó en su presencia de la banda bicolor, símbolo de la autoridad protectoral. « Al deponer la insignia que caracteriza al » jefe supremo del Perú, dijo, no hago sino cumplir con mis » deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que » agradecerme los peruanos, es el ejercicio del poder que el » imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy feliz- » mente que lo dimito, pido al Ser Supremo el acierto, luces » y tino que necesita para hacer la felicidad de sus represen- » tados. Desde este momento queda instalado el congreso » soberano, y el pueblo reasume el poder en todas sus partes. » En seguida, depositó sobre le mesa del congreso seis pliegos cerrados y se retiró entre vivas y aplausos estruendosos. Abrióse uno de los pliegos. Era su renuncia irrevocable de todo mando futuro : « El placer del triunfo para un guerrero » que pelea por la felicidad de los pueblos, sólo le produce la » persuación de ser un medio para que gocen de sus dere- » chos ; mas hasta afirmar la libertad del país, sus deseos no » se hallan cumplidos, porque la fortuna varia de la guerra, » muda con frecuencia el aspecto de las más encantadoras » perspectivas. Un encadenamiento prodigioso de circuns- » tancias ha hecho ya indudable la suerte futura de la Amé- » rica ; y la del pueblo peruano sólo necesitaba de la repre- » sentación nacional para fijar su permanencia y prosperidad.

» Mi gloria está colmada cuando veo instalado el congreso » constituyente : en él dimito el mando supremo que la nece- » sidad me hizo tomar. Si mis servicios por la causa de » América merecen consideración al congreso, yo los repre- » sento hoy, sólo con el objeto de que no haya un solo » sufragante que opine por mi continuación á la frente del » gobierno » (28).

El congreso votó una acción de gracias al ex-Protector « como al primer soldado de la libertad », y le nombró generalísimo de los ejércitos de mar y tierra de la república, con una pensión vitalicia de doce mil pesos anuales. San Martín aceptó el título y el beneficio; pero declinó su ejercicio, exponiendo sus razones: « Resuelto á no traicionar mis propios » sentimientos y los grandes intereses públicos, séame permi- » tido manifestar, que la distinguida clase á que el congreso » se ha dignado elevarme, lejos de ser útil á la nación, si la » ejerciera, frustaría sus propios designios, alarmando el celo » de los que anhelan por una positiva libertad; dividiría la » opinion de los pueblos y disminuiría la confianza que sólo » puede inspirar el congreso con la absoluta independencia » de sus decisiones. Mi presencia en el Perú, con las relacio- » nes del poder que he dejado y con las de la fuerza, es » inconsistente con la moral del cuerpo soberano, y con mi » opinión propia, porque ninguna prescindencia personal por » mi parte alejaría los tiros de la maledicencia y la calumnia. » He cumplido la promesa que hice al Perú: he visto reunidos » sus representantes. La fuerza enemiga ya no amenaza la » independencia de unos pueblos que quieren ser libres, y » que tienen los medios para serlo. El ejército está dispuesto

(28) « Diario de las discusiones y actas del congreso constituyente del Perú », t. I, pág. 8-9. — Véase Guido : « El General San Martín : su retirada del Perú », en la « Rev. de Buenos Aires », t. IV, pág. 5.

» á marchar para terminar por siempre la guerra. Nada me » resta sino tributar los votos de mi más sincero agradeci- » miento y de mi protesta, de que si algún día se viera ataca- » da la libertad de los peruanos, disputaré la gloria de acom- » pañarles, para defenderla como un ciudadano » (29). El congreso insistió, pero San Martín repitió su renuncia.

En la misma noche, reunido el congreso en sesión extraordinaria, acordó que el General San Martín llevase el título de « Fundador de la libertad del Perú », con el uso de la banda bicolor de que se había despojado y el grado de capitán general: — que se le asignase la misma pensión vitalicia que á Wáshington: — que se le erigiese una estatua sobre una columna con inscripciones conmemorativas de sus servicios, y que mientras tanto, se colocase su busto en la biblioteca nacional por él fundada: — por último, que en todo tiempo se le hicieran en el territorio de la República los honores anexos al poder ejecutivo (30). Así cumplió el Perú su deuda de gratitud.

Desde su retiro de la Magdalena dirigió á los peruanos su última palabra de despedida, que ha quedado estereotipada en la memoria de los americanos por su estilo lapidario, cuyos conceptos la historia debe reproducir íntegros para examinarlos á la luz de un criterio diverso del de sus contemporáneos.

« Presencié la declaración de los Estados de Chile y el Perú : existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas y he dejado de ser hombre público; he aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra.

---

(29) « Diario etc. del congreso », cit. pág. 9-14, « Colección de leyes y decretos sancionados desde la jura de la independencia del Perú », t. II, pág. 10-17.

(30) « Diario etc. del congreso », cit., pág. 11-12.

» Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas : hacer la independencia y dejar á su voluntad la elección de sus gobiernos.

» La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga) es temible á los Estados que de nuevo se constituyen. Por otra parte : ya estoy aburrido de oir decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré dispuesto á hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y no más.

» En cuanto á mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones; los hijos de estos darán el verdadero fallo.

» Peruanos : os dejo establecida la representación nacional. Si depositais en ella entera confianza, cantad el triunfo; si no, la anarquía os va á devorar.

» Que el cielo presida á vuestros destinos, y que estos os colmen de felicidad y de paz. »

V

Retirado San Martín á su habitual residencia de campo en el pueblo de la Magdalena, — bautizado por él con el nombre de « Pueblo Libre », — se encontró solo con su antiguo confidente Guido, á quien había pedido le acompañase. Paseábase en silencio por la galería de la casa, al parecer radiante de contento. De repente volvióse á su compañero, y exclamó en tono festivo : « Hoy es un día de verdadera felicidad para mí. Me he desembarazado de una carga que no podía llevar. Los pueblos que hemos libertado se encargarán de sus propios destinos ».

Interrumpido en su soledad por las diversas diputaciones

del Congreso que le ofrecían sus honores ó insistían en que aceptase el puesto de generalísimo, agradeció lo primero; pero respecto á lo segundo, contestó con firmeza : « Mi tarea está » terminada, y mi presencia en el poder no sólo sería inútil, » sino perjudicial : á los peruanos toca completarla ». — Entrada ya la noche, prorrumpió con cierta impaciencia : « Ya » que no puedo poner un cañón en la puerta para defenderme » de otra incursión, por pacífica que ella sea, voy á ence- » rrarme ». Y se retiró á su aposento, donde se ocupó en arreglar sus papeles. Hasta entonces, á nadie había comunicado su resolución de separarse del territorio del Perú (31).

Á las 9 de la noche hizo llamar al general Guido, invitándolo á tomar el té en su compañía. En la conversación amistosa que se siguió, le preguntó de improviso : — « ¿Qué » manda para su señora en Chile? El pasajero que conducirá » las encomiendas las entregará particularmente » — ¿Qué pasajero es ése? preguntó su amigo. — « El pasajero soy yo, » repuso. Ya están listos mis caballos para pasar á Ancón, y » esta misma noche me embarcaré ». — Guido, sorprendido y agitado, le observó : que cómo exponía su obra á los azares de una campaña no terminada aún, cuando nunca le había faltado el apoyo de la opinión y de las tropas ; y libraba la suerte política del país á reacciones turbulentas que su ausencia provocaría sin duda ; y cómo, sobre todo, dejaba en orfandad á los que le habían acompañado desde las orillas del Plata y desde Chile. — « Todo lo he meditado detenida- » mente, replicó con emoción. No desconozco ni los intereses » de la América ni mis deberes. Abandono con pesar á cama- » radas que quiero como hijos, y que tan generosamente me » han ayudado ; pero no puedo demorar un solo día : me » marcho ! Nadie me apeará de la convicción en que estoy,

---

(31) Guido : « Retirada de San Martín », cit.

» de que mi presencia en el Perú le traería más desgracias » que mi separación. Por muchos motivos no puedo ya » mantenerme en mi puesto sino bajo condiciones contrarias » á mis sentimientos y mis convicciones. Voy á decirlo : » para sostener la disciplina del ejército, tendría necesidad de » fusilar algunos jefes ; y me falta valor para hacerlo con » compañeros que me han acompañado en los días felices y » desgraciados. »

Estrechado por Guido, rompió al fin la consigna del silencio que se había impuesto, y manifestó la principal de sus razones, consignada en su carta al Libertador, que ni al mismo O'Higgins había querido comunicar. « Existe una dificultad » mayor, — agregó, — que no podría vencer sino á costa de » la suerte del país y de mi propio crédito. Bolívar y yo no » cabemos en el Perú. He penetrado sus miras : he comprendido su disgusto por la gloria que pudiera caberme » en la terminación de la campaña. Él no excusaría » medios para penetrar al Perú, y tal vez no pudiese evitar » yo un conflicto, dando al mundo un escándalo, y los que » ganarían serían los maturrangos. ¡ Eso no ! Que entre Bolívar al Perú ; y si asegura lo que hemos ganado, me daré » por muy satisfecho, porque de cualquier modo triunfará la » América. No será San Martín el que dé un día de zambra » al enemigo » (32).

Eran las diez de la noche. En ese momento, su asistente le anunció que todo estaba pronto para la marcha. El general abrazó á su compañero, montó á caballo, y tomando al trote, se perdió en la sombra. Al día siguiente Guido encontró á la cabecera de su cama una afectuosa carta, en que recordaba los trabajos que habían pasado juntos, y le agradecía, no sólo la cooperación que le había prestado en ellos, sino más que

---

(32) Guido : « Retirada », etc. en « Rev. de Buenos Aires », pág. 9-12.

todo « su amistad y cariño que habían suavizado sus amargu-» ras haciéndole más llevadera la vida pública » (33). Al mismo tiempo el general Alvarado recibía otra carta, en que se despedía de sus antiguos compañeros de armas augurándoles el triunfo : « Voy á embarcarme. Queda usted para concluir la » gran obra. ¡Cuánto suavizará el resto de mis días y el de » las generaciones, si la finaliza (como estoy seguro), con » felicidad! — Tenga la bondad de decir á nuestros compa-» ñeros de armas, cuál es mi reconocimiento á lo que les debo. » Por ellos tengo una existencia con honor ; en fin, á ellos » debo mi buen nombre » (34).

En la misma noche del 20 embarcóse en el bergantín *Belgrano*, y se alejó para siempre de las playas del Perú. Á su arribo á Chile encontró que su nombre era execrado allí como el de un verdugo, y que el gobierno de O'Higgins bamboleaba. Estaba triste y enfermo, y un violento vómito de sangre lo postró en cama por el espacio de dos meses. Al separarse del Perú, cuyo tesoro le acusaban sus enemigos haber robado, sacó por todo caudal *ciento veinte onzas de oro* en su bolsillo, y por únicos espolios, á más del estandarte de Pizarro, la campanilla de oro de la inquisición de Lima. Contaba para subsistir en Chile con la chácara donada por el Estado y con un depósito de dinero que había confiado á un amigo, del que según él mismo, solo encontró « unos cuantos reales », sin insistir más sobre este desfalco. El gobierno del Perú, noticioso de su indigencia, le envió *dos mil* pesos á cuenta de sus sueldos. Con esta plata y algunos recursos que se allegó, pudo pasar á Mendoza á principios de 1823, donde

---

(33) Carta de San Martín á Guido, de 21 de setiembre de 1822, á bordo del bergantín *Belgrano*.

(34) Carta de San Martín á Alvarado, de 20 de setiembre de 1822. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. XLII.)

hizo la vida de un pobre chacarero (35). Allí recibió la noticia de la caída de O'Higgins y de que su esposa agonizaba en Buenos Aires en su solitario lecho nupcial. Sólo le quedaba en el mundo un amigo proscripto, y una hija fruto de su unión, que sería su Antígona, cuando ciego como Belisario, sólo le faltase pedir limosna en los caminos. Felicitó á O'Higgins por su caída. El ex-dictador, en marcha al ostracismo, le contestó: « Recibí los parabienes por mi separación » del gobierno, como una prueba de su amistad, y más » grande don de la providencia. — Después de tantos años » de lucha, descanso! No puedo contar con otros fondos que » los de la hacienda del Perú (Montalván) que debo á su » generosidad » (36). En los mismos días, el desterrado de Mendoza le escribía : « Se me asegura que el mismo día que » usted dejó el mando, se envió una partida para mi aprehen- » sión. No puedo creer semejante procedimiento; sin embar- » go, desearía saberlo para presentarme en Santiago, aunque » después me muriese, y responder á los cargos que quisie- » ran hacerme » (37). Es el caso de exclamar como el poeta : *Oh! quanto è triste!*

---

(35) Carta de O'Higgins á San Martín, preso en Valparaíso, de 5 de marzo de 1823. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI).

(36) Véase « Las cuentas del Gran Capitán », por B. Mitre. — En el vol. LXVII. del Arch. San Martín se encuentran coleccionados todos los documentos comprobantes de las cuentas del Gran Capitán en el curso de su carrera. M. SS.

(37) Carta de San Martín á O'Higgins, de 1.° de marzo de 1823, M. S. (Papeles de O'Higgins, en Arch. Vicuña Mackenna).

VI

La retirada de San Martín del Perú, en medio de la plenitud de su gloria, con elementos bastantes para mantenerse en el poder y luchar contra el enemigo, fué un misterio para los contemporáneos, excepto para Bolívar, y á última hora, para su amigo Guido. Unos la calificaron de acto de abnegación á la manera de Wáshington. Otros la juzgaron como acto de deserción del hombre de acción desalentado, impotente para gobernar los sucesos. El tiempo ha disipado el misterio, y habilitado á la posteridad para pronunciar con conocimiento de causa el juicio definitivo, á que él mismo apeló, en su proclama de despedida.

San Martín, con su claro buen sentido y con su genial modestia, aunque violentándose á sí mismo según confesión propia, se dió cuenta exacta de la situación y de sus deberes para con ella, y los cumplió con prudente abnegación. Se reconoció vencido como hombre de poder eficiente para el bien, y exclamó resignado : « ¡ El destino lo dispone así ! » (38). No se creyó un hombre necesario, y pensó que la causa á que había consagrado su vida podía triunfar mejor sin él que con él. Al sondar su conciencia, debió comprender que no era como Macabeo el caudillo de su propia patria y no tenía el derecho de exigir sacrificios al pueblo en holocausto de su predominio personal. Sin voluntad para ser déspota y sin el suficiente poder material para terminar la lucha con fuerzas eficientes, abdicó, eligiendo su hora, para descender antes de caer empujado por acontecimientos que no estaba en su mano

---

(38) Palabras de su carta á Bolívar, anunciando su resolución de retirarse de la vida pública.

detener. Comprendió que era un obstáculo para la reconcentración de las fuerzas continentales, y se apartó del camino abriendo paso á una ambición absorbente, que era una fuerza, y cuya dilatación era indispensable en último caso para el triunfo de la independencia sud-americana. Podía luchar, pero no estaba seguro de triunfar solo : Bolívar tenía en sus manos el rayo que á uno de sus gestos podía fulminar las últimas reliquias del poder colonial de la España en América, pero á condición de no compartir con él ni con nadie su gloria olímpica. Al reconocer el temple de sus armas, vió que le faltaban las fuerzas morales de la opinión, y que su ejército no estaba identificado con su misión de libertador como cuando en Rancagua le confiara su bandera. Al pasar revista á los once mil soldados libertadores por él reunidos en el último campo de batalla de la independencia, calculó que podía tentarse con ellos el último esfuerzo con probabilidades de éxito; pero en previsión de un contraste, á fin de no privar al Perú de la poderosa reserva de Colombia, que en todo caso restablecería el contraste y fijaría la victoria, se retiró, sacrificando estoicamente, como dijo, « hasta su honor militar ». Previó, que en término fatal, su gran personalidad se chocaría con la gran personalidad de Bolívar, con escándalo del mundo, retardando el triunfo de la América con mayores sacrificios inútiles, y se eliminó. Como el centinela que ha cumplido su facción, entregó al vencedor de Boyacá y de Carabobo la espada de Chacabuco y Maipu, para que coronase las grandes victorias de las armas redentoras de las dos hegemonías sud-americanas.

Tal es el significado histórico y el sentido político y moral de lo que se ha llamado la abdicación de San Martín. No fué un acto espontáneo como el de Wáshington, al poner prudente término á su carrera cívica. No tuvo su origen, ni en un arranque generoso del corazón, ni en una idea abstracta. Fué una resolución aconsejada por el instinto sano y un acto im-

puesto por la necesidad, ejecutado con previsión y conciencia. Resultado lógico de una madura reflexión, con el conocimiento de sí mismo y de los hombres y las cosas de su tiempo, lo que tiene de grande, es lo que tiene de forzado y de deliberado á la vez. Si no una abdicación voluntaria, fué una cesión de destinos futuros para asegurar mejor el beneficio de los trabajos de ambos libertadores, y ahorrar á la América sacrificios innecesarios, á costa del sacrificio de una ambición personal, que no era ya un factor necesario.

Aquí se ve lo falible que es el juicio y lo pobre del criterio de los pueblos, ofuscados por los hechos aparentes ó las palabras vacías de sentido. Sólo el tiempo, gran clasificador de los hechos y revelador de las verdades más ocultas, enseña á comprender y juzgar los actos y los documentos de la historia. Ha sido necesario que transcurriese un cuarto de siglo, para que la famosa proclama de San Martín, dejase de citarse á la letra, como un monumento histórico, y como la manifestación del alma de un grande hombre en un momento supremo!

Si San Martín hubiese abdicado el mando por los motivos consignados en su proclama de despedida, sería indigno de su fama, y merecería, después de la injusticia de sus contemporáneos, el desprecio de los venideros. Si en la plenitud del poder y con medios suficientes para llevar adelante su obra, hubiese dejado una página inacabada y una misión por llenar, habría sido un poltrón y un desertor de su bandera que retrocedía ante el trabajo y el peligro. Si hubiese abdicado, como lo dijo, « porque estaba aburrido de oír decir que quería ha-» cerse soberano », habría cedido á un arranque caprichoso de pueril enojo, indigno de las acciones reflexivas de un varón fuerte. Si la consideración de que « la presencia de un mi-» litar afortunado era un peligro para un Estado que de nuevo » se constituía », — repetición de lo que había dicho Bolívar antes, — obró en su ánimo, sería un héroe de papel, ben-

chido de humo y vanidad, revestido de una falsa magnanimidad, que otorgaba favores imaginarios cuando aun era un problema la existencia del nuevo Estado de que se consideraba supremo dispensador. Para honor suyo había consignado los verdaderos motivos de su retirada en su carta á Bolívar, que esplanó con intimidad en las confidencias de su última noche peruana. La proclama de despedida que lleva su nombre, y que ha contribuído á extraviar el juicio de la posteridad, ó fué un disfraz de circunstancias para cubrir su retirada, fiel á la ley del silencio que se impuso, ó un manto de oropel que se dejó echar con indiferencia sobre sus hombros. Lo único que hay de él en ese documento, es su espíritu de desinterés y su apelación al fallo de la posteridad.

La vida pública de San Martín termina aquí : pero su acción se prolonga todavía en la historia, acompañando, aunque ausente, la lucha de la emancipación sud-americana hasta su triunfo final, con la desaparición de los últimos restos del ejército argentino de los Andes, libertador de Chile y del Perú.

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO

Paginas.

Páginas.

Páginas.

FIN DEL TOMO TERCERO.

PARIS. — IMPRENTA P. MOUILLOT, 13, QUAI VOLTAIRE. — 40950